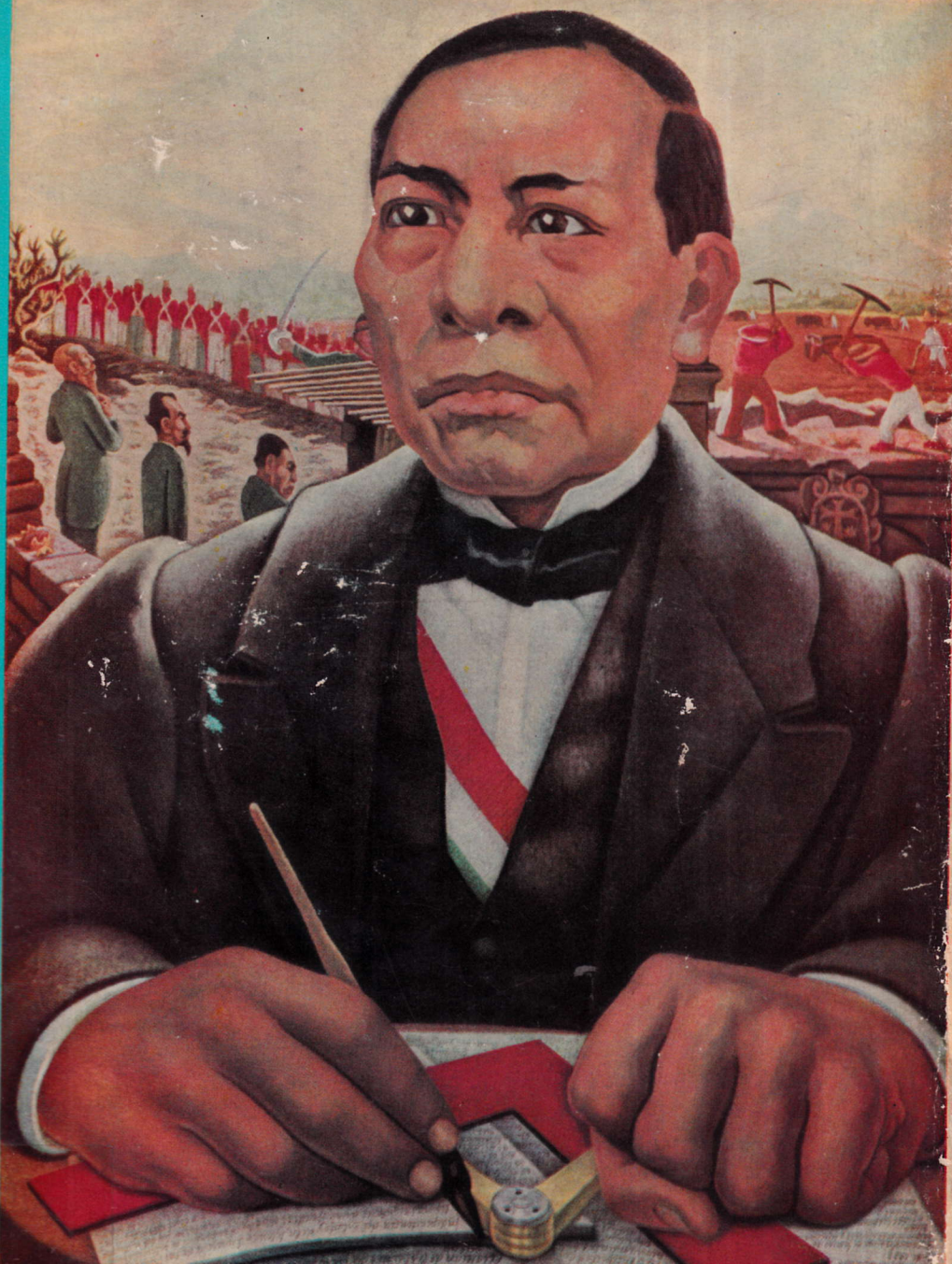


JUÁREZ

Charles Allen Smart

GRIJALBO



JUÁREZ

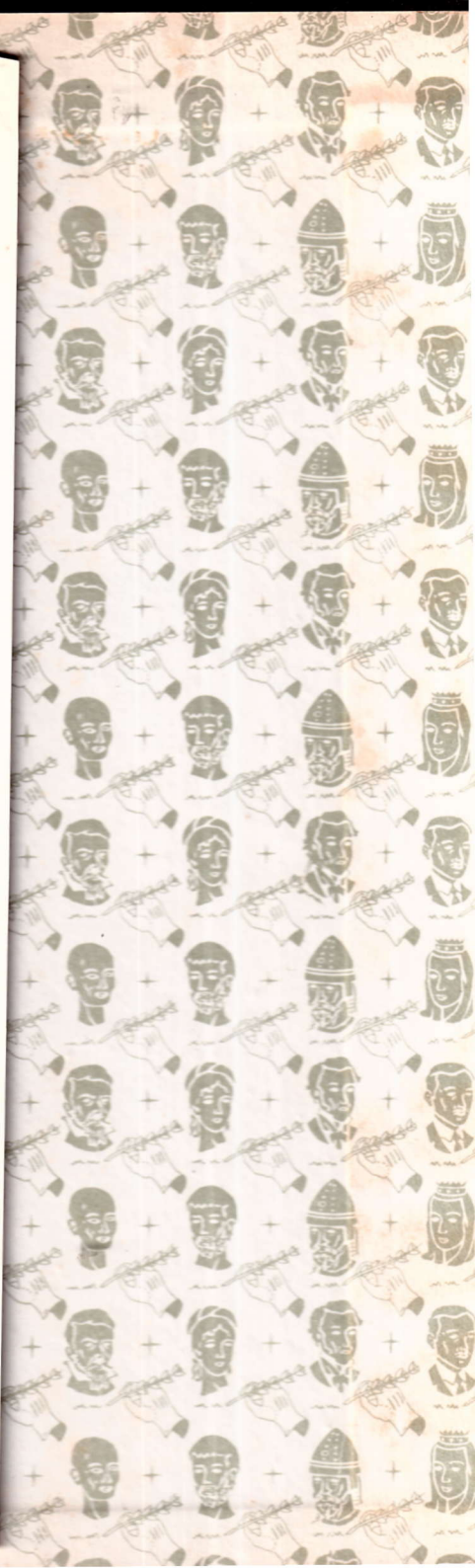
Charles Allen Smart

«El Abraham Lincoln mexicano»: así juzga la historia a Benito Juárez, y así nos lo describe Charles Allen Smart en esta nueva y documentada biografía.

Aunque en su apariencia externa el pequeño indio zapoteca de Oaxaca no muestra semejanza alguna con el abogado de los suburbios de Illinois, ambos arrancan de los orígenes más humildes para, con la fuerza de sus caracteres, alzarse como dirigentes de sus respectivos países a través de las angustias de la guerra civil, adictos a sus ideales, a menudo luchando solos contra amigos y enemigos, pero siempre fieles a los sagrados principios de la libertad del hombre.

En esta biografía del libertador mexicano se dan por primera vez el texto completo de las **Notas para mis hijos** y numerosos pasajes de sus cartas y de su **Diario**. Todo ello nos muestra a Juárez bajo una luz nueva y una óptica de actualidad: un hombre trágicamente sumergido en la tempestad de su tiempo, que amó a su pueblo por encima de todo. En suma: el creador del México moderno. Nacido en 1806, época de expansión, de revoluciones y cambios, Juárez se vio asediado en su carrera por generales enérgicos y crueles —Santa Ana, Díaz, Degollado—; por políticos difíciles —Doblado, Ocampo, Comonfort—; por las influencias de dos monarcas europeos —el emperador Francisco José y Luis Napoleón, y sus insignificantes, pero no por esto menos molestos, emisarios: Maximiliano y Carlota—. Todos reviven en este libro intensamente, junto a la vida privada de Juárez, su constante amor por su esposa e hijos, su angustiosa

(sigue en la segunda solapa)





Retrato de Benito Juárez, por Diego Rivera. Museo de Arte Moderno, Bosque de Chapultepec, México, D. F.

CHARLES ALLEN SMART

JUÁREZ



BIOGRAFÍAS GANDESA
EDICIONES GRIJALBO, S. A.

BARCELONA - MÉXICO, D. F.

1967

Título original
¡VIVA JUÁREZ!

Esta versión al español ha sido realizada por Angel Arnau de la primera edición en inglés de J. B. Lippincott Co., New York. 1963

© 1963, CHARLES ALLEN SMART
© 1967, EDICIONES GRIJALBO, S. A.
Aragón, 386. Barcelona (9) España

Primera edición

Reservados todos los derechos

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

N.º de Registro 2.857-64

Depósito Legal, B. 4.662 - 1967

GRÁFICAS DIAMANTE - Berlín, 20 - Tel. 239 19 03 - Barcelona

INDICE

<i>Puntualizaciones</i>	5
<i>Prefacio</i>	9
I. EL CRECIMIENTO DE UN HOMBRE Y EL DESPERTAR DE UN PUEBLO	
1. El muchacho de las montañas	21
2. El doloroso despertar	45
3. Varias clases de educación	61
4. Anarquía, invasión y un político silencioso	79
5. El buen gobernador	97
II. DEL EXILIO A LA PRESIDENCIA	
6. Una forma de crear un libertador	113
7. Los nuevos líderes de la nación	135
8. Compás de espera activo y alerta	155
III. LA GUERRA DE LA REFORMA	
9. La crisis de la Constitución	179
10. El Presidente fugitivo	197
11. La lucha por la libertad	209
12. El caso del tratado ambiguo	221
13. La acción de Antón Lizardo	241
14. Agotamiento y resistencia	253
15. Desorden, bancarrota y muerte	273
IV. LA INTERVENCIÓN EUROPEA	
16. Chacales y lobos	295
17. La victoria suele sonreír a los profesionales	313
18. La estafa	329
19. Penalidades e inquietudes	343
20. Traiciones, derrotas y una penosa despedida	357

V. EL IMPERIO DE OROPEL Y UN MEXICANO

21. La red de acero	373
22. El último cartucho	385
23. La ley y los hechos	407
24. Dos hombres, dos mujeres y el destino	421
25. Querétaro y la victoria.	447

VI. UNA TRAGEDIA DEMOCRATICA

26. México a solas	467
27. Juárez a solas	485
<i>Notas</i>	501
<i>Indice de nombres</i>	515

PUNTUALIZACIONES

Una de las tareas más difíciles que incumben al historiador es narrar con imparcialidad los hechos del pasado. Aun procurándolo con toda honradez, llega un momento en que se identifica de tal forma con ellos, que los vive, y sólo a costa de un esfuerzo grande logra mantenerse en el terreno de la más aséptica objetividad. A veces consigue en lo esencial que su obra ofrezca una visión real y objetiva, pero ésta se enturbia al tratar aspectos complementarios del tema central de su investigación. Ocurre como en ciertos retratos donde el personaje posa ante un telón que representa un paisaje; el personaje es real, pero el fondo sobre el que se proyecta es más o menos ideal y falso.

La presente biografía del mexicano Benito Juárez brinda una muestra de ello. Elaborada merced a una consulta amplia de las fuentes, ofrece un acabado perfil del interesante personaje. El mismo carácter de su misión revolucionaria y reformadora tiende a deformar la visión, no sólo de la época que le tocó vivir, sino de la anterior, pues es necesario destacar e incluso acentuar aquellos defectos que Juárez quiso atacar y hacer desaparecer.

La vida de este mexicano se inicia cuando su país forma aún parte del Imperio Español en América (1806) y el telón de fondo sobre el que se proyecta por vez primera su figura es el México virreinal, ya sacudido por los primeros conatos de independencia. El ambiente es particularmente propicio a

enjuiciar con tintes demasiado sombríos la labor de España en el Nuevo Mundo y tal vez por ello el estudioso de la vida del mexicano se deja influir y sostiene afirmaciones inadmisibles y superadas hoy día en el terreno de la historiografía.

La visión que se ofrece de los tres siglos de dominio español, adolece de excesiva simplicidad e incluso se tiñe de los tópicos de la «leyenda negra»: durante casi trescientos años —interpreta el autor del libro— la situación de México, sometido al dominio español, fue auténticamente «colonial» en el peor sentido del vocablo. Sus habitantes (los indios) sufrieron un régimen prácticamente de esclavitud, privados sistemáticamente de todo progreso cultural. La labor de España no fue colonizadora, sino más bien colonialista. El país quedó totalmente al margen de la evolución cultural del Occidente europeo y este retraso sería el responsable de la dolorosa experiencia por que hubo de atravesar al convertirse en nación independiente.

No es nuestro propósito caer en el extremo contrario y sacar a relucir como contrapartida una «leyenda rosa», tan falsa y desprestigiada hoy día como la propia leyenda negra, pero sí puntualizar algunos aspectos, tarea que consideramos imprescindible, no tanto como españoles, cuanto como historiadores.

Sería absurdo negar la violencia que, como a toda empresa de conquista, acompañó al primer contacto entre españoles e indios en el Nuevo Mundo. A ello debemos añadir el proceso lento y doloroso por acoplar dos mundos totalmente distintos. Pero lo que no cabe omitir son las múltiples tentativas de las autoridades españolas por suavizar y facilitar este acoplamiento, a las que no siempre acompañó el éxito. A los juristas españoles del siglo XVI no se les ocultó el hecho de que el Nuevo Mundo incluía dos colectividades no sólo distantes, sino con intereses a menudo antagónicos, y así distinguieron «la república de los indios» y «la república de los españoles», y aún hay que señalar que, con frecuencia, la aplicación de una ley fue más rigurosa respecto a la segunda que a la primera. Debemos añadir que la «república de los españoles» estaba constituida sólo en una pequeña proporción por nacidos en España, ya que la gran mayoría eran los llamados criollos, descendientes de españoles, nacidos en América, por cuyas venas corría

incluso a veces un porcentaje de sangre india que se elevaba hasta una octava parte. Estos españoles-americanos serían factor fundamental y decisivo en los movimientos de independencia, a diferencia de la masa indígena, que en muchos territorios fue un elemento inerte.

En este complejo panorama humano cabe señalar, además, la existencia de una serie de minorías o grupos privilegiados en razón de su linaje (nobleza indígena, aristocracia descendiente de conquistadores), de la misión que desempeñaban (clero, funcionarios reales) o de su riqueza (hacendados, mineros, grandes comerciantes). En una sociedad estamental y no clasista, faltaban unos grupos medios con entidad suficiente para marcar su huella. Junto a estos grupos privilegiados, integrados en su mayor parte por criollos, existía la gran masa desheredada constituida fundamentalmente por los indios, objeto, por otra parte, de una amplia legislación de carácter proteccionista, aunque no siempre se aplicara en todo su vigor.

El segundo aspecto que queremos rectificar es el del desarrollo cultural de las Indias españolas. Para nadie es un secreto que inmediatamente detrás del conquistador, y a veces a la vez, llega el religioso al Nuevo Mundo, y que la Iglesia es factor primordial en el desarrollo cultural y educacional de América. Respecto al mundo indígena su labor es doble: educar y evangelizar, y conocerlo para facilitar la evangelización merced a este conocimiento. Hay que señalar, sin embargo, que la labor educativa se aplicó con más intensidad en las mayorías rectoras, nobleza indígena, que sobre la masa. Se crean, incluso, instituciones destinadas a la educación de hijos de caciques, con vistas a que éstos a su vez sirvieran de guía y facilitasen la evangelización de sus hermanos de raza. Así, en México el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco (1536), donde se impartía enseñanza de latín, retórica, lógica, filosofía, música e incluso medicina indígena. Como contrapartida, los frailes estudian la lengua, la historia, la religión y las costumbres de los indios, y en torno a ello nace toda una corriente historiográfica de valor incalculable para el investigador actual del pasado indígena.

Pero la labor docente no se limitó a enseñar al indio, sino que muy pronto aparecen instituciones dedicadas a impartir la enseñanza superior, elevándose el número de universidades

a veintiséis en todas las Indias españolas, de las cuales tres tuvieron su sede en la actual nación mexicana; estas universidades no eran en modo alguno inferiores a las de la metrópoli. En ellas se reflejan las corrientes del pensamiento europeo, siendo su vehículo las órdenes religiosas, sobre todo los jesuitas por su carácter internacional. Al llegar al siglo XVIII, América no escapa a las corrientes de la Ilustración, y aún hay que añadir que éstas ofrecen dos modalidades: una, de directa importación extranjera y más o menos clandestina; otra, reflejo y consecuencia del pensamiento de los ilustrados españoles que vienen a servir de puente entre el pensamiento francés y la mente de los súbditos indios.

Es necesario admitir que la cultura fue sólo patrimonio de una minoría, pero en modo alguno representada sólo por los españoles peninsulares, sino en gran parte por las oligarquías que, más tarde, al sobrevenir la independencia, lucharían entre sí por hacerse con las riendas del gobierno en las nuevas naciones.

MARÍA ENCARNACIÓN RODRÍGUEZ VICENTE

Universidad de Sevilla

A LA MEMORIA DE MI PADRE

GEORGE SMART (1863-1925)

*liberal decidido, sereno e infatigable
que de una forma u otra se deleitó
con la mayoría de la gente y con casi
todas las biografías.*

PREFACIO

Por haber pasado más o menos la mitad de los últimos diez años en México, es difícil, por no decir imposible, que me dejara de sentir profundamente interesado en Benito Juárez, quien hizo por el pueblo mexicano más de lo que nunca ha hecho hombre alguno, y que, como Abraham Lincoln, careció prácticamente de ventajas y facilidades excepto las derivadas de su propia naturaleza como hombre. Al igual que George Washington, Juárez izó «un estandarte al que pueden acogerse los hombres prudentes y honrados». Me sentí menos fascinado por las numerosas estatuas de Juárez que por sus viejos coches negros, exhibidos dramática pero justamente al lado de las brillantes carrozas de Maximiliano en el castillo de Chapultepec, y por un monumento que él mismo no podría sino aprobar: el creciente número de escuelas en las que los niños mexicanos, de la mano de hombres y mujeres completamente entregados a su tarea, se preparan para construir la República del futuro. Captó también mi interés el hecho de que buena parte de los habitantes del histórico pueblo donde vivió, San Miguel de Allende, no se sintieran en modo alguno orgullosos de Benito Juárez, y de que continuaran publicándose libros en los cuales se ataca la figura del benemérito en Ciudad de México, donde la impresión es tan relativamente barata como poco lucrativa. Luego, a medida que fui leyendo acerca de Juárez, tropecé con el problema más difícil e interesante de su personalidad,

un problema que el distinguido dramaturgo Franz Werfel soslayó y en el que parece que no han querido tampoco adentrarse los eruditos. Uno de los más grandes hombres de la historia de la libertad humana parece haber sido también uno de los más confiados en sí mismo, más reservados y, por consiguiente, más misteriosos.

Después de treinta años de conseguir con mi pluma una buena parte de mis ingresos, inevitablemente empecé a considerar la conveniencila de estudiar la figura de este hombre que había ocupado tantas de mis horas de vela, para después, una vez documentado, escribir sobre él. Visité todos y cada uno de los lugares en los que Juárez vivió, salvo Chihuahua y El Paso del Norte, ahora Ciudad Juárez, y procuré, con provecho según creo, conocer los puntos de vista y opiniones de los indios mexicanos pobres, así como los de los menos pobres políticos, mexicanos también, con los que de un modo u otro tuve ocasión de hablar. Encontré dos libros extensos y muy diferentes, aunque fascinadores ambos, escritos por el maestro Justo Sierra (1906) y por Ralph Roeder (1947), pero creo constituyen más bien ensayos políticos que biografías. Me pareció que me adentraba más en el conocimiento de Juárez al hacerme con una colección de cartas suyas seleccionadas por Jorge L. Tama-yo. Cuando dichas cartas no me bastaron, creí conveniente adquirir y leer todo cuanto pudiera acerca del personaje, acudiendo incluso a los archivos. Poco tiempo después sucedieron dos cosas: los acontecimientos mundiales mostraron a muchos americanos que su interés por los asuntos de la América Latina era demasiado pequeño y, además, tardío; y George Stevens, mi primer y mejor editor, a la vez que viejo amigo, visitó México y se dio cuenta de ciertas cosas no totalmente faltas de relación con la figura y obra de Juárez, y me animó a escribir esta biografía.

Dado que este libro ha sido escrito por un americano, y dedicado primordialmente al público estadounidense, es obvio que se halla sujeto a algunas restricciones derivadas de la mentalidad de las personas a las que va destinado, pero no de la mentalidad o criterio del escritor. Sólo espero que mi pre-

sunción —si así puede llamarse— quedará compensada por mi respeto y afecto por el pueblo mexicano, y por mi sincero interés en comprenderle. Como americano sencillo y patriota tengo mis prejuicios al considerar las relaciones mexicano-americanas, pero he tratado de no dar rienda suelta a los mismos y de no igualarlos o equilibrarlos excesivamente. En mi opinión, la vida de Juárez y los acontecimientos de su época están llenos de un significado muy vivo e importante para los americanos de ahora, en nuestro esfuerzo por comprender y ayudar de modo inteligente, en nuestro propio interés y en el de la libertad humana, a las naciones que luchan para desterrar el colonialismo y otras formas de opresión, y que desgraciadamente parecen más sensibles a la «intervención» de las potencias occidentales que a la de la Unión Soviética. Los mexicanos parecen haber olvidado el papel que jugó la Doctrina Monroe en su liberación (1867) y que los defendimos en dos guerras mundiales; no todos reconocen que los estamos defendiendo incluso ahora y que la Alianza para el Progreso es un tremendo esfuerzo en favor de la democracia a la que dedicó Juárez su vida entera. Pero nosotros, por nuestra parte, parecemos haber olvidado que bajo el mandato del presidente Polk robamos la mitad del suelo mexicano en 1846-48, que el presidente Buchanan y compañía, insatisfechos, querían más aún, y que nuestra actuación desde la época de Juárez no ha sido en modo alguno irreproachable. En este libro he tratado de no escudriñar demasiado en lo que se refiere al significado que este período, entre 1806 y 1872, tiene para nosotros en la actualidad, pero espero que el lector no tomará en sentido erróneo los puntos que me he atrevido a evocar, antes bien creo que preferirá juzgar por sí mismo.

Los eruditos, bibliotecarios y muchos periodistas y lectores corrientes están interesados, no sin razón, en los libros que tienen o pretenden tener «material inédito». Al principio tenía la intención, como han hecho algunos buenos biógrafos, de escribir solamente una biografía tan veraz, interesante y artística como fuera posible, valiéndome únicamente de material ya publicado, pues eso me parecía un plan lo suficientemente

ambicioso para mí. Como sea que ello no me satisficiera del todo, y por haber hecho presa en mí una creciente curiosidad, he ido un poco más allá; he hurgado en cinco archivos diferentes y he conversado con muchos mexicanos bien informados. El material no publicado hasta ahora que he utilizado o incorporado a este libro se refiere principalmente a la esposa de Juárez y a la acción naval que tuvo lugar en 1860 en Antón Lizardo; pero hay otros detalles y pormenores que los eruditos podrán apreciar por sí mismos, si se toman la molestia de leer esta obra con atención.

Una biografía definitiva de Juárez puede sólo ser escrita por un mexicano, sólo después que los estudiosos de ese país hayan trabajado mucho más que hasta ahora en coleccionar las cartas, discursos y documentos personales de Juárez y de sus contemporáneos, y sólo después de que se haya realizado una labor muy completa en relación con la historia militar, política, social y económica de aquellos tiempos, una obra parecida a la llevada a cabo por el Lic. Daniel Cosío Villegas y sus colegas referente al período posterior a 1867. Para ello se necesita apoyo de las instituciones idóneas y dinero; pero en nuestros días, con buen criterio además, el gobierno y universidades de México, y el gobierno, fundaciones y universidades de los Estados Unidos están más interesados en elevar el nivel de vida de los mexicanos, y luego, si sobra dinero, en investigar las asombrosas civilizaciones precolombinas. No obstante, una labor profunda sobre Juárez y su tiempo sería menos costosa que un cohete destruido en vuelo a causa de cualquier guión que no hubiera sido conectado a un computador, y sería tal vez tanto o más valiosa para la paz.

Más importante, en mi opinión, que el material inédito, es el uso exhaustivo que he hecho de las cartas y apuntes del propio Juárez, los cuales, si bien habían sido publicados en español, no habían sido traducidos al inglés. Muy pronto descubrí con alegría que aunque las epístolas y notas de Juárez eran muy objetivas y reticentes, de ellas parecían desprenderse una impresión, una fragancia de Juárez que era para mí mucho más valiosa e interesante que todo lo que pudiera sacar de los

largos y acalorados argumentos relativos a las palabras y acciones de Juárez, y que todas las historias que hacen circular tanto los admiradores como los detractores del personaje sin base ni documentación alguna que las apoye. Por esa razón, éste es el primer libro en inglés en el que se recoge el texto completo de los Apuntes para mis hijos escritos por Juárez, así como numerosos párrafos y pasajes de sus cartas y de su fragmentario y en cierto modo secreto diario. Todas las traducciones las he efectuado personalmente. Es curioso el hecho de que aunque algunos de los estudios especializados, tales como los de Fernando Iglesias Calderón y de José Fuentes Mares, estén debidamente documentados y comentados, este libro parece ser —si prescindimos del defectuoso bosquejo de U. R. Burke publicado en 1894— la primera biografía completa de Juárez, en cualquier idioma, enteramente documentada. Si alguna anécdota o detalle no perfectamente comprobados me han parecido interesantes y dignos de crédito, los he reseñado, pero el lector atento, si consulta las notas del final de la obra, puede comprobar cualquier detalle y también la fuente que me lo ha proporcionado.

En relación con esto, quiero señalar que tengo una pobre opinión de las biografías noveladas y de las que sin serlo introducen disimuladamente pensamientos, reacciones e incluso conversaciones y acontecimientos existentes sólo en la mente de sus autores. El valor esencial de una biografía viene dado por el historial de la persona biografiada, contado del modo más exacto, honrado y escéptico que sea posible. Lo que cuenta es lo que realmente sucedió, y ningún otro valor puede compensar cualquier tergiversación o libertad que se tome el escritor. En unas pocas ocasiones, al efecto de dar una mayor claridad a mi «idea» de Juárez, he indicado lo que él pudo haber pensado o sentido; pero lo he hecho a sabiendas y preocupándome de dejar claramente sentado que se trataba de una impresión mía particular.

Quiero hacer constar que a pesar de saber que los mexicanos son americanos, he considerado conveniente referirme —al igual que muchos mexicanos lo hacen— a los habitantes de

los Estados Unidos como «americanos», en vez de hacer uso del término «norteamericanos», el cual incluiría también a los canadienses.

* * *

Además de legarnos su inclinación por la gente y por los libros, mis ascendientes y los de mi esposa nos dejaron también los bienes suficientes como para permitir que me dedicara durante algún tiempo al arduo y caro deporte de escribir biografía. Los Smart, Allen y Dun, junto con los Hussey, Warren y Pratt han constituido nuestro principal apoyo. Por ello considero su ayuda como una beca, la cual puede justificarse sólo, si es que puede serlo, con la calidad de la obra producida. Pienso principalmente en mi padre; en mi abuelo, Charles N. Allen, quien luchó en México entre 1846-1848, pero aprendió a amar el país; en mi padre político, el Rvdo. Alfred R. Hussey, y también en el historiador Charles Warren. Asimismo, he recibido una subvención de la Organización de Estados Americanos; pero ningún miembro de este organismo sabía nada, ni ha ejercido ni pretendido ejercer influencia alguna en mis puntos de vista sobre las relaciones pretéritas o presentes entre las naciones de América.

Entre las personas vivas aún, estoy especialmente en deuda con tres seres, uno de los cuales probablemente lo ignora por completo. Con su inquebrantable apoyo y sus constantes interrupciones, mi esposa ha sabido mantener mi espíritu sensible y vivo en cuanto se relaciona con los acontecimientos de la vida diaria. Mi editor, George Stevens, ha escuchado pacientemente mis pequeñas cuitas y se ha alegrado con mis triunfos, y ha sido para mí un crítico cuidadoso, sincero y altamente inteligente. El presidente John F. Kennedy, padre de la Alianza para el Progreso y del Cuerpo de la Paz, y hombre muy culto, me escribió una carta de aliento, la cual me ha hecho sentir la sensación de que escribía por algo más que mi propio placer y provecho.

Seguramente todos los biógrafos coincidirán conmigo en

que los bibliotecarios son maravillosamente amables y eficientes. Quiero dar las gracias de todo corazón a los siguientes señores: Dr. Manuel Alcalá Anaya, Director de la Biblioteca Nacional; Dra. María Teresa Chávez, Directora de la Biblioteca de México; Mr. Howard F. Cline, Director de la Hispanic Foundation, de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos; Lic. Daniel Cosío Villegas, Conservador del Archivo Romero del Banco de México; Miss Patricia M. Fox, de la American Historical Review; Ing. Juan José González, Conservador del Archivo Municipal de Veracruz; Mr. Vivian S. Heath, de la Admiralty Library, de Londres; señor Guillermo Hernández Ávila, del Gabinete de Manuscritos de la Biblioteca Nacional; Mrs. M. W. Hesketh-Williams, quien me proporcionó material de la Public Record Office, de Londres; Mr. James M. Heslin, Director de la New York Historical Society; Mr. Elbert L. Huber, Archivero de la Sección Naval de los Archivos Nacionales, de Washington; don Jorge Fernando Iturribarría, Director de la Biblioteca del Estado, de Oaxaca; Mrs. Concha Romero James, de la Hispanic Foundation, de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos; don José Martínez Hernández, del Gabinete de Manuscritos de la Biblioteca Nacional; Mrs. Mauda Sandvig, Directora de la Biblioteca Benjamín Franklin, de Ciudad de México; Mrs. Marie-Louise Sheehan, Directora de la Biblioteca Pública de Chillicothe (Ohio); y Mr. Walter W. Wright, Bibliotecario de la Universidad de Ohio.

Además, he recibido mucha y variada ayuda y apoyo de: John C. Baker, Presidente Emérito de la Universidad de Ohio; Mr. Jacques Barzun, de la Universidad de Columbia; Miss Eileen Bowser, del Museo de Arte Moderno; Profesor Salomón Albarrán Bolaños, de la Escuela Pública de Pomoca (Morelia) y su hijo, don Ubaldo Albarrán Gutiérrez; Mr. Crane Brinton, de la Universidad de Harvard; Mr. James R. Browne, del Kenyon College; Mr. William C. Crosby, marino; Mr. Horace Y. Edwards, del Foreign Service de los Estados Unidos; Miss Dorothy Farnum, biógrafo de Zélide; Mrs. Howard T. Fisher, investigadora de Madame Calderón de la Barca; Mr. Dudley Fitts, poeta y erudito; Dr. Charles C. Griffin, de la Universidad de

Oregón; doña María del Carmen Massip y Echazarreta de Hawkins, Directora de la Academia Hispano-Americana de San Miguel de Allende (Gto.); D. Christian Félix Hernández, Director General de Gobernación del Estado de Veracruz; don Adolfo Hopp; Dr. Charles N. Hoyt; John M. Johnson, coronel de las Fuerzas de los Estados Unidos (Ret.) y explorador; Mr. Paul M. Kendall, biógrafo; Miss Betty Kirk, periodista e investigadora de la historia de México; F. Kent Loomis, capitán de las Fuerzas Navales de los Estados Unidos (Ret.); Mr. Juan Marichal, de la Universidad de Harvard; Padre K. R. McCarty, de la Orden de San Francisco; don Alberto Misrachi; Rvdo. Leoncio Pérez Quiroz, Párroco de Oaxaca; Mr. Ralph Roeder, quien haciendo gala de su benevolencia me consideró colega suyo; Mr. Lesley Byrd Simpson, historiador de México; Mr. Frederick B. Taylor, artista; Mr. Philip B. Taylor, Jr., del Newcomb College; don José C. Valadés, erudito y diplomático, quien me acogió calurosamente en su especialidad; Mr. Donald Devenish Walsh, de la Modern Language Association; Mr. Lee Weber; Mr. A. Curtis Wilgus, Director de la School of Inter-American Studies, de la Universidad de Florida; Mr. George H. Willis, Director de la Office of International Finance, del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos; don Ramón Xirau; Lic. Leobino Zavala, abogado, poeta y erudito, de San Miguel de Allende (Gto.); y Mr. Leo F. Zee, de las Universidades de Hong Kong y Ohio, quien confeccionó los mapas. A todos les estoy profundamente agradecido.

El permiso para publicar, o traducir y editar, material inédito o cuyos derechos no estaban registrados, ha sido amablemente concedido por el Lic. Daniel Cosío Villegas, por cuenta del Archivo de Matías Romero en el Banco de México; por el Dr. Manuel Alcalá Anaya, por el material y datos sacados del Archivo de Juárez en la Biblioteca Nacional; por don Antonio Pompa y Pompa, por el Archivo Histórico de la I.N.A.H.; y por Mr. Elbert L. Huber, por los Archivos Nacionales, de Washington. El material inédito procedente de la Public Record Office, de Londres, ha sido reproducido con el permiso del Superintendente de la Stationery Office de Su Majestad Britá-

nica. En las notas se especifica la procedencia de todo este material.

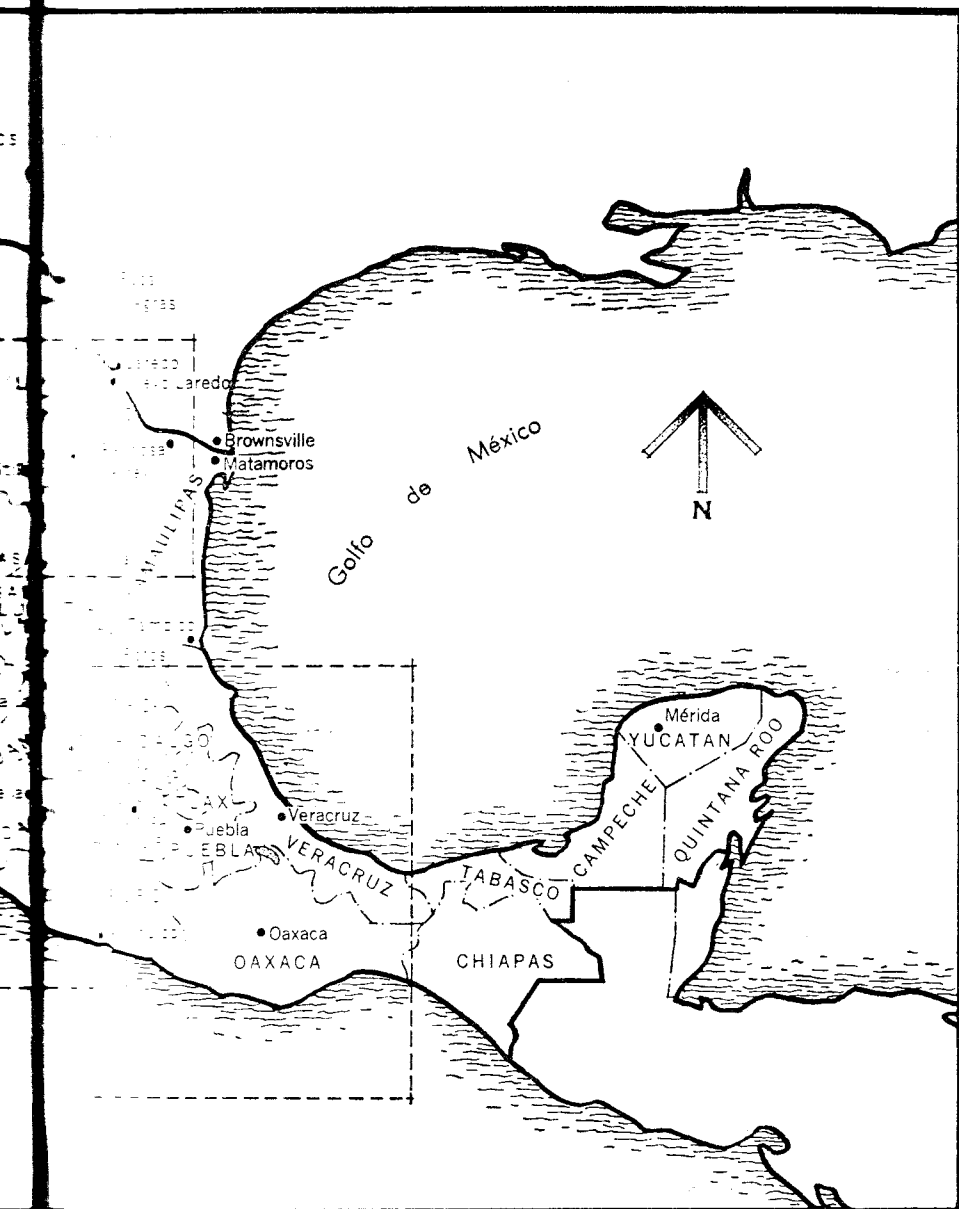
En esta época de responsabilidad colectiva, es necesario repetir la banal advertencia de que ninguna de las personas e instituciones mencionadas es en grado alguno responsable de las afirmaciones y opiniones contenidas en este libro. De hecho, podría citar a varios de ellos que no estarán en modo alguno de acuerdo con lo escrito.

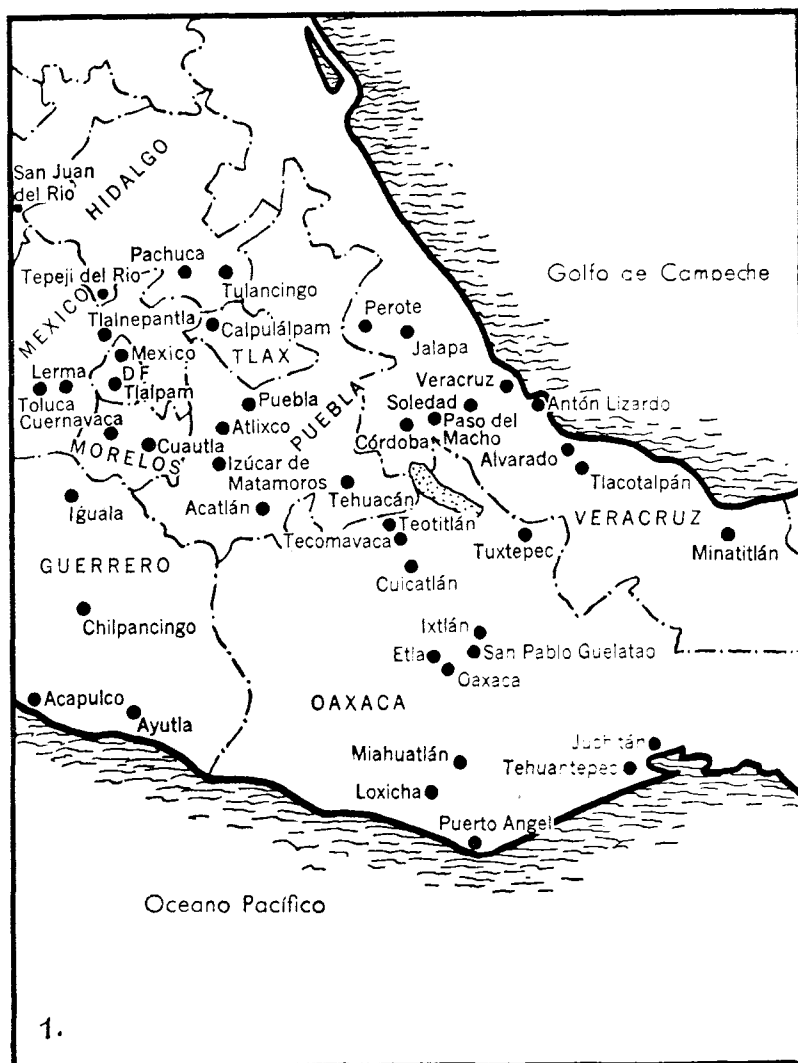
C. A. S.

MAPAS

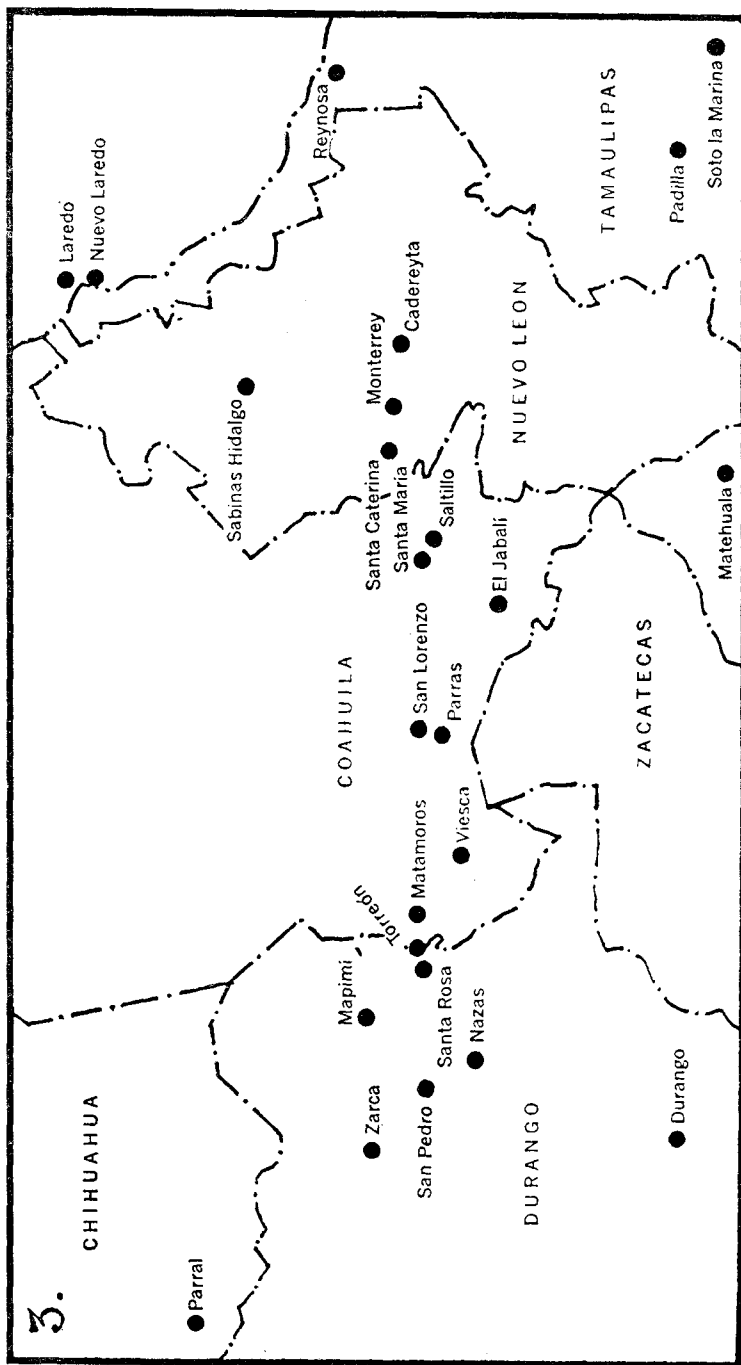
A continuación se insertan cuatro mapas —uno general y tres particulares— de México en tiempos de Juárez.











I

EL CRECIMIENTO DE UN HOMBRE
Y EL DESPERTAR DE UN PUEBLO

EL MUCHACHO DE LAS MONTAÑAS

El 17 de diciembre de 1818, un andrajoso muchacho indio, vivaz y adusto, de doce años, pero de baja estatura para su edad, escapó de su casa en las montañas del sur de México, camino de la ciudad más próxima, afanoso por descubrir qué podía allí aprender y en qué podía trabajar. Durante los siguientes cincuenta y cuatro años aprendió y trabajó lo suficiente para ser recordado por casi la mayoría de los mexicanos como su libertador, legislador y salvador: un santo laico; y para ser recordado quizás por un gran número de compatriotas como un ingrato, un destructor, un enemigo de su religión (para ellos, la única) y un ambicioso y cruel traidor a su patria. Para la mayor parte de los norteamericanos que se han interesado por el Sur, se les aparece en cierta manera como un inflexible demócrata de cierta notoriedad, tez oscura y levita negra, de la época de nuestra guerra civil, que inexplicablemente se convirtió en ejecutor de un encantador joven rubio llamado Maximiliano. Todas estas opiniones e impresiones, producto de la sed de héroes, del miedo, del resentimiento o de la ignorancia sentimental, son superficiales y total o parcialmente falsas. Lo que este hombre llegó a ser y lo que hizo, así como el porqué de ambas cosas, son cuestiones que, ciertamente, no son incomprensibles ni dejan de tener su razonable explicación. Es conveniente hacer un esfuerzo para comprender a Benito Juárez, tanto más dada la impor-

tancia que últimamente ha adquirido México para nosotros.

El patriotismo de Juárez, como el de la mayoría de los mexicanos, estaba profundamente arraigado en forma de un apasionado apego a *su* tierra, a *su* comarca, el Estado de Oaxaca. Situado donde la cornucopia de México se vuelve hacia el Este, este Estado abarca en su lado oriental la mayor parte del estrecho y funesto istmo de Tehuantepec. De una extensión de 94.211 km², limita al Oeste con Guerrero, al Norte con Puebla y Veracruz, al Este con Chiapas y al Sur con el océano Pacífico. La capital, llamada también Oaxaca, dista sólo unos 550 kilómetros de la capital mexicana, pasando por Puebla; pero el viaje ha sido de siempre muy duro. Aunque el Estado es en su mayor parte montañoso y tiene insignificantes puertos o pasos, posee numerosos valles, fértiles a pesar de lo angostos, y el clima, flora y fauna son tan extremadamente variados como su altitud. La totalidad del rico valle central fue donada a Cortés por el rey de España, junto con el título de Marqués del Valle de Oaxaca. Es un Estado que no sólo los nativos han aprendido a amar. La gente de Oaxaca ha tendido siempre a seguir su propio camino y a conservar su carácter obstinadamente independiente, religioso o anticlerical, y en cualquier caso más bien belicoso.

Para llegar al lugar de nacimiento de Juárez, se debe salir por la carretera de la parte oriental de la ciudad de Oaxaca que conduce al gran árbol de Tula y a las famosas ruinas de Mitla. Pronto nos desviaremos hacia el Norte por una ruta sin pavimentar. El fuerte y sinuoso ascenso hacia las montañas, desde la zona del maíz y la caña de azúcar hasta la de los pinos, por una carretera sin barandas de seguridad, puede hacer flaquear las rodillas y contraer el estómago. Es también, como casi todos los caminos de México fuera de las grandes ciudades y de las carreteras principales, un viaje al pasado. Excepto los escasos y anticuados autobuses o camiones, hay pocas cosas en esa carretera o en todo cuanto alcanza la vista que hayan cambiado en los últimos ciento cincuenta años. En estas altitudes, llenas de árboles, se encuentran las cabañas de madera con tejados de guijarros y chinás, tan raras en el

resto de México. De una u otra entrada oscura una mujer o un niño se quedarán mirando fija y solemnemente al viandante, del modo que lo hacen los mozalbetes que guardan ovejas y vacas. Puede aparecer un hombre, sacándose rápidamente el sombrero, con una yunta de bueyes tirando de una carreta con dos ruedas de sólida madera. Por encima de las quebradas vuelan uno o dos busardos. La ciudad de Oaxaca está a una respetable altitud: 1.550 metros. Sin embargo, al cabo de diecisiete kilómetros se han subido otros 975 metros y, en El Cumbre, con inmensas vistas al Norte y al Sur, se halla la divisoria del continente: el río Atoyac, en la ciudad, fluye hacia el Pacífico; pero las aguas de estas corrientes montañosas se encauzan al bajar a través de las cálidas tierras de Veracruz, en su parte Norte, hacia el golfo de México. En el vasto silencio producido en el corazón por este mar de montañas azules y por las nubes tormentosas que se elevan por encima de ellas, no es necesario acordarse de los magníficos templos de severa belleza que coronan Monte Albán, cerca de la ciudad, para darse cuenta que éste es un país apropiado para los dioses.

El ondulante descenso hacia el Norte es escarpado, el aire deja de ser cortante, y pronto uno se encuentra de nuevo entre sembrados de maíz y caña de azúcar, entre bananos y naranjos, mientras los pinos se van haciendo más escasos y las casas de madera son reemplazadas por las más comunes de adobe con tejados de barda y tejas. A través de un vasto panorama puede verse un pueblecito colgando de la ladera de una montaña, y, después de un descenso para cruzar el pequeño Río Grande, sobre cuyas orillas la gente vive en cuevas aisladas, debe ascenderse de nuevo hasta este pueblo rodeado de árboles que es San Pablo Guelatao. Actualmente tiene unos mil habitantes, una escuela nueva y un albergue proporcionados por el gobierno, y en su centro hay un lago realmente encantador rodeado de árboles, con aguas de un límpido azul, llamado la Laguna Encantada. Además de la inevitable estatua de los ciudadanos más distinguidos, en el pequeño parque público, sobre el lago, se alza el Palacio Municipal, relativamente gran-

de y toscamente moderno, la mitad del cual está dedicado a recuerdos inadecuados de Juárez. San Pablo Guelatao tiene una pequeña capilla; pero la iglesia parroquial de Santo Tomás Ixtlán, un pequeño y hermoso edificio, está en la aldea de ese nombre, más pequeña que San Pablo y situada montaña arriba a un kilómetro y medio de distancia, aproximadamente. Cuando Juárez era muchacho, San Pablo Guelatao tenía solamente un centenar de habitantes y era más primitivo; carecía incluso de escuela, pero debió de ser tan hermoso como lo es hoy.

Hacia 1857, casi cuarenta años después de haber abandonado su casa natal, Juárez escribió unos apuntes autobiográficos a los que puso por título «Apuntes para mis hijos». Empezan así:

«En 21 de marzo de 1806 nací en el Pueblo de San Pablo Guelatao de la jurisdicción de Santo Tomás Ixtlán en el Estado de Oaxaca. Tuve la desgracia de no haber conocido a mis padres Marcelino Juárez y Brígida García, indios de la raza primitiva del país, porque apenas tenía yo tres años cuando murieron, habiendo quedado con mis hermanos María Josefa y Rosa al cuidado de nuestros abuelos paternos Pedro Juárez y Justa López, indios también de la nación Zapoteca. Mi hermana María Longinos, niña recién nacida, pues mi madre murió al darla a luz, quedó a cargo de mi tía materna Cecilia García. A los pocos años murieron mis abuelos, mi hermana María Josefa casó con Tiburcio López del Pueblo de Santa María Tahuiche; mi hermana Rosa casó con José Jiménez del Pueblo de Ixtlán y yo quedé bajo la tutela de mi tío Bernardino Juárez, porque de mis demás tíos Bonifacio Juárez había ya muerto, Mariano Juárez vivía por separado con su familia y Pablo Juárez era aún menor de edad.»

Juárez fue bautizado al día siguiente de nacer, en la parroquia de Santo Tomás Ixtlán. La pila bautismal no sólo se conserva, sino que se utiliza todavía hoy. La casa donde nació «Benito Pablo Juárez» ha sido reemplazada por un pequeño monumento; sin embargo, al lado del mismo hay una casa de adobe, rústica, con tejado de losas, que, con toda seguridad, es muy parecida a la suya propia. Está habitada por una descendiente de Juárez, mujer de digno continente y notable gen-

tileza que vive en esa casa junto con su anciana madre y un hijo de corta edad. Su pobreza es casi tan extremada como la de Juárez al quedar huérfano. Es fácil imaginar el nacimiento de Juárez sobre una estera que cubría un sucio suelo, y la ceremonia bautismal al día siguiente, en la sólida y bonita iglesia, con todos los familiares haciendo rueda a aquel niño moreno y arrugado, mientras el sacerdote pronunciaba las palabras de ritual.

A pesar de ser característico de Juárez el hecho de poner a sus hijos el nombre de sus padres, hermanas y otros familiares, existen buenas razones para creer que los indios de aquella época se sentían menos ligados a la familia que al poblado y la tribu. Ésta estaba regida por un cacique o jefe, que solía ser un hombre de edad avanzada y muy respetado por todos. Característica del estilo de vida de aquellos días puede considerarse la separación de tío Mariano de su familia, así como las numerosas muertes prematuras. El padre de Juárez murió en los corredores del edificio del Congreso de Oaxaca, mientras estaba vendiendo fruta. Naturalmente, el índice de mortalidad era entonces superior al de ahora. En 1803, en un viaje por Oaxaca, Humboldt señaló que las principales causas de muerte eran la viruela, una especie de fiebre amarilla que sólo afectaba a los indios y, sobre todo, el hambre. Aunque es de suponer que Juárez mantuvo relación con los miembros de su familia, en sus escritos menciona únicamente a su hermana María Josefa, quien se colocó de sirvienta en Oaxaca cuando su marido, que se había entregado a la bebida, la abandonó.

Lo que se sabe sobre un tío de Juárez llamado Bernardino es contradictorio. Como veremos, existía un afecto mutuo entre el muchacho y el hombre que trató de educarle; pero, más tarde, al corregir Juárez, de modo muy minucioso, una biografía breve de sí mismo, no alteró un pasaje en el que se decía que su tío «le trató mal y se preocupó muy poco de él». Probablemente, su tío Bernardino era un hombre raro y muy ocupado. Se desconoce si era casado y si tenía descendencia. Seguramente se embriagaba los domingos y debía de mantener, de vez en cuando, relaciones con alguna mujer de vida

más o menos airada, que, antes de irse, limpiaba la cabaña situada junto al lago encantado.

El hombre y el muchacho trabajaron duramente para subsistir. Una de las principales tareas del muchacho, en aquel terreno rocoso, era la de guardar las ovejas y, probablemente, una o dos vacas y unos pocos cerdos, a fin de evitar que los robaran, o que invadieran las pequeñas parcelas de maíz y judías. La mayoría de los indios mexicanos son honrados, corteses, serios, increíblemente fuertes y hábiles, reservados y suspicaces. Desconfían no sólo de los extraños, sino incluso de sus amigos. Juárez poseyó estas características en grado sumo durante toda su vida. El hecho de haber pasado la mayor parte de su primera adolescencia casi con la única compañía de los animales en esa tierra excelsa, pudo influir en su subconsciente. Heredó una inteligencia lenta, pero fuerte y precisa, lo que, junto con las circunstancias en las que hasta entonces había vivido, determinó que muy pronto se familiarizara con los aspectos desagradables de la vida, aprendiendo a afrontarlos por sí solo. Fue en aquella época cuando adquirió la «fortaleza de cuerpo y de espíritu» y aprendió «el desdén a las amenazas», cualquiera que fuese su naturaleza. En el transcurso de su vida tuvo infinidad de ocasiones de hacer gala de estas peculiaridades de su manera de ser. Aprendió a seguir su propio camino y a luchar con el cuerpo y con el espíritu. De niño, se hizo un corte tan profundo a la derecha del labio superior, que la cicatriz es visible en su mascarilla. Fue en aquella aldea india donde, seguramente, adquirió «el viejo concepto mexicano de la unión para conseguir un mutuo beneficio». Casi con certeza puede afirmarse que admiró y trató de imitar a aquellos duros y venerables caciques que ponían en práctica esta concepción, pues sabían que el pueblo, lo mismo que las ovejas y los perros de pastor, necesita de cuidados y disciplina, no sólo para crecer, sino también para mantener su salud y libertad. En cualquier caso, en Juárez, el estilo patriarcal, aunque no sentimental, fue siempre muy acentuado. Según declaró más tarde un pariente suyo, en sus tiempos de zagal en Zapotec, Juárez se subía a veces a lo alto de un árbol

desde donde arengaba al ganado. Dijo también que «era de carácter obediente, reservado en sus pensamientos y, en general, solitario. Tenía amigos, aunque pocos. Con ellos se mostraba como muchacho formal y juicioso».

En sus apuntes dice:

«Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de razón me dediqué, hasta donde mi tierna edad me lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano, y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre, y muy especialmente para la clase indígena, adoptar otra carrera científica que no fuese la eclesiástica, me indicaba sus deseos de que yo estudiase para ordenarme. Estas indicaciones y los ejemplos que se me presentaban de algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender, en términos de que, cuando mi tío me llamaba para tomarme mi lección, yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía; pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis lecciones. Además, en un pueblo corto, como el mío, que apenas contaba con veinte familias y en una época en que tan poco o nada se cuidaba de la educación de la juventud, no había escuela; ni siquiera se hablaba la lengua española, por lo que los padres de familia que podían costear la educación de sus hijos los llevaban a la Ciudad de Oaxaca con este objeto, y los que no tenían la posibilidad de pagar la pensión correspondiente los llevaban a servir en las casas particulares a condición de que los enseñasen a leer y a escribir. Éste era el único medio de educación que se adoptaba generalmente, no sólo en mi pueblo, sino en todo el Distrito de Ixtlán; de manera que no era una cosa notable en aquella época, que la mayor parte de los sirvientes de las casas de la Ciudad era de jóvenes de ambos sexos de aquel distrito. Entonces más bien por estos hechos que yo palpaba que por una reflexión madura de que aún no era capaz, me formé la creencia de que sólo yendo a la Ciudad podría aprender, y al efecto insté muchas veces a mi tío para que me llevara a la Capital; pero sea por el cariño que me tenía, o por cualquier otro motivo, no se resolvía y sólo me daba esperanzas de que alguna vez me llevaría.

Por otra parte, yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad,

y abandonar a mis tiernos compañeros de infancia con quienes siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima marchitando el corazón. Era cruel la lucha que existía entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación. Sin embargo el deseo fue superior al sentimiento y el día 17 de Diciembre de 1818 y a los doce años de edad me fugué de mi casa y marché a pie a la Ciudad de Oaxaca a donde llegué en la noche del mismo día.»

Circulan varias leyendas acerca de esta égida, siendo la más popular la que se refiere a un gitano que, en la carretera de Oaxaca despertó la curiosidad del joven pastor al hablarle de la vida de la ciudad, mientras otro gitano le robaba una oveja. Luego, no atreviéndose a confesar a su tío el robo de que había sido objeto, se fue a Oaxaca. Prescindiendo de tales historias, lo que está fuera de duda es la lealtad y los sentimientos del muchacho, profundamente arraigados bajo la capa de su reserva, así como el valor demostrado en su larga caminata a través de las montañas, rumbo a lo desconocido. La distancia entre San Pablo Guelatao y Oaxaca es de sesenta y seis kilómetros, por lo que, suponiendo que se pusiera en camino antes de salir el sol y llegara ya de noche, concediendo incluso que tomara atajos, cosa que, por otra parte, hacen siempre los campesinos, que suelen ser unos andarines formidables, este viaje constituyó una prueba del temple del pequeño indio de desastrado sombrero de paja y alpargatas estropeadas en unos pies callosos, que fue a la ciudad en busca de lo que su aldea natal no podía proporcionarle.

Según sus *Apuntes para mis hijos*; se sabe lo siguiente:

«Me alojé en la casa de Don Antonio Maza en que mi hermana M.^a Josefa servía de cocinera. En los primeros días me dediqué a trabajar en el cuidado de la granja ganando dos reales diarios para mi subsistencia, mientras encontraba una casa en que servir. Vivía entonces en la Ciudad un hombre piadoso y muy honrado que ejercía el oficio de encuadernador y empastador de libros. Vestía el hábito de la Orden Tercera de San Francisco y aunque muy dedicado a la devoción y a las prácticas religiosas era bastante despreocupado y amigo de la educación de la juventud. Las obras de Feijoo y las epístolas de San Pablo eran los libros favoritos de su lectura.

Ese hombre se llamaba Don Antonio Salanueva quien me recibió en su casa ofreciendo mandarme a la escuela para que aprendiese a leer y a escribir. De este modo quedé establecido en Oaxaca en 7 de enero de 1819.»

La hermana de Juárez, según se desprende de una fotografía con telón de fondo playero tomada por un fotógrafo ambulante cuando ella era ya mujer entrada en años, era muy capaz de abandonar su lugar natal con una decisión parecida a la del mismo Juárez. Éste le permaneció adicto durante toda su vida. Don Antonio Maza era comerciante de cereales, una de las principales riquezas de la región por aquel entonces y, probablemente, negociaba también con otros productos agrícolas. En realidad, su nombre no era Maza, sino Mazza, y lo mismo él que su mujer eran genoveses o portugueses de nacimiento. Aunque, muy posiblemente, pertenecían a la entonces reducida clase media, y su posición era mucho más elevada que la del joven Juárez, debieron de ser mucho más tolerantes que la mayoría de la gente de su clase, no solamente de aquella época, sino de todos los tiempos, ya que, al hacerse mayor, Juárez no fue considerado como un antiguo asalariado o como el hermano de la cocinera, sino como un íntimo amigo. De los Maza, de su patrón y posteriormente de sus maestros y colegas, aprendió a canalizar y cultivar sus innatos instintos de caballero. Fueron su hermana o los Maza probablemente quienes le colocaron en casa de don Antonio Salanueva.

La casa de este «hombre piadoso y muy honrado» era pequeña y vulgar. Constaba de un solo piso con un patio alrededor. En la fachada había una puerta grande y a su izquierda un ventanal. Esta abertura iluminaba la habitación delantera, la cual, factiblemente, era utilizada por don Antonio como taller de encuadernación, evitando así que los clientes tuvieran que pasar en sus idas y venidas por las habitaciones destinadas a vivienda. Si bien los miembros de la Orden Terciaria eran laicos, por lo que podían casarse, no existen pruebas de que don Antonio tuviera esposa. Lo que sí puede presumirse es que tenía una criada, a la que Juárez debía de ayudar en faenas tales como fregar los suelos, hacer recados, encender

el fuego, regar las plantas, lavar los platos y servir la mesa a don Antonio. A buen seguro que dormía sobre un petate en una habitación pequeña y oscura. Es de creer, sin embargo, que no todo era trabajar y estudiar, sino que el juego debía de ocupar también un lugar en la vida del muchacho. Los niños mexicanos pertenecientes a familias menesterosas apenas tienen juguetes, y en aquella época aún no se conocían ni el fútbol ni el beisbol, pero nunca han carecido de imaginación. Por ello, es de creer que Benito, quizás a la chita callando, jugara por las calles y jardines en compañía de los muchachos de la vecindad. Los escritos de Juárez acerca de don Antonio y los sentimientos que despierta la vista de esa casita oscura, pero poética, reflejan nobleza, integridad y dicha. La estimación y mutuo afecto entre el solitario muchacho y el hombre están fuera de duda. Don Antonio, igual que la familia Maza, debió de sentir, no sólo el tranquilo y algo misterioso encanto que emanaba del muchacho, sino también su gran fuerza anímica, entonces latente. Esta fuerza que sería fuente de inquietudes para don Antonio, pero que, por otra parte, iba a ser de gran utilidad para el mundo.

En nuestros días la Terciaria Orden Franciscana es «poco más que una organización parroquial»; pero en aquella época distaba mucho de merecer este calificativo. Estaba en íntima conexión con la Segunda Orden (monjas) y con la Primera (frailes). Don Antonio era uno de los miembros más devotos de la Orden Terciaria. Su casa estaba situada frente a la iglesia llamada «Carmen Alto». Diariamente, ayudado por Benito, efectuaba el Vía Crucis llevando una imagen de Cristo crucificado. Es de suponer que dio al muchacho una instrucción religiosa. Sin embargo, Juárez dice que distaba mucho de ser un fanático. Uno de sus autores favoritos era Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764), un monje español que «luchaba contra la superstición y la ignorancia de sus compatriotas», y que fue el «iniciador de la reforma de la educación en España». En sus últimos años Juárez formó una nueva librería personal, ya que la anterior se fue perdiendo en el transcurso de los años. Entre sus nuevos libros figuraban las obras

completas de Feijoo. En cuanto a otro de los libros favoritos de don Antonio, las Epístolas de San Pablo, debe tenerse en cuenta que, en todas las épocas, ha sido más del agrado de los católicos liberales y de los protestantes que de los miembros de la jerarquía. Muy pronto empezó Juárez a mostrar interés por cuantos libros caían en sus manos. Se cuenta que una vez le dio un trozo de resina, a cuya luz leía por la noche. Esta anécdota dice mucho, no solamente del fervor de Juárez por la lectura, sino también de la proverbial agudeza visual de los mexicanos. Es muy probable que don Antonio diera al curioso muchacho algunas lecciones sobre encuadernación. Suponiendo que fuera así, no nos consta que en lo sucesivo volviera a tener en sus manos ningún instrumento de los usados para encuadernar ni, de hecho, ningún otro útil de trabajo excepto su formidable pluma. Por una serie de indicios, puede deducirse que Juárez era persona de gran capacidad de concentración, tanto en lo que respecta a su mente como a sus energías, ya desde su adolescencia. Parece ser que nunca mostró interés alguno por las artes a excepción de la música y del teatro, en las cuales su gusto era posiblemente menos apreciativo que el que mostraba al juzgar la conducta humana. Por lo que de él se sabe, puede juzgarse, quizás un poco a la ligera, que nunca supo apreciar la belleza de los paisajes entre los cuales pasó su vida errante. Igual que bastantes de sus remotos antepasados, fue un artista grande y natural, con la diferencia de que se desenvolvía en un medio mucho más difícil que el de la naturaleza, en un ambiente cuya belleza es superior a la del oro: el de la sociedad humana.

Aunque Juárez escribió con orgullo sobre la raza de sus padres y no olvidó nunca a su propio pueblo, no mostró jamás la petulancia de ciertos intelectuales mexicanos de nuestro tiempo en relación con su linaje indio, la mayoría de las veces mucho menos puro que el de Juárez. Humboldt vio las ruinas de Mitla en 1803, pero ya en 1533, un monje español había dado testimonio de ellas. En lo que se refiere a la soberbia «acrópolis» de Monte Albán, sólo en los últimos cuarenta años puede decirse que ha sido realmente conocida,

explorada y estudiada. Parece que Juárez conocía su existencia, pero no le concedió importancia alguna. Tenía bastante con el honor y la carga que representaba el ser un mexicano de su tiempo.

Durante algún tiempo el muchacho de las montañas debió de sentir una especie de aturdimiento al callejear por Oaxaca. Entonces, como ahora, existían en la ciudad hermosas iglesias y monasterios con un cierto aire de fortalezas. Esto no es de extrañar, ya que a menudo se destinaban a menesteres militares. Había también casas grandes, sólidas y bellamente adornadas, rodeadas de patios llenos de flores; grandes jardines, con fuentes y árboles cuya sombra bienhechora protegía a los paseantes. La actitud de sus habitantes, tanto pobres como ricos, demostraba que la vida, incluso en las peores condiciones, puede ser hermosa, casi siempre reposada y, a veces, buena. En 1792, la población de la ciudad era de 24.400 habitantes; la del Estado, 411.000. Juárez, como muchos otros habitantes del país, sabía poco español: el 88 por ciento de la población era de pura sangre mixteca y zapoteca. Según Humboldt, en 1808 la población de México era de unos 6.500.000 habitantes, repartidos como sigue: de dos a tres millones de indios puros, igual número de mestizos, y el resto españoles. Entre estos últimos se incluyen no solamente los nacidos en España, sino también los criollos, es decir, los individuos de sangre española nacidos en México.

La atmósfera religiosa que rodeaba a Juárez no se limitaba a la casa de don Antonio y a la iglesia de Carmen Alto al otro lado de la calle. A dos manzanas de distancia había la iglesia de Santo Domingo, que en su limitada opulencia y exquisita fantasía es, probablemente, una de las iglesias más hermosas del mundo. Según Humboldt, el clero mexicano estaba constituido sólo por unos 10.000 miembros. A este número debe añadirse tres o cuatro mil legos y servidores de ambos sexos que residían en los conventos. Sin embargo, el porcentaje de clérigos era en Oaxaca muy superior al de cualquier otro Estado.

Según palabras del historiador Justo Sierra, «Oaxaca era

una ciudad que vivía a la sombra del monasterio; allí todos eran frailes o querían serlo, lo mismo los célibes que los casados; el alma de Oaxaca vivía en éxtasis ante el altar de María. Y María fue la verdadera conquistadora de México, y la raza salvada se arrodilló ante ella, llenos los labios de tiernas y humildes confidencias y los ojos de lágrimas. Pero tras esta poesía del dolor humano y del consuelo, se escondía una sombra perpetua de superstición que envolvía en sus telarañas aquellas almas que no podían abrir las alas, y la infinita y suave explotación de aquel pobre ser arrodillado que ya nadie podría sacar de su esclavitud moral, representada por la perpetua faena, por la perpetua embriaguez y por la *cera* perpetua encendida en el altar».

Durante algunos años al menos, el joven Juárez no pudo, ante el clericalismo y religiosidad de la ciudad, reaccionar en la forma ni con las palabras de los intelectuales sensibles y liberales de las últimas generaciones. Como indio, su religiosidad era al menos tan profunda como la de los españoles, y, naturalmente, había sido bautizado y educado como católico. ¿Cómo podía sospechar la existencia de otra verdad fuera de la proclamada una y otra vez por la Iglesia, y cómo pudo, al igual que la mayoría de los mexicanos, ver otra cosa en sus símbolos, ceremonias y fiestas, sino un suntuoso ciclo teatral, repetido cada año, en el cual él, incluso él, un pobre muchacho de las montañas que quería aprender español tomaba parte? La Iglesia ofrecía al pueblo que vivía en la indigencia, sus numerosos templos, los cuales eran como un segundo hogar para aquella gente. En una sociedad feudal, y siendo el pueblo reservado y solitario por naturaleza, les facilitaba la comunión, no sólo con María y los santos, sino también, en cierto modo, con los ricos, los poderosos y los forasteros, arrodillados a su lado en una especie de igualdad ante Dios. A la gente sin otro quehacer que su oficio y su huerto ofrecía su música majestuosa, sus pinturas y esculturas, violentamente realistas en algunos casos y, a menudo menos vulgares que las de nuestros días. A la gente falta de los conocimientos necesarios para hacer frente a la enfermedad y a las calamidades provocadas

por la naturaleza brindaba su intercesión milagrosa, aparentemente eficaz, en algunos casos. A la gente sin conocimientos filosóficos que, como nosotros, nada podían argüir respecto a «la naturaleza y el destino del hombre», pero que no había tenido motivo para volverse escéptica en lo concerniente a la clerecía ilustrada, ofrecía, en forma cruda y efectiva, al menos aparentemente, las viejas respuestas católicas.

No obstante, todas estas ofrendas tenían un precio: económico, político, legal y, como sugiere Sierra, incluso moral y espiritual.

De las montañas bajó este muchacho que, como otros que residían en la ciudad, lo arriesgó todo para aprender a pensar por sí mismo. Ya hombre, este muchacho escribió en los *Apuntes para mis hijos*:

«En las escuelas de primeras letras de aquella época no se enseñaba la gramática castellana. Leer, escribir y aprender de memoria el Catecismo del Padre Ripalda era lo que entonces formaba el ramo de instrucción primaria. Era cosa inevitable que mi educación fuese lenta y del todo imperfecta. Hablaba yo el idioma español sin reglas y con todos los vicios con que lo hablaba el vulgo. Tanto por mis ocupaciones como por el mal método de la enseñanza, apenas escribía después de algún tiempo en la 4.^a escala en que estaba dividida la enseñanza de escritura en la escuela a que yo concurría. Ansioso de concluir pronto mi ramo de escritura pedí pasar a otro establecimiento creyendo que de este modo aprendería con más perfección y con menos lentitud. Me presenté a D. José Domingo González, así se llamaba mi nuevo Preceptor, quien desde luego me preguntó en qué regla o escala estaba yo escribiendo le contesté que en la 4.^a Bien, me dijo, haz tu plana que me presentarás a la hora que los demás presenten las suyas. Llegada la hora de costumbre presenté la plana que había yo formado conforme a la muestra que se me dio; pero no salió perfecta porque estaba yo aprendiendo y no era un profesor. El maestro se molestó y en vez de manifestarme los defectos que mi plana tenía y enseñarme el modo de enmendarlos sólo me dijo que no servía y me mandó castigar. Esta injusticia me ofendió profundamente, no menos que la desigualdad con que se daba la enseñanza en aquel establecimiento que se llamaba LA ESCUELA REAL, pues mientras el maestro en un departamento separado enseñaba con esmero a un número determinado de niños, que se llamaban decentes, yo y los demás

jóvenes pobres como yo, estábamos relegados a otro departamento, bajo la dirección de un hombre que se titulaba AYUDANTE y que era tan poco apropiado para enseñar y de un carácter tan duro como el maestro.

Disgustado de este pésimo método de enseñanza y no habiendo en la Ciudad otro establecimiento a que ocurrir, me resolví a separarme definitivamente de la escuela y a practicar por mí mismo lo poco que había aprendido para poder expresar mis ideas por medio de la escritura aunque fuese de mala forma, como lo es la que uso hasta hoy.

Entretanto, veía yo entrar y salir diariamente en el Colegio Seminario que había en la Ciudad, a muchos jóvenes que iban a estudiar para abrazar la carrera eclesiástica, lo que me hizo recordar los consejos de mi tío que deseaba que yo fuese eclesiástico de profesión. Además, era una opinión generalmente recibida entonces no sólo en el vulgo, sino en las clases altas de la sociedad, de que los clérigos, y aun los que sólo eran estudiantes sin ser eclesiásticos sabían mucho y de hecho observaba yo que eran respetados y considerados por el saber que se les atribuía. Esta circunstancia más que el propósito de ser clérigo para lo que sentía una instintiva repugnancia me decidió a suplicarle a mi padrino, así llamaré en adelante a don Antonio Salanueva porque me llevó a confirmar a los pocos días de haberme recibido en su casa, para que me permitiera ir a estudiar al Seminario ofreciéndole que haría todo esfuerzo para hacer compatible el cumplimiento de mis obligaciones en su servicio con mi dedicación al estudio a que me iba a consagrar.

Como aquel buen hombre era, según dije antes, amigo de la educación de la juventud, no sólo recibió con agrado mi pensamiento sino que me estimuló a llevarlo a efecto diciéndome que teniendo yo la ventaja de poseer el idioma zapoteco, mi lengua natal podía, conforme a las leyes eclesiásticas de América, ordenarme a título de él, sin necesidad de tener algún patrimonio que se exigía a otros para subsistir mientras obtenían algún beneficio. Allanado de ese modo mi camino entré a estudiar gramática latina al Seminario en calidad de capense el día 18 de octubre de 1821, por supuesto sin saber gramática castellana, ni las demás materias de la educación primaria. Desgraciadamente no sólo en mí se notaba ese defecto, sino en los demás estudiantes generalmente por el atraso en que se hallaba la instrucción pública en aquellos tiempos.

Comencé, pues, mis estudios bajo la dirección de profesores que siendo todos eclesiásticos la educación literaria que me daban debía ser puramente eclesiástica. En agosto de 1823 concluí mi estudio de gramática latina, habiendo sufrido los dos exámenes de estatuto con las calificaciones de EXCELENTE. En ese año no se

abrió curso de artes y tuve que esperar hasta el año siguiente para comenzar a estudiar Filosofía por la obra del Padre Juquier; pero antes tuve que vencer una dificultad grave que se me presentó y fue la siguiente: luego que concluí mi estudio de gramática latina mi padrino manifestó grande interés porque pasase yo a estudiar Teología moral para que el año siguiente comenzara a recibir las órdenes sagradas. Esta indicación me fue muy penosa, tanto por la repugnancia que tenía a la carrera eclesiástica, como por la mala idea que se tenía de los sacerdotes que sólo estudiaban gramática latina y Teología moral y a quienes por este motivo se ridiculizaba llamándolos PADRES DE MISA Y OLLA o LARRAGOS. Se les daba el primer apodo porque por su ignorancia sólo decían misa para ganar la subsistencia y no les era permitido predicar ni ejercer otras funciones que requerían instrucción y capacidad; y se les llamaba Larragos, porque sólo estudiaban Teología moral por el Padre Larraga. Del modo que pude manifesté a mi padrino con franqueza este inconveniente, agregándole que no teniendo yo todavía la edad suficiente para recibir el Presbiterio nada perdía con estudiar el curso de artes. Tuve la fortuna de que le convinieran mis razones y me dejó seguir mi carrera, como yo lo deseaba.

En el año de 1827 concluí el curso de artes habiendo sostenido en público dos actos que se me señalaron y sufrido los exámenes de reglamento con las calificaciones de EXCELENTE NEMINE DISCREPANTE y con algunas notas honrosas que me hicieron mis sinodales.

En este mismo año se abrió el curso de Teología y pasé a estudiar este ramo, como parte esencial de la carrera o profesión a que mi padrino quería destinarme y acaso fue ésta la razón que tuvo para no instarme ya a que me ordenara prontamente.»

Nadie ha sido jamás el niño que recuerda haber sido; pero por estos párrafos, escritos por Juárez cuando debía de contar cincuenta y un años, podemos ya entrever no sólo al muchacho que era, sino también al hombre que sería.

«Esta injusticia me ofendió profundamente.» Podemos creerlo. Cualquier injusticia, fuera él la víctima o lo fueran otros, ofendió siempre a Juárez. Pero, ¿por qué razón? Nada había acontecido en su vida que le permitiera suponer que la justicia era la norma, y que cada injusticia era una ofensa personal, un ultraje. Puede que el resentimiento contra la injusticia, como los celos, por ejemplo (Juárez parece no haberlos sentido nunca), tenga un origen más profundo que la ex-

periencia personal. Tiene, quizás, una naturaleza ancestral, y es, en fin, algo que crea el convencimiento que Juárez poseía en «la facultad natural del hombre para establecer lo justo y razonable».

El interés mostrado por Juárez en aquella época por el «respeto y consideración» que todas las clases sociales dispensaban al saber de los eclesiásticos e incluso de los estudiantes del Seminario, puede ser utilizado por la crítica hostil como prueba precoz de la desmedida ambición personal que le fue atribuida posteriormente. Sin embargo, parece lógico y natural en un muchacho de su edad y, además, pobre. Es más significativo su escepticismo respecto al grado y respetabilidad del saber en cuestión. José C. Valadés dice que el *Curso completo de filosofía* de Francisco Jacquier, uno de los textos favoritos en los seminarios españoles, era frío y tedioso y, seguramente «incomprensible para quien sólo buscaba las disciplinas de la vida personal y común». Tales estudios probablemente produjeron una reacción, al desarrollar las innatas tendencias pragmáticas y prácticas de la mente de Juárez. Los profesores del seminario no sólo se recreaban en abstracciones sin fin: formaban, ciertamente, una sociedad aparte y eran presuntuosos, como el resto del clero. Parece que eran también hipócritas, pues, según Sierra, en la Oaxaca de aquellos días el celibato de los clérigos era casi un mito. En cuanto a la condición de la Iglesia, parece ser que era comparable a su posición en la época medieval, cuando Hildebrando fulminó sus reformas. El enfrentarse diariamente con este sistema de vida, unido al hecho de proceder de la aldea india de San Pablo Guelatao, cuyos habitantes obraban con estricta honradez, y del íntegro hogar de don Antonio Salanueva y, por último, al estar en posesión de unos instintos sexuales normales, hizo que Juárez sintiera una «instintiva repugnancia» a la idea de llegar a ser clérigo.

Sin embargo, estas palabras no son irreligiosas, pues es éste un adjetivo que denota e implica casi siempre una mente superficial o trivial. Por el contrario, la posición de Juárez respecto a la Iglesia, lo mismo en su juventud que durante el

resto de su vida, denota una mente profundamente religiosa, que tomaba la vida y la virtud muy seriamente, según el antiguo concepto de la hombría y de la decencia. Incluso entonces, empezaba ya a notar una gran diferencia entre la religión y lo que la Iglesia ofrecía en aquella época y lugar. Nadie que haya estudiado los actos y cartas de este hombre puede, honesta y conscientemente, estar en desacuerdo con Valadés al decir que «en Juárez vivió, sin duda alguna, un excepcional culto al espíritu.» A medida que avance en la lectura de esta obra cualquiera podrá preguntarse si está de acuerdo con el historiador L. B. Simpson al decir que Juárez poseía el temperamento de un puritano. Pero nos estamos adelantando. Podemos, no obstante, observar ya en el joven Juárez un rasgo, que si le fue entonces de utilidad, posteriormente fue más valioso todavía, no sólo para él, sino también para México: su capacidad para tratar con sus semejantes. El lector habrá observado el respeto y afecto de Juárez por su patrono y padrino, y también la perspicacia y tacto que, unidos a un punto de buena suerte, le permitieron, sin agraviar innecesariamente a aquél, salirse con la suya.

Ya desde la remota y somnolienta ciudad de Oaxaca, en los años 1806-1827, «nunca se preocupó por quién doblan las campanas». «En esta época», dice Juárez en sus *Apuntes*, «se habían ya realizado grandes acontecimientos en la Nación». Estos acontecimientos le marcaron de por vida.

EL DOLOROSO DESPERTAR

El hecho más importante del México en el que vivió y trabajó Benito Juárez es que a partir de 1810 empezó el despertar de una situación que había permanecido prácticamente inalterable desde principios del siglo xvi, encontrándose de repente proyectado violentamente hacia el mundo occidental del siglo pasado.

Después de centenares de años de desarrollo aislado bajo los diversos imperios precolombinos, México fue conquistado por España; mejor dicho, cayó bajo el dominio de los españoles, quienes durante tres siglos mantuvieron a México en un amplio aislamiento y en una situación relativamente estática y esclava. Mientras, el mundo occidental pasaba por la experiencia del Renacimiento, la Reforma, el auge del nacionalismo, el progreso de la ciencia, el nacimiento del imperialismo y de la revolución industrial, el desarrollo de la democracia, y sufría las diversas guerras que acompañaron a estos verdaderos cataclismos. Luego, entre 1810 y 1820, época que vio el auge y el inicio del declive del imperialismo occidental, estas conmociones se introdujeron en México. La nación tuvo que asimilar en poco más de cien años lo que para otros había representado una labor de tres centurias. En este período las figuras clave de México, bien como conductoras, inspiradoras, o como portavoces de las ansias del pueblo, fueron: Hidalgo, a quien el autor preferiría sustituir por Morelos y

Juárez. Díaz fue otra figura descollante, junto con los potentes y, en conjunto, ineficaces líderes de la Revolución de 1910-1920.

La conquista de México (1519-1530) por Hernán Cortés es, desde luego, uno de los hechos de armas más notables de todos los tiempos. Es una obra igualmente importante la colonización de Nueva España, efectuada hacia 1551 por Zumárraga, Quiroga, Mendoza, etc., y que tuvo una duración de tres siglos. Estas empresas nos sugieren gran número de explicaciones y juicios de tipo moral de gran interés, que serán examinados más adelante. Una vez efectuado este examen, se llegará quizás a la conclusión de que España dio a México su lengua, la cual es mucho mejor que la veintena de lenguajes indios; una forma y grado de cristianismo menos cruel que las religiones indias; un gobierno más estable y seguramente no menos humano que los anteriores; hermosos edificios, etc. Sin embargo, se llegará también a la conclusión de que los españoles, como la mayoría de los imperialistas, hicieron todo lo posible para aprovecharse del trabajo del pueblo sometido, procurando siempre evitar su educación y progreso político—con la sola excepción de los primeros frailes— y resistiéndose a permitir los contactos con el exterior y los cambios internos. Desde este punto de vista, el asombroso éxito de los españoles fue, observado en su conjunto y con la perspectiva que proporcionan los años transcurridos, un completo fracaso y un crimen. Fueron ellos, más que los invasores americanos y franceses, los responsables de la anarquía, de la pérdida de terreno y de las heridas psíquicas que siguieron a la consecución de la independencia y que aún en la actualidad aquejan al pueblo mexicano.

En Nueva España, el dominio de la nación matriarcal fue completo. El gobierno estaba centralizado en la figura del virrey, quien nombraba y mandaba a las autoridades locales, la mayoría de las cuales habían nacido en España. Incluso los criollos carecían de poder alguno, por lo que, si bien mostraban unas crecientes inquietudes revolucionarias, nunca pudieron adquirir la experiencia política, legislativa, comercial y guerrera que caracterizó a los líderes de la Revolución ameri-

cana. Aunque la esclavitud era ilegal en Nueva España, la explotación de los indios resta a esta norma legal una parte de su aparente mérito. Los monarcas españoles y los primeros frailes dominicos y franciscanos mostraban por los indios un mayor interés y los trataban más humanamente que la mayor parte de los virreyes y otros jefes políticos, o que los eclesiásticos que llegaron posteriormente. En las grandes encomiendas, plantaciones y minas, propiedad de los españoles, los indios trabajaban como esclavos. Entre ellos era cosa corriente enfermedades tales como la viruela, la gripe, la fiebre amarilla y la sífilis. En el aspecto económico, Nueva España estaba totalmente subordinada a la metrópoli y dominada por diversos monopolios. Estaban autorizadas únicamente la minería, la cría de ganado y unas pocas industrias, como, por ejemplo, la manufactura de tejidos. A las actividades citadas debe añadirse el comercio de tránsito entre Filipinas y España, el cual se efectuaba en Acapulco y Veracruz. La mayoría de los artículos manufacturados eran importados de España y Francia. Prácticamente la Iglesia formaba parte del gobierno, y, al igual que éste, estaba dominada por españoles. La religión católica había absorbido y arrollado los cultos de los indios. La Iglesia era enormemente rica, no sólo por sus templos y por los objetos de oro y plata que se guardaban en su interior, sino principalmente por sus tierras e hipotecas, lo que, desde el punto de vista de la economía, era mucho más importante. Se admite como cosa cierta que la Iglesia poseía o controlaba, como mínimo, la mitad de la propiedad de México, lo que representaba, aparte las medidas restrictivas de los españoles, el mayor freno para el crecimiento económico y para la mejora del bienestar común. Existían asimismo otros hechos de naturaleza más personal e irritante que chocaban con la libertad y la igualdad: los diezmos estaban legalizados, se pagaban cuotas por los servicios religiosos, los bienes de la Iglesia estaban libres de impuestos, y los curas, al igual que los oficiales del ejército, tenían el fuero o privilegio de estar sujetos solamente a sus propias leyes y tribunales.

Durante la Edad de la Plata, la que según Simpson, abarca

el período comprendido entre 1570 y 1821, el rigor fue disminuyendo de forma muy lenta, aunque hubo serios a la par que inútiles disturbios en Ciudad de México en los años 1566, 1624 y 1692. Los miembros de las clases privilegiadas solían tener una cierta cultura, tal como se evidencia en las pinturas de la época, en la universidad y en la vida y obras de figuras aisladas, como, por ejemplo, sor Juana Inés de la Cruz. La vida de los privilegiados tenía su atractivo, por lo que incluso los indios trataban de hacer más bella y amable su dura existencia, conservando, no obstante, su incomparable dignidad.

Los criollos más capacitados y enérgicos, los mestizos e indios más animosos y más severamente explotados, junto con unos pocos sacerdotes, entre otros Hidalgo y Morelos, veían crecer sus ansias de rebeldía; pero los gobernantes españoles, los oficiales del ejército y el alto clero eran todavía fuertes y tenían en sus manos todos los resortes del poder, como se demostró durante los once años de la guerra de la Independencia. Si en los otros países se hubiese detenido la Historia, si las vías de comunicación hubiesen sido peores de lo que eran, esta gran colonia pudiera haber vivido en estado latente, con sólo su «pequeña historia», durante otras varias decenas o centenares de años.

Fuera de México, sin embargo, el reloj de la Historia no se había parado. Desde el siglo XVI los ingleses, franceses y holandeses efectuaban sus propias exploraciones y colonizaciones del Nuevo Mundo. Como piratas y contrabandistas aterrorizaban y saqueaban las Indias y las costas de Nueva España. La afortunada y más o menos dramática colonización del Norte de América, junto con la Revolución americana, dio el ejemplo inicial de colonias americanas en lucha para conseguir su independencia y autogobierno, inspirado este último en normas democráticas. En las décadas que siguieron, la rápida y vigorosa expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste significaba una amenaza creciente para las extensas, precariamente sostenidas y remotamente gobernadas, provincias del Norte de Nueva España.

Poco después de la Revolución americana tuvo lugar la fran-

cesa, seguida casi inmediatamente por las conquistas de Napoleón Bonaparte. Mientras, la sociedad y el gobierno españoles iban decayendo constantemente. Al gobierno fuerte, brutal y reformador de Carlos III (1759-1788), del visitador general José Gálvez y del virrey Marqués de Croix, que vio la expansión del imperio español hasta California y Louisiana, y la expulsión de los jesuitas, siguió el débil reinado de Carlos IV y Manuel Godoy, y (a excepción del eficaz conde Villa Gigedo) de los peores virreyes que se recuerdan. Las ideas y ambiciones liberales se introdujeron en México. En 1808, Carlos IV y su hijo Fernando VII fueron encarcelados en Francia al mismo tiempo que los ejércitos franceses colocaban a José Bonaparte en el trono de España. En México, esta situación caótica e irónica a la vez, trajo como consecuencia que los gachupines (nacidos en España) apoyaran la autoridad de las juntas liberales de España, lo que los enfrentó a los criollos, quienes querían elegir juntas mexicanas y, al mismo tiempo, permanecían fieles —en teoría, por lo menos— al rey prisionero. Esta situación trajo como consecuencia un enfrentamiento del liberalismo contra el nacionalismo. Esta confusión hizo que creciera más y más la idea de un México independiente. En 1810, bajo la capitanía de Bolívar, San Martín, Sucre, etc., empezaron las guerras que condujeron a la independencia de nueve países latino-americanos, creándose así una serie de nuevas repúblicas, todas ellas bajo mando criollo.

En 1810, los rebeldes y conspiradores mexicanos se hallaban dispersos y carecían del apoyo de los criollos. Por ello, cuando en la noche del 15 al 16 de septiembre la esposa del corregidor de Querétaro avisó al capitán Ignacio Allende, de San Miguel, y al cura Miguel Hidalgo y Costilla, de Dolores, que su conspiración había sido descubierta, éstos se vieron obligados a pasar a la acción y a proclamar la independencia de México en el famoso *Grito de Dolores*. Su único apoyo lo constituían los indios y los mestizos, con los cuales se logró formar un ejército mal armado e indisciplinado, pero con un valor temerario. Bajo el estandarte de la Virgen de Guadalupe, este ejército pasó rápidamente por la zona central de México

y, el 28 de septiembre en Guanajuato, saqueó salvajemente la *alhóndiga*. El 30 de octubre vio la victoria sobre el ejército del virrey en la «batalla de las cruces» que se desarrolló en los bosques entre Ciudad de México y Toluca. Los vencedores, sin embargo, no ocuparon la ciudad, sino que siguieron hacia el Norte. El día 14 de enero de 1811, los rebeldes sufrieron una derrota cerca de Guadalajara y posteriormente, el 21 de marzo, sus líderes fueron capturados en el Estado de Coahuila y ejecutados en el intervalo de pocos meses. El último fue Hidalgo. De este hombre venerado por los mexicanos, yo, historiador norteamericano, siento tener que decir que era vanidoso y violento, si bien sabía inflamar a las masas; fue degradado y excomulgado, se retractó miserablemente, y, por último, fue muerto el día 31 de julio. Menos de un año después de emitir su *Grito*, su cabeza, junto con la de Allende, Aldama y Jiménez, colgaba de jaulas de hierro en las esquinas de la *alhóndiga* de Guanajuato, permaneciendo allí hasta 1821.

La fase siguiente de la lucha por la independencia consistió en la guerra de guerrillas entre las fuerzas de los virreyes y las desorganizadas tropas de los líderes rebeldes, como Rayón, Cos, Quintana Roo, Matamoros y, principalmente, del cura y estadista José María Morelos, quien era hombre de talla indiscutiblemente superior a la de Hidalgo y Allende. En esa revolución, como en la habida en nuestro siglo, fue frecuente que muchos bandidos se hicieran pasar por rebeldes. En mayo de 1812, Calleja sitió a Morelos en Cuautla; pero éste logró escapar seguido de la mayoría de los habitantes y reconquistó la ciudad. Ocupó Oaxaca en el mes de noviembre de 1812, no siendo reconquistada por las fuerzas reales hasta marzo de 1814. Es de creer, por lo tanto, que cuando Juárez llegó a la ciudad cuatro años más tarde, procedente de San Pablo Guelatao, los recuerdos de este período debían mantenerse frescos. Según Sierra. «Había que oír a Juárez decir “el señor Morelos”, para comprender la tradición extraordinaria de devoción, de supernaturalismo, digámoslo así, que los hombres de la generación que siguió a la de los insurgentes habían recogido de sus padres.» En 1813 y 1814, en Chilpancingo y Apat-

zingán, respectivamente, Morelos y algunos de sus lugartenientes esbozaron una Constitución liberal; pero poco después, en 1815, Calleja y Agustín de Iturbide, que habían luchado con las fuerzas reales en la «batalla de las cruces», derrotaron y ejecutaron a Morelos, aplastando así, momentáneamente al menos, la rebelión.

En el mismo año, Fernando VII fue restaurado en el trono de España, y una de sus primeras medidas fue la de abolir la Constitución liberal de 1812. Como consecuencia, algunos liberales españoles se fueron a México a combatir al lado de los insurgentes. No obstante, Apodaca, sucesor de Calleja en el virreinato, logró pacificar el país; pero no pudo someter a Félix Fernández, de Veracruz, que se hacía llamar Guadalupe Victoria, ni a Vicente Guerrero. Este último era un hombre inculto, por cuyas venas corría sangre española, india y negra. En 1820, como consecuencia de una rebelión, fue restaurada en España la Constitución liberal de 1812, la cual fue apoyada en México por algunos conservadores y proclamada por Apodaca. De este modo, se opusieron a la independencia. Apodaca destituyó a Iturbide por chantajista; pero gracias a presiones por parte del clero, cuyo apoyo había buscado, el virrey se vio obligado a darle el mando de las fuerzas que combatían contra Guerrero. El 24 de febrero de 1821, en Iguala, Iturbide promulgó el Plan de Iguala, con tres garantías: Independencia de México, bajo Fernando u otro príncipe europeo; conservación, por parte de la Iglesia, de sus privilegios; igualdad de derechos entre criollos y gachupines. Ingenuamente, Guerrero aceptó este plan, y, junto con otros insurgentes, se unió a Iturbide. Juan O'Donojú, llegado de España para suceder a Apodaca como virrey, llegó a un acuerdo con Iturbide en Córdoba. Al fin se había conseguido la independencia de México, y con ella la certeza de nuevos disturbios.

Para conocer sus impresiones de estos acontecimientos, acudiremos de nuevo a los *Apuntes* de Juárez escritos para sus hijos treinta y seis años más tarde. Dado que se sabía de estos sucesos más de lo que cabía esperar, Juárez fue breve:

«En esta época se habían ya realizado grandes acontecimientos en la Nación. La guerra de independencia iniciada en el pueblo de Dolores en la noche del 15 de septiembre de 1810 por el venerable cura don Miguel Hidalgo y Costilla con unos cuantos indígenas, armados de escopetas, lanzas y palos y conservada en las montañas del Sur por el ilustre ciudadano Vicente Guerrero llegó a terminarse con el triunfo definitivo del ejército independiente, que acaudillado por los generales Iturbide, Guerrero, Bravo, Bustamante y otros jefes ocupó la Capital del antiguo virreynato el día 27 de septiembre de 1821.

Iturbide abusando de la confianza que, sólo por amor a la patria le habían dispensado los jefes del ejército, cediéndole el mando y creyendo que a él solo se debía el triunfo de la causa nacional se declaró Emperador de México contra la opinión del Partido Republicano y con disgusto del Partido Monarquista que deseaba sentar en el trono de Moctezuma a un príncipe de la Casa de Borbón, conforme a los tratados de Córdoba, que el mismo Iturbide había aprobado y que después fueron nulificados por la Nación.

De pronto el silencio de estos partidos, mientras organizaban sus trabajos y combinaban sus elementos y el entusiasmo del vulgo, que raras veces examina a fondo los acontecimientos y sus causas y siempre admira y alaba todo lo que para él es nuevo y extraordinario, dieron una apariencia de aceptación general al nuevo Imperio que en verdad sólo Iturbide sostenía. Así se explica la casi instantánea sublevación que a los pocos meses se verificó contra él, proclamándose la República y que lo obligó a abdicar, saliendo en seguida fuera del país. Se convocó, desde luego, a los pueblos para que eligieran a sus diputados con poderes amplios para que constituyeran a la Nación sobre las bases de Independencia, Libertad y República, que se acababan de proclamar; hechas las elecciones se reunieron los representantes del pueblo de la Capital de la República, y se abrió el debate sobre la forma de gobierno que debía adoptarse. Entretanto, el desgraciado Iturbide desembarca en Soto la Marina y es aprehendido y decapitado como perturbador del orden público. El congreso sigue sus deliberaciones. El Partido monárquico-conservador que cooperó a la caída de Iturbide más por odio a este jefe, que por simpatías al Partido Republicano, estaba ya organizado bajo la denominación de **EL PARTIDO ESCOCES** y trabajaba en el Congreso por la centralización del poder y por la subsistencia de las clases privilegiadas con todos los abusos y preocupaciones que habían sido el apoyo y la vida del sistema virreynal. Por el contrario, el Partido Republicano, quería la forma federal y que en la nueva constitución se consignasen los principios de libertad y de progreso que hacían próspera y feliz a la

vecina República de los Estados Unidos del Norte. El debate fue sostenido con calor y obstinación no sólo en el Congreso, sino en el público y en la prensa naciente de las provincias y al fin quedaron victoriosos los republicanos federalistas en cuanto a la forma de gobierno, pues se deshechó la central y se adoptó la de la República representativa, popular, federal; pero en el fondo de la cuestión ganaron los centralistas, porque en la nueva carta se incrustaron la intolerancia religiosa, los fueros de las clases privilegiadas, la institución de comandancias generales y otros contra principios que nulificaban la libertad y la federación que se quería establecer. Fue la constitución de 1824 una transacción entre el progreso y el retroceso, que lejos de ser la base de una paz estable y de una verdadera libertad para la Nación, fue el semillero fecundo y constante de las convulsiones incesantes que ha sufrido la República, y que sufrirá todavía mientras que la sociedad no recobre su nivel, haciéndose efectiva la igualdad de derechos y obligaciones entre todos los ciudadanos y entre todos los hombres que pisen el territorio nacional, sin privilegios, sin fueros, sin monopolios y sin odiosas distinciones; mientras que no desaparezcan los tratados que existen entre México y las potencias extranjeras; tratados que son inútiles una vez que la suprema ley de la República sea el respeto inviolable y sagrado de los derechos de los hombres y de los pueblos, sean quienes fueren con tal de que respeten los derechos de México, a sus autoridades y a sus leyes; mientras que finalmente en la República no haya más que una sola y única autoridad: la autoridad civil del modo que lo determine la voluntad nacional sin religión de Estado y desapareciendo los poderes militares y eclesiásticos, como entidades políticas que la fuerza, la ambición y el abuso han puesto enfrente del poder supremo de la sociedad usurpándole sus fueros y prerrogativas.

El Partido Republicano adoptó la denominación de EL PARTIDO YORQUINO y desde entonces comenzó una lucha encarnizada y constante entre el Partido Escocés que defendía el pasado con todos sus abusos, y el Partido Yorquino que quería la libertad y el progreso; pero desgraciadamente el segundo luchaba casi siempre con desventaja porque no habiéndose generalizado la ilustración en aquellos días, sus corifeos con muy pocas y honrosas excepciones carecían de fe en el triunfo de los principios que proclamaban, porque comprendían mal la libertad y el progreso y abandonaban con facilidad sus filas pasándose al bando contrario, con lo que desconcertaban los trabajos de sus antiguos correligionarios, les causaban su derrota y retardaban el triunfo de la libertad y del progreso. Esto pasaba en lo general de la República en el año de 1827.»

Iturbide era un hombre elegante, falso y ambicioso, vanidoso y vulgar, y aunque patriota de verdad, no tenía la talla necesaria para la posición en que se encontró situado. Además, el desvencijado imperio que estableció, una burda imitación del de Napoleón I, no fue sino una cruda y triste farsa para México.

En este breve resumen de Juárez se encuentra a faltar otro nombre importante además del de Morelos: el de Antonio López de Santa Anna, un oficial criollo nacido en 1795 en las cercanías de Jalapa, que había luchado con las fuerzas del virrey contra los insurgentes. En el momento preciso se unió a Iturbide, para volverse contra él cuando su estrella empezó a declinar. Quería la república sin saber siquiera lo que esta palabra significaba. La rapidez de Santa Anna en «cambiar de chaqueta» fue solamente superada por su imprudencia al pretender ignorar su pasado. Sin embargo, la credulidad del pueblo mexicano y de la mayoría de sus líderes al ignorar durante más de treinta años la verdadera manera de ser de este charlatán y traidor al que auparon hasta el más alto poder, supera todo lo imaginable. De facciones gruesas y vulgar en sus gustos, sabía adoptar maneras melancólicas y suavemente cortes, lo que, unido a su siniestro poder personal, hizo que pudiera fascinar y atraerse a hombres que le superaban en todos los aspectos.

Para Juárez, al reflexionar años más tarde sobre este período, tales figuras y hechos eran evidentemente de menor interés e importancia que los referentes al gobierno constitucional y a las condiciones que, según él, eran necesarias para establecerlo firmemente y para que funcionara sin «incesantes convulsiones». Los partidos Escocés y Yorquino tomaron su nombre de dos de las ramas de la masonería, introducida en México por Joel R. Poinsett, ministro americano en México durante los años 1825 a 1829. Desde sus principios, y a pesar de ser políticamente más bien liberal que conservadora, no puede ser alineada la masonería, al menos en apariencia, en ninguno de los dos bandos. Se ha dicho que en México hay muchos masones que son a la vez católicos liberales. El 25 de abril de

1825 se fundó en Oaxaca una logia masónica. Juárez, que no se había apartado de la Iglesia, se afilió a la logia el 15 de enero de 1847. Sus miembros están orgullosos de haberlo tenido en sus filas.

La decepción de Juárez respecto a la Constitución de 1824 era justificada; pero, según él mismo reconoció posteriormente, algunas de las reformas que propugnaba debían efectuarse por decreto, en lugar de hacerlo por medio de las leyes constitucionales. Eso en primer lugar. Debía tenerse en cuenta, también, que el derecho internacional estaba poco evolucionado. Debía partirse de la base de que cualquier reforma, constitucional o financiera, no podía ser realmente efectiva sin el respaldo de una economía más o menos desarrollada. Esta economía era inexistente en el México de aquellos días. Por último, la pretensión de Juárez y de los liberales mexicanos de la época de redactar una Constitución hecha a imagen y semejanza de la de los Estados Unidos, e implantar un federalismo parecido al del mencionado país, era inoportuna y peligrosa en México, pues su historia, sociedad, cultura, tradiciones y situación económica eran completamente diferentes a las de su vecino del Norte.

Apenas es necesario decir que, en los Estados Unidos, el concepto «federalismo» va ligado a un fortalecimiento del poder central, mientras que en México su significado era totalmente opuesto. En México no había Estados —en el sentido que damos a esta palabra— que federar, sino zonas más o menos extensas controladas por jefes o caciques militares y feudales que poseían su propio ejército y organización política, y que, sólo de mala gana, transferían sus ingresos al gobierno federal; pero, deduciendo las entradas en concepto de aduanas, en los casos en que no estaban hipotecadas por gobiernos extranjeros. Las legislaturas, tanto del Estado como de la nación, estaban a menudo controladas por teorizantes volubles y violentos que representaban a minorías y grupos de presión generalmente izquierdistas. La rama judicial, basada en el derecho romano, no se distinguía apenas de la ejecutiva. Además, era raro encontrar entre sus servidores a juristas expertos. El

poder ejecutivo no había en modo alguno conseguido la separación entre la Iglesia y el Estado ni el control sobre aquélla ni sobre el ejército federal. El sufragio universal no era posible en una nación con un porcentaje muy elevado de analfabetos. En sustitución del mismo existía un sistema electoral que dejaba los votos efectivos en manos de «electores» pertenecientes a la burocracia y a testaferros controlados y, muchas veces, ignorados por los caciques locales y nacionales que solían ser militares. Además, el indio, bien trabajando en su propia granja comunal o en las grandes haciendas de propiedad particular o eclesiástica, no tenía idea de la propiedad privada ni de la iniciativa personal. Puede decirse que la Constitución de los Estados Unidos hizo tanto daño a México como sus tropas. Como dice el historiador Simpson: «El sistema federal era probablemente el peor que podía adoptarse en aquellas circunstancias... Los liberales partían de la base que el sistema español era absolutamente malo y que lo único que debía hacerse era abandonarlo completamente y empezar de nuevo.» Puede objetarse que Juárez y los otros federalistas podían haber mostrado mayor «lucidez»; pero decir esto sería una gran injusticia, pues los españoles no eran los únicos tiranos, como más tarde debieron aprender amargamente los liberales, entre ellos Juárez. Lo comprendieron así al hacerse cargo del poder los conservadores centralistas, principalmente en la época de Santa Anna.

Después del colapso del Imperio, y de ser adoptada la Constitución de 1824, Guadalupe Victoria fue elegido primer presidente de México, y Nicolás Bravo vicepresidente. Los hechos demostraron muy pronto que este equipo no estaba capacitado para gobernar. No se abolió ninguno de los privilegios y monopolios, no se recaudaban los impuestos, no se reorganizaron las finanzas del gobierno, y se permitió la entrada en escena de un nuevo y siniestro elemento perturbador: la invasión de capitales extranjeros. Esto no era perjudicial en sí, ya que estos capitales servían para estimular la economía en estado embrionario aún; pero era desastroso en la práctica, dado que estos capitales y los préstamos efectuados por los

gobiernos extranjeros estaban asegurados por las entradas aduaneras. Fue asimismo en este período que México empezó a sufrir la nefasta injerencia de agentes extranjeros tales como el inglés H. G. Ward y el americano Poinsett, cuyos mangoneos fueron eclipsados más tarde por los de los agentes franceses. En este mismo período aparecieron los primeros grandes intelectuales liberales, José Luis Mora, Valentín Gómez Farías y Lorenzo de Zavala, aunque este último abandonó posteriormente México por Texas y es generalmente considerado como traidor. Vio también florecer al distinguido intelectual conservador, historiador y político, Lucas Alamán. Juárez, Melchor Ocampo y las otras figuras liberales debían mucho y no lo ignoraban, a los tres intelectuales citados en primer lugar. Si bien México no poseía experiencia ni tradiciones de libertad, en compensación vio nacer rápidamente varias figuras que hicieron mucho para suplir esta falta.

Esto nos lleva de nuevo a los *Apuntes* de Juárez y a un acontecimiento que afectó no sólo a él, sino a muchos de los jóvenes capacitados que debían gobernar México. Este hecho, de importancia capital, fue la creación en Oaxaca del Instituto de Ciencias y Artes, y de centros similares en otras localidades mexicanas. Si unos miembros —de cuyo nombre no ha quedado constancia— del cuerpo legislativo del Estado no hubiesen creado esta tan fructífera institución, todo el heroísmo y la efusión de sangre que siguió al *Grito* de Dolores, y que debían continuar aun durante muchos años, desgraciadamente hubieran sido quizás estériles y carentes de significado.

«En lo particular del Estado de Oaxaca donde yo vivía se verificaban también, aunque en pequeña escala, algunos sucesos análogos a los generales de la Nación. Se reunió un Congreso constituyente que dio la constitución del Estado. Los partidos Liberal y Retrógrado tomaron sus denominaciones particulares llamándose VINAGRE el primero y ACEITE el segundo. Ambos trabajaron activamente en las elecciones que se hicieron de Diputados y Senadores para el primer Congreso Constitucional. El Partido Liberal triunfó sacando una mayoría de Diputados y Senadores liberales, a lo que se debió que el Congreso diera algunas leyes que favorecían la libertad y el progreso de aquella sociedad que estaba ente-

ramente dominada por la ignorancia, el fanatismo religioso y las preocupaciones. La medida más importante por sus trascendencias saludables y que hará siempre honor a los miembros de aquel Congreso, fue el establecimiento de un Colegio civil que se denominó Instituto de Ciencias y Artes independiente de la tutela del clero, y destinado para la enseñanza de la juventud en varios ramos del saber humano, que era muy difícil aprender en aquel Estado donde no había más establecimiento literario que el colegio Seminario conciliar en que se enseñaba únicamente gramática latina, Filosofía, Física Elemental y Teología; de manera que, para seguir otra carrera que no fuese la eclesiástica o para perfeccionarse en algún arte u oficio, era preciso poseer un caudal suficiente para ir a la capital de la Nación o a algún país extranjero para instruirse o perfeccionarse en la ciencia o arte a que uno quisiera dedicarse. Para los pobres como yo, era perdida toda esperanza.

Al abrirse el Instituto en el citado año de 1827 el doctor don José Juan Canseco, uno de los autores de la ley que creó el Establecimiento, pronunció el discurso de apertura, demostrando las ventajas de la instrucción de la juventud y la facilidad con que ésta podría desde entonces abrazar la profesión literaria que quisiera elegir. Desde aquel día muchos estudiantes del Seminario se pasaron al Instituto. Sea por este ejemplo, sea por curiosidad, sea por la impresión que hizo en mí el discurso del doctor Canseco, sea por el fastidio que me causaba el estudio de la Teología, por lo incomprendible de sus principios, o sea por mi natural deseo de seguir otra carrera distinta de la eclesiástica, lo cierto es que yo no cursaba a gusto la cátedra de Teología, a que había pasado después de haber concluido el curso de Filosofía. Luego que sufrí el examen de Estatuto me despedí de mi maestro, que lo era el Canónigo don Luis Morales, y me pasé al Instituto a estudiar jurisprudencia en agosto de 1828.»

Debe señalarse que el establecimiento del gobierno constitucional en Oaxaca fue acompañado y seguido de disturbios, cosa bastante natural en un Estado tan apasionado. Es de notar también que una vez adoptada la Constitución y antes de crearse el Instituto, tuvo lugar un cursillo gratis de educación cívica para el público en general. La frase «la profesión literaria que quisiera elegir» no es muy exacta, ya que los únicos estudios que en aquel tiempo se podían cursar allí eran los de leyes y los de medicina, ambos de forma limitada. Cosío Villegas señala que en la historia de las décadas que siguieron

influyó en sumo grado el hecho de que las únicas profesiones abiertas a la juventud inquieta y con ambición de saber eran el sacerdocio, la milicia, la abogacía, la política y la medicina. Las profesiones relacionadas con la industria, el comercio, la ingeniería, etc., no tenían porvenir alguno, dado que la economía del país era prácticamente inexistente. A pesar de que Juárez supo administrar bien su economía particular, jamás mostró excesivo interés por el dinero y sirvió a su patria en calidad de soldado sólo el tiempo estrictamente necesario. Posteriormente mostró gran interés por la ciencia; pero, de todos modos, las leyes y la política parecen haber sido siempre sus quehaceres favoritos.

El verdadero despertar había comenzado.

VARIAS CLASES DE EDUCACION

El primer director del Instituto y a la vez profesor de gramática española era el dominico fray Francisco Aparicio, bien conocido por sus ideas liberales y carácter independiente. Se cuenta que en un examen salió en defensa de un estudiante que estaba siendo acorralado por las preguntas de un teólogo. En el calor de la discusión con éste, Aparicio le espetó: «Santo Tomás me ganaría en santo, pero en saber no me gana.» Había también en el Instituto tres profesores de derecho civil y canónico; dos de medicina y cirugía y uno para cada una de las siguientes asignaturas: economía política y arte de gobernar, física y geografía, inglés y francés (enseñaba estos idiomas un italiano llamado Bernardo Aloisi), y por último, otro profesor enseñaba lógica, matemáticas y ética. Había asimismo un bibliotecario, un secretario y un portero. El profesor de las últimas disciplinas citadas era Miguel Méndez, hombre joven, de sangre completamente india y ardiente liberal que ejerció, según parece, gran influencia sobre Juárez y otros estudiantes. De él se dice que predijo que el joven y silencioso Juárez llegaría a ser un gran político. Méndez murió de tifus en 1830, a la edad de veinticinco años.

Juárez dice en sus *Apuntes*: «El director y catedráticos de este nuevo Establecimiento eran todos del Partido Liberal y tomaban parte, como era natural, en todas las cuestiones políticas que se

suscitaban en el Estado. Por esto, y por lo que es más cierto, porque el clero conoció que aquel nuevo planiel de educación donde no se ponían trabas a la inteligencia para descubrir la verdad, sería en lo sucesivo, como lo ha sido en efecto, la ruina de su poder basado sobre el error y las preocupaciones, le declaró una guerra sistemática y cruel, valiéndose de la influencia muy poderosa que entonces ejercía sobre la autoridad civil, sobre las familias y sobre toda la sociedad. Llamaban al Instituto «casa de prostitución» y a los catedráticos y discípulos «herejes y libertinos».

Los padres de familia rehusaban mandar a sus hijos a aquel Establecimiento, y los pocos alumnos que concurríamos a las cátedras éramos mal vistos y excomulgados por la inmensa mayoría ignorante y fanática de aquella desgraciada Sociedad. Muchos de mis compañeros desertaron, espantados del poderoso enemigo que nos perseguía. Unos cuantos no más quedamos sosteniendo aquella casa con nuestra diaria concurrencia a las cátedras.»

En relación con esta situación, son varios los hechos a considerar. En primer lugar, que no sólo el director, sino también varios de los catedráticos del Instituto eran eclesiásticos, tan liberales como Aparicio, seguramente, o en todo caso, confiados en que no habría choque alguno entre la nueva institución y la Iglesia. Según Sierra: «No se fundó el Instituto en odio al clero», dice en una reseña el abogado Dublán, que fue uno de sus directores. Señala la presencia de clérigos en la facultad y opina que el conflicto era «atenuado o sofocado, pero siempre latente en los días de auge de la reacción.» Las memorias de Juárez, escritas treinta años más tarde, cuando ya el conflicto entre los liberales y la Iglesia se había convertido en guerra abierta en todo el país, indican claramente que el conflicto fue iniciado y sostenido por el clero reaccionario desde los primeros meses de vida del Instituto.

Lo que dice Juárez en sus memorias acerca de la disminución de la concurrencia a las clases y a las calumnias que se propalaron no es posible que sea invención suya. Además, es muy poco probable que en 1828, a los veintidós años de edad, fuera otra cosa que un ferviente católico turbado por este conflicto, aunque deseoso de que los curas liberales, como, por ejemplo, Aparicio —también Hidalgo y Morelos, en este asunto— impusieran su criterio en el seno de la Iglesia. Según pa-

rece, Juárez alimentó esta esperanza hasta 1857, por lo menos. A pesar de los ataques de sus enemigos clericales, existen multitud de hechos que prueban que Juárez no fue nunca un liberal «ignorante y fanático», sino que, al contrario, se aferró siempre que le fue posible a la Iglesia y a sus doctrinas, en tanto no tuvieran un carácter político. A su manera fue, durante toda su vida, un hombre profundamente religioso y creyente. En todas sus decisiones y actos encaminados a reprimir el poder político y económico de la Iglesia, se mostró pausado, práctico y determinado.

Las ideas de Juárez en relación con la política eran avanzadas. El 30 de julio de 1829, a menos de un año de empezar sus estudios, en la clase de derecho público a cargo de Vicente Manero Embides, Juárez defendió públicamente tres proposiciones más bien vagas, a saber: «Los poderes constitucionales no deben mezclarse en sus funciones; debe crearse una fuerza que mantenga la independencia y equilibrio de esos poderes; esa fuerza debe residir en el tribunal de la opinión pública.» Más adelante, el 12 de agosto de 1830, defendió, públicamente también, los dos siguientes enunciados: «Las elecciones directas son las más apropiadas en un sistema republicano; este tipo de elecciones es más necesario a medida que crece el nivel de cultura del pueblo.»

Es conveniente señalar que México había heredado el derecho romano, bajo el cual las funciones de los poderes ejecutivo y judicial están mezcladas; que la opinión pública, como poder último, puede «mantener la independencia y equilibrio de estas funciones», si así se quiere, solamente aceptando la premisa de que la revisión de las leyes fuera efectuada por juristas expertos, los cuales no existían en México; que el pueblo mexicano era analfabeto en su mayor parte, y que el sistema electoral existente a menudo corrompido, era necesario, por lo que debía cambiarse, sí, pero gradualmente. Por último, conviene señalar que, de modo general, aquellas proposiciones de Juárez formuladas de cara al futuro y con un cierto ánimo de lucimiento personal, pero carentes de sentido práctico si se tiene en cuenta la situación de México en aquella época.

La aparición de un joven que se atrevía a exponer de forma tan clara sus ideas liberales, debió de ser como el resplandor de un relámpago en el aire perfumado de Oaxaca. No era solamente Juárez, naturalmente. Además de sus profesores, entre ellos Manero Embides y Méndez, debe hacerse mención de varios de sus condiscípulos, entre otros Manuel Ruiz, Marcos Pérez y Miguel Castro, de los que volveremos a hablar. Es probable que en la ciudad tuvieran no pocos partidarios más o menos declarados.

¿Cómo sucedió esto? Con una República nueva y débil en sus manos, y con la oposición dispuesta a ahogar el nuevo sistema, los mexicanos se vieron obligados a pensar en la política y en las cuestiones sociales; pero, ¿dónde adquirieron sus ideas? No ha quedado constancia de cuáles eran los libros que poseían los profesores o el Instituto, ni de los que en otros sitios pudieran obtener los estudiantes. La biblioteca formada por Juárez en sus últimos años, después de perder la que había ido formando desde su juventud, incluía muchos volúmenes de jurisprudencia francesa y española, una enciclopedia francesa y otra americana, Blackstone, Proudhon (de quien tuvo noticia gracias a Ocampo), libros sobre la historia de Francia y de España, Bernal Díaz, Lemaire, Quinet, nueve volúmenes de historia natural de Buffon y otros autores, obras históricas sobre la Iglesia y derecho canónico. Entre sus pocos libros que no trataban de historia o de leyes, había algunas obras de Cervantes, Molière, Pascal y Fénelon.

Pero, ¿qué libros debió de leer Juárez en su juventud? Seguramente, la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, su Constitución federal y, posiblemente, *The Federalist*. Es lo más probable, pues de otro modo no es posible saber dónde aprendió los principios relativos a la separación y equilibrio de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, así como los referentes a los poderes federales y los del Estado, ni aquel principio más fundamental aún, y tan jeffersoniano, además, que dice: «El poder último reside en la opinión pública, expresada del modo más directo que sea posible». Ninguno de estos principios es mexicano ni español.

Juárez aprendió latín casi antes que español, y pronto francés, idioma que dominaba mucho mejor que el inglés. Algunos han creído que Juárez debió leer, cuando joven, libros tales como las *Pandectas* de Justiniano y las obras de Tadeo Ortiz (a quien Sierra elogia como liberal), S. G. Roscio, Benjamín Constant, Voltaire y Rousseau. En lo que se refiere a las de los dos últimos, y prescindiendo del grado de influencia que indirectamente puedan haber ejercido en Juárez, nos permitimos dudarlo. Si bien su mente era en cierto modo irónica, Juárez era demasiado religioso para Voltaire y demasiado sensato y clásico para Rousseau. Creía en Dios, en la ley y el orden, pero en una ley y un orden basados en la voluntad educada del pueblo, y mantenidos en su propio beneficio. Esto no se contradecía con su disgusto por el voluble entusiasmo de las masas mexicanas, las cuales, por otra parte, no se diferenciaban de las de otros países. Años más tarde, en 1840, concretamente el día 16 de septiembre, con motivo de la Fiesta Nacional, el joven abogado pronunció un discurso en Oaxaca en el que, naturalmente, hizo un gran elogio de Hidalgo, señaló los siniestros resultados de tres siglos de colonialismo, combatió la indiferencia respecto a los derechos y deberes civiles e instó a que se hiciera el máximo para acrecentar la educación y las virtudes cívicas. Llamó la atención sobre el ejemplo dado por clérigos que, como Hidalgo, unían la moral cristiana y el civismo, y pidió estima para los soldados que habían luchado por la libertad y la independencia. En este discurso hizo varias referencias a la historia griega y romana, de las cuales extrajo una serie de episodios y figuras ilustrativos de las virtudes cívicas o de la ausencia de las mismas. Juárez no era un intelectual ostentoso, ni tan apasionado y tolerante como Ocampo. Su pensamiento no era muy original ni sutil, pero digería cuanto leía, lo integraba y aplicaba a su experiencia, ideas y creencias, y luchaba por sus convicciones con una fuerza apenas igualada en la historia.

Jorge Fernando Iturrubarría, experto en cuestiones oaxaqueñas, señala que Juárez obtuvo durante su estancia en el Instituto una visión general y completa de cuanto hacía referencia

a la historia colonial. En lo concerniente a las luchas entre los soberanos españoles y la Iglesia mexicana, estaba convencido de que los poderes de ésta emanaban del Estado, por lo que éste podía, por sí mismo, revisarlos, disminuirlos o anularlos.

Sin embargo, en la formación del pensamiento político y la voluntad de Juárez, tan importante como lo que aprendió de sus profesores y de los libros fue lo que le enseñó el medio ambiente en que se movía y su experiencia personal. Como indio zapoteca de las regiones montañosas era heredero de una fuerte tradición de autonomía local. Este hecho, unido a lo que sabía acerca de la forma en que, desde Ciudad de México, unos extranjeros, los españoles, habían gobernado el país —en su propio provecho, exclusivamente— hizo que se convirtiera, si es que ello era posible, de por vida, en un más acendrado defensor del federalismo. Después de muchos años y a costa de un gran esfuerzo, se logró vencer a los españoles. Juárez se sentía apasionadamente mexicano y patriota, a la vez que liberal. No tuvo necesidad de aprender de Jefferson ni de nadie, la importancia de la enseñanza libre y laica para todos, pues su propia experiencia fue su mejor maestra en esta cuestión.

También por esta época, en la vida de Juárez en Oaxaca y en sus puntos de vista políticos, empezó a ejercer una cierta influencia el desarrollo de los acontecimientos políticos nacionales. Según sus propias palabras en los *Apuntes*:

«En 1829 se anunció una próxima invasión de los españoles por el istmo de Tehuantepec, y todos los estudiantes del Instituto ocurrimos a alistarnos en la milicia cívica, habiéndoseme nombrado teniente de una de las compañías que se organizaron para defender la independencia nacional.»

Cuatro años más tarde, otra vez bajo el mando del ejército, fue nombrado capitán. En esta su segunda época, es de suponer entró en combate. Ya nunca más volvió a servir a su patria como soldado. Su experiencia militar pudo ser útil a Juárez en el sentido de hacerle comprender la necesidad de la autori-

dad y la actitud a adoptar por los jefes y por los que estaban bajo las órdenes de los mismos, al efecto de que aquella autocracia fuera realmente efectiva. De esta época procede su repugnancia por la arrogancia de algunos militares y por los privilegios de que gozaban.

Juárez se ganaba suficientemente la vida gracias a varios empleos eventuales, por lo que podía aspirar a ser algo más que un simple criado y, además, es seguro que no deseaba abusar de la bondad de don Antonio Salanueva. Por ello, en 1829, creemos, abandonó la casa de su padrino y patrón, no sufriendo, sin embargo, merma alguna la gratitud de Juárez hacia don Antonio ni el mutuo afecto entre los dos. No se tiene noticia alguna sobre cuándo murió el protector de Juárez.

En diciembre de aquel año tuvo lugar una curiosa confrontación entre dos hombres de los que puede decirse que simbolizan lo mejor y lo peor del México de su tiempo. Aunque seguramente nunca más volvieron a encontrarse, la influencia que cada uno de ellos ejerció en la vida del otro, y en la historia de México, fue verdaderamente grande. La administración de Guadalupe Victoria tocó a su fin en 1828, después de lo cual el secretario de la Guerra, Manuel Gómez Pedraza, se apoyó en el ejército para hacerse elegir presidente, después de derrotar a Guerrero. En un determinado momento, en el otoño de 1828, en la ruta de Oaxaca, y al verse perseguido por fuerzas leales a Pedraza, Santa Anna, con su peculiar estilo bufonesco, se hizo fuerte en el convento de Santo Domingo, mientras en Ciudad de México, Guerrero era elegido, ilegal e imprudentemente, presidente de la Nación. Lo que ahora se conoce como

«Era de Santa Anna» había empezado. En julio de 1829, los españoles decidieron aprovecharse de la caótica situación reinante, para recobrar Nueva España. Para conseguirlo, enviaron a Tampico un ejército procedente de Cuba, el cual, si bien capturó la ciudad, se encontró con uno de los más formidables ejércitos de México: el de los mosquitos portadores de la fiebre amarilla. Gracias a la victoria de los mosquitos y a la del general mexicano Mier y Terán, Santa Anna se precipitó hacia el Norte con fuerzas procedentes de Veracruz. Esta acción,

realizada en el momento oportuno supuso para él un gran prestigio.

Mientras estaba desempeñando el papel de «héroe de Tampico» a la par que soñaba ya en cosas mucho más grandes para el futuro, fue ofrecido a Santa Anna un banquete de homenaje en Oaxaca. No se sabe cómo logró enterarse del nombre de uno de los muchachos que servían la mesa. Se llamaba Juárez. Éste, con toda seguridad, conocía el episodio que tuvo lugar en Oaxaca el año anterior y también los pormenores de la victoria de Tampico; pero posiblemente desconocía las anteriores tergiversaciones de Santa Anna. Mucho después, cuando habían estado a punto de destruirse mutuamente varias veces, Santa Anna escribió: «No pudo perdonarme la humillación de haber servido mi mesa en Oaxaca, en diciembre de 1829, con sus pies desnudos, su camisa y pantalones de lino... Es asombroso que un indio de tan baja condición pueda haberse convertido en la figura mexicana que todos conocemos.» Es completamente absurdo acusar a Juárez de resentimiento hacia un hombre por el hecho de haberle servido la mesa.

Mientras, Juárez hacía evidentes progresos en sus estudios; es de suponer, además, que ya no carecía de zapatos. «En 1830», nos dice, «me encargué en clase de sustituto de la cátedra de Física con una dotación de treinta pesos con los que tuve para auxiliarme en mis gastos». En una reunión de directores del Instituto, Juárez se vio precisado a confesar que en aquel momento no tenía ningún estudiante de Física debido a que ninguno de ellos logró aprobar el curso de Lógica, y aunque el reglamento le permitía seguir cobrando su paga, no quiso hacerlo hasta que volviera a tener algunos estudiantes. No obstante, solicitó a las autoridades académicas la compra de un telescopio y un barómetro. «En 1831 concluí mi curso de jurisprudencia y pasé a la práctica al bufete del licenciado don Tiburcio Cañas. En el mismo año fui nombrado Regidor del Ayuntamiento de la Capital, por elección popular, y presidí el acto de física que mi discípulo don Francisco Rincón dedicó al Cuerpo Académico del Colegio Seminario.»

En los *Apuntes* se nota a faltar la mención de un hecho

tan importante, que uno cree que ello fue por razones sentimentales. Helo aquí: En 1830, una revolución encabezada por el vicepresidente Anastasio Bustamante, depuso y capturó traidoramente a Vicente Guerrero, el insurgente héroe-presidente, a bordo de un buque italiano en Acapulco. Fue llevado a Oaxaca, juzgado y declarado culpable, obligándosele a escuchar de rodillas la lectura de la sentencia. Conducido a Cuilapa (la actual Guerrero), fue ejecutado. La administración de Bustamante fue reaccionaria, motivando con ello el descontento de los liberales, y fue Santa Anna, como no, quien se aprovechó del mismo.

«En el año de 1832», continúa Juárez, «se inició una revolución contra la administración del presidente de la República don Anastasio Bustamante que cayó a fines del mismo año con el partido Escocés que lo sostenía.» Durante algún tiempo Santa Anna, elegido presidente en 1833, permitió que Valentín Gómez Farías, Lorenzo de Zavala, vicepresidente de la República y gobernador del Estado de México, respectivamente, junto con José Luis Mora, todos ellos ardientes y competentes liberales, hicieran las cosas a su modo. Resultado de todo ello fue que durante un año, desde abril de 1833 al mismo mes del año siguiente, México disfrutó de una brillante, aunque en el fondo falsa, reforma liberal. Durante este período Juárez continuó subiendo peldaños en la escalera política. No obstante, los reaccionarios volvieron a moverse, la resistencia liberal se debilitó a causa de una epidemia de cólera, y Santa Anna procedió a establecer una férrea dictadura. Con la decadencia de los liberales se inició la del joven abogado de Oaxaca.

De estos avatares nos habla Juárez en sus *Apuntes*:

«En principios de 1833 fui electo Diputado al Congreso del Estado. Con motivo de la Ley de expulsión de Españoles dada por el Congreso General, el Obispo de Oaxaca, don Manuel Isidoro Pérez, no obstante de que estaba exceptuado de esta pena, rehusó continuar en su Diócesis y se fue para España. Como no quedaba ya ningún Obispo en la República, porque los pocos que había se habían marchado también al extranjero, no era fácil recibir las órdenes sagradas y sólo podían conseguirse yendo a la Habana

o a Nueva Orleáns, para lo que era indispensable contar con recursos suficientes, de que yo carecía. Esta circunstancia fue para mí sumamente favorable, porque mi padrino conociendo mi imposibilidad para ordenarme de sacerdote, me permitió que siguiera la carrera del foro. Desde entonces seguí ya subsistiendo con mis propios recursos.

En el mismo año fui nombrado Ayudante del Comandante general don Isidro Reyes, que defendió la plaza contra las fuerzas del General Canalizo, pronunciado por el Plan de Religión y fueros iniciado por el coronel don Ignacio Escalada en Morelia. Desde esta época el partido clérigo-militar se lanzó descaradamente a sostener a mano armada y por medio de los motines, sus fueros, sus abusos y todas sus pretensiones antisociales. Lo que dio pretexto a este motín de las clases privilegiadas fue el primer paso que el partido liberal dio entonces en el camino de la reforma, derogando las leyes injustas que imponían coacción civil para el cumplimiento de los votos monásticos y para el pago de los diezmos.»

Canalizo puso cerco a la ciudad y logró tomar parte de la misma antes de ser rechazado, retirándose hacia la costa. Fue seguramente en esta ocasión que Juárez debió entrar en combate, en las luchas que se desarrollaron por las calles de Oaxaca. Asimismo, tuvo oportunidad de ver lo que durante mucho tiempo sería una imagen familiar en México: piedras empujadas en sangre.

«En Enero de 1834 me presenté a examen de jurisprudencia práctica ante la Corte de Justicia del Estado y fui aprobado expidiéndoseme el Título de Abogado. A los pocos días la Legislatura me nombró Magistrado interino de la misma Corte de Justicia cuyo cargo desempeñé poco tiempo.»

El nombramiento de Juárez, reciente aún su admisión en el foro, pudo ser debido al éxito que le acompañó en la solución de la prueba a que fue sometido por el tribunal: la de revisar y analizar un caso de embargo de tierras que tuvo lugar en 1825, en un plazo de cuarenta y ocho horas. Hasta su muerte, llevó siempre consigo el certificado que le acreditaba como abogado; pero, salvo cuando luchaba contra la injusticia, no pareció nunca muy interesado en los tecnicismos y victorias

de los abogados. No tenía temperamento de juez ni se sentía fascinado por la estructura y detalles de la ley. Tampoco era, desde el punto de vista temperamental, un legislador, pues no era hombre interesado en arreglos y componendas, maniobras ni juegos de palabras, características todas ellas necesarias para destacar en la profesión. En su breve actuación como concejal, legislador y, posteriormente, delegado de un congreso nacional, no se sabe que llegara a pronunciar una sola palabra; de las que constan en acta, se entiende. Parece ser que sintió siempre preferencia por la enseñanza, pues fue profesor de derecho civil y canónico después de haberlo sido de Física. Durante su permanencia en Oaxaca, ayudó en cuanto le fue posible y en todo momento a su amado Instituto. Por encima de todo, aun cuando tanto él como sus conciudadanos tardaron en darse cuenta de ello, fue un gobernante.

«Aunque el pronunciamiento de Escalada secundado por Arista, Durán y Canalizo fue sofocado en el año anterior, sus promovedores siguieron trabajando y al fin lograron en este año destruir la administración de D. Valentín Gómez Farías, a lo que contribuyeron muchos de los mismos partidarios de aquella administración, porque comprendiendo mal los principios de libertad, como dije antes, marchaban sin brújula y eran conducidos fácilmente al rumbo que los empujaban sus ambiciones, sus intereses o sus rencores. Cayó por consiguiente la administración pública de Oaxaca en que yo servía y fuí confinado a la Ciudad de Tehuacán sin otro motivo que el de haber servido con honradez y lealtad en los puestos que se me encomendaron.»

Este confinamiento consistió, probablemente, en arresto domiciliario en Tehuacán, o en la prohibición de salir de los límites de la ciudad. Curiosamente, Juárez parece no haberse dado cuenta del papel decisivo de Santa Anna en los acontecimientos de 1834. De todos modos, muy pronto iba a encontrar una persona desconocida cuya influencia en su vida y opiniones sería comparable a la ejercida por Santa Anna.

«Revocada la orden de mi confinamiento volví a Oaxaca y me dediqué al ejercicio de mi profesión. Se hallaba todavía el clero

en pleno goce de sus fueros y prerrogativas y su alianza estrecha con el poder civil, le daba una influencia casi omnipotente. El fuero que lo sustraía de la jurisdicción de los tribunales comunes le servía de escudo contra la ley de salvoconducto para entregarse impunemente a todos los excesos y a todas las injusticias. Los aranceles de los derechos parroquiales eran letra muerta. El pago de las ovenciones se regulaba según la voluntad codiciosa de los curas. Había, sin embargo, algunos eclesiásticos probos y honrados que se limitaban a cobrar lo justo y sin sacrificar a los fieles; pero eran muy raros estos hombres verdaderamente evangélicos, cuyo ejemplo lejos de retraer de sus abusos a los malos, era motivo para que los censurasen diciéndoles que "mal enseñaban a los pueblos y echaban a perder los curatos". Entretanto, los ciudadanos gemían en la opresión y en la miseria, porque el fruto de su trabajo, su tiempo y su servicio personal todo estaba consagrado a satisfacer la insaciable codicia de sus llamados pastores. Si ocurrían a pedir justicia muy raras veces se les oía y comúnmente recibían por única contestación el desprecio o la prisión. Yo he sido testigo y víctima de una de estas injusticias. Los vecinos del pueblo de Loricha ocurrieron a mí para que elevase sus quejas e hiciese valer sus derechos ante el tribunal eclesiástico contra su cura que les exigía las ovenciones y servicios personales, sin sujetarse a los Aranceles. Convencido de la justicia de sus quejas por la relación que de ellas me hicieron y por los documentos que me mostraron, me presenté al Tribunal o Provisorato, como se le llamaba. Sin duda por mi carácter de Diputado y porque entonces regía en el Estado una administración liberal, pues esto pasaba a principios del año de 1834, fue atendida mi solicitud y se dio orden al cura para que se presentara a contestar los cargos que se le hacían, previniéndosele que no volviera a la Parroquia hasta que no terminase el juicio que contra él se promovía; pero desgraciadamente a los pocos meses cayó aquella administración, como he dicho antes, y el clero, que había trabajado por el cambio, volvió con más audacia y menos miramientos a la sociedad y a su propio decoro, a ejercer su funesta influencia en favor de sus intereses bastardos. El Juez eclesiástico, sin que terminara el juicio que yo había promovido contra el cura de Loricha, sin respetar sus propias decisiones y sin audiencia de los quejosos, dispuso de plano que el acusado volviera a su curato. Luego que aquél llegó al Pueblo de Loricha mandó prender a todos los que habían representado contra él y de acuerdo con el prefecto y con el Juez del partido, los puso en la cárcel con prohibición de que hablaran con nadie. Obtuvo órdenes de las autoridades de la Capital para que fuesen aprehendidos y reducidos a prisión los vecinos del

citado pueblo que fueron a la Ciudad a verme, o a buscar otro abogado que los patrocinara. Me hallaba yo entonces, a fines de 1834, sustituyendo la cátedra de Derecho canónico en el Instituto y no pudiendo ver con indiferencia la injusticia que se cometía contra mis infelices clientes, pedí permiso al director para ausentarme unos días y marché para el Pueblo de Miahuatlán, donde se hallaban los presos, con el objeto de obtener su libertad. Luego que llegué a dicho pueblo me presenté al Juez don Manuel M. Feraud quien me recibió bien y me permitió hablar con los presos. En seguida le supliqué me informase el estado que tenía la causa de los supuestos reos y del motivo de su prisión; me contestó que nada podía decirme porque la causa era reservada; le insté que me leyese el auto de bien presos, que no era reservado y que debía haberse proveído ya, por haber transcurrido el término que la ley exigía para decretarse. Tampoco accedió a mi pedido, lo que me obligó a indicarle que presentaría un ocurso al día siguiente para que se sirviese darme su respuesta por escrito a fin de promover después lo que a la defensa de mis patrocinados conviniera en justicia. El día siguiente presenté mi ocurso, como lo había ofrecido; pero ya el Juez estaba enteramente cambiado, me recibió con suma seriedad y me exigió el poder con que yo gestionaba por los reos; y habiéndole contestado que siendo Abogado conocido y hablando en defensa de reos pobres no necesitaba yo de poder en forma, me previno que me abstuviese de hablar y que volviese a la tarde para rendir mi declaración preparatoria en la causa que me iba a abrir para juzgarme como vago. Como el cura estaba ya en el Pueblo y el Prefecto obraba por su influencia temí mayores tropelías y regresé a la Ciudad con la resolución de acusar al Juez ante la Corte de Justicia, como lo hice; pero no se me atendió porque en aquel tribunal estaba también representado el clero. Quedaban, pues, cerradas las puertas de la justicia para aquellos infelices que gemían en la prisión, sin haber cometido ningún delito, y sólo por haberse quejado de las vejaciones de un cura. Implacable éste en sus venganzas, como lo son generalmente los sectarios de alguna religión, no se conformó con los triunfos que obtuvo en los tribunales, sino que quiso perseguirme y humillarme de un modo directo, y para conseguirlo hizo firmar al Juez Feraud un exhorto, que remitió al Juez de la Capital, para que procediese a mi aprehensión y me remitiese con segura custodia al Pueblo de Miahuatlán, expresando por única causa de este procedimiento, que estaba yo en el pueblo de Loricha sublevando a los vecinos contra las autoridades ¡y estaba yo en la Ciudad distante cincuenta leguas del pueblo de Loricha donde jamás había ido!

El Juez de la Capital que obraba también de acuerdo con el

cura, no obstante de que el exhorto no estaba requisitado conforme a las leyes, pasó a mi casa a la media noche y me condujo a la cárcel sin darme más razón que la de que tenía orden de mandarme preso a Miahuatlán. También fue conducido a la prisión el licenciado don José Inés Sandoval a quien los presos habían solicitado para que los defendiese.

Era tan notoria la falsedad del delito que se me imputaba y tan clara la injusticia que se ejercía contra mí, que creí como cosa segura que el Tribunal Superior, a quien ocurrí quejándome de tan infame tropelía, me mandaría inmediatamente poner en libertad; pero me equivoqué, pues hasta al cabo de nueve días se me excarceló bajo de fianza, y jamás se dió curso a mis quejas y acusaciones contra los jueces que me habían atropellado.

Estos golpes que sufrí y que veía sufrir casi diariamente a todos los desvalidos que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas en consorcio con la autoridad civil, me demostraron de bulto que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas y de su alianza con los poderes públicos y me afirmaron en mi propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas. Así lo hice en la parte que pude y así lo haría el partido liberal; pero por desgracia de la humanidad el remedio que entonces se procuraba aplicar no curaba el mal de raíz, pues aunque repetidas veces se lograba derrocar la administración retrógrada reemplazándola con otra liberal, el cambio era sólo de personas y quedaban subsistentes en las leyes y en las constituciones los fueros eclesiástico y militar, la intolerancia religiosa, la religión de Estado y la posesión en que estaba el clero de cuantiosos bienes de que abusaba fomentando los motivos para cimentar su funesto poderío. Así fue que apenas se estableció una administración liberal, cuando a los pocos meses era derrocada y perseguidos sus partidarios.»

Este fragmento de los *Apuntes* de Juárez es más extenso que cualquiera de los dedicados a otros episodios de su vida hasta el momento, y creemos es de justicia que sea así. No es aventurado suponer que, incluso para una mente tan desinteresada y estoica como la de Juárez, no es lo mismo observar —y sentir— las injusticias cometidas contra el prójimo que pasar nueve días con sus noches en una cárcel mexicana, sin haber cometido ningún delito, y allí, llenando el amargo ocio, examinar su situación. Parece ser que Juárez no estaba incomunicado, sino que se le permitía charlar, pasear por el

patio y dormir con sus compañeros de cárcel, los cuales eran a la vez sus clientes. Como sea que estos hombres estaban más unidos a Loricha y a sus gentes que no lo estaba Juárez a Oaxaca, sus amigos les traían judías y tortillas, que compartían con su abogado y con el infortunado licenciado don José Inés Sandoval, quien, si bien parecía menos caballeroso, era el más inocente de todos ellos. Juárez no dejó nunca de sentirse identificado con los pobres y con los que eran víctimas de alguna injusticia. Más aún: se sentía más unido a los pobres y vejados que a las figuras poderosas tales como caballeros, generales, etcétera, que posteriormente trabajaron y se relacionaron con él en las altas esferas, le acompañaron en sus viajes y recibieron sus órdenes. Allí, en la prisión de Miahuatlán, Juárez se hallaba a solas consigo mismo y con sus camaradas de infortunio, a los que nunca olvidó y por los que nunca dejó de luchar. En las interminables horas de aquellos nueve días con sus noches se forjó el temple del hombre que hizo bajar a la Iglesia de su dorado pedestal, que destruyó un imperio y ayudó a levantar otro.

En sus *Apuntes*, Juárez se salta cinco años, para continuar luego anotando de forma extremadamente concisa:

«Desde el año de 1839 hasta el de 40 estuve dedicado exclusivamente al ejercicio de mi profesión. En el año de 1841 la Corte de Justicia me nombró Juez de Primera Instancia del ramo Civil y de Hacienda de la Capital del Estado.»

Según Jorge L. Tamayo, editor de la correspondencia privada de Juárez, éste, antes de su matrimonio, fue padre de dos hijos: Tereso y Susana. De Tereso, Tamayo no dice nada; pero, no obstante, más tarde podremos sentir, fugaz y atormentado, un reflejo de su presencia. Susana, siempre según el editor Tamayo, se convirtió en inválida y adicta a las drogas. En los últimos años de Juárez estaba a cargo de sus viejos amigos don Miguel Castro, a la sazón gobernador de Oaxaca, y de su esposa. En una carta dirigida por Juárez a la esposa de Castro, el padre mostraba la más tierna y profunda preocupación por su desgraciada hija. Este capítulo casi secreto de su vida no

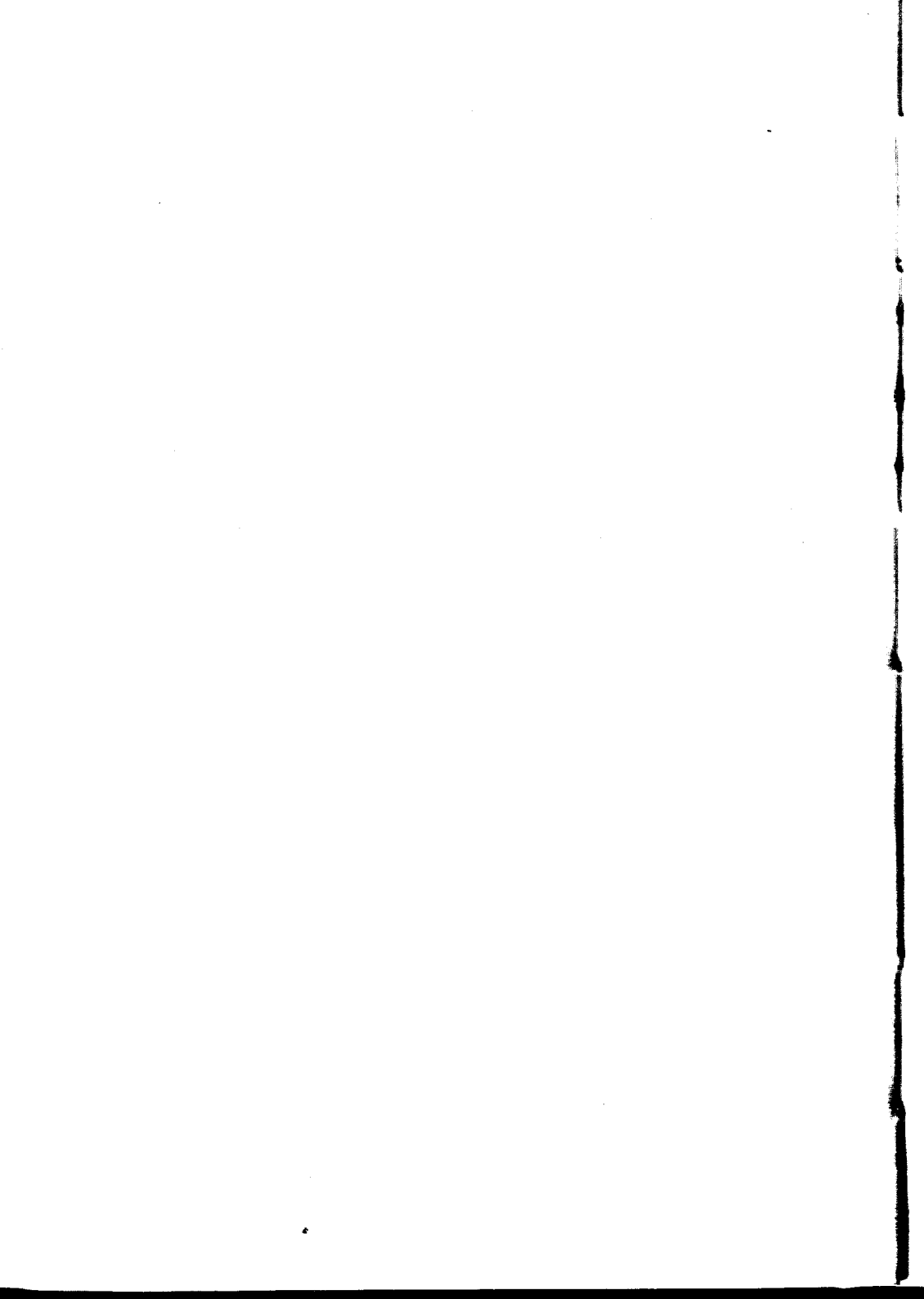
puede calificarse de sorprendente ni debe dársele demasiada importancia; en cualquier caso, tomando como base lo poco que sabemos, no puede juzgársele muy severamente. Las conjeturas son inevitables; pero es preciso recordar que muchas jóvenes mexicanas de aquella época no se casaban con el padre de sus hijos. Debe considerarse también que, entre los indios principalmente, el matrimonio es, muchas veces, menos importante y natural, a la vez que más caro, que la procreación. Asimismo, es posible que la madre de Tereso y Susana muriera joven. Si este asunto causó algún pesar a Juárez, supo mitigarlo por medio del trabajo.

Con toda seguridad, puede afirmarse que durante estos años, la amistad entre Juárez y la familia Maza continuó y se hizo más profunda, a la par que sirvió para domeñar al joven y hacerle sentir un mayor respeto por el matrimonio y la vida de familia. En otras palabras: esta amistad le movió a considerar estos aspectos de la vida desde un punto de vista más español. El 29 de marzo de 1826, una semana después de haber cumplido Juárez veinte años, y estando bajo las órdenes de don Antonio Salanueva, la familia Maza —probablemente ya numerosa— se vio incrementada por el nacimiento de una hija a la que impusieron el nombre de Margarita. Juárez, como íntimo de la familia, es muy posible que cuidara de la niña y jugara con ella, como hacen la mayoría de los mexicanos con sus hermanos pequeños. Muy concisamente, escribió en sus *Apuntes para mis hijos*: «El 31 de julio de 1843 me casé con doña Margarita Maza, hija de don Antonio Maza y de doña Petra Parada.» Ella tenía diecisiete años; él, treinta y siete. La ceremonia se celebró en Oaxaca, en la iglesia de San Felipe Neri, en cuyos registros se habla de doña Margarita como «hija legítima» de los Maza, lo que parece dio pábulo a la creencia de que era hija adoptiva, quedando así explicado el hecho de que los Maza le permitieran casarse con un indio, que, además, era de condición social tan diferente de la suya.

Existe una curiosa fotografía en la que aparece Juárez sentado entre su esposa y su hermana, cocinera de los Maza. Hablando de su esposo, doña Margarita fue, igualmente concisa,

pero más expresiva. Dijo: «Es muy sencillo, pero muy bueno». Casi con toda seguridad, puede afirmarse que era sabedora del asunto de los dos hijos ilegítimos de su marido, y no cabe la menor duda que se habría asombrado en el caso de que una mentalidad anglosajona, por ejemplo, le hubiese hecho alguna sugerencia respecto a si debía perdonar o no a su marido por el agravio que esto suponía para ella. Desgraciadamente, tenemos pocos datos sobre esta mujer; pero son suficientes para indicar que se trataba de una mujer excepcional. Asimismo, es evidente que de manera sencilla, fuerte y profunda, Juárez, como ella le llamaba, y mi vieja señora, como llamaba él a Margarita, permanecieron estrechamente unidos hasta la muerte. Tuvieron doce hijos: de ellos, seis hijas (Manuela, Margarita, Felicitas, Soledad, María de Jesús y María Josefa) y un hijo (Benito) sobrevivieron a sus padres; tres hijas (Amada, Francisca y Guadalupe) murieron a muy temprana edad, y por último, dos hijos (José y Antonio) murieron en vida de Juárez.

La educación de Juárez, ya avanzada, era evidente que iba a continuar.



ANARQUIA, INVASION Y UN POLITICO SILENCIOSO

En la década comprendida entre los años 1830 y 1840, mientras Juárez maduraba sus ideas sobre la política, la ley, la justicia, la Iglesia, el ejército, el amor, y se formaba a sí mismo, su amado país se retorció en su incapacidad de moverse, bien hacia delante bien hacia atrás. Charlatanes incompetentes, pillos redomados, unos pocos hombres capaces y honrados, todos trataban de hacerse con el poder político y militar. Los liberales honrados representaban «la ola del futuro» y no podían ser ignorados, si bien de momento eran completamente ineficaces debido a su inexperiencia, su utópico federalismo y su falta de armonía, incluso en las temporadas en que lograron hacerse con las riendas del poder. Los conservadores honestos eran, lo mismo que en el caso de los liberales, los menos. Su centralismo, debido al apoyo de los terratenientes, la Iglesia y el ejército, adolecía de falta de honradez y pureza. Ambos grupos fueron derrotados por la ignorancia e indiferencia de la mayor parte del pueblo; por el estancamiento de una economía todavía por desarrollar y ya trabada por diversos monopolios, los que motivaron que el gobierno central se encontrara incapaz de sostenerse; las incesantes injerencias y exigencias de diplomáticos extranjeros; las frecuentes rebeliones de los indios salvajes, las de algunas minorías no asimiladas y de carácter belicoso, particularmente del Yucatán y de Tehuantepec, y las de jefecillos locales hambrientos de poder. Entre estos últimos

merece destacarse a Santa Anna, quien logró representar con éxito en diversas ocasiones el papel de salvador. Afortunadamente, no debemos ser demasiado prolijos en el relato de estas vicisitudes.

Es más agradable y esclarecedor echar una ojeada al México de la época, de la mano de Frances Inglis de Calderón de la Barca (1804-1882), una dama escocesa que, empobrecida por circunstancias que no son del caso relatar, vivía y ganaba su vida como maestra en los Estados Unidos. Hizo amistad con los mejores escritores americanos de su tiempo y, en 1838, contrajo matrimonio con un caballero español, diplomático y hombre de letras, llamado Angel Calderón de la Barca. Éste era por entonces jefe de una misión diplomática especial en Washington y poco después fue nombrado ministro de España en la República de México. Desde diciembre de 1839 a enero de 1842, el matrimonio vivió en México y realizó numerosos viajes por el país. En 1843, se publicó en Londres y Nueva York un resumen de sus experiencias bajo el título de *Life in Mexico during a Residence of Two Years in That Country*. Este libro es ahora una obra clásica.

La señora Calderón era una narradora vivaz, amena y casi siempre objetiva. Poseía amplia simpatía y un delicioso sentido del humor, y, a pesar de notarse en su libro una cierta reserva personal en algunos aspectos, aparece a los ojos del lector como persona muy atractiva. Su marido era un aristócrata, por lo que ambos fueron aceptados con calor por la alta sociedad mexicana. En consecuencia, la señora Calderón escribió acerca de la misma en sentido favorable, aunque procurando siempre adoptar la posición imparcial que corresponde a un visitante extranjero.

En el libro ya citado se incluye información de primera mano respecto al fallido *pronunciamiento* de Gómez Farías y del general Urrea contra la administración moderada pero ineficaz de Bustamante, que tuvo lugar en julio de 1840 en Ciudad de México, y durante la cual Santa Anna acechaba siniestramente en la sombra. Se habla extensamente también de la rebelión acaudillada por éste en 1841. Como se sabe, resultó triunfante,

en parte por haber hecho gala sus protagonistas de una mayor decisión. Un aspecto interesante de estas explosiones de violencia, según la señora Calderón, es la actitud que tomó el pueblo: una indiferencia fría y casi complaciente en relación con los acontecimientos, aunque sin tomar parte activa en el desarrollo de los mismos. Las balas de los cañones caen en casas y jardines, personas inocentes son víctimas de balas perdidas en las calles, los negocios se paralizan, los jefes pronuncian manifiestos grandilocuentes, mientras la vida en la ciudad sigue su curso con la normalidad que cabe esperar en unas circunstancias anormales. Al encontrarse por primera vez con Santa Anna en su rancho, la señora Calderón, a pesar de toda su perspicacia, se sintió impresionada por su personalidad, aunque pronto la admiración se trocó en desilusión.

Según Frances Inglis de Calderón de la Barca: «El 2 de septiembre de 1841, en plena revolución, parece como si México estuviera de fiesta. Las tiendas están cerradas y los negocios paralizados. El pueblo, con la mayor apatía, se reúne formando grupos para charlar en voz baja; los oficiales galopan de una a otra parte; los generales llevan uniformes en cierto modo carnavalescos, con sombrero gris de gran tamaño, pantalones con rayas, chaqueta vieja, fajín, hermosos caballos y silla de montar de terciopelo acarminado. De los puestos de venta en la plaza ha desaparecido paulatinamente el género y el dinero. De vez en cuando se oye algún disparo aislado, alguna descarga incluso, y luego un silencio mortal. El arzobispo sale de vez en cuando al balcón situado en la parte trasera de su palacio, y al cabo de poco rato se retira. Parece como si una insuperable pereza se hubiera adueñado de los hombres y también de los animales, a excepción de los soldados y sus caballos...

Día 5. Esta tarde hemos subido a la azotea a fin de disfrutar de una buena vista de la ciudad. Había gente en casi todos los balcones, como si fuera día festivo. Un pintoresco grupo de frailes de la Orden de la Merced, vistiendo sus blancos hábitos, estaban en lo alto del campanario de su iglesia, y observaban ansiosamente cuanto sucedía abajo. El terrado del palacio ve-

cino al nuestro estaba ocupado por soldados. Por el momento todo estaba tranquilo y encalmado, pero, sin embargo, la conducta del pueblo constituye para nosotros una fuente de constantes sorpresas. Sin nadie que les dirija ni frene sus instintos, con millares de hombres sin empleo y muchas familias sin pan, ellos no se meten con nadie, no se quejan, y no parecen interesarse apenas por lo que pueda ser su futuro. Sin embargo, ¡sería tan fácil para un buen conductor aprovechar la manera de ser de este pueblo para el bien de todos! Se dice que sus *apáticas simpatías* están con Bustamante.»

Don Angel, el marido de doña Frances, fundó una agrupación científico-literaria llamada el Ateneo, con muy buenos resultados y creó asimismo el periódico LA HESPERIA; ambos eran políticos, pero llegó el día en que estalló una borrasca provocada por la publicación de un panfleto de signo monárquico, cuyo autor era un amigo de don Angel, llamado José María Gutiérrez de Estrada. En opinión de Sierra, Calderón de la Barca, e incluso el anacrónico Gutiérrez de Estrada son acreedores a la gratitud del pueblo como impulsores de un cierto florecimiento cultural en el México de su tiempo.

El México que nos muestra la señora Calderón en el libro en el que relata sus arduos y peligrosos viajes, realizados lo mismo en diligencia que a lomos de una cabalgadura, acompañada de guardias armados, a través de paisajes bellísimos en su fragosidad y variedad; el México de los hermosos, aunque escasamente amueblados palacios, de los jardines exquisitamente cuidados, de los conventos y de las chozas; el México de los bailes, de las misas, fiestas, corridas de toros, ahorcamientos, ágapes multitudinarios; el México de la amabilidad y de la brutalidad, de la cortesía y de la vulgaridad, del humor y la devoción supersticiosa; de la fecundidad, el vigor y la dignidad, todo ello en medio de una espantosa miseria; el México de una atmósfera política cargada de intrigas y corrupción, idealismo y heroísmo, no había cambiado mucho desde 1810 y, siempre en nuestra opinión, tampoco había experimentado un gran cambio en 1908, año en que Charles Flandrau nos legó sus impresiones del país en su obra *¡Viva México!* Incluso en nues-

tros días, la nación mexicana permanece sustancialmente igual que en aquel lejano 1810.

Claro está que estas impresiones no dejan de ser necesariamente superficiales, con el agravante, respecto a su veracidad, de que reflejan las opiniones de personas extranjeras. Existe otro cambio más importante que no tiene nada que ver, en cierto modo, con los automóviles, letreros luminosos, bebidas suaves ni hoteles de lujo. Este cambio está simbolizado por el contraste entre las oportunidades del joven Juárez, internado en un convento hasta los veintidós años, y las que disfrutaban millares de jóvenes mexicanos de ambos sexos. Éstos pueden acudir a buenas escuelas (podrían, como las nuestras, ser mejores); son libres (teóricamente, al menos) para investigar y buscar la verdad sobre cualquier materia, sea científica, artística, política, religiosa incluso, sin limitación alguna y en cualquier institución; pueden adoptar el modo de vida que prefieran, etc. En este cambio fundamental, Benito Juárez ha tenido una parte principal.

No obstante, en la década de los años cuarenta del siglo pasado y, de hecho, en el período que comprende desde 1810 hasta 1940, había una institución o hecho más importante aún que la escuela, siendo tanta su trascendencia, que ocupó en gran medida la atención de Juárez: el *pronunciamiento*, consistente en la rebelión armada provocada por militares ambiciosos, los cuales se «pronunciaban» contra el Gobierno y la Constitución a la vez que trataban de ganar adeptos, disimulando siempre su ambición personal mediante el ofrecimiento de un «Plan» para salvar al país. No es posible estudiar la historia de México en este período tan largo y crítico sin preguntarse cómo se las arreglaron estos jefes o *caudillos* para, tan rápidamente, reclutar tantos hombres, dirigirlos, abastecerlos y pagarlos durante tanto tiempo y, también, para causar tanto daño.

Desde los días de los virreinos había, desde luego, una especie de ejército regular, la mayor parte del cual, hasta la victoria de las fuerzas republicano-constitucionales en 1861 y la invasión por ejércitos extranjeros que siguió, permaneció leal

a los diversos gobiernos conservadores. Los hombres que lucharon por el gobierno republicano y constitucional desde 1861 a 1867 reclamaban cada vez con mayor justicia ser considerados como el ejército regular, al efecto de las consecuencias que de este reconocimiento se derivarían, es decir, las referentes a los sueldos, pensiones, etc. Sus pretensiones se apoyaban y justificaban por su victoria de 1867. La rebelión que en apoyo del Plan de Ayutla tuvo lugar en 1854, apoyada por Juárez, triunfó el año siguiente, y fue, ni más ni menos, otro pronunciamiento. Posteriormente, en 1857, los autores de esta triunfante rebelión prestaron su apoyo a la nueva Constitución nacida del golpe de estado dirigido por Comonfort. En otras palabras, las fuerzas que sostenían un pronunciamiento podían recabar para sí el nombre de ejército regular. Efectivamente, se les reconocía este derecho siempre que apoyaran la Constitución en vigor o logaran el triunfo, o ambas cosas a la vez.

La principal razón por la cual fueron posibles tantos pronunciamientos, muchos de ellos triunfantes, era la abundancia de hombres valientes, capacitados y ambiciosos en el seno de una sociedad feudal, hombres que nada poseían y nada podían esperar, hombres a los que tenía sin cuidado su vida y la de los demás. Se rebelaban cuando veían peligrar los derechos de las personas o instituciones a quienes permanecían fieles, o cuando sus ideales eran pisoteados. Así, existían quienes permanecían leales a los caciques feudales, a la Iglesia, al viejo orden. Había quienes suspiraban por la reforma social, la libertad, o por un gobierno republicano estable. Es cierto que mientras estas guerras progresaban, los gobiernos liberales o reaccionarios, legales o ilegales, y sus excesivamente independientes generales, recurrían cada vez en mayor grado al reclutamiento, voluntario o forzoso —emborrachándoles previamente—, de sus hombres en las ciudades, pueblos o ranchos que estaban bajo su control. Es cierto que estos métodos producían un creciente resentimiento y resistencia; pero, de todos modos, fueron posibles debido únicamente a la resignación fatalista de grandes masas del pueblo. La sociedad feudalista mexicana era semejante a la de Inglaterra en los siglos xiv y xv. En esta

sociedad, en compensación por el interminable y duro trabajo, interrumpido sólo en las fiestas religiosas y suavizado por la bondad de algunos patrones, por el pulque, la caza, el juego y, en no menor medida, por la inquebrantable lealtad, los patrones les proporcionaban una subsistencia sencilla, una justicia tosca y protección física. Además, México era y es aún un país donde las relaciones personales son más importantes que la lealtad política. Si se tiene en cuenta este hecho, no resulta demasiado sorprendente que cuando el dueño de un rancho o de una mina, o el jefe de un departamento gubernamental llamaban a sus hombres a la lucha, éstos obedecieran, por lo general. En el caso de muchos políticos liberales y de otros tantos generales, la lealtad personal y dependencia económica de sus subordinados debió de ser tan eficaz como las esperanzas de reforma, libertad y paz. Si nos sentimos tentados a creer que todo esto es típico de México, dediquémonos a leer sobre la rapidez y eficacia con que en el siglo xv, los poderosos «lords» ingleses de la Rosa Blanca y de la Rosa Encarnada movilizaban millares de hombres valientes y no necesariamente alocados, que se enfundaban la armadura, viajaban a pie a través del país, y, entre el barro y la niebla, se sacaban los sesos.

¿Qué se sabe de las armas, ropa y comida de estos mexicanos en sus salvajes montañas un siglo atrás? Aunque no es posible obtener una respuesta adecuada examinando los documentos que tenemos a mano, ésta puede presumirse. Desde siglos atrás, cada hacienda era realmente un fuerte, defendido por hombres que habían aprendido cómo fabricar escopetas y cómo usarlas con economía y precisión contra los ladrones, animales salvajes y, también, contra sus semejantes. Ya desde 1810, los gobernadores de los diversos Estados habían hecho construir en las respectivas capitales y, desde luego, también en Ciudad de México, arsenales en los que se fabricaba pólvora, cartuchos, rifles, bayonetas (triangulares, de corte transversal), balas de cañón y piezas de artillería, todo ello de modo tosco e imperfecto, pero eficaz. En los años que siguieron, uno de los bandos obtuvo la mayor parte de estos útiles guerreros de los franceses; el otro, si bien no oficialmente, de los norteamer-

ricos. Por otra parte, tanto unos como otros, procuraban, siempre que les era posible, adquirir armas en Europa. Compraron, incluso, armamento usado en la batalla de Waterloo.

Como vestimenta, los mexicanos solían llevar unos trajes de hilo, sombrero de paja y zapatos. Los generales vestían más ostentosamente aunque de forma bastante heterogénea, y casi siempre llevaban el pecho cubierto de medallas. En lo que al soldado raso se refiere, suponemos vestía principalmente su ropa usual, es decir, camisa y pantalones blancos hechos a mano por las mujeres de la familia, y, cosidos en la manga, los distintivos del arma y cuerpo a que pertenecía. Los retratos de la época y los uniformes que se exhiben en los museos dejan entrever un grado de uniformidad e incluso de elegancia que parece algo exagerado. La comida de la gran masa del pueblo solía consistir en una pequeña ración de judías y tortilla, más un trozo de carne de cabra, carnero o buey, cortada y cocida. La asistencia médica era casi nula, si bien Juárez en Oaxaca y quizás algún otro gobernador hicieron cuanto pudieron en este sentido. Muchas de estas cosas podían ser decomisadas o robadas; había regalos de personas y de la Iglesia; los gobernadores imponían gran cantidad de impuestos que, como es lógico, recaían sobre la agricultura y el comercio; el gobierno federal trataba, desesperada y peligrosamente, de recaudar de los Estados, contra la voluntad de éstos, desde luego, el producto de los derechos aduaneros que no estaban hipotecados por Inglaterra, los obligaba a efectuarle préstamos, etc. En pocas palabras, entonces como ahora, cabía todo, lo mismo los asesinatos en masa que el amor.

Durante las décadas de 1830 y 1840 e incluso antes, mientras los mexicanos se dedicaban de vez en cuando a matarse unos a otros, una siniestra amenaza procedente de las regiones septentrionales se iba desarrollando más y más. Estas vastas provincias nortañas, ocupadas en parte por bosques exuberantes, en parte por desolados desiertos, pero fabulosamente ricas por lo general, eran prácticamente inhabitadas. Sus únicos moradores eran algunas tribus indias desparramadas en la inmensidad de los extensos territorios, y carecían casi de

todo control. El pueblo de los Estados Unidos tenía puestos los ojos en el Oeste y hacia allá se iba, con una fuerza y empuje que no tiene igual en la historia. La república norteamericana estaba también dividida entre las fuerzas progresivas y las reaccionarias, y en su seno crecieron pícaros y aventureros. En el vecino país del Sur, un político, hombre melancólico, observaba los acontecimientos de los Estados Unidos; un hombre que demostró saber ser fiel a sí mismo y al destino de su patria. El vecino del Norte había tenido más suerte y era más poderoso que México, y debido a que la sociedad humana parece aborrecer la tranquilidad, los dos países se enzarzaron en una guerra corta pero salvaje. Muchos norteamericanos de la época, al igual que otros de nuestros días, entre ellos Lincoln, Gran y Wilson, han reconocido que dicha guerra robó a México la mitad de su territorio, y que produjo en el alma mexicana heridas que aún hoy no han cicatrizado. Todo ello no puede dejar de producir una cierta tristeza a todo norteamericano consciente a la par que debe intentar comprender cualquier actitud de desconfianza u hostilidad por parte de los mexicanos. Vamos a ocuparnos brevemente de la historia de esa guerra en lo que se relaciona con la existencia de un gobernador que, allá en Oaxaca, guardó siempre un rincón de su mente inquieta para los Estados Unidos de América.

Desde 1814, Norteamérica tenía el proyecto de establecer la divisoria de Estados Unidos con Nueva España, o México, aproximadamente en el mismo lugar que ahora se encuentra; Aaron Burr tenía el sueño, no totalmente malo, de convertirse en emperador de México. Hombres de gran valer, como Thomas Jefferson y John Quincy Adams, defendían abiertamente esta candidatura, basándose en la teoría mística de que el «Destino Manifiesto» de los Estados Unidos era la absorción de toda la América del Norte, basándose en razones de necesidad económica y de «superioridad». La Doctrina Monroe data de 1823, y era considerada por los mexicanos, por lo menos hasta que fue aplicada posteriormente y en forma decisiva por los Estados Unidos, en beneficio propio como una expresión más del «Destino Manifiesto» o imperialismo. Incluso hoy, es conside-

rada de este modo, y llamada con cierto rencor, monroísmo.

En 1822, Stephen F. Austin llevó a la práctica un proyecto de su padre, Moses Austin, de Connecticut y Missouri, muerto un año antes, consistente en la colonización por parte de norteamericanos de una parte del Estado de Coahuila. Esta operación se llevó a cabo gracias a las concesiones de la nueva república mexicana, y abarcó lo que es ahora la parte septentrional de Texas. Millares de americanos, entre ellos esclavos negros se desparramaron por la región, y como otras minorías inasimiladas, no sólo de entonces, sino de siempre, empezaron a crear preocupaciones y problemas, en parte sin quererlo, y siendo, no sólo los demás, sino incluso ellos mismos, los perjudicados. Oportunistas tales como Joel R. Poinsett, por los Estados Unidos, y H. G. Ward, por Gran Bretaña, aprovecharon, naturalmente, para pescar en el río revuelto. Desde luego, varios gobiernos mexicanos se encargaron del control de Texas y de la defensa del territorio nacional. En 1830, se prohibieron nuevas colonizaciones de Texas, y se establecieron puestos aduaneros en la frontera con Louisiana. Se proclamó de nuevo la ley contra la esclavitud, y como consecuencia de las medidas centralizadoras del gobierno mexicano, se derivaron nuevas molestias y quebraderos de cabeza para los texanos. Austin no pudo influir ni en un presidente liberal como Gómez Farías y fue encarcelado durante un año y medio en Ciudad de México, bajo la acusación de incitar a la rebelión a los texanos. En 1835, el general mexicano Cos fue derrotado en San Antonio, y fue en esta misma ciudad donde Santa Anna, con tres o cuatro mil mexicanos consiguió una victoria el año siguiente. El 6 de marzo, cuatro días después de que Texas se declarara nación independiente, el mismo Santa Anna pasó a cuchillo a unos 150 texanos en El Alamo y a otros muchos en Goliad. Poco después, Sam Houston derrotó a los mexicanos en San Jacinto, capturando a Santa Anna, vestido con sus zapatillas de estar por casa. Aquél negoció el reconocimiento de la independencia de Texas; pero como era lógico, en México se le negó la capacidad de representación, y fue depuesto. Durante nueve años Texas existió como República, ya que el Norte no la admitió en el seno

de la Unión, para evitar el incremento del poder basado en la esclavitud.

Mientras, México se iba aproximando más y más al caos completo, debido a las rebeliones continuas, promovidas tanto, por los de derechas como por los de izquierdas, a todo lo largo y ancho de su territorio. En la estúpida «Guerra de los Pasteles» con Francia, en 1838, Santa Anna perdió una pierna, y volvió a ser considerado como héroe. En 1842, esta pierna fue desenterrada en Veracruz, y, con solemne ceremonia, enterrada de nuevo en Ciudad de México. Cuando trató de reconquistar Texas, los texanos pidieron ayuda a Gran Bretaña, lo que trajo como consecuencia que, alarmados por este paso, los gobernantes norteamericanos se decidieran a admitir a Texas en la Unión. Esto ocurría en el año 1845. En 1846, James K. Polk, nuevo presidente de los Estados Unidos, trató crudamente de llegar a un acuerdo con el presidente Herrera, de México, hombre honesto y probablemente incapaz de sobrevivir incólume a cualquier arreglo. De todos modos, tardó muy poco en verse desplazado de su cargo. Sin consultar al Congreso, Polk ordenó al general Zachary Taylor que avanzara desde el río Nueces, límite meridional del Estado de Texas, hasta el río Bravo, o Grande. Cuando, como es lógico, los mexicanos opusieron resistencia, aprovechó la circunstancia para declarar el estado de guerra. Mientras, Santa Anna, que había estado exiliado en La Habana, se las ingenió para que Polk le permitiera regresar a México.

En el mismo año, el general Taylor, entre cuyos oficiales se contaban Grant, Meade y Jefferson Davis, tomó Monterrey, a la vez que otras fuerzas desperdigadas ocupaban Santa Fe. California fue ocupada con el concurso de fuerzas navales. Otra de las ciudades que cayó, fue Tampico. Desde este punto, los Estados Unidos ocuparon cuantos territorios quisieron y más aún; pero el gobierno mexicano, debatiéndose en sus convulsiones habituales, rehusó darse por vencido. En marzo de 1847, el general Winfield Scott lanzó parte de su ejército hacia el sur de Veracruz, sorteó la fortaleza insular de San Juan de Ulúa y tomó la ciudad. En el ínterin, Santa Anna, de nuevo

en activo, avanzaba con sus fuerzas hacia el Norte, al encuentro del ejército de Taylor, hasta lugar tan lejano como San Luis de Potosí. Continuó después avanzando en la misma dirección hasta encontrarse con el ejército de Taylor, con el que se enfrentó cerca de Saltillo, en un lugar llamado Buena Vista o La Angostura. En esta extraña batalla, el ejército de Santa Anna, más numeroso que el de Taylor, estuvo a punto de derrotar a los norteamericanos, pero el valor personal de Taylor y la equivocada decisión de retirarse llegada la noche por parte de Santa Anna, salvaron a las fuerzas de la Unión. El hecho de haber capturado algunos fusiles y una bandera a sus oponentes, bastó para que Santa Anna se atribuyera la victoria. Como veremos más adelante, incluso el mismo Juárez no dudó en concedérsela. Sin embargo, lo cierto es que esta batalla sirvió solamente para debilitar en gran manera las fuerzas mexicanas, a consecuencia de la larga retirada a través del desierto que se extiende entre Saltillo y San Luis Potosí. En Ciudad de México, los proclericales «Polkos» se amotinaron y el gobierno fue derrotado.

Al mismo tiempo, Scott, con su ejército compuesto de unos doce mil hombres y un Estado Mayor en el que se contaban oficiales tan brillantes como Grant (trasladoado desde el Norte), Lee, Beauregard y McClellan, desde el interior, avanzaba hacia Veracruz, y en el difícil paso montañoso de Cerro Gordo, entre Veracruz y Jalapa, se enfrentó con éxito al ejército de Santa Anna, y luego avanzó en dirección Norte, hacia Perote y Puebla. Incluso un historiador tan antinorteamericano como Vasconcelos tuvo que admitir posteriormente que este ejército americano, diezmado por las enfermedades y la falta de suministros, mal visto o ignorado por la mayor parte de los habitantes de la Unión, realizó hazañas comparables a las de Hernán Cortés y sus conquistadores. A pesar de la ineptitud de Santa Anna, tuvo lugar la amarga y valerosa defensa de Ciudad de México en Churubusco, el Pedregal, el Molino del Rey y Chapultepec, donde los famosos cadetes se tiraban desde lo alto de las rocas escarpadas en busca de una muerte cierta antes que rendirse a los invasores. Un grupo de ameri-

canos intentaron sorprender al enemigo, siendo capturados, juzgados y colgados unos cincuenta de ellos. A menudo algunas unidades americanas debían dedicarse a la vigilancia de sus propios compatriotas al efecto de evitar los actos de pillaje. Cuando era tomada una ciudad, la lucha continuaba por las calles, mientras los victoriosos oficiales americanos peleaban entre sí y con sus superiores en Washington. La guerra entre México y Estados Unidos duró sólo dos años, y en ella se hizo derroche de valor y se utilizaron cuantos recursos fueron posibles. Ha sido, sin embargo, una de las peores guerras que se han conocido.

Santa Anna renunció a la presidencia de la nación; trató luego de capturar a los soldados americanos enfermos que habían quedado en Puebla, pero no lo logró. Perseguido por los Rangers de Texas, que conservaban todavía vivo el recuerdo de El Alamo, buscó asilo en la ciudad de Oaxaca, pero le fue negado. Este episodio, que carece de importancia en sí mismo, tuvo grandes consecuencias. Se las arregló para escapar a Veracruz, y luego tuvo que emprender el camino del exilio, primero en Jamaica y posteriormente en Venezuela.

En Querétaro, Scott y un agente del gobierno americano llamado Nicholas B. Trist negociaron un tratado de paz con el presidente Peña y Peña, que había sido primer magistrado del Tribunal Supremo; este tratado lleva el nombre de Guadalupe Hidalgo, motivado por haber sido firmado en dicha población. En marzo de 1848, fue ratificado por el Senado de los Estados Unidos. Por razones de conquista, y a cambio de quince millones de dólares y la cancelación de las pretensiones americanas, los Estados Unidos adquirieron casi la mitad del territorio de México y, con él, inmensas riquezas naturales. Esto contribuyó a precipitar nuestra propia guerra civil, ya que volvió a suscitarse la cuestión de la extensión hacia el Oeste de los territorios esclavos o territorios libres.

Creemos oportuno recurrir de nuevo a las memorias de Juárez, y por ello empezaremos con la parte de las mismas que se refiere al año siguiente al de su matrimonio. Naturalmente, en aquella época sus intereses eran más de tipo civil

que militar, por lo que su relativo silencio respecto a cuestiones militares no debe ser tomado como despreocupación. Un antiguo jefe de Juárez, don Antonio León, y otros ochocientos hombres de Oaxaca, entre los que debía de haber muchos amigos y conocidos de Juárez, encontraron la muerte en el Molino del Rey.

«En 1844 el Gobernador del Estado, general don Antonio León, me nombró Secretario del despacho del Gobierno y a la vez fui electo Vocal Suplente de la Asamblea Departamental. A los pocos meses se procedía a la renovación de los Magistrados del Tribunal Superior del Estado, llamado entonces Departamento porque regía la forma central en la Nación y fui nombrado Fiscal Segundo.»

Aunque León había luchado al lado de Morelos, en aquel momento era conservador y partidario de Santa Anna. Juárez fue muy criticado por el solo hecho de haber servido bajo sus órdenes y, de modo especial, por haber firmado un decreto relativo a las ceremonias a efectuar en honor del entonces presidente, es decir, Santa Anna. En vista de la total confusión existente en relación con la línea de actuación de cada partido, del raro concepto de la lealtad y de la extraña a la par que persistente esperanza de que Santa Anna salvaría el país, esta crítica parece carecer de base, a pesar de que entre los que la hicieron se contaba incluso Justo Sierra. Como secretario del gabinete, parece ser que Juárez tuvo considerable poder, y fue desde este puesto que empezó a llevar a cabo sus primeras tareas como reformador. Efectuó algunas innovaciones en los tribunales, mejoró los registros, estableció una comisión sanitaria, apoyó la producción de hierro y seda y la construcción de una carretera entre Oaxaca y Tehuacán, cuyo coste debía amortizarse mediante peajes y concesiones a las diligencias que transitaban por ella. Esta obra llegó a ser para Juárez como una obsesión. Al cabo de pocos meses, un estudiante criticó públicamente a León, lo que motivó que el gobernador, como castigo, le enviara a servir al ejército. Esta medida hizo que Juárez dimitiera de su cargo, como protesta, y fue nombrado fiscal. Su antiguo puesto fue ocupado, gracias a su recomen-

dación, por otro liberal, Manuel Ruiz. En este episodio no es posible encontrar motivo alguno para considerar a Juárez como renegado.

«En el año de 1845», continúa Juárez, «se hicieron elecciones de Diputados a la Asamblea Departamental y yo aparecí como uno de tantos candidatos, que se proponían en el público. Los electores se fijaron en mí y resulté electo por unanimidad en sus sufragios. En principios de 1846 fue disuelta la Asamblea Departamental a consecuencia de la sedición militar acaudillada por el general Paredes, que teniendo orden del presidente don José Joaquín de Herrera, para marchar a la frontera, amagada por el ejército americano, se pronunció en la hacienda del Peñasco del Estado de San Luis Potosí y contramarchó para la capital de la República a posesionarse del gobierno, como lo hizo, entregándose completamente a la dirección del partido Monárquico-Conservador. El Partido Liberal no se dio por vencido. Auxiliado por el Partido Santanista trabajó activamente hasta que logró destruir la administración retrógrada de Paredes, encargándose provisionalmente de la Presidencia de la República el general don Mariano Salas.

En Oaxaca fue secundado el movimiento contra Paredes por el general don Juan Bautista Díaz; se nombró una junta legislativa y un Poder Ejecutivo compuesto de tres personas que fueron nombradas por una Junta de Notables. La elección recayó en don Luis Fernández del Campo, don José Simeón Arteaga y en mí y entramos desde luego a desempeñar este encargo con que se nos honró. Dada cuenta al Gobierno General de este arreglo resolvió que cesase la Junta Legislativa y que sólo don José Simeón Arteaga quedara encargado del Poder Ejecutivo del Estado. Yo debí volver a la Fiscalía del Tribunal que era mi puesto legal, pero el Gobernador Arteaga lo disolvió para reorganizarlo con otras personas y en consecuencia procedió a su renovación nombrándome Presidente o Regente como entonces se llamaba el que presidía el Tribunal de Justicia del Estado.»

Este gobierno, de carácter tan acusadamente provisional, era de coalición: Fernández del Campo fue seleccionado como antiguo insurgente; Arteaga, como representante del *santanismo*; Juárez, como destacado liberal.

«El Gobierno General convocó a la Nación para que eligiese sus representantes con amplios poderes para reformar la Constitución

de 1824 y yo fui uno de los nombrados por Oaxaca, habiendo marchado para la capital de la República a desempeñar mi nuevo encargo a principios de diciembre del mismo año de 46. En esta vez estaba ya invadida la República por fuerzas de los Estados Unidos del Norte; el gobierno carecía de fondos suficientes para hacer la defensa y era preciso que el Congreso le facilitara los medios de adquirirlos. El Diputado por Oaxaca don Tiburcio Canas hizo iniciativa para que se facultara al Gobierno para hipotecar parte de los bienes que administraba el clero a fin de facilitarse recursos para la guerra. La proposición fue admitida y pasada a una comisión especial, a que yo pertenecí, con recomendación de que fuese despachada de preferencia. En 10 de enero de 1847 se presentó el dictamen respectivo consultándose la adopción de la medida que se puso inmediatamente a discusión. El debate fue sumamente largo y acalorado, porque el partido moderado, que contaba en la Cámara con una grande mayoría hizo una fuerte oposición al Proyecto. A las dos de la mañana del día 11 se aprobó sin embargo el dictamen en lo general; pero al discutirse en lo particular la oposición estuvo presentando multitud de adiciones a cada uno de sus artículos con la mira antipatriótica de que aun cuando saliese aprobado el decreto tuviese tantas trabas que no diese el resultado que el Congreso se proponía. A las 10 de la mañana terminó la discusión con la aprobación de la ley, que por las razones expresadas no salió con la amplitud que se deseaba.»

Este parece haber sido el primer viaje de Juárez a Ciudad de México. Pola, dice: «En este congreso, Juárez fue una esfinge, diciendo sólo Sí y No, mientras sus colegas, Francisco Banuet y Tiburcio Cañas, se encargaban de las discusiones.» Esta actitud no parece fuera debida a modestia, sino al hecho de que Juárez no se hallaba en su elemento en las asambleas legislativas.

Sigamos con los *Apuntes*:

«Desde entonces el clero, los moderados y los Conservadores redoblaron sus trabajos para destruir la ley y para quitar de la Presidencia de la República a don Valentín Gómez Farías, a quien consideraban como Jefe del Partido Liberal. En pocos días lograron realizar sus deseos sublevando una parte de la guarnición de la plaza en los momentos en que nuestras tropas se batían en defensa de la independencia nacional en la frontera del Norte y en

la plaza de Veracruz. Este motín que se llamó de los Polkos fue visto con indignación por la mayoría de la República, y considerando los sediciosos que no era posible el buen éxito de su plan por medio de las armas, recurrieron a la seducción y lograron atraerse al general Santa Ana que se hallaba a la cabeza del ejército, que fue a batir al enemigo en la Angostura y a quien el Partido Liberal acababa de nombrar Presidente de la República contra los votos del Partido moderado y conservador; pero Santa Anna, inconsecuente como siempre, abandonó a los suyos y vino a México violentamente a dar el triunfo a los rebeldes. Los pronunciados fueron a recibir a su protector a la Villa de Guadalupe llevando sus pechos adornados con escapularios y reliquias de santos como "defensores de la religión y de los fueros". Don Valentín Gómez Farías fue destituido de la vicepresidencia de la República y los Diputados liberales fueron hostilizados negándoseles la retribución que la ley les concedía para poder subsistir en la capital. Los diputados por Oaxaca no podíamos recibir ningún auxilio de nuestro Estado porque habiéndose secundado en él el pronunciamiento de los Polkos, fueron destruidas las autoridades legislativas y sustituidas por las que pusieron los sublevados, y como de hecho el Congreso ya no tenía sesiones por falta de número, resolví volver a mi casa para dedicarme al ejercicio de mi profesión.

En agosto del mismo año llegué a Oaxaca. Los liberales aunque perseguidos trabajaban con actividad para restablecer el orden legal, y como para ello los autorizaba la ley, pues existía un decreto que expidió el Congreso General a moción mía y de mis demás compañeros de la Diputación de Oaxaca reprobando el motín verificado en este Estado y desconociendo a las autoridades establecidas por los revoltosos, no vacilé en ayudar del modo que me fue posible a los que trabajaban por el cumplimiento de la ley que ha sido siempre mi espada y mi escudo.»

Este último aserto queda justificado por la vida de Juárez. Fue realmente «un legalista», cosa ésta tan rara como necesaria en aquellos tiempos, y como tal debía convertirse en salvador de la República. No obstante, debe significarse que nunca habló de la ley como si se tratara de su alcázar o fortaleza, ni permitió que le limitara como si de una prisión se tratase. En dos ocasiones, y por el bien de la República, a su entender, dejó la ley a un lado o trató de bordearla.

«El día 23 de noviembre logramos realizar con buen éxito un movimiento contra las autoridades intrusas. Se encargó del Go-

bierno el Presidente de la Corte de Justicia, licenciado don Marcos Pérez; se reunió la Legislatura que me nombró gobernador interino del Estado.»

A la edad de cuarenta y un años este ejecutor nato había, por fin, encontrado un puesto adecuado, y a despecho de diversos reveses de fortuna que habrían abatido a cualquier otro, realizó durante el resto de su vida la labor para la que se sentía llamado.

EL BUEN GOBERNADOR

«El día 29 del mismo mes», continúa Juárez, «me encargué del poder que ejercí interinamente hasta el día 12 de agosto de 1848 en que se renovaron los poderes del Estado. Fui reelecto para el segundo período constitucional, que concluyó en agosto de 1852 en que entregué el mando al gobernador interino don Ignacio Mejía.»

Dejando aparte un corto párrafo al que nos referiremos más adelante, las palabras que acabamos de transcribir son las únicas que dejó escritas en los *Apuntes para mis hijos* en relación con sus dos períodos consecutivos como gobernador de Oaxaca. Sin embargo, este primer alto cargo y el hecho de haber descollado como gobernante liberal, son de la mayor importancia, puesto que si no hubiese realizado una tan ímproba labor, o la misma no le hubiese sido reconocida más tarde, en un momento crítico de la historia de México, su aparición como figura nacional y su elevación a los más altos destinos se habría, quizás, retrasado. Decimos retrasado, porque, de cualquier modo, era inevitable que Juárez llegara a ser lo que fue. Solamente una bala lo habría podido impedir.

Benito Juárez era ya un hombre maduro, y es por ello que consideramos que es el momento de describir sus rasgos físicos y su aspecto personal. Medía poco más de 1'55 metros de estatura, y era de complexión fuerte y sana, pies y manos menudos, y rasgos acusadamente indios. Iba siempre bien afei-

tado, su cabello era negro y estirado, y lo llevaba peinado con la raya en la parte izquierda, con un bucle que parecía querer posarse sobre su frente. De su cara, enteramente india, lo más notable eran los ojos penetrantes y cansados. Su aspecto personal era imaculado, y en cualquier circunstancia, por difícil que fuera, trataba de tomar su baño diario. Solía vestir trajes oscuros, si bien la chaqueta negra con la que casi siempre se asocia su figura la usaba solamente en ocasiones solemnes. Sus camisas eran blancas y finas, muchas veces confeccionadas por su propia esposa; sus corbatas, negras. En el chaleco llevaba un pesado reloj pendiente de una cadena. No se sentía adecuadamente vestido sin su bastón recto de color negro. Llevaba revólver sólo cuando las circunstancias así lo aconsejaban. Dormía poco, era frugal en sus comidas, y como bebida tomaba únicamente un poco de vino. No obstante, gustaba de los buenos cigarros y los fumaba siempre que tenía ocasión, tomándolos del estuche de cuero donde los guardaba. Su físico era agradable, sus maneras, invariablemente corteses, y su voz, «clara y notablemente atractiva».

El que fue su colega durante muchos años, Prieto, dice de él: «Juárez en el trato familiar era dulcísimo, cultivaba los afectos íntimos, su placer era servir a los demás, cuidando de borrar el descontento hasta en el último sirviente; reía oportuno, estaba cuidadoso de que se atendiese a todo el mundo, promovía conversaciones joviales, y después de encender, callaba, disfrutando de la conversación de los demás y siendo el primero en admirar a los otros. Jamás le oí difamar a nadie, y en cuanto a modestia, no he conocido a nadie que le fuera superior».

Nunca hablaba de sus cosas ni, salvo en ocasiones excepcionales y apropiadas, de problemas políticos, diplomáticos o militares, a pesar de que eran precisamente éstos los asuntos que ocupaban su mente casi de continuo. Era profundamente reservado, y es inevitable creer que, aparte su yerno, que en modo alguno era su igual, y quizás Melchor Ocampo y algunos pocos conocidos de Oaxaca, nunca tuvo ni necesitó un amigo íntimo ante el que desnudar su alma. Puede decirse

que, excepto estas pocas personas, nunca amó a nadie salvo al pueblo mexicano, especialmente a los componentes de las clases más pobres. Más aún, su amor por el pueblo era por lo menos igual al que sentía por su propia familia, aunque jamás este amor le impidiera darse cuenta de sus limitaciones y locuras, por las que nunca se dejó cegar.

Su pensamiento era lento y no muy sutil ni amplio. No obstante, gracias a su experiencia personal, a la observación directa y a la lectura de la historia, llegó a adquirir una gran sagacidad práctica y a formarse unos pocos principios básicos acerca del pueblo y la sociedad. Creía en un Dios que velaba por la humanidad, que el pueblo podía descubrir y expresar la voluntad de este Dios, y que el destino de los hombres era vivir en una sociedad verdaderamente democrática que permitiera el desarrollo de cada individuo. Consideraba deber de todos los ciudadanos servir a la sociedad cuando así conviniera, honestamente y a cualquier precio. Durante toda su vida no dejó de practicar cuanto predicaba. Su pensamiento político, influido sin duda por su origen indio, era básicamente paternalista; distaba tanto de las teorías del Renacimiento como del primitivismo romántico; quedaba más lejos aún de cualquier forma de dictadura personal o de clase.

La cortesía de Juárez, su reserva y su modestia, decepcionaban a veces a sus colaboradores y a algunos diplomáticos de países extranjeros, llevándoles a subestimarle; pero más pronto o más tarde, todos se daban cuenta de que tras sus pocas y simples convicciones se ocultaba una voluntad indomable. Antes y después de su muerte ha sido acusado de poseer una gran ambición personal, pero lo que le movía era algo mucho más fuerte: su voluntad de artífice de la sociedad que amó y por la que sufrió y que decidió mejorar, paso a paso. Esta sociedad la constituían la ciudad, el Estado y la Nación, que sabía no eran tan perfectos como debían. Fue acusado también de cobardía, aunque sólo lo fuera por locos que nunca le habían visto mirar la muerte cara a cara con absoluta y verdadera serenidad.

Pero, ¿qué placeres obtuvo de la vida? ¿Era, incluso en vida, un hombre de bronce solo en un pedestal? Parece ser que

le era indiferente el ambiente que le rodeaba, lo mismo cuando trabajaba y dormía en una miserable posada que cuando disfrutaba del confortable hogar que para él crearon su esposa e hijas. Se dice que nunca asistió a una corrida de toros, y que cuando en ocasión de su cumpleaños quisieron festejarle programando un «vuelo humano» desde lo alto de la catedral, negó su consentimiento bajo el pretexto de que no era lícito que nadie arriesgara su vida como diversión. Sin embargo, siempre que podía asistía a funciones de teatro y a conciertos, y disfrutaba al observar los progresos de sus hijos en sus lecciones de piano. Como todos los buenos padres de familia mexicanos, gustaba de jugar con sus hijos. A veces, también estaba en casa con la sola compañía de su esposa, su querida «vieja», doña Margarita. Sobre todo, es evidente que amaba su gigantesco trabajo, al igual que todos los grandes políticos. El placer que le proporcionaba, lo revela su confianza propia, su optimismo y los relámpagos de ironía con que contemplaba a los hombres y a los hechos. «No tenga cuidado», diría: venceremos. Este indio zapoteco tenía algo de puritano y más aun de estoico. Uno puede ser cosas peores, y hay diversos tipos de hombre mucho peores para tenerlos como gobernadores.

Un día de 1847, Juárez, de acuerdo con la Constitución, prestó el siguiente juramento: «Yo, Benito Juárez, nombrado gobernador del Estado libre de Oaxaca, juro por Dios y por los santos evangelios que defenderé y conservaré la religión Católica, Apostólica y Romana, sin permitir otra alguna en el Estado; que guardaré y haré guardar la Constitución federal, la Constitución política, y leyes de este Estado, y que ejerceré fielmente el cargo que el mismo Estado me ha confiado.»

Este juramento, como todos los que hizo Juárez, fue cumplido. Tenía la esperanza, como siete años antes, que la moralidad cristiana induciría a los clérigos a apoyar a los liberales en su reforma social. Como gobernador, trató de persuadir al clero de que le prestara su ayuda para efectuar sus reformas. Durante algún tiempo, en asuntos como la construcción de la carretera y el puerto, fue así. Para Juárez el Estado ideal con-

sistía en el trabajo mancomunado de todo el pueblo, bajo el imperio de la lealtad, la moralidad y la razón. La Iglesia tenía su puesto, naturalmente, en esta tarea. Apoyó y colaboró con ella en el cobro de los diezmos autorizados por la ley y defendió su derecho a la propiedad. Juárez era todavía un «buen católico», aunque liberal e inconformista. No estaba todavía en situación de iniciar reformas profundas en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, dado que su voluntad no estaba todavía completamente decidida y, además, la Iglesia no había demostrado aún, de forma clara, su intransigencia.

He aquí el corto discurso inaugural:

«Señores diputados y senadores:

El juramento que acabo de prestar, es la garantía que por ley debo ofrecer, de que corresponderé con lealtad a la confianza que me habéis dispensado nombrándome gobernador del Estado libre y soberano de Oaxaca. Es un deber de los ciudadanos prestar sus servicios, por insignificantes que éstos sean, cuando la patria los llama en algún puesto público. Sin embargo, yo he dudado si debería admitir el difícil encargo con que me habéis honrado, porque veo entre mis compatriotas multitud de ciudadanos ilustres, que por sus servicios y capacidades pueden llevar dignamente las riendas del gobierno. En otra época que no fuera de transición y de prueba, como la presente, yo habría rehusado el distinguido honor con que me veo abrumado, aun cuando apareciera marcado con la nota de egoísta. Pero hoy que el poder no tiene los atractivos ni los encantos que tanto lisonjean el amor propio en días de calma y de bienandanza; hoy que las fuentes del erario se ven agotadas y relajados los resortes de la obediencia y de la moral, por consecuencia de nuestras revueltas intestinas; hoy, en fin, que el injusto invasor ocupa la capital de la República y amaga con la conquista completa de nuestro territorio, la primera magistratura del Estado no es más que un puesto avanzado de inminente peligro y una pesada carga que sólo produce desvelos, fatigas y sinsabores. En tal concepto, ya no he debido vacilar, y veisme aquí, señores, pronto a arrostrar con todas las consecuencias que ofrece el destino, cuyo fiel desempeño os he prometido ante Dios y los hombres.

Sabéis, señores, cuán débiles son mis fuerzas, cuán cortas mis fuerzas; pero cuento con vuestra cooperación, cuento con el apoyo del pueblo oaxaqueño, y con tan poderosos auxilios, yo me prometo que marcharemos venciendo las resistencias que una ingrata situación nos ofrece.

Afortunadamente, no una facción, no el favoritismo, no la intriga; sino la libertad libre y espontánea de los escogidos del pueblo me ha colocado en este puesto. No haya, pues, temor de que en mi gobierno se oprima a una clase, o a una parcialidad de mis conciudadanos. No. El bien procomunal, el bienestar de todos los oaxaqueños serán los objetos preferentes que ocupen mi atención.

Tenemos una carta fundamental donde están consignados los derechos y los deberes de los gobernantes y de los gobernados. Esa carta, pues, será mi único norte, y su exacta observancia y el cumplimiento de las leyes que emanen de los legítimos representantes del pueblo, merecerán mi exclusiva dedicación. La virtud y el merecimiento serán buscados, y los ciudadanos honrados y pacíficos encontrarán siempre en mi administración el apoyo más firme, la más sólida garantía de sus derechos. Libre, y para mí muy sagrado, el derecho de pensar, mis compatriotas no serán molestados por sus opiniones manifestadas de palabra o por escrito. Yo las respetaré y haré que se respeten. En fin, con dulzura y con moderación procuraré que todos cumplan con sus deberes; pero el que traspasare la línea que le trazan las leyes, el que atentare contra el derecho ajeno, el que turbare la paz de la sociedad, ése sufrirá, yo os lo protesto, señores, todo el rigor de las leyes. En este punto seré inexorable, porque sólo así podrá restablecerse la moral, y sólo así las autoridades recobrarán su perdido prestigio. Ved aquí, señores, trazada la conducta que me propongo seguir en mi administración.

Señores: somos llamados a presenciar las angustias de la patria en los momentos terribles de su agonía; ella reclama nuestro socorro; hagamos los últimos esfuerzos y aún es tiempo de que la salvemos. Pero si por uno de los decretos incomprensibles de la Divina Providencia, estuviere determinado que ella desaparezca de la lista de las naciones libres, trabajemos de manera que al perecer bajo sus ruinas, dejemos a la posteridad gratos recuerdos que honren nuestra memoria.»

Los políticos han pronunciado palabras parecidas y continuarán haciéndolo, no sólo en México, sino en todas partes. Por ello, debemos escucharlas con escepticismo; pero, también, con esperanza. En este caso, las obras realizadas por quien las pronunció avalan la humildad, integridad y fuerza de estas palabras. Además, el peligro que en las mismas se menciona era real. En efecto, Trist, a quien Polk retiró los poderes, pero que se atrevió a continuar, y Scott, estaban negociando con

Peña y Peña. Si bien las instrucciones de Trist fueron incluidas en el tratado que se firmó, y ratificó más tarde, no puede negarse que existía, por parte americana, un fuerte estado de opinión tendente a la absorción completa del territorio mexicano. De ahí que la mención hecha por Juárez no pueda considerarse como mera retórica.

En conexión con la inauguración de este primer mandato, Pola cita el relato hecho por Felipe García, de Guelatao, primo hermano de Juárez, de las palabras pronunciadas por un grupo de sus conterráneos, indios puros... :

«Te venimos a ver, Benito, en nombre de tu pueblo, para decirte que tiene mucho gusto en que seas el gobernador. Tú conoces lo que nos hace falta y nos lo darás, porque eres bueno y no te olvidarás que eres de nosotros. Como no te podemos dar otra cosa, recibe esto que te traemos en nombre de todos.» Nunca tan intensa emoción embargó el ánimo de Juárez, como en este acto. Lo que le traían eran gallinas, granos, frutas y legumbres. Juárez limitóse a dar un peso al jefe de la comisión y a decirle que por qué habían hecho tamaño sacrificio. Aquella comisión, la noche de ese día del parabién, durmió en los corredores de la casa de gobierno y a la alborada volvió a pie a Guelatao. Para poder ir a la capital del Estado y ofrecer el presente, se había reunido el pueblo y habían contribuido los más pudientes con un real.

El primer beneficio de Juárez hecho a su pueblo, fue abrir una escuela.

Después, en ocasión solemne, el 12 de agosto de 1849, decía estas palabras, como reminiscencia de aquella felicitación, dirigiéndose a los oaxaqueños, al continuar en la gobernación del Estado:

«Hijo del pueblo, yo no lo olvidaré; por el contrario, sostendré sus derechos, cuidaré de que se ilustre, se engrandezca y se críe un porvenir, y que abandone la carrera del desorden, de los vicios y de la miseria, a que lo han conducido los hombres que sólo con sus palabras se dicen sus amigos y sus libertadores; pero que con sus hechos son sus más crueles tiranos.»

Fue muy poco después de tomar posesión de su cargo que Juárez publicó una orden sensata y necesaria, que le iba a costar muy cara casi seis años más tarde. Generalmente, se cree que la misma fue debida a las sospechas que le inspiraba

Santa Anna, y que fue promulgada por la propia iniciativa de Juárez. Además, parece ser que aparentaba ser más rigurosa de lo que en realidad era. Por estas razones, nos limitaremos a transcribir las propias palabras de Juárez, escritas diecinueve años después, al efectuar determinadas correcciones a una corta autobiografía.

«Tan pronto como me hice cargo del gobierno del Estado de Oaxaca, en 1847, los partisanos de la administración ilegal que acababan de ser destituidos, junto con los que deseaban la vuelta del señor Arteaga al gobierno, comenzaron a trabajar activamente para organizar la revolución que pudiera satisfacer sus deseos, y obligaron al gobierno, que por entonces estaba ocupado preparando la defensa del Estado contra la invasión extranjera, a tomar también las medidas necesarias para guardar el orden público. Fue bajo estas circunstancias que llegaron noticias de que el general Santa Anna, que había sido depuesto ya del mando de las fuerzas de la República, había llegado a la ciudad de Tehuacán, con la intención de proseguir hasta la capital del Estado de Oaxaca. Esta noticia alertó a los perturbadores de la paz en aquella capital, que redoblaron sus esfuerzos, escribiendo y enviando agentes al general Santa Anna, al efecto de obligarle a acelerar su marcha. El consejo de la ciudad me envió una nota y la legislatura un llamamiento, ambos tendentes a que yo no permitiera la llegada de aquel general, porque su presencia en la ciudad en aquellas circunstancias sería perjudicial para el orden público. En consecuencia, ordené al gobernador del Departamento de Teotitlán del Camino (en la frontera del Estado de Oaxaca más próxima a Tehuacán) que en caso que el general Santa Anna mostrara algún interés en el territorio del Estado, debería informársele que podía cruzarlo o permanecer en cualquier ciudad del mismo, excepto en la capital y sus alrededores. Santa Anna entró en el territorio del Estado y estuvo durante algunos días en Teotitlán, y después se desvió en dirección a Orizaba, sin haber tenido que intervenir autoridad alguna.»

Quizás habría sido mejor que se hubiesen puesto las cartas boca arriba al instante, ya que la vieja superchería había perdido su vigor, al menos temporalmente, y Juárez tenía, evidentemente, bien controladas las tropas del Estado y la situación. Aunque posteriormente tuvo que hacer frente a otras rebeliones, de los partisanos de Arteaga no se sabe nada más.

Incluso en el caso de que Juárez hubiese sabido el precio que más tarde iba a tener que pagar por esta orden, es de suponer que la habría dado igualmente. Existe la certeza de que, a pesar de cuanto se ha dicho, los motivos que le inspiraron no fueron debidos a su odio por Santa Anna, sino a su profundo sentido de la responsabilidad en relación con su cargo.

En su época de gobernador, Juárez vivía junto con su cada vez más numerosa familia, en una casa amplia situada en la parte meridional de la ciudad, a una manzana y media de la catedral y a dos y media del edificio de la cámara legislativa, la cual ha sido reconstruida según el estilo de la antigua. Su casa es sólida, parecida a una fortaleza, y su estilo es el de la época o anterior aún. Tiene una puerta grande, un patio interior, las habitaciones (probablemente con pocos muebles, como las que describe la señora de Calderón), situadas en el primer piso, y los cuartos de los criados, junto con los aposentos destinados al trabajo, en la planta baja. «Al sonar las nueve campanadas del reloj de la catedral, Juárez se presentaba en su despacho, por lo que la voz popular comentó sorprendida y mordaz que el gobernador parecía un albañil.»

El nuevo gobernador se preocupó de cumplir sus promesas y dar al Estado una administración como no se conocía otra igual en los demás Estados de México, y como, probablemente, no se ha conocido otra desde entonces. Su primera preocupación fue, naturalmente, la concerniente a la defensa, no solamente contra los americanos, sino también contra los levantamientos internos. Pidió y obtuvo autorización para organizar la Guardia Nacional, lo cual llevó a término inmediatamente. Estableció fuerzas regionales de infantería y caballería, y un arsenal para fundir cañones; publicó un manual sobre la guerra de guerrillas; puso las fuerzas militares del Estado bajo el mando del coronel Ignacio Mejía, antiguo alumno suyo en el Instituto; fundó un hospital militar y concedió pensiones a las viudas y huérfanos de los caídos.

Hizo también grandes progresos en la cuestión de la educación del pueblo; construyó entre dos y trescientas escuelas y ocho escuelas normales; hizo preparar y, posteriormente, los

empleó como profesores, a muchos indios; la matrícula aumentó en varios millares de alumnos, entre ellos bastantes muchachas, en número mucho mayor, desde luego, que las que hasta entonces habían asistido a la escuela. «Los niños no van a la escuela», dijo, «debido sólo a la espantosa pobreza de sus padres, la cual puede ser aliviada por medio del libre cambio. El deseo de saber e ilustrarse es innato en el corazón del hombre. Liberadlo de las trabas que la miseria y el despotismo le imponen y él mismo cuidará de ilustrarse, de forma natural, incluso si no se le presta asistencia directa... La formación de mujeres con todos los requisitos inherentes a su necesaria y elevada misión es la formación de la fértil semilla de la regeneración, de la mejora social. Por esta razón, no debe descuidarse su educación.» Tampoco se olvidó del Instituto, pues lo reorganizó y apoyó, y, entre mayo y julio de 1848, fue su director.

Fue también un notable creador. Empezó la construcción de la carretera entre Oaxaca y Tehuacán, completando un tramo de 104 kilómetros de la misma; prosiguió las obras emprendidas por un gobernador anterior para concluir la fachada del Palacio de los Poderes del Estado, el Ayuntamiento de la capital; extendió la carretera de Miahuatlán hacia Huatulco, ahora Puerto Ángel, en el Pacífico; inició la construcción del puente sobre el río Atoyac, que por casi un siglo fue la única vía de comunicación entre los pueblos del valle, y la parte financiera se resolvió por medio de peajes que recibía el contratista; gestionó el establecimiento de una casa de moneda, si bien su esfuerzo fue baldío debido a que el gobierno federal, por compromisos con una empresa inglesa que le proporcionó un empréstito, se obligó a no permitir ninguna casa de moneda a 150 leguas de Ciudad de México. Asimismo, se preocupó de la confección de mapas de la ciudad y el Estado.

Sin embargo, quizás la obra más notable de Juárez como gobernador, obra digna de ser estudiada por los liberales de los demás países, fue la de efectuar todas las realizaciones señaladas al mismo tiempo que conseguía reducir la deuda pública desde 124.500 pesos en 1847, por dieciocho años de déficits acumulados, a 8.713 pesos en fecha 14 de junio de 1852.

Lo consiguió poniendo en vigor una ley sobre impuestos promulgada en 1843, y gracias a cobrar rigurosamente todos los impuestos legales. También pudo conseguirlo merced a gastar el dinero legalmente, así como por la refinanciación de la deuda que encontró en 1847. Cobró, y pagó al gobierno federal, las contribuciones establecidas; obligación de los gobernadores a menudo soslayada. Esta «integridad fiscal» le permitió pagar puntualmente a los funcionarios civiles, cosa ésta muy rara y que le permitió pedir y obtener una mayor honestidad y eficiencia en su trabajo. Del mismo modo, al pagar salarios adecuados, mejoró la ética de los tribunales.

No obstante, los gobernadores no pueden dedicarse únicamente a la tarea de construir: tienen que hacer frente y resolver crisis y desastres. En agosto de 1850, estalló una severa epidemia de cólera, en la cual murieron 10.698 de las 525.000 personas que, aproximadamente, componían la población del Estado. Fue la primera epidemia desde 1833, y habría sido mucho peor si Juárez no hubiese nombrado un eficiente equipo médico y alentado la vacunación. En octubre de 1850 tuvo que reprimir una revolución reaccionaria en Tehuantepec, donde habían existido y existirían desacuerdos entre los habitantes de aquella región y el Estado de Oaxaca, del cual formaban parte, y entre las ciudades de Tehuantepec y Juchitán. El próximo septiembre Juárez fue a Tehuantepec y descubrió que los disturbios habían sido promovidos por oficiales locales corrompidos. Los destituyó y concedió una amnistía general, excepto para los líderes, quienes continuaron la rebelión. Uno fue exiliado, y otro, ejecutado.

El gobernador tuvo, seguramente, numerosas ocasiones de demostrar que podía despachar no sólo el trabajo de oficina, sino que, a la vez, podía hacer frente al peligro, personalmente. El día primero de abril de 1850, estalló un motín en el Batallón Guerrero, estacionado en Oaxaca, y fue Juárez en persona el que logró sofocarlo al aparecer en medio del lugar donde se desarrollaba el tiroteo, llevando como única arma un bastón. Durante y después de su época como fiscal, Juárez tuvo serias dificultades con un italiano llamado Salvador Marcucci, hom-

bre de mala vida que le difamaba reiteradamente. Cuando este hombre estuvo de nuevo en prisión, fue liberado legalmente, pero en el camino hacia su casa fue atacado y herido por miembros de la policía, por alguna razón ignorada. El gobernador se personó en el lugar del hecho, arrestó a los policías y dispersó a la multitud.

En 1850, probablemente durante la epidemia de cólera, la presencia del gobernador no fue suficiente para impedir que la muerte entrara en su propio hogar. En 1829, después de una anterior epidemia de la misma naturaleza, se estableció en Oaxaca un cementerio municipal, al efecto de evitar los antihigiénicos entierros que hasta entonces tenían lugar en las iglesias y tierras adyacentes; pero, a pesar de la insistencia de las autoridades civiles en 1842, junto con la colaboración del obispo, estas instrucciones respecto a los entierros, y las exhortaciones tendentes a que fueran obedecidas, eran prácticamente ignoradas, principalmente debido a que las autoridades civiles, entre ellas el gobernador y su familia, estaban exentos de su cumplimiento.

«En el año de 1850», escribe Juárez, «murió mi hija Guadalupe a la edad de dos años, y aunque la ley que prohibía el enterramiento de los cadáveres en los templos exceptuaba a la familia del Gobernador del Estado, no quise hacer uso de esta gracia y yo mismo llevé el cadáver de mi hija al cementerio de San Miguel, que está situado a extramuros de la Ciudad para dar ejemplo de obediencia a la ley que las preocupaciones nulificaban con perjuicio de la salubridad pública. Desde entonces con este ejemplo y con la energía que usé para evitar los entierros en las iglesias quedó establecida definitivamente la práctica de sepultarse los cadáveres fuera de la población de Oaxaca».

Con seguridad es la frase «yo mismo» y la costumbre india de que el padre de la criatura muerta sea quien lleve el pequeño ataúd, lo que evoca la imagen de Juárez, solo, acarreando el féretro; pero, según Iturbarría, cuando la casa estaba llena de hombres con levitas negras, en espera de que la niña fuera enterrada en la iglesia de Carmen Alto, el cortejo, que Juárez

presidía, salió de la ciudad y se dirigió hacia el Este, y todos comprendieron que el entierro se efectuaría en el cementerio.

En sus discursos a la Cámara, Juárez, intenta, evidentemente, no prestar demasiada atención al aciago discurrir de los acontecimientos en la Nación; pero en una ocasión el 19 de noviembre de 1850, al darse cuenta que su Estado se hallaba amenazado, habló sobre el particular de forma digna de recordarse. En 1842 México había concedido los derechos para construir un ferrocarril a través del istmo de Tehuantepec a un mexicano, José de Garay; pero esta concesión fue cancelada en 1845. Ignorante de esto último, Garay vendió sus derechos a dos ingleses, Manning y Mackintosh, en 1846. En las negociaciones para la paz, en 1848, Trist, siguiendo instrucciones de Polk, solicitó estos derechos para los Estados Unidos; pero los mexicanos replicaron que pertenecían a los ingleses. Por alguna razón desconocida, el asunto fue abandonado, por lo que no se incluyó en el Tratado. En octubre de 1848, los ingleses vendieron sus derechos a la firma Hargous Brothers, de Nueva York. Luego, Nathan Clifford, ministro americano en México, reclamó estos derechos, igual que lo hizo su sucesor, John Letcher, en 1850. Finalmente, Letcher y Manuel Gómez Pedraza, ministro mexicano de Relaciones, llegaron a un acuerdo, el cual fue rechazado por Washington debido a su ambigüedad. Tampoco México lo aceptó, pues concedía a los Estados Unidos la facultad de enviar tropas para guardar la construcción. A causa de las protestas de México, junto con la firme oposición de Juárez, expresada en su discurso del 19 de noviembre, el gobierno mexicano, por decreto de 22 de mayo de 1851, reafirmó la caducidad de la concesión a Garay y de los derechos resultantes de la misma. Desgraciadamente, el asunto no iba a terminar aquí.

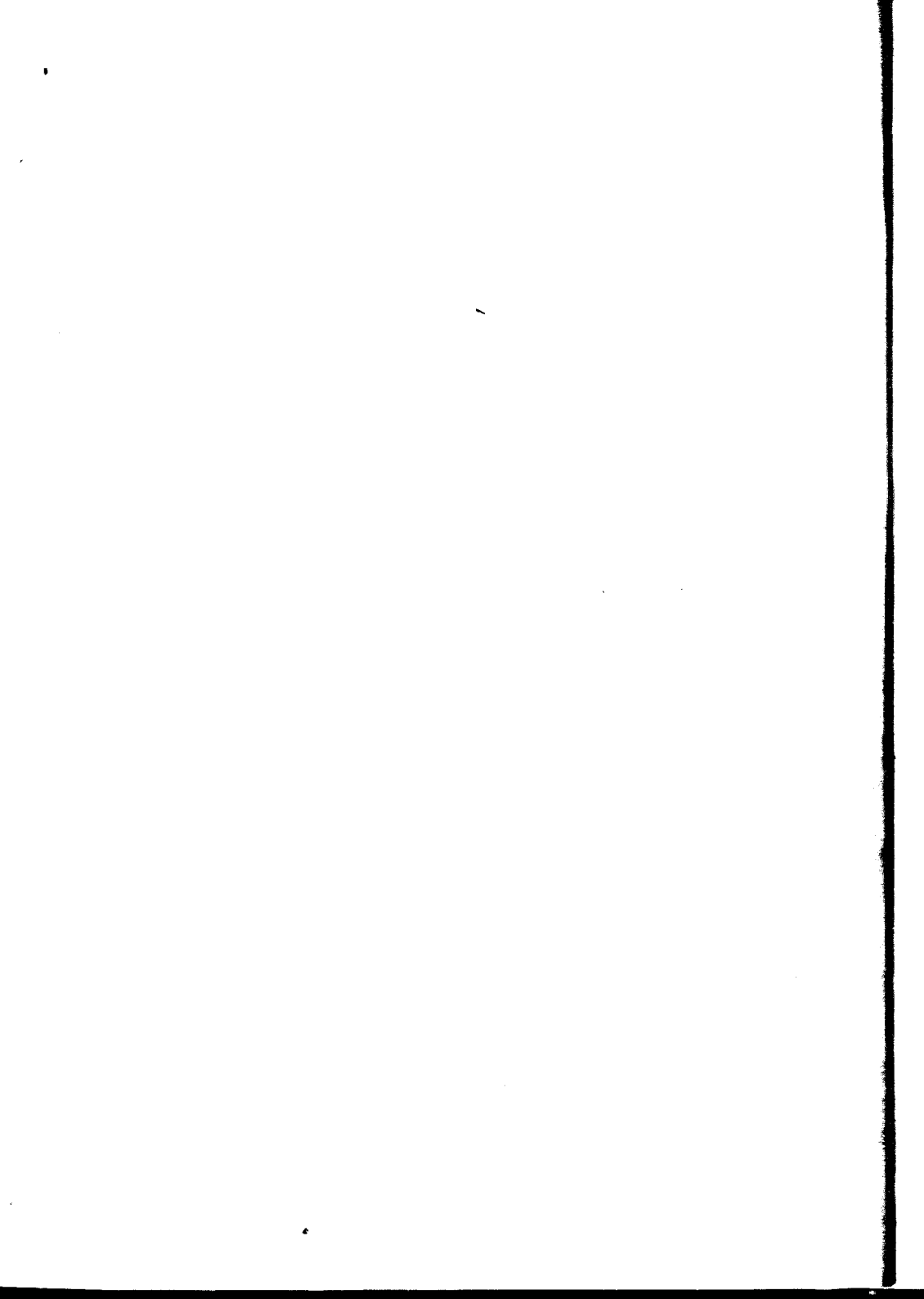
Mientras, la República Federal trataba infructuosamente de recobrar de los desastres de la guerra. Los presidentes Joaquín Herrera y Mariano Arista eran hombres honrados y capacitados; pero lo cierto es que los grandes problemas planteados permanecían sin solución. Una economía rudimentaria y una Constitución de naturaleza más bien teórica que práctica,

dieron como resultado que las recaudaciones fiscales resultarían insuficientes. La indemnización americana de acuerdo con el Tratado de Guadalupe —quince millones de dólares— no resolvió tampoco los problemas de la tesorería. Se produjeron rebeliones de los indios salvajes del Yucatán y de los Estados septentrionales, sin contar las expediciones de filibusteros procedentes de Texas. Los gobernadores de muchos de los Estados continuaban siendo independientes y recalcitrantes, mientras los gobernadores liberales leales al Régimen federal, tales como Melchor Ocampo en Michoacán y Juárez en Oaxaca, alarmaban a los conservadores, provocando su cohesión e intransigencia. La figura más representativa en las filas del conservadurismo era el distinguido intelectual Lucas Alamán, figura anacrónica que quizás habría hecho un buen papel como virrey; pero que, en la época de que hablamos, quería llevar al país a una reacción de nivel muy inferior a la suya propia. En 1852 tuvo lugar en Jalisco una rebelión local contra el gobernador liberal, López Portillo, que fue promovida y apoyada por los conservadores de todo el país, lo que motivó la deposición del presidente Arista. Su sucesor, Juan B. Ceballos, junto con otros liberales moderados, se vieron oscurecidos y apartados, con el resultado de que Alamán y el ejército tuvieron vía libre para, en marzo de 1853, invitar nada menos que a Santa Anna, a la sazón de cincuenta y ocho años de edad, a volver al poder como presidente. Durante algún tiempo, Alamán, como primer ministro, pudo frenar a Santa Anna; pero Alamán murió en junio de aquel año, y Santa Anna pudo regir y arruinar al país según su antojo.

La administración liberal de Oaxaca estaba, desde luego, sentenciada. Si bien abandonó su cargo al expirar su segundo mandato el último agosto, Juárez era hombre en el que se cebaría la venganza. Debería haberse dado cuenta del peligro que corría; pero durante toda su vida mostró una mezcla de optimismo, valor e ingenuidad que, aunque formaban parte de su poder personal, le iban a crear también muchas dificultades.

II

DEL EXILIO A LA PRESIDENCIA



UNA FORMA DE CREAR UN LIBERTADOR

Juárez dice en sus *Apuntes*:

«Luego que en 1852 dejé de ser gobernador del Estado se me nombró director del Instituto de Ciencias y Artes y a la vez catedrático de Derecho Civil. En esos días había ya estallado el motín llamado revolución de Jalisco contra el orden constitucional existente y en favor del Partido retrógrado. Aunque yo no ejercía ya mando ninguno en el Estado, fui sin embargo perseguido no sólo por los revoltosos que se apoderaron de la administración pública, sino aun por los mismos que habían sido mis correligionarios y que bajo mi administración había yo colocado en algunos puestos de importancia. Ambiciosos vulgares que se hacían lugar entre los vencedores sacrificando al hombre que durante su gobierno sólo cuidó de cumplir con su deber sin causarles mal ninguno. No tenían principios fijos, ni la conciencia de su propia dignidad y por eso procuraban siempre arrimarse al vencedor aunque para ello tuvieran que hacer el papel de verdugos. Yo me resigné a mi suerte sin exhalar una queja, sin cometer una acción humillante.»

Juárez fue suspendido en su cargo de director del Instituto, y a pesar de que dicho empleo le proporcionaba solamente 500 \$ por año, su destitución debió de dolerle muy profundamente. Con toda probabilidad, la herida que esto le causó fue más honda que las producidas por ofensas personales, de las que, es un ejemplo la siguiente, narrada por Jorge Fernando Iturribarría.

En enero de 1853, el general Ignacio Martínez Pinillos, al servicio del Estado, fue inducido a pasarse a los revolucionarios de Tehuantepec y Juchitán, a los que se suponía intentaba aplastar, y a la rebelión de Jalisco, a cambio de conseguir los favores de una mujer del bando contrario, a la que deseaba. Desgraciadamente no disponemos de espacio para narrar los detalles de esta grotesca y sórdida farsa. Martínez Pinillos volvió a Oaxaca y fue nombrado gobernador. Aunque rehusó, al menos de momento, destituir a Juárez de su cargo de director del Instituto, él y su secretario planearon la desaparición definitiva de Juárez. Con este propósito, recabaron la ayuda de un tal Máximo Ortiz, compadre de Juárez, que había tomado parte en la rebelión de Tehuantepec en 1851, y a quien Juárez había depuesto de su cargo en el gobierno de aquel distrito, nombrando en su lugar a Ignacio Mejía. Ortiz vino a Oaxaca y alquiló una casa en frente de la de Juárez, con el fin de poder espiar sus movimientos. El día 9 de marzo de 1853, mientras Juárez descansaba sentado en el balcón de su casa, al lado de su esposa, Ortiz, que venía andando disimuladamente, disparó sobre él, afortunadamente sin tocarlo. Juárez cerró las puertas del balcón, se ciñó su pistola y bajó a pedirle explicaciones por su actitud. El agresor se había refugiado en su casa y prevenido a su esposa que no revelara su presencia. Entonces Juárez prorrumpió en voz alta, para que Ortiz lo oyera: «Dígale a mi compadre que si quiere matarme, que salga; pero que lo haga de frente.» Después de una prudente espera y de escuchar las excusas de la esposa de Ortiz, Juárez se retiró sin que aquél pretendiera asomarse. El caso fue muy comentado, y aunque el partido liberal estaba por entonces muy debilitado, Pinillos consideró conveniente alejar a Ortiz de la escena nombrándole gobernador del distrito de Tehuantepec. Sin embargo, Pinillos contaba ahora con el formidable apoyo de Santa Anna que había logrado el poder supremo.

«El día 25 de mayo de 1853», continúa Juárez, «volví del pueblo de Ixtlán a donde fui a promover una diligencia judicial en ejercicio de mi profesión. El día 27 del mismo mes fui a la Villa de Etla distante cuatro leguas de la Ciudad a producir una informa-

ción de testigos a favor del pueblo de Teococuilco y estando en esta operación como a las doce del día llegó un piquete de tropa armada a aprehenderme y a las dos horas se me entregó mi pasaporte con la orden en que se me confinaba a la Villa de Jalapa del Estado de Veracruz. El día 28 salí escoltado por una fuerza de caballería con don Manuel Ruiz y don Francisco Rincón que iban igualmente confinados a otros puntos fuera del Estado. El día 4 de Junio llegué a Tehuacán en donde se retiró la escolta. Desde ahí dirigí una representación contra la orden injusta que en mi contra se dictó.»

Jorge Fernando Iturribarría ofrece una versión de estos acontecimientos que difiere ligeramente de la de Juárez. Según Iturribarría, fue detenido en Etlá el día 23 de mayo, conducido a Oaxaca, tiroteado durante el camino por un agente del gobierno, y confinado en el cuartel de Santo Domingo, en donde se hallaba ya preso José Inés Sandoval. Éste había sido compañero de cárcel de Juárez en Miahuatlán. El día 29 fue conducido a Puebla junto con otros dos liberales, los licenciados Juan María Maldonado y Félix Romero, además de Sandoval. Al pasar por Etlá, donde vivían la esposa y los hijos de Juárez, a éste no se le permitió despedirse de ellos. La acusación contra Juárez era la de haber incitado al pueblo de la región a la guerra de castas.

Veamos lo que dice Juárez en sus *Apuntes*:

«El día 25 (de junio) llegué a Jalapa punto final de mi destino. En esta Villa permanecí setenta y cinco días; pero el Gobierno del general Santa Anna no me perdió de vista ni me dejó vivir en paz, pues a los pocos días de mi llegada ahí recibí una orden para ir a Jonacatepeque del Estado de México, dándose por motivo de esta variación, el que yo había ido a Jalapa desobedeciendo la orden del Gobierno que me destinaba al citado Jonacatepeque. Sólo era esto un pretexto para mortificarme porque el pasaporte y orden que se me entregaron en Oaxaca decían terminantemente que Jalapa era el punto de mi confinamiento. Lo representé así y no tuve contestación alguna. Se hacía conmigo lo que el lobo de la fábula hacía con el cordero cuando le decía que le enturbiaba su agua. Yo me disponía a marchar para Jonacatepeque cuando recibí otra orden para ir al Castillo de Perote. Aún no había salido de Jalapa para este último punto cuando se me previno que fuera a Huaman-

tla del Estado de Puebla, para donde emprendí mi marcha el día 12 de septiembre; pero tuve necesidad de pasar por Puebla para conseguir algunos recursos con que poder subsistir en Huamantla donde no me era fácil adquirirlos. Logrado mi objeto dispuse mi viaje para el día 19; mas a las diez de la noche de la víspera de mi marcha fui aprehendido por don José Santa Anna, hijo de don Antonio y conducido al Cuartel de San José, donde permanecí incomunicado hasta el día siguiente que se me sacó escoltado e incomunicado para el Castillo de San Juan de Ulúa donde llegué el día 29. El capitán don José Isasi fue el comandante de la escolta que me condujo desde Puebla hasta Veracruz. Seguí incomunicado en el Castillo hasta el día 9 de octubre a las once de la mañana en que el gobernador del Castillo, don Joaquín Rodal, me intimó la orden de destierro para Europa entregándome el pasaporte respectivo. Me hallaba yo enfermo en esta vez y le contesté al gobernador que cumpliría la orden que se me comunicaba, luego que estuviese aliviado; pero se manifestó inexorable diciéndome que tenía orden de hacerme embarcar en el paquebote inglés Avon que debía salir del puerto a las dos de la tarde de aquel mismo día y sin esperar otra respuesta, él mismo recogió mi equipaje y me condujo al buque. Hasta entonces cesó la incomunicación en que había yo estado desde la noche del 12 de septiembre.»

El castillo de San Juan de Ulúa, en el puerto de Veracruz, unido ahora a la ciudad por un arriate, pero entonces una pequeña isla, es uno de los lugares más siniestros que puede uno imaginarse como prisión. Algunas de las celdas y galerías carecen de ventilación alguna, y al subir la marea quedan por debajo del nivel del mar. En sus paredes empapadas por el agua se forman, como en las cavernas, estalactitas y estalagmitas, y es en estas paredes humedecidas, donde, a veces, se encadenaba a los prisioneros, quienes se veían obligados a permanecer de pie. No se sabe (a pesar de lo que pretenden las guías) con exactitud cuál es la celda que ocupó Juárez; pero lo cierto es que cualquiera de ellas era suficiente para quebrantar la salud y el espíritu de un hombre. De vez en cuando, se permitía al exgobernador, acompañado por algún guardián, salir a respirar un poco de aire puro, así como escribir a su esposa.

En tanto, doña Margarita tuvo que ocultarse durante algún tiempo en la hacienda «Cinco Señores», propiedad de don Mi-

guel Castro, situada cuatro kilómetros al Este de Oaxaca, debido a la persecución de que era objeto por parte de agentes de Pinillos. Posteriormente, se estableció en Etlá junto con sus hijos, instaló una tienda. De algún modo le llegaron noticias de su marido, y entonces pidió un préstamo de 400 pesos a don Bernardo Bergés, de Etlá, propietario de la hacienda «Guadalupe», y envió a su hermano, José María Maza, a Veracruz, para que entregara el dinero a Juárez. Llegó demasiado tarde, y los agentes de Santa Anna le quitaron el dinero que pudo recuperarse gracias a la intervención de un comerciante español llamado Vicente Neira y de un italiano, Juan Saggianti, quienes acompañaron a Maza en su intento de dar alcance a Juárez. De acuerdo con esta versión, en el mismo buque en que viajaban el hermano de doña Margarita y sus acompañantes, se encontraba también Melchor Ocampo, su hija Josefa (convaleciente de una enfermedad) y su abogado, Francisco Benítez, desterrados también, y que, como Juárez, habían «disfrutado brevemente de la hospitalidad de San Juan de Ulúa.

«El día 9»¹, continúa Juárez lacónicamente, «llegué a La Habana donde por permiso que obtuve del Capitán General Cañedo, permanecí hasta el día 18 de diciembre que pasé para Nueva Orleáns donde llegué el día 29 del mismo mes». Se dirigió a Nueva Orleáns en lugar de seguir viaje a Europa, debido a que aquella ciudad era más cercana a México y, también, porque en ella estaban exiliados otros rebeldes mexicanos.

Continuaremos con el relato de Iturribarría, puesto que tiene la virtud de ser más detallado. En La Habana, Juárez y un nuevo amigo, José María Mata, fueron al muelle a esperar la llegada del próximo barco, en el que se hallaba, según comunicó Ocampo a Juárez, José María Maza, aunque con dificultades para desembarcar, a causa de faltar el visado en su pasaporte. Al fin se consiguió arreglar el asunto con el pago de una multa. Como sea que Juárez estaba enterado de que Oaxaca estaba sufriendo el azote del cólera, se sintió muy inquieto al no traerle su cuñado ninguna carta de doña Margarita; pero,

1. ¿No sería el 19 de octubre o el 9 de noviembre?

con gran alivio por su parte, la misiva esperada llegó en el próximo paquebote. En seguida, Ocampo y Mata instaron a Juárez y Maza para que, en el próximo buque, se fueran con ellos hacia Nueva Orleáns, dado que su permanencia en Cuba no era muy segura. Enterados de que Ocampo y Mata harían el viaje en primera clase, para lo cual Juárez y Maza carecían de dinero, alegaron que permanecerían allí hasta la llegada del próximo vapor, pues esperaban cartas urgentes. Así lo hicieron, en efecto: efectuaron la travesía sobre cubierta, confundidos con los marineros y los pasajeros de tercera o cuarta clase.

No puede afirmarse con seguridad si esta historia es cierta o si, por el contrario, Juárez y Ocampo se encontraron por vez primera en Nueva Orleáns, a principios del año 1854, pocos días después de que Juárez llegara allí. Las circunstancias son mucho menos importantes que el encuentro en sí, ya que el mismo iba a tener gran trascendencia en la vida de los dos y en la historia de México. Juárez tenía casi cuarenta y ocho años, mientras Ocampo estaba a punto de cumplir cuarenta y dos. Ambos habían destacado como gobernadores liberales, y Ocampo era personaje de fama nacional. Su aspecto, carácter y pasado eran totalmente diferentes; pero poseían igual pasión por la libertad, igualdad y fraternidad, y por su país. Poseían también la capacidad, muy rara entre las grandes figuras de su tiempo, para juzgar con claridad diáfana no sólo a los hombres, sino asimismo los acontecimientos que se sucedían. El carácter de Ocampo era más complejo, y en el sentido que se suele dar a la palabra, más encantador que el de Juárez, su cerebro era más sutil y su temperamento más inclinado a la despreocupación y tolerancia. Era, sin embargo, más terco que Juárez, y carecía de dos de las grandes cualidades de este último: la inquebrantable confianza en sí mismo y la indomable voluntad. Fueron seguramente los dos más grandes mexicanos de su tiempo, y en honor suyo debe decirse que, a pesar de las frecuentes y fuertes diferencias de opinión sobre los medios e incluso sobre los fines, fueron durante toda su vida íntimos amigos.

En el año 1812, doña Francisca Xaviera Tapía, soltera, de

treinta y nueve años, vivía y cuidaba de la administración de su extensa hacienda situada en el remoto valle de Maravatío en el extremo nordeste del Estado de Michoacán, en el lugar llamado Pateo. Este hermoso valle, solitario y fértil, encajaba a la perfección con la existencia romántica de Melchor Ocampo. Años después, Ocampo describió a doña Francisca como mujer de «notable talento, puntos de vista elevados, carácter espiritual e ilimitada caridad». Por aquel tiempo, vivía con su hermano menor y cuatro huérfanos que había adoptado, pero aquel mismo año, al regresar de un viaje a Ciudad de México, trajo consigo una criatura, un niño, y desde entonces nadie ha sabido con certeza la procedencia del infante ni cómo adquirió el nombre de Melchor Ocampo.

De todos modos, a partir de su llegada a Pateo parece haber tenido todo lo que fue negado al huérfano y harapiento pastor de las montañas de Oaxaca. Si no exactamente hermoso, el rostro de Ocampo era delicado, expresivo y atractivo; su inteligencia, rápida; su encanto personal, muy acusado. Aunque todos los habitantes de la hacienda le mimaban, su carácter, al menos aparentemente, no sufrió merma alguna. A la edad de doce años fue enviado al seminario de Morelia, el cual, gracias sobre todo a un sacerdote llamado don Ángel Mariano Morales, hombre muy instruido, era muy superior al de Oaxaca. Esta institución se agregó a la Universidad de México, y, en ella se enseñaba, además de latín y teología, leyes, matemáticas y filosofía. Fuera del seminario, Ocampo debió de encontrar las obras de Voltaire y Rousseau, Hugo y Balzac; como estudiante acomodado de procedencia rural, descubrió la que sería una de sus grandes pasiones: las ciencias naturales. Más tarde, ejercieron gran influencia en su espíritu las obras de Pierre Joseph Proudhon, algunas de las cuales tradujo al español y regaló a Juárez. Evidentemente, lo que más contribuyó a unir a estos dos grandes reformadores mexicanos fue su mutua simpatía por las ideas morales e individualistas de Proudhon.

En 1831, murió doña Francisca (su hermano falleció antes), dejando la mayor parte de sus cuantiosos bienes a Ocampo, sin dejar por ello desatendidos a los otros huérfanos que había

adoptado. En el año citado Ocampo empezó a estudiar leyes en Ciudad de México, donde, dos años más tarde, comenzó a practicar la profesión de abogado. Sin embargo, muy pronto la abandonó. Volvió a Pateo para dedicarse al cuidado de la hacienda, en cuya explotación aplicó los últimos adelantos de la ciencia. Llevaba los libros de cuentas, trataba de experimentar el cultivo de plantas propias de otras regiones, estudiaba todo cuanto se relacionaba con las ciencias naturales y también los lenguajes indios, organizaba su bien nutrida biblioteca, etc. Fue el primero en investigar el curso del río Lerma, que nace en el sur de Toluca, y corre en dirección Noroeste a través de los Estados de México, Michoacán (incluido el valle de Maravatío), Guanajuato y Jalisco, desembocando en el lago Chapala. Fue también autor de uno de los primeros libros que se escribieron acerca de las millares de especies de cactus que crecen en México.

Dos de los huérfanos que se habían criado con Ocampo, ambos mayores que él, permanecieron en Pateo bajo su protección, y uno de ellos, Ana María Escobar, se convirtió en su amante y le dio tres hijas; ella misma, u otra, le aportó otra hija: la cuarta. Ocampo no se casó con ella, debido quizás a que la consideraba como su «segunda madre». Por lo demás, el hecho de que era la madre de las hijas de Ocampo fue mantenido en el más riguroso secreto, incluso para ellas, hasta la muerte del padre. Todo el asunto es, en sí mismo, bastante singular y, desde luego, poco frecuente en el modelo social en que sus protagonistas se movían. Pudo muy bien producir una cierta neurosis en la mente de Ocampo, o al revés, quizás fue la neurosis el origen de todo. Esta neurastenia solía manifestarse en forma de una perpetua melancolía, hipocondría y periódicas crisis patentizadas en sus deseos de aislarse de todos. Como señala su biógrafo José C. Valadés, toda la madurez y buen juicio de Ocampo en los terrenos de la ciencia y la política le abandonaban totalmente en otros aspectos.

Sea debido a remordimientos motivados por su singular situación sentimental, por temor a haber derrochado una parte importante de sus bienes, por una abstracción mental de tipo

neurótico, o por las tres cosas a la vez, en 1840 Ocampo embarcó para Europa. En el Viejo Continente se dedicó a viajar de un país a otro, a leer libros sobre historia, política y filosofía, trató de dedicarse a escribir por cuenta ajena, aprendió cocina francesa y, sobre todo, se sentía cada vez más mexicano. Durante su viaje de vuelta al hogar escribió un libro sobre los modismos mexicanos de la lengua española.

En 1842, gracias a la insistencia de diversas personas, se dedicó a la política y fue elegido diputado a la Asamblea Federal Constituyente. Era ya por aquel entonces liberal consciente, federalista y, sobre todo, individualista. Abogaba por la educación de todo el pueblo sin discriminación alguna y desconfiaba por sistema del ejército y de la Iglesia. Como sea que eran varios los diputados de ideas parecidas a las de Ocampo, Santa Anna decidió disolver la Asamblea. Ocampo volvió a su casa, el sitio donde mejor se encontraba, para dedicarse a su granja y al cultivo de las plantas, sus tierras de labor, observar un cometa (3 de marzo de 1843), estudiar los dialectos indios y engendrar su segunda hija. En 1843 volvió a salir de su hogar, pues fue elegido diputado y director de la escuela nacional de agricultura. Durante los disturbios de 1846, Ocampo, figura de relieve nacional, jugó un papel importante en la oposición al presidente Paredes y ayudó en forma decisiva a colocar a Salas en la presidencia. Fue entonces nombrado gobernador de Michoacán de cuyo cargo se posesionó el 5 de septiembre de 1846, después de algunas dificultades para echar a su predecesor.

Como gobernador de Michoacán, Ocampo, como Juárez en Oaxaca, tuvo notable éxito en su labor de unificar las diversas facciones del Estado y en movilizar sus tropas y ciudadanos en defensa de México contra el invasor del Norte. En 1846 estuvo a punto de ser elegido vicepresidente. En abril del siguiente año, al enterarse de la victoria de Scott en Cerro gordo, dimitió. Característica de Ocampo fue el poco apego por cargos y honores. No obstante, no sólo no fue aceptada su dimisión, sino que se le concedieron poderes adicionales los cuales utilizó para obtener dinero de la Iglesia a efectos de continuar la

guerra. Esta medida la habían adoptado ya el Congreso nacional y el silencioso gobernador de Oaxaca. Como consecuencia, la clerecía de Michoacán se convirtió en el principal enemigo de Ocampo, y no sólo durante el tiempo que duraron las hostilidades. Después de la caída de Ciudad de México, fue convocado en Querétaro junto con los otros gobernadores, y allí se vio apoyado por sólo cuatro de ellos en su criterio de oponerse a la capitulación. Disgustado, al llegar a Morelia, dimitió y transfirió su cargo a su amigo Santos Degollado.

Más tarde tornó a ser miembro del Congreso, al que propuso la adopción del sistema métrico decimal. En 1850, bajo el mando de Herrera, aceptó un cargo imposible: el de ministro del Tesoro. En esta alta función aplicó un criterio realista, pero, a la vez, demasiado optimista: abogó por la reorganización de la estructura financiera del país y por una mayor liberalización del comercio dentro de la República. Al cabo de dos meses fue destituido por el Congreso. La presión de los elementos conservadores fue más fuerte que la voluntad, no muy firme, del presidente Herrera.

Al regresar, como Anteo, a la tierra que le daba fuerza y vigor, Ocampo tuvo la angustia de saber que doña Ana María estaba perdiendo la vista. Instaló, sin embargo, un nuevo rancho modelo al que llamó «Pomoca», anagrama de Ocampo. Mientras, sus amigos liberales lo presentaron para la presidencia en 1851; pero en la votación efectuada en las Cámaras legislativas fue derrotado por Arista.

En su época de gobernador, Ocampo tuvo serias dificultades con un cura llamado Clemente Muguía, después obispo de Michoacán, de quien dijo Ocampo en una ocasión: «Es un bribón astuto que no cree en Dios ni en el diablo, pero que, sin embargo, utiliza a ambos en su propio provecho». Para obtener su nombramiento de obispo, Muguía tenía que jurar obediencia a la Constitución, a las leyes y a las autoridades civiles de México. Altaneramente, en el último momento rehusó hacer el tercer juramento, aunque después, ambas partes cedieron, y se permitió que Muguía fuera nombrado obispo. Ocampo vio perfectamente clara la batalla que se avecinaba y,

en consecuencia, decidió acaudillar la lucha al lado de la autoridad civil y de los menesterosos. Se cuenta que, durante una de las ausencias de don Melchor, a un tal Esteban Campos, leal empleado suyo en Pateo y Pomoca, se le murió un hijo. Como sea que carecía de dinero para el entierro, pidió a don Agustín Dueñas, cura de Maravatío, que diera gratuitamente cristiana sepultura a su hijo. La anécdota dice que Dueñas se negó y que, al preguntarle qué tenía que hacer con el cadáver, el cura le respondió que lo condimentara y se lo comiera. El biógrafo Valadés duda de la veracidad de este hecho; pero, en cualquier caso, Dueñas, apoyado por el obispo, se enzarzó en una batalla panfletaria con Ocampo, quien, haciendo coincidir derechos y deberes, sobrepasó la cuestión de los diezmos, e incluso fue más allá de los límites de la Iglesia y el Estado, para adentrarse y discurrir sobre la estructura misma de la sociedad. Esta lucha sirvió para solidificar su posición como adalid del pensamiento liberal en México.

Tuvo esta controversia su lado malo también, pues se pusieron numerosos pleitos a Ocampo en relación con las vastas e indefinidas propiedades que le legó doña Francisca. Lo peor es que algunas de estas querellas fueron promovidas por personas que habían sido, hasta entonces al menos, buenos amigos y vecinos de don Melchor. Éste les respondió con un desinterés digno de admiración: «No me interesa la propiedad sino en la medida que la misma pueda contribuir a hacerme libre a mí y a los demás». Una vez, exclamó: «¡Ah, si tan sólo cada mexicano pudiera ser propietario!»

En 1852, Ocampo fue elegido de nuevo para la gobernación del Estado de Michoacán, con la diferencia en esta ocasión, de que se efectuaron elecciones directas e indirectas. Tan pronto como tomó posesión de su cargo, Ocampo procedió a ejecutar las reformas que tenía planeadas, a destacar, entre ellas, la eliminación del derecho de la Iglesia a cobrar diezmos. Pronto tuvo la evidencia de que no contaba con el apoyo de Arista ni de Ceballos, de que el estado liberal y las diversas administraciones federales se iban desintegrando en todo el país, y de que en el mismo Michoacán se producían alarmantes defec-

ciones, tanto en la legislatura como en las guarniciones y la policía. Después de largas dudas, mientras tomaba medidas para proveer de material científico adecuado a su querido colegio de San Nicolás Hidalgo, una institución secular comparable al Instituto de Oaxaca, dimitió. Era el día 25 de enero de 1853.

Se cuenta que un vecino alquiló a unos asesinos para matarle, pero que él no dio importancia a ello. Mientras planeaba la publicación de un periódico en el que denunciar la política de Santa Anna y Alamán, fue arrestado en su casa el 27 de abril de 1853, y conducido a Tulancingo, camino del exilio. Ocupaba su tiempo la preocupación por sus hijas e hipotecas, así como la charla sobre política con sus amigos, mientras era conducido de ciudad en ciudad, al igual que Juárez. Como ya se ha dicho, logró asegurarse la compañía de su hija Josefa y de Francisco Benítez, su abogado. Este último regresó muy pronto a Morelia a fin de tratar de salvar cuanto le fuera posible de los bienes de don Melchor, confiscados por el gobierno de Santa Anna. Doña Ana María y sus otras hijas estaban bajo los cuidados de diversos amigos de la familia. Si bien el exilio de Ocampo no fue tan severo ni terminante como el de Juárez, y a pesar de tener más dinero que éste, el asunto no era tampoco como para ser tomado a broma. «Ser un liberal completo», había dicho, «exige esfuerzo, porque para ello se necesita un espíritu de hombre completo».

El siempre cambiante grupo de exiliados mexicanos radicados en Nueva Orleans y Brownsville (Texas), contaba, dejando aparte a Ocampo y Juárez, con algunos nombres de gran valía. Ocampo era, por aquel entonces, el jefe indiscutible, y además, presidente del Comité Revolucionario. El secretario era José María Mata, de Jalapa, que permaneció casi todo el tiempo en Nueva Orleans. Posteriormente, en México, se casó con Josefa, hija de Ocampo, la cual, en cierta ocasión llegó a decir: «Mata es tan severo que su rectitud bordea la brutalidad». En 1858, representó a México en Washington, y en 1860 fue nombrado ministro del Tesoro. Ponciano Arriaga, de San Luis Potosí, era un liberal muy conocido y, además, hom-

bre de notable visión e integridad moral. Juan Bautista Ceballos no poseía unas ideas liberales muy firmes; pero, sin embargo, había sido presidente interino de México inmediatamente antes de la vuelta de Santa Anna.

En 1854, durante su permanencia en Nueva Orleáns, Ocampo, Arriaga y Ceballos fueron acusados por el gobierno de Santa Anna de organizar una «traicionera expedición de piratería» contra su país natal. Es innegable que el grupo de Nueva Orleáns hacía cuanto podía para provocar la caída de Santa Anna; pero la palabra «piratería» parece excesiva, y más todavía la expresión «traicionera». Claro que esto depende del color del cristal con que se mire. Los tres inculpados, acompañados de Juárez y Mata, elevaron su protesta a Francisco Arrangoiz, cónsul de México en Nueva Orleáns, que había sido el nefasto predecesor de Ocampo en el ministerio del Tesoro. Como es de suponer, la protesta de nada sirvió.

El entonces coronel Ignacio Comonfort, a quien Santa Anna había destituido de su cargo como administrador del puerto de Acapulco, marchó a Nueva York, posiblemente vía Nueva Orleáns, en un fructífero viaje emprendido con el propósito de adquirir armas para la rebelión iniciada en el Sur. Su representante en Nueva Orleáns era Manuel o Miguel (?) María Arrijoja, «hombre de gran capacidad de trabajo». También estaba presente Manuel Cepeda Peraza, un joven oficial del ejército, de Mérida (Yucatán), destituido y exiliado por Santa Anna a causa de su liberalismo, y que, a partir de entonces, luchó eficazmente en el lado liberal y murió siendo gobernador de Yucatán. Para Juárez, más importante que ninguno de los nombrados, era un joven escritor cubano exiliado de la colonia insular española debido a su activismo liberal, llamado Pedro Santacilia. En Nueva Orleáns, se convirtieron en amigos íntimos, y con el tiempo, Santacilia llegó a ser yerno de Juárez, protector de su familia y su constante corresposnal.

En aquellos momentos, todos estos hombres, como Luis Napoleón anteriormente, eran perfectos desconocidos, conspiradores y, en su caso, enemigos recientes de los Estados Unidos. Muchos de ellos, y especialmente Juárez, tenían la piel casi tan

oscura como la de los negros, cosa que, a los ojos de los habitantes de Nueva Orleáns, les convertía automáticamente en seres inferiores, por debajo de cualquier retrasado mental de piel blanca. Circulan algunas historias acerca de la vida de Juárez en Nueva Orleáns, que, en sus detalles, incurren en evidentes exageraciones, muchas de ellas pintorescas, debidas unas a sus enemigos, y otras a sus compañeros de exilio. Una o dos de estas historias merecen ser contadas en esta obra, pues probablemente son reales. Si los detalles son inconsistentes e inexactos, los hechos debieron de acaecer más o menos como los relata don Rafael Cabañas, residente entonces en Nueva Orleáns, donde trabajaba como impresor, y que, años después, sería profesor de inglés en la Escuela Superior de Comercio y Administración de Ciudad de México. Dice así:

«Luego que desembarcó el señor Juárez en unión de los señores Ocampo, Mata y Ponciano Arriaga en *Nue Orleans* se hospedaron en el hotel Cincinnati, en donde habíamos varios espulsos; como a las ocho del día de su llegada se estableció una junta compuesta de los espresados señores y algunos de los espulsos con objeto de acordar los medios de derrocar al gobierno de Santa Anna.»

Sigue después un párrafo (totalmente erróneo), en el que se dice que este comité forjó el Plan de Ayutla, lo envió al general Juan Álvarez en Acapulco, y que el citado general comisionó a Comonfort para que se pusiera al frente de la revolución. Luego, Cabañas continúa:

«A la entrada del verano, cuyos estragos son terribles en Neu Orleans todos los compañeros de destierro se fueron a diferentes puntos de los Estados Unidos y solamente el Sr. Juárez y yo nos quedamos siendonos necesario abandonar el hotel y mudarnos á una casa situada en la calle de San Pedro por nuestra escases de recursos; la terrible enfermedad del vómito negro atacó al Sr. Juárez salvándose por una casualidad su existencia pues no teníamos fondos para que se atendiera debidamente.

»Restablecida la salud del Sr. D. Benito su ocupación cotidiana, de las cinco de la mañana a las once de la noche, era venir y examinar todas las disposiciones relativas al sistema de colonización del que tiene su origen aquella gran República, vivimos

luego largo tiempo juntos y esto me proporcionó la oportunidad de conocer su vida privada, sus costumbres intachables y su dedicación al estudio que solo interrumpía para visitar algunos establecimientos de instrucción y beneficencia públicos y una ú otra persona de la Capital.

»Durante el tiempo que vivimos en Neu Orleans padecimos algunas escaseses de recursos, no obstante habernos ofrecido con insistencia el Sr. Ocampo los que el tenía; pero el Sr. Juárez con la prudencia que le caracterizaba le espuso que nada nos faltaba».

También rehusó dinero de otros mexicanos,

«con el resultado que nuestra miseria llegó á tal grado que una temporada estuvimos yendo a comer al Lonchor del hotel de San Carlos que nos costaba 10 centaos y posteriormente vimos una negra que nos asistía por ocho pesos mensuales a cada uno y otros ocho pesos pagábamos por la casa en que vivíamos hasta que de Oajaca le mandaron una libranza de 600 \$.

»Un día le llevaron un oficio de la Corte de Justicia suplicándole fuera a dicho Tribunal para consultarle un asunto interesante, y este era que dictaminara sobre un asunto de reclamo de terrenos cuyo espediente se había formado en la Alta California, impuesto de él dio su opinión que fue aprobada unánimemente por los miembros de la Corte, elogiándole con entusiasmo y prodigándole mil y mil consideraciones de las que justamente era acreedor».

No se sabe qué tribunal era. Es muy probable que fuera necesario un traductor.

Iturribarría añade que Cabañas imprimía gratis las proclamas revolucionarias y que compartía con los exiliados incluso sus cigarros; luego, continúa:

«Los recursos se agotaban y Juárez y Maza tuvieron que avenirse a una vida aún más precaria. Alquilaron una buhardilla en la pensión de una excorista francesa, madame Doubard, que cobraba cinco pesos mensuales. Como aquel nido de golondrinos estaba en el techo, el calor era sofocante. El catre donde dormía Juárez se lo había prestado un boticario mexicano de apellido Cotala. Maza dormía en el suelo. Ocampo los fue a buscar y se extrañó de aquella pobreza. Para estar cerca, Ocampo se mudó a la misma pensión, en un piso muy confortable, y así la soledad y la nostalgia se hicieron más llevaderas.

Juárez y Maza encontraron allí mismo a un viejo transhumante que se avino a enseñarles algunas frases de inglés, que quisieron aplicar en la calle, en el comercio, sin que nadie les entendiera. El inglés aprendido en el Instituto de Oaxaca, mal recordado, tampoco les podía abrir las posibilidades de emprender un trabajo remunerativo.

Por fin, Juárez y Maza hicieron amistad con el "doctor" Borrego, trotamundos y charlatán que enseñó al segundo a torcer cigarrillos y puros en la pieza de una casucha situada en la calle de los Hombrs Grandes, donde la mitad de aquel zaquizamí, dividida por una cortina, era el "consultorio", y la otra, la "fábrica de tabacos". Si alguien llamaba, se asomaba Maza, y cuando se trataba de un enfermo, Borrego se quitaba el delantal, se ponía la levita de médico, auscultaba, palpaba, recetaba y... cobraba.

Cuando Maza aprendió a torcer cigarrillos y puros, enseñó el oficio a don Benito. Al caer la noche salían con su pobre mercancía por las cantinas de los barrios apartados. Maza entraba a proponerlos y don Benito se situaba con los paquetes en la esquina, en espera del resultado. Cuando terminaba la venta iban a tomar un café con leche y pan negro a los puestos ambulantes de French Market y, luego a sentarse a Jackson Square, hasta las ocho, en que escuchaban, precisamente a esa hora, el disparo de cañón, indicativo de que después de ese momento ningún negro podía permanecer en la calle o transitar sin la correspondiente autorización escrita de su amo.

A veces, algunas mañanas, pescaban en el Mississipi, y con lo que obtenían hacían menos dura su miseria, cuando tenían suerte.»

Se dice también, y no es difícil creerlo, que al pasear Juárez por la orilla del río, sufría y se enfurecía al ver a las esclavas negras cultivar los campos. Según se cuenta, mientras estaba paseando con Mata, y al pasar por delante de un floreciente establecimiento, su amigo le dijo que en su opinión la base de aquel esplendor y actividad era la libertad absoluta que existía en lo concerniente al comercio interior, y que México, encaadenado por toda clase de tarifas internas, debería, en aquel aspecto, imitar a los Estados Unidos. Juárez debía de opinar igual, y seguramente se preguntaba cuándo podrían ellos hacer algo parecido por su país. Una vez Juárez desapareció durante todo un día, y, ya de noche, sus amigos supieron que lo había

pasado en los muelles, sin comer nada, aguardando la llegada de algún buque que le trajese carta de su familia.

A principios de 1854 el comité de los exiliados estaba muy ocupado en sus esfuerzos para publicar periódicos. No obstante, el dinero de Ocampo se terminó muy pronto, por lo que don Melchor y su hija se fueron a Brownsville (Texas) en un intento de promover la revolución en el Norte de México. Trató, al mismo tiempo, de comprar mercancías a buen precio en Nueva Orleans y venderlas más caras en Brownsville; pero esta empresa fue un rotundo fracaso. Durante su estancia en aquella ciudad texana, el insólito rebelde conspirador dedicó una parte de su tiempo a coleccionar plantas propias del Sur de Texas y del Norte de Tamaulipas. Al otro lado del río, Santiago Vidaurri, cacique de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, se levantó en armas en Monterrey; pero con su ambición característica hablaba ya desde el primer momento de formar la república independiente de Sierra Madre. Con la misma falta de sentido, Comonfort no ocultaba su intención de proclamar la independencia del Estado de Guerrero. Ocampo acudió a otro mexicano exiliado en las cercanías de Brownsville, José María Carvajal, que probó ser muy temperamental. En medio de sus frustraciones políticas, Ocampo se vio envuelto en una insignificante querrela entre su hija Josefa y las hijas de su hospedero en Brownsville, Andrés Treviño. Finalmente, en junio de 1855, cuando su exilio estaba a punto de terminar, Ocampo sufrió una especie de «ataque», si bien se recobró pronto. El futuro de todos los exiliados presentaba un aspecto realmente sombrío.

Mientras, el régimen de Santa Anna aumentaba su tiranía, corrupción y adocenamiento. El estado y los gobiernos locales se disgregaban paulatinamente, y todos los cargos de importancia dentro del gobierno central los ocupaban los poco escrupulosos favoritos del Dictador. Se mimaba y favorecía a la Iglesia, el ejército aumentó sus efectivos hasta 95.000 hombres y, para mejor controlarlos, se incorporaron al mismo las milicias estatales. Todos los contrarios al régimen fueron encarcelados o exiliados, y la prensa estaba sometida a una rigurosa

censura. Si bien la dictadura santannista no parece fuera tan completa como algunas de nuestro siglo, no puede dejar de reconocerse que, para su época, era una cosa bastante perfecta (en el peor sentido de la palabra). En cuanto a la administración, gracias únicamente al joven liberal Miguel Lerdo de Tejada, debemos consignar en su haber una buena realización: la creación del Ministerio de Fomento. Este departamento cuidaba de impulsar la industria y el comercio privados, así como las obras públicas. Santa Anna estableció su suntuosa residencia en un palacio de Tacubaya, hizo diseñar nuevos uniformes e insignias para los funcionarios militares y civiles y resucitó la Orden de Guadalupe, creada anteriormente por un hombre no llorado por nadie: el emperador Agustín I. «Uno de los infortunios de Santa Anna terminó en la rechifla general; una mujer que había pasado la noche con él le robó las medallas y apareció por las calles de México, a la mañana siguiente, llevando sobre su pecho la cruz de Gran Maestre de la Orden de Guadalupe.» Se habló incluso de proclamar emperador a Santa Anna; pero, debido quizás al recuerdo del fin de Iturbide, desechó la idea, contentándose con el título de Su Alteza Serenísima. Santa Anna cuidó eficazmente de la recaudación de impuestos; pero, contrariamente gastó sin freno ni medida, permitió a sus favoritos enriquecerse a expensas del Estado y pidió préstamos, tanto en México como en el extranjero, a unos intereses absurdos por lo altos. La tribulación era más fuerte que hasta entonces, y la Iglesia se negó a conceder un préstamo a Su Alteza Serenísima. La situación de Santa Anna habría sido pronto desesperada si, a finales de 1853, por un tratado ratificado en 1854, no hubiera vendido a los Estados Unidos, por la suma de diez millones de dólares, un trozo de terreno conocido como la Mesilla o Gadsden Purchase que pasó a formar parte de Arizona y Nuevo México.

En febrero de 1854 estalló la revolución en el Estado de Guerrero, acaudillada por el general Juan Álvarez, quien había apoyado todas las rebeliones de signo liberal desde los tiempos de Morelos, y que se opuso siempre hasta su muerte, acaecida en 1867 cuando contaba setenta y siete años de edad, a la Inter-

vención y al Imperio. Su lugarteniente era Comonfort. En Ayutla, el día primero de marzo de 1854, el coronel Francisco Villarreal proclamó un Plan para establecer un nuevo gobierno liberal e invitó a Álvarez y a otros para que acaudillaran el movimiento. Villarreal, antes insignificante, no tardó en evaporarse de la escena; pero las rebeliones se extendían por todo el país, lo que obligó a Santa Anna a enviar sus fuerzas de aquí para allá, en un intento de sofocarlas. Las tropas incendiaban pueblos y aldeas y mataban a los prisioneros. Después de ser derrotado por partida doble en Guerrero, pudo aún sostenerse breve tiempo gracias al dinero de la venta de Gadsden Purchase. Santos Degollado (amigo de Ocampo) en Michoacán, Santiago Vidaurri en Nuevo León y el gobernador Manuel Doblado en Guanajuato, se habían revolucionado también. El día primero de diciembre de 1854 convocó un plebiscito orientado abiertamente a evitar cualquier oposición. Los presagios eran claros, y Santa Anna se había encontrado en suficientes situaciones sin salida, y escapado de ellas, como para saber a qué atenerse; debe recordarse, sin embargo, que los exiliados de Nueva Orleáns y Brownsville recibían estas noticias, mejor dicho, fragmentos de las mismas, mezcladas a menudo con rumores de fuente liberal, y con varias semanas de retraso, por lo que cualquier regreso prematuro a México habría sido suicida.

A pesar de la reserva y estoicismo de Juárez, podemos apreciar cuánto se preocupaba por los acontecimientos de su patria y, al mismo tiempo, vislumbrar cómo se desarrollaba su vida y cuál era su estado de ánimo, gracias a un paquete de cartas que escribió desde Nueva Orleáns a su amigo Ocampo, a la sazón en Brownsville. Juárez se había mudado a las habitaciones antes ocupadas por Ocampo y su hija, y en sus cartas se encuentran pasajes llenos de afecto para ambos. En una de dichas cartas comunica a su amigo el envío por mar de algunas plantas que le proporcionó el ama de llaves. En casi todos sus escritos menciona la recepción de correo de México, o su esperanza de recibirlo, los problemas ocasionados por el robo de correspondencia y la dificultad de transmitir las cartas a los exiliados a quienes van dirigidas. Menciona que el coste

de las manzanas (siempre un gran recurso para los pobres) es de cinco y medio a seis pesos el barrilito, y la esperanza de que se abaraten. Pero, naturalmente, el contenido de estas cartas está relacionado principalmente con los éxitos y fracasos de la revolución. 19 de junio de 1854: Prieto ha sido confinado en una aldea de Oaxaca, a pesar de que en el Estado no se ha producido todavía la revolución. 19 de julio de 1854: El calor ha sido extremado, pero ya va decreciendo. Durante la semana que finalizó el día 16 de julio, tuvieron lugar en Nueva Orleáns 129 entierros, pero en una de las semanas de junio la cifra llegó a 329. Se ha producido un brote revolucionario en Michoacán, que podría ser apoyado por Álvarez. Corre el rumor de que Álvarez ha muerto víctima de una úlcera en la pierna. Quizás no sea más que una invención del gobierno, pero de todos modos, Álvarez es ya viejo. 2 de agosto de 1854: Los rumores acerca de Álvarez son falsos. El gobierno ha tenido que enviar tropas a Michoacán. En el ejército regular se han producido discrepancias entre la oficialidad mexicana y la española. 30 de noviembre de 1854, seguramente poco después del ataque de fiebre amarilla sufrido por Juárez: Después de comunicar a su amigo los levantamientos acaecidos en el Sur, Guanajuato, el Estado de México y Jalisco. «No hay bastante cultura y patriotismo para conseguir la libertad sin cometer excesos que la deshonren... Puede que estas ideas sean falsas y sólo producto del mal humor que ahora me domina. Espero que así sea, y que los acontecimientos se encarguen de desmentirme».

El espíritu de Juárez no llegó a alcanzar casi nunca el grado de decaimiento mostrado en el párrafo transcrito. Pronto volvió a elevarse, y el día 28 de febrero de 1855, movido por una orden de Santa Anna, envió una carta a Ocampo en nombre de todo el grupo de Nueva Orleáns, instándole a trasladarse a Acapulco, y en una carta de envío de documentos, le dice: «Los hombres capacitados y de reputación intachable deben dar ejemplo. La presencia de usted y la de nuestro amigo Arriaga en el teatro de la revolución será suficiente para levantar el espíritu del público. Este es el motivo que me ha

impulsado a firmar esta carta que usted recibirá». Con fecha 14 de marzo escribió otra carta a don Melchor en la que insistía en que fuera Acapulco el punto de reunión de todos los revolucionarios. El día 21 del mismo mes, Ocampo y Arriaga, desde Brownsville, le contestaron que irían tan pronto como les fuera posible: Ocampo está enfermo, aterido de frío a causa de una tormenta del Norte. 16 de mayo de 1855: Juárez dice a Ocampo que no ha podido ir a donde le ha dicho, debido a la falta de dinero; pero que espera recibirlo de su familia. Comonfort le pidió se uniera a las fuerzas que se dirigían a Oaxaca, y él deseaba hacerlo; pero esta expedición falló, y Comonfort dijo que el esfuerzo en el Sur sería sólo para su independencia. Juárez explica que no gastará un solo centavo para ir a ningún sitio fuera del territorio de México. Permanecerá en Nueva Orleans hasta que pueda trasladarse a algún lugar de México. 30 de mayo y 15 de julio: Habla de victorias en todas partes y de la efervescencia que existe en México. Ensalza una publicación de Arriaga, «que tiene inteligencia y corazón». Informa que algunos de los exiliados se van hacia Brownsville para tomar parte en la revuelta del Norte. El 13 de julio de 1855, Mata y Ocampo, en Brownsville, actuando por cuenta del comité, escriben a Juárez y le mandan 250 pesos. Más tarde, en una nota sobre esta carta, Juárez indica que el gobierno abonó a Mata la citada cantidad. En 19 de junio (i) Juárez da las gracias por el dinero y señala que corren rumores de que no se permite el desembarco de pasajeros en Acapulco; pero que si no puede ir allí se dirigirá a algún otro sitio:

Como él mismo relata en sus *Apuntes*, es hacia Acapulco donde se dirige:

«Viví en esta ciudad (Nueva Orleans) hasta el 20 de junio de 1855 en que salí para Acapulco a prestar mis servicios en la campaña que los generales don Juan Álvarez y don Ignacio Comonfort dirigían contra el poder tiránico de don Antonio López de Santa Anna. Hice el viaje por La Habana y el Istmo de Panamá y llegué al Puerto de Acapulco a fines del mes de julio. Lo que me determinó a tomar esta resolución fue la orden que dio Santa Anna de que los desterrados no podrían volver a la República sin prestar

previamente la protesta de sumisión y obediencia al poder tiránico que ejercía en el país. Luego que esta orden llegó a mi noticia hablé a varios de mis compañeros de destierro y dirigí a los que se hallaban fuera de la Ciudad una carta que debe existir entre mis papeles, en borrador, invitándolos para que volviéramos a la patria, no mediante la condición humillante que se nos imponía, sino a tomar parte en la revolución que ya se operaba contra el tirano para establecer un gobierno que hiciera feliz a la Nación por los medios de la justicia, la libertad y la igualdad. Obtuve el acuerdo de ellos habiendo sido los principales: don Guadalupe Montenegro, don José Dolores Zetina, don Manuel Cepeda Peraza, don Esteban Calderón, don Melchor Ocampo, don Ponciano Arriaga y don José María Mata. Todos se fueron para la frontera de Tamaulipas y yo marché para Acapulco».

El consuelo de Juárez debió de ser inmenso. Su mentalidad era más tranquila que la de Ocampo, y su carácter mucho más sólido y estoico; pero durante más de dos años había estado separado de su familia, su trabajo y su país, tratado primero como prisionero político peligroso, y después, durante la mayor parte de su exilio, arrinconado o ignorado como un extranjero pobre e indeseable. Además, a diferencia de Ocampo, que se apasionaba con la botánica, Juárez carecía de otras aficiones que no fueran la política. Dejando un cierto margen para las inevitables exageraciones, es indudable que debió de sufrir mucho; pero, por fin había llegado el momento de volver a su país para luchar con cualquier arma, en México y entre mexicanos, por su sueño de una sociedad mejor. Pronto, si salía con vida, estaría con su esposa e hijos.

LOS NUEVOS LIDERES DE LA NACION

Durante los cinco meses siguientes Juárez no fue más que uno de los menos notables del grupo de cinco a diez hombres que habían pasado a ser los nuevos líderes de México. Trataban de organizar un nuevo gobierno, más eficaz y estable que los anteriores, y, en consecuencia, no es de extrañar que al final de este período la nueva administración volviera a situar a Juárez en el puesto de gobernador del Estado de Oaxaca. La historia de estos meses refleja, como un espejo, las cualidades del hombre. Percibía con inusitada claridad el carácter de las personas y el significado de los hechos; se mantenía en calma en medio de fuertes presiones; era más ambicioso para la Nación que para sí mismo, y, de modo tranquilo pero decidido, estaba resueltamente determinado a hacer algo. El antiguo prisionero de Miahuatlán y de las mazmorras de San Juan de Ulúa, el hasta hace poco tiempo mísero exiliado de Nueva Orleáns, se disponía ahora a usar las armas de la persuasión y el compromiso, siempre que ello fuera útil y posible.

Después de cruzar el Istmo de Panamá por ferrocarril, Juárez embarcó en el *Flor de Santiago*, un buque chileno con destino a San Francisco, con escala en Puntaneras (Costa Rica), Corinto (Nicaragua), Amapala (Honduras), La Unión (El Salvador), San José (Guatemala), y, por último, Acapulco. Una vez allí, buscó a don Diego Álvarez, hijo del general, y le pidió una entrevista con su padre que tenía su cuartel general en

Texca. Dijo simplemente que había venido a ver si podía ser útil en la lucha por la libertad. No se dio a conocer ni debió traer consigo ninguna carta de presentación ni documento alguno de identidad, los que, durante el viaje o al desembarcar, podrían haberle ocasionado alguna molestia. El joven Álvarez accedió a lo que solicitaba el maduro e inidentificado forastero que tenía un algo indefinible. En el camino hacia Texca les sorprendió una fuerte tormenta tropical, por lo que las ropas de Juárez quedaron empapadas. A la llegada, tuvo que cambiar su ropa por la vestimenta de los soldados, es decir, «calzón y algodón de manta». Al ofrecer sus servicios al general, éste le preguntó si sabía escribir, y, al recibir respuesta afirmativa, le dieron a contestar algunas cartas de poca importancia que luego sometía a la firma del general Álvarez. Al llegar una carta de Ocampo dirigida al «señor licenciado don Benito Juárez», don Diego investigó entre los soldados para localizar al destinatario. Juárez admitió haber sido gobernador de Oaxaca. Cuando don Diego «sofocado de vergüenza», como dijo más tarde, le preguntó la razón por la cual no lo había dicho, Juárez replicó: «¿Qué tiene de particular?»

El gobierno, impotente para controlar las numerosas rebeliones, se desintegraba por momentos. El día 9 de agosto, Santa Anna escapó furtivamente de Ciudad de México con destino a Veracruz. Al cabo de tres días, el 12 de agosto, en Perote, «publicó un manifiesto glorificándose a sí mismo y acusando a los demás». Trató también de formar un triunvirato elegido por él, que asumiría todas las altas funciones del gobierno. El día 17 del mismo mes embarcó con rumbo a La Habana, para seguir luego hacia Cartagena. No pudo, naturalmente, cesar en sus maquinaciones para volver al poder, poniendo en práctica todos los recursos que podían serle ventajosos y, su nombre, ya que no su presencia física, lejana entonces, continuaba ejerciendo gran influencia, y constituía una fuerza no despreciable en la política mexicana. En México, la carrera política de un hombre sólo termina, de modo definitivo, con la muerte. Este hecho explica las numerosas ejecuciones que tuvieron lugar en el país.

Juárez hizo una breve visita a Acapulco. En sus *Apuntes*, dice:

«Me hallaba yo en este punto cuando en el mes de agosto llegó la noticia de que Santa Anna había abandonado el poder yéndose fuera de la República, y que en la capital se había secundado el Plan de Ayutla encargándose de la Presidencia el General don Martín Carrera. El entusiasmo que causó esta noticia no daba lugar a la reflexión. Se tenía a la vista el acta del pronunciamiento y no se cuidaba de examinar sus términos, ni los antecedentes de sus autores para conocer sus tendencias, sus fines y las consecuencias de su Plan. No se trataba más que de solemnizar el suceso, aprobándolo, y reproducir por la prensa el plan proclamado escribiéndose un artículo que lo encomiase. El redactor del periódico que ahí se publicaba me encargó de este trabajo. Sin embargo, yo llamé la atención del señor don Diego Álvarez manifestándole que si debía celebrarse la fuga de Santa Anna como un hecho que desconcertaba a los opresores, facilitándose así el triunfo de la revolución, de ninguna manera debía aprobarse el plan proclamado en México, ni reconocerse al Presidente que se había nombrado, porque el Plan de Ayutla no autorizaba a la Junta que se formó en la Capital para nombrar Presidente de la República y porque siendo los autores del movimiento los mismos generales y personas que pocas horas antes servían a Santa Anna persiguiendo a los sostenedores del Plan de Ayutla, era claro que viéndose perdidos por la fuga de su Jefe, se habían resuelto a entrar en la revolución para falsearla, salvar sus empleos y conseguir la impunidad de sus crímenes aprovechándose así de los sacrificios de los patriotas que se habían lanzado a la lucha para librar a su patria de la tiranía cléricomilitar que encabezaba don Antonio López de Santa Anna. El señor don Diego Álvarez estuvo enteramente de acuerdo con mi opinión y con su anuencia pasé a la imprenta en la madrugada del día siguiente a revisar el artículo que se estaba imprimiendo y en que se encomiaba, como legítimo, el Plan de la Capital.

El señor general don Juan Álvarez que se hallaba en Texca, donde tenía su cuartel general, conoció perfectamente la tendencia del movimiento de México: desaprobó el plan luego que lo vio y dio sus órdenes para reunir sus fuerzas a fin de marchar a la capital a consumir la revolución que él mismo había iniciado.

A los pocos días llegó a Texa don Ignacio Campuzano, comisionado de don Martín Carrera, con el objeto de persuadir al señor Álvarez de la legitimidad de la Presidencia de Carrera y de la conveniencia de que lo reconocieran todos los jefes de la revolución con sus fuerzas. En la junta que se reunió para oír al comisionado

y a que yo asistí por favor del señor Álvarez, se combatió de una manera razonada y enérgica la pretensión de Campuzano en términos de que él mismo se convenció de la impertinencia de su misión y ya no volvió a dar cuenta del resultado de ella a su comitente. En seguida marchó el general Álvarez con sus tropas con dirección a México. En Chilpancingo se presentaron otros dos comisionados de don Martín Carrera con el mismo objeto que Campuzano trayendo algunas comunicaciones del general Carrera. Se les oyó también en una junta a que yo asistí y como eran patriotas de buena fe quedaron igualmente convencidos de que era insostenible la Presidencia de Carrera por haberse establecido contra el voto nacional contrariándose el tenor expreso del plan político y social de la revolución. A moción mía se acordó que en carta particular se dijese al general Carrera que no insistiese en su pretensión de retener el mando para cuyo ejercicio carecía de títulos legítimos como se lo manifestarían sus comisionados. Regresaron éstos con esta carta y don Martín Carrera tuvo el buen juicio de retirarse a la vida privada quedando de Comandante Militar de la Ciudad de México uno de los generales que firmaron el acta del pronunciamiento de la Capital pocos días después de la fuga del general Santa Anna. Los comisionados que mandó a Chilpancingo don Martín Carrera fueron don Isidoro Olvera y el padre del señor don Francisco Zarco.»¹

El día 6 de agosto, desde Acapulco, Juárez notificó a Ocampo que Santa Anna estaba acorralado en México, y con el permiso de Álvarez, instaba a Ocampo, Arriaga y Mata a que se unieran a ellos. El día 10 del mes siguiente, desde Chilpancingo, Juárez comunicó a don Melchor que Álvarez había rechazado las pretensiones de Herrera, y le rogaba que se trasladara a Chilpancingo con toda urgencia. Le decía que en Morelia y Oaxaca tenían lugar «farsas parecidas a la desarrollada en México... «Hay funcionarios que se alegrarían de vernos muertos». Al cabo de una semana, el 17 de septiembre, Ocampo, su hija y Mata llegaron a Veracruz, y Ocampo se unió muy pronto a sus correligionarios del Estado de Guerrero.

Las dificultades no habían terminado todavía, pues en el Norte habían surgido complicaciones que, activa y eficazmente, estaban siendo solucionadas por Comonfort. En San Luis Potosí, Antonio Haro y Tamariz, que había luchado abierta-

1. Eminente periodista y político que pronto empezaría a destacar.

mente contra Santa Anna, emitió su propio Plan, en el que se incluía la ridícula promesa de proteger los derechos y propiedades de la Iglesia, del ejército y de las demás clases. En Guanajuato, Manuel Doblado proclamó también su Plan particular, mientras Carrera, desde la capital, invitaba a todos los rebeldes a acudir a Dolores Hidalgo el día de la fiesta nacional, el 16 de septiembre, para asistir a la convención que allí tendría lugar. Comonfort, considerado ya como héroe nacional, fue acogido con entusiasmo en Guadalajara, y rehusó la invitación de Carrera. En Lagos de Moreno, se reunió con Haro y Tamariz y Doblado a los que convenció para que abandonaran sus Planes respectivos, y les indujo a aceptar el Plan de Ayutla y la jefatura de Alvarez. El mismo día se firmó un acuerdo en este sentido, y después Comonfort se unió a Alvarez y a los otros en Guerrero.

Volvamos a los *Apuntes* de Juárez: «Continuó su marcha el señor Alvarez para Iguala, donde expidió un manifiesto a la Nación² y comenzó a poner en práctica las prevenciones del plan de la revolución, a cuyo efecto nombró un consejo compuesto de un representante por cada uno de los Estados de la República. Yo fui nombrado representante por el Estado de Oaxaca. Este consejo se instaló en Cuernavaca y procedió desde luego a elegir presidente de la República resultando electo por mayoría de sufragios el ciudadano general Juan Alvarez, quien tomó posesión inmediatamente de su encargo. En seguida formó su gabinete nombrando para ministro de Relaciones Interiores y Exteriores al ciudadano Melchor Ocampo; para ministro de Guerra al ciudadano Ignacio Comonfort, para ministro de Hacienda al ciudadano Guillermo Prieto y para ministro de Justicia e Instrucción Pública a mí.»

Ocampo escribió más tarde que inmediatamente después de la terminación del *Te Deum* en acción de gracias por la elección de Alvarez, el nuevo presidente, falto de seguridad en sí mismo en un cargo tan elevado, le pidió formara y dirigiera el gabinete, con lo que se mostró de acuerdo, si bien después de muchas dudas y vacilaciones, debido a que entre

2. Fue emitido el 24 de septiembre y escrito, probablemente, por Juárez que en poco tiempo se había convertido en algo más que el secretario de Alvarez.

los más destacados liberales había algunos que estaban conspirando para conseguir algún alto cargo, entre ellos los generales Vicente Miñón y Florencio Villarreal, ninguno de los cuales logró su objetivo. Otra de las razones que motivaron las dudas de Ocampo fue el hecho de que el general Comonfort daba por descontado que sería nombrado ministro de la Guerra. Este general trató de encargarse de formar el gabinete apartando a Ocampo. Según éste, Juárez y Prieto fueron escogidos a causa de ser liberales puros, para, junto con él, Ocampo, equilibrar la balanza, ya que Comonfort, el personaje de más prestigio del grupo a excepción, quizás, de Álvarez, podía ser considerado como moderado. Añade Ocampo que tuvo que insistir bastante para que Juárez se decidiera a aceptar la cartera. A pesar de que nunca le faltó confianza en sí mismo, es muy posible que previera las dificultades que podrían surgir teniendo a Comonfort como compañero de gabinete. Guillermo Prieto, hombre locuaz y chispeante que había votado por Ocampo para la presidencia, fue el encargado de informar a Álvarez de su elección, y de felicitarlo en nombre de todos. Cuando el sencillo y viejo insurgente le recordó su voto, por Ocampo, Prieto lo admitió con toda franqueza.

El nombre de Guillermo Prieto ha aparecido sólo de forma marginal en esta obra; pero, sin embargo, creemos que su pintoresca figura requiere ser descrita con cierto detalle. Por aquel entonces contaba treinta y siete años de edad y su carrera había sido menos importante que la de Juárez y Ocampo. No obstante, era tan conocido como ellos. Su figura era tosca y sus ojos, protegidos por unos pequeños lentes, eran muy brillantes. Llevaba bigote y una barba extremadamente descuidada. Nació en Ciudad de México, y a la edad de trece años quedó huérfano de padre que era panadero y molinero, por lo que, a partir de entonces, tuvo que cuidar de su madre. La juventud del inteligente, desvergonzado y romántico muchacho fue bastante pintoresca. Logró adquirir una educación fragmentaria y falta de cohesión, y desde su primera juventud empezó a escribir versos que luego leía a los clérigos y políticos, quienes a veces le proporcionaban algún empleo de poca

monta en oficinas públicas, ganando así su sustento. En 1837, recitó una oda ante el presidente Bustamante, en la que, de forma insolente, se satirizaba el descuido que existía en materia de cultura. El presidente le nombró secretario particular suyo y editor del *Diario Oficial*. Durante la Guerra de los Pasteles sirvió en caballería, y su breve período como militar parece estuvo jalonado de jocosos episodios. Mientras tanto, se había enamorado de una muchacha de doce años de edad, a la que vio de pie en el balcón de su casa y hablando con su muñeca. Aguardó a que la muchacha, María Caso, fuera un poco mayor, y a que él avanzara un poco dentro de la sociedad. Pidió al presidente le prestara su coche, y luego se fue a la Alameda al encuentro del padre de la muchacha, al que dijo: «Señor Caso: Deseo casarme con su hija tan pronto como sea posible. Le ruego me diga si continuará oponiéndose o no, de modo que pueda yo tomar mis medidas». Le aceptaron como novio, y, al cabo de un año se casaron. Se convirtió en editor de un periódico muy influyente, *El Siglo XIX*, de filiación antisantannista, y se asoció con Ignacio Ramírez, propietario de *Don Simplicio*, hasta que fue encarcelado. Durante la guerra con los Estados Unidos, su casa fue saqueada por soldados americanos, y se dedicó entonces a publicar un periódico en inglés, especial para los «San Patricios», un batallón compuesto de soldados americanos que se habían pasado al enemigo. Hasta la vuelta triunfante de Santa Anna, había servido cuatro veces como diputado y senador, e incluso, en el año 1852 y por un período de cuatro meses, actuó como ministro del Tesoro bajo la presidencia de Arista. En este cargo, a semejanza de Ocampo, intentó efectuar reformas radicales, pero los resultados fueron más bien escasos. Durante el resto de su vida, cuando no estaba en prisión o caído en desgracia, fue casi siempre miembro de la legislatura o titular de una u otra oficina estatal. Prescindiendo de cuál fuera su situación, se dedicó ininterrumpidamente al periodismo, la oratoria y la poesía. Este último arte era muy apreciado por aquel entonces; pero, para un hombre de nuestro tiempo, los versos de Prieto, excepto los de carácter satírico, carecen de

calor poético y suenan a falso. Durante la dictadura de Santa Anna fue desterrado al pueblo de Cadereyta en Querétaro, y al cabo de algún tiempo se le permitió regresar a la capital, donde muy pronto fue arrestado de nuevo y enviado a Tehuacán. A Juárez, cuando estaba en Nueva Orleans, le dijeron que había sido enviado a Oaxaca. Álvarez le incluyó en el Consejo como representante de Chiapas, Estado en el que, según parece, nunca estuvo. Su admiración por los líderes liberales rayaba en la adoración, pero... por turnos. Entre sus héroes se contaba también, de vez en cuando, Juárez, quien, a pesar de ser tan diferente de Prieto, parece haber sentido siempre por él un suave afecto y respeto.

En relación con la constitución del nuevo gobierno, acudimos de nuevo a los *Apuntes*, en los que Juárez escribió: «Inmediatamente se expidió la convocatoria para la Elección de Diputados que constituyeran a la Nación. Como el pensamiento de la revolución era constituir el país sobre las bases sólidas de libertad e igualdad y restablecer la independencia del poder civil, se juzgó indispensable excluir al clero de la representación nacional, porque una dolorosa experiencia había demostrado que los clérigos por ignorancia, o por malicia, se creían en los Congresos representantes sólo de su clase y contrariaban toda medida que tendiese a corregir sus abusos y a favorecer los derechos del común de los mexicanos. En aquellas circunstancias, era preciso privar al clero del voto pasivo, adoptándose éste contra principio en bien de la sociedad, a condición de que una vez que se diese la constitución y quedase sancionada la reforma los clérigos quedasen expedidos al igual de los demás ciudadanos para disfrutar del voto pasivo en las elecciones populares.³

El general Comonfort no participaba de esta opinión porque temía mucho a las clases privilegiadas y retrógradas. Manifestó sumo disgusto porque en el Consejo formado en Iguala no se hubiera nombrado algún eclesiástico, aventurándose alguna vez a decir que sería conveniente que el Consejo se compusiese en su mitad de eclesiásticos, y de las demás clases la otra mitad. Quería también que quedaran colocados en el ejército los generales, jefes y oficiales que hasta última hora habían servido a la tiranía que acababa de caer. De aquí resultaba grande entorpecimiento en el despacho del gabinete en momentos que era preciso obrar con

3. Doce años más tarde, trató Juárez de mantener esta promesa.

actividad y energía para reorganizar la administración pública porque no había acuerdo sobre el programa que debía seguirse. Esto disgustó al señor Ocampo que se resolvió a presentar su dimisión que le fue admitida. El señor Prieto y yo manifestamos también nuestra determinación de separarnos; pero a instancias del señor presidente y por la consideración de que en aquellos momentos era muy difícil la formación de un nuevo gabinete, nos resolvimos a continuar. Lo que más me decidió a seguir en el Ministerio fue la esperanza que tenía de poder aprovechar una oportunidad para iniciar alguna de tantas reformas que necesitaba la sociedad para mejorar su condición utilizándose así los sacrificios que habían hecho los pueblos para destruir la tiranía que los oprimía.»

Hemos visto ya la intención primitiva de Comonfort: hacer de Guerrero un estado independiente. Sabemos también de su habilidad en obtener armas procedentes de Nueva York, y de llevar a Haro y Tamariz y a Doblado, al menos provisionalmente y en un período muy crítico, al redil de Álvarez. Su carácter, tan enérgico y hábil que hacía imposible dejarlo de lado, pero, por otra parte, demasiado inestable para poder confiar en él, era ahora de una importancia decisiva. Como apunta Sierra, el caos era completo en México; pero era un caos esperanzado, y este hombre «de cuerpo espeso, de tez densamente morena, subrayada por una barba completa, pero muy rala y muy negra, de dulce y profunda mirada, de amplia frente que parecía preñada de inquietudes y cuidados», llegó a ser, en cierto modo, el punto focal de las esperanzas del pueblo, especialmente de los conservadores, tanto extremados como moderados, pues Santa Anna les había decepcionado incluso a ellos. Estaban decididos a prestar todo su apoyo a Comonfort, ya que creían que era el único que podría salvarles del fanfarrón y viejo rebelde Álvarez, de Ocampo, el bastardo radical, del extravagante Prieto y del silencioso pero siniestro Juárez. Desgraciadamente, la atracción era mutua.

Comonfort era un hombre sincero; pero no obró con rectitud, pues trató de manipular a los demás sin comprenderlos completamente, de modo que en su rostro se reflejaba incesantemente la ansiedad que le dominaba y que debido a su modo de proceder era inevitable. Personalmente, era menos am-

bicioso que Doblado, por ejemplo, pero mucho más que Juárez, a causa quizás de faltarle la fe democrática de aquél y su visión de la sociedad que debía crearse. Era hombre de buena voluntad, y había luchado abiertamente contra Santa Anna; pero, esta buena voluntad estaba dividida entre el viejo orden y el nuevo, precisamente en unos momentos en que todo compromiso era imposible, y cada uno debía decidirse por uno u otro bando. Quería reformar el gobierno y la sociedad de México, como hicieron los liberales puros; pero lentamente, por medio de la persuasión, la armonía y el compromiso. Por desgracia, los conservadores estaban dispuestos a luchar antes que ceder un palmo de terreno, y es de creer, por esta razón, que la moderación de Comonfort era más bien producto del miedo que de su benevolencia, paciencia y realismo. Temía no solamente por los clérigos, los soldados y los ricos, sino también, quizás de modo principal, como escribió más tarde Juárez, por su querida y anciana madre. Vigoroso, pero frío y torpe, finalmente dio a los conservadores todas las ventajas que éstos podían desear.

En su intento de sustituir a Ocampo en su labor de escoger a los miembros del primer gabinete y de ser jefe del mismo, Comonfort preguntó a Ocampo si realmente quería ocuparse de los asuntos internos del país, para luego insinuar que el hecho de figurar como jefe del gabinete le privaría de dedicarse plenamente al ministerio de Relaciones Interiores. Ignorante de su pasado historial como liberal, Ocampo, en lugar de contestar como siempre que sólo deseaba ser útil, replicó que sí, que deseaba acometer una serie de reformas concretas, y desde luego, desechó la capciosa sugerencia de que no podría realizarlas siendo jefe del gabinete. Además de obstruir los trabajos del gobierno, Comonfort marchó a Ciudad de México solo, y una vez allí, dio una serie de órdenes sin consultar para nada al presidente ni a sus colegas.

El día 21 de octubre, quince días después de tomar posesión de sus cargos, Ocampo, asqueado, dimitió. Pocos días más tarde, él y Prieto movieron al presidente Álvarez a invitar a Santos Degollado a formar parte del gobierno; pero Degollado

replicó que estaba cansado, y que deseaba reunirse con su familia, así como que políticamente no poseía la confianza propia que le asistía en la guerra. Esta respuesta es característica de este hombre, notable en varios aspectos, de cuya carrera no podía decirse que estuviera acabada. Desde su situación de estudiante sin recursos, amenazado por la ceguera, llegó a abrirse camino dentro del campo liberal y en el terreno militar, en Michoacán. Fue protegido y amigo de Ocampo, y sucesor suyo en el gobierno de aquel Estado. Después de ser encarcelado por Santa Anna, acaudilló la revolución en la región. Aunque carecía de la destreza de un verdadero comandante en jefe, y a pesar de haber sufrido varias derrotas, tenía una habilidad fuera de lo común para reclutar hombres, para organizarlos e infundirles valor; su energía y patriotismo eran muy grandes; su honradez, absoluta. Sin embargo, era de temperamento inestable, de modo que nadie podía estar completamente seguro de cómo iba a actuar. Al ser llamado al gabinete como gobernador de Jalisco, dedicaba todas sus energías a la construcción de escuelas, y a proceder contra la compañía Barron Forbes, propiedad de los cónsules inglés y americano, que estaban amasando su fortuna gracias al contrabando en la costa occidental y a reclamar constantemente derechos extraterritoriales. Forbes no contó con el apoyo del gobierno americano; pero, en cambio, el gobierno inglés sí apoyó a Barron, y muy fuertemente por cierto.

Comonfort también presentó la dimisión; pero lamentablemente, era demasiado importante para que le fuera aceptada. Estos sucesos ocurridos en Cuernavaca pueden parecer triviales, pueden ser considerados como una simple disputa en el seno de un nuevo gobierno, y propios de un país latino-americano en desorden; pero en el momento en que se produjeron eran cruciales, tanto para los que en ellos intervinieron como para México, e incluso para el Occidente. Hasta ese momento, Ocampo era todavía el jefe indiscutible de los *puros*, y si hubiera poseído la paciencia, confianza propia y voluntad de Juárez, podría haber sido él y no Juárez quien alcanzara el rango de figura universal. Si nuestro biografiado hubiese tenido en-

tonces el prestigio militar y personal de Comonfort, y los *puros* mayor fortaleza y cohesión, esta minoría, agrupada detrás de Juárez, o de un Álvarez con menos años, habría podido aglutinar y galvanizar al pueblo mexicano y evitar o abreviar la lucha que siguió. Si Juárez hubiese sido tan indeciso como Ocampo o Degollado, su primera gran obra para la nación, la Ley Juárez de la que se hablará en este mismo capítulo quizás no habría sido promulgada, la Constitución que iba a redactarse habría sido más débil aún, Juárez podría haber caído en el olvido, y la deplorable Era de Santa Anna podría haber durado indefinidamente. Pero, como sea que Juárez no tenía el defecto de los dos políticos mencionados, permaneció en activo tanto tiempo como le fue posible, y gracias a esta actividad, aunque de momento de forma casi imperceptible, la nueva Era de la Ley y la Reforma habían empezado para México.

En sus *Apuntes*, dice Juárez: «En aquellos días recibí una comunicación de las autoridades de Oaxaca en que se me participaba el nombramiento que don Martín Carrera había hecho en mí, de gobernador de aquel Estado y se me invitaba para que marchara a recibirme del mando; mas como el general Carrera carecía de misión legítima para hacer este nombramiento contesté que no podía aceptarlo, mientras no fuese hecho por autoridad competente.

Se trasladó el gobierno unos días a la ciudad de Tlálpam y después a la Capital, donde quedó instalado definitivamente.»

También en aquellos días iniciales de su primer ministerio, Juárez escribió cartas idénticas a varios gobernadores, en busca de su apoyo y cooperación activa, como hizo más tarde en ocasiones críticas. Nunca se degradó a sí mismo ni al cargo que desempeñaba para obtener el apoyo de los gobernadores, pero estaba siempre en guardia contra su poder. Al leer el pasaje de los *Apuntes* de Juárez últimamente transcrito, uno se pregunta si doña Margarita estaba presente en Ciudad de México al establecerse el nuevo gobierno. El feliz encuentro de los dos esposos no parece improbable.

Copiamos de los *Apuntes*: «El señor Alvarez fue bien recibido por el pueblo y por las personas notables que estaban filiadas en el partido progresista, pero las clases privilegiadas, los conservadores y el círculo de los moderados que lo odiaban, porque no pertenecía a la clase alta de la sociedad, como ellos decían, y porque rígido republicano y hombre honrado no transigía con sus vicios y con sus abusos, comenzaron desde luego a hacerle una guerra sistemática y obstinada criticándole hasta sus costumbres privadas y sencillas, en anécdotas ridículas e indecentes para desconceptuarlo. El hecho que voy a referir dará a conocer la clase de intriga que se puso en juego en aquellos días para desprestigiar al señor Alvarez.

Una compañía dramática le dedicó una función en el Teatro Nacional. Sus enemigos recurrieron al arbitrio pueril y peregrino de coligarse para no concurrir a la función y aun comprometieron algunas familias de las llamadas decentes para que no asistieran. Como los moderados querían apoderarse de la situación y no tenían otro hombre más apropósito por su debilidad de carácter para satisfacer sus pretensiones que el general Comonfort, se rodearon de él halagando su amor propio y su ambición con hacerle entender que era el único digno de ejercer el mando Supremo por los méritos que había contraído en la revolución y porque era bien recibido por las clases altas de la sociedad. Aquel hombre poco cauto cayó en la red, entrando hasta en las pequeñas intrigas que se fraguaban contra su protector el general Alvarez, a quien no quiso acompañar en la función de teatro referida. He creído conveniente entrar en estos pormenores porque sirven para explicar la corta duración del señor Alvarez en la presidencia y en la manera casi intempestiva de su abdicación.

Mientras llegaban los sucesos que debían precipitar la retirada del señor Alvarez y la elevación del señor Comonfort a la presidencia de la República, yo me ocupé en trabajar la ley de administración de justicia. Triunfante la revolución era preciso hacer efectivas las promesas reformando las leyes que consagraban los abusos del poder despótico que acababa de desaparecer. Las leyes anteriores sobre administración de justicia adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas⁴ haciendo permanente en la sociedad la desigualdad que ofendía la justicia, manteniendo en constante agitación al cuerpo social. No sólo en este ramo, sino en todos los que formaban la administración pública debía ponerse la mano porque la revolución era social. Se necesitaba un trabajo más extenso para que la obra saliese perfecta en lo posible porque desde la separación del señor

4. En este caso, el clero y los militares.

Ocampo estaba incompleto el gabinete y el señor Comonfort a quien se consideraba como jefe de él no estaba conforme con las tendencias y fines de la revolución. Además, la administración del señor Álvarez era combatida tenazmente poniéndosele obstáculos de toda especie para desconceptuarla y obligar a su jefe a abandonar el poder. Era, pues, muy difícil hacer algo útil en semejantes circunstancias y ésta es la causa de que las reformas que consigné en la ley de justicia fueran incompletas limitándome sólo a extinguir el fuero eclesiástico en el ramo civil y dejándolo subsistente en materia criminal, a reserva de dictar más adelante la medida conveniente sobre este particular. A los militares sólo se les dejó el fuero en los delitos y faltas puramente militares. Extinguí igualmente todos los demás tribunales especiales devolviendo a los comunes el conocimiento de los negocios de que aquéllos estaban encargados».

Al efecto de tener fielmente registrado un hecho tan importante, y también para poder rebatir adecuadamente las acusaciones que era inevitable se derivaran de la aprobación de la nueva ley, a la que se oponía Comonfort, Juárez escribió sobre esta importante cuestión el siguiente relato :

«Cuando el señor Álvarez llegó a Ciudad de México en 1855, dedicó primero su atención a la reorganización de la administración pública, y por esta razón, en la primera reunión del gabinete ordenó a los Ministros que se pusieran a trabajar en sus campos respectivos y que le presentaran los proyectos de ley y las disposiciones necesarias para conseguir este fin. Desde entonces hice constar claramente que en mi opinión era indispensable introducir ciertas reformas en la rama judicial, anulando o cambiando en seguida las leyes que establecían los tribunales especiales, porque eran notablemente perjudiciales para la sociedad, pues permitían cometer abusos a aquellas clases en cuyo beneficio habían sido establecidos, y también porque estaban en contraposición abierta con los principios de igualdad que la nación había intentado hacer efectivos por medio de la revolución que acababa de triunfar. El señor Álvarez se mostró de acuerdo con esta sugerencia, y el señor Comonfort no se opuso a ella. En consecuencia, redacté la ley para la administración de justicia y la ofrecí a la consideración del presidente. Cuando hablé de este asunto al señor Comonfort, me dijo que estaba tan ocupado con su propio ministerio que no podía estar presente en la lectura y discusión de la ley, pero que podía ser aprobada sin su presencia porque en principio la apoyaba. El

Presidente señaló día para la discusión de este asunto, y cuando llegó la hora, el señor Álvarez dijo que el señor Comonfort le había informado que no podría estar presente porque estaría fuera de la ciudad por asuntos familiares; por lo tanto, como la administración de justicia estaba paralizada por la falta de magistrados y jueces legalmente nombrados, el presidente decidió que la ejecución de este asunto no debía demorarse. Cuando se hubo leído, discutido y aprobado este proyecto, el señor Álvarez ordenó que fuera impreso y publicado; de modo que en esta cuestión no se había producido sorpresa alguna ni tampoco ninguna estratagema.»

«Concluido mi proyecto de ley», dice Juárez en sus *Apuntes*, «en cuyo trabajo me auxiliaron los jóvenes oaxaqueños licenciado don Manuel Dublán y don Ignacio Mariscal, lo presenté al señor presidente señor don Juan Álvarez que le dio su aprobación y mandó que se publicara como ley general sobre administración de justicia. Autorizada por mí se publicó el 23 de noviembre de 1855.

Imperfecta como era esta ley, se recibió con grande entusiasmo por el Partido Progresista; fue la chispa que produjo el incendio de la reforma que más adelante consumió el carcomido edificio de los abusos y preocupaciones; fue, en fin, el cartel de desafío que se arrojó a las clases privilegiadas y que el general Comonfort y todos los demás, que por falta de convicciones en los principios de la revolución, o por conveniencias personales, querían detener el curso de aquélla, transigiendo con las exigencias del pasado, fueron obligados a sostener arrastrados a su pesar por el brazo omnipotente de la opinión pública».

Ignacio Mariscal, entonces de veintiséis años, había sido exiliado desde Oaxaca a Ciudad de México; más tarde, sirvió lealmente a Juárez en Veracruz, Washington, etc., y posteriormente, fue su secretario de Relaciones Exteriores. En menor grado, también Manuel Dublán se formó e hizo su carrera con los liberales. Pola demuestra que en la redacción de esta ley Juárez se vio influenciado por las obras políticas de Benjamín Constant. Sierra hace notar que la Ley Juárez no era tal ley, sino un decreto respaldado sólo por el poder de la revolución; pero que no podía ser anulado por los Estados, y que, como otras conquistas posteriores de la Reforma, fue ampliado, pero nunca derogado. El arzobispo pretendía que el asunto fuera sometido al arbitrio del Pontífice, propuesta que, naturalmente, fue rechazada por el gobierno. En este caso al menos, la con-

fianza de Juárez en que la opinión pública le apoyaría no se vio defraudada en absoluto. La Ley Juárez, además de cumplir el cometido para el que había sido promulgada, se convirtió en símbolo de progreso y en el verdadero estandarte de los *puros*, y, ni Comonfort ni sus partidarios se atrevieron a intentar nada contra ella.

Volvamos a los *Apuntes*: «Sin embargo, los privilegiados redoblaron sus trabajos para separar del mando al general Alvarez, con la esperanza de que don Ignacio Comonfort los ampararía en sus pretensiones. Lograron atraerse a don Manuel Doblado que se pronunció en Guanajuato por el antiguo plan de Religión y Fueros. Los Moderados, en vez de unirse al Gobierno para destruir al nuevo cabecilla de los Retrógrados, le hicieron entender al señor Alvarez que él era la causa de aquel motín porque la opinión pública lo desechaba como gobernante, y como el Ministro de la Guerra que debiera haber sido su principal apoyo le hablaba también en este sentido, tomó la patriótica resolución⁵ de entregar el mando al citado don Ignacio Comonfort en clase de sustituto, no obstante de que contaba aún con una fuerte división con que sostenerse en el poder; pero el señor Alvarez es patriota sincero y desinteresado y no quiso que por su causa se encendiera otra vez la guerra civil en su patria.»

¡Manuel Doblado! ¿No había luchado contra Santa Anna, y apoyado, inducido por Comonfort, el Plan de Ayutla y la rebelión de Alvarez? ¿En qué clase de hombre se había convertido? Desgraciadamente, Juárez tendría que hacerse esta pregunta muy a menudo en los años venideros. Manuel Doblado tenía más inteligencia, imaginación y poder personal que Comonfort, y, a la vez, carecía de los escrúpulos que hubieran podido entorpecer y obstaculizar su marcha hacia la cumbre. Si en ocasiones fue leal y útil a la causa liberal, el motivo debe buscarse únicamente en su convencimiento de que estaba sirviendo al partido que, al final, triunfaría. Creía que, de seguir con la habilidad y paciencia necesarias el plan que se había trazado, podría hallar la forma de desplazar a Comonfort, primero, y a Juárez, después.

5. El 11 de diciembre de 1855.

Había sido así desde el principio. Nació de familia pobre el año 1818 en el Estado de Guanajuato, y en su niñez, para ir a la escuela, tuvo que recurrir a diversas estratagemas como, por ejemplo, contar a sus compañeros atrayentes aventuras que le habían sucedido, y que, naturalmente, no eran sino producto de su imaginación; a cambio, ellos le daban cigarrillos que luego vendía. Un día, al pedirle un profesor eclesiástico, sarcásticamente, que le contara una de estas historias, él, para ponerse en un plano más acorde con la categoría de su interpelante, le entregó un ensayo «Sobre la existencia de Dios y su poder». Como profesor de latín, primero, como abogado, después, su ascensión fue rápida, y a la edad de veintiocho años fue elegido gobernador de Guanajuato, aunque no pudo tomar posesión de su cargo por no alcanzar la edad establecida por la ley. Como Ocampo, protestó también por la rendición a los americanos en 1848, siendo quizás ésta la única coincidencia entre los dos. Después se hizo cargo de la gobernación de Guanajuato, empleo al que sirvió con diligencia. Al pronunciarse en 1855, de forma tan vergonzosa, por la Religión y Fueros, es de suponer que no buscaba otra cosa que congraciarse con Comonfort.

Tenía los ojos muy juntos; la nariz, larga; la barba, pequeña, bordeaba el mentón, y sus maneras y ademanes eran solemnes. En sus tiempos de estudiante, Sierra vio a Doblado al entrar éste en el ministerio de Relaciones Exteriores: «subía encorvado bajo su gran sobretodo pardo, muy bien vestido, el flamante sombrero alto de seda ligeramente echado hacia atrás sobre la espaciosa frente, el cuerpo espeso y un tanto trabajoso, la tez de la cara muy blanca y muy rasurada, exceptuando en un corto marco alrededor del rostro, la boca un poco sensual y movable, los ojillos oscuros y rápida y penetrante la mirada; se paraba delante de nosotros levemente risueño, paciente, en su perenne impaciencia», contestaba sus preguntas con benevolencia, sin volverse a acordar del incidente. Apparentemente, el fantástico y efímero pequeño pronunciamiento reaccionario del 6 de diciembre de 1855, a cargo de Doblado, fue considerado por Juárez como un incidente sin importancia,

por lo menos en las ocasiones en que su autor podía ser útil a la república; sin embargo, lo cierto es que nunca lo olvidó.

Durante los tumultuosos días de noviembre y diciembre de 1855, un muchacho de dieciocho años de edad, procedente de Oaxaca, quiso entrevistarse con el ocupadísimo ministro de Justicia. Se trataba de Matías Romero que se había desplazado con el único objeto de conseguir un empleo en el ministerio de Relaciones, para lo cual deseaba que Juárez le proporcionara alguna carta de recomendación. Era muy serio y, como Juárez, exalumno del seminario y del Instituto. En aquellos momentos continuaba sus estudios de leyes en la capital, mientras buscaba y obtenía poco después un empleo de meritorio en el citado ministerio de Relaciones. Durante diez años llevó un diario de positivo interés en el que relata la ayuda recibida de Juárez, y, también, un incidente curioso y divertido: «27 de noviembre. A la hora citada (8 de la mañana) fui al Ministerio y hasta las 9 llegó Juárez, que me hizo entrar a su despacho. Mandó preguntar por Arrioja y Ezequiel Montes y le dijeron que aún no habían llegado. Mientras permanecí yo allí me ofrecí a prestarle 100 pesos y a servirlo en lo que me ocupara; ambas cosas aceptó, pues me dio cinco cartas de diversas personas para que las contestara yo...» Romero veía a Juárez muy a menudo, y, en espera de conseguir un empleo regular, realizaba diversos trabajos de oficina que le encargaba don Benito. El día 22 de diciembre, Juárez le devolvió los 100 pesos. El día siguiente, Juárez, en compañía de Ignacio Mejía, Manuel Ruiz, Félix Romero y Manuel Fagoaga, se fue a Puebla y Oaxaca, haciendo el viaje en diligencia. El editor del diario de Romero, Emma Cosío Villegas, dice: «A estas alturas, puede parecer increíble que un mozalbete de dieciocho años cuente con esa seca sobriedad el hecho insólito de que un hombre, casi tres veces mayor que él y para entonces ya una gran figura republicana, careciera de cien pesos, y los recibiera de un desarrapado que le pedía un puesto de meritorio. Romero, en rigor, no destaca el hecho de que el azar lo convirtiera en banquero de Juárez, sino el de que éste lo tomara en serio para trabajar». El hecho es que Juárez, como otros funcionarios

civiles de la época, a menudo cobraba su paga con retraso, cuando la cobraba, y que, al revés de otros, nunca utilizó su empleo para conseguir ventajas de ninguna clase. En diversas ocasiones tuvo que pedir pequeños préstamos a sus amigos, y siempre les devolvió su dinero.

Continuemos con los *Apuntes* de Juárez: «Luego que terminó la administración del señor Álvarez con la separación de este jefe y con la renuncia de los que éramos sus ministros, el nuevo presidente⁶ organizó su gabinete nombrando como era natural para sus ministros a personas del círculo Moderado. En honor de la verdad y de la justicia debe decirse que en ese círculo había no pocos hombres que sólo por sus simpatías al general Comonfort o porque creían de buena fe que este jefe era capaz de hacer el bien a su país estaban unidos a él y eran calificados como moderados; pero en realidad eran partidarios decididos de la revolución progresista, de lo que han dado pruebas irrefragables después, defendiendo con inteligencia y valor los principios más avanzados del progreso y de la libertad, así como también había muchos que aparecían en el partido liberal como los más acérrimos defensores de los principios de la revolución; pero que después han cometido las más vergonzosas defecciones pasándose a las filas de los retrógrados y de los traidores a la patria. Es que unos y otros estaban mal definidos y se habían equivocado en la elección de sus puestos.

La nueva Administración en vista de la aceptación general que tuvo la ley de 23 de noviembre se vio en la necesidad de sostenerla y llevarla a efecto. Se me invitó para que siguiera prestando mis servicios yendo a Oaxaca a restablecer el orden legal subvertido por las autoridades y guarnición que habían servido en la Administración del general Santa Anna, que para falsear la revolución habían secundado el plan del general Carrera, y que, por último, se habían pronunciado contra la ley sobre administración de justicia que yo había publicado. Tanto por el interés que yo tenía en la subsistencia de esta ley, como porque una autoridad legítima me llamaba a su servicio acepté sin vacilación el encargo que se me daba, y a fines de diciembre salí de México con una corta fuerza que se puso a mis órdenes».

Es evidente que Comonfort debió de sentirse bastante aliviado al darse cuenta de que el autor de la Ley Juárez, el *puro* don Benito, no ofrecía resistencia alguna a ser apartado de la

6. Don Ignacio Comonfort.

capital de la nación, aunque por lo demás era evidentemente él, Juárez, el hombre más indicado para hacer frente a una situación desagradable en su propio Estado. Después de la huida de Santa Anna se produjo el regreso de los liberales oaxaqueños desterrados y la muerte de Máximo Ortiz (autor del atentado contra la vida de Juárez) al intentar escapar de un arresto. Los liberales instalaron al general José María García en los puestos de gobernador y comandante militar. Este militar había apoyado el Plan de Ayutla; pero algunos clérigos y oficiales del ejército regular lograron convencerle para que se adhiriera al pronunciamiento que, para la Religión y Fueros, había efectuado Doblado. El coronel Ignacio Mejía, al frente de un batallón de la Guardia Nacional se enfrentó a los conservadores, quienes, gracias a una trampa en la que cándidamente cayó Mejía, lograron la victoria, tras la cual el jefe de los Guardias Nacionales logró salir hacia México pasando por carreteras poco transitadas y al efecto de recabar la ayuda del gobierno nacional y de Juárez. La «pequeña fuerza» puesta a las órdenes de Juárez pertenecía a Oaxaca, y se encontraba casualmente en Ciudad de México. Mientras, el licenciado y coronel José María Díaz Ordaz, aristócrata y descendiente del famoso conquistador Bernal Díaz del Castillo y de Diego de Ordaz, otro conquistador, pero acérrimo liberal, con la ayuda del entonces desconocido Porfirio Díaz y otros, se iba adueñando de la situación, de modo que el intento conservador de «interceptar al indio» y sus hombres no sirvió para nada.

«Cuando alcancé la frontera del Estado», pudo escribir Juárez más tarde, «los rebeldes depusieron su actitud hostil y se avinieron a aceptar mi autoridad. El día 10 de enero de 1856 llegué a la capital de Oaxaca y me hice cargo del puesto que el general don José María García me transfirió sin resistencia de ninguna clase».

Juárez volvía a ser gobernador de su amado Oaxaca, y pudo empezar las reformas proyectadas, pero era ya también una figura destacada, admirada y odiada en todo el territorio de la República. Su vuelta a la escena nacional era inevitable, y él debía de saberlo mejor que nadie.

COMPAS DE ESPERA ACTIVO Y ALERTA

Cuando Juárez llegó a Etla, cerca de Oaxaca, pueblo en el que casi tres años antes había sido arrestado y conducido al exilio, fue recibido por un numeroso contingente de sus partidarios y escoltado hasta el palacio gubernamental donde la artillería le hizo el saludo de ordenanza. Contra lo que se esperaba, el conciliativo obispo de Oaxaca, don José Agustín Domínguez, cumpliendo el ceremonial tradicional, le recibió con un *Te Deum* en la catedral, cosa que fue censurada por los conservadores. El gobernador, mientras con su invariable sinceridad se arrodillaba, debía de tener la mente repleta de una mezcla de pensamientos y emociones no exentos de su característica ironía.

Volvamos a sus *Apuntes*: «Comencé mi administración levantando y organizando la guardia nacional y disolviendo la tropa permanente que ahí había quedado porque aquella clase de fuerza, viciada en los repetidos motines en que jefes ambiciosos y desmoralizados, como el general Santa Anna la habían obligado a tomar parte, no daba ninguna garantía de estricta obediencia a la autoridad y a la ley y su existencia era una constante amenaza a la libertad y al orden público. Me propuse conservar la paz del Estado con sólo mi autoridad de gobernador para presentar una prueba de bulto de que no eran necesarias las comandancias generales cuya extinción había solicitado el Estado años atrás, porque la experiencia había demostrado que eran no sólo inútiles sino perjudiciales. En efecto, un comandante general con el mando

exclusivo de la fuerza e independiente de la autoridad local era una entidad que nulificaba completamente la soberanía del Estado, porque a sus gobernadores no les era posible tener una fuerza suficiente para hacer cumplir sus resoluciones. Eran llamados gobernadores de Estados libres, soberanos e independientes: tenían sólo el nombre, siendo en realidad unos pupilos de los comandantes generales. Esta organización viciosa de la administración pública fue una de las causas de los motines militares que con tanta frecuencia se repitieron durante el imperio de la Constitución de 1824.

Sin embargo, como existían aún las leyes que sancionaban semejante institución y el gobierno del señor Comonfort a pesar de la facultad que le daba la revolución no se atrevía a derogarlas, dispuso que en el Estado de Oaxaca continuaran y que yo como gobernador me encargase también de la comandancia general que acepté sólo porque no fuese otro jefe a complicar la situación con sus exigencias, pues tenía la conciencia de que el gobierno del Estado o sea la autoridad civil, podía despachar y dirigir este ramo como cualesquiera otros de la administración pública; pero cuidé de recomendar muy especialmente a los diputados por el Estado al Congreso Constituyente que trabajaran con particular empeño para que en la nueva Constitución de la República quedasen extinguidas las Comandancias generales.»

Con respecto a los militares, Juárez hizo todavía algo más. Aumentó los efectivos de la Guardia Nacional hasta el límite compatible con las posibilidades del presupuesto y solicitó y obtuvo del presidente Comonfort el envío de artillería, armamento y enseres suficientes. Con un criterio previsor de signo marcadamente futurista pero también necesario, estableció en el Instituto una cátedra de ciencia militar, de modo que los liberales que prometían pudieran convertirse en oficiales de la Guardia Nacional, y con el objeto, también, de fortalecer la lealtad de los miembros de tan importante organización al gobierno civil y a la causa liberal. Años después llegó a decirse que, al unir «la toga y la espada», Oaxaca se había convertido en cuna de abogados-generales. Entre éstos se incluía Porfirio Díaz, un joven que durante breve tiempo había estudiado leyes como discípulo de Juárez, quien le promovió de teniente a capitán cuando aquél abandonó la jefatura política del distrito de Ixtlán para regresar a las fuerzas armadas.

La vida de Díaz como dictador, y los retratos en que aparece como un viejo cruel, afectado, majestuoso y cargado de medallas, son más conocidos, por los americanos al menos, que su juventud ardientemente liberal, violenta y romántica. «Los historiadores tendrán que admitir», afirma Franz Werfel, «que Juárez era la razón sin sueños y Díaz, en cambio, la juventud encantada de México». Sólo hasta 1867, puede decirse que hay algo de verdad en este vívido contraste creado por un literato, pero el autor de esta biografía se permite afirmar que la personalidad de Juárez se formó y sustentó en pruebas mentales tan severas como las que, de índole militar, forjaron a Díaz. Su sueño del futuro de la República era más noble que ninguno de los de Díaz. En el carácter de éste, y también en sus hazañas, incluso cuando era joven, según se desprende de sus propias memorias, se notaba una capa de grosería astuta, pero, no pensada, sino natural, la cual contribuye a des-hacer buena parte del encanto, aunque no lo convierte en menos interesante. Por otra parte, era «un alegre luchador», de enorme valor para la República, y durante unos diez años fue considerado por Juárez, remoto, como «nuestro Porfirio».

Díaz, mestizo de sangre parcialmente mixteca, nació en Oaxaca en 1830, hijo de un posadero y comerciante que murió cuando él contaba tres años de edad. Como sea que el niño se enzarzaba en continuas peleas callejeras, su padrino, el obispo Domínguez, le envió al seminario que abandonó, al igual que Juárez, para estudiar leyes en el Instituto. Allí, entre sus condiscípulos figuraban Matías Romero y Justo Benítez, y su protector liberal era el licenciado Marcos Pérez. Aunque buen estudiante e incluso, durante breve tiempo, bibliotecario, estaba más interesado por el deporte y las armas. Se ganaba la vida trabajando de aprendiz de carpintero, y luego, de zapatero. Una vez conseguido el título de abogado trabajó durante algún tiempo en la oficina de su protector, pero nunca solicitó ser admitido en el foro. Durante la guerra americana era estudiante, pero, aunque se alistó, nunca entró en servicio activo.

Cuando Santa Anna convocó su plebiscito, los libros estaban situados en una mesa frente al portal del Palacio del Go-

bernador, y vigilados, entre otros, por el gobernador reaccionario, Martínez Pinillos. Durante los meses anteriores, cuando ya Pérez había sido encarcelado en el convento de Santo Domingo, el cual servía también de cuartel, Díaz había conseguido leer el correo oficial, y junto con su hermano Félix, haciendo alarde de un valor temerario y de una fortaleza y agilidad poco comunes, escalaron los muros del convento, con lo que lograron comunicar en varias ocasiones al líder liberal encarcelado las últimas noticias. Cuando Díaz apareció ante la mesa electoral, vio encima de ella el libro en el que se recogían las firmas en favor de Santa Anna, abierto, mientras que el destinado a los otros candidatos estaba cerrado «y con tintero y pluma encima». Díaz dudaba, pero al ser vituperado como cobarde a causa de su negativa a votar, abrió el segundo libro y estampó en él el nombre del general Juan Álvarez. Perseguido por la policía, se escondió en casa de un amigo hasta que pudieron conseguir caballos con los que huir hacia las montañas, donde se unieron a una pequeña fuerza revolucionaria. Como jefe de una fuerza todavía más pequeña, Díaz, recurriendo a un ardid aprendido en las clases de estrategia militar del Instituto, tendió una emboscada en un barranco a un grupo reaccionario compuesto de entre ochenta y cien hombres; en el momento oportuno lanzó sobre ellos un alud de piedras y una descarga cerrada, con lo que los puso en fuga. Esta fue la primera de las cuarenta y seis acciones, en las que, según él, tomó parte. Cuando García le entregó su nombramiento de jefe político, Díaz organizó furtivamente un batallón de la Guardia Nacional, y cuando más adelante, García se pasó al bando reaccionario, Díaz marchó con sus hombres a Oaxaca, tomó parte en su liberación bajo Díaz Ordaz, y volvió oficialmente al servicio militar; en aquel momento Juárez nombró capitán al hasta entonces teniente Díaz.

Poco después de su regreso, Juárez fundó un semanario liberal llamado *El Azote de los Tiranos*, en el que colaboraron las mejores plumas liberales de Oaxaca. Francisco Zarco, el mejor periodista de su tiempo, calificó al órgano oaxaqueño como «el mejor periódico de la República».

En sus *Apuntes*, Juárez dice: «Como en esta época no se había dado todavía la nueva Constitución, el gobierno del señor Comonfort conforme al Plan de Ayutla ejercía su poder central y omnímodo que toleraban apenas los pueblos por la esperanza que tenían de que la representación nacional les devolvería pronto su soberanía por medio de una constitución basada sobre los principios democráticos que la última revolución había proclamado. El espíritu de libertad que reinaba entonces y que se avivaba con el recuerdo de la opresión reciente del despotismo de Santa Anna, hacía sumamente difícil la situación del gobierno para cimentar el orden público, porque necesitaba usar de suma prudencia en sus disposiciones para reprimir las tentativas de los descontentos sin herir la susceptibilidad de los Estados con medidas que atacasen o restringiesen demasiado su libertad. Sin embargo, el señor Comonfort expidió un Estatuto orgánico que centralizaba de tal modo la administración pública que sometía al cuidado inmediato del poder general hasta los ramos de simple policía de las municipalidades. Esto causó una alarma general en los Estados. Las autoridades de Oaxaca representaron contra aquella medida pidiendo que se suspendieran sus efectos. No se dio una resolución categórica a la exposición; pero de hecho no rigió en el Estado el Estatuto que se le quería imponer y el gobierno tuvo la prudencia de no insistir en su cumplimiento.»

Al redactar la protesta dirigida a Comonfort, asistieron a Juárez, Manuel Dublán, Manuel Ruiz, Félix Romero (valiente profesor de derecho y periodista), Marcos Pérez y Justo Benítez; pero «las autoridades de Oaxaca» eran Juárez y nadie más. En una carta de fecha 29 de mayo 1856, Juárez dice a Matías Romero: «El Estatuto ha sido recibido aquí con el mayor disgusto, porque establece el gobierno de la República de forma centralizada. Haga Dios que el Congreso complete la Constitución tan pronto como sea posible».

De haber leído esta carta, Comonfort quizás habría exclamado: ¡Desagradables problemas, en efecto! Había tenido que reconquistar la ciudad de Puebla, pues había sido tomada por rebeldes armados inspirados por las protestas del clero contra las medidas liberales, entre ellas, la Ley Juárez, principalmente. Una vez tomada la ciudad desterró al obispo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, que entonces se dedicó a urdir

intrigas en las cortes europeas, y mostró gran benevolencia respecto a los oficiales rebeldes pertenecientes al ejército regular, quienes, en un futuro próximo, debían ser fuente de grandes preocupaciones. Según Sierra, Comonfort los castigó «con una especie de degradación militar, una humillación que no los puso fuera de combate, sino que los dispuso para vengarse implacablemente». Cuenta el mismo Sierra que, cuando en cierta ocasión posterior, él y otros acudieron a Juárez a pedirle que perdonara la vida a un rebelde que había sido capturado, Juárez consintió, pero advirtió a Sierra y sus compañeros: «No olviden que absolviendo a un hombre de estos que sólo entienden por política el desorden y el cuartelazo, se sentencia a muerte a muchos centenares de inocentes». Juárez sabía muy bien que aunque el amor a la libertad y el apego al poder son las dos fuerzas más poderosas que mueven a la sociedad, la libertad necesita del orden, el cual sólo puede ser establecido y mantenido por el poder gubernamental, que no siempre puede ser desinteresado y justo. En su perpetua preocupación por las escuelas y la educación, Juárez demostró saber perfectamente que no existía sustituto alguno que pudiera suplir adecuadamente a la ilustración y conducta responsable de los ciudadanos.

En enero de 1856, inmediatamente después de su vuelta, reinstaló el Instituto, y nombró director del mismo al licenciado Marcos Pérez, a quien se encargó también la presidencia del Tribunal Superior de Justicia del Estado. Al tomar juramento al cuerpo de profesores, Juárez dijo: «El gobierno, que conoce la importancia de la instrucción pública, la influencia poderosa que ejerce en la moralidad y adelantos sociales, está resuelto a darle todo el impulso que las necesidades del Estado demanden, protegiendo empeñosamente su desarrollo».

Así, Juárez, como gobernador «descentralizado», tan independiente y recalcitrante como los gobernadores con los que más tarde tendría que entenderse, aunque más inteligente, humano y desinteresado que la mayoría de ellos, pudo llevar a cabo su propio programa administrativo. «Reorganizó el Colegio de Abogados, estableció un consejo de salubridad» con

poderes para examinar y vigilar a los médicos y estudiantes de medicina y a los farmacéuticos; fundó un hospital; «organizó la Beneficencia Pública con el propósito de sustraer la insultante caridad de manos del clero y los ricos y darle un contenido social»; fundó una escuela normal en Tlacolula; «continuó las obras de construcción del Palacio de Gobierno, enriqueció el Museo del Estado, suprimió los pasaportes interiores», y trató de suprimir la obligatoriedad de las típicas mayordomías celebradas en los pueblos con motivo de las fiestas anuales del «santo patrón». También logró establecer, por fin, una casa de moneda que, durante los veinte años que funcionó, estimuló en alto grado la minería local.

«En este año», leemos en los *Apuntes*, «entró al Ministerio de Hacienda¹ el señor don Miguel Lerdo de Tejada que presentó al señor Comonfort² la ley sobre desamortización de los bienes que administraba el clero, y aunque esta ley le dejaba el goce de los productos de dichos bienes y sólo le quitaba el trabajo de administrarlos, no se conformó con ella, resistió su cumplimiento y trabajó en persuadir al pueblo que era herética y atacaba a la Religión, lo que de pronto retrajo a muchos de los mismos liberales de usar de los derechos que la misma ley les concedía para adquirir a censo redimible los capitales que el clero se negaba a reconocer con las condiciones que la autoridad le exigía.

Entonces creí de mi deber hacer cumplir la ley no sólo con medidas del resorte de la autoridad, sino con el ejemplo para alentar a los que por un escrúpulo infundado se retraían de usar del beneficio que les concedía la ley. Pedí la adjudicación de un capital de tres mil y ochocientos pesos, si mal no recuerdo, que reconocería una casa situada en la calle de Coronel, de la ciudad de Oaxaca. El deseo de hacer efectiva esta reforma y no la mira de especular me guió para hacer esta operación. Había capitales de más consideración en que pude practicar; pero no era éste mi objeto».

La Ley Lerdo era en primer lugar una medida económica, promulgada con objeto de liberar las vastas propiedades de la Iglesia, para, así, estimular la economía. Las tierras no fueron confiscadas: se sacaron a la venta para que las adquirie-

1. El día 20 de mayo de 1856.

2. El día 25 de junio de 1856.

ran sus arrendatarios y otros; pero en el concepto de «otros» no entraba la Iglesia, la cual, en consecuencia, no podía readquirirlas, debiendo conformarse con poseer los edificios religiosos y el dinero obtenido de la venta de las tierras. El lenguaje de Juárez, al decir que con esta ley únicamente se descargaría a la Iglesia del trabajo de administración, fue algo irónico, es cierto, pero, a la vez, preciso. Por desgracia, la ley, aplicada en gran escala, no dio los resultados apetecidos. Las haciendas de la Iglesia, completas, y con fuerte impuesto sobre la venta, eran adquiridas sólo por los ricos. La ley precisaba que ni las corporaciones civiles ni las eclesiásticas podían poseer tierras, de modo que los mestizos pudieron comprar por parcelas más o menos grandes, las tierras comunales o ejidos que durante más de trescientos años habían pertenecido a las aldeas o poblados indios. En resumen, a la Iglesia sucedió una nueva clase: la de los nuevos ricos, muchos de ellos extranjeros. De consiguiente, los indios, a los que la Iglesia había ya cuidado de excitar, tuvieron nuevos motivos para reaccionar con violencia, como amargamente sabrían los liberales poco después. Aunque muy bien informado y de un nivel intelectual superior al de la mayoría de los liberales, Miguel Lerdo de Tejada no brillaba a la misma altura en cuanto a realismo y sagacidad, aspectos en los que, posteriormente, quedarían al descubierto sus limitaciones. Tampoco el clero hizo gala de esas virtudes, por lo menos no en el grado que cabía esperar. Se ha dicho que, dado su mayor interés por la riqueza propia que por la religión y la moral, de haber cooperado con el gobierno en la venta de sus tierras que, por otra parte, no eran demasiado productivas, si hubieran invertido en la industria ferroviaria, por ejemplo, y fomentado ésta y otras industrias, podrían haber alcanzado, al menos durante algunas décadas, mayor riqueza que la poseída hasta entonces, y el país se habría ahorrado tal vez millares de vidas humanas.

Miguel Lerdo de Tejada nació el año 1812 en la ciudad de Veracruz, donde, once años más tarde, vio la primera luz su hermano Sebastián. Eran mitad españoles y mitad mexicanos. Después de gozar de una niñez opulenta, quedaron huérfanos

y en la miseria; pero gracias a su interés por hacerse con una educación, lograron escalar importantes puestos. Junto con Ocampo, Ignacio Ramírez y Francisco Zarco fueron, con toda seguridad, los hombres de mayor rango intelectual entre los más destacados liberales de la época; pero, dejando aparte sus primeros años, parece ser que nunca estuvieron muy unidos.

A los treinta años, Miguel Lerdo de Tejada se dedicaba a escribir enjundiosos ensayos sobre política y economía, y una historia de Veracruz. Durante la ocupación de Ciudad de México por los americanos, sirvió en el Ayuntamiento por motivos puramente patrióticos y humanos, lo que le fue amarga e injustamente criticado más tarde. Al hacerse Santa Anna con el poder, el dictador pidió a Miguel Lerdo un resumen de la situación económica. Lerdo se lo dio tan preciso y documentado que le valió el nombramiento de subsecretario de Desarrollo; pero, desde luego, era excesivamente liberal para el gusto del dictador, quien a buen seguro nunca leyó sus informes; no duró mucho en el cargo, naturalmente. No es de extrañar que Comonfort le nombrara ministro de Hacienda, como no es extraño que las ideas de Lerdo fueran demasiado radicales desde el punto de vista del presidente. Tampoco duró mucho: menos de un año. En 1856, y durante algo más de un mes, volvió al gabinete Comonfort; esta vez como ministro de Relaciones. Poseía una figura aristocrática con un bigote y patillas a la usanza. Sus costumbres eran intachables, y sus cambios de opinión, frecuentes, pero razonados siempre. Sus colegas, entre ellos, Juárez, parecen haber estado todos fascinados por su talento, a la par que, quizás con razón, desconfiaban algo de sus juicios.

Su hermano Sebastián tenía un carácter más sólido y complejo. Era un gran erudito en leyes y liberal de cuerpo entero, pero sus puntos de vista eran más moderados que los de su hermano. Desde 1852 a 1863, previa autorización del ministerio al que se hallaba afecto, se hizo cargo de la rectoría del Colegio de San Ildefonso, institución controlada por el Departamento de Justicia, y uno de los mejores del país. En 1855,

como ministro de Justicia, Juárez asistió a los exámenes de fin de carrera del Colegio, e inmediatamente nombró al Rector para uno de los dos puestos de fiscal del Tribunal Supremo, cargo en el que se combinaban extrañamente las funciones propias de la fiscalía con las de juez sustituto del mismo tribunal. Desde junio a septiembre de 1857, y siendo casi desconocido, en contraste con su hermano, actuó como secretario de Relaciones de Comonfort, en cuyo puesto hizo, de forma tajante y clara, una sola cosa: oponerse a cualquier desmembramiento del territorio nacional en favor de los Estados Unidos. Cuando vino la explosión, volvió a su apolítico cargo de Rector de San Ildefonso. Lo único que demostró fue que su fatuidad intelectual corría parejas con su gran talento.

El doctor Knapp, su mejor biógrafo, le describe como sigue: «Equilibrado y de trato afable, en ocasiones austero y distante, a este hombre grueso y de estatura inferior a la media, su traje negro le sentaba tan bien como su cargo de Rector. Iba siempre vestido de forma impecable algo fúnebre, incluso: traje negro, chaleco y corbata, y camisa blanca, limpísima, de cuello alto. Sus ojos eran saltones y penetrantes, y tenía la cara ovalada rodeada de una orla de pelo color castaño, y su cabeza, grande y calva. Hubiera podido confundírsele con un cura rural. A pesar de que su apariencia era propicia a ser caricaturizada, de su persona emanaba una buena dosis de dignidad. A menudo también aparecía en sus delgados labios un pliegue irónico que podía, de repente, transformarse en una expresión de inflexible determinación. Para completar el diseño resta únicamente añadir que su tez era pálida, con lo que, en conjunto, su aspecto era más anglosajón que latino, cosa que él en modo alguno habría considerado como un elogio».

Esta figura académica iba a llegar muy lejos. En cierta ocasión, mientras estaba en un estrado, sentado al lado de Juárez, en 1855, don Benito decidió que podría serle útil en el gobierno, y, desde luego, no se equivocó.

Todos los otros acontecimientos de aquellos momentos quedaron empujados por la redacción y adopción de la

Constitución de 1857, de acuerdo con el Plan de Ayutla. La convención constitucional o congreso, aunque tenía poderes legislativos, se reunió por vez primera el día 14 de febrero de 1856, y continuó sus trabajos hasta el 5 de febrero del año siguiente con varias interrupciones. Como sea que los reaccionarios no tenían derecho al voto, o no querían hacer uso del mismo, y debido también a que los aproximadamente noventa y cinco diputados fueron elegidos en momentos de desorden e inestabilidad, la mayoría de ellos eran liberales, *puros* o *moderados*, y, en conjunto, fueron estos últimos los que estaban en mayoría. Cuarenta y seis años después del Grito de 1810, y casi treinta años más tarde de haberse establecido los institutos seculares en los que se formaron tantos juristas, los miembros de este cuerpo, prescindiendo de lo que dieron de sí, eran hombres realmente notables y de capacidad política superior a la de los valerosos insurgentes. Su pasión y elocuencia superaban a su realismo; representaban a una minoría, y probablemente lo sabían. No obstante, demostraron ser hombres de gran valor, a la vez que tenían el convencimiento de que los casi cincuenta años de luchas sangrientas por la libertad y la reforma, debían ahora justificarse o, de lo contrario, considerarlos como vergonzosamente desperdiciados.

El primer proyecto de ley incluido en el documento final fue el que podría llamarse de Derechos. Era muy extenso, y se compilaban en él los principios políticos de la Ilustración y los conceptos básicos de la Ley-Juárez y la Ley-Lerdo, cosa que únicamente los fanáticos de la reacción podían reprobar. Se debatió con gran calor un artículo sobre la tolerancia religiosa, pero al final no fue aprobado. Sin embargo, Ponciano Arriaga consiguió la inclusión del párrafo del artículo 123, por el que se concede al gobierno el control de la Iglesia. En una cláusula ciertamente original se establecía el derecho de *amparo*, por el que podía acudir directamente al Tribunal Supremo para la defensa de los derechos civiles. Esta parte de la Constitución, e igual puede decirse en lo que se refiere a la de 1917 actualmente en vigor, apenas ha tenido que ser rectificada, cosa

que cualquier mexicano puede comprobar. En 1856 y 1857, al redactar el Documento de Derechos, los liberales mexicanos erigieron a la vez un estandarte y un símbolo. Por entonces, la mayoría del pueblo no entendía, y en muchos casos no conocía siquiera este documento; pero a medida que pasaban los años, esta falta de entendimiento e ignorancia disminuían, aumentando con ello el número de los que estaban dispuestos a luchar por él. Los conservadores más destacados no dejaron de ver el peligro y, con la ayuda de la clerecía, pudieron persuadir a muchos mexicanos de que el Documento de Derechos constituía un ataque a la religión y al estilo de vida mexicanos, siendo, en consecuencia, necesario destruirlo en seguida.

La estructura gubernamental creada por la Constitución de 1857, como la de 1824, era demasiado parecida a la de los Estados Unidos, cuando lo que procedía era adaptarla al carácter, sociedad y economía mexicanos de la época. Se estableció la separación, con equilibrio de poder, entre las ramas ejecutiva, legislativa y judicial; pero, debido quizás a no delimitarse exactamente el campo de unas y otras, resultó que la legislatura era más poderosa que la rama ejecutiva, cosa en aquel tiempo muy peligrosa. Además, las relaciones entre los Estados y el poder federal, y las de los Estados entre sí, estaban mal definidas. Se incluía un sistema de votación electoral, reemplazado o apoyado por elecciones directas en algunas ocasiones. Las modificaciones efectuadas en la Constitución, defectuosa en su base, no representaron mejora alguna. Como sea que exista el temor de que el Senado fuera, en todos los casos, reaccionario, el Congreso funcionaba con una sola Cámara. Lo más singular y peligroso era el hecho de que el presidente del Tribunal Supremo debía ser elegido mediante votación, y era nombrado, al mismo tiempo, vicepresidente.

En seguida Juárez se puso a trabajar de firme bajo la nueva Constitución, aunque tenía sus dudas (que no hizo públicas) sobre su eficacia. Muy pronto, por esta Constitución, que era por lo menos *una* Constitución, arriesgó su carrera y su cuello. Con todo, debe admitirse que su mejor labor como gobernante la realizó cuando los acontecimientos le obligaron a dejar la

Constitución a un lado, es decir, en los momentos de excepción en que, al concederse plenos poderes a la presidencia, pudo gobernar por decreto. Durante los dos períodos en que trató de ajustarse a los preceptos de la Carta, vio su labor entorpecida por los defectos de la misma, por el egotismo de la mayor parte de los políticos mexicanos y por las ideas confusas, propias y ajenas, acerca del verdadero significado del concepto «parlamentarismo». En estas condiciones, como se verá luego, se hizo un lío.

La Constitución de 1857, aunque necesaria, era una bomba cuya espoleta estaba constituida por el párrafo, necesario también, en el que se especificaba que todos los funcionarios civiles debían prestar juramento de obediencia a la misma. En 5 de febrero de 1857, el anciano y respetado liberal Valentín Gómez Farias, arrodillado ante Dios y el Congreso, fue el primero en prestar juramento, haciéndolo seguidamente todos los miembros de la Cámara y Comonfort. La Iglesia apretó entonces el gatillo, excomulgando a todos los que, habiendo jurado, no se retractaran públicamente. De nuevo volvieron a encenderse las antorchas de la revolución en todo el país y, cómo no, también en la perenne úlcera reaccionaria de México: Puebla.

Entre los líderes militares reaccionarios figuraban Tomás Mejía y Miguel Miramón. «El leal Mejía era un indio moreno y antipático, de pómulos salientes y boca enorme, y escaso y rebelde pelo. Era un dios entre los nativos de... Sierra Gorda (cerca de Querétaro), quienes, cariñosamente, le llamaban don Tomasito». Era un soldado valiente y capaz, apasionado por la Iglesia y el viejo orden, y carecía de educación. Desgraciadamente, representaba a muchos millares de mexicanos parecidos a él. Como Miramón, luchó valerosamente contra los americanos. Miramón, un aristócrata elegante y arrojado de origen francés, ascendió rápidamente en el ejército regular, pues a sus veinticinco años de edad tenía el grado de coronel. Ambos se habían rebelado ya anteriormente; pero Comonfort, imprudentemente, mostró para con ellos una benevolencia excesiva. Entre los curas reaccionarios mexicanos destacó por su acti-

vidad Francisco J. Miranda, hombre corpulento, elegante, de maneras suaves y rostro afeitado. Este clérigo, astuto e ingenioso, viajaba de ciudad en ciudad organizando rebeliones contra el gobierno federal. De todos modos, gracias a que Comonfort supo, en este caso al menos, mostrarse enérgico y eficaz, los *puros*, entre ellos Juárez, en momento alguno se vieron intimidados.

Se estipuló que en todos los Estados tuvieran lugar convenciones constitucionales, para que la Constitución de cada uno de ellos no estuviera en contraposición con la federal, que se convocaran elecciones nacionales y también en cada uno de los Estados, y que, bajo la nueva Constitución, el gobierno federal tomara posesión el día 16 de septiembre de 1857. La nueva Constitución federal se proclamó en Oaxaca con fecha 23 de marzo, y el día siguiente se cantó un *Te Deum* en la catedral, cosa que fue posible gracias a que estaba ausente el capítulo catedralicio, opuesto a la Constitución y al obispo.

«En 1857», dice Juárez en sus *Apuntes*, «se publicó la Constitución Política de la Nación y desde luego me apresuré a ponerla en práctica principalmente en lo relativo a la organización del Estado. Era mi opinión que los Estados se constituyesen sin pérdida de tiempo, porque temía que por algunos principios de libertad y de progreso que se habían consignado en la constitución general estallase o formase pronto un motín en la capital de la República que disolviese a los poderes Supremos de la nación; era conveniente que los Estados se encontrasen ya organizados para contrariarlo, destruirlo y restablecer las autoridades legítimas que la constitución había establecido. La mayoría de los Estados comprendió la necesidad de su pronta organización y procedió a realizarla conforme a las bases fijadas en la carta fundamental de la República. Oaxaca dio su Constitución particular que puso en práctica desde luego y mediante ella fui electo gobernador Constitución de elección directa que hicieron los pueblos.»

El día 21 de junio de 1857 se reunió el Congreso constituyente del Estado de Oaxaca. En el discurso de apertura, Juárez, hablando de la nueva Constitución, llegó a decir: «Verdad es que en esa Constitución, aún no se han establecido de lleno y con franqueza, todos los principios que la causa de la liber-

tad demanda para que México disfrute de una paz perdurable». Continuó diciendo que aunque la Constitución podía ser reformada legalmente, ellos, como representantes de la nación, debían preparar el ánimo del pueblo para aceptar de buen grado estos posibles cambios. En la campaña electoral para la gobernación del Estado de Oaxaca por el período 1856-1860, Juárez obtuvo 100.336 de los 112.541 votos, lo cual constituyó sin duda un agradable principio en un experimento de tal naturaleza. Una buena parte de los indios analfabetos no sabía quizás qué votaba, pero sí sabía a quién.

Desde el 3 de abril al 7 de mayo, Juárez había estado de nuevo en Tehuantepec, donde logró zanjar amigablemente otra de las disputas entre dicha ciudad y la de Juchitán, y reforzó la decisión de la Asamblea nacional constituyente de reincorporar el istmo al Estado de Oaxaca, del que había sido separado en 1852, al objeto de reforzar el régimen centralista de Santa Anna.

Bernardino Carvajal, un cura rural, fue protagonista de un suceso de menor importancia pero digno de contarse. En resumen: Cuando José Justo Benítez, secretario u oficial Mayor del gobierno, llegó a verse imposibilitado de atender su cargo por estar demasiado ocupado en el proyecto de la nueva Constitución local, Juárez ofreció el puesto a Carvajal. Cuando el obispado le negó el permiso para hacerse cargo del empleo a causa del juramento previo constitucional, «Carvajal abandonó su curato, envió al obispo sus ornamentos sacerdotales y una carta en que daba por concluidos sus compromisos con la Iglesia».

A finales de junio, y de acuerdo con las órdenes de Lorenzo Garza, arzobispo de México, un cura párroco faltó a las leyes por lo que fue denunciado a Juárez por Nicolás Fernández y Muedra, gobernador del departamento de Villa Alta, a raíz de lo cual, Juárez escribió al obispo de Oaxaca, la siguiente carta:

«Ilmo. Sr.: Constando á este gobierno que el cura párroco de Zoochila, don Andrés Jiménez, ha negado los Sacramentos al finado

alcalde de Tavehua, no queriendo que se le diese sepultura, so pretexto de que dicho funcionario no quiso retractarse del juramento que prestó á la constitución política de la República; y en virtud de las instrucciones que tengo del supremo gobierno de la nación, he tenido a bien disponer, que el expresado señor Jiménez sea traído preso á esta ciudad y remitido fuera del Estado, al lugar que el Excmo. Sr. Presidente determine.

Este gobierno no puede ver con indiferencia hechos que, alarmando las conciencias de los ciudadanos, llegarían á alterar el orden público; y, decidido á hacer respetar las leyes, no teme providenciar lo que el bien de los pueblos demande: si ve con aprecio y estimación al sacerdote evangélico que cumple religiosamente su santa misión de paz y de moralidad, no vacila un instante en castigar al inquieto, que con sus actos predica odiosidades y trastornos; porque lo contrario importaría abandonar la sociedad á los destructores embates del primero que se interese en su ruina. Separado por tal motivo, dentro de pocos días el señor Jiménez, suplicó á V. S. Y. se sirva remitir á Zochila otro eclesiástico que se encargue de aquella parroquia.

Protesto á V. S. Y. mi aprecio y atenta consideración.

Dios y Libertad. Oaxaca, junio 22 de 1857.

Benito Juárez.»

Ocho días más tarde, Juárez fue elegido de nuevo gobernador. En sus *Apuntes*, leemos :

«Era costumbre autorizada por ley en aquel Estado, lo mismo que en los demás de la República, que cuando tomaba posesión el gobernador, éste concurría con todas las demás autoridades al Te Deum que se cantaba en la Catedral, a cuya puerta principal salían a recibirlo los Canónigos; pero en esta vez ya el clero hacía una guerra abierta a la autoridad civil, muy especialmente a mí por la ley de administración de justicia que expedí en 23 de noviembre de 1855, y consideraba a los gobernadores como herejes y excomulgados. Los canónigos de Oaxaca aprovecharon el incidente de mi posesión para promover un escándalo. Proyectaron cerrar las puertas de la iglesia para no recibirme, con la siniestra mira de comprometerme a usar de la fuerza mandando abrir las puertas con la policía armada y a aprehender a los canónigos para que mi administración se inaugurase con un acto de violencia, o con un motín si el pueblo a quien debían presentarse los aprehendidos como mártires, tomaba parte en su defensa. Los avisos repetidos que tuve de esta trama que se urdía y el hecho de que la Iglesia

estaba cerrada, contra lo acostumbrado en casos semejantes, siendo ya la hora de la asistencia, me confirmaron la verdad de lo que pasaba. Aunque contaba yo con fuerzas suficientes para hacerme respetar procediendo contra los sediciosos y la ley aún vigente sobre ceremonial de posesión de los gobernadores me autorizaba para obrar de esta manera; resolví, sin embargo, omitir la asistencia al Te Deum, no por temor a los Canónigos, sino por la convicción que tenía de que los gobernantes de la sociedad civil no deben asistir como tales a ninguna ceremonia eclesiástica, si bien como hombres pueden ir a los templos a practicar los actos de devoción que su religión les dicte. Los Gobiernos civiles no deben tener religión, porque siendo su deber proteger imparcialmente la libertad que los gobernados tienen de seguir y practicar la religión que gusten adoptar, no llenarían fielmente ese deber si fueran sectarios de alguna. Este suceso fue para mí muy plausible para reformar la mala costumbre que había de que los gobernantes asistiesen hasta a las procesiones y aun a las profesiones de monjas, perdiendo el tiempo que debían emplear en trabajos útiles a la sociedad. Además, consideré que no debiendo ejercer ninguna función eclesiástica ni gobernar a nombre de la Iglesia, sino del pueblo que me había elegido, mi autoridad quedaba íntegra y perfecta con sólo la protesta que hice ante los representantes del Estado de cumplir fielmente mi deber. De este modo evité el escándalo que se proyectó y desde entonces cesó en Oaxaca la mala costumbre de que las autoridades civiles asistiesen a las funciones eclesiásticas».

Este pasaje parece establecer y fijar con cierta precisión el punto culminante y decisivo de la seguramente lenta transformación religiosa de Juárez, que pasó de ser un «buen católico», aunque liberal y meditativo, a lo que podríamos llamar «cristiano independiente y no comprometido». Sus últimas notas al respecto se ratifican completamente con este párrafo, con lo que queda disipada toda duda razonable sobre este punto. De sus palabras parecen desprenderse ciertos indicios de agnosticismo; pero las repetidas referencias que a la «divina Providencia» y a Dios hacía Juárez en sus discursos y que no eran en absoluto mera retórica, hacen suponer con relativa seguridad que no fue tan lejos. Sus restantes creencias religiosas parecen haber sido vagas pero fuertes, y debió de continuar sintiendo afecto y respeto por la religión de sus años

jóvenes y del pueblo mexicano, y, asimismo, por los curas dedicados de lleno a las cuestiones religiosas y morales. Pero ahora, las puertas de la Iglesia se habían cerrado para él en más de un sentido, y había sido la Iglesia misma la que había dado el portazo. De todos modos, el desenlace de este conflicto de lealtades debió de suponer para Juárez un alivio considerable.

Los *Apuntes* terminan así: «A propósito de malas costumbres, había otras que sólo servían para satisfacer la vanidad y la ostentación de los gobernantes como la de tener guardias de fuerza armada en sus casas y la de llevar en las funciones públicas sombreros de una forma especial. Desde que tuve el carácter de Gobernador abolí esta costumbre usando de sombrero y traje del común de los ciudadanos y viviendo en mi casa sin guardia de soldados y sin aparato de ninguna especie, porque tengo la persuasión de que la respetabilidad del gobierno le viene de la ley y de un recto proceder y no de trajes ni de aparatos militares propios sólo para los reyes de teatro. Tengo el gusto de que los gobernantes de Oaxaca han seguido mi ejemplo».

El día 13 de agosto, en Santa María Ixcapa (Oaxaca), las fuerzas del Estado y otras procedentes de Guerrero ahogaron una rebelión de menor importancia originada por los curas y dirigida por un coronel llamado José María Salado, santannista no reformado. En esta enérgica acción, contada más tarde sin jactancia alguna por él mismo, el capitán Porfirio Díaz se hizo cargo del mando cuando algunas de las fuerzas del Estado habían perdido su valor combativo, y consiguió transformar una casi segura derrota en una victoria completa. En esta batalla recibió una herida en el abdomen que luego se infectó, y que posiblemente le hubiera costado la vida si Juárez no hubiera enviado a un tal doctor Esteban Calderón quien se hizo cargo del capitán Díaz y de sus camaradas heridos.

En el transcurso de este año, y de forma gradual, se veía claramente que Juárez desaprobaba las vacilaciones de Comonfort, y que, de una manera u otra, se vería envuelto, posiblemente, en la peligrosa confusión que reinaba dentro del gobierno federal. Por medio de frecuentes cartas, se mantuvo en contacto con su joven amigo Matías Romero, entonces en

Ciudad de México, de quien recibía informes sobre asuntos nacionales que Juárez, en sus respuestas, comentaba, al mismo tiempo que aconsejaba al joven en sus estudios y carrera. Ya el 4 de abril escribió a Romero para hacerle desistir del proyecto que había planeado con otros amigos consistente en presentar a Juárez como candidato para un cargo de elección popular, so pretexto de evitar el antagonismo de Comonfort, que sólo serviría para perjudicar las relaciones de Oaxaca con el gobierno federal. En 10 de junio comunicó a Romero que estaba menos preocupado por los negocios extranjeros que por los demasiado frecuentes cambios que se producían en el gabinete en el que se había dado entrada a personas que no inspiraban confianza a los liberales. 8 de septiembre: «Mucho se dice de un golpe de Estado y de cambio de política del gabinete; pero yo no creo que el señor Comonfort quiera precipitarse a su perdición, separándose del orden legal que va a comenzar el día 16 del corriente». El día 17 del mismo mes, Romero replicó que corrían demasiados rumores como para estar seguro de nada, excepto el de que el Congreso se veía en dificultades para reunirse, debido a que estaban en litigio las credenciales de muchos diputados; que el gabinete había dimitido, no faltando quien consideraba esto como el primer paso de Comonfort para apartarse de la Constitución, mientras otros diferían de esta interpretación; y que lo que sí parecía indudable era la hostilidad de Comonfort respecto a la Constitución. A esto, replicó Juárez por carta de fecha 22 septiembre: «Aunque la Constitución no sea del agrado del señor Presidente no es de temer que la destruya pues siendo del gusto de toda la nación encontrará siempre apoyo en la representación nacional, y yo entiendo que jamás volveremos atrás como lo desean los enemigos de la libertad».

Las elecciones nacionales de aquel año fueron extremadamente confusas, con Miguel Lerdo de Tejada como único candidato aparte del propio Comonfort, ya Presidente. Lerdo retiró su candidatura en junio, y luego fue elegido simultáneamente para ocupar un escaño en el Tribunal Supremo y otro en el Congreso. A pesar de resistirse a ello, Juárez fue elegido

presidente del Tribunal Supremo. En el turbulento período que siguió al 16 de septiembre, al entrar en vigor la Constitución sin que hubiera ni presidente ni gabinete constitucionales, «algunos diputados estaban madurando un plan para derrocar a Comonfort, poniendo a Juárez en su lugar». Por fin, el Congreso se reunió el día 8 de octubre, pero los votos de los electores se hicieron esperar durante más de un mes.

No obstante, Comonfort procedió a organizar el gabinete, y el 19 de octubre, Manuel Ruiz, un buen *puro*, fue nombrado ministro de Justicia y Asuntos Eclesiásticos. Las acciones y motivaciones de Comonfort nunca fueron muy claras, y, el día 21 de octubre envió a Juárez, por mediación de Ignacio Mejía, una carta tan oscura como interesante e importante. En ella tuteaba a Juárez, con lo que demostraba una gran intimidad, pues en aquella época no se abusaba tanto como ahora de la segunda persona del singular. Le pedía aceptara el ministerio de Gobernación, responsable, entre otras cosas, de la policía y del orden interno de la República. A continuación, sigue el párrafo siguiente: «Me ayudarás también a calmar algunas pretensiones de la familia liberal, peligrosa en la difícil crisis que atravesamos; y por último para que estés al tanto de la situación y el conocimiento de ella te facilite el despacho de los negocios para cuando, como presidente de la Suprema Corte, tengas que encargarte del mando supremo de la nación porque así lo exija mi falta de salud o alguna otra causa grave». Comonfort debía de haber olvidado, o así lo pretendía, cuán *puro* había sido Juárez durante su íntima colaboración, cuatro años atrás. El presidente necesitaba ahora el poder y el prestigio de Juárez. Éste, lo mismo que Comonfort, no debía jurar su cargo hasta el día 1.º de diciembre. Faltaban cuarenta días para aquella fecha, y, si para entonces estaban vivos y en sus puestos respectivos, podría demorarse la toma de posesión de Juárez como presidente de la Suprema Corte; es decir, podría jurar su cargo, e inmediatamente obtener una excedencia para poder posesionarse del ministerio del Interior. Comonfort anticipó claramente la posibilidad, o el deseo, de dimitir muy poco después de haber iniciado el pe-

ríodo de cuatro años, si bien en modo alguno podía suponer en cuán tristes circunstancias se produciría su salida del poder. Es posible que creyera también poder desviar a su sucesor un poco hacia la derecha.

La respuesta de Juárez, fechada en 24 de octubre, y dirigida al subsecretario del Interior, para entregarla al presidente, además de dar las gracias, era mucho más explícita. Aceptaba el cargo, decía, porque consideraba su deber hacerlo, y porque «mis convicciones me colocan en la situación de cooperar de todas maneras al desarrollo de la gloriosa revolución de Ayutla». José María Díaz Ordaz fue nombrado inmediatamente gobernador interino de Oaxaca, y, el 27 de octubre, Juárez partió de Oaxaca en dirección a Ciudad de México. Parece ser que no se llevó con él a su familia, porque debió de considerar, con muy buen sentido, que la capital no era lugar muy seguro ni para los políticos ni para sus familiares. La despedida de doña Margarita y de los niños habría sido todavía más dolorosa de haber sabido que ya jamás volvería a ver ni la ciudad ni el Estado de Oaxaca.

Juárez contaba cincuenta y un años, y, con toda probabilidad, usaba un traje bastante raído, y llevaba poco equipaje, mientras viajaba en diligencia hacia Ciudad de México, por parajes, algunos al menos, salvajes y montañosos. Llegó a la capital el día 2 de noviembre, para, el día siguiente, hacerse cargo de su ministerio. Se iba acercando con rapidez a una crisis capital, no sólo en lo que a su vida se refería, sino también a la de la nación.



III

LA GUERRA DE LA REFORMA

LA CRISIS DE LA CONSTITUCION

Parece razonable suponer que Juárez completó sus *Apuntes para mis hijos* hasta el punto que hemos dejado transcrito en el último capítulo, poco antes de partir de Oaxaca, y que después estuvo siempre tan ocupado que no pudo sino escribir notas fragmentarias y muy lacónicas, día a día, durante otros siete años, aunque con largos paréntesis. A dichas notas les he dado el nombre de *Diario*. Evidentemente, fueron escritas sólo para sí, y nunca las completó ni les dio forma literaria al estilo de los *Apuntes*. Para los historiadores, especialmente en relación con los acontecimientos de las semanas que siguieron, es realmente una pena, debido a la complejidad e importancia de los mismos y a que, por el papel desempeñado por Juárez en su desarrollo, habría ayudado a comprender las motivaciones y carácter de nuestro personaje. Los otros escritos de quienes tomaron parte en los aconteceres del país en aquellos momentos, son solamente justificativos, oscuros y contradictorios. Además, muchos de los hechos no eran apropiados para publicarse. Nos movemos, literalmente hablando, en medio de una espesa cortina de humo, y concentramos nuestros ojos, sobre todo, en la figura del pequeño indio de Oaxaca que, si bien no hablaba mucho, nadie podía durante mucho tiempo echarle de lado y olvidarle, debido tanto a sus relaciones con la presidencia como a la fortaleza incuestionable de su carácter.

El nuevo gabinete incluía, además de Manuel Ruiz en Justicia y Juárez en el Interior, a Juan Antonio de la Fuente en Relaciones, cargo que ya había ocupado bajo la presidencia de Ceballos. José García Conde en Guerra, Bernardo Flores en Desarrollo y Manuel Payno en Hacienda, puesto en el que ya había luchado bajo Herrera. De la Fuente era liberal convencido; pero, al igual que Ruiz, Ocampo, Degollado, Mata, los Lerdo y otros liberales que por aquel entonces se hallaban en Ciudad de México, parece que no estuvieron al corriente de estos acontecimientos, por lo que no se vieron envueltos en ellos. Según parece, García y Flores no eran sino figuras de escaso relieve, y la impresión que se obtiene de la lectura del *Diario* de Juárez es que el ministro del Interior se ocupaba tanto como el de la Guerra del abastecimiento y dirección de las fuerzas armadas, y, de modo principal, de la Guardia Nacional, encargadas de sofocar las pequeñas revueltas que tenían lugar. Uno de los personajes que se mostró más eficaz fue un tal Juan José Baz, al que Álvarez nombró gobernador del Distrito Federal en 1855.

Juárez, en su *Diario* «telegráfico», indica que mientras se desarrollaban estos acontecimientos él se encontraba muy ocupado con su propio trabajo. Puebla y Oaxaca fueron amenazadas por fuerzas reaccionarias, y el gobierno desplegó una tropa leal para hacerles frente. Los prisioneros políticos fueron juzgados y exiliados; se vigilaban los movimientos de los clérigos; se multaba a los editores de periódicos subversivos; se reformó, disciplinándolo, al reacio gobierno municipal de Ciudad de México. Mientras estaba ocupado en estos y otros asuntos, su joven amigo Matías Romero, aunque en forma cortés, le acuciaba al efecto de conseguir un empleo diplomático en ultramar, preferentemente en Londres, y al propio tiempo solicitaba su apoyo para publicar su obra *Tabla sinóptica de los tratados de México con otros países*. Romero se ocupaba en estos proyectos, despachaba cartas para los gobernadores y otras para Juárez, estudiaba inglés y francés, leía a los clásicos y tomaba parte en las tertulias de los cafés; pero otros, tan

ocupados como él, dedicaban su tiempo a otros quehaceres menos inocentes.

Antes de adentrarnos en detalles, creemos interesante hacer un bosquejo de la situación. El día 16 de noviembre, cuando ya se había discutido ampliamente y durante cierto tiempo el abandono de la Constitución, Comonfort, junto con Baz, Payno y Zuloaga, ultimó los pormenores, y se comprometió con los abandonistas. El día siguiente, Juárez, desconocedor de esta reunión y compromiso, instó a Comonfort a no dimitir. El primero de diciembre, Comonfort y Juárez juraron sus cargos de acuerdo con la Constitución. El 15 del mismo mes de diciembre la conspiración fue revelada al Congreso, y Juárez, interrogado por miembros del mismo, confirmó, de forma algo irresoluta, su existencia. El mismo día Comonfort reveló sus intenciones a Juárez, pero no llegó a convencerle para que se adhiriera al golpe de Estado. Payno, al ser acusado, se aturdió. El día 16 de diciembre Comonfort aceptó el Plan de Tacubaya para derribar la Constitución, y, el día siguiente hizo aprehender a Juárez. Comonfort vacilaba todavía. Los liberales pidieron a Doblado acaudillar su causa; pero finalmente se organizó una coalición de gobernadores adictos a la Constitución y a Juárez, considerado por ellos como heredero legal de la presidencia. Mientras el día 11 de enero, los reaccionarios derribaron a Comonfort y nombraron presidente a Zuloaga. Luego Comonfort liberó a Juárez para, seguidamente, exiliarse. Juárez y los jefes del partido liberal huyeron de Ciudad de México y establecieron el gobierno constitucional en Guanajuato el 19 de enero de 1858. Ahora sí podemos examinar más de cerca estos hechos, a la vez tan sombríos, fascinantes y críticos.

Ya el 8 de octubre, según versión de Baz, éste, apoyado por Prieto, instaba a Comonfort acerca de la necesidad de sustituir la Constitución por una dictadura liberal, a fin de conseguir mejores resultados. Baz se trasladó a Veracruz donde quizás no le entendieron muy bien al principio, aunque luego halló algún apoyo temporal para su idea. Dice que a su vuelta encontró a todos dispuestos, incluyendo al tortuoso Do-

blado, para apoyar un cambio por la vía constitucional. Podemos tener la seguridad de que los conservadores apremiaban a Comonfort para que derrocara la Constitución, si bien los motivos que los movían eran, naturalmente, completamente opuestos a los de los liberales. Su indecisión y temores movieron a los otros a actuar, y, sin duda, le causaron no poco daño.

Según Payno, quien según parece era hombre de cabeza más clara que Baz, aunque más bien canijo, dimitió de su cargo en Hacienda debido únicamente a una dolencia visual, y, con gran asombro por su parte, Comonfort aprovechó la ocasión para romper con él. Baz tenía también sus dificultades con Comonfort, aunque su amigo Payno esperaba poder reconciliar a los dos hombres. El 16 de noviembre Comonfort apareció en casa de Payno donde encontró a Baz. Sospechando que los dos hombres estaban intrigando, los llevó al palacio arzobispal de Tacubaya que era por entonces la residencia del presidente. Allí encontraron al general Félix Zuloaga, reaccionario y amigo de Comonfort, que estaba al mando de dos mil hombres estacionados en las cercanías. Se indicó a Zuloaga y Baz que salieran de la pequeña habitación, y así, Comonfort y Payno, ambos muy nerviosos y embarazados, se encontraron frente a frente. El primero fumaba sin descanso mientras no cesaba de pasear por la habitación.

Comonfort preguntó a Payno si había recibido de la esposa del general Landberg la medicina para los ojos. Azorado, Payno dijo que no. Luego quiso saber si Payno había o no enviado algún mensaje a Landberg por mediación de su esposa. Su interlocutor aturdido todavía, contestó que no. Seguidamente, Comonfort le dijo que la señora Landberg había recibido de manos de su confesor una carta supuestamente escrita por Payno, y dirigida al general, por aquellos días en Toluca al mando de una fuerza de 1.600 hombres. En esta carta se ofrecía ayuda a Landberg y, a la vez, se le acuciaba para que se pronunciara contra la Constitución. El general, furioso con su esposa, pudo haberla matado, y envió la carta a Comonfort. ¿Se trataba, pues, de una falsificación? Payno dijo que sí, que la carta era falsa. Después, los dos hombres se reconciliaron.

Esta carta había sido la causa de la desavenencia entre Payno y Comonfort. Aunque estaba ya dispuesto a arrinconar la Constitución, como iba a quedar demostrado muy pronto, Comonfort se enfureció, pero no por la rebelión en sí misma, sino porque no se contó con él. Tanto en el asunto de esta carta como en el de otra más explosiva aún a punto de aparecer, Payno demostró ser o un embustero consumado al dar su versión de los acontecimientos, o casi increíblemente cándido y débil para un experimentado ministro de Hacienda. Este autor cree lo último.

Se rogó a Baz y Zuloaga que entraran. Por razones sólo por él conocidas, Comonfort, evidentemente convencido de estar en compañía de dos hombres resueltos a derribar la Constitución y bastante fuertes como para lograrlo, sintió que podía sin riesgo alguno comprometerse hasta el punto en que era capaz de comprometerse en algo un hombre como él en un nuevo pronunciamiento.

«¿Dónde vamos a parar?», preguntó a los tres. «¿Es esto una revolución? ¿Cuáles son sus planes? ¿Con qué elementos cuentan ustedes?»

Baz hizo luego una sorprendente declaración en la que se proclamaba liberal para seguidamente insistir en que para el progreso liberal la Ley Juárez, la Ley Lerdo, el Congreso y la Constitución debían echarse por la borda. Payno dijo que la Constitución era impracticable, que el Tesoro estaba vacío, que no existía esperanza alguna de obtener dinero de los Estados Unidos por los derechos sobre el Istmo de Tehuantepec, que él desaprobaba la Ley Lerdo, y que Comonfort debería dimitir. Incluso Zuloaga, mediocre como hombre y como soldado, pero más fuerte que los otros dos, se mostró de acuerdo. Apartando el dedo de la boca, donde lo había mantenido mientras escuchaba y meditaba sobre el futuro de México y el suyo personal, manifestó que sus soldados estaban disgustados por las leyes anticlericales, y que podían fácilmente inclinarse por Miramón. Lo más seguro es que por entonces, sino mucho antes, Zuloaga había ya decidido pronunciarse contra la Constitución, ingenuamente en favor de la Iglesia. El caudillo de «la

gloriosa revolución de Ayutla», el popular Comonfort, se comprometió, pues, con un estúpido, con un intelectual físicamente muy débil y con un conspirador barato de uniforme. Los cuatro empezaron a hacer sus planes. Comonfort dijo que debían contar con el apoyo de Poblado en Guanajuato, de Parrodi en Jalisco, y de Veracruz. Baz dijo que de Veracruz se encargaría él. Zuloaga afirmó que se ocuparía de Huerta (Michoacán). Comonfort, que sondearía y seguiría la opinión pública. A las tres de la madrugada, después de enfundar sus revólveres, Baz y Comonfort regresaron a México acompañados de una escolta de dragones.

Si bien esta desagradable escena de la tragicomedia que se desarrollaba es la única que conocemos en todos sus detalles, puede afirmarse con certeza que durante las semanas siguientes tuvieron lugar muchas otras más o menos parecidas. Después de derrotar a Tomás Mejía en Querétaro, Doblado con acrecentado prestigio, apareció en México, donde se entrevistó varias veces con Comonfort. En su favor, debe reconocerse que trató de persuadir al presidente a realizar sus reformas por la vía constitucional y por medios legales; pero, como en él era característico, dejó el camino abierto para oponerse al golpe de Estado o para apoyarlo según conviniera a su propio interés.

El 17 de noviembre, un día después de la conspiración de Tacubaya, Juárez anotó en su *Diario*: «Conferencia. Comonfort. Obstáculos que tiene. El respeto a las creencias de la madre. Las relaciones de amistad con varios jefes del Ejército. La oposición por pocas simpatías de los jefes, y por tanto cree indispensable su separación. A todo se contestó satisfactoriamente».

¿Estaba Comonfort disimulando, para tantear a Juárez, o había vuelto a perder la confianza en sí mismo y pensaba seriamente en dimitir? Esto último parece probable, pero en modo alguno puede darse como cierto. Al día siguiente, Romero anotó en su diario el rumor de que Comonfort dimitiría. De todos modos, existe al respecto un interrogante más importante: ¿Hasta qué punto estaba Juárez al corriente de cuánto

sucedía? Es evidente que no sabía nada en absoluto de la conspiración fraguada la noche antes en Tacubaya, y debía solamente estar enterado del estado de ánimo del presidente. Payno escribiría más tarde, sin motivo alguno para defenderlos: «Los únicos que no sabían nada en los primeros días eran don Manuel Ruiz y don Benito Juárez». La frase «A todo se contestó satisfactoriamente» es quizás irritadoramente vaga; pero es razonable suponer que fue Juárez, el incurable optimista, quien intentó calmar y tranquilizar a Comonfort, cosa que hizo a su entera satisfacción al menos. Quizás ignoraba la peligrosa situación militar, y debió de apoyar tal vez una serie de enmiendas constitucionales para fortalecer la presidencia, o apremió al Congreso para que concediera a Comonfort poderes extraordinarios.

El día 18 de noviembre se hizo el recuento de los votos para la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, sin que ni Juárez ni el otro candidato, José María Lacunza, lograran la mayoría exigida por la Constitución. La elección recayó luego en el Congreso, que eligió a Juárez. Si bien durante algún tiempo se presumió que Juárez saldría elegido, recordemos, a título de ejemplo, la carta de Comonfort a don Benito ofreciéndole el cargo de ministro del Interior, y aunque los *puros* ejercían un cierto control en el Congreso, este hecho debió de producir en ellos, como en Juárez, seguramente, una mayor o menor sorpresa, seguida de un sentimiento de alivio. En cualquier caso, constituyó la tabla de salvación de la República, pues Lacunza, entonces *moderado*, se inclinaba a ojos vistas hacia la derecha y llegó a ser presidente del Consejo bajo el Imperio. Sin incidentes, Comonfort fue elegido para la presidencia el 21 de noviembre. El día último del mismo mes Juárez dimitió de su cargo ministerial al efecto de, al día siguiente, prestar el juramento como presidente de la Suprema Corte. En el mismo acto, se tomó juramento también a Comonfort. A Juárez y Fuente, elegidos asimismo para el Tribunal, se les concedió licencia para volver a sus ministerios respectivos.

Con fecha 10 de diciembre Juárez anota en su *Diario*: «Se facultó ampliamente al gobierno para restablecer la paz». Es-

cribió también: «Una conversación con Doblado y Lerdo», probablemente Miguel. El autor daría cualquier cosa para saber el motivo y contenido de esta conversación. Se estaban acercando todos ellos, rápidamente, a la orilla.

Los días 12 y 13 de diciembre fueron festivos. 14 de diciembre: «Acusación. Se verificó en la Cámara». 15 de diciembre: «Se recibió comunicación de la Cámara con copia de la Acusación. Carta de don Manuel Payno y don Félix Zuloaga a Huerta.¹ Plan. 1.º Cesa la constitución y queda de dictador el señor Comonfort. 2.º Se nombrará un Consejo de un representante propietario por cada Estado. 3.º Se expedirá una convocatoria para un Congreso en que estén representadas todas las clases y que reforme o haga una nueva Constitución. Se dice que secundarán el plan Lamberg en Toluca, Echeagaray en Puebla, Iglesias en Veracruz, Parrodi en Jalisco, Morett en San Luis y Doblado en Guanajuato. Junta de Ministros sobre el acuerdo del Jurado en que participa que se ha admitido la acusación contra los señores Payno y Zuloaga. Estaban presentes Ruiz, García Conde, Flores, Juárez y el señor presidente». Opinión de Juárez: «Obedecer la disposición y procurar que a los acusados se les oiga y otorguen todas las defensas legales y que los jueces sean imparciales. No puede hacerse otra cosa supuesto que la medida emana de una corporación que obra con arreglo a sus facultades constitucionales. Para la ejecución se resolvió tomarse tiempo hasta el día siguiente».

De los acontecimientos que siguieron se deduce claramente que los gobernadores supuestamente favorecedores del golpe de Estado no movieron un dedo para apoyarlo, fueron mal informados por Baz y otros, o cambiaron de parecer. Más adelante, Baz sostuvo que fue él quien, habiendo impulsado la rebelión contra la Constitución por medio de presiones sobre los líderes de Veracruz en primer lugar, los persuadió para que salieran en defensa de la misma. En cuanto a la carta, estaba escrita por Zuloaga, con una postdata de Payno, quien posteriormente quiso justificar la citada adición, so pretexto de que era él y no Zuloaga quien conocía a Huerta. Esta carta

1. Epitafio Huerta, gobernador y comandante militar de Michoacán.

fue presentada al Congreso junto con otras del mismo cariz escritas por Eligio Sierra, diputado de Michoacán. El gran jurado decidió procesar a Payno mientras que Zuloaga es de presumir sería acusado y juzgado como militar.

El *Diario*, con fecha 15 de diciembre, continúa: «La Cámara acordó que los ministros de Gobernación y de Guerra informen sobre el estado que guarda la tranquilidad pública, si se han dictado medidas contra el general Zuloaga y si se cuenta con fuerza para reprimir cualquier desorden que pueda haber.

Informó el ministro de Gobernación que no habiendo aún concluido la reacción a mano armada, pues con nuevas fuerzas ha invadido el Estado de Oaxaca, los enemigos siguen trabajando desde esta Capital y han cobrado nuevo aliento; que el gobierno dicta todas las providencias que caben en su posibilidad para sobreponerse a la situación, que en la capital sólo cuenta con 3.000 hombres y no puede tener más para hacerse tan respetable como quisiera porque los recursos se agotan todos los días, y aun la fuerza que existe compuesta en su mayor parte de fuerza permanente no puede contar con ella con toda la confianza debida, que por este motivo necesita proceder con demasiada precaución y tino y tomándose el tiempo necesario para cumplir con el acuerdo del gran Jurado respecto de la separación del señor Zuloaga. El Gobierno acata y llevará a cabo las disposiciones del Soberano Congreso, porque éste es su deber; pero que siendo responsable de la tranquilidad pública procurará cumplir con aquéllas, salvando siempre la última.

Contesta el presidente del Congreso que había oído con satisfacción el informe.

Se interpeló al ministro si creía conveniente la adopción de un proyecto que se leyó, reducido a que el Congreso se traslade a otro punto, si el orden público sufría alteración en esta capital.

Contestó el Ministro que no consideraba oportuna la medida en estas circunstancias, porque indicando que era efecto del temor se causaría alarma y no estamos en el caso de alarmar, sino de alentar con nuestra energía y con nuestra unión».

Dado que, según parece, Juárez no estaba muy al corriente de hasta qué punto Comonfort estaba comprometido en el proyectado golpe de Estado, ¿qué podemos deducir de este informe y de la respuesta del presidente? En primer lugar, que Comonfort sostenía con firmeza las riendas del gobierno, y

en segundo, que Juárez tenía cierto poder, cosa de la que, incluso entonces, podía dudarse. Revela un optimismo, sazónado de legalismo, que no era muy apropiado en aquellas circunstancias; más aún: en vista de los hechos claramente relatados por Juárez, la «satisfacción» del presidente del Congreso parece todavía más peligrosa y fuera de lugar.

Después de un paréntesis, leemos en el *Diario* de aquella misma fecha: «Al recibir instrucciones para informarse noté en el jefe una exaltación extraordinaria porque creía que se le hostilizaba». ¿Quién le hostilizaba?, ¿por qué razón? ¿Un Congreso que tenía derecho a conocer la situación? ¿Un ministro de cuya lealtad no estaba seguro en caso de que él, el presidente, se comprometiera en un pronunciamiento?

En este punto, antes de seguir con el relato de Juárez relativo a esta crítica reunión, vamos a detenernos en un informe escrito más tarde por Payno, que, con toda seguridad, se refiere a la reunión descrita por don Benito. «Una mañana» Comonfort llamó a Juárez, con quien sostuvo una entrevista, en la que se empleó por parte de los dos hombres el amistoso tuteo. Comonfort le expuso sus inquietudes y problemas, a la vez que le reveló la decisión de cambiar su posición política.

«Sabía algo», repuso Juárez serenamente, «pero, dado que tú no me habías dicho nada, no quise decirte ni una palabra de esto».

«Pues bien», dijo Comonfort, «voy a decírtelo. Debemos variar nuestra posición política, y quiero que tú me acompañes en el viraje».

«De verdad», replicó Juárez sin perder la calma, y como si estuvieran hablando de la cosa más simple del mundo, «de verdad te deseo mucha suerte y felicidad en el camino que vas a emprender, pero yo no iré contigo».

Veamos ahora la versión que nos da Juárez en su *Diario*:

«“Toma el partido que te parezca, porque yo ya he tomado el mío”, contesté. No creo que estamos en ése porque hasta ahora se obra en el terreno legal. En los gobiernos representativos las interpelaciones del cuerpo legislativo son frecuentes y ordinarias

porque son de esencia de la institución y no importan un ataque a la persona del jefe del Estado.

Esta tarde se recibió una comunicación del Jurado en que dice que no habiendo obedecido el ministro acusado,² a la cita que se le hizo, pedía que el Gobierno dictara sus providencias para que aquél concurriera al día siguiente.

El acusado dijo que mandaría su contestación por escrito».

Aparentemente al menos, Juárez consideraba que existía todavía alguna esperanza de mantener a Comonfort dentro de los límites de la ley, e ignoraba la siniestra influencia y el poder del general Zuloaga. Juárez no realizó anotación alguna en su *Diario* el día siguiente; pero los conspiradores se movían más que el ministro del Interior, y estaban interesados en procedimientos de tipo legal a causa de la ventaja que para ellos suponían «las dilaciones de la ley». Mientras Zuloaga y los otros se preparaban para actuar, Baz, evidentemente un personajillo literalmente intoxicado por una habilidad y un poder desacostumbrados, corrió al Congreso, y una vez allí, avisó a sus miembros, con triste precisión, que aquélla era la última sesión que tendría lugar. La misma noche el Plan de Tacubaya fue sometido a la aprobación del presidente. Lo leyó, y exclamó, hundido su cuerpo en el muelle sofá: «Acabo de cambiar mis títulos de presidente por los de un miserable revolucionario, pero a lo hecho pecho, y además ya no hay remedio. Lo acepto todo, y espero que Dios me mostrará el camino a seguir».

Durante aquella noche, la brigada de Zuloaga entró en la ciudad, pegó carteles del Plan de Tacubaya e izó banderas en los edificios públicos. Cuando a la mañana siguiente acudió Juárez a su oficina, un comité armado le estaba esperando. En su *Diario* escribió simplemente: «Fui aprehendido en palacio». Payno fue el encargado de su vigilancia, con el fin ostensible de evitar cualquier atentado contra su vida. Fuente, Ruiz, Prieto y otros no tardaron en someterse.

Si bien no sabemos, ni probablemente sabremos nunca, al menos con exactitud, lo que todos y cada uno de los prota-

2. Payno.

gonistas de este deplorable colapso del nuevo gobierno hicieron, dijeron, pensaron y sintieron, los rasgos principales se nos aparecen con suficiente claridad. Mientras la mayoría de los *puros* permanecía en la oscuridad, los conservadores opuestos a la Constitución se fortalecían alrededor de Zuloaga y de las tropas bajo su control. Fue su conflicto interior lo que redujo a Comonfort a la impotencia, a pesar de que él y otros lo achacaban a los defectos de la Constitución. De todas formas, la falta de acción de los *puros* no debe imputarse al desconocimiento de la situación, ya que desde varias semanas atrás nadie ignoraba que de la indecisión de Comonfort no podía salir otra cosa que el derrumbamiento del gobierno. Los gobernadores liberales y el mismo Juárez sabían que representaban, por el momento, al menos, a una minoría quizás más exigua que la de los conservadores; que el control gubernamental de las fuerzas armadas, especialmente del ejército regular, era casi inexistente y que no podía confiarse en que las fuerzas locales y el pueblo consideraran a la Constitución como símbolo y estandarte. La indecisión de Comonfort se extendió entre los *puros* como una infección que en algunos de ellos fue más fuerte debido a sus ambiciones personales y al temor que sentían a una posible vuelta de Santa Anna. Los conservadores pudieron sacar partido de la situación, principalmente debido a que lo que deseaban era la destrucción de la Constitución, para lo cual estaban dispuestos a emplear todos los medios. No debe concederse ninguna importancia a cuanto dijo Zuloaga para causar efecto en Tacubaya la noche del 16 de noviembre ni a las palabras de otros conservadores.

La conducta de Juárez desde su llegada a México hasta su arresto y los motivos que la impulsaron serán discutidos desde varios puntos de vista y durante largos años. Naturalmente, Bulnes le acusa de no haber sabido cumplir con su deber como ministro del Interior y de complicidad en el «crimen». Incluso Ralph Roeder sostiene un criterio parecido al decir que el arresto de Juárez fue «un accidente que salvó su reputación política y le transformó, de figura de interés secundario, en la víctima más notable de la insurrección». Dice Sierra:

«La conspiración tramada entre Payno y Zuloaga, le parecía (a Juárez) que no llegaría a adueñarse de Comonfort jamás. De aquí provenían las seguridades que dio al alarmadísimo Congreso dos días antes del *golpe de Estado*. De sus conversaciones con el presidente, que sabía que jamás contaría con él fuera del camino del deber, había inferido su línea de conducta». La interpretación y el juicio que se desprende de todo ello es que Juárez no faltó a su deber como ministro del Interior, ya que, como él mismo expuso claramente al Congreso, apenas gozaba de poder militar alguno, y no supo hasta después de su informe al Congreso (el 15 de diciembre), que Comonfort se había comprometido en firme en el golpe de Estado. Su pasividad se debió únicamente a su impotencia en aquel momento y lugar y también a su incorregible optimismo. Incluso en el caso de haber sido más ambicioso, no habría conseguido la presidencia, pues no podía hacer nada como no fuera el permitir que los acontecimientos siguieran su curso, simplemente porque no podía saber que Comonfort, todavía liberal en cierto modo, salvaría su vida al arrestarle y ponerle, más tarde, en libertad. Lo único que quizá podría haber hecho, el día 16 de diciembre, sino antes, era procurar la unión de aquellos liberales destacados que residían en Ciudad de México, y preparar su alianza con los gobernadores liberales, para defender, con las armas si así fuera preciso, la Constitución; no obstante, una acción de tal naturaleza, hasta que ocurriera realmente un golpe de Estado apoyado por Comonfort, habría constituido una falta de lealtad hacia su jefe. Hasta su arresto, Juárez da la impresión de manejar sus asuntos con cierto aturdimiento, intencionadamente optimista respecto a Comonfort, pero atormentado por dudas. Juárez, que casi siempre se enfrentaba con los hechos y situaciones por difíciles que fueran, parece que en este caso se retiró al típicamente indio «laberinto de soledad».

El día 28 de diciembre de 1857, José María y Marcelino Cobos, hermanos y generales, ambos de ideas reaccionarias, bajaron de las montañas de Tehuacán, vía Teotitlán, y tomaron parte de la ciudad de Oaxaca. El 16 de enero del año

siguiente, el gobernador José María Díaz Ordaz, el coronel Ignacio Mejía, el capitán Porfirio Díaz y otros oficiales y letrados exalumnos del Instituto lograron echar de la ciudad a los invasores después de un sangriento choque que era sólo el principio.

Mientras Juárez estaba prisionero en palacio, el infeliz Comonfort se encontraba solo, desamparado e incapaz de llegar a decisión alguna. Tan pronto como el golpe de Estado se hizo público, la actitud de Manuel Doblado asumió gran importancia en la mente de los partidarios del *golpe* y también en la de los contrarios. Comonfort y Payno entre los primeros, y Prieto y otros entre los últimos, enviaron rápidamente cartas y mensajes a Doblado en busca de su apoyo, sosteniendo que si lo negaba, y tal vez aunque lo prestara, Santa Anna volvería para intentar situarse de nuevo en el poder. Morett en San Luis y Victoriano Zamora en Zacatecas sondearon la opinión de Doblado antes de comprometerse. Las llamadas de Prieto a Doblado para que éste acaudillara la oposición liberal, y se convirtiera en presidente, eran especialmente vehementes. Doblado, indeciso, escribió algo de llegar a una especie de arreglo con Comonfort; pero un espíritu más firme, en aquel importante momento al menos, intervino. Desde Guadalajara, el día 6 de enero de 1858, el general Anastasio Parrodi, gobernador de Jalisco, escribió a Doblado: «No debemos escuchar otra propuesta que no sea la de la dimisión del señor Comonfort en favor de Juárez, pues únicamente este paso servirá de base a cualquier acuerdo entre los disidentes y la coalición, para restaurar la paz y conseguir la unión de todos contra los partidarios de Santa Anna». El general Parrodi había formado ya una coalición de Estados para apoyar la Constitución y reconocer a Juárez como presidente constitucional tan pronto como apareciera por cualquiera de ellos. Parrodi estaba apoyado por los gobernadores José Silverio Núñez, de Colima, Manuel Doblado, de Guanajuato, José María Díaz Ordaz, de Oaxaca, José María Arteaga, de Querétaro, Santos Degollado, de Michoacán, Juan Álvarez, de Guerrero, y Manuel Gutiérrez Zamora, de Veracruz.

Por su parte, los reaccionarios, también impacientes a causa de las vacilaciones y moderación de Comonfort, se rebelaron de nuevo el día 11 de enero de 1858, revisaron radicalmente su Plan, le dieron un carácter más de derechas, y pidieron la dimisión de Comonfort. Éste, en principio, rehusó ceder. Puso, no obstante, en libertad a Juárez, su sucesor legal. En Ciudad de México Comonfort pudo reunir unos millares de hombres y luego, durante unos pocos días, se desarrollaron luchas esporádicas en las calles y desde los tejados y mirandas de las casas; pero las tropas del hasta entonces presidente se diseminaron, por lo que, por último, el 21 de enero, Comonfort y su familia tomaron el camino del exilio, vía Veracruz. El 24 del mismo mes, un grupo de clérigos y generales tomaron juramento a Zuloaga como presidente. El 2 de febrero Comonfort hizo público un comunicado en el que decía haber pensado repetidas veces en dimitir en favor de Juárez. Al cabo de cinco días, el 7 de febrero, embarcó para Nueva York.

Al saber el encarcelamiento de Juárez, Romero, su joven amigo y a ratos secretario, trató repetidas veces de obtener permiso para verle, cosa que no consiguió hasta el día 10 de enero cuando Comonfort, en compañía de Zuloaga, García Conde y otros, permitió a Romero ver a Juárez, «sólo por aquella vez». Naturalmente Romero no pudo oír lo que Comonfort y Zuloaga, que iban a cenar juntos, tenían que decirse en aquellos críticos momentos. En su diario no hizo referencia alguna a lo hablado en su breve conversación con Juárez. Dos días más tarde supo de la liberación de don Benito, pero no logró saber su paradero. Pocos días después tomó parte, poca, en la lucha, desde el campanario de un convento, bajo las órdenes de un joven coronel llamado Ignacio Zaragoza. Cuando la resistencia de Zuloaga tocó a su fin y dado que desconocía aún el paradero de Juárez y de los liberales, se consoló y distrajo leyendo *Britannicus*, de Racine. El 30 de enero a las tres de la madrugada, en compañía de «Régules, Zaragoza, Fuentes, un espía y otras personas», tomó la diligencia que se dirigía al Norte. Entre Querétaro y Celaya se vieron asaltados por unos ladrones, pero llegaron a Guanajuato el día siguiente.

te. En su diario, Romero no habla de cómo se las apañaron con el espía.

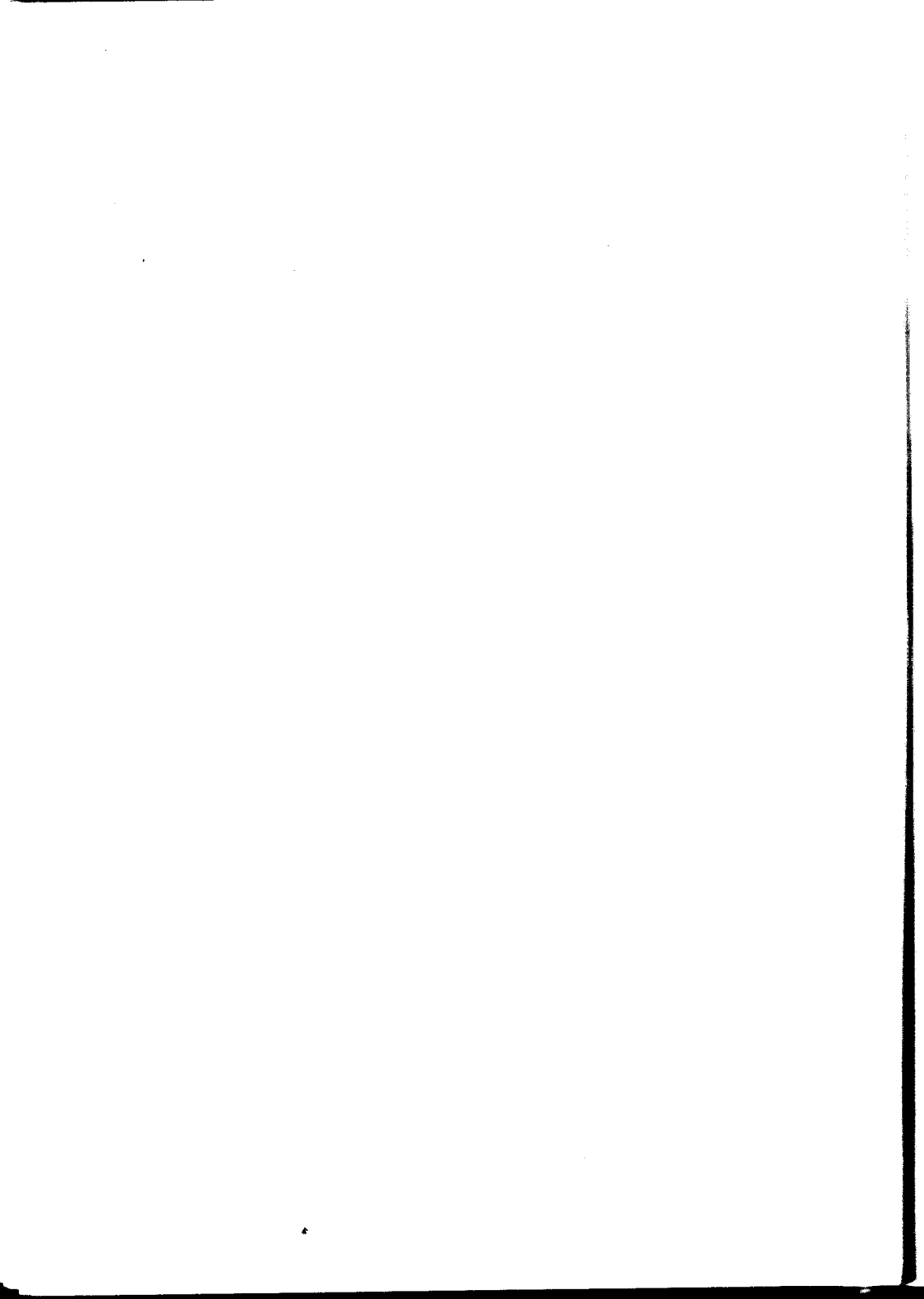
Los liberales prominentes que estaban en Ciudad de México corrían, desde luego, un peligro mayor. Ignacio Ramírez, «El Nigromante», poeta de mérito, periodista y profesor de derecho en el Instituto de Toluca, que en cierta ocasión sorprendió al Congreso constitucional al proclamarse a sí mismo ateo, fue atrapado por Tomás Mejía en Arroyozarco, y a punto estuvo de perder la vida; pero escapó «debido al aturdimiento de los aprehensores». Fue encarcelado, aunque al cabo de un año logró escapar hacia Veracruz. Santos Degollado, entonces juez de la Suprema Corte, escapó a lomos de un caballo, agazapado entre bultos, y estuvo a punto de caer en manos de sus enemigos, cosa que consiguió evitar gracias a su ingenio y desfachatez. Prieto, después de diversas vicisitudes, llegó a Querétaro disfrazado de muletero. Allí, fue saludado por Degollado quien le informó haber sido nombrado ministro «con asombro y contentamiento de sus compañeros, los burreros». Movido seguramente por su lealtad a los viejos *puros*, como en el caso de Juárez, o por una postrera esperanza de obtener su apoyo, mitigó la vigilancia que mantenía sobre Ocampo, quien pudo así escapar hacia el Norte, vía Salvatierra. Miguel Lerdo de Tejada estuvo refugiado durante algún tiempo en casa del ministro americano, John Forsyth, se fue luego hacia el Norte, y, finalmente, a Veracruz. Su hermano Sebastián volvió serenamente a su apolítico cargo de Rector de San Ildefonso. Una vez allí, no sólo no fue molestado, sino que posteriormente fue totalmente exculpado de haber ayudado a la reacción.

En cuanto a Juárez, veamos lo que él mismo nos dice en su *Diario*: «El día 11 de enero salí en libertad, y el día 12 salí de México para la hacienda de Chihuahuaacán con don Manuel Ruiz y don Nicolás Suárez Pizarro. El día 13 en la tarde salí con dirección a la hacienda de S. José Acolman, dormí en el campo y el día 14 llegué a dicha hacienda. El día 15 vine a Cuautitlán a esperar el Guayín del correo para irme a Querétaro. A las dos de la mañana llegó el carruaje en que monté

y llegué a Querétaro en el mismo día». Según Prieto, en San Juan del Río, antes de llegar a Querétaro, estuvieron muy cerca de ser capturados por Mejía, y «debieron su salvación a la increíble sangre fría de Juárez». Viramontes dice que «en el momento en que dejaron aquel lugar (Querétaro) el repique de las campanas de la iglesia parroquial y las salvas de cohetes anunciaron que las autoridades de la ciudad se habían adherido al Plan de Tacubaya». Continúa Juárez: «El día 17 en la tarde salí de Querétaro y el día 18 a las nueve de la mañana llegué a Guanajuato y el día 19 declaré establecido ahí el gobierno».

Todo estaba preparado para una lucha que podía considerarse inevitable desde la Ley Juárez del 23 de noviembre de 1855. Los reaccionarios, gradualmente, habían iniciado la guerra por los privilegios, y estaban dispuestos a ir hasta el final. Los liberales habían conseguido la tan anhelada unidad, al fin, y de ellos dice Prieto que eran «dichosos y vehementes, engrandecidos por los acontecimientos, y conscientes de su grandeza». ¿Podrían los jefes permanecer unidos, organizar, abastecer y controlar las tropas, y tratar eficaz y honorablemente con las naciones extranjeras, las cuales permanecían a la expectativa? ¿Podrían los oficiales y la tropa, la mayor parte sin experiencia militar, desgastar y derrotar al enemigo, compuesto en su mayoría por soldados profesionales? Existía, no obstante, una cuestión más importante: ¿podría la inmensa e inerte masa del pueblo mexicano, analfabeta, acostumbrada al trabajo duro, observadora silenciosa de estas disputas, correrías y escaramuzas sangrientas entre sus antiguos y sus nuevos jefes, podría, decimos, despertar, gracias al sueño de un México grande y democrático, y de una nueva vida para los mexicanos?

Ello dependería principalmente del pequeño abogado indio de Oaxaca, desconocido entonces por las masas, que creía sólo en Dios y en el pueblo, que consideraba a la ley como su mejor arma, y a sí mismo como su servidor. Benito Juárez, era ahora, a los cincuenta y un años, el presidente constitucional de México. Le faltaba una capital, un gobierno, dinero, un ejército organizado...



EL PRESIDENTE FUGITIVO

En Guanajuato, la vieja y pintoresca ciudad minera asentada en una profunda grieta de las montañas centrales, donde se dio el primer paso realmente importante para la independencia mexicana, Juárez organizó el gobierno constitucional de la República. Los murmullos y críticas contra el nuevo presidente habían sido completamente desestimados por Parrodi y los otros gobernadores. Doblado se contentó con mantener el mando sobre sus propias tropas; Ocampo fue nombrado ministro de la Guerra, Relaciones e Interior; Ruiz se encargó del ministerio de Justicia; Prieto, del de Hacienda, y León Guzmán, del de Desarrollo; mientras que Parrodi fue nombrado Comandante en jefe de las fuerzas armadas. Los ministros compartían su mutua labor, consistente en obtener cuantas noticias podían del resto de México, en conferenciar unos con otros para llegar a cualquier decisión importante, en enviar innumerables cartas y mensajes en los que expresaban su esperanza de que un día llegarían tales noticias y de que las leyes serían obedecidas por todos. Trabajaban en el palacio gubernamental y dondequiera que encontraran sitio y comida, ayudados por un buen número de jóvenes y ardientes liberales, tales como Romero, y que, al igual que el presidente y los ministros, confiaron en la suerte para conseguir el dinero necesario para subsistir, y para escapar a la muerte el tiempo suficiente para llevar a la práctica muchos de sus sueños y proyectos.

El día 19 de enero de 1858 Juárez lanzó un manifiesto a la nación, en el que defendía la Constitución y condenaba a aquellos que habían intentado destruirla. «Han invocado el nombre sagrado de nuestra religión, haciéndola servir de instrumento a sus ambiciones ilegítimas, y (han pensado) aniquilar de un solo golpe la libertad que los mexicanos han conquistado a costa de todo género de sacrificios». Prometió al pueblo mexicano que a partir de aquel día no serían gobernados ni por un solo hombre ni por una facción, sino por una Constitución y unas leyes que habían sido establecidas por la voluntad popular; señaló que había llegado a la presidencia «por un precepto constitucional»; dijo que el Congreso se reuniría tan pronto como fuera posible; prometió castigar a quienes infringieran las leyes, y, por ende, hacer respetar la Constitución, la ley y las autoridades legítimas; pidió la cooperación del pueblo mexicano y la protección de la Divina Providencia. El gobierno necesitaba con urgencia de estos apoyos, pues no contaba sino con el carácter, inteligencia y voluntad de Juárez y de sus colaboradores, y con el no muy claro destino de México como naciente nación moderna.

Zuloaga, a pesar de no ser más que un mediocre soldado profesional, disponía de elementos más tangibles. Los representantes de las naciones extranjeras, con una mayor libertad para decidir que la que tienen ahora, reconocieron de inmediato su gobierno. Entre estos representantes se hallaba John Forsyth, de los Estados Unidos, quien escribió al secretario Lewis Cass en el sentido de que no consideraba digno ni agradable convertirse en un diplomático nómada de la comitiva de Juárez. Forsyth había adecuado sus planes en función del que consideraba como gobierno más fuerte, y por ello, reconoció el gobierno de Zuloaga el día 27 de enero. El general restauró inmediatamente los privilegios de la Iglesia y de los militares, eliminados por la Ley Juárez, y trató también de anular la Ley Lerdo. Esto último resultaba más difícil y perjudicaba incluso su propia causa, pues, bajo esta ley, muchas propiedades habían pasado a manos de gente influyente. Juró lealtad a la Santa Sede, y, lógicamente, el Papa Pío IX le hizo saber

cuánto le complacía. El gobierno de Zuloaga empezó inmediatamente a solicitar dinero a los dignatarios de la Iglesia, y aunque estos dudaron y procuraron limitar sus pretensiones, volcaron grandes sumas de dinero en las arcas del gobierno reaccionario. Por este tiempo, las fuerzas de Zuloaga, Osollo, Miramón y Tomás Mejía estaban mucho mejor armadas y abastecidas que las fuerzas constitucionales, y su moral era también más alta. Empezaron a moverse hacia el Norte.

Es indudable que los miembros del gobierno constitucional estaban no sólo ansiosos, sino también en peligro. Recordemos que en aquellos días, Guanajuato, situada a unos 320 kilómetros al noroeste de Ciudad de México, quedaba casi tan lejos de esta ciudad, en cuanto al tiempo que necesitaban hombres y armas para hacer el viaje, como los dos puntos más distantes de la tierra en nuestros días. En su diario seco, metódico y carente de humor, casi sin imágenes, Romero nos dice que además de trabajar, él y sus compañeros, junto con los ministros del gobierno Juárez, se dedicaron a visitar el histórico granero y otros edificios notables, una mina, cuevas, las montañas vecinas; estuvieron en casas de baños y barberías; pasaron muchas horas conversando en los cafés; tenían tiempo de escuchar música de guitarra, beber a la salud de unos y otros, y asistir a las representaciones que tenían lugar en el teatro local.

No obstante, Guanajuato se estaba volviendo peligroso. El 12 de febrero, después de cenar, Juárez llamó a Romero. «Me dijo que esta misma noche se iba para Guadalajara con los ministros; que con Prieto dejaba arreglada la manera de trasladarnos; me preguntó cómo me hallaba yo de recursos, le dije que mal y me dio 10 \$ para los alimentos del camino. Le dije que yo deseaba irme cuanto antes y nos despedimos». Prieto, el poeta, lo recordaría todo de modo más vivo, pero menos preciso: «La marcha se realizó de noche, en los vehículos llamados coches de postas que yo establecí. Las cortinas estaban corridas, y a los lados del convoy iban criados con antorchas encendidas, con lo que el conjunto asemejaba un funeral. El pueblo observaba su paso en silencio, como si se tratara del

funeral de la libertad». Romero y los otros partieron tres días más tarde. Tardaron dos días en llegar a Guadalajara, pues pernoctaron en San Juan de los Lagos. En aquella ciudad más populosa, en Guadalajara, la vida se desarrollaba parecidamente a la de Guanajuato; pero Romero, cuya salud no fue nunca demasiado buena, tuvo un ataque de disentería. Otras calamidades mayores le perseguirían en el futuro, no sólo a él, sino también al errante gobierno de la República.

Debido a que su suelo es fértil, a ser conocido como «la panera de México», y por ser fácilmente cruzado por las tropas, la alta llanura central conocida por el Bajío, al noroeste de Ciudad de México, ha sido escenario de luchas en todas las guerras mexicanas. Durante los días 9 y 10 de marzo, Parrodi fue desastrosamente derrotado por el general reaccionario Osollo, en Salamanca, debido principalmente a las desertiones que diezmaron sus filas, y tuvo que retirarse hacia Guadalajara con sólo 3.000 hombres. Poco después de la derrota de Parrodi, Doblado y sus fuerzas, en Silao, se desentendieron de la guerra.

Del acontecimiento que sigue, desarrollado en Guadalajara, y conocido por cualquier escolar mexicano, disponemos, afortunadamente, del relato que Romero hace en su diario escrito entonces, y de las memorias de Prieto, redactadas mucho más tarde.

El 12 de marzo, después de levantarse temprano para salir de la ciudad con algunos amigos al efecto de tomar un baño, Romero volvió a la ciudad, se hizo cortar el pelo, estuvo en la catedral oyendo parte de un sermón, y a las 10 se fue al ministerio de Relaciones, radicado, como los restantes, en el palacio del gobierno. Allí supo de la derrota del ejército federal y ofreció de nuevo sus servicios a Juárez.

Antes, Juárez había dicho a Prieto, en relación con el descalabro: «Guillermo, ha perdido una pluma nuestro gallo». En una conferencia, sentado al lado de Ocampo, Juárez «iba vestido con su característico frac negro, atento y fino como siempre». Se consultó al general José Silverio Núñez, comandante militar de Guadalajara, acerca de las defensas de la ciudad, y luego, Juárez decidió lanzar un manifiesto a la nación, al efecto

de infundir confianza y moral al pueblo. Prieto fue el encargado de escribir el esquema del mismo. En este punto, el gobernador de Jalisco, Jesús Camarena, dio la noticia de que el coronel Antonio Landa del 5.º Regimiento se había sublevado, y que, junto con sus tropas, se dirigía hacia el edificio del gobierno. «El señor Juárez dio orden al señor Núñez de que fuese a ver lo que ocurría, y se volvió a nosotros continuando la discusión comenzada». A instancias de Ocampo, Prieto cogió los útiles necesarios para escribir y se fue a casa de un amigo para realizar la tarea que le había sido encomendada.

Mientras, Romero, al salir a los corredores para saber el motivo de un revuelo, se encontró con un grupo de soldados armados que se dirigían hacia él, gritando, «¡viva el ejército! ¡Viva la religión!». Romero y otros fueron apresados, y algunos de estos burócratas fueron maltratados por los soldados. Varios grupos, más de setenta hombres en total, fueron llevados a una sola habitación con Ocampo y Juárez. Todos pudieron oír los cañonazos y «gritos furiosos» procedentes de una prisión cercana.

Al acercarse al cuartel general de Landa, Núñez censuró la rebelión, aclamó al gobierno, y recibió un balazo en el pecho, que fue a dar en el reloj que llevaba en un bolsillo de su chaleco. Probablemente escoltado por sus aprehensores, fue conducido al edificio del gobierno, al lado de los demás prisioneros, donde mostró su reloj destrozado.

El poeta y ministro de Hacienda no había escrito todavía su manifiesto. Al abandonar el edificio, se encontró en medio del sangriento tumulto. Con varios otros, fue apresado y echado a una antecámara oscura de reducidas dimensiones. A través del ojo de una cerradura, vio en el patio «el caos más espantoso», con prisioneros, armados con grilletes y cuchillos, dejándose caer desde las ventanas de la prisión contigua, mandados por «un clérigo de aspecto feroz». Algunos, Prieto entre ellos, consiguieron escapar; pero el ministro de Hacienda se sentía moralmente obligado a compartir el destino de Juárez. Por eso fue al encuentro de los jefes del motín y así se lo hizo saber. En respuesta fue derribado, pateado en la cabeza y

echado a la habitación en que se hallaban Juárez y Ocampo. «Juárez se conmovió profundamente; Ocampo me reconvino por no haberme escapado; pero se sentía también hondamente impresionado porque me honraba con tierno cariño».

El relato de Prieto da la impresión de que la crisis se produjo aquel mismo día, pero del diario de Romero se desprende claramente que no fue así. Durante la tarde y la noche de aquel día algunos de los prisioneros fueron dejados en libertad o escaparon. A los restantes les dieron algo de comer. Mientras continuaba el fuego, los prisioneros supieron que las fuerzas del Estado, bajo el mando del gobernador Camarena y de Contreras Medellín, el prefecto político, instaladas en iglesias cercanas, luchaban contra los amotinados. A las 11'30 de la misma noche, uno de los oficiales amotinados pidió a Juárez ordenara la rendición de sus fuerzas. «Se resistió de una manera digna y decorosa», y replicó que como prisionero no podía dar orden alguna. Aquella noche pasaron hambre y frío.

Abajo, el fuego se había reanudado; pero durante la mañana, Juárez, sus ministros y sus guardianes tuvieron otra idea. Todavía prisioneros y vigilados, Ocampo y Núñez enviaron un mensaje al gobernador Camarena, en el que le pedían efectuar un armisticio de seis días. No obstante, antes de que pudiera cumplimentarse dicha petición, y dado que las fuerzas federales no sabían nada, atacaron el palacio gubernamental, cosa que hizo creer a los amotinados a cuyo cargo estaban los prisioneros, que habían sido traicionados. Furiosos, decidieron matar a los cautivos. Apareció un pelotón que, de inmediato, levantó sus armas. «El señor Juárez estaba en la puerta del cuarto: a la voz de ¡Apunten!, se asió del pestillo de la puerta, hizo hacia atrás su cabeza y esperó». En este momento, Prieto se adelantó, cubrió a Juárez con su cuerpo, y gritó: «¡Levantad las armas! ¡Levantad las armas! ¡Los valientes no asesinan!» De su boca salió un torrente de palabras, hasta que, finalmente, los soldados levantaron sus fusiles. «Juárez se abrazó a mí... mis compañeros me rodeaban llamándome su salvador y salvador de la Reforma... mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas». El relato de Romero es más seco: «...y en ese mo-

mento salió Prieto de la pieza de la derecha, dijo algunas cosas y los soldados salieron al corredor».

Sabedores de que las fuerzas federales podían recobrarse y de que el ejército de Parrodi se aproximaba, los amotinados se derrumbaron. Se efectuó el armisticio, Ocampo y Núñez volvieron al palacio del gobierno, y se prosiguieron las negociaciones. Al fin, los prisioneros, escoltados, fueron conducidos a la casa del vicecónsul de Francia, un súbdito hannoveriano llamado William Augspurg, donde se les concedió asilo, y fueron puestos en libertad el día siguiente. Finalmente, pudo efectuarse el manifiesto a la nación. Todo cuanto dice Juárez de este asunto en su *Diario*, es lo siguiente: «El día 13 se sublevó la guardia de Palacio y fui hecho prisionero de orden de Landa, que encabezó el motín. El día 15 salí en libertad».

Parrodi y su ejército llegaron el día 18, y aunque Ocampo había hecho los preparativos para marcharnos todos a Tepic, Parrodi convenció a Juárez de que sería mejor irnos a Colima. Después de mucho bullicio para repartir el dinero existente en caja, y de haber comprado caballos (Romero compró uno por 18 \$, con silla y bridas) y equipo, el gobierno abandonó Guadalajara a las 3'30 de la mañana del día 20, con una escolta de 75 hombres de infantería y 30 de caballería, todos bajo el mando del general Francisco Iniestra. El segundo del general era un hombre sereno, el capitán Leandro Valle, un joven oficial, hijo de un destacado militar insurgente. Era también poeta, y recién acababa de regresar de París donde había cursado estudios no exclusivamente militares. Se hizo amigo de un francés liberal y soldado de fortuna, llamado Aquiles Collin, y ambos se complacían en discutir sobre teorías político-sociales y las obras de Proudhon, en francés, en este singular contexto, con Ocampo. Juárez, Ruiz y Prieto viajaban en una calesa, y el resto, a caballo.

A las nueve tuvieron que interrumpir su desayuno, pues les llegó la noticia de que Landa, con una tropa mucho más numerosa que la suya, les estaba siguiendo los pasos. No pararon hasta llegar a Santa Ana Acatlán, pueblo situado en la falda de un cerro, hacia las 3 de la tarde. La población civil es-

taba descansando en la pequeña posada de la localidad cuando, a las 4'30, atacó Landa. Iniestra situó a sus soldados en el interior de la posada y en la azotea, en la casa de al lado y en la iglesia de enfrente, y pudo, con la ayuda de los paisanos, rechazar el ataque.

En cierto momento, Collin, desde una azotea, localizó a un certero tirador enemigo, pidió el rifle a un soldado, y, cuando el tirador asomó momentáneamente la cabeza, se la partió de un disparo. Después, con el cigarrillo en la boca, continuó paseando. Ocampo, situado cerca de Collin, fue a felicitarlo, a lo que el francés replicó: «Señor, un hombre es siempre un hombre. ¿Cómo es que usted, uno de los grandes abogados de la justicia, ferviente apóstol de la democracia, puede felicitar me por haber matado a un hombre?» Contestó Ocampo: «No es por haber dado muerte a un hombre: al contrario, es por haber salvado a muchos, sin haber provocado más que esta única víctima, en urgente necesidad, sin odio y sin orgullo».

No obstante, a medida que avanzaba la tarde, la situación se hacía más difícil. Ocho años más tarde, y para rectificar la versión de que había propuesto rendirse él personalmente para salvar a los otros, Juárez escribió lo que sigue:

«Con respecto a lo ocurrido en Santa Ana Acatlán, debo decir que después de interrumpirse la lucha entre nuestra pequeña fuerza y la del teniente coronel Landa, el general Iniestra, comandante de la escolta, me dijo que si el enemigo iniciaba un ataque, nuestra derrota sería inevitable, porque nuestras municiones se agotaban, el local en que nos hallábamos era muy débil, y el enemigo contaba con 600 hombres y dos piezas de artillería, mientras que nosotros no teníamos más que setenta hombres. Me comunicó esto para que yo pudiera pensar en algún método de salvación para mí mismo, y para que le diera órdenes precisas para el cumplimiento de su deber. Comunicué a los ministros lo que me acababa de decir el señor Iniestra, y les dije que en mi opinión ellos y los que formaban parte de nuestro bando podían abandonar aquel lugar, tomando todas las precauciones para no ser vistos por el enemigo, y ocultándose en algunas de las casas de la ciudad, o dirigirse hacia los campos para escapar de las consecuencias de un asalto que el enemigo efectuaría sin duda dentro de la misma tarde o a la madrugada del día siguiente; que yo debía quedarme

para compartir el destino de nuestras fuerzas, y que los medios de escapar que yo les había sugerido no eran indecorosos, porque puesto que no ejercían ningún mando militar por entonces, y puesto que no estaban ligados a permanecer constante y obligatoriamente a mi lado, en una situación en la que nada podía hacerse en ninguna de las ramas del gobierno, no tenían el mismo estricto deber que yo de permanecer en sus puestos bajo las circunstancias. No obstante, me respondieron en forma enérgica y decidida que no aceptarían mi sugestión cualquiera que fuese el destino que nos aguardara. Les di las gracias y decidí que si durante el resto de la tarde no sufríamos un ataque aprovecharíamos la noche para librarnos del asedio: la única forma plausible de escape que nos quedaba. Fue comunicada la orden al señor Iniestra, y reemprendimos nuestra marcha a las once de aquella noche».

Prieto escribió más tarde un relato muy emotivo de esta escena; pero, en cambio, Romero, en su diario, no la menciona en absoluto. Observó la lucha desde la puerta y la azotea de la posada, contó trece muertos y cinco heridos en las filas enemigas y un muerto en las de la escolta, anotó que cenaron a las 7'30, y describió su retirada en columnas de a cuatro, primero, y de a dos, luego, escoltados por delante y por detrás. Algunos dijeron que Landa se había retirado antes que ellos; otros, que después. Una vez más, su incertidumbre había sido muy afortunada. El grupo marchó durante toda la noche. Romero, que se quejaba del estómago y de la cabeza, pasó una mala noche. Cuando al amanecer llegaron a una hacienda amiga, se echó a la primera cama que vio. Era el 21 de marzo, y el cincuenta y dos cumpleaños de Juárez. Apareció un numeroso grupo de indios adornados con guirnaldas de flores, bailando al son de pequeños tambores, y gritando: «¡Viva el Presidente! ¡Viva Juárez!». Sin embargo, a las dos de la tarde, el grupo ensilló los caballos y reanudó la marcha. Por la noche fueron de nuevo saludados jubilosamente; pero, dice Romero, «nosotros también sentíamos la reacción de lo que nos había pasado el día anterior».

Cruzaron una zona montañosa y luego descendieron hacia hermosos valles de vegetación más tropical; pero tuvieron que pasar por escarpadas cañadas y aceptar de buen grado cual-

quier comida y cobijo que pudieran hallar, y, en algunas ocasiones, durmieron en el suelo, sobre un petate. En Sayula y Zapotlán (ahora Guzmán) fueron recibidos calurosamente por los políticos y el pueblo; pero en la última ciudad y en Colima, donde llegaron el día 25 de marzo, se enteraron de algo que los hizo tambalear: en Guadalajara, Parrodi se había rendido, y con él, todas las fuerzas bajo su mando. Los efectivos totales del gobierno constitucional consistían ahora en 350 soldados y dos piezas de artillería. En Colima, Juárez nombró a Degollado ministro de la Guerra y Comandante en Jefe, con amplios poderes para imponer contribuciones, organizar las fuerzas y dirigir la guerra. Al hacerlo, puede que Juárez se sonriera irónicamente; pero, puede que no: Valadés opina que estos hombres tenían la ingenuidad de los místicos, es decir, un poder formidable. En Colima, se dedicaban a escribir cartas, muchas cartas, Romero trataba de encontrar editor para su preciosa *Tabla*, y era a la vez el encargado de efectuar los recados, como, por ejemplo, comprar una cigarrera de cuero para Juárez. Se bañaban en el río, e incluso asistieron a la representación teatral de la obra del español Bretón, *No ganamos para sustos*. Como puede notarse, el título era muy apropiado.

En Colima, no obstante, Juárez recibió una invitación del gobernador Manuel Gutiérrez Zamora para trasladar el gobierno a Veracruz, y decidió aceptarla. En dicha ciudad habitaban muchos liberales a machamartillo, como el gobernador, y además, tenía la ventaja de ser difícilmente atacable desde Ciudad de México, pues las tierras circundantes estaban infestadas por la fiebre. Por último, si bien de capital importancia, debe tenerse en cuenta que, como principalísimo puerto de mar, gozaba de los ingresos de aduanas, los cuales no estaban hipotecados en su totalidad por los ingleses, y que, en el futuro, servirían de ayuda al gobierno y ejército liberales. Se discutió acerca de si era conveniente que Romero, enfermo, acompañara al gobierno en el penoso viaje; pero, ante la insistencia del interesado, Juárez le permitió acompañarlos. Degollado, Iniestra y otros permanecieron en Colima para organizar un ejército tan bueno

como fuera posible. Juárez y sus acompañantes salieron de Colima el 8 de abril y llegaron a Manzanillo el día siguiente.

En el pequeño puerto de mar, sucio y romántico, donde las montañas descienden hasta el mar, descansaron y se divirtieron durante dos días; jugaron al billar; trataron, inútilmente, de inspeccionar dos buques de guerra ingleses anclados allí, y contemplaban, fascinados, la arena y las olas espumosas. Prieto estaba enfermo, y Ocampo y Juárez formaron una especie de silla con sus brazos para bajarlo hasta la playa: un triunfo para este hombre que rendía un culto extremado a los héroes, y que 21 años más tarde recordaría con orgullo. «Era en aquel tiempo», escribió, «Manzanillo una playa casi desierta en donde la fiebre se enseñoreaba, tenía el apodo de centro mercantil una tienda de lona, habitada por unos alemanes que no interrumpían su eterno sueño sino para agotar toneladas de cerveza o hacer sus excursiones a la aduana». Algunos miembros del grupo Juárez salieron del puerto, mar adentro, en un pequeño bote, con el resultado de que Romero se mareó y tuvo vómitos. Sin embargo, fue él, según cuenta en su diario, el único que se bañaba en el mar, pues los otros «no lo querían hacer por miedo de las tintoreras y del clima».

El día 11 de abril fondeó en Manzanillo el *John L. Stephens*, un buque americano, grande y atestado de viajeros. Juárez y sus acompañantes compraron los pasajes, y el buque se puso en camino el mismo día, rumbo a Acapulco y Panamá. Romero estuvo mareado durante todo el viaje, cosa que le impidió, entre otras cosas, asistir a un banquete que unos pasajeros simpáticos con las ideas de Juárez, dieron en honor de don Benito y sus compañeros. El día 12 hicieron una breve escala en Acapulco, y, después de celebrar una reunión al efecto, decidieron seguir hacia Panamá y Veracruz. El 19 de abril desembarcaron en Panamá y fueron a Colón, cruzando el istmo por ferrocarril, en un viaje que duró tres horas. Una vez allí, tomaron pasaje para Nueva Orleáns, vía Habana, en el vapor *Granada*. El día 25 pasaron al *Philadelphia* para Nueva Orleáns, donde llegaron el día 28. La ciudad impresionó a Romero, pero el mercado de esclavos le produjo «una impresión bastante desa-

gradable». El 1.º de mayo embarcaron en el *Tennessee*, rumbo a Veracruz donde arribaron el día 4. Juárez anotó en su *Diario* que los pasajes desde Manzanillo costaron 315 \$, que recibió sólo 400 \$ de su salario en México, y otros 2.198 pesos desde entonces, y que, a diferencia de los ministros y empleados, no se le pagaron gastos de viaje.

Sin embargo, los veintiún cañonazos disparados desde el castillo de San Juan de Ulúa, lo fueron en su honor, como saludo al presidente, y no en su contra, en un intento de asesinarle a él y a su gabinete. Por el momento, al menos, tenían una capital, o, para ser más exactos, un puesto de mando.

LA LUCHA POR LA LIBERTAD

Una gran multitud vitoreó al presidente, ministros y otros funcionarios a su paso por las calles que conducían a la catedral, donde se celebró un *Te Deum*, seguido de una recepción que tuvo lugar en la casa dispuesta por el Estado para alojar al gobierno. A Juárez le destinaron la mejor habitación, pero escogió otra con baño. Al pedir agua caliente a una criada, ésta le confundió con un sirviente del presidente o de los ministros y le respondió agriamente que la cogiera él mismo. Sin pronunciar palabra, así lo hizo. A la mañana siguiente durante el desayuno, al verle en la cabecera de la mesa, la criada huyó, santiguándose, con el consiguiente regocijo de Juárez y sus ministros.

El día 14 de mayo, Justo Benítez, uno de los jóvenes abogados oaxaqueños amigos de Juárez, le escribió felicitándole por su llegada a Veracruz y solicitó, con insuperable elegancia, unirse a él, para servir al presidente y a la causa liberal con todos los medios a su alcance. Al final de su carta, escribe: «La señora y los niños de usted están buenos y Beno ha desarrollado admirablemente».

La señora Margarita hizo algo que, a pesar de haber pasado más bien desapercibido, prueba que era una mujer moral y físicamente tan fuerte como su esposo. Contaba entonces treinta y dos años de edad y era madre de ocho hijos, el mayor, Manuela, de catorce años, y el menor, todavía en pañales. Los

llevó, a través de las montañas, desde Oaxaca a Veracruz, para, allí, unirse todos a su marido y padre. Evitó pasar por las carreteras principales, ya que habría sido muy fácil para los reaccionarios apresarlos, o al menos, causarles molestias. Así, en lugar de hacer el viaje vía Puebla, lo hicieron por Cualimulco, a través de las montañas. Por aire, la distancia entre Oaxaca y Veracruz es de unos 240 kilómetros, mientras que por los senderos montañosos la distancia es casi doble. Es una ruta difícil incluso para los camiones pesados y los «jeeps» de tracción doble de nuestros días, e imposible de atravesar por los vehículos de 1858. Puede asegurarse así con certeza que doña Margarita debió de reunir poco a poco el dinero necesario para comprar seis burros al menos, cestas colgantes de los lomos de aquéllos para poner a sus hijos y un mínimo de equipaje y comida. Parece razonable suponer que los nueve viajeros fueran acompañados de dos o tres hombres de probada lealtad y recursos, armados con machetes y revólveres. El viaje duró un mes, durante el que tuvieron que dormir en mantas o petates en las chozas de indios amigos. Es posible que doña Margarita cantara canciones a sus hijos y que les contara historias de cuando su padre era niño y vivía en aquellas montañas; historias que don Benito contó únicamente a ella. Para sus hijos, la mayor parte niñas, seguramente juguetonas como correspondía a su edad, el viaje debió de constituir una maravillosa aventura; pero su madre, que debía estar alerta contra hombres de mala catadura, animales salvajes, posibles enfermedades de sus hijos, etc., debió de vivir momentos en que el corazón pareciera dejar de latir, antes de llegar a Veracruz, al lado de su «amado Juárez».

Veracruz, «la heroica ciudad», era y continúa siendo una pequeña ciudad con un pintoresco puerto de mar, entonces vallado, muy caluroso y húmedo casi todo el año, pero azotado por los vientos fríos del Norte en otoño e invierno. Los ricos, muchos de ellos españoles, se sientan en los cafés bajo los pórticos. Los comerciantes de todas las partes del mundo y los solitarios capitanes de barco, al pasar, los contemplan con grave mirada. En la plaza toca la banda. Era mucho más tranquila

que ahora, ya que los únicos vehículos que circulaban por ella eran los carros, los coches de caballos y las literas o cochecitos de dos ruedas ocupados por damas elegantes que se abanicaban durante el paseo. De noche la ciudad era más oscura que ahora; la única luz la proporcionaban las antorchas, quinqués y velas. En las sombras, mendigos y ladrones acechaban el paso de los viandantes. La cálida brisa mecía las palmeras. Los marineritos bajaban a tierra firme en busca de licores, comida y mujeres; todo ello lo hallaban en abundancia. Los ejércitos, los buques y los gobiernos iban y venían, mientras unos hombres bravos discutían y luchaban por la libertad y la paz. Las mujeres, apesadumbradas y escépticas, lavaban y enterraban a los muertos. Se ensalza continuamente a «María, la conquistadora de México», mientras muchos hombres, jóvenes y viejos, juran que no quieren saber nada de eso. Y siempre, los repulsivos cuervos, con su batir de alas, vuelan al acecho de desperdicios y reses muertas.

Juárez y sus ministros tenían tres cosas principales que hacer, cada una de ellas relacionada con las otras dos. La primera, dotar, pagar, alimentar y suministrar armas y municiones a las tropas constitucionales. Como sea que el dinero era escaso, esta tarea corría a cargo, en su mayor parte, de gobernadores y generales ambiciosos y con deseos de lucimiento personal, pero cuya unión y sumisión a sus superiores civiles, basadas en la lealtad, en la disciplina y en la convicción política, eran prácticamente inexistentes. La segunda, gobernar aquellas partes del país sobre las que ejercían un mayor o menor control, a través de los gobernadores y de los ejércitos errantes, para así procurar hacerse con los ingresos de los que se beneficiaba el gobierno reaccionario, y dar a los mexicanos que creían en la libertad y el futuro y no en los privilegios y en el pasado, la absoluta seguridad de que el gobierno de Juárez era su propio gobierno, el de su nación, un gobierno digno de ser obedecido y por el que valía la pena luchar. La base principal con que contaba el gobierno liberal era la tenacidad, la visión y la fuerza moral de Juárez, quien necesitaba la ayuda, muy cara tanto para el pueblo como para él mismo, de la inter-

vención extranjera. Se convirtió en símbolo y agente catalítico, al mismo tiempo que constituía una fuerza activa, alrededor de la cual empezó muy lentamente a desarrollarse lo que constituye en su fundamento un hecho psicológico y moral: una democracia moderna. La tercera, rechazar, pacífica y honorablemente, la funesta influencia de algunos poderosos gobiernos extranjeros y tratar de ganar su simpatía y ayuda. México estaba en deuda con determinadas naciones hasta un grado tal que, prácticamente, quedaba hipotecado su presente y su inmediato porvenir. Los buques que arribaban a México solían ir, no en misión comercial, sino de vigilancia y amenaza. Además, el comportamiento de los diplomáticos de esas naciones era, en muchos casos, de una presunción intolerable. Había una cuarta tarea, constante y sutil, en la cual Juárez era maestro: la de hacer que los miembros de su gobierno, capacitados pero temperamentales, trabajaran al unísono, como un gobierno bien conjuntado y acreedor al respeto de todos.

En el aspecto militar, la guerra discurría fluida y confusa. En general, el gobierno reaccionario dominaba los Estados centrales y Ciudad de México, y sus fuerzas estaban mejor organizadas y abastecidas que las del gobierno constitucional. Durante algún tiempo lograron controlar Guadalajara, San Luis Potosí, Tampico, Puebla y las ciudades del Bajío. Entre sus generales contaban, además de Miramón y Tomás Mejía, con un rufián experto y despiadado llamado Leonardo Márquez. En batallas campales, la victoria solía sonreír a los reaccionarios; pero carecían del número de hombres necesarios para controlar toda la nación, y cuando debían retirarse de algún punto, el enjambre de soldados constitucionales, formidables guerrilleros casi todos, caía sobre la zona recién abandonada. Santos Degollado no era precisamente un experto en táctica, pero su habilidad para organizar las tropas con rapidez y sobre la marcha era casi increíble. Santiago Vidaurri estaba sólidamente asentado en el Nordeste y acostumbraba a moverse continuamente; pero Juárez, ni podía estar seguro de que sus movimientos fueran siempre leales al gobierno ni, por otra parte, podía arrinconarlo. El viejo Juan Álvarez se mantenía aún en

Guerrero, pero su apoyo al gobierno era decepcionante. En Oaxaca, Porfirio Díaz destacaba ya como soldado osado y hábil, leal al gobierno. Dicho Estado estaba agotado y debilitado por continuas disensiones internas entre los mismos liberales. En el tercer año destacaron en el bando liberal otros tres expertos soldados: Ignacio Zaragoza, Leandro Valle y Jesús González Ortega. Este último podía compararse a Doblado (desentendido casi totalmente de la guerra) en su habilidad y prestigio, pero también en su gran egocentrismo. En el caso de González, la suerte jugaba, empero, un gran papel.

De los numerosos problemas locales, los de Oaxaca afectaban más íntimamente, como es natural, a Juárez. Después de su victoria sobre Cobos en enero de 1858, los liberales se dividieron en dos grupos: el de los abogados, llamados los *borlados*, de tipo más conservador y apodados así satíricamente por sus birretes de doctor, acaudillados por un amigo personal de Juárez, Miguel Castro, quien es posible que no fuera más que un testaferro. El otro grupo, el de los *puros*, o *jacobinos*, tenía a su frente a Díaz Ordaz y Marcos Pérez. Entre finales de 1858 y principios de 1859, el reaccionario Cobos, derrotado en enero de 1858, atacó de nuevo desde el Norte. Al principio, debido a la falta de apoyo y a una coordinación deficiente de sus tropas, Díaz Ordaz fue vencido, y los *borlados*, desgraciadamente con el apoyo de Juárez, erróneamente informado, le retiraron el mando militar y le destituyeron de su cargo de gobernador para el cual había sido elegido legalmente al expirar el mandato de Juárez, y nombraron en su lugar a Castro. Juárez intervino para que tomaran el mando dos coroneles «llegados de fuera», pero leales, en espera de la llegada del oaxaqueño Ignacio Mejía quien asumió la jefatura de las fuerzas. Mejía fue también derrotado, de modo que los reaccionarios tomaron la ciudad de Oaxaca, por lo que el gobierno del Estado tuvo que huir hacia las montañas. Entonces, Díaz Ordaz se presentó en Veracruz para exponer su caso a Juárez, quien, después de revisarlo, se dio cuenta de la injusticia de su posición anterior y restauró a Díaz Ordaz en su antiguo puesto de gobernador de Oaxaca. Poco después Díaz derrotó a Cobos en Tlacolula, pero

fue muerto precisamente cuando la batalla acababa de terminar. Se cree que los autores del crimen fueron los *borlados*. Las dificultades internas, demasiado complejas para detallarlas en esta obra, continuaban, y Juárez envió a Manuel Ruiz para tratar de solucionarlas, pero no tuvo excesivo éxito; y Oaxaca, cuna de disensiones internas y luchas callejeras de talento y de heroísmo, debió de causar ansiedades sin fin al más preclaro de sus hijos.

No obstante, a medida que transcurría el tiempo, también para los reaccionarios surgían problemas. La restauración por parte de Zuloaga de un gobierno fuertemente centralizado, complementado con una red de espías, la represión de la prensa, los intentos de restituir tierras ya vendidas bajo la Ley Lerdo, las siempre crecientes exigencias económicas a la clerecía, las contribuciones, etc., eran medidas todas ellas impopulares incluso entre los conservadores. En diciembre de 1858 y enero de 1859, después de una rebelión del general conservador Echeagaray y un brevísimo período de influencia de Manuel Robles Pezuela, cuyos intentos de subvertir a varios liberales fueron desbaratados por Juárez, Miguel Miramón se convirtió en presidente del gobierno reaccionario.

En febrero de 1859 Miramón, como se preveía, atacó Veracruz; pero esta expedición debilitó las fuerzas conservadoras del resto del país, de modo que las tropas constitucionales pudieron recobrar varias ciudades del Norte, y Degollado pudo organizar y equipar un nuevo cuerpo de ejército en Morelia y marchar hacia Ciudad de México. En marzo, amenazado por la espalda y debilitadas sus fuerzas por la malaria y la fiebre amarilla, Miramón abandonó el asedio de Veracruz y tocó retirada hacia Ciudad de México. Márquez persiguió y venció a Degollado en Tacubaya, el 11 de abril, y capturó todas sus armas y bagajes. La explicación de esta derrota reside, al menos parcialmente, en una dirección inadecuada por parte de Degollado, tanto en lo que se refiere a los hombres como a los pertrechos y víveres. Cuando Miramón llegó a la ciudad ordenó a Márquez fusilar a los jefes y oficiales prisioneros. Márquez, que no deseaba otra cosa, no se limitó a cumplir órdenes, sino

que por propia iniciativa, hizo mucho más: mandó fusilar hasta a los estudiantes de medicina sospechosos de haber ayudado a los heridos de ambos bandos, sin discriminación. Ordenó matar a paisanos e incluso decretó el asesinato de niños. Por este acto de barbarie, sorprendente hasta en una guerra que ganaba en salvajismo y ferocidad cuanto más se prolongaba, los liberales apodaron a Márquez «el Tigre de Tacubaya». Sin embargo, cabalgando con Mejía en un desfile victorioso, Márquez llevaba una banda regalo de un comité de damas en la que podía leerse la siguiente inscripción: «A la virtud y el valor: la gratitud de las hijas de México». Las victorias militares de la reacción continuaron durante 1859 y ejercieron notable influencia en los asuntos extranjeros de Juárez y, también, en sus proyectos de reforma; sin embargo, no creemos interesante considerar estas batallas de forma detallada.

Con excepción de la victoria militar final, necesaria para cualquier progreso político y social, el mayor logro de Juárez y su gobierno durante la guerra consistió en los decretos de reforma promulgados en Veracruz, primero, en varias fechas comprendidas entre julio de 1859 y febrero de 1861. El programa general de la reforma, mucho más amplio que los decretos mencionados, fue proyectado en el manifiesto del 7 de julio de 1859.

Desde hacía bastante tiempo los liberales sabían que aunque la Ley Juárez y la Ley Lerdo habían despertado una violenta oposición, y que al incorporarse a la Constitución de 1857 habían contribuido en no pequeña parte a amilanar a Comonfort, incitado a los reaccionarios a rebelarse, y produciendo el golpe de estado, la Reforma estaba lejos de haber sido cumplida en su totalidad. Sabían también que, en medio de una contienda que era ya una brutal guerra religiosa, la Reforma no podía demorarse so pretexto de evitar la reacción violenta de la oposición. Desde el punto de vista de Juárez, sin embargo, era una lucha por la Constitución, la legalidad y el orden, cosas todas ellas que debían basarse, tan pronto como fuera posible, en la voluntad de la mayoría del pueblo y de sus representantes, y *no* una guerra contra la Iglesia, a menos

que ésta usara y apoyara medios ilegales y violentos para defender y reconquistar su riqueza, su poder político y sus privilegios. El indio Juárez y su amigo, el intelectual, humano y mundano Ocampo, conocían más a fondo el pueblo mexicano y sentían un mayor respeto por su religión y apego a las viejas costumbres, que el abogado burgués Miguel Lerdo de Tejada, o Manuel Ruiz, o Santos Degollado. Además, ambos eran lo suficientemente empíricos y prácticos, después del fracaso parcial de la Ley Lerdo, como para dudar de la sabiduría y eficacia de unos decretos que parecían claramente justos y necesarios, pero que quizás estaban más allá de la capacidad de comprensión del pueblo. Asimismo, Ocampo no simpatizaba con Lerdo, y desconfiaba de su ambición personal. Por ello, dos figuras claves, Juárez y Ocampo, dudaban; los otros se impacientaban. Después de ser derrotado en Tacubaya, Degollado fue, sin pérdida de tiempo, hacia Veracruz para urgir nuevas leyes reformadoras, y el día 25 de junio y 5 de julio, solamente pocos días antes de la publicación de los primeros decretos, Miguel Lerdo, entonces ministro de Hacienda y de Desarrollo, se enojó tanto que quiso presentar la dimisión; pero Juárez, con su calma usual, rehusó aceptarla y le aseguró que habían ya decidido seguir adelante. El gobierno necesitaba dinero con urgencia, y Juárez, todavía decididamente reformista, estaba dispuesto a estrangular la oposición en cuanto hiciera algún movimiento, por medio de medidas que fueran aceptadas por la mayoría del pueblo. Sobre todo, Juárez no era Comonfort; sabía lo que quería: un México democrático conseguido con el menor derramamiento de sangre posible. La mejor manera de resumir la naturaleza de su decisión final la encontramos en sus propias palabras: «Mejor una guerra que dos», significando con ello, una guerra para la Constitución y otra para la Reforma. La actuación de Juárez al promulgar estos decretos guardaba un perfecto paralelismo con la de Lincoln, tres años más tarde, al promulgar la Proclamación de Emancipación.

En estos decretos trascendentales e históricos, todas las propiedades de la Iglesia excepto los edificios de los templos

y escuelas y lo que había en su interior, fueron confiscadas y nacionalizadas. Esto contribuía grandemente a corregir la defectuosa y destructiva Ley Lerdo, pues iba más allá de la venta de las tierras de la Iglesia, y distinguía entre éstas y las que los indios tenían en régimen comunal. Aunque con retraso, después de la guerra, el gobierno tomó medidas para devolver algunas de estas propiedades a sus legítimos dueños. Esta acción hizo que se aflojara el dogal con que la Iglesia ahogaba la economía. Es de notar que hoy día incluso los edificios religiosos pertenecen legalmente al gobierno federal. Los monasterios fueron suprimidos en seguida, y los conventos de monjas, gradualmente. Esto ocurrió principalmente como resultado de la confiscación de sus propiedades y, en consecuencia, de sus ingresos; o sea, que tuvo un origen primordialmente económico. Los conventos de monjas existen todavía hoy, pero con carácter privado. Las monjas no pueden vestir sus hábitos por la calle; pero en cambio son muchas las que se dedican a la enseñanza y al cuidado de los niños en México, mientras la Iglesia se opone, sin alharacas, eso sí, a la educación pública. Las actividades educativas monjiles son, sin embargo, y hasta cierto punto, inspeccionadas y controladas por el gobierno.

Los cementerios fueron nacionalizados, y lo que es más importante, los bautizos y las bodas fueron convertidos en actos civiles, pues de lo contrario no tenían validez legal. Poco después de publicarse este decreto nació en Veracruz una hija de Juárez, Francisca. Juárez la inscribió en seguida en el registro, para dar ejemplo, figurando como primera partida del libro número uno del registro de nacimientos de aquella ciudad. El libro se conserva como una reliquia en el Ayuntamiento. Es probable que Ocampo, que educaba esmeradamente a cuatro hijas, a pesar de no estar casado, escribiera este decreto, y es seguro que escribió *La Epístola de Melchor Ocampo*, una noble exhortación a los recién desposados a la mutua comprensión, tolerancia y lealtad, y que, de acuerdo con la ley, se lee en la ceremonia civil de cuantas bodas se celebran en México y otros países latino-americanos. Se dio al gobierno un cierto control

sobre las festividades profanas y religiosas, en un intento de disminuir las interrupciones del trabajo.

El más importante de estos decretos es uno que por sí solo habría bastado para labrar la grandeza de Juárez. Nos referimos al que establecía la independencia y separación de la Iglesia y el Estado, garantizando además la libertad de cultos. Fue confirmado por la ley y por la última Constitución de 1917, y continúa aún en pleno vigor. La Iglesia, con tranquila tenacidad, se opone todavía a esta ley, especialmente en lugares como la meseta central donde el proselitismo protestante es una locura y una fuente de peligros para quienes lo ejercen.

Juárez sabía muy bien el alcance de su acto, según se deduce de una carta que escribió el 12 de julio de 1859 desde Veracruz, dirigida a Santacilia en Nueva Orleáns: «Tengo el gusto de remitir a U. el decreto que acabo de expedir. Lo más importante que contiene como verá U. es la independencia absoluta del poder civil y la libertad religiosa. Para mí estos puntos eran los capitales que debían conquistarse en esta revolución y si logramos el triunfo nos quedará la satisfacción de haber hecho un bien a mi país y a la humanidad».

Naturalmente, los reaccionarios, acaudillados por el arzobispo Garza y el padre Miranda, reaccionaron con violencia. La venta de las tierras de la Iglesia era lenta, y a menudo probablemente injusta, en el sentido de que los compradores ganaban más que el gobierno; pero, de todos modos, éste acrecentaba sus ingresos. No parece existan datos acerca de la cuantía de las entradas por el concepto de que tratamos. Lo verdaderamente notable es que durante los cien años transcurridos desde la expedición de aquellos decretos, los críticos de Juárez, numerosos y violentos, por la razón que sea apenas se han atrevido a sugerir y jamás han probado que él o cualquiera de los miembros de su gobierno se aprovecharan personalmente de estas operaciones. Todos murieron relativamente pobres. Después de estos decretos, se produjeron muchos saqueos y actos sacrílegos en los templos, y es que no debe olvidarse que los ejércitos no están compuestos sólo de caballeros. La animosidad que en los devotos provocaron las medidas de

Juárez persiste aún hoy, y debe de ser el motivo principal de muchas de las numerosas acusaciones de que en sus relaciones con los Estados Unidos Juárez y Ocampo fueron traidores a su país.

Vamos ahora a hablar de estas relaciones o negociaciones con los Estados Unidos, por ser extraordinariamente interesantes en sí mismas, y porque suscitan una serie de consideraciones de gran importancia todavía hoy en todo el mundo.

EL CASO DEL TRATADO AMBÍGUO

Después tuvo lugar un drama diplomático al que se han agarrado siempre con feroz complacencia los mexicanos enemigos de los Estados Unidos y los detractores de Juárez (generalmente las mismas personas) y que ha inquietado quizás en demasía a los admiradores de Juárez y Ocampo, y a nosotros, los americanos, demasiado poco, principalmente debido a que la mayoría hemos permanecido completamente ignorantes del mismo.

En 1856 un demócrata de Pennsylvania, James Buchanan, fue elegido presidente de los Estados Unidos, y del buen número de inquilinos de la Casa Blanca que no han producido beneficio alguno a su país, él es figura destacada. Lo mismo en la Casa Blanca que en el Senado, como ministro en Rusia y Gran Bretaña, y como secretario de Estado de Polk durante la guerra con México, mostróse siempre indeciso en el mayor de los problemas internos: el de la esclavitud. En cambio, en los asuntos exteriores probó ser chabacanamente agresivo. Cuando llegó a la presidencia, los poderes y responsabilidades del cargo le hicieron más peligroso todavía. Desde hacía largo tiempo quería adueñarse de Cuba, y con respecto a México, el robo de la mitad de nuestro país no era suficiente para dejarle satisfecho: quería la Baja California, una gran parte del noroeste de México, y derechos ilimitados sobre el Istmo de Tehuantepec. Su secretario de Estado era un general retirado llamado Lewis Cass.

Su ministro en México, John Forsyth, igual que sus sucesores, se las daba de liberal, pero tenía órdenes de extorsionar tanto como le fuera posible. Como ya hemos visto, en 27 de enero de 1858, y con ese propósito, estuvo a punto de reconocer apresuradamente al gobierno de Zuloaga antes de recibir las protestas de Ocampo. Forsyth procuraba molestar siempre que tenía ocasión al ministro de Relaciones Exteriores de Zuloaga, Luis G. Cuevas, y cuando el gobierno decretó algo parecido a un préstamo forzoso, Forsyth, con vistas a provocar una crisis que facilitara sus intentos de extorsión, tomó la ultrajante medida de avisar a los ciudadanos americanos residentes en México afectados por el decreto, en el sentido de que se negaran a obedecerlo. Reprendido por Cuevas, Forsyth rompió las relaciones por lo que fue destituido. Sin embargo, decidió permanecer en México hasta octubre. En el intervalo dio refugio en su casa a Miguel Lerdo de Tejada y ocultó, en provecho de los liberales, cuarenta y seis barras de plata procedentes de objetos que el general Epitacio Huerta robó de la catedral de Morelia.

El presidente Buchanan desvió sus falaces atenciones hacia el gobierno constitucional, el de Veracruz, que precisamente acababa de enviar a José María Mata, yerno de Ocampo, como ministro en Washington. Mata tuvo una conversación con un tal J. M. Cazneau, amigo del presidente, a raíz de la cual Cazneau escribió a Buchanan la carta que sigue, fechada en 5 de junio de 1858:

«El señor Mata, de México, a quien mencioné el otro día como ministro del presidente Juárez, se encuentra aquí ahora, en espera de que le conceda una entrevista. Cuenta, según creo, con plenos poderes para conseguir dinero por cualquier medio, excepción hecha de la cesión de territorio.

Se ha insinuado que el libre tránsito por el istmo con los puertos correspondientes, excepto los francos, es digno de pagarse en un millón... y que otro millón, gastado en la mejora de estos puertos francos y bajo la supervisión conjunta de las dos repúblicas, abriría ese espléndido país a los colonizadores adecuados.

Si cualquier otra nación está dispuesta a pagar por concesio-

nes similares, no es preciso objetar nada, pues ni el dinero ni los navíos pueden comprar la *fuerza de la proximidad*.

Otro millón nos proporcionaría ventajas similares en la frontera Norte, con un territorio neutral, por el Sur, hasta los veintiocho grados de latitud Norte, bajo condiciones equivalentes a una venta.

Dos millones más nos darían libertad de tránsito por un par de carreteras al Pacífico, y de paso colocarían a Juárez en la ciudad de México, donde, una vez instalado, se compromete a seguir una política encaminada a salvar a Cuba.

Los puntos por mí expresados serán confirmados por el señor Mata y por el gobierno de Juárez».

Debe notarse que en esta carta hay más insinuaciones que informes explícitos en lo que se refiere a la posición de Mata y Juárez. Debe leerse en conjunción con un informe que Mata hizo a Juárez en fecha 2 de julio desde Washington. Está relacionado con una entrevista sostenida con el presidente Buchanan el día antes, y con otra, con el secretario Cass, en el mismo día 2. Esta carta demuestra cómo Cazneau y otros individuos excitaron el apetito de Buchanan, pero no avala la deducción de que Juárez se envileciera ni bordeara la traición en su sed de dinero americano.

«El presidente Buchanan», dice Mata, «me hizo multitud de preguntas», tomó notas acerca de los miembros del gobierno constitucional; mostró gran interés por el Istmo de Tehuantepec; «me manifestó las mayores simpatías por nuestra causa»; le pidió que se quedara en Washington hasta que se confirmara la dimisión de Forsyth, ya que entonces, él, como presidente, «podría hacer alguna cosa eficaz en favor nuestro»; le preguntó si tenía sus credenciales; dijo que leería en inglés los artículos de la Constitución mexicana «relativos al presidente y los de la ley electoral», y dijo a Mata que hiciese una visita al general Cass.

La entrevista con el secretario de Estado descorazonó a Mata. Fue más corta y no tan íntima como la primera, y aunque el secretario le aseguró sus mejores deseos para el gobierno Juárez, no se mostró dispuesto a intervenir «en nuestras cuestiones». Cuando Mata declaró que Juárez era presidente de

hecho y de derecho, y que, aceptado al error de Forsyth al reconocer a Zuloaga, ahora era el momento propicio de repararlo, la respuesta de Cass fue «todavía bastante vaga».

Mata discute luego el problema de forma más general. Buchanan quería muchas concesiones, no sólo en Tehuantepec, sino también derechos para un ferrocarril que debería cruzar el noroeste de México. «Yo he dicho que creo que U. estará dispuesto a celebrar todo trato que repose en principios de justicia y de mutua conveniencia para ambos países. Por mi parte, veo que es interés de México celebrar esos tratados, si en ellos se obliga el gobierno de los EE. UU. a reconocer y mantener en esas vías la soberanía de México, y sólo en esos tratados veo el medio de poner coto al espíritu filibustero que tan en boga está en los Estados del Sur precisamente en los que tenemos más cerca. Con estos tratados, se podría hacer otro, para que el Gobo. americano garantizara un préstamo para el Gobo. mexicano y así se obtendría el dinero con el moderadísimo interés del 5 por ciento anual y enlazaríamos moral y físicamente a los dos países y a los dos gobiernos, en lo cual veo el término de las revueltas de nuestro desgraciado país». Seguidamente solicita se le den instrucciones, aunque no le agrada permanecer en los Estados Unidos.

«Tal vez yo estoy equivocado», continúa, «pero tengo la convicción de que México está forzosamente ligado con este país, y que para conservar la independencia y la nacionalidad es necesario adoptar una marcha que esté basada en principios ampliamente liberales que satisfagan el interés recíproco de los dos países, que permita que los dos pueblos se pongan en contacto para que conociéndose mejor lleguen a apreciarse y a perder el espíritu de agresión el uno y el espíritu de desconfianza mezquina y de resistencias ridículas el otro. De cualquier modo, yo creo necesario que el partido liberal inicie esta nueva política, que no sólo es de salvación para el país, sino que es la consecuencia de los principios que proclamamos... Aquí hay el mayor deseo de adquirir por medio de compra una nueva parte de nuestro territorio. Este fue el anzuelo con que atraparon a Forsyth para que reconociera a Zuloaga. En vista de

esta tendencia que raya en manía, me ha parecido necesario en todas mis conferencias manifestar que si bien estamos dispuestos a hacer concesiones justas y convenientes al desarrollo y seguridad de los intereses americanos, en ningún caso y por ningún motivo, convendremos en enajenar un palmo del territorio».

Si bien no tenemos la respuesta de Juárez a esta carta, parece evidente, según se desprende de sus comunicaciones y decisiones posteriores, que Juárez y Ocampo estaban de acuerdo con las ideas y conceptos expresados por Mata, aunque Juárez, con buen sentido, desconfiaba más y más de los Estados Unidos, mostrándose muy cauteloso en las negociaciones que tuvieron lugar. Aquí vemos ya predibujado el signo bajo el que se desarrollarían las negociaciones entre la administración Buchanan, voraz e inhumana, y la administración Juárez, falta de recursos y optimista, demasiado optimista, en relación con las intenciones americanas.

En diciembre de 1858, en un mensaje al Congreso, Buchanan dijo que esperaba obtener del gobierno constitucional de México mucho más de lo que hubieran podido darle los reaccionarios, y pidió al citado cuerpo autorización para invadir, o, según sus palabras, establecer puestos militares en Sonora y Chihuahua. Estas amenazas, disfrazadas de intentos de pacificar México, y de evitar la intervención europea, se repitieron en mensajes posteriores. El 27 de diciembre Buchanan envió como agente especial cerca del gobierno de Juárez a un tal William M. Churchwell, para cerciorarse de modo más directo de cuánto podía obtenerse de México. Se sabe de fuente fidedigna que Buchanan consideró por breve tiempo la conveniencia de mantener negociaciones secretas con los reaccionarios. Churchwell llegó a Veracruz el 19 de enero, hizo un rápido viaje por algunas ciudades del interior, y comunicó al secretario Cass que había llegado el momento en que la administración Buchanan podría con toda probabilidad conseguir de México todo lo que quisiera. Por aquellos días, Miramón iba a realizar su primer ataque contra Veracruz. El día 22 de febrero Churchwell escribió al presidente Buchanan, desde Veracruz, una

carta acompañada de un memorándum que ha desaparecido, y en un resumen posterior del mismo, entregado a McLane, sucesor de Churchwell, se asevera que Ocampo, en nombre de Juárez, había prometido la venta de la Baja California y derechos de tránsito por el golfo de California y también por el Istmo de Tehuantepec. Es muy dudoso que Ocampo hiciera nunca una promesa tal, pero la carta adjunta al memorándum es en sí misma del mayor interés:

«El presidente Juárez es un hombre de aproximadamente cuarenta y cinco años; indio de pura sangre, bien versado en las leyes del país, prudente jurisconsulto aunque tímido y desconfiado como político, austero e incorruptible, de condición benigna y suave, y en su trato modesto como un niño. Tiene voz en el gabinete, y se le escucha con respeto; pero carece de influencias sobre sus ministros, bajo cuyo más absoluto control se halla, posiblemente sin darse cuenta.

Ocampo es un caballero de gran inteligencia natural, y de considerables dotes y saber, inflexible en sus resoluciones, absoluto en sus puntos de vista, rápido en sus respuestas, y se impacienta cuando alguien le contradice; pero es noble, honrado, y como su jefe, incorruptible.

Lerdo de Tejada,¹ quien se encuentra en el gabinete a sugestión mía, tiene las brillantes cualidades de los otros dos, es tan puro como ellos, pero posee en mayor cuantía los hábitos prácticos que constituyen una mentalidad orientada hacia las actualidades de la vida más que hacia los ensueños.

Es el hombre más popular de su partido, y merecidamente considerado como la mente rectora del gabinete. Es de tendencias completamente americanas; es el estadista mejor informado de la historia política y comercial y del progreso de su país.

Deberemos considerarlo como el hombre más digno de confianza en sus preferencias por nosotros; franco, abierto, osado, y siempre dispuesto a afrontar los problemas y asumir responsabilidades.

A mi llegada, los encontré algo desanimados: se les había hecho creer que los Estados Unidos no tomarían un camino determinado, pero ahora parecen otros, y manifiestan una amistad sincera y formal.»

1. Se refiere a Miguel.

A continuación, Churchwell aboga por la inclusión en cualquier tratado de una cláusula para la extinción de la paralizadora deuda mexicana a Inglaterra, por medio de fondos estado-unidenses. Eso, dice, libraría a México de la injerencia británica, e «invitaría al apoyo por parte de Inglaterra, en favor de cualquier acuerdo que los Estados Unidos puedan ligar con México».

«En la desmoralizada situación actual de este país», continúa, «con ocho millones de personas cuya degeneración se acentúa de continuo, no puede adoptarse otro camino que el conducente a dar a los Estados Unidos un Protectorado indirecto pero efectivo, ejerciendo por medio de consejos y ayuda moral, y a través de sus funcionarios, nuestra influencia benéfica, y así preparar gradualmente y bien un resultado que puede ser considerado de dudosa significación: un resultado al que, más pronto o más tarde, debe llegarse. Si se instaura el Partido Constitucional en el poder, podemos desarrollar una gran labor regulando su política, por medio de consejos atinados y prudentes. Sus principios son más populares cada día, y se cree que con el reconocimiento de los Estados Unidos la capital no tardaría en estar otra vez en su poder».

Churchwell dice luego que el gobierno de Juárez está resuelto a separar la Iglesia del Estado, y estima que el activo del clero se eleva a 300.000.000\$, y que será nacionalizado; dice que la deuda interior y exterior de México es de 120.000.000\$; habla de los recursos naturales de México; dice que se han producido fugas de capitales por al menos 100.000.000\$. Estas cifras no se basaban sino en conjeturas descabelladas. «El programa del gobierno constitucional, bajo Juárez, ha sido sometido a mi consideración, de forma estrictamente confidencial. Fue trazado por el señor Lerdo de Tejada, y es eminentemente liberal en todos sus puntos. Se han tomado algunos extractos del mismo para ser leídos sólo por usted, y al efecto de que pueda comprender cuál será su política. Muestran una confianza absoluta en nosotros, y parecen mirar a nuestro gobierno como su amigo y aliado natural, en la gran causa de la libertad constitucional, por la que luchan con tanto celo». In-

cluye un documento público suscrito por Ocampo, en el que explica su reciente convenio con los jefes de las marinas inglesa y francesa, quienes habían puesto sobre el tapete el asunto de las hipotecas de sus gobiernos sobre las aduanas. Señala que a Miramón le permitieron acercarse a Veracruz, al efecto de poder cortarle la retirada. «Me siento más seguro del éxito del gobierno constitucional», concluye, «que cuando preparaba mi informe».

Al leer esta carta, podemos solamente esperar, con un estremecimiento, que los diplomáticos americanos sean hoy en todas partes más cuidadosos y menos arrogantes que los enviados a México un siglo atrás. Churchwell se equivocó en ocho años al señalar la edad de Juárez, y más desacertado estuvo todavía al juzgar su carácter. Si hubiese asistido a una reunión del gabinete, lo que parece improbable, habría sido quizás engañado por la animada charla de los ministros mientras el presidente, serenamente, escuchaba. Desconfiado con respecto a colegas erráticos y, en especial, a los agentes americanos, tenía que serlo: observador y lento en sus decisiones, lo era. En algunas ocasiones estaba mal informado y era irresoluto; pero, en cambio, la timidez no podemos apreciarla en ninguno de sus actos. Calificar a Lerdo de más práctico que Juárez y Ocampo parece igualmente fuera de lugar: indudablemente agradaba a los americanos, debido en parte a ser o parecer tan irrazonablemente proamericano; pero no debe olvidarse que mientras él escribía ensayos sobre la reforma de México, Juárez y Ocampo gobernaban Estados. Además, es notorio que Miguel Lerdo era teórico desde los pies a la cabeza. La afirmación de Churchwell en el sentido de que Lerdo había obtenido su cargo gracias a él es ridícula, sino por otra cosa, por el hecho de que Lerdo llegó a ministro de Hacienda el 3 de enero. Este detalle basta para desprestigiar considerablemente la pretensión expresada en el memorándum ya citado de que Ocampo le había prometido vender todo cuanto Buchanan deseara.

Churchwell fue sustituido por Robert Milligan McLane, un funcionario civil de Maryland y notorio abogado que había apoyado la guerra de Polk contra México, y al que se confirió

el alto rango de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. No se sabe cuáles eran sus instrucciones; pero cabe suponer que tenía orden de obtener cuanto pudiera, incluyendo la venta de la Baja California «prometida» en el memorándum de Churchwell. La cuestión de reconocer al gobierno constitucional, o al reaccionario ¿por qué no?, se dejó a su propio criterio. Llegó a Veracruz el día primero de abril de 1859, y se puso a trabajar inmediatamente. No obstante, dado que Miramón acababa de iniciar su primer asedio y Degollado se acercaba a Ciudad de México, Ocampo se mostraba evasivo. McLane, sin embargo, reconoció al gobierno constitucional una semana después de su llegada, es decir, el 7 de abril. El ministro de Relaciones de Miramón puso el grito en el cielo, basándose en los contactos que Forsyth mantuvo con los reaccionarios, en el hecho de que ellos, los conservadores, tenían proyectado vender territorios a los americanos, y en las tentativas frustradas de Ocampo y McLane.

Las negociaciones continuaron, y el 18 de junio Ocampo presentó a McLane una extraordinaria propuesta, concebida quizás por Lerdo y apoyada, al menos hasta cierto punto, por Juárez: la de una alianza defensiva entre México y los Estados Unidos, en relación con los otros países; pero con una cláusula en la que se especificaba que las dos naciones se obligaban a ayudarse mutuamente, si así fuese solicitado por un gobierno legítimo y con el apoyo de la mayoría de los gobernados, para mantener el orden y la seguridad y «consolidar los principios democráticos y la libertad constitucional» internos. Esta proposición halló eco en el tratado final, y de ella vamos a hablar ahora. Naturalmente, McLane se echó atrás, ya que él y su gobierno querían concesiones concretas e inmediatas, y porque la Historia no había invalidado todavía, para los Estados Unidos, el aviso de Washington acerca de las «alianzas complicadas».

Mientras, el gobierno constitucional estaba ocupado con las leyes de Reforma. Una vez publicadas, Lerdo fue a los Estados Unidos a pedir un préstamo. El resultado fue negativo, en parte debido quizás a que McLane señaló que un préstamo

haría innecesario para México el vender la Baja California, y en parte, a que pocos eran los americanos que creían en la victoria del gobierno constitucional.

Las propuestas de Ocampo chocaron con la oposición de varios de sus colegas, y este hecho, unido a las disensiones entre ellos desembocó en su dimisión como ministro de Relaciones el día 14 de agosto de 1859. Le sustituyó Juan Antonio de la Fuente, quien, evidentemente apoyado por Juárez, rechazó con firmeza la posibilidad de vender la Baja California y rehusó también permitir cualquier acción unilateral por parte de los Estados Unidos para defender sus derechos al tránsito por el istmo, caso de que se concedieran, y en el supuesto de que los Estados Unidos consideraran que los mismos estuvieran en peligro. En septiembre McLane regresó a su patria para tomarse unas vacaciones y, claro está, celebrar consultas.

La causa constitucional declinaba con rapidez. Vidaurri, en el Norte, se rindió con sus fuerzas. El gobierno reaccionario, en desesperada búsqueda, como sus antagonistas, de ayuda y reconocimiento exteriores, negoció con España el Tratado de Mon-Almonte, el 26 de septiembre de 1859, por el que México capitulaba ante todas y cada una de las reclamaciones españolas por deudas e indemnizaciones, y abría el camino para que, desde Cuba, España pudiera intervenir en favor del lado reaccionario. Lo que es más importante, el 13 de noviembre, en *La Estancia de las Vacas*, entre Querétaro y Celaya, Miramón infligió una severa derrota a Degollado, seguida de otras victorias reaccionarias en Colima y otros puntos. Con estas derrotas apareció un nuevo y siniestro elemento en la situación: antes de su derrota en La Estancia, Degollado se había tomado la extraña libertad, ensombreciendo así de antemano su propio futuro, de ofrecer a Marimón el mando del ejército constitucional, en el supuesto de que aquél aceptara la Constitución de 1857, que sería luego revisada por un nuevo congreso constituyente. Por suerte, Marimón rechazó la oferta. La causa liberal y constitucional parecía estar condenada a muerte.

En noviembre McLane volvió a Veracruz, y el primero de diciembre Ocampo volvió a asumir el cargo de ministro de

Relaciones. El día 14 de diciembre de 1859 McLane y Ocampo firmaron su tan discutido Tratado, por el que se concedía todo lo que querían Buchanan, Cass y McLane, excepto la venta de la Baja California.

Se cedía a los Estados Unidos a perpetuidad el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec. Se regulaban las cuestiones comerciales y aduaneras. En caso de emergencia, los Estados Unidos podían defender las rutas sobre las que se les concedía derecho de tránsito sin permiso del gobierno mexicano. Derechos similares fueron concedidos a los americanos en el Norte, entre Nogales y Guaymas, en el golfo de California y entre Matamoros y Mazatlán, también en el Golfo. Se daba a los súbditos americanos residentes en México el derecho a practicar libremente su religión. Los Estados Unidos debían pagar cuatro millones de dólares por estas concesiones, pero dos millones quedaban en su poder para pagar las reclamaciones de ciudadanos americanos contra el gobierno mexicano. En virtud del Artículo 1.º de la Convención anexa al Tratado, cada una de las dos naciones se obligaba a ayudar a la otra en el caso de que una de ellas no pudiera por sí sola ejecutar lo pactado o mantener el orden y la seguridad. Esta Convención era prácticamente una copia del tratado de alianza propuesto por Ocampo y por Lerdo.

En México, el Tratado distaba mucho de contar con el apoyo unánime de los liberales. Naturalmente el gobierno conservador, sin tener en cuenta sus propias maquinaciones en Europa, protestó en seguida ante Washington. En los Estados Unidos la opinión se dividió, pero en conjunto era desfavorable. Con muy buen sentido, los del Norte temían que el Tratado fuera como un salvoconducto para la expansión de la esclavitud en el Sur. Los sectores comerciales e industriales se oponían a la liberación implícita del comercio con la consiguiente disminución de las tarifas, aunque México por aquel entonces no constituía una amenaza comercial para nadie. Todo el mundo se daba cuenta que el derecho a defender unilateralmente los derechos de tránsito y especialmente la Convención podían obligar a los Estados Unidos a cualquier inter-

vinción armada, con los gastos que ello implicaría, en una época en que la nación americana se hallaba peligrosamente dividida. Puede decirse que existía una especie de insolente altanería ante la idea de asociarse tan estrechamente con gentes inferiores tales como los mexicanos. El temor a un compromiso militar se vio acrecentado seguramente por la intervención naval americana cerca de Veracruz, en marzo de 1860, de la que vamos a hablar seguidamente. El 10 de diciembre de 1859, después de haber encontrado editor para su *Tabla Sinóptica* en Veracruz y de haber estudiado inglés intensamente, Romero partió por mar de Veracruz para Washington, pues había sido nombrado secretario de la legación mexicana, a las órdenes de Mata. Allí, no sólo Mata, Romero y el presidente Buchanan, sino también McLane que se había trasladado ex-profeso, luchaban para conseguir que el Senado apoyara el Tratado, el cual había sido sometido a la Cámara el día 4 de enero. En el transcurso de este primer mes de 1860, Ocampo fue forzado a dimitir, y esta vez fue reemplazado por Degollado cosa realmente extraña si se tiene en cuenta la oferta hecha a Miramón en La Estancia de las Vacas. En otro mensaje anual al Congreso, el presidente Buchanan coartó a los mexicanos liberales que eran partidarios del Tratado, al proponer una nueva intervención armada. El 31 de mayo el Senado rechazó el Tratado y la Convención.

En marzo McLane había informado que Juárez deploraba la demora en ratificar el Tratado, y en mayo Juárez autorizó a Mata a extender el plazo de ratificación por un nuevo periodo de seis meses. En octubre, no obstante, la victoria liberal parecía cosa plausible. La tajante negativa del Senado americano a concluir tratado alguno parece no haber sido comprendida correctamente en Veracruz, ya que se dio un nuevo plazo para la ratificación. Juárez, que en su *Diario* no ha escrito nada sobre el Tratado, anota la reunión del gabinete de fecha 5 octubre de 1860: «En el día señalado se abrió la sesión y el señor Fuente expuso por varias razones: que era de opinión que no se hiciera la prórroga. Los señores Ocampo (que había regresado al ministerio de Relaciones cuatro días antes), Mata

(sustituido el día 14 de agosto por Romero como encargado de negocios en Washington), Llave y Emparán opinaron por la prórroga, y el presidente resolvió que no se prorrogase el término del referido tratado». Fue el presidente quien decidió, a pesar de ser los votos, por cuatro a dos, favorables a la prórroga. El mismo presidente que, según Churchwell, estaba dominado por su gabinete.

Los defensores de Juárez dan mucha importancia al hecho de que en realidad nunca firmó el Tratado, pues lo mandó a los polvorientos archivos con la misma firmeza con que antes lo había hecho el Senado de los Estados Unidos. Nunca habló mucho del Tratado, pero hay dos puntos sobre los cuales caben pocas dudas: en primer lugar, que lo había apoyado y lo habría firmado, al menos hasta que Miramón empezó su segundo asedio de Veracruz en 21 de marzo de 1860, o, lo que es más probable, hasta el mes de mayo; en segundo y último lugar, que, al rechazarlo posteriormente en la reunión del 5 de octubre y en vista de la extremada prudencia de que desde entonces hizo gala en relación con cualquier clase de apoyo que México pudiera recibir de los Estados Unidos, sabía que este Tratado era muy peligroso para su país, aunque hubo un tiempo en que tanto él como sus colegas lo consideraban imprescindible.

Otro punto que ha sido exhaustivamente debatido es si, como resultado de los amplísimos poderes concedidos a Comonfort y heredados por Juárez, éste tenía realmente autoridad para negociar el Tratado. Éste es un punto que dejamos para los juristas; pero tengamos en cuenta que la administración Buchanan, no exactamente desinteresada, se sentía satisfecha. Además, si Juárez no tenía autoridad, ¿quién la tenía?

No podemos olvidar un breve relato americano que, como el de Churchwell, es a la vez lamentable y divertido. Unos cuarenta años después de los acontecimientos que nos ocupan, McLane escribió el siguiente párrafo en sus *Reminiscencias*:

«Mr. Buchanan me contó que no estaba dispuesto a reconocer a Miramón, pero que no deseaba lavar el insulto a nuestro minis-

tro (Forsyth) pidiendo al Congreso una declaración de guerra, y que, por otra parte, dicho cuerpo no adoptaría tal medida, en aquel momento. Por consiguiente, propuso el nombramiento de otro ministro, con instrucciones de trasladarse a México a bordo de un buque de guerra, para reconocer a Juárez, si el ministro consideraba que el presidente mexicano tenía la autoridad suficiente en el país como para habilitarle a estampar su firma en el acta. Caso contrario, el ministro debía permanecer a bordo hasta que el caso fuera sometido al presidente para ulteriores instrucciones. Después de una reunión con varios senadores, acepté la misión.

El *Brooklyn*, mandado por el capitán Farragut, fue asignado al servicio de mi legación, y colocado a mis órdenes.»

A la llegada, McLane envió a Farragut en misión de paz cerca de los reaccionarios que asediaban Veracruz, y que no dio el menor fruto.

«Desgraciadamente, el partido militar y clerical desconfiaba en alto grado de las intenciones del gobierno de los Estados Unidos, y el pueblo mexicano se dejaba imbuir con facilidad la idea de que proyectábamos la anexión de su país, con o sin su consentimiento. Era bien sabido que el mismo Mr. Buchanan deseaba se realizara inmediatamente la compra de la Baja California, y la pasión de nuestro pueblo por la adquisición de territorio era muy apropiada para inspirar su falta de confianza en nosotros. Me fue muy difícil vencer los temores y recelos del gobierno constitucional de Veracruz, incluso, ya que Mr. Buchanan apremiaba la compra de la Baja California, y el presidente Juárez, con determinación singular, rehusaba ceder ni un solo pie de terreno, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Tuve suerte, sin embargo, en ganar su confianza y buena voluntad, y en lograr hacerle desear la amistad y el comercio con los Estados Unidos, cosas ambas que pensé se lograrían mejor a través de estrechas relaciones comerciales, que no con la adquisición de territorio, con la consiguiente mezcla de nuestra robusta población con los indios y mexicanos que habitaban en la Baja California y en los Estados del Norte de México.

Propuse la apertura de vías de comunicación entre el Golfo de México y el de California, y entre el Pacífico y el Golfo de México, y el establecimiento de almacenes de depósito en sus extremos, con el derecho de proteger estas vías de comunicación y estos almacenes de depósito, en común con México, e instaurando al propio tiempo una reciprocidad de comercio entre las dos repúblicas. Fue negociado, y sancionado por los presidentes Buchanan y Juárez.

rez, un tratado de esta naturaleza. Fue ratificado [*sic*] por el Senado de los Estados Unidos; no obstante, los sureños que abogaban por la anexión de territorio mexicano, junto con los ultraproteccionistas y fabricantes de Nueva Inglaterra, se opusieron al Tratado, y continuaron su discusión hasta que las diferencias provocadas por la cuestión de la esclavitud culminaron en la guerra Civil y en la Secesión. Sin embargo, los mejores hombres del Senado se comprometieron a apoyar el Tratado. El Comité Senatorial de Asuntos Exteriores, que recomendó al Senado la ratificación, estaba compuesto de varios hombres notables. Mason, de Virginia; Seward, de Nueva York; Slidell, de Louisiana; Douglas, de Illinois, formaban parte del citado comité, y votaron a favor de la ratificación. Mr. Buchanan lamentó muchísimo el que el Senado no ratificara este Tratado que, según él, establecería estrechos lazos comerciales entre las dos repúblicas, y prepararía el camino para la admisión de todos los Estados mexicanos en nuestra Unión. Fui requerido para trasladarme a Washington para dar explicaciones al Comité Senatorial de Asuntos Exteriores, y ya no volví jamás a México. Mi interés en la misión terminó con la negativa del Senado a ratificar este Tratado, y la inminencia de la Guerra Civil me quitó el deseo de abandonar mi país y familia en aquellos momentos.»

En realidad, McLane volvió a México en las postrimerías de marzo de 1860, y permaneció allí hasta noviembre. En 1885 fue nombrado embajador del presidente Cleveland en Francia, donde murió en 1898.

Evidentemente, el presidente dio a McLane más instrucciones que las reflejadas aquí. El capitán Farragut era David Glasgow Farragut. Había servido en el Golfo, a las órdenes de Porter cuando contaba algo más de veinte años; hablaba español, y sería, en un futuro próximo, el conquistador de Nueva Orleans y de la Bahía de Mobile. La dificultad expresada por McLane, referente a la lucha por vencer los temores y recelos del mismo gobierno constitucional, se refleja en una carta que escribió al secretario Cass el día de la firma del Tratado. En esta carta señalaba que el gabinete de Juárez tenía ciertas objeciones que hacer respecto a la Convención, y que se llevó a feliz término gracias a que él, McLane, indicó que el gobierno americano actuaría en defensa de sus derechos y de sus ciudadanos, sin solicitar el consentimiento de ningún otro gobierno. Los

defensores de Juárez han pretendido siempre que este Tratado, arguyendo que la Convención podía ser únicamente un ardid para salvar la cara, exculpa a Juárez y a Ocampo, teoría de la que discrepa José Fuentes Mares, basándose para ello en que fue precisamente Ocampo quien sugirió la Convención o su prototipo en primer lugar, y que McLane mentía jactanciosamente. Pero quizás lo más interesante y deprimente a la vez de este relato de McLane sea la velada suposición de la superioridad americana respecto a los mexicanos. El detalle más alarmante viene dado por la fantasía del presidente americano al hablar, en 1860, de la incorporación de la República mexicana a los Estados Unidos. Es de suponer que esta extraña unión estaría regida por sureños dueños de plantaciones y de esclavos, desde las verandas de sus casas, y con un vaso de aguardiente de hierbabuena en una mano y una escopeta en la otra.

Dado que el Tratado no llegó a ser ratificado por ninguno de los dos gobiernos, ¿por qué se han escrito e impreso miles de páginas acerca del mismo? Por dos razones: porque muchos mexicanos, entre ellos algunos respetables hombres de letras, lo mismo que los devotos del racionalismo y los de mentalidad inquisitiva, creen que siembra graves dudas en el campo del patriotismo y lealtad, o al menos en el de la sabiduría, de Juárez y Ocampo; y porque pone en pie una cuestión más vital ahora que cien años atrás. Es la siguiente: ¿En qué casos, si es que hay alguno, pueden las lealtades políticas a un partido, sea éste de derechas o de izquierdas, honradamente reemplazar a las nacionalistas y patrióticas? En cualquier biografía de Juárez, esta cuestión, este terrible interrogante, tiene forzosamente que plantearse, y es por ello que creemos que lo más acertado es echar una breve ojeada a algunas de las opiniones de mayor altura intelectual que se han formulado acerca de Juárez, Ocampo y el debatido Tratado.

José Fuentes Mares considera que la figura más ingeniosa y desleal del lado constitucional era en aquel entonces Miguel Lerdo de Tejada, seguido muy de cerca por Ocampo y Juárez. Cree que se les puede llamar fanáticos más que gobernadores,

y los tilda de herederos del *poinsettismo* y de Lorenzo de Zavala, el antiguo *puro* que llegó a vicepresidente de Texas. En la historia americana, esto sería como llamar a Franklin don Roosevelt heredero de Aaron Burr, cosa que, como es natural, ha ocurrido. A primera vista, los hechos expuestos por Fuentes Mares parecen ciertos; pero las conclusiones que extrae adolecen de parcialidad, originada probablemente por su sincero odio hacia los Estados Unidos. Al referirse a la negativa del Senado americano a ratificar el Tratado, dice: «En condiciones inverosímiles, Juárez escapaba de pasar a la posteridad como la figura más siniestra de la historia de México».

El juicio de Justo Sierra sobre este asunto es mucho más extenso y complejo. Después de comentar prolijamente las amenazas de que fue objeto el gobierno de Juárez por parte de los Estados Unidos y de España, los descalabros militares, la bancarrota, etc., llama al Tratado «la constitución de una servidumbre interminable». «Y aquellos hombres de civismo insigne», termina, «después de una hondísima brega con su conciencia y a través de un conflicto moral y político gigantesco, convencidos de que así salvaban todo cuanto en la patria podía salvarse para rehacer su destino, aceptaron impávidos toda la responsabilidad del acto (uno de ellos firmaba su sentencia de muerte) y fueron hacia el tratado McLane, hacia el ascua ardiendo...». «Del tratado sólo quedó una sombra, pero esa sombra anubla las figuras de los caudillos de la Reforma. Aceptaron ese sacrificio, creyendo en ese triste e ineludible deber. Así nos explicamos el tratado McLane-Ocampo...». «Hombres como Juárez, Ocampo y Lerdo no eran, no podían ser traidores».

La defensa más interesante del Tratado es la realizada por José C. Valadés, el erudito biógrafo de Ocampo, que ha servido a México, su patria, como diplomático:

«Del proyecto de Ocampo se desprende, incuestionablemente, una sensación de angustia, pero también una convicción patriótica y democrática muy grandes. Como hombre superior que es, Ocampo no ve amenaza alguna en los Estados Unidos. Sabe, como hombre que tiene el hábito de hacer pasar todos los problemas por el

laboratorio del discernimiento, que cuando las naciones buscan hacer uso de la fuerza, no son los acuerdos convencionales los que evitan la intrusión extranjera, y que la única cosa que eliminará la acción impulsiva y disminuirá las pasiones agresivas de los oponentes es la unidad e identidad de principios. México y los Estados Unidos, pensaba Ocampo, podrían acordar una alianza ofensiva y defensiva no sólo para casos militares, sino más bien "para empezar a formar, en particular, el derecho internacional en América", para sembrar y fomentar "la base y el desarrollo de los principios democráticos", y para "oponerse a la conservación de los vestigios de los abusos feudales".»

En otras palabras, Ocampo se anticipaba a la Organización de Estados Americanos.

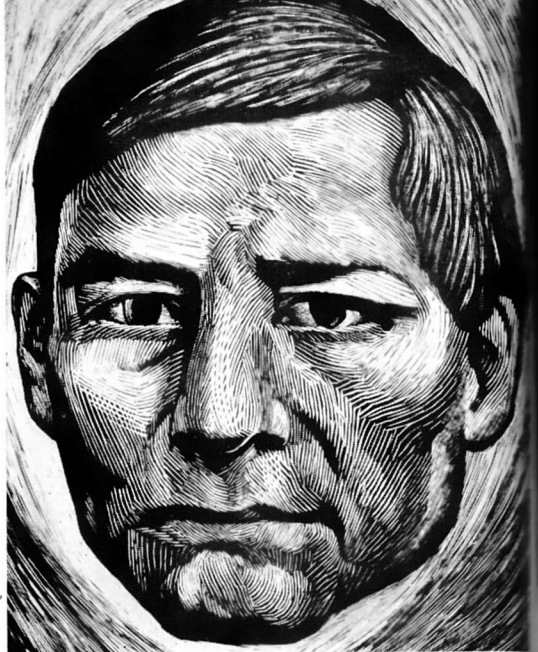
Las presiones, muy diversas, eran grandes. En los largos, en los desdichados artículos del Tratado, y en vista del más o menos abierto imperialismo de Buchanan, el peligro que para México representaban los Estados Unidos era evidentemente muy grande. No obstante, y a pesar de que quizás nadie lo ha señalado, Juárez, Ocampo y Mata habían vivido siempre alerta con respecto a los Estados Unidos, y es muy posible que consideraran que los riesgos del Tratado no eran realmente tan grandes como nos los han pintado desde entonces los críticos de estos hombres y de los Estados Unidos. Desde luego, el [Destino Manifiesto] y Buchanan eran suficientemente endiablados; pero el pueblo americano, tan frecuentemente subestimado y difamado como el mexicano y como Juárez, los iba superando con rapidez, con la misma rapidez que se los quitaba de encima. En Illinois, como poco antes en Oaxaca, había aparecido un formidable demócrata, hondamente hostil a las tonterías imperialistas, y que arrastraba consigo y detrás de sí la idea vigorosa y pujante de conseguir unos Estados Unidos mejores. Decir que el Senado americano al rechazar el Tratado salvó las reputaciones de Ocampo y Juárez, es presumir, erróneamente, claro está, que Buchanan, McLane, etc., todavía representaban y gobernaban al pueblo americano. Incluso si el Tratado hubiese sido ratificado, los expansionistas del Sur pronto habrían tenido sus propios problemas en casa. Al negarse a ratificarlo, lo que el Senado hizo fue cancelar esta

demostración de falta de interés del pueblo americano y también esta prueba del discernimiento de Ocampo y Juárez. Sus palabras fueron: «No. Esto podría ser un esquema para promover la esclavitud, no la democracia, y tenemos demasiados problemas causados por la opresión y la desunión en nuestro propio país para que, encima, tengamos que cargar con los suyos».

No era una mala respuesta, si se tiene en cuenta la época y circunstancias, a pesar del tono ofensivo con que la prensa hablaba de la degeneración de los mexicanos. Además, Juárez no podía sentirse totalmente defraudado por el resultado del «test». Antes de que el Senado dictaminara, ocurrió algo: Juárez había encontrado al pueblo americano, no a través de altivos diplomáticos ni por conducto de un Senado forzosamente terco, sino por mediación de oficiales y soldados de la marina estadounidense.

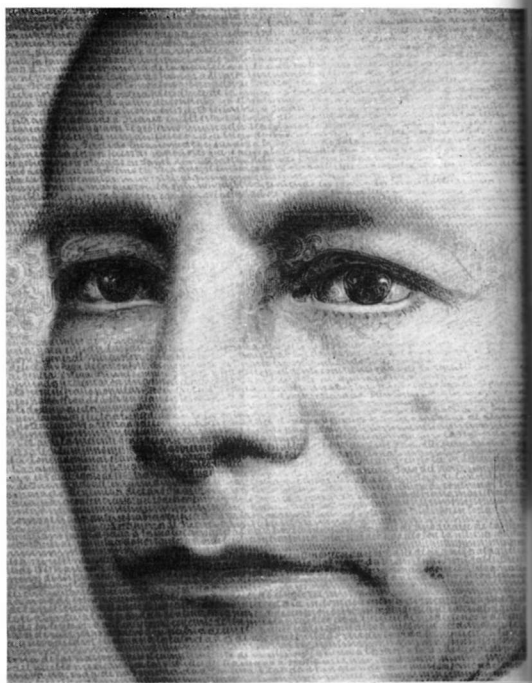


Retrato al óleo de Benito Juárez, obra realizada en 1872 por el pintor J. Escudero y Espronceda. Museo Benito Juárez, Palacio Nacional, México, D. F.



A la izquierda y arriba: dos retratos al buril de Benito Juárez, por Leopoldo Méndez.

Abajo: otro retrato del prócer mexicano (fragmento), formado por los trazos finos y gruesos de una biografía del titular. Museo Benito Juárez.





Composición fotográfica con la efigie de Juárez en el centro rodeada por las de algunos de sus principales colaboradores y amigos, todos reformistas. Museo Benito Juárez.



Benito Juárez y su esposa, Margarita Maza de Juárez.
Cuadro de autor anónimo que se conserva en el Museo
de Chapultepec, D. F.



«El Benemérito» con su madre y su esposa, según un daguerrotipo de la época.

Un aspecto de la casa de Juárez en Oaxaca (reconstruida), hoy convertida en Museo.

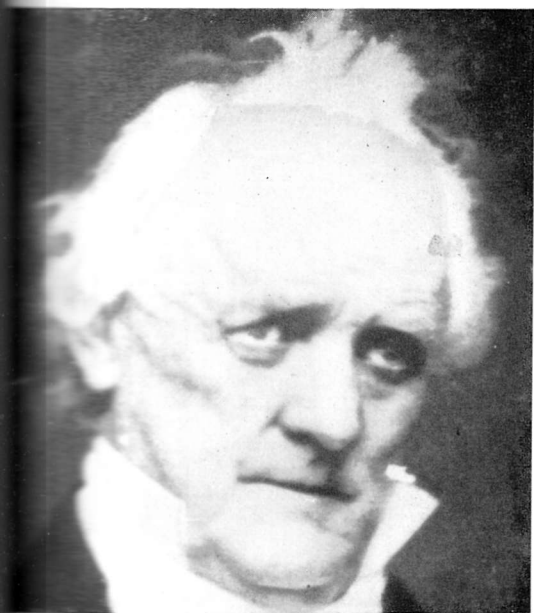


DEL

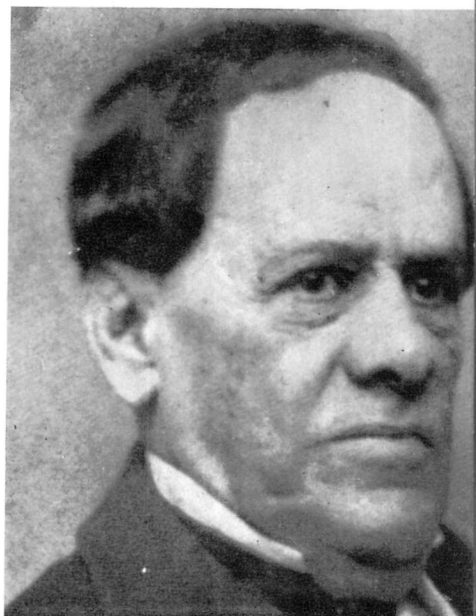
CONGREGADA EN LA CAPITAL DE EL EN 28 DE SETIEMBRE DE 1821

Manus. No. 100. 2.

*Donación del R. Ing.
Albino Bustamante Vasconcelos*



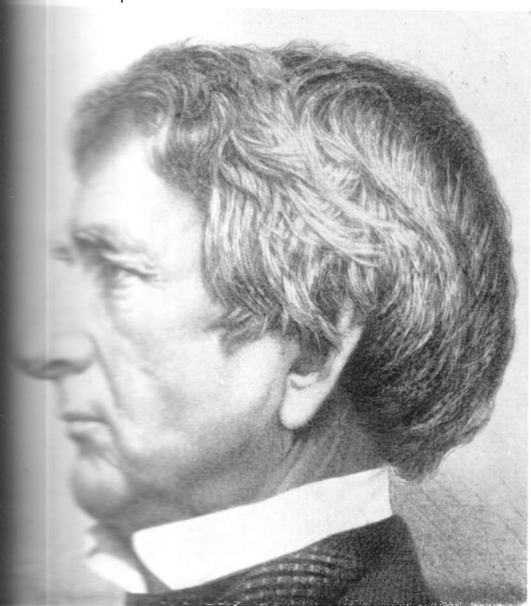
James Buchanan



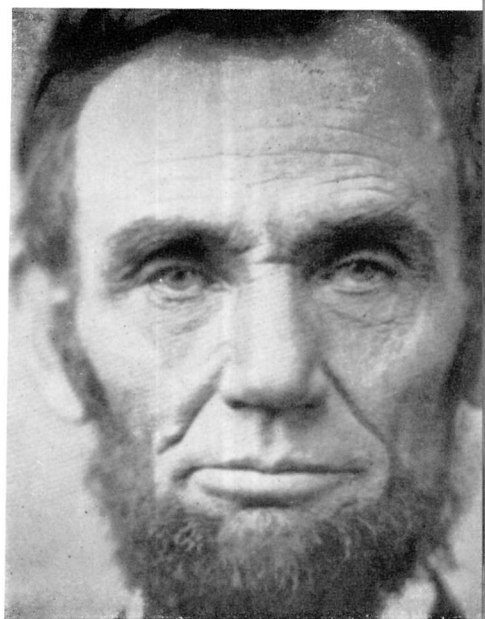
Antonio López de Santa Anna

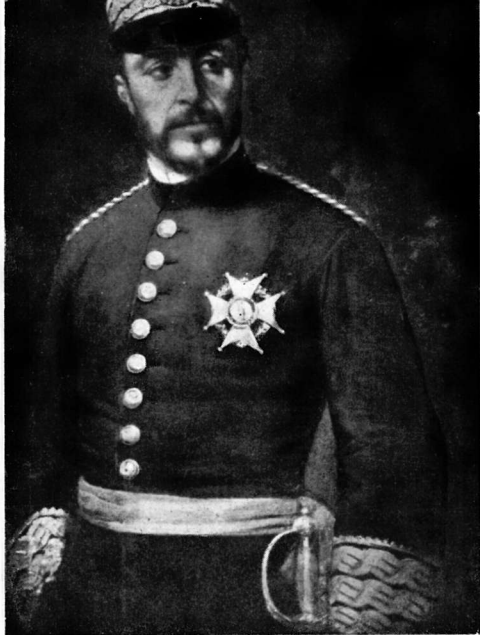
Collections of the Library of Congress. Washington, D. C.

William H. Seward



Abraham Lincoln





El general Juan Prim y Prats (Archivo Mas, Barcelona).



Guillermo Prieto

Collections of the Library of Congress. Washington, D. C.

Miguel Miramón



Leandro Valle



Los que suscriben se comprometen bajo su palabra de honor, a estar en sesion permanente hasta que el Congreso termine la constitucion y la ley electoral.

Méjico, Enero 8 de 1857.

[illegible]

TITULO II.

SECCION I.

De la soberanía nacional y de la forma de gobierno.

Art. 39. La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio. El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar ó modificar la forma de su gobierno.

Art. 40. Es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una república representativa, democrática, federal, compuesta de Estados libres y soberanos en todo lo concerniente á su régimen interior; pero unidos en una federación establecida según los principios de esta ley fundamental.

Art. 41. El pueblo ejerce su soberanía

SECCION II.

De las partes integrantes de la federación y del territorio nacional.

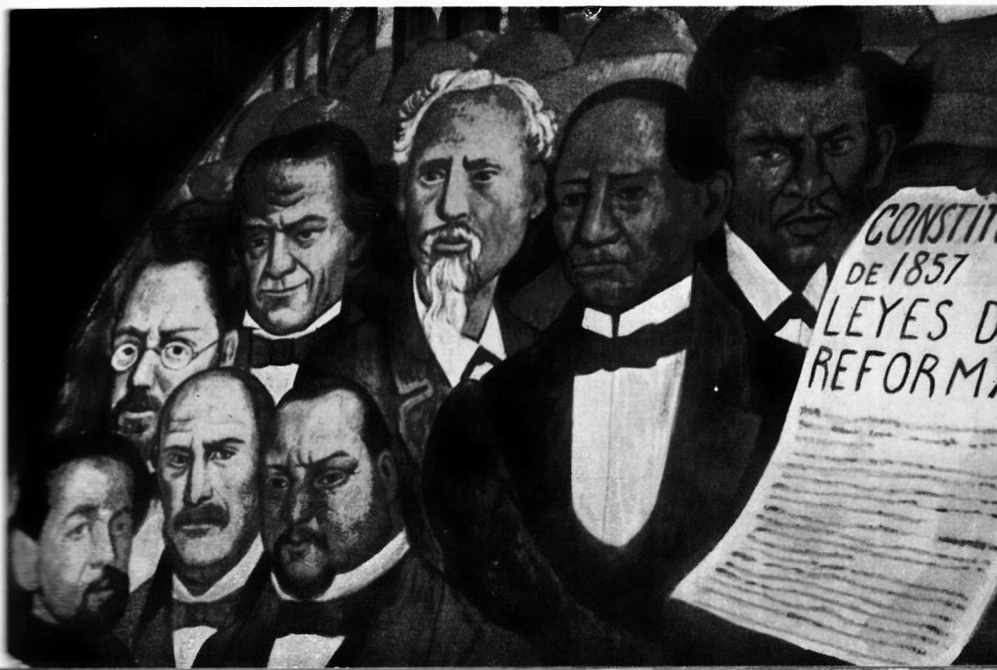
Art. 42. El territorio nacional comprende el de las partes integrantes de la federación, y además el de las islas adyacentes en ambos mares.

Art. 43. Las partes integrantes de la federación son: los Estados de Aguascalientes, Colima, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, México, Michoacán, Nuevo-León y Coahuila, Oaxaca, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tamaulipas, Tlaxcala, Valle



Benito Juárez (fragmento), según un cuadro de José Clemente Orozco. Museo de Chapultepec, D. F.

Fragmento de un mural del Palacio Nacional de México, D. F., de Diego Rivera, relativo a la Constitución de 1857 y a las Leyes de Reforma.





Benito Juárez (fragmento), según un cuadro de José Clemente Orozco. Museo de Chapultepec, D. F.

Fragmento de un mural del Palacio Nacional de México, D. F., de Diego Rivera, relativo a la Constitución de 1857 y a las Leyes de Reforma.

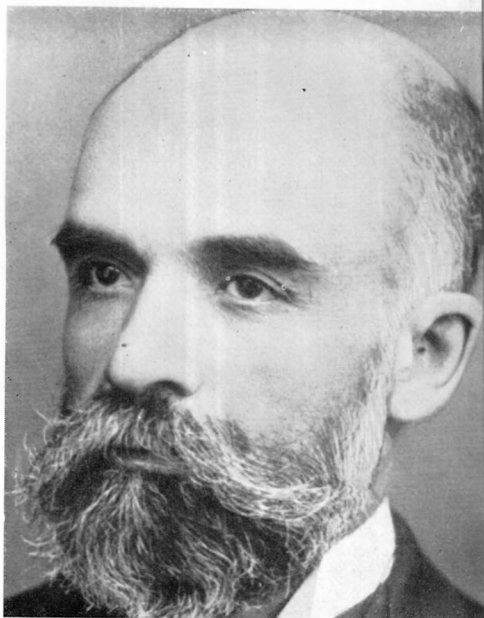




Grupo de constitucionalistas mexicanos, defensores acérrimos de la Constitución de 1857.



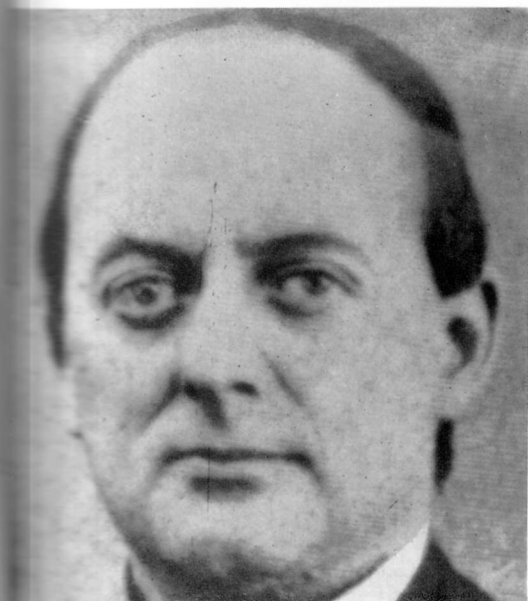
Ignacio Comonfort



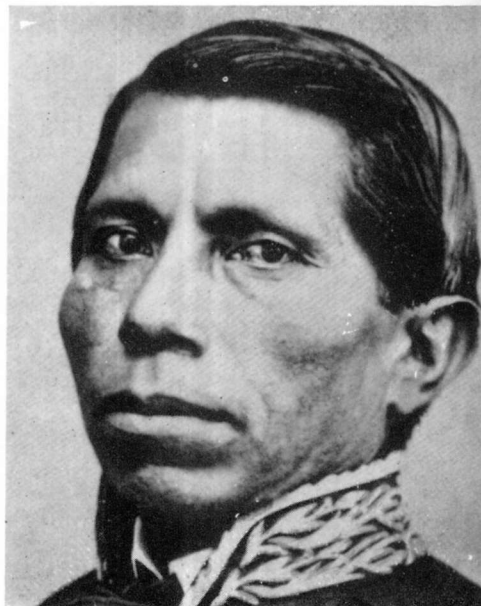
Matías Romero

Collections of the Library of Congress. Washington, D. C.

Sebastián Lerdo de Tejada



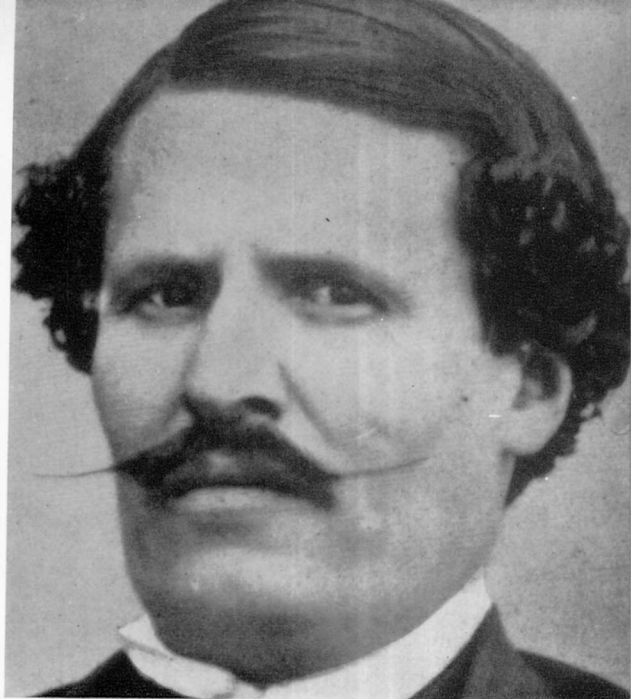
Tomás Mejía





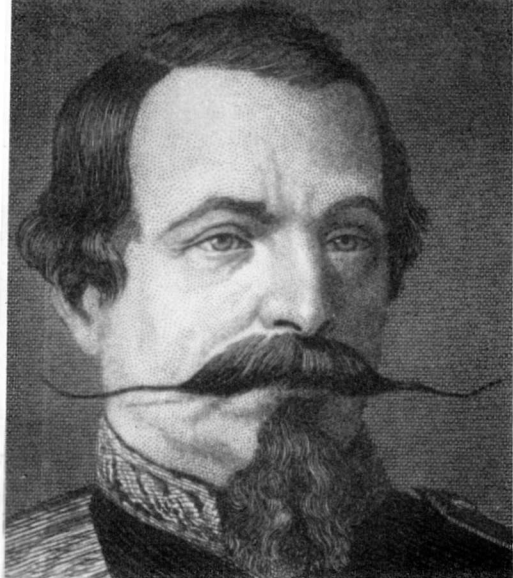
Composición fotográfica montada con las efigies de los generales republicanos
hechos prisioneros.

Jesús González Ortega

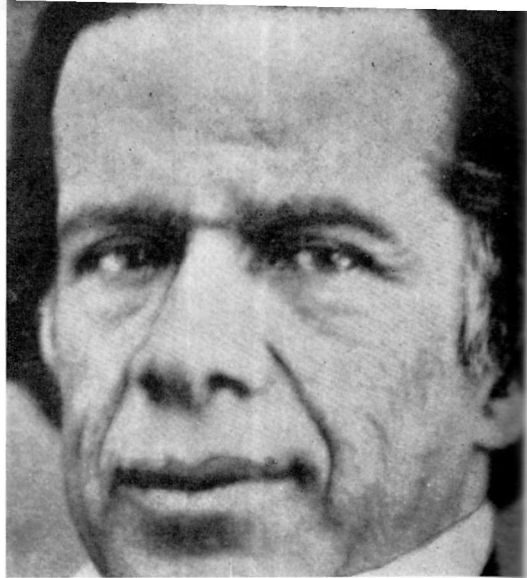


Manuel Doblado



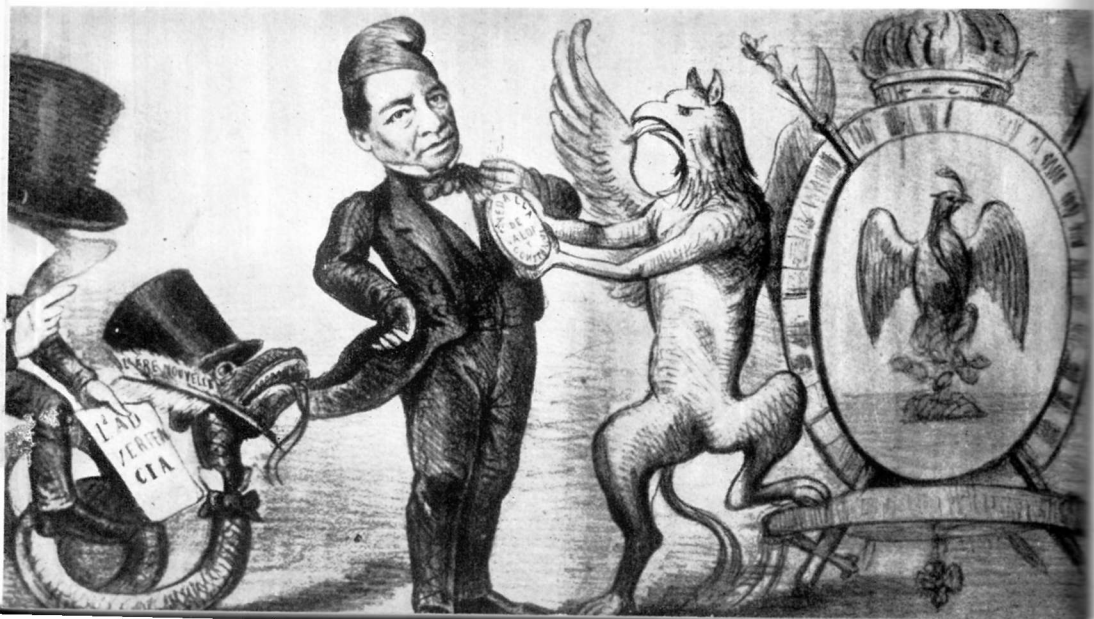


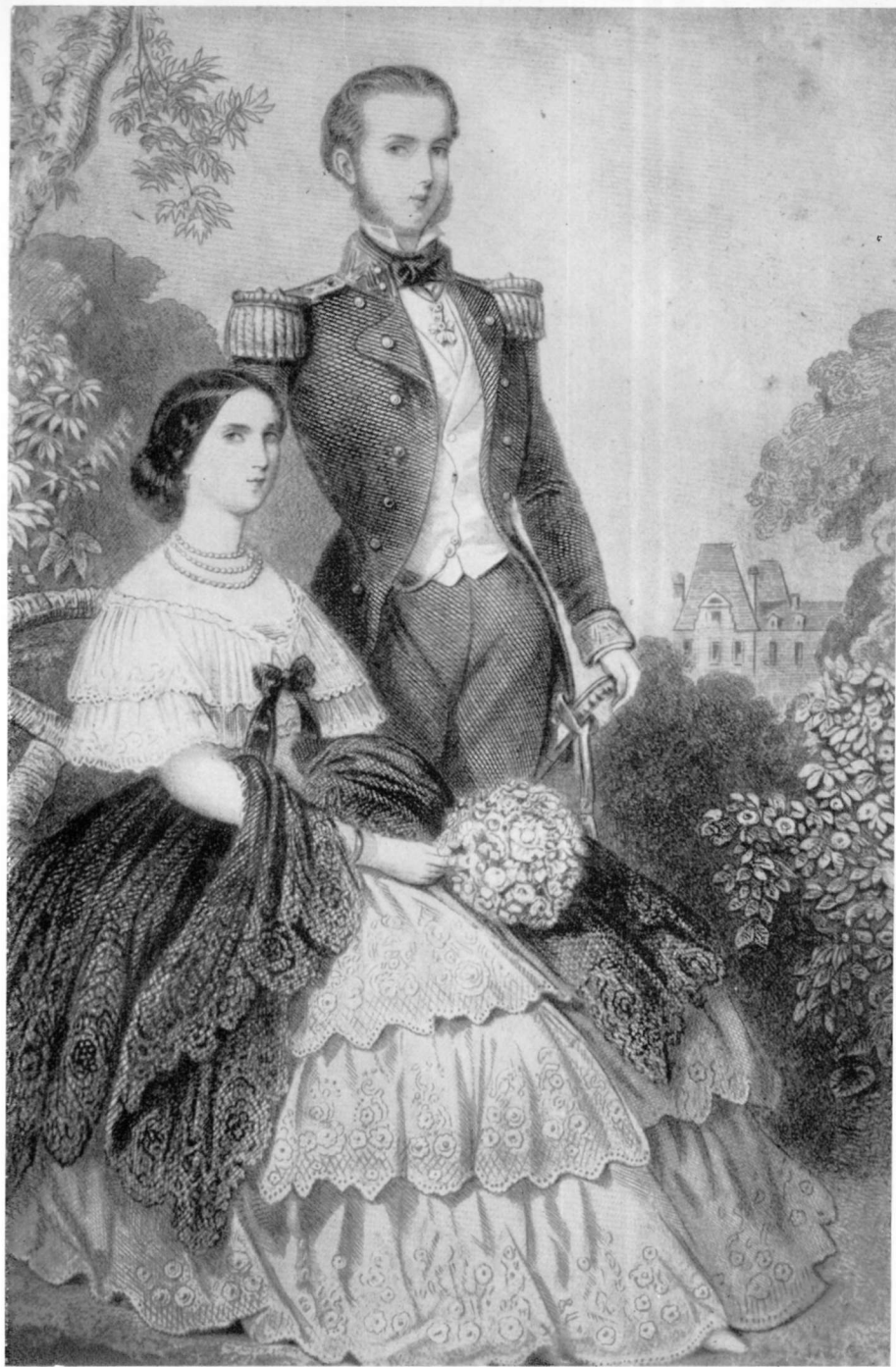
Napoleón III



Melchor Ocampo

Fotografía de una lámina de «La Orquesta», revista satírica de la época, en la que se alude a las advertencias de los franceses a Benito Juárez.





Maximiliano y Carlota en su juventud. Grabado de la época (Archivo fotográfico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, INAH, de México).



El archiduque Carlos de Lorena y Parma, padre de Maximiliano.

El emperador Maximiliano



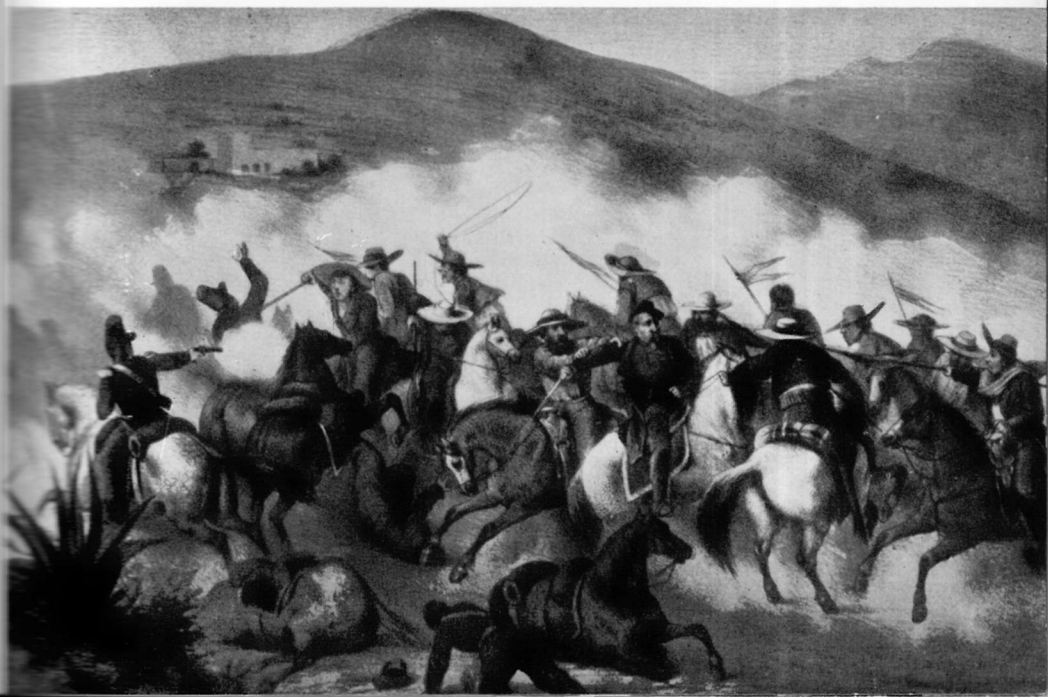
La emperatriz Carlota

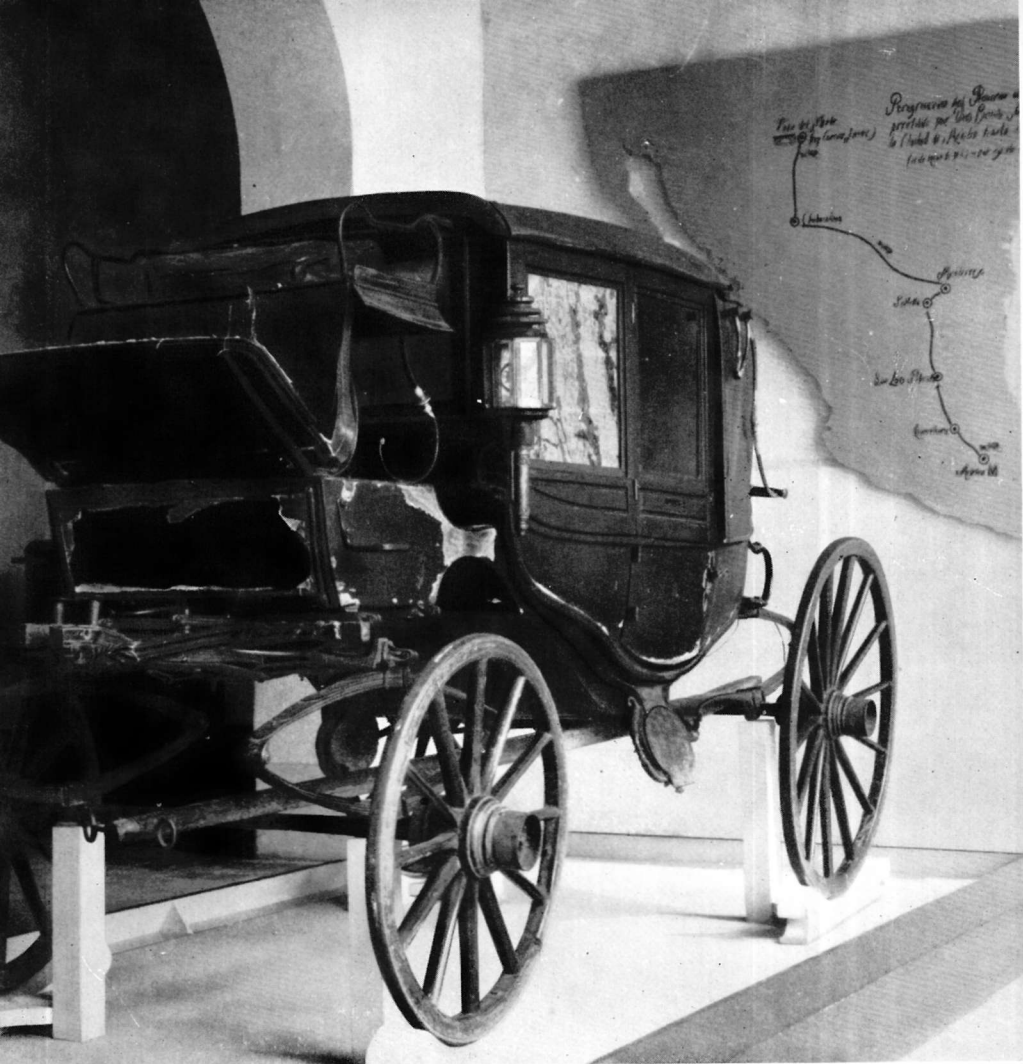




Cuadro de C. Escalante relativo a la batalla librada contra los franceses el día 5 de mayo de 1862. Museo de Chapultepec, D. F.

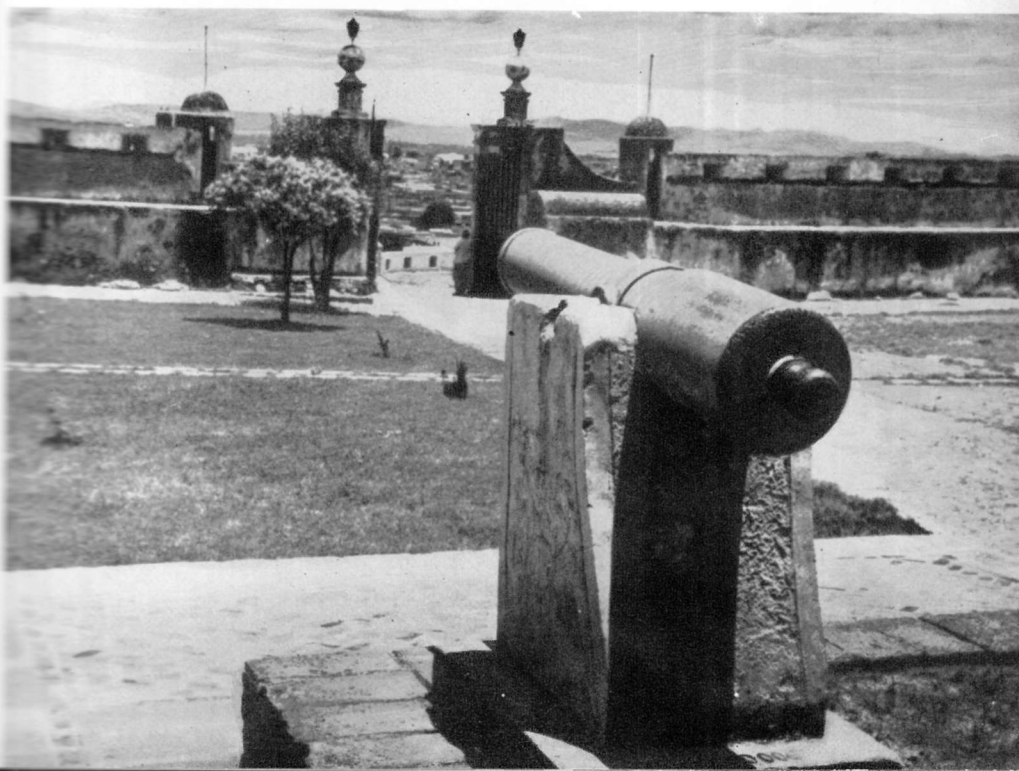
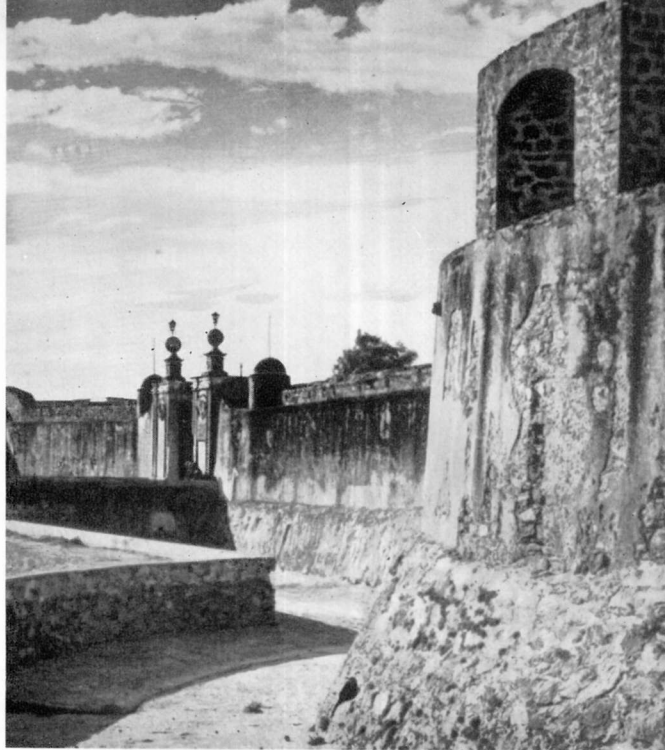
Otro cuadro de C. Escalante alusivo a la lucha contra el francés en Orizaba, Ver. Museo de Chapultepec, D. F.





Carroza de Juárez que se conserva en el Palacio de Chapultepec. Al fondo, mapa del itinerario seguido por el Gobierno de México, presidido por Benito Juárez, en su peregrinación desde Ciudad de México a Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez), por Querétaro, San Luis Potosí, Saltillo, Monterrey y Chihuahua (31 mayo-3 agosto 1863).

Dos vistas del estado
actual del Fuerte de
Loreto, en Puebla,
donde tuvieron lugar
cruentos combates
contra los franceses.
INAH.



Brindo por la independencia nacional, ciudadanos.

Torque al invocar este nombre sagrado, todo ceda al sentimiento de la patria.

Torque la hagamos triunfar ó perezcamos.

Torque el sentimiento de la independencia sea el vínculo de todos los mexicanos, sin otra exclusion que la de los enemigos de la patria.

Señores:

Dar la vida por la independencia, es recibir un gran bien, darla cuando se vé un hombre obligado por el ejemplo de tantos mexicanos dignos, apenas sería llenar un deber.

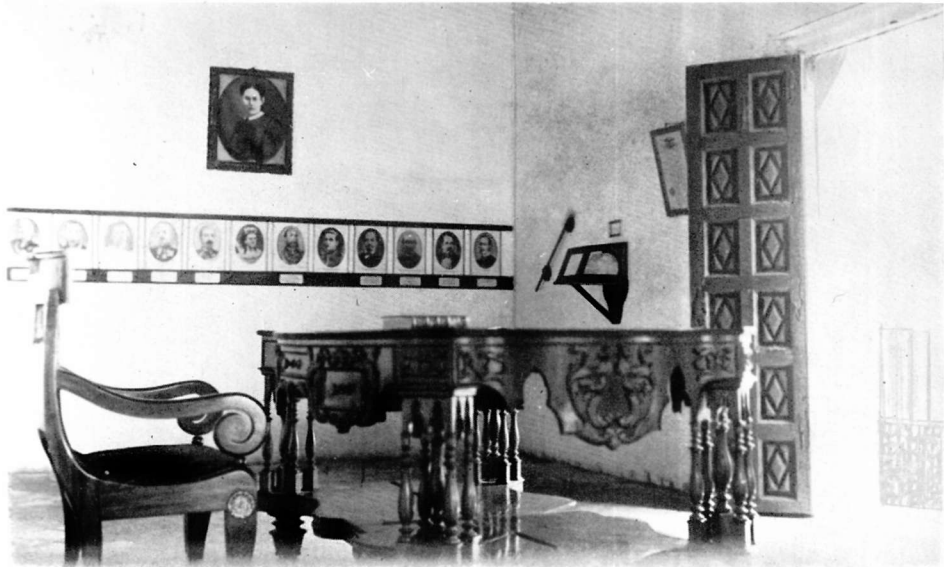
Chihuahua, Marzo 21

1865

Sin afectacion de modestia, sin que quede en el fondo de mi copa un sentimiento hipócrita, repito que los hombres somos nada, que los principios son el todo. Que, más grande nuestra causa que todos los tiranos y su poder y sus ejércitos triunfará en breve, y que México renovará el testimonio espléndido que ofreció al mundo en el 16 de Septiembre de 1810, mostrándose digna del triunfo de su sagrada autonomia.

Brindo por la independencia nacional y elevo por ella este voto como única respuesta digna, al honor inmenso que debo al pueblo generoso de Chihuahua, dueño de la mas íntima gratitud de mi corazon.

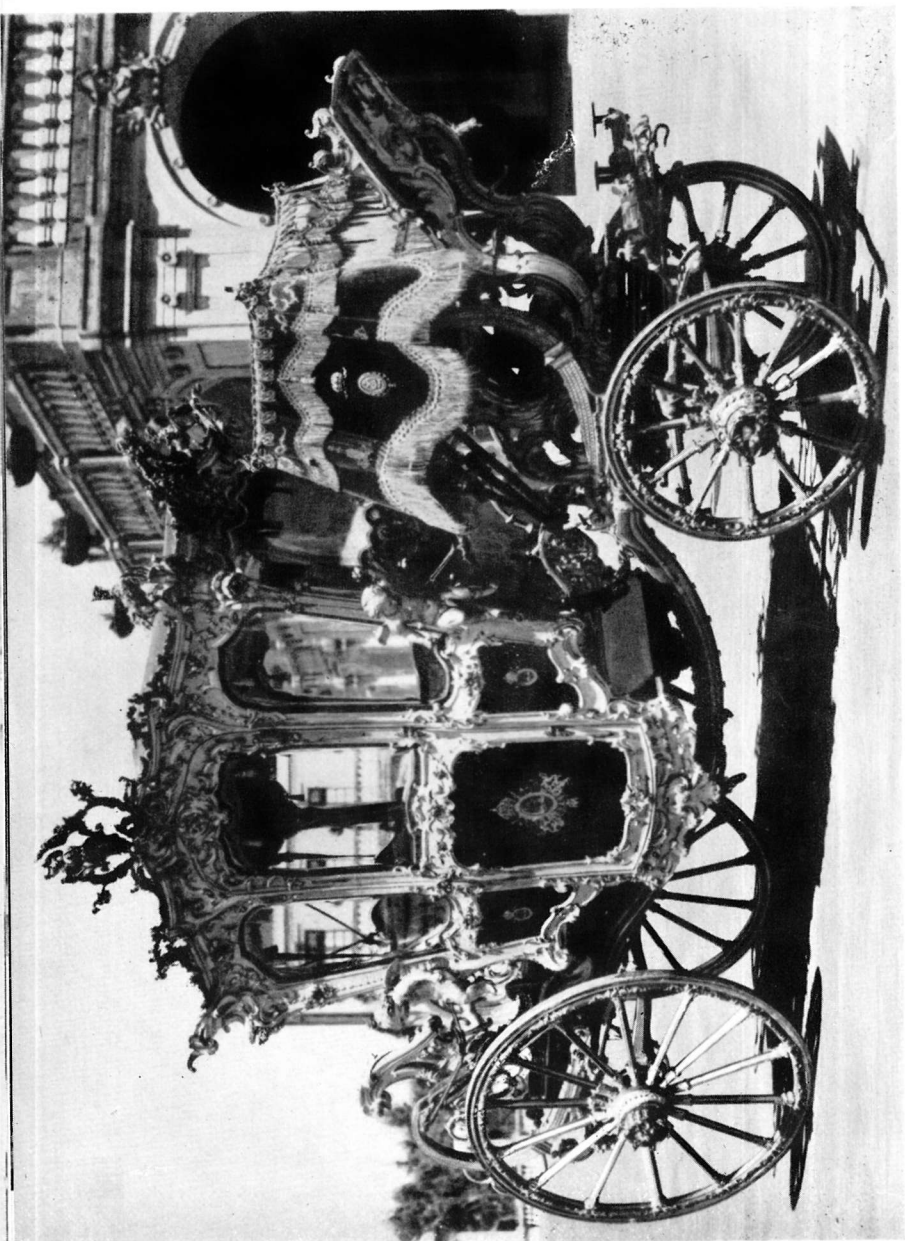
Benito Juárez



Mesa de trabajo de Benito Juárez en una de las habitaciones de su casa de Guelatao, Oax.

Gloriosa bandera del 4.º Batallón de Toluca (posteriormente 19.º Batallón), que combatió heroicamente en la batalla del 5 de mayo y en el sitio de Puebla. Museo Benito Juárez.





Carroza de Maximiliano. INAH.

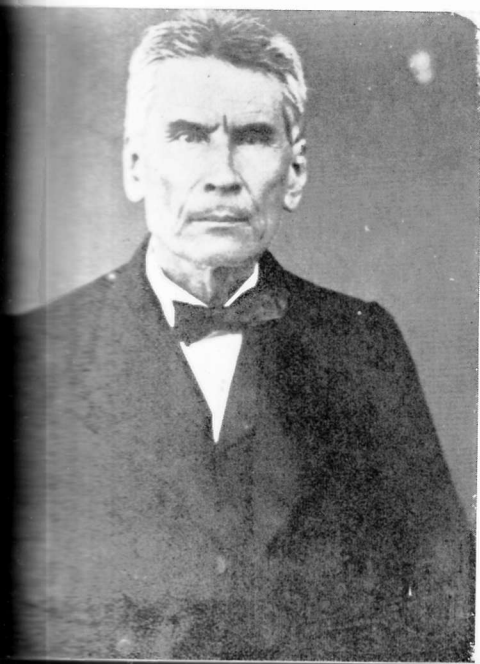


Leonardo Márquez

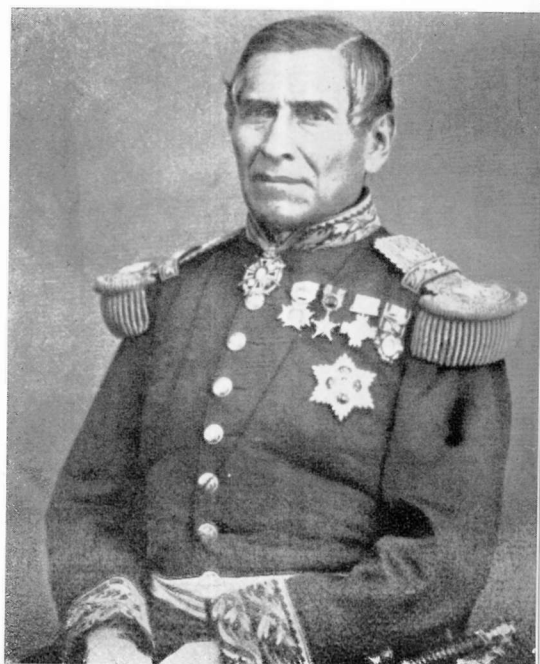


Porfirio Díaz

Collections of the Library of Congress. Washington, D. C.



Santiago Vidaurri



Juan Nepomuceno Almonte



Arriba: la princesa de Salm-Salm y el mariscal Achille François Bazaine con su esposa mexicana.



El Padre Aguirre, capellán del ejército imperial.



El pelotón de soldados
que fusiló a Maximiliano,
según un cuadro
al óleo de J. Gómez.



El cadáver de Maximiliano
en la caja mortuoria.



Mascarilla de Benito Juárez.



Cuerpo de bienes del Sr.

Don Benito Juárez.

Dinero encontrado en la casa mortuoria segun la cuenta de albaceazgo.

575

Yd en poder de los Señores Merodio y Blanco.

20,119 88

Cobrado de la Tesoreria general por cuenta de sus alcances como Presidente de la Republica antes de que se espiciara la liquidacion que obra en autos.

1,500

Cobrado en la misma oficina despues de espiciada la liquidacion segun la cuenta de albaceazgo.

5,000

Productos de las casas de Mexico desde 19 de Julio de 1872 hasta la fecha.

5,120

Importan sus alcances como Presidente de la Republica deduciendo de la liquidacion la cantidad que expresa la partida anterior.

12,479 45

En alhajas.

562

En muebles y menaje de casa.

4,153 25

Una calesa usada y un tronco de mulas.

500

La casa numerada del Portal de Mercaderes.

29,827 67

La id. numerada de la 2ª de San Francisco.

33,235 82

La id. numerada 13 de la calle de Tiburcio.

28,754

La id. en Oaxaca en la calle del Coronel.

2,566 46

Libros su valor.

922 53

Acciones de minas y ferrocarril.

2,770

Depto de oro su valor.

149 75

Importa el cuerpo de bienes.

157,233 41

Disuelto la sociedad conyugal del Sr.



Hemiciclo Juárez en la Alameda Central de México, D. F.



En el atentado al monumento anterior, los anarquistas encapucharon la efígie de Juárez como muestra la presente fotografía medita.

Ejemplares de cada una de las cinco series de sellos de Correos emitidas en México, con la efígie de Juárez o con motivos alusivos al mismo.





Escultura de cuerpo entero de Benito Juárez. Secretaría de Hacienda. Palacio Nueva Nacional, México, D. F.

LA ACCION DE ANTON LIZARDO

En febrero de 1859, durante el primer asedio de Veracruz a cargo de Miramón, Juárez recibió una carta cortés y respetuosa del americano Thomas Turner, comandante del barco de la marina de los EE. UU. *Saratoga*, anclado fuera de Veracruz, en la que se ofrecía a Juárez «la hospitalidad de este barco bajo mi mando, cuando a juicio de Su Excelencia pueda ser necesario, como medida de seguridad, su retiro de Veracruz, en el caso de estar rodeado por un ejército hostil». Juárez, agradecido, le dio las gracias a la vez que declinaba la invitación, porque «mi deber exige que esté entre mis compatriotas para dictar las medidas que las circunstancias demanden».

No todas las relaciones del gobierno constitucional con los oficiales de los buques fondeados en Veracruz eran tan amistosas. A principios de aquel año, a causa de irregularidades en el pago de los impuestos, de un préstamo forzoso impuesto al comercio de Tampico, y también a diversos actos de violencia contra sus súbditos, las fuerzas navales españolas, inglesas y francesas amenazaron la ciudad, y Ocampo, entonces ministro de Relaciones, tuvo que librarse de ellas por el viejo sistema de garantizarles un tanto por ciento de los ingresos aduaneros.

Un año más tarde, el equívoco Tratado había sido ya firmado, pero no ratificado. El capitán William Cornwallis Aldham, de la Royal Navy, comandante del buque *Valorous* de la escuadra de Su Majestad Británica, y que estaba patrullan-

do por aguas mexicanas, hacía también sus pinitos como diplomático. El 2 de marzo de 1860 en un informe a Lord John Russell, secretario de Relaciones Exteriores de Palmerston, señalaba que en funciones de diplomático había dicho a Miramón que el Tratado sería sin duda alguna ratificado por los Estados Unidos, lo que «constituiría, de hecho, una declaración de guerra contra él», y que en el ínterin, las fuerzas navales americanas, también presentes, evitarían que Miramón pudiera obtener suministro alguno por vía marítima. Como sabemos, la opinión del capitán Aldham respecto al futuro del Tratado era errónea, y no hay prueba alguna de que el hecho de haber sido ya firmado y de estar sometido a la consideración del Senado, ejerciera influencia directa o indirecta en las operaciones navales de los Estados Unidos en aquellas aguas. Juárez y sus colegas podían tener la esperanza, pero no la seguridad, de obtener ayuda de los Estados Unidos.

Mientras, en el interior de México, «la hermosa reacción», como la llamaba Marimón, su paladín, apodado el «Joven Macabeo», lo había arrastrado todo ante ella, y en el lado constitucional quedaban sólo fragmentos diseminados de lo que podría llamarse un ejército, y también la ciudadela de Veracruz, que según la opinión general, incluida la del capitán Aldham, era una verdadera plaza fuerte. A pesar de sus victorias, la reacción estaba casi en bancarrota. El hecho de que cuando un ejército constitucional era destruido, fuera sustituido por otro, indicaba el cada vez más fuerte apoyo popular a los liberales, y Miramón sabía que a menos que sintiera de nuevo y tomara Veracruz, perdería la guerra. El 8 de febrero Miramón salió de Ciudad de México para Veracruz acompañado de unos 3.000 hombres muy bien pertrechados de artillería y municiones. Por el camino se le unieron otros 2.000 hombres. Mientras se dirigía a Veracruz fue seriamente hostilizado por guerrillas. Las fuerzas liberales, en su retirada, lo arrasaban todo. Miramón llegó a Medellín, cerca de Veracruz, y allí estableció su cuartel general en 29 de febrero. Sabía que tenía que tomar la ciudad en las próximas semanas, antes de que los mosquitos y las fiebres debilitaran a sus tropas. El

panorama no era excesivamente alentador, pero, sin embargo, estaba convencido de tener los triunfos en la mano.

Sus esperanzas residían en el apoyo naval simultáneo de buques y municiones de la flota española fondeada en La Habana, y mandada por un soldado del Yucatán, Tomás Marín, extremadamente reaccionario. A principios de enero, un tal John Black, excónsul americano, escribió desde Ciudad de México a McLane (en Veracruz), informándole de la compra de dos buques por parte de Marín y del ataque previsto contra Veracruz. Después, George W. Mathew, ministro británico en Ciudad de México, escribió a Lord Russell: «Desde hace algún tiempo es aquí un secreto a voces que los barcos adquiridos por el Gobierno fueron equipados en La Habana, bajo el mando de un oficial mexicano, y los periódicos gubernamentales anunciaron su pronta llegada, y su intención confesada de bloquear Veracruz, obligando así a desviar todo el comercio a Alvarado, ciudad de la que previamente Miramón había intentado apoderarse».

McLane, naturalmente, informó a Juárez, y luego escribió al secretario Cass, insinuándole que puesto que el presidente Polk había ordenado a las fuerzas navales americanas defender las costas de Texas antes de que ese territorio entrara a formar parte de los Estados de la Unión, sería perfectamente aceptable ordenar a las mismas fuerzas que actuaran como si el Tratado hubiese sido ya ratificado, y defender el puerto de un ataque marítimo. Tanto el comandante Turner como su superior, el capitán Joseph R. Jarvis, ambos a bordo del buque americano *Savannah*, podían únicamente actuar obedeciendo órdenes del Departamento de Marina, que el 27 de julio de 1858, fecha de su última disposición, había ordenado simplemente «proteger la persona y propiedades de súbditos de los Estados Unidos».

Juárez y sus colegas no permanecían inactivos en relación con el Tratado. Descubrieron una conspiración que el general Robles había conseguido organizar dentro de la ciudad, y encarcelaron a todos cuantos se hallaban complicados en ella. Fletaron y armaron dos pequeños buques mercantes america-

nos, el *Indianola* y el *Wave*. El 24 de febrero Juárez lanzó una proclama por la que se consideraba a Marín y sus hombres como piratas, debido principalmente a que operaban ilegalmente, sin derecho a izar la bandera mexicana ni ninguna otra, ya que los barcos habían sido adquiridos en Cuba a los españoles. Se ha discutido la legalidad de esta proclama, esgrimiendo como principal argumento que los piratas son ladrones que actúan en el mar, y enemigos de la raza humana. También ha tenido sus defensores, quienes sostienen que la piratería consiste, como pretendía Juárez, en operar sin el apoyo de ningún gobierno legal. Este es un problema que dejaremos al criterio de los juristas del almirantazgo.

Como ya se ha dicho anteriormente, Ocampo fue reemplazado por Degollado en su cargo de ministro de Relaciones, y cuando McLane fue a los Estados Unidos para aclarar y explicar cuanto tenía relación con el Tratado, la Legación americana en Veracruz fue dejada a cargo de Charles Le Doux Elgee. Al enviar a Elgee una copia de la proclama de Juárez, Degollado le pidió la transmitiera a los oficiales navales americanos, al efecto de que pudieran obrar contra los piratas y ayudar en la defensa de la ciudad y de la Legación americana en caso de ataque.

El día 26 de febrero el gobierno de Juárez hizo retirar todas las fuerzas estacionadas en Alvarado, el pequeño y algo aislado puerto de mar situado a unos cuarenta y ocho kilómetros al Sur de Veracruz, ya que en el caso de un ataque por mar, se podría fácilmente cortar la retirada a las fuerzas constitucionales. Otra de las providencias del gobierno Juárez fue la de mandar armar el *Indianola* y el *Wave*.

El 27 de febrero tuvo lugar una entrevista entre Degollado, Elgee y el capitán Jarvis. Resistiendo a todos los argumentos de Degollado, el capitán Jarvis expresó que a menos que recibiera instrucciones concretas en contra, o salvo que Marín intentara bloquear el puerto e impedir el libre movimiento de los barcos americanos, observaría una neutralidad estricta.

El 29 de febrero, cuando Miramón llegó a Medellín, empezaron los largos y complejos esfuerzos del capitán Aldham,

actuando por cuenta del gobierno inglés, para lograr un armisticio. Estos esfuerzos nos interesan sólo en cuanto demostraron la existencia de graves diferencias de criterio dentro del gabinete Juárez acerca de la naturaleza y futuro de la guerra, con lo que Juárez tuvo un nuevo quebradero de cabeza en el momento en que estaba ocupado en la dirección de la defensa de la ciudad por tierra y por mar, y en continuar las muy críticas y delicadas relaciones con los oficiales de marina y diplomáticos americanos.

El 3 de marzo el comandante Turner visitó a Miramón en Medellín para tratar de la protección de las vidas y propiedades de los súbditos americanos, en el caso de que Miramón tomara la ciudad. Miramón, «grave y reservado, pero respetuoso y cortés», dio a Turner todas las seguridades posibles; y el general Robles le demostró la «mayor cordialidad». Como es natural y evidente, no se discutió sobre las negociaciones del armisticio, y si tenían sus propios puntos de vista al respecto, Jarvis y Turner parecen haber considerado la caída de la ciudad como cosa muy posible, como parece también que no abrigaron jamás la idea de tomar parte en su defensa.

Mientras, Marín, a bordo del *General Miramón*, barco rebautizado con este nombre en La Habana, apoyado por el capitán Arias, en el *Marqués de La Habana*, se acercaba temerariamente a Veracruz, cuando quizás hubiera podido llegar a su destino bordeando la costa y sin atraer la atención sobre sí, cosa que fue su perdición. Posteriormente, cuatro miembros asalariados de la tripulación del *General Miramón*, Arturo Connly, Jean Durand, Robert Dantz y Leon Aubri, nombrados sólo para dar una idea de las naciones envueltas, firmaron un relato del viaje en que se pone al descubierto la naturaleza falsa e impostora de los jefes y de la expedición toda. Estos cuatro hombres, y con toda probabilidad la mayoría de los demás, no se alistaron para luchar, por lo que se llevaron una desagradable sorpresa al descubrir armas y municiones a bordo, igual que al obligarles a vestir uniformes de la marina. El *Marqués* tuvo dificultades de tipo mecánico, y debido a ellas

se vieron adelantados por dos barcos que, sin duda, informaron de su acercamiento a Veracruz.

Veamos ahora el informe que de la acción hizo el comandante Turner al capitán Jarvis, en 8 de marzo. A este relato se sumaron más tarde los efectuados por los oficiales inferiores y el de los cuatro hombres ya mencionados. Como es lógico, fueron desmentidos por las «protestas» de Marín y Arias. Estos relatos posteriores al de Turner se contradicen unos a otros, y están llenos de detalles claramente imaginarios. Cualquier examen imparcial y detallado de los hechos apoyará necesariamente el informe del comandante Turner.

«En la mañana del 6 del corriente dos grandes vapores aparecieron fuera del muelle de Veracruz, sin llevar izada ninguna bandera, a pesar de que se disparó un cañonazo desde el Castillo, y de que al mismo tiempo fue izada la bandera mexicana para inducirles a hacer lo propio. Eran evidentemente compañeros, pues según se vio al ponerse al paio durante algún tiempo, se comunicaban mutuamente.

Después de varias horas, y luego de haber comunicado con los buques de guerra españoles en Sacrificios, los cuales les enviaron un bote, siguieron navegando por la costa en dirección a Antón Lizardo.

Usted me ordenó que sin pérdida de tiempo colocara mi barco a jorro de dos pequeños vapores americanos, el «Wave» y el «Indianola», los cuales fueron puestos a su disposición para seguir a aquellos dos vapores desconocidos, y así asegurarnos de su carácter, procedencia, nación, lugar donde fueron equipados, y del motivo de su presencia en este lugar, y que le informara del resultado obtenido a la brevedad posible.

Obedeciendo estas órdenes me puse en marcha a la puesta del sol, a jorro de los dos buques, a bordo de cada uno de los cuales coloqué un destacamento de unos treinta y cinco hombres y marinos, en previsión de que se dirigieran a aguas poco profundas, donde mi barco, debido a su mayor calado, no podría ni seguirlos ni comunicarse con ellos...

Continué costa abajo, directo hacia Antón Lizardo, a quince millas de distancia, donde esperaba encontrarlos. Hacia medianoche se me comunicó que había dos barcos de gran tamaño anclados en Antón Lizardo; navegué directamente hacia ellos; había

ordenado a mi piloto que anclara nuestro buque entre los dos. (Marín apareció en cubierta, descalzo).

Cuando había llegado casi junto a los dos buques y el remolque estaba desamarrado, los dos pequeños vapores que estaban delante de mi barco informaron que el mayor de los dos buques (el *Miramón*), estaba en marcha y trataba de escapar a través del pasaje del Sur. Les devolví el saludo y les ordené le persiguieran y, si fuera posible, que saltaran sobre su cubierta, ya que tenía órdenes de comunicar con el que mandaba los dos buques, y que yo supuse se encontraría a bordo del mayor de ellos; simultáneamente disparé delante de él para que se pusiera a la capa.

Una vez estuvieron junto a él, lo que fue sólo unos pocos momentos, y con gran sorpresa por mi parte, abrió fuego de cañón y fusil sobre ellos; se me comunicó que el otro barco (el *Marqués*) estaba soltando amarras. Inmediatamente le disparé una andanada, pues no tenía duda alguna de que estaba en complicidad y a las órdenes del otro buque. Temí que acudiera en su ayuda, en cuyo caso me hubiera visto obligado a dar un toque de llamada a mis buques, o a ser testigo de su captura o destrucción, y puesto que había tenido la osadía de disparar sobre mí sin provocación previa, estaba determinado a capturarlo, si podía. Tan pronto como hice fuego, izó la bandera española.

En el ínterin, el mayor de los dos (el *Miramón*) estaba luchando arduamente con las fuerzas a bordo de mis dos pequeños vapores en un combate de retirada. Viendo que no podía salir por el paso del Sur, cambió de rumbo inmediatamente, enfiló su proa hacia el Norte, y pasó por mi lado en un intento de alcanzar el paso del Norte, y mantenerse fuera del curso de mis disparos, seguido de mis barcos, que en todo momento estaban luchando enconadamente con él. Evidentemente, era demasiado rápido para ellos, por lo que les iba ganando terreno, sin dejar de disparar. Disparé un cañonazo y destruí su chimenea. Me di cuenta de que no podía seguir disparando sin poner en peligro a los dos vapores nuestros, ya que estaban todos juntos. La caza continuaba en medio de un fuego sostenido por ambos bandos. En este momento no pude menos que sentir admiración por el valor temerario de estos bravos en combate con una fuerza tan superior. A pesar de sus esfuerzos por zafarse, le rodearon y abordaron. Al darse cuenta de que la huida era imposible, supongo que se dirigió hacia la orilla; de cualquier modo, acosado por nuestros barcos, embarrancó, cosa que de momento yo no supe.

Estaban a una distancia de una milla del mío, y sentía una intensa ansiedad respecto a su seguridad. No pude prestarles ninguna ayuda, pues mis tres «cuters» mayores estaban en el inte-

rior, y antes de que hubiera podido armar los botes y llegar hasta ellos, el asunto habría ya terminado. Mis dudas no duraron mucho, ya que casi inmediatamente oí tres vítores, y me informaron que nuestros barcos estaban abordando al otro, cosa que veíamos perfectamente con nuestros catalejos.

Ahora vuelvo al vapor anclado a mi lado. Mientras la lucha de los otros buques continuaba, y en el momento en que pasaban a este barco, el primer teniente, situado en la popa, me llamó para decirme que dicho barco estaba disparando fuego de fusilería. Ordené le descargaran una serie de cañonazos, como así se hizo. Luego, le llamé y le ordené que se presentara a bordo; como no lo hiciera en seguida, envié al teniente Chapman a bordo para decirle que si no cumplía mis órdenes al instante enviaría la guardia para que lo trajera. Vino a bordo, y respondiendo a mis preguntas, contestó que su barco era el *Marqués de La Habana*, que había sido empleado por el capitán Marín, comandante del otro barco, para transportar provisiones y municiones de guerra, y que era español.

Mientras, había yo enviado a un oficial para que trajera al capitán Marín a bordo. Tan pronto como llegó a mi cabina le pregunté que cómo se había atrevido a hacer fuego contra mis barcos. En presencia de un testigo replicó sin vacilar, «que cuando observó que mis barcos navegaban hacia el muelle, había informado a la tripulación que estaba seguro que eran barcos de guerra americanos, y prohibió terminantemente que se disparara sobre ellos, pero que su tripulación estaba compuesta de hombres de varias naciones, y, además, recién reclutada. Por esta razón carecía de la disciplina necesaria, y fue debido a ello que le fue imposible controlarla». Le hice observar que debería responder de este tremendo ultraje, el cual, me dijo, deploraba profundamente. Yo sabía que esto no era cierto, pues durante el combate podía oírse claramente su voz exhortando a sus hombres a lanzarse con él al abordaje. Usted notará como todo esto discrepa de las declaraciones de cuatro de sus hombres, quienes pretenden que fueron los oficiales los que hicieron todos los disparos...

Debo cumplir ahora con el penoso deber de hablar de una circunstancia que me ha causado la más viva inquietud y pesar. Unas dos horas después del combate llegó al costado de mi barco un bote procedente del *Indianola*, con un hombre vestido de paisano y muy mal herido. Al preguntar, me informaron que se trataba del «general Llave» del ejército mexicano. Lo mandé llevar inmediatamente a mi cabina. Según se desprende del relato que me hizo, cuando estaba yo a punto de partir de Veracruz, fue enviado por sus gobiernos al *Indianola* para obtener información res-

pecto a mis movimientos, y que en las prisas y confusión de la partida y ataje, su bote se marchó sin él. Los oficiales al mando de los barcos... no se dieron cuenta de su presencia a bordo hasta que lo encontraron herido. Inmediatamente después de mi llegada aquí le hice conducir al castillo, donde ahora se encuentra, en una camilla.»

El general Ignacio de la Llave no era otro que el ministro de la Guerra de Juárez. Su herida era en la cabeza, pero sobrevivió para luchar de nuevo, sólo para ser asesinado tres años más tarde por una escolta traicionera. Si su acción puede considerarse más bien ruin, no fue, sin embargo, el último ministro de una nación que llevó o intentó llevar a cabo un acto de esta naturaleza. Sir Winston Churchill quiso hacerlo el día 6 de junio de 1944.

La lucha tuvo una duración de treinta a cuarenta y cinco minutos. Turner informó que, en sus fuerzas había «un hombre herido mortalmente, aunque vivo aún; otro, herido seriamente, y varios con heridas leves... Doce (mexicanos) fueron traídos a bordo de mi barco heridos de gravedad, de los cuales tres han muerto. He enviado el resto a tierra, al hospital».

En su carta del 11 de marzo, dirigida al Hon. Isaac Toucey, secretario de la Marina, en la que acompañaba el informe de Turner y otros documentos suplementarios, el capitán Jarvis dice: «No veo la posibilidad de que el comandante Turner pudiera obrar de modo diferente a como lo hizo, y pienso que él y los demás oficiales son dignos de todo encomio por su presteza en defender la Bandera». Dice que enviará los dos vapores a Nueva Orleáns tan pronto como le sea posible, bajo el mando del comandante Jenkins, del *Preble*. «En estos momentos, el asedio a esta plaza es muy severo. En la noche del 6 del corriente trataron de tomarla por asalto, pero fueron rechazados, y por lo que parece, creo ocurrirá lo mismo si lo intentan de nuevo. Por lo que sé, las tropas que defienden la ciudad son tan numerosas como las de los sitiadores».

Los jefes de las fuerzas navales española y francesa protestaron cerca de Jarvis, el primero por el hecho de ser españoles los barcos capturados, y el último sobre la base de que

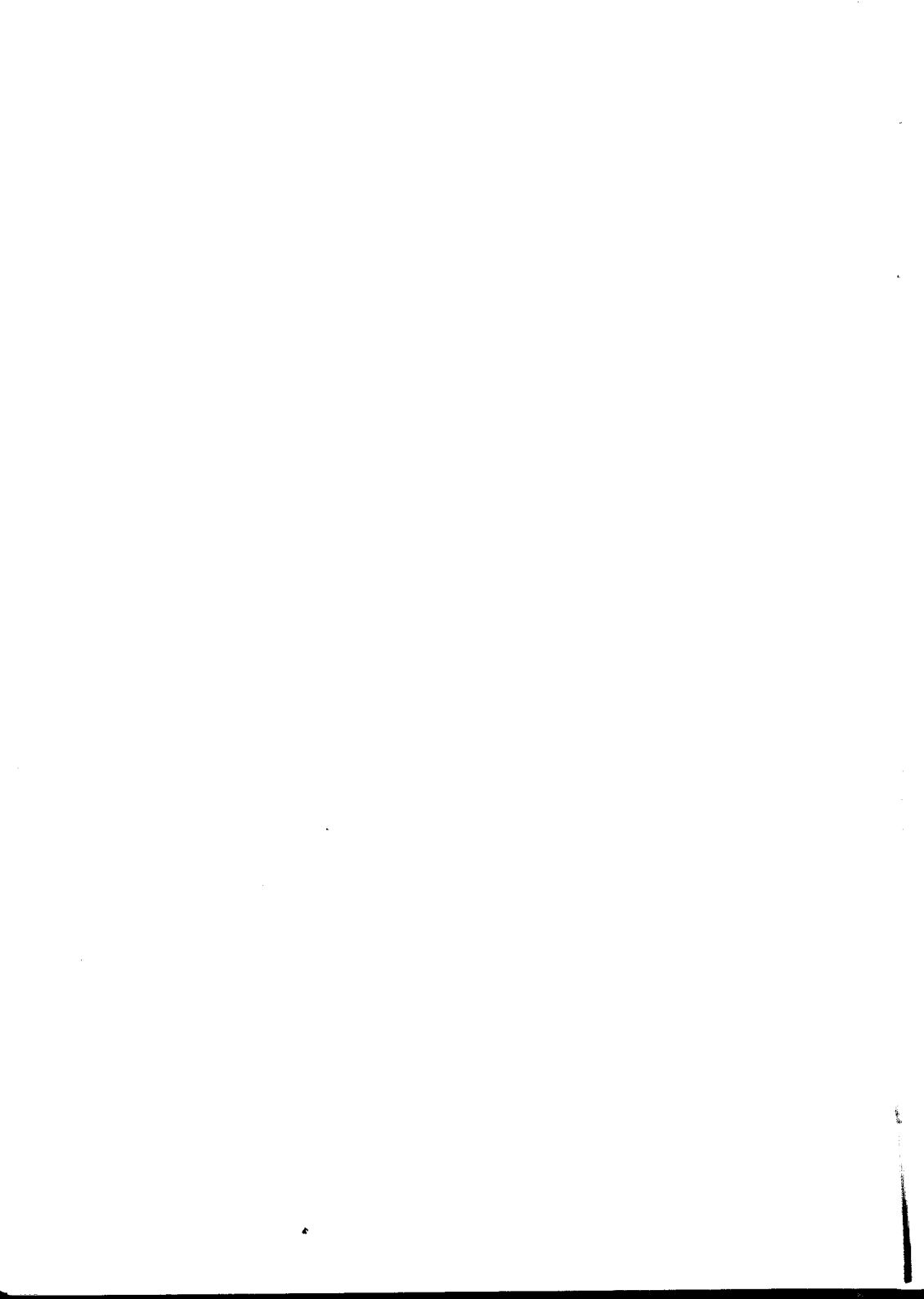
su país era neutral. Desde luego, ambas premisas eran completamente falsas. El capitán Aldham, quizás por estar demasiado ocupado por aquel entonces en su labor como diplomático, no protestó. Naturalmente, sí lo hizo el secretario de Relaciones de Miramón. En Nueva Orleans, el Tribunal de Distrito, en funciones de tribunal del almirantazgo, bajo la presidencia del juez McCabed, decidió, el 28 de junio, que Marín, sus hombres y barcos no eran piratas, y ordenó su puesta en libertad. En 1870, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos confirmó esta decisión.

El 21 de marzo el Senado de los Estados Unidos, completamente hostil por entonces al presidente Buchanan, tomó el acuerdo de solicitar del presidente información respecto a las órdenes dadas a las autoridades navales americanas de Veracruz, y la autorización para la captura. Una vez enviada la resolución al secretario de la Marina, éste contestó al presidente con el envío de la orden de 27 de julio de 1858 para la protección de las vidas, propiedad y comercio americanos, bajo la cual había actuado Turner. La conducta del capitán Jarvis, así como la del comandante Turner, fue aprobada. Ambos alcanzaron un alto rango en la Marina de la Unión; Jarvis murió en 1869, ya retirado, y con el grado de Comodoro, mientras Turner falleció en 1883, retirado también, y con el grado de Contraalmirante.

Eso en cuanto a los hechos de este asunto. Ahora bien, alrededor de los mismos se han forjado numerosas leyendas. Hagamos caso omiso de ellas, y aun así veremos que este incidente ha sido calificado como ataque, como defensa, y con recriminación. Ha sido conceptuado como ataque, sobre la base de que este incidente no fue sino la última fase del diabólico plan de Buchanan y McLane para lograr el control de México; que Juárez y sus ministros eran sus instrumentos conscientes, voluntarios y traidores; y que Jarvis y Turner eran únicamente unos intrusos que, de hecho, dieron la victoria a Juárez. Según palabras de José Fuentes Mares: «Turner, aunque (*sic*) protestante, fungió en la historia de México como una especie de Ángel guardián de la Reforma».

Desde nuestro punto de vista, Buchanan, McLane y el Tratado McLane-Ocampo tuvieron poco o nada que ver con la acción de Antón Lizardo, y aunque Jarvis y Turner tuvieron gran libertad de acción como consecuencia de la ambigüedad de las disposiciones legales, seguramente habrían gozado de la misma libertad quienquiera que hubiese sido el presidente, ya que por aquel entonces no existía la radio. Al fletar el *Indianola* y el *Wave*, al emitir la proclamación de piratería, y al apremiar a los oficiales navales americanos a la acción, basándose en dicha proclamación, pues el gobierno constitucional no podía en este caso actuar por sí mismo, Juárez y sus ministros obraron patriótica y decisivamente, y con un grado de legalidad realmente raro en cualquier guerra, civil o no. Finalmente, Jarvis y Turner y los otros oficiales americanos, como todos sus soldados, obedecieron fielmente sus órdenes, quedaron realmente sorprendidos por la violenta reacción que les salió al paso, y no les sabía muy mal ensarzarse en una fuerte lucha con los enemigos de sus amigos. Decidieron ganarla, y fue al conseguirlo, no antes, que consideraron a sus prisioneros, ¿qué otra cosa podían considerarlos?, como piratas. Para abreviar, diremos que los americanos no eran sino marinos, buenos y perfectamente normales, orgullo de la marina y de su país.

¿Fue este pequeño incidente, realmente decisivo en cuanto al resultado de la contienda? Es una pregunta difícil de contestar, probablemente imposible, y va a ser examinada muy brevemente, por orden cronológico en el curso del próximo capítulo.



AGOTAMIENTO Y RESISTENCIA

En 1860 el interrogante era: ¿quién resistirá?

Toda la nación había sufrido, sufría todavía, terriblemente. Las armas de poder destructor infinitamente mayor que poseemos ahora, nuestros genocidios, nuestros métodos de tortura, más refinados que los de antes, no deben llevarnos a minimizar o a dar un cariz romántico a la destrucción y sufrimiento provocados por las guerras mexicanas que tuvieron lugar hace siglo y medio, y que para nosotros son tan lejanas en el tiempo y en el espacio. Los hombres abandonaban, voluntaria o forzosamente, la familia, el trabajo en las tiendas, en las minas, en los ranchos, para ser conducidos al combate con poco o ningún entrenamiento previo, mal dirigidos y alimentados, deficientemente abastecidos y armados, y sin apenas asistencia médica para los heridos. Las mujeres, los niños y los viejos debían no sólo realizar todos los trabajos y sufrir los bombardeos de las ciudades, como en todas las guerras; estaban también sometidos a las incesantes exigencias y robos de las tropas. Si se sabía que un cabeza de familia era reaccionario o liberal, lo más probable era que fuera sacado de su casa y asesinado por los que defendían una idea opuesta. Era cosa corriente que, a continuación, su casa fuera saqueada e incendiada condenando así a morir de hambre a su familia. Las bandas de facinerosos solían aprovecharse del caos reinante para robar y matar a los viajeros y para expoliar las

haciendas. El comercio interior había quedado prácticamente paralizado, y la comida, la ropa y todo lo demás empezaba a escasear. Estas guerras fueron comparables a las guerras de religión europeas del siglo XVII, tal como las representa Callot en sus cuadros; a los horrores de la invasión de España por los franceses en 1808, retratados en los cuadros de Goya, y a las insensatas brutalidades de la revolución mexicana que empezó en 1910, inmortalizados por Orozco. La guerra civil americana no fue agradable, pero las guerras mexicanas fueron peores todavía.

No debe creerse que Juárez y sus colegas se limitaban a permanecer confortablemente sentados en sus despachos y en las mesas de los cafés, ni que se dedicaban únicamente a dar conferencias y a escribir cartas permaneciendo al margen de los acontecimientos. La mayoría de ellos estaban separados de sus familias, y aunque éste no era el caso de Juárez, es seguro que de vez en cuando debió ver los cuerpos ensangrentados de mujeres y niños en miserables casas o tendidos sobre los guijarros de las calles. Formaban parte también de su familia: «Soy hijo del pueblo y no lo olvidaré».

¿Podría continuar y terminar su tarea de modo que estas muertes lastimosas sirvieran al menos para contribuir a dar a los demás un poco más de libertad y de justicia? Las noticias que se recibían del interior, en aquellos meses de primavera y de principios de verano, solían ser desalentadoras. El gobierno se veía agobiado por incesantes y justas demandas, para satisfacer las cuales había muy poco dinero, porque los ingresos procedentes de la venta de las propiedades de la Iglesia eran decepcionantes por lo menguados, y las entradas arancelarias habían, como es lógico, disminuido. Ahora no podía contarse con la ayuda de los Estados Unidos, lo cual contribuía a aliviar una preocupación política, pero no solucionaba en absoluto otra más profunda: la económica. Lo más violento para Juárez debió de ser, aparte de la muerte y destrucción ocasionadas por una guerra que *él* había decidido que era necesaria, la creciente evidencia de que dos de sus ministros, Miguel Lerdo y Santos Degollado, que habían resis-

tido mucho, a quienes veía a diario y con cuya experiencia y voluntad podía contar, desfallecían. Tuvo esta terrible convicción cuando el poderoso gobierno de la Gran Bretaña, que regía la mayor parte del mundo, decidió intervenir para terminar esta desagradable guerra de poca monta que se interfería con sus ingresos, y que era, para ellos al menos, básicamente absurda.

Inglaterra, que como todos los países, excepto los Estados Unidos, no había reconocido todavía al gobierno constitucional de México, estaba representada en Ciudad de México por George W. Mathew, un hombre inteligente y algo orgulloso que recibía informes, los analizaba y, una vez resumidos, los pasaba a Londres. En Veracruz, Su Majestad Británica estaba representada por el capitán Aldham, que mandaba el buque de S. M. B. *Valorous*, y era un hombre de unos cincuenta años, bravo e inteligente, pero algo entremetido. Su labor como diplomático consistía en dar informes y recibir órdenes de Mathew y de Londres. En la capital inglesa se hallaba Lord John Russell, un protestante ardiente y extraño, encima de él por entonces, Lord Palmerston, uno de los intrigantes y mangoneadores más astutos de Europa. Ante todo, estos dos personajes querían la paz, y luego su dinero; y no dieron muestra alguna de comprensión o interés por la lucha fundamental entre liberales y reaccionarios, excepción hecha de las insistentes impertinentes peticiones de Russell para una mayor tolerancia religiosa, condición indispensable para llegar a un arreglo. Durante tres meses estos ingleses hicieron gala de mucha paciencia y tenacidad. A los dos bandos les decían lo mismo. Intentaban convencerlos de su debilidad y de sus nulas posibilidades. Por una parte minimizaban la importancia de la Constitución; por la otra, la implacable oposición de los reaccionarios. Finalmente se impacientaron y tuvieron que recurrir a la vieja amenaza de «proteger los intereses británicos».

Por otro lado, los problemas de Miramón eran al menos tan grandes como los de Juárez. Su gobierno estaba también al borde de la bancarrota, y la ilegalidad de su cargo de presidente, con Zuloaga todavía en el ambiente, era un estorbo

adicional. Su ministro de Relaciones, Octaviano Muñoz Ledo, era un necio; los reaccionarios mexicanos destacaban más por su unión que por su fuerza (Mathew supo ver esta característica); la captura de los dos barcos fue un rudo golpe; y sobre todo, la época de las fiebres se acercaba con rapidez, sin que él hubiera conseguido todavía tomar Veracruz. En medio de sus quebraderos de cabeza se mostraba, sin embargo, muy orgulloso, muy cortés, irreductible en defensa de los privilegios religiosos y tenaz en su desprecio de la voluntad popular. Al mismo tiempo, y a pesar de no aparentarlo, se hallaba casi desesperado. De haber podido salirse con la suya, y sólo así, habría rectificado; pero estaba decidido a no doblegarse, y dispuesto a caer luchando.

Juárez sabía, o sospechaba, las tribulaciones de Miramón, y estaba preparado y decidido a luchar hasta el fin por la Constitución y la Reforma. Con el capitán Aldham y sus sombrías predicciones e inoportunas exigencias era, a través de intérpretes, cortés, paciente y fríamente irónico, y sabía hacerle comprender, suavemente, la diferencia de rango que los separaba y las limitaciones de la función de su interlocutor. Para este capitán la actitud de Juárez no era desconocida, pues ya la había soportado de los Lords del Almirantazgo y del Foreign Office; pero el hecho de tenerla que sufrir de un indio zapoteca que gobernaba una pequeña y maloliente ciudad del litoral de México, debió de desalentarle y amargarle un poco. La mayoría de los ministros respaldaban a Juárez; pero la enfermedad moral, mortal a veces, constituida por la depresión, la inseguridad y la histeria, hizo presa en dos de ellos: en Santos Degollado, el recto y excitante soldado al que se le concedió la excedencia para ser nombrado ministro de Relaciones, y en Miguel Lerdo de Tejada, el intelectual ambicioso y brillante que había insistido en aceptar cualquier riesgo por la Reforma, y que últimamente insistía en lanzarse a la peligrosa aventura de suspender el pago de las deudas exteriores en medio de la guerra civil, y abogaba por el abandono de la Constitución que constituía el símbolo y baluarte de la causa. Al final, Miramón abandonó el asedio, Lerdo dimitió, Degollado volvió al

ejército (sin dejar de perjudicar a la causa con su neurosis), Aldham regresó a su barco, y Juárez, la Constitución y el pueblo mexicano resistieron.

El camino, sin embargo, estaba sembrado de espinos. La primera proposición de Russell abogaba por una tregua de seis meses a un año de duración, al efecto de permitir la creación de una nueva asamblea constituyente. Degollado dijo a Aldham, muy inexactamente, que esto era lo que Juárez precisamente deseaba y lo que Miramón había rehusado antes de la batalla de la Estancia. Las palabras de Degollado fueron debidamente rectificadas, y entonces Aldham corrió a entrevistarse con Miramón, al que instó a hacer propuestas más bien vagas; pero como sea que éstas fueron hechas a Aldham, Juárez se negó a contestarlas diciendo que cuando Miramón el rebelde fuera más explícito en sus proposiciones al gobierno, éste las estudiaría. Luego, tal y como había hecho con Miramón, Aldham trató de descorazonar a Juárez diciéndole que los reaccionarios habían tomado Alvarado y que los americanos permanecerían estrictamente neutrales. Juárez anotó en su *Diario*: «Se le dijo que el gobierno estaba bien enterado de ello, y así terminó la visita del señor Aldham».

Esta entrevista tuvo lugar el día anterior al de la acción de Antón Lizardo, anotada muy brevemente por Juárez, añadiendo entre paréntesis que había enviado a su familia al Castillo, donde, incidentalmente, había una casa decente aunque fea para el comandante, además de las siniestras mazmorras. Es posible, pero no probable, que todo el mundo oyera en Veracruz los disparos de la noche del 6 de marzo. El 11 del mismo mes Juárez se reunió con su familia en el Castillo, y continuó haciéndolo de vez en cuando, pero los ministros permanecieron en la ciudad.

La captura de los dos barcos no animó a Lerdo y a Degollado, ya que fue en la reunión ministerial del 13 de marzo, en la que el único ausente fue Llave debido a las heridas recibidas en su estreno como polizón, quienes arguyeron a favor de la propuesta de Russell de una larga tregua y una nueva asamblea constituyente. Juárez señaló que ello conduciría seguramente

al triunfo de los reaccionarios. Contaba con el decidido apoyo de Manuel Ruiz y otros, entre ellos Llave que se hizo representar. Se decidió que en modo alguno no se sacrificaría la legalidad. En las negociaciones del 14 de marzo, Juárez estuvo representado por Degollado y José Emparán, y Miramón por Manuel Robles Pezuela e Isidro Díaz; pero, naturalmente, no dieron fruto alguno.

El día siguiente la lucha, incluido el posterior bombardeo de la ciudad por Miramón, se reanudó, y durante la siguiente semana fueron muertos treinta y ocho mujeres, niños y viejos. «El capitán Aldham», informó Mathew a Londres, «justamente indignado ante el modo tan vergonzoso como inútil de guerrear, consideró su deber protestar (ante Miramón) contra tal barbaridad». El capitán Aldham era evidentemente un luchador de la vieja escuela, completamente superada ya desde hace mucho tiempo por los sucesores de Miramón, los defensores de la teoría de la guerra total y de la posible extinción absoluta. Miramón, no obstante, no fue más que un pionero de la nueva escuela, y el comandante Turner, representante del brutal e hipócrita «coloso del Norte», le privó de los instrumentos necesarios para proseguir con la «modesta» carnicería. El cargamento de los dos buques capturados consistía en «1.000 bombas de catorce pulgadas, 2 morteros de latón, 4.000 juegos de armamento completo para la infantería, y más de 60.000 raciones»; pero esto no debe considerarse sino como una simple conjetura, porque antes del abordaje, la tripulación del *Miramón* echó por la borda buena parte de la carga.

El 21 de marzo Miramón levantó el sitio y se retiró hacia Ciudad de México, hostilizado y diezmado por las guerrillas y las deserciones. Mathew informó que Miramón atribuía su fracaso a la captura de los dos barcos; pero en opinión de Mathew, esta excusa «carece de la suficiente garantía, ya que la plaza estaba bien defendida, y tengo muy arraigada la sospecha de que los barcos de los Estados Unidos del puerto de Veracruz, en caso necesario se habrían puesto a favor de los sitiados». El que Jarvis hubiera desembarcado soldados y marineros en la ciudad para luchar al lado de las fuerzas consti-

tucionales es cosa discutible, como lo es la victoria que hubiera o no podido alcanzar Miramón con los suministros de los dos barcos. Lo que sí puede decirse con relativa seguridad es que Turner salvó varias decenas de vidas entre la población civil, pero no que salvó la causa constitucional, puesto que fue protegida y salvaguardada por la forma en que Juárez manejó a su gabinete, y también por el modo con que los mexicanos manejaron sus rifles y machetes.

El capitán Aldham escribió a Juárez para participarle su alegría por el fracaso de Miramón, y Degollado le alabó por su proceder; pero continuó impacientemente con sus presiones para que se llevara a efecto el armisticio, primero, y luego, las consiguientes negociaciones. Hacia finales de marzo Degollado fue destinado de nuevo al ejército y reemplazado por Emparán, cuyos mensajes diplomáticos dan una impresión de mayor frialdad y firmeza que los de aquél. El 27 de marzo Emparán tuvo que corregir unas impresiones inexactas dadas por Degollado a Aldham y Mathew once días antes, consistentes en la afirmación de que Juárez y su gobierno estaban dispuestos a aceptar las propuestas de Russell, lo que trajo como consecuencia que Mathew acusara al gobierno constitucional de tergiversador e incompetente. Mathew insistió en que el gobierno británico no deseaba dictar a México ninguna forma de gobierno, y Emparán tuvo que insistir repetidamente en que la Reforma había ya proclamado la libertad de cultos, en que Miramón no querría aceptarla ni hacer nada para evitar una nueva asamblea constituyente previa la abolición de la Constitución, y que aun en el caso que el gobierno constitucional estuviera dispuesto, que no lo estaba, a acceder por completo a las propuestas británicas, sería derrocado por los gobernadores del interior, los mismos que se habían unido contra Comonfort y en favor de Juárez. Los ingleses se sentían muy irritados y frustrados a causa de los dos partidos beligerantes, como éstos a causa de los británicos.

El 20 de abril, en el gabinete, Lerdo defendió de nuevo su posición derrotista conducente al abandono de la Constitución, de forma aún más fuerte que hasta entonces; pero Juárez

volvió a oponerse. Miramón no había hecho ninguna propuesta, repitió Juárez, y «por tal motivo, el gobierno constitucional cumplió por su parte y a nada quedó comprometido ni con Miramón ni con el gabinete inglés». El día siguiente, «a nombre del emperador de los franceses», el cónsul de Francia ofreció su mediación y propuso un armisticio y una asamblea general, cuyos derechos no se especificaron. Juárez supo que los reaccionarios mexicanos estaban urdiendo un complot monárquico en Europa, aunque Napoleón III no se había comprometido en el mismo, al menos por entonces, y supo también que todos los agentes franceses eran enemigos de cualquier gobierno mexicano. La forma en que rechazó la propuesta francesa, con educación y agradeciéndola, fue típicamente inglesa en su limitación y exposición. El 23 de abril, Lerdo y Llave presentaron otra peligrosa propuesta, consistente en consultar a los gobernadores y, a través de ellos, a la opinión pública, en la cuestión del abandono de la «legalidad», es decir, de la Constitución. Con el apoyo de Ruiz y de Partearroyo, Juárez logró que esta proposición fuera rechazada por impracticable. Mientras, Muñoz Ledo, ministro de Relaciones de Miramón, había hecho la fantástica acusación de que el gobierno Juárez era desleal al Plan de Iguala de 1821, sin tener en cuenta cuanto había sucedido desde aquella fecha.

Al tiempo que estas infructuosas negociaciones se prolongaban, se enrarecía el ambiente. Lerdo continuaba insistiendo cerca de Juárez en el sentido de que la única manera de evitar la bancarrota era suspender los pagos exteriores. Si bien Juárez dio su conformidad a esta teoría el 29 de mayo, al día siguiente había cambiado de opinión. Lerdo, disgustado, presentó la dimisión, siéndole aceptada. Juárez no dejó anotación alguna respecto a su opinión sobre la idea de Lerdo, la cual un año más tarde se convertiría en vital. De todos modos, parece razonable suponer que Juárez decidiera que prescindiendo de cuán necesario fuera este paso que, por otra parte, iba a producir un efecto atroz en Europa, no podía darse en unos momentos en que la nación estaba envuelta en una guerra ci-

vil. Además, había otras causas de fricción y enojo, menores, pero todavía agudas.

En mayo y junio se produjo un interesante intercambio epistolar entre Juárez y Joaquín F. Pacheco, ministro de la reina de España ante el gobierno de Miramón. Desde un barco anclado en Veracruz y dirigiéndose a Juárez sin darle título alguno, Pacheco le pidió permiso para bajar a tierra y continuar viaje hacia Ciudad de México bajo escolta. Juárez, caballerosamente, no sólo concedió el permiso, sino que le procuró la escolta. Pocas semanas más tarde, desde Ciudad de México, Pacheco escribió una ofensiva misiva a Juárez en relación con supuestos ataques de las tropas constitucionales contra súbditos españoles y de las arremetidas que contra España lanzó un periódico constitucional. En su carta escribió frases como ésta: «Mientras yo esté aquí, mientras el gobierno de la reina tenga un buque que cruce el océano y un cañón que arroje bombas, tenga usted entendido que no es cosa que se sufre». Juárez contestó que había ya ordenado castigar a las tropas responsables y que volvería a repetir la orden. La respuesta concluía: «Puede usted descansar en la seguridad que le ofrezco de que así se hará porque a ello me obligan el deber y la conciencia, sin que sean causa de que yo obre así o deje de hacer justicia, las palabras amenazantes y las expresiones ofensivas e injuriosas de que usted se permite usar en su carta y que me abstengo de contestar porque semejante tarea me colocaría en un terreno a que me prohíben descender la dignidad y el decoro del puesto que ocupo».

El 14 de agosto, desde Nueva York, Mata embarcó para Veracruz, y Romero, que en los intervalos entre su incesante trabajo epistolar y el que le suponía el estudio había hecho numerosos amigos y conocidos americanos y había visto mucho, entre otras cosas las cataratas del Niágara, permaneció en Washington como encargado de Negocios.

En su retirada hacia Ciudad de México, Miramón supo quizás que su causa estaba perdida; empero, durante el resto del año, él, Mejía, Márquez y otros generales reaccionarios opusieron fuerte resistencia y vencieron en varias batallas; pero

en conjunto, fueron empujados constantemente hacia Ciudad de México por las fuerzas constitucionales mandadas por Degollado, González Ortega, Zaragoza, Doblado (de nuevo en activo, después de su largo descanso, precisamente cuando la victoria parecía que no podía escapar ya a los liberales), y otros. Jesús González Ortega, hombre de personalidad elegante y excéntrica, logró el 10 de agosto una gran victoria en Silao. Los jefes y tropas constitucionales poseían ahora mayor experiencia, y la retirada de Miramón de Veracruz debió de ser tan alentadora para ellos como descorazonadora para los reaccionarios; pero al leer la historia militar de aquellos meses y al considerar también los relatos de los jefes protagonistas de aquellos hechos de armas, es difícil evitar la hipótesis de que el resultado fue debido menos a un caudillaje militar más adecuado que a la voluntad de vencer. Debe darse las gracias también por la victoria final a un nuevo sentido de la unidad por parte del pueblo mexicano, expresado a través de los combatientes. Cuando los otros elementos son de potencialidad sensiblemente igual, es el espíritu de lucha de los hombres que combaten y la tenacidad de los que están detrás de ellos, lo que constituye el factor decisivo.

Si bien la moral era ahora más alta en el bando liberal, así como en la mente y corazón de Juárez, el dinero, que, excepto en un Estado dictatorial, puede ser también decisivo, era casi inexistente, y uno de los misterios técnicos y sociales de estas guerras es la ausencia de billetes emitidos por el gobierno sin respaldo ni garantía. Reacios a utilizar las prensas de imprimir, o incapaces de hacerlo, los jefes de ambos lados empezaron a interesarse por otros sistemas y a fijarse más cuidadosamente en los convoyes cargados de plata que pasaban constantemente por las regiones mineras de las montañas centrales y del Norte hacia los puertos del Golfo de México. Los propietarios extranjeros de estos convoyes pagaban los impuestos pertinentes, por lo que, si hubieran sido objeto de robo, los gobiernos extranjeros se habrían quizás mostrado todavía más entremetidos de lo que ya eran. Además, los generales liberales que controlaban el territorio a través del que pasaban las ca-

ravanas habían mostrado siempre escrúpulos morales extremados respecto al robo, en un grado tal que en nuestros días produce asombro, un asombro casi tan grande como el causado por la temeridad con que los propietarios enviaban a estos convoyes a través de un país asolado y empobrecido por una guerra civil que se aproximaba a una crisis.

Sin embargo, el tiempo pasaba, y en otoño de 1860, un convoy con una carga valorada en 1.127.000\$ consistente en consignaciones de Zacatecas, San Luis y Guanajuato, propiedad inglesa en su mayor parte y con destino a Tampico, viajaba bajo la protección del general Ignacio Echeagaray, subordinado de Doblado. Siguiendo órdenes de su superior, Echeagaray se apoderó del convoy en Laguna Seca, cerca de San Luis Potosí, el 9 de septiembre. Doblado informó luego a Degollado de esta acción.

Como hemos tenido ya ocasión de señalar, Doblado no destacaba por sus escrúpulos morales. En este caso concreto podía argüir razonablemente que sin la captura quizás se habría perdido no sólo la causa constitucional, sino incluso la independencia del país. Sierra añade que la probabilidad en este punto, con los recursos adicionales, de una victoria del lado constitucional, que todavía podía responder de estos «préstamos forzosos» con los bienes nacionalizados, diferenciaba este acto de otros similares cometidos por los reaccionarios. Un robo así apenas sorprende, pero Santos Degollado era del fuste de los primeros cristianos. Físicamente no era muy fuerte, y emocionalmente no era el hombre más adecuado para mandar un ejército en una guerra especialmente brutal, cerca del agotamiento y del colapso mental. Era la culminación de una previsible tragedia psicológica y moral. Después de haber aceptado, o pedido quizás, toda la responsabilidad por la captura del convoy, ahora se sentía interiormente torturado. Escribió: «¿Quién engaña a su propia conciencia? ¿Quién no ha pensado, en sus conferencias con Dios y con la posteridad, lo que importa un hecho semejante? Yo todo lo había dado a mi patria, me había reservado... un nombre puro para legarlo a mis hijos... La necesidad vino, sin embargo, a llamar a mi puerta,

pidiéndome, en nombre de mi causa, mi reputación para entregarla al escarnio y a la maledicencia, y yo, después de una agonía horrible, maté mi nombre, me cerré el porvenir y me declaro reo». Evidentemente, esto fue escrito más tarde. El 16 de septiembre, desde Lagos de Moreno, Degollado escribió a Ocampo: «Si usted no me condena desde el fondo de su corazón y si siente simpatía por mí en mi desgracia, espero que su amor fraternal me represente, para excusarme, ante el presidente, cuya amistad espero salvar, incluso en el caso que, como cabeza de la nación, tenga que castigarme».

Empeoró todavía las cosas al devolver 400.000 pesos a los ingleses, principalmente, mientras sus generales insistían en que la captura del convoy era necesaria; pero que, dado que necesitaban todo el dinero, dicha restitución hubiera podido efectuarse después de la victoria de la causa constitucional. Degollado escribió algún tiempo después a Juárez que si había devuelto los 400.000 pesos era con el objeto de evitar que las potencias extranjeras interesadas atacaran los puertos del Golfo, lo que en aquellos días, y considerando lo sucedido en Antón Lizardo, era muy improbable que ocurriera, al menos hasta haber consultado con Londres, París y Madrid. Juárez, al saberlo, debió de inquietarse ante el estado mental de Degollado, pero quizás no se enteró hasta que la condición psíquica de éste se manifestó de forma mucho más peligrosa.

En el ínterin, Inglaterra, Francia, España y Prusia, probablemente por indicación de Almonte, llegaron a una especie de acuerdo para ofrecer el arreglo de los asuntos mexicanos. Se trataba de que una junta compuesta de mexicanos hiciera un proyecto, sometido, naturalmente, a la aprobación de las cuatro potencias. Los Estados Unidos rehusaron mezclarse en el asunto, y Juárez, desde luego, lo rechazó, al tiempo que negaba la existencia de ambición personal de ninguna especie en su decisión.

Degollado trató en su caída de arrastrar a su jefe, a su causa y a su país, a los cuales, como él mismo dijo, lo había dado todo. Había ya estado en contacto con el formidable Mr. Mathew, y se dejó seguramente influir por él. El mexicano

ofreció al interesado diplomático inglés un «Plan de Pacificación». «Propuso que en el plazo de tres meses una junta decretara una constitución, basada en las leyes de la Reforma; que el cuerpo diplomático, junto con delegados de los dos partidos rivales, nombrara un presidente, que no podría ser ni Miramón ni Juárez». El 23 de septiembre, desde Lagos, envió su plan a Juárez, en forma de copia de una carta que había ya remitido a Mathew. En el escrito en que acompañaba dicha copia dice que si Juárez aprueba las bases de su plan, el triunfo de la causa liberal es «infalible»; en caso contrario, le ruega acepte su dimisión «que hice cuando estuve en Veracruz». «El señor González Ortega está de acuerdo en las Bases expresadas y el señor S. Doblado hará lo que el Gobierno determine».

El 4 de octubre, desde Veracruz, Juárez contestó a Degollado, y de forma cortés aunque vehemente rechazó el plan. Le recordó sus propias declaraciones, hechas, como ministro de Relaciones, al capitán Aldham, en defensa de la Constitución y de Juárez como personificación de la misma. Juárez dice que el plan es el mismo que le fue propuesto por Mathew el 18 de septiembre, rechazado por él el 22 del mismo mes. No tratará de disuadir a Degollado, «y sólo me limito a contestarle que de ninguna manera apruebo su proyecto de pacificación, sino que en cumplimiento de mi deber emplearé todos los medios legales que estén en mis facultades para contrariarlo». En cuanto a la dimisión, Juárez le pide la presente otra vez, exponiendo los nuevos motivos, ya que la anterior no le fue admitida.

En una carta dirigida a Juárez desde Tepatitlán (entre Lagos y Guadalajara), fechada el 1 de octubre, cuando todavía no había recibido la carta de Juárez del día 4 del mismo mes, Degollado le remite copias de escritos cruzados entre González Ortega y Doblado, por una parte, y Mathew, por la otra; pero dice que no adjunta copia de las cartas que los dos generales le dirigieron a él mismo, «porque el lenguaje que en ellas usan es demasiado irrespetuoso y se reduce a desechar mis propuestas para la pacificación del país». Dice también que lamenta tener que denunciar que Doblado y González Ortega habían

apoyado absolutamente su proyecto, pero que después lo rechazaron «con tanto calor como poca buena fe». Dice que más adelante se propone explicar sus motivos a la nación. Es en esta misma carta que expone sus razones para la devolución de 400.000 de los pesos robados. En un *postscriptum* añade que en Morelia el general Huerta le hace objeto de calumnias, y en una carta posterior dirigida a Ocampo, expresa el temor de que Doblado o Huerta puedan atacar a su familia o a él mismo. Al leer estas cartas de Degollado, es imposible sustraerse a la profunda sospecha de que la paranoia o manía persecutoria había anidado en su mente, si bien a pesar de ello mantiene su fe en Ocampo y Juárez. Sólo estos dos «han obrado con justicia, al revés que Llave y los otros. Me siento moralmente aliviado, y sólo deseo una cosa: ver al virtuoso y distinguido señor Juárez en el Palacio de México, tan pronto como sea posible».

Juárez relevó a Degollado de su cargo y ordenó fuera juzgado por un consejo de guerra. A través del ministro del Interior, Juárez envió una circular a todos los gobernadores liberales en la que se repudiaba a Degollado y su proyecto. Sin embargo, en una carta personal al gobernador de Chiapas añadió que jamás olvidaría los anteriores servicios que Degollado prestó a la República. Tan pronto como la posición de Juárez fue del dominio público, ni Degollado ni su proyecto recibieron apoyo alguno, y su juicio fue, con no demasiada buena fe, demorado indefinidamente. La caída de Degollado es uno de los episodios más lastimosos de toda la guerra.

Es más lamentable todavía, si se tiene en cuenta que Doblado y, de modo especial, González Ortega, eran casi igualmente culpables. Ellos no estaban agotados ni enfermos de neurosis, y su actuación permite suponerles un mayor caudal de ambición personal; pero, no obstante, no se vieron envueltos en el asunto. Parece en efecto probable que al principio se mostraron de acuerdo en apoyar el proyecto de Degollado, tal y como éste dijo, y que luego se retractaron. Con respecto a González Ortega, más conocido por su segundo apellido, la evidencia es demasiado clara. Estaba por entonces sitiando

Guadalajara, y al principio del asedio, sin autoridad alguna para hacerlo, trató de llegar a un acuerdo con su oponente, el general Castillo, y le ofreció abandonar a Juárez. Afortunadamente, Castillo rechazó la oferta por considerarla insuficiente, y cuando Juárez recibió de Degollado las pruebas documentales de esta maniobra, con serenidad anotó al margen: «Degollado y Ortega exhortan al presidente a abandonar su puesto». Ya el 17 de febrero de 1860 Ortega había informado farisaicamente a Juárez haber rechazado en Monterrey la propuesta que le hicieron unos desconocidos para provocar la secesión y coalición de los Estados del Norte.

El 4 de noviembre, desde Jalapa, Miguel Lerdo de Tejada, que tuvo al menos la lealtad de mantenerle informado, escribió a Juárez para decirle que a él, Lerdo, «dos personajes de alto carácter en la capital» le habían invitado a celebrar conversaciones conducentes a poner término a la lucha. Juárez replicó que tales personas, incluyendo a Miramón, no podían ahora tener la esperanza de lograr el arreglo que deseaban, y que, además, podían dirigirse francamente a él, Juárez, que así podría consultar al gabinete y a otras personas como, por ejemplo, Lerdo.

Esta crisis de tentativas no autorizadas de paz era evidentemente tan peligrosa como cualquier otra de las que Juárez había superado, y más temible para él que las bombas de Miramón en Veracruz. Es fácil ahora para nosotros decir que podría haber sido menos riguroso con Degollado, y haber aplicado a Doblado y Ortega —a este último al menos— igual trato; pero aunque las fuerzas constitucionales estaban en el camino de la victoria, ésta no era segura todavía en aquellos momentos. La destitución de los tres podría haber dado al traste con todo, pues no hubiera sido de extrañar que, con el apoyo de Mathew y los otros diplomáticos, Miramón se hubiera pronunciado abierta y triunfalmente. Entre posibles substitutes, Zaragoza y Valle habían demostrado su destreza militar y su lealtad, pero su influencia era incomparablemente inferior. En cualquier caso, el resultado inminente iba a justificar la tolerancia de Juárez respecto a Ortega.

Tanto en esta situación como en otras posteriores, debe considerarse la actitud de sus colegas respecto a Juárez. El hecho de que los testimonios sean escasos indica de por sí que, tanto como hombre como en su aspecto de presidente legal, además de aumentar su popularidad, supo ganarse la confianza, la veneración incluso, de los soldados y del pueblo, y era respetado y aun temido por sus ministros. En enero de 1858 le consideraban sólo en función de su título legal de presidente, ya que lo necesitaban; pero en diciembre de 1860, su perspicacia, tenacidad, decisión y suerte, conocidas no sólo dentro del gabinete, sino incluso allende los mares, le convirtieron en una fuerza y un símbolo que sus colegas podían olvidar cuando estaban en campaña o en sus charlas y escritos privados, pero a los que más pronto o más tarde debían enfrentarse. Al entrar en contacto con él, o con una de sus cartas, tenían invariablemente que reconsiderar su criterio sobre el asunto de que se tratase, y la voluntad del señor Juárez, tranquila y cortésmente expresada, finalmente prevalecía. Miguel Lerdo, Doblado, Ortega, etc., eran hombres que ambicionaban alcanzar la presidencia, mientras que Juárez, de ello no cabe la menor duda, no tenía aspiración alguna al respecto, cosa que debió de contrariar e irritar a muchos, al recordar que fue casi por azar que llegó a su alto puesto. Es evidente que los *ofendidos* compartían, en el mejor de los casos, sólo en un grado muy bajo su precisa visión de un México democrático y en orden. Muchos de ellos eran soldados que, a pesar de no ser quizás muy hábiles, habían acaudillado hombres en combate, mientras que casi lo único que había hecho Juárez en este aspecto era afrontar serenamente el asesinato. Buena parte de ellos eran aún gobernadores, por no decir señores feudales, y su poder político y económico se extendía sobre áreas inmensas y sobre millares de personas, mientras que Juárez (como Ocampo) había destacado únicamente, hasta entonces, como funcionario civil demócrata y paternalista en un Estado ahora roto por disensiones entre los mismos liberales, un Estado fuera de su control, y que gracias a un soldado llamado Porfirio Díaz, acababa de ser ganado para la República. Finalmente, muchos de estos hom-

bres, excepción hecha de los hermanos Lerdo, eran de temperamento realmente romántico, prestos siempre al abrazo mutuo (aunque dispuestos a hacerse la zancadilla mutuamente), mientras que Juárez, excepto en sus relaciones con su familia, Santacilia y Ocampo, era cordial pero reservado, inmensamente reservado; era también sincero y estaba absolutamente decidido a utilizar a hombres que habían fracasado, o que le habían traicionado, si consideraba que podían ser útiles a la República. La integridad, la concentración desinteresada en una sola tarea, el vigor, y sobre todo, la eficacia extremada, sazónada únicamente con la afabilidad y una cierta ironía amarga, son rasgos que se apartan de lo corriente, y que llegan fácilmente al corazón de todos. Para sus colegas, Juárez debió de ser lo que desde entonces ha sido para muchos: un poder misterioso más que un hombre, y con un encanto, si es que lo tenía, extremadamente evasivo. Para sus colaboradores debió de ser una gran ayuda en momentos difíciles, o una desconcertante e irritante carga, o quizás ambas cosas a la vez. No es de extrañar que discutieran e intrigaran a espaldas suyas.

Cualesquiera que fueran las reacciones que suscitara entonces y las que suscite ahora, es incuestionable que en esta crisis entre los jefes, como en otras anteriores y posteriores, fue Juárez, y sólo Juárez, sin egoísmo ni rencor, usando todos los recursos humanos disponibles, y con férrea voluntad, quien salvó la situación, la causa liberal y la nación.

En el asedio de Guadalajara, Ortega enfermó de cierta gravedad, por lo que, interinamente, tuvo que hacerse cargo del mando que aquél ostentaba un hombre poco conocido: Ignacio Zaragoza, un general del Norte que conquistó la ciudad antes de que Márquez llegara con refuerzos. Las fuerzas constitucionales empezaban a rodear por todas partes a Miramón en Ciudad de México. Su situación financiera era también desesperada, y el 16 de noviembre autorizó el robo de 700.000\$, pertenecientes a rentistas británicos, de las cajas de la legación de la Gran Bretaña. El coraje y los recursos de Miramón eran inagotables, y en una rápida irrupción fuera de Ciudad de México, el 8 de diciembre, llegó a Toluca y capturó a la casi

totalidad de las fuerzas constitucionales allí reunidas, así como a los generales Degollado (sin mando) y Felipe Berriozábal, y gran cantidad de armas y municiones. En 22 de diciembre, desde una celda de la cárcel de Ciudad de México, Degollado escribió a Ocampo una carta patética y conmovedora. En ella mostraba una gran inquietud por la inminente batalla que iba a desarrollarse para la posesión de la ciudad, y deseaba que la victoria sonriera a los liberales, incluso en el caso de que ello representara su muerte, ya que si se fugara, decía, ¿dónde iría y qué haría? Ortega, con un ejército en continuo aumento, se acercaba desde el Norte, al tiempo que se producían cada vez más desertiones en las filas de Miramón. Con vistas a evitar la unión de todas las fuerzas constitucionales, Miramón se dirigió hacia el Nordeste con unos 8.000 hombres, y en Calpulálpam, el 22 de diciembre, se encontró enfrentado a un ejército que le doblaba en número, al mando de Ortega, y fue severamente derrotado.

Al llegar de nuevo a Ciudad de México, rindió la ciudad a sus prisioneros Degollado y Berriozábal, dividió el dinero que quedaba del saqueo, 140.000 pesos, entre él, Zuloaga y otros reaccionarios, y después de escapar por muy poco a la detención en Jalapa, logró llegar a la costa y ser admitido a bordo de un barco francés, *Le Mercure*, que le condujo a Francia. El modo en que llevó a cabo su escapatoria despertó la ira de los ingleses, entre ellos el capitán Aldham que consideraba a Miramón como un simple ladrón, y también el enojo de Juárez, quien más tarde ordenó la confiscación de los bienes de Miramón. Márquez, Zuloaga y otros jefes reaccionarios se echaron a la montaña como jefes de cuadrillas muy peligrosas y destructivas, y carentes de estado legal, gubernamental o militar alguno.

En Veracruz, la noche del 23 de diciembre, Juárez, su familia y Gutiérrez Zamora estaban en uno de los palcos de un teatro, escuchando *I Puritani*, la ópera de Bellini. En un determinado momento de la representación llegó un jinete formidable, que en veintiocho horas realizó el trayecto desde Calpulálpam. Después de ordenar bajar el telón y parar la

música, Juárez se levantó y, tranquilamente, leyó el parte de la victoria, y el anuncio del supuesto fin de la guerra. Como sea que no conocían el himno nacional mexicano, estrenado seis años antes, los cantantes de la ópera, con inconsciente ironía, entonaron la *Marsellesa*, y el delirio estalló en Veracruz.

El 1.º de enero de 1861 el general González Ortega se dirigió con sus 20.000 hombres a Ciudad de México, donde fueron recibidos con entusiasmo. No se dedicaron al saqueo de la ciudad, como temían los asustados reaccionarios. Ortega era hombre de aspecto gallardo y atractivo, de tez pálida, ojos brillantes y «bigotes muy engomados». Cabalgando al frente de sus tropas, entre el repique de las campanas, los gritos de la multitud y bajo una lluvia de rosas, vio a su antiguo jefe, Degollado, en un balcón del Hotel Iturbide, y le hizo bajar a la calle, donde valerosamente le abrazó y le hizo compartir los honores del triunfo. Fue para ellos el momento más hermoso. A Degollado le quedaban ya muy pocos más. Es probable que hubiese sido mejor para México el poder decir lo mismo de Ortega.

Los medios de locomoción de aquellos tiempos daban a los presidentes un descanso mental, ya que no físico. Juárez, su familia y sus ministros tardaron diez días en trasladarse desde Veracruz, ciudad que Juárez no vería ya nunca más, hasta Ciudad de México, y aunque la guerra había, al menos teóricamente, terminado, Juárez necesitaba relajarse y descansar tanto como le fuera posible.



DESORDEN, BANCARROTA Y MUERTE

La victoria en una guerra raramente, nunca quizás, ha sido garantía de descanso. Por ello no es de extrañar que México atravesara por un período de «paz» extremadamente tenso y difícil. Nominalmente, la Guerra de la Reforma terminó con el año 1860; pero durante el amargo 1861, las fuerzas reaccionarias, sin estado legal alguno, continuaron asestando dolorosos golpes, y al final del mismo año otros reaccionarios aceptaron apoyar una invasión extranjera. Por consiguiente, la unidad nacional en la lucha por la independencia, la autodeterminación y la reforma, se consiguió sólo parcialmente. El sangriento nacimiento de esta nación se prolongó durante diez años, desde 1857 a 1867, llamados a menudo «la gran década nacional».

El 11 de enero de 1861, y después de pernoctar en Guadalupe, Juárez hizo su entrada en la capital siendo calurosamente recibido. Como no había tiempo que perder, convocó una reunión del gabinete para la misma noche. Se lanzó un manifiesto a la nación en el que se honraba a los héroes de la guerra y se hacía hincapié en la necesidad de preservar la legalidad y de proseguir con la Reforma. Aun el día antes, Ocampo había propuesto a Juárez «que lo más conveniente sería que los actuales ministros presentaran su dimisión», al efecto de dar al presidente una mayor libertad de acción. Juárez rechazó esta idea, debido a su lealtad hacia sus colegas; se mostró de acuerdo,

sin embargo, en realizar algunos cambios, dando a Ortega el ministerio de la Guerra y a Francisco Zarco el de Relaciones. El 21 de enero Prieto había vuelto al Tesoro, mientras que Ignacio Ramírez había sido nombrado ministro de Justicia, Instrucción Pública y Desarrollo. Durante los meses siguientes, las enormes dificultades financieras, las relacionadas con los asuntos exteriores, las provocadas por desórdenes en el interior del país, las irrazonables presiones y exigencias de los radicales y de la prensa, las ambiciones y temores de los más destacados liberales, la impresión general de que la Constitución necesitaba o permitía un cierto grado de parlamentarismo y una hasta entonces desconocida y temporal indecisión por parte de Juárez, fueron todos ellos factores que redundaron en frecuentes cambios ministeriales, los más importantes de los cuales vamos a reseñar.

El problema inmediato consistía, el 11 de enero, en cómo manejar a los reaccionarios. Durante varios meses fue ésta la gran preocupación, ya que algunos líderes conservadores estaban en el gobierno, y los radicales exigían venganza, aunque, como señaló Prieto posteriormente y en lo que se relacionaba con el Tesoro, algunos de los funcionarios reaccionarios eran los únicos burócratas competentes disponibles. Aquella noche se decidió juzgar como conspiradores a los liberales destacados; expulsar al ministro de España, Pacheco, a los ministros de Guatemala y Ecuador y al legado del Papa; desterrar a algunos obispos, y conceder una amplia amnistía a todos los otros reaccionarios. En un caso al menos, Juárez tuvo que ceder ante la opinión pública, o, para ser más exactos, a sus portavoces más vociferantes. Isidro Díaz, un colaborador íntimo de Miramón, fue hecho prisionero cuando se dirigía hacia la costa. Se ordenó se le aplicara la ley de conspiradores, lo que, por pertenecer al ejército, significaba su inmediata ejecución una vez convicto. No obstante, pocos días más tarde la esposa de Miramón, dejada al cuidado del caballeroso general Leandro Valle, apareció con «don Benito Gómez Farías, quien expuso que Díaz había tomado empeño para que ni a él (Gómez Farías) ni al señor Degollado se les fusilara cuando

cayeron prisioneros en Toluca», inmediatamente antes de la derrota de los reaccionarios. Juárez dio cuenta de ello al gabinete, y se acordó por unanimidad que Díaz fuera sólo desterrado por un período de cinco años. El día siguiente, sin embargo, tuvieron lugar manifestaciones contra esta sentencia, no sólo en los clubs políticos influyentes, sino también en la Universidad, en la prensa, etc. El capitán Aldham dejó oír también su protesta, so pretexto de la supuesta intervención de Díaz en el robo cometido en la legación británica. Juárez y el gabinete se volvieron atrás, y ordenaron que Díaz fuera trasladado a Ciudad de México para ser juzgado como conspirador. Finalmente fue absuelto; pero Juárez admitió que estas algaradas influyeron en su decisión de nombrar un nuevo gabinete más radical dando entrada en él a Ramírez.

Ocampo había regresado de buen grado a su hogar, en Pomoca, junto a sus hijas sin madre, a sus queridas plantas y a su traducción de la obra de Proudhon. Miguel Lerdo de Tejada era ahora presidente del Tribunal Supremo, y al igual que Ortega, un serio candidato a la presidencia de la nación. Ya el 6 de noviembre de 1860, y luego el 11 de enero de 1861, Juárez promulgó los decretos reguladores de la elección de los diputados y del presidente. En estos decretos se ordenaba la celebración de las elecciones, primero de los electores, y de los funcionarios después. La reunión del Congreso, el recuento de los votos, y hacer públicos los resultados, fue una labor de varios meses. Por desgracia para la República, el gobernador de Veracruz, Manuel Guitiérrez Zamora, bastión inexpugnable durante la guerra, murió el 21 de marzo, y Miguel Lerdo de Tejada, quien, a pesar de su derrotismo y de su irrazonable radicalismo, había sido uno de los cerebros del lado liberal, también murió el día 22 de marzo en plenas elecciones. Ortega era un héroe popular, ambicioso y excéntrico, más que estadista. Prieto, Ramírez, Zarco y sus sucesores en el gabinete, tales como Mata, Zaragoza y Zamacona, eran hombres con energía y talento, y asimismo de una notable honestidad; pero, por desgracia, no basta con un presidente enérgico, un lote de hombres como los descritos, y un breve interludio de «paz de

mala muerte», para lograr una democracia fuerte. La aún rudimentaria economía se hallaba ahora en ruinas, las potencias extranjeras continuaban mostrándose voraces, la mayoría de los gobernadores y otros políticos eran unos egoístas irresponsables, mientras las masas, aún por educar, se mostraban cansadas e indiferentes.

Otro de los serios problemas planteados era el de la financiación y fortalecimiento del gobierno federal. El valor de las propiedades de la Iglesia había sido sobreestimado. En Veracruz, en aquellos días tan desesperados, el gobierno se había visto obligado a vender buena parte de ellos a un precio infinitamente inferior al de su valor real. Otra fracción había pasado a poder de los gobernadores y generales y pocas veces eran utilizados en su propio provecho, antes bien servían para pagar a las tropas y proseguir con la guerra. A su modo, también los reaccionarios habían despojado a la Iglesia, ya que al tratar de neutralizar los efectos de las Leyes de la Reforma en los lugares bajo su control, habían alegado títulos legales sobre antiguas propiedades de la Iglesia. Como resultado de este caos, la rapacidad humana, ni liberal ni reaccionaria, trabajó sólo para sí, se enriqueció y explotó a los campesinos en un grado nunca alcanzado por la Iglesia. La guerra había causado tanto daño a la economía que no había muchos productos, rentas o comercio, interno o externo, sobre los que aplicar impuesto alguno. El sistema de dejar que cada uno de los Estados recaudara sus contribuciones —la mayor parte al menos— para luego transferir el porcentaje previamente estipulado al gobierno federal, continuaba siendo tan ineficaz como siempre. La mitad como mínimo de los ingresos federales (unos 13.000.000 de pesos en total), deberían haber procedido de los mermados recibos aduaneros; pero éstos estaban en su mayor parte hipotecados por las tres potencias europeas: el ciento por ciento en el litoral Pacífico y el 85 por ciento en el Atlántico. El déficit mensual era de unos 400.000 pesos. A falta de Bancos solventes y de una inversión pública digna de este nombre, el gobierno, como algún cabeza de familia, se veía obligado a recurrir a agiotistas o usureros. En el *Diario* de Juárez, en las

anotaciones correspondientes a este año, se habla de las reiteradas gestiones encaminadas a conseguir unos millares de pesos con los que pagar a la policía o a alguna unidad del ejército a fin de preservar el orden dentro de la capital, o para repeler a los reaccionarios y bandidos apostados en las cercanías.

Prieto, asistido por su hábil subsecretario José María Iglesias, halló muy pocos datos y personal, de modo que las cifras que hemos dado en el párrafo anterior y cualesquiera otras no merecen absoluto crédito. Trabajaba desde las siete de la mañana hasta medianoche; pero era acerbamente atacado, no sólo por la prensa, sino también personalmente en la calle. Sugirió buscar la forma de cancelar los gravámenes de las potencias extranjeras sobre los derechos aduaneros, reducir los efectivos humanos del ejército, y, al mismo tiempo, emplear mano dura con los Estados en la cuestión de los impuestos. Las tres sugerencias eran tan superficiales como peligrosas. Juárez recortó hasta el límite los gastos administrativos, redujo el número de ministros y su salario, empezando por el suyo propio, que pasó de 36.000 pesos a 30.000. El 22 de abril Prieto dimitió siendo reemplazado por J. M. Mata que duró solamente unas pocas semanas.

Mientras el gobierno se tambaleaba al borde de la bancarrota y el colapso, las incursiones de los reaccionarios iban en aumento. El ejército apenas si podía mantenerlos fuera de Ciudad de México. Mientras, los gobiernos de Gran Bretaña, España y Francia apretaban cada vez más los tornillos a la República.

Los ingleses, no contentos con ser los beneficiarios principales de los ingresos aduaneros, reclamaban, además del dinero robado en Laguna Seca, que por otra parte les estaba siendo devuelto, el que robó Miramón en la Legación británica. Zarco tuvo que aceptar también esta responsabilidad, y luego, un desagradable incidente empeoró aún estas relaciones. Un ataque de los reaccionarios a una diligencia causó la muerte de una dama francesa resultando seriamente herido el capitán Aldham. Sir Charles Lennox Wyke, el nuevo embajador británico enviado en sustitución de Mathew, al llegar a Veracruz en

mayo, «exigió arrogantemente un saludo de catorce cañonazos, en lugar de los once con que se le recibió». El 25 de mayo Wyke fue recibido por Juárez.

Antes y después de la expulsión de Pacheco, el insolente ministro de España, las relaciones de México con el citado país se movían bajo el signo de la hostilidad. Las opresiones del período colonial, las brutalidades de la Guerra de la Independencia y la arrogancia de los españoles residentes en México, casi todos reaccionarios en el fondo cuando no abiertamente, eran cosas que aún no habían podido ser olvidadas, y España, como potencia católica y reaccionaria, con sus problemas con los liberales en la colonia de Cuba, era naturalmente hostil a los reformadores mexicanos. En Cuba, los españoles habían suministrado dos barcos a Marín, y España traspasó ahora al gobierno de Juárez las ilegales y humillantes reclamaciones financieras del tratado de Mon-Almonte, firmado por Miramón, que había precedido y alentado la pretendida intervención en su favor. Juárez y su gobierno sabían de los infructuosos contactos que los monárquicos mexicanos habían mantenido con don Juan de Borbón, el Infante de España, con la idea de que pretendiera o aceptara el trono de México. No se consideraba probable un intento por parte de España de volver a conquistar México y una intervención tripartita, a pesar de que circulaban rumores sobre ambas cosas. Los españoles eran odiados pero no muy temidos.

Por entonces no se daban cuenta los mexicanos de que el peligro real estaba representado por Francia. Ello puede achacarse a que el liberalismo mexicano desde sus principios había bebido en las fuentes del pensamiento político y acción revolucionaria de Francia, y a que la segunda cultura de mexicanos tan ilustrados y cosmopolitas como Ocampo y Valle era francesa. El mismo Juárez tenía un mayor dominio del francés que del inglés, y un francés amigo, Armando Montluc, estaba en funciones de Cónsul General de México en Francia. Lo que se olvidó o minimizó fueron los hechos de que durante los diez últimos años Napoleón III había gobernado, y gobernaba todavía, en Francia; que su liberalismo era superficial y dictado

por el oportunismo; que su esposa, española, era intrigante y, a la vez, rabiosamente católica; y que, insatisfecho de los resultados obtenidos en sus aventuras militares en Crimea e Italia, en su anhelo por igualar a su tío, soñaba ya en un México satélite de Francia, evitando así la intrusión protestante procedente del Norte, a la vez que conseguiría aumentar su propio poder y prestigio.

En 1859, por un préstamo inmediato de 750.000 pesos, Miramón transfirió a un banquero suizo llamado Jecker bonos mexicanos por valor de 15.000.000 de pesos, y el duque de Morny, hermano bastardo del Emperador, era ahora propietario de muchos de estos bonos y apoyaba el intento de que los mismos fueran reconocidos por el gobierno. El conde Dubois de Saligny, el arrogante y entremetido nuevo ministro francés, recibido formalmente el 16 de marzo, pedía el pago de los bonos. Uno de sus argumentos era el de que Juárez y Zarco habían aceptado la responsabilidad, en nombre de la nación mexicana, por el saqueo de la Legación británica efectuado por Miramón, ignorando, naturalmente, la diferencia existente entre el hecho de reconocer una dudosa deuda de 700.000 pesos en favor de los ingleses y el de permitir que el duque de Morny robara a México la suma de 14.250.000.

Las admirables y adoradas Hermanas de la Caridad, «Hijas de San Vicente de Paúl», tenían todavía una casa en Ciudad de México, el general Valle fue informado de que ocultaban bienes de la Iglesia, por lo que «diputó a su ayudante el coronel don Refugio González» para que investigara. El coronel encontró algún dinero escondido y, sospechando que había más, se mostró más bien rudo con la superiora, quien pidió ayuda a Saligny, como representante de una nación católica. Saligny protestó destempladamente, so pretexto de que en todo el mundo estas monjas estaban bajo la protección de Napoleón III. El conde realizó otras acciones ofensivas, ante las cuales Zarco y sus sucesores no podían adoptar otro sistema que el de la evasiva y la dilación.

El 19 de enero de 1861, en Springfield (Illinois), localidad a la que se había trasladado exprofeso, Romero sostuvo una

entrevista con el presidente electo, Abraham Lincoln. En relación con la misma, leemos en su diario :

«Le dije el objeto de mi viaje y le leí la nota del ministerio de Relaciones, en que se me previno lo hiciera yo; le manifesté en seguida que la causa única de las revoluciones en México han sido el clero y el ejército que por sostener los privilegios e influencia que gozaban durante el régimen colonial se han pronunciado contra todas las constituciones; pero que ahora que acaban de ser completamente vencidos había esperanzas fundadas de que México gozara de paz y prosperidad. Me dijo en respuesta que durante su administración procurará hacer todo lo que esté a su alcance en favor de los intereses de México, que se le hará entera justicia en todo lo que ocurra y que se le considerará como una nación amiga y hermana. Me agregó que no creía que nada pudiera hacerlo cambiar de este propósito. Me pidió la copia en inglés que había yo leído de la nota del ministerio de Relaciones y me dijo que me repetiría por escrito lo que acababa de manifestarme. Entonces le dije que México se había congratulado mucho con el triunfo del partido republicano porque esperaba que la política de ese partido sería más leal y amistosa y no como la del democrático que ha estado reducida a quitarle a México su territorio para extender la esclavitud. Me preguntó cuál era la condición de los peones en México, pues había oído decir que estaban en una verdadera esclavitud y quedó muy complacido cuando le dije que los abusos sólo existían en pocos lugares y que eran contrarios a la ley. Me preguntó también cuál es la población de la ciudad de México y quedó agradablemente sorprendido cuando la supo, pues la creía muy corta. Hablamos sobre el nombramiento de Mr. Seward para secretario de Estado y sobre otras cosas. Contra la esclavitud se expresó fuertemente... En la entrevista con Mr. Lincoln le dejé varios papeles que llevaba yo dispuestos, relativos a México, para que se impusiera de ellos, pues no manifestó conocer bien los sucesos de México».

Como es usual en su diario, Romero, infortunadamente, no nos da su impresión, visual o intuitiva, de la persona entrevistada, ni hace mención alguna de lugar, que en este caso fue la modesta casa de Lincoln.

Durante los cuatro años que le restaban de vida, a despecho de su inevitable apoyo a la prudente política de Seward, la cual fue tan cautelosa como la de Juárez en aquella tremen-

da crisis, y que a menudo exasperaba a Romero, Lincoln mantuvo su promesa. Durante su administración y la del presidente Johnson, y a pesar de las extravagancias y errores de personas de carácter turbulento de ambos lados de la frontera, la actuación de Lincoln, Johnson y Juárez en lo concerniente a las relaciones entre los dos países, no necesita defensa alguna por parte de nadie, y para cualquier persona razonable sus actos han borrado para siempre los de personas tales como Polk, Buchanan y Santa Anna. No obstante, el 12 de abril de 1861, el general P. G. T. Beauregard, de Carolina del Sur, abrió fuego sobre Fort Sumter, y todo el mundo se dio cuenta en México y en Europa que el capitán Jarvis y el comandante Turner, así como sus compañeros, estarían ahora ocupados en una desagradable tarea en el Norte, y que a excepción del armamento viejo y municiones que no necesitaran para sí, los Estados Unidos no podrían ofrecer al gobierno mexicano apenas otra cosa que su ayuda moral, que, sin embargo, no era como para ser despreciada. Un elemento peligroso del cuadro era la ignorancia de Napoleón III respecto a la fuerza del Norte, y puede asegurarse que no era la única persona en Europa que esperaba la pronta disolución de la Unión americana.

El nuevo ministro americano enviado a México por Lincoln y Seward era Thomas Corwin, de Ohio, un hombre mucho más notable que sus predecesores, que había sido miembro del Congreso, gobernador, senador y secretario del Tesoro; pero su gran arma era, para el México de 1861, el hecho de haber puesto en peligro su carrera cuando, siendo senador, se puso al frente del grupo que se oponía a la guerra de 1846-48. Fue recibido por Juárez el 21 de mayo, y el discurso del presidente mexicano dándole la bienvenida fue evidentemente más caluroso de lo que acostumbran a ser tales formalidades diplomáticas. Si la misión de Corwin fue decepcionante en lo tocante a resultados concretos, ello debe achacarse únicamente a las circunstancias en que se hallaban los Estados Unidos, Europa y México, y bajo las cuales nadie, en la posición de Mr. Corwin, hubiera podido hacer mucho.

La Confederación envió a Veracruz a un hombre llamado

Pickett, a quien el gobierno ignoró, y otro, un tal Quintero, a Vidaurri, para protestar contra un pretendido e inminente ataque contra Texas procedente del Norte de México. Con corrección desacostumbrada, Vidaurri se limitó a señalar que carecía de poderes para conducir relaciones diplomáticas, negando al mismo tiempo que existiera ningún proyecto de realizar tal ataque. Esto no fue más que el principio de una prolongada y no pequeña amenaza contra los Estados Unidos y el gobierno de Juárez: la de una posible unión de Francia, la Confederación y los elementos reaccionarios de México.

Debido a la desorganización de los diferentes Estados de México, las elecciones para el Congreso y para la presidencia se desarrollaban con extremada lentitud; pero el Congreso, compuesto de una sola Cámara, pudo reunirse el 9 de mayo. A la vez que voluntariamente abandonaba los poderes extraordinarios que había heredado de Comonfort, Juárez declaró: «Acepto ante esta asamblea, ante mis conciudadanos todos y ante la posteridad la responsabilidad de todas las medidas dictadas por mi administración y que no estaban en la estricta órbita constitucional, cuando la Constitución derrocada y tenazmente combatida había dejado de existir, y era, no el medio del combate, sino el fin que en él se proponía alcanzar la República». Entre otras muchas cosas, anunció el comienzo de la construcción de una línea férrea hasta Veracruz y la renovación de las escuelas; explicó también que la expulsión del delegado del Papa no implicaba impedimento ni estorbo alguno en cuanto a las relaciones espirituales de los católicos mexicanos con el Papado.

Muy pronto tuvo que enfrentarse Juárez con otra larga crisis dentro del gabinete, de la cual nos habla con cierto detalle en su diario, y debida en parte a las extremadas dificultades de la hora y a las tareas que Juárez se veía obligado a encomendar a los ministros; en parte, a la rebeldía de los políticos que integraban el Congreso, hombres que en los tres años precedentes no habían tenido voz ni voto; y por último, al propio Juárez quien creía poder manejar mejor al Congreso, mediante el establecimiento de una forma de gobierno cuasiparlamen-

taria dentro de la Constitución. En esta nueva fórmula, los miembros del gabinete tendrían también su escaño en el Congreso y serían responsables ante este organismo y ante el presidente. Este concepto algo abstracto, mediante el que se separaba al gabinete del presidente, había ya conseguido bastante aceptación, porque los ministros de Relaciones habían actuado como jefes de gabinete bajo Alvarez, Comonfort y Juárez, y las dimisiones, por ejemplo, habían sido presentadas no a los presidentes, sino a los ministros de Relaciones; y los ministros debían presentarse ante el Congreso para ser interrogados. Este proyecto estaba en consonancia con el sistema legal usado en México, el Romano, y con la costumbre mexicana de influencia francesa. Para los americanos no dejaba de ser desconcertante y alarmante a la vez el hecho de permitir que las funciones y servicios ejecutivos, legislativos, judiciales e incluso militares se mezclaran y sobrepusieran entre sí. Como se recordará, el mismo Juárez había sido titular del ministerio del Interior en 1857, después de haber conseguido una excedencia en su cargo de presidente del Tribunal Supremo; y Ortega, sin práctica ni título alguno en cuanto a leyes, fue en diversas épocas gobernador de Zacatecas, presidente del Tribunal Supremo, ministro de la Guerra, miembro del Congreso y general en campaña; algunas veces, de hecho, detentó varios de estos cargos, a la vez que fue desterrado voluntario y desertor. Este proyecto parlamentario debe ser conceptuado como una de las pocas equivocaciones de Juárez, y debe considerarse afortunada la decisión del Congreso al rechazarlo, aunque tal vez sólo lo hizo para mantener incólume su prestigio como agguafistas.

Hacia finales de mayo, la rebelión del Congreso se convirtió en un asunto muy serio cuando casi logró establecer un Comité de Seguridad Pública, habló de derrocar a Juárez, y en relación con el Tratado McLane-Ocampo, acusó a Juárez y a Ocampo de traición por haberlo negociado. Juárez, después de ser defendido por Zarco, recibió un voto de confianza, y Ocampo, por entonces diputado, recibió órdenes de acudir a Ciudad de México para justificar su intervención en dicho tratado. Era

el día 29 de mayo, y, antes de recibir el requerimiento del Congreso, Ocampo acudió a otra cita.

El 4 de mayo, desde Pomoca, Ocampo había escrito a su viejo amigo y colega Juárez: «Pensaba no irme (al Congreso) sino hasta que hiciera mi pequeña cosecha de trigo y acabara mi siembra de maíz. Ahora sólo espero remitir a esa ciudad el último resto de mi cosecha vieja, que será de lo que allá viva. Tengo ya mi credencial. Agradezco a usted mucho la bondad con que me insta para que vaya yo. No creo que en los primeros días del Congreso haga ninguna fechoría; y con gusto contribuiré a que no se extravíe por un celo mal entendido. Salude a la señora y las niñas».

El 14 del mismo mes escribió, irónicamente tal vez, aunque estaba financieramente algo apurado, que fue reprendido oficialmente por el Congreso, que se aproximaba el fin de su carrera, y que quería asegurarse su subsistencia, ya que el pago por el Congreso de las dietas a las que tenía derecho, le parecía muy incierto. «Así ya no iré sino cuando la defensa del señor Degollado lo exija». Luego daba las gracias a la señora por un bote de conserva que ella le envió por diligencia, y dice: «Le escribiré con un fletero que al fin conseguí para mi trigo y que saldrá de aquí (Pomoca) dentro de ocho días».

El 21 de mayo: «El fletero que debía haber llevado mi trigo, vino ayer y al fin no lo llevó, aunque ya ajustados; pero sí me llevó tres cajoncitos para usted y mi comadrita. El uno es de vino del país. Hácenlo a catorce leguas de esta su casa, en una montaña llamada *el San Andrés*, y haciendo cosechar la uva silvestre de un gran radio; hasta de 12 leguas. Es una industria que camina rápidamente y que creo que llegará a tener cierta importancia, pues que al tercer año, que fue el pasado, ya hicieron más de trescientos barriles. Yo no lo envió para que ustedes lo tomen tal como es, pues conserva un gusto salvaje; sino para que noten una curiosidad tomándolo con té. A mí y a muchos nos ha parecido que cuando una taza de buen té lleva como un sexto o un octavo de este vino, echado al tiempo de tomarlo, le da olor y sabor de fresa. Suplico a usted que cuando se presente la ocasión haga que también

lo ensayen nuestros amigos los señores Mejía, Ruiz, Goytia y Zambrano. Los otros dos cajoncitos llevan varios *ates*, de los que ya recomendé a la señora el chirimoyate. Ya no dirán que sólo el guayabate es la industria de Michoacán. Ha vuelto en estos últimos días a molestarme la erisipela de la cara; pero estoy aliviándome».

La vida de don Melchor Ocampo en aquel valle remoto y encantador era placentera y rica en interioridades. Vivía en compañía de las hijas que le quedaban y de una nueva amante, y se ocupaba en su granja y jardín, sin olvidarse de sus actividades intelectuales. Es probable que recordara que dos años antes, las fuerzas de Márquez penetraron en este Edén y trataron de capturar y colgar a Esteban Campos, su criado; debía de saber también que los bandidos sobrevivientes del grupo Márquez vagaban por las cercanías, en el Michoacán oriental, dedicados al pillaje. El 30 de mayo, al día siguiente de haber sido tachado de traidor en el Congreso, advirtió de modo que no dejaba lugar a dudas que los facinerosos estaban cerca y que su objetivo era, con toda probabilidad, él mismo. Ocampo, sin hacer caso de las protestas de sus hijas menores y de su concubina, hija de Campos, las envió a una fiesta en Maravatío. A mediodía llamaron a la puerta, y Lindoro Cajiga, pistolero de Márquez, y otros penetraron en casa por la fuerza y, después de rehusar el refresco que les ofreció Ocampo, le hicieron prisionero.

Le dieron un par de golpes, le ordenaron montar sobre un caballo, y le llevaron a través de Maravatío, donde Cajiga no dejó que viera a sus hijas, a varios pueblos hacia el Este, y finalmente, en la mañana del 3 de junio, a Tepeji del Río, situada a unos sesenta y cinco kilómetros al Norte de Ciudad de México. A pocos metros de la habitación de la sencilla posada a la cual fue conducido Ocampo, Márquez y Zuloaga, quien tenía la desfachatez de llamarse a sí mismo presidente de México, decidieron, sin verle, la muerte de Ocampo. Hubo una cierta confusión sobre Ocampo y otro prisionero al que se dejó en libertad; pero no hay duda alguna acerca de la culpabilidad de Márquez y Zuloaga. Posteriormente, y según el estilo clásico

de los asesinos en equipo, los dos hombres se acusaron mutuamente. Esta vez fueron Cajiga y el general Taboada los encargados del asesinato.

A las diez de la mañana se comunicó a Ocampo que sería «ejecutado», y le fue facilitada una pluma y tinta con las cuales escribió su última voluntad. En el testamento reconocía a sus cuatro hijas naturales, adoptaba como hija a Clara Campos, nombraba sus albaceas testamentarios, y concluía así: «Digo adiós a todos mis buenos amigos y a todos cuantos me han ayudado poco o mucho, y muero creyendo que en el servicio de mi país he hecho lo que de buena fe creí que era conveniente». A las dos de la tarde le colocaron a lomos de un caballo, escoltado por jinetes armados. Antes de abandonar la ciudad se le acercó un cura. Ocampo le dijo: «Padre, estoy bien con Dios, y Él está bien conmigo». Cuando el grupo llegó junto a la hacienda de Caltenango, le concedieron autorización para efectuar un codicilo a su testamento; lo escribió bajo el pórtico de la hacienda. En este añadido, Ocampo decía que el testamento de doña Ana María Escobar, la madre de sus hijos, aunque en el documento no se la nombraba como a tal, estaba «en mi agenda en inglés entre la mampara de la sala y la ventana de mi dormitorio». Añadía también que legaba sus libros, unos mil, decía, a su amado Colegio de San Nicolás de Morelia, una vez que los albaceas y un amigo hubieran escogido para sí los que desearan.

El siniestro cortejo continuó su camino, y no lejos de la hacienda, Ocampo recibió órdenes de desmontar, para inmediatamente recibir varios disparos en el pecho y en la cabeza, cayendo muerto sobre el polvo del camino. Después de pasar una cuerda por debajo de sus brazos, los asesinos colgaron el cuerpo de Ocampo de un pimentero; después se alejaron. «Horas más tarde, unas manos compasivas descolgaron y lavaron aquel cuerpo cubierto de un fango hecho de polvo y sangre».

El día antes, domingo, 2 de junio, fiesta del Corpus Christi, en medio de una severa crisis financiera mezclada con la solicitud de un préstamo de un millón de pesos para terminar de devolver el dinero robado en Laguna Seca, Juárez escribió:

«Se supo que las fuerzas de Márquez habían aprehendido al señor Diputado don Melchor Ocampo lo mismo que a don Francisco Schiafino». El 3 de junio, mientras luchaba con problemas financieros y con el arresto de la madre de Zuloaga, acusada de ayudar a los reaccionarios (una de las pruebas se desvaneció, y fue dejada libre), Juárez debió de sentir y compartir quizá con su esposa los más negros presagios acerca de la suerte de su viejo amigo, y es seguro que los otros tres días que siguieron fueron de los peores de su vida. Sin embargo, una vez consumado el asesinato, el terrible golpe y la reacción del pueblo devolvieron a Juárez su antiguo vigor y firmeza. En la anotación correspondiente al 4 de junio, escribió:

«A las siete de la mañana me avisó el señor Prieto que según le había dicho uno de los mozos que fueron al campo enemigo, Zuloaga y Márquez habían mandado fusilar al señor Ocampo. A la media hora volvió con una carta del mismo Márquez dirigida a un señor Carrillo en que se confirmaba esta fatal noticia.

Considerando la fuerte sensación que va a producir en el pueblo esta lamentable desgracia, y temiendo que se atente contra las personas de los presos políticos, di las órdenes respectivas para que se redoblen las guardias de las prisiones y encargué al señor gobernador del distrito, al señor comandante militar señor Leandro Valle y al señor ministro de la Guerra, la mayor vigilancia.

A poco rato se difundió la noticia en la ciudad y se nos fueron presentando personas de todas clases pidiendo que en el acto fueran ejecutados los presos políticos y aun protestando que si el gobierno no lo hacía, ellos y el pueblo harían este deber de justicia. Hice todos los esfuerzos que estuvieron a mi alcance para disuadir a estas personas de cometer el más leve atentado, pues yo como gobernante legítimo de la sociedad haría todo lo posible para que los delincuentes fueran castigados conforme a las leyes, pero que jamás permitiría que se usase de las vías de hecho contra los reos que estaban bajo la protección de las leyes y de la autoridad. Que advirtieran que los que sacrificaron a mi leal amigo el señor Ocampo, eran asesinos, y que yo era el gobernante de una sociedad ilustrada. Los señores don Leandro Valle y don Aureliano Rivera presenciaron este acto».

El joven general Valle no se limitó a ser testigo de esta escena. En otra, al parecer en la puerta de una prisión, él, al igual

que Juárez, hizo más que defender la República: de pie ante la multitud, *ellos estaban formando una República*. Según Sierra:

«Era por extremo popular; su papel durante la guerra de tres años, siempre luchando, prodigando su trabajo, su inteligencia y su vida en Jalisco y luego en el Bajío, en donde había sido uno de los principales organizadores de la victoria; su conducta caballeresca con Miramón, su hermano de colegio, que al huir le había confiado su familia; la exaltación de su anticlericalismo, su temperamento comunicativo, jovial, franco y decididor; hasta su figura: el cabello cortísimo, la tez blanca y casi imberbe exceptuando en la parte inferior de la cara cerrada por puntiaguda barbilla; el cuerpo mediano, fornido, ligero y suelto, la mirada chispeante y franca, hasta el sombrerillo negro plantado siempre sobre la parte alta y posterior del cráneo, dejando toda la amplia frente descubierta, lo había fijado profundamente en el afecto de su partido y en la retina y la admiración de la muchedumbre. Cuando ésta, como una fiera en libertad, quiso hacer presa en los prisioneros políticos, se encontró con Valle; casi solo, abriendo los brazos como para cubrir mejor a los prisioneros, prometiendo justicia, pero rechazando el crimen, se impuso a aquellos frenéticos, y los grupos dementes abandonaron momentáneamente la empresa, gritando: «¡Mueran los mochos, viva *el pelón Valle!*»

Continuemos con la anotación del 4 de junio del *Diario* de Juárez:

«La efervescencia aumentó con la reunión del Congreso. Éste dictó varias medidas siendo una de ellas facultar al gobierno para facilitarse recursos de la manera que fuese conveniente. El señor Degollado se presentó al Congreso pidiendo le permitiese marchar a la campaña, a lo que accedió el Congreso a reserva de que se siga el juicio a que está sujeto. Con la idea que indicó el señor Guzmán, ministro de Relaciones, de que los señores Degollado, Ortega y Zaragoza salieran a campaña para que termine pronto la guerra, acordé con el señor ministro de la Guerra que los citados señores Degollado y Ortega se pusieran a la cabeza de las fuerzas, lo mismo que el general Carbajal, y que dicho señor Zaragoza con su carácter de ministro de la Guerra, tornase al mando en jefe. Mandé citar al señor Ortega y al señor Degollado a una junta, aceptaron la propuesta; pero se creyó conveniente por indicación del señor Ortega que la mayor parte de las fuerzas fuese caballería. En consecuencia

mandé que inmediatamente se proceda a la compra de los caballos y al equipo de la fuerza para que dentro de tres días o cuatro a más tardar, se den las órdenes de marcha.

A las tres y media de la tarde se me dijo que el cuerpo diplomático deseaba hablarme. Salí con el señor Guzmán. El señor Pastor, ministro del Ecuador, dijo que el cuerpo diplomático suplicaba al gobierno suspendiese la ejecución de los presos políticos, pues se sabía que había dispuesto fueran ejecutados en la misma tarde; que por bien y honor del mismo gobierno hacían esta súplica, porque no querían que éste se nivelase con Zuloaga y Márquez que eran bandidos.

Se contestó con la debida energía manifestándoles que el gobierno mexicano comprendiendo su deber y su dignidad, jamás había pensado proceder ni permitiría que se procediese de una manera bárbara contra personas que estaban bajo el amparo y protección de la autoridad y de las leyes; que sentía mucho que se hubiera formado tan pésima idea del gobierno de la República juzgándosele capaz de una acción tan villana y degradante y que se acogiese como cierta una especie que el vulgo esparcía, y que desearía que se retirase una idea tan ofensiva a la primera autoridad del país. Los ministros pidieron excusas diciendo que no habían creído semejante especie, pero que sólo por cumplir un deber de humanidad y sin intención de ingerirse en la política del país, habían dado ese paso.»

Se repitieron las órdenes para la protección de los prisioneros, y Juárez dictó las disposiciones para el funeral de Ocampo, mientras pedía al Congreso «conceder ayuda a la familia del señor Ocampo». El general Valle capturó a un tal Pantaleón Moret, un reaccionario, y con permiso del gabinete, y de acuerdo con las leyes contra los conspiradores, le hizo ejecutar. El funeral laico de Ocampo tuvo lugar el día 6 de junio por la tarde, y en opinión de Sierra esta ceremonia, como otras similares en aquel entonces, causó «indecible desazón» en aquella sociedad profundamente católica; pero sirvió también para plantar en la mente del pueblo la semilla de la libertad religiosa y de todo su porvenir.

En medio de estas dolorosas conmociones, la campaña presidencial pudo al fin completarse con la elección de Juárez. Se objetó que no había conseguido una mayoría absoluta; pero el Congreso hizo caso omiso de esta argucia legal cuando, el 11

de junio, le declaró vencedor por el estrecho margen de 61 a 55. Los votos electorales se repartieron así: 5.289 para Juárez, 1.989 para Lerdo (la votación había tenido lugar antes de recibirse la noticia de su fallecimiento), y 1.846 para Ortega. Corwin, que en modo alguno podía ser considerado como un neófito en cuestiones políticas, había informado a Seward que Ortega sería seguramente el sucesor de Juárez. El 27 de junio, quizás ilegalmente, el Congreso declaró a Ortega presidente electo del Tribunal Supremo. En su discurso inaugural, pronunciado el 15 de junio, Juárez subrayó de nuevo que no le movía ambición personal alguna y prometió que defendería la ley y que pacificaría el país.

El gobierno continuaba su lucha con toda clase de problemas: administrativos, judiciales y financieros. No obstante, la preocupación máxima de Juárez y sus ministros era la destrucción de las guerrillas reaccionarias, todo lo cual implicaba el enorme esfuerzo de alistar, organizar, equipar y pagar a las tropas, principalmente de caballería, y de llevarlas al combate con cuadros de mando y planes tácticos preconcebidos y aceptados. Ortega insistía en que nunca había dispuesto de caballos suficientemente buenos ni del equipo suficiente para lanzarse a la lucha, y aunque es evidente que logró exasperar a Juárez con sus incesantes peticiones, los desastrosos sucesos de los días siguientes inclinan a uno a creer que Ortega estaba en lo cierto, y que Juárez, sus ministros, así como los soldados más impetuosos, podrían haber llevado la situación más serena y cuidadosamente.

El 15 de junio, día en que Juárez juró su cargo, Degollado, con una reducida fuerza, marchaba desde Toluca y Lerma hacia Ciudad de México a través de pasos montañosos altos y cubiertos de pinos, cuando cayeron en una emboscada y el jefe, Degollado, resultó muerto. Así acabó la indomable voluntad, la conciencia extremadamente sensible, las tumultuosas emociones y el en definitiva confuso talento de un bizarro y casi ciego oficial y caballero llamado Santos Degollado.

Aunque acongojado por una agonía que no por disimulada era menos sentida, Juárez, a través de las distintas y contra-

dictorias versiones llegadas a sus oídos, trataba de descubrir la verdad de este episodio. Sus principales ministros dimitieron, por lo que, con infinita paciencia e indulgencia, tuvo que empezar de nuevo a formar otro equipo de egotistas más o menos capaces para un gabinete que contara con cierto apoyo en el Congreso y que pudiera llevar a cabo el agobiante trabajo de la nación. A un caballero indeciso le recordó que existía un sentimiento que se llamaba patriotismo, y pudo muy bien haber dicho lo mismo, «con la energía apropiada», a Manuel Doblado, a quien el 17 de junio envió por correo especial una carta en la que le ofrecía la cartera de Relaciones, la de Gobernación o la Hacienda. En su respuesta, fechada el 22 de junio, Doblado decía «no poder aceptar el Ministerio porque siendo muy difícil la situación no vendría más que unos días, al cabo de los cuales saldría tan desprestigiado como han salido los demás».

Por fortuna, en México quedaban todavía hombres más modestos, sí, pero más patriotas, hombres decididos a arriesgarse a perder algo más que su prestigio político. El 22 de junio el general Valle salió hacia Toluca en busca del enemigo, con sólo una fuerza de ochocientos hombres, en la esperanza de reunirse con las fuerzas del coronel O'Horán y del general Arteaga. Antes de que pudiera hacerlo, en un lugar montañoso cerca del cual había sido muerto recientemente Degollado, se encontró con unos 3.000 reaccionarios mandados por Márquez. Temerariamente Valle presentó batalla, y fue capturado. Enterado de que Márquez había ordenado su ejecución para dentro de media hora, dijo que si hubiera sido al revés hubiera concedido a Márquez únicamente tres minutos. Cuando se le ordenó ponerse de espaldas al pelotón de ejecución, negó ser un traidor, y le replicaron que sí lo era a su religión. Su cuerpo, como el de Ocampo, fue colgado de un árbol, y al ser enviada una comisión para recogerlo, los asesinos pidieron y obtuvieron 500 pesos por el cuerpo. Se cree que Aquiles Collin encontró la muerte en el mismo combate.

Como Juárez no debía de ignorar, el futuro se presentaba preñado de penalidades sin cuento, no sólo para México, sino

para su familia y para él personalmente; pero quizás estaba también interiormente convencido, sobre todo cuando fue llevado el cuerpo mutilado de Valle a Ciudad de México el 28 de junio, de que no podía en modo alguno hacer otra cosa que seguir adelante.

a
e-
le
te

IV

LA INTERVENCION EUROPEA

CHACALES Y LOBOS

Mientras proseguía la lucha contra los chacales reaccionarios que andaban errantes por el centro de la República, llegando en sus incursiones hasta los mismos lindes de la capital algunas veces, Juárez pudo formar otro gabinete que fue aprobado por el Congreso. Estaba compuesto por Manuel M. Zamacona como ministro de Relaciones, hombre de talento, cultura y confianza en sí mismo, pero achicado, como cualquier otro en su lugar, por la realidad de la situación; Ignacio Zaragoza como ministro de la Guerra, hombre de carácter superior, que tuvo que capear el incorregible egotismo y la popularidad de Ortega como general en jefe; Higinio Núñez encargado del ministerio de Hacienda; Blas Balcárcel, del de Desarrollo, y Joaquín Ruiz nombrado ministro de Justicia.

El gabinete se encontró con un problema de menor importancia aunque delicado. Con fecha 15 de julio podemos leer en el *Diario* de Juárez: «Se leyó el Periódico Oficial de Nuevo León en que aparece que don Santiago Vidaurri dio permiso a don Ignacio Comonfort para vivir en aquel Estado. Se acordó que por extraordinario se diga al señor Vidaurri mande aprehender y remitir con la seguridad correspondiente al citado Comonfort a esta Capital, para que sea juzgado conforme a las leyes». Vidaurri hizo caso omiso de la orden, pero el 13 de enero de 1862, y por haber cedido Juárez en su rigor, Comonfort pudo beneficiarse de una amnistía. El 2 de septiembre del mismo

año, Comonfort había sido no sólo perdonado, sino que había logrado el mando de una división en el Norte. Como siempre, y en la forma completamente impersonal que era una de sus características, Juárez apoyó la ley hasta que las exigencias de la situación le obligaron a cambiarla, ignorarla incluso, en beneficio exclusivo de la República.

El problema financiero adquirió un carácter tan alarmante que, a menos que se obrara con rapidez y decisión, las fuerzas armadas desertarían o se revolucionarían, y el colapso total del gobierno sería completamente inevitable. En Veracruz se estudió y rechazó la aprobación de la suspensión temporal del pago de los débitos extranjeros. El 28 de mayo, en Ciudad de México, el asunto fue de nuevo considerado y, como en Veracruz, desaprobado. Era evidente que, prescindiendo del riesgo que ello representara, debía hacerse algo. El 13 de julio, inmediatamente después de formarse el nuevo gabinete, y tres días antes de prestar juramento como ministro de Hacienda, Núñez presentó de nuevo el plan de la suspensión de pagos. En esta ocasión fue aprobado por unanimidad, aunque Zamacona «manifestó varias razones de conveniencia para que se difiriese este asunto». La propuesta fue debatida por la Cámara en sesión secreta y, por 112 votos a favor por 4 en contra, fue aprobada el día 17 de julio.

Al principio los ministros de Inglaterra y Francia, Wyke y Saligny, se resistían a creer que esto hubiera sucedido; pero el 23 de julio, Saligny solicitó un trato especial para su gobierno. El día siguiente, el francés y Wyke amenazaron con romper las relaciones diplomáticas, amenaza que se cumplió el día 26, aunque no podía considerarse como hecho consumado hasta que fuera sancionado por los dos gobiernos europeos. Por su parte, el gobierno mexicano les hizo saber que «existiendo la misma causa que obligó a la nación a adoptar la medida, no podía revocarse».

El 27 de julio Juárez escribió una larga carta a Juan Antonio de la Fuente quien desde París ejercía como representante de México ante los gobiernos de toda Europa. En su escrito Juárez pasa revista a los tremendos acontecimientos ocurridos

en el país durante el año, explica los motivos de la suspensión de pagos y señala las esperanzas del gobierno respecto a la pacificación del territorio nacional y a la recuperación de la economía, con la consiguiente reanudación de los pagos «con la debida escrupulosidad». Como réplica a las quejas de que la suspensión se había llevado a efecto sin previo aviso, Juárez dice que ninguno de los gobiernos extranjeros hubiera consentido en ella, y que habrían dado largas a su respuesta en un asunto que no admitía dilaciones. Dice también a de la Fuente que Saligny rehusó admitir la cancelación de los créditos a favor de Francia mediante «escrituras y pagarés de los bienes del clero». Afirma que, bajo aquellas circunstancias, la discusión pública habría tenido efectos negativos. Se queja del tono de las respuestas de los ministros, en especial de la de Saligny, y tiene la esperanza de que la contestación será muy otra una vez que el emperador Napoleón y la reina Victoria conozcan los hechos. Dice incluir 5.000 pesos para un viaje a Londres, y autoriza a gastar parte de este dinero, si de la Fuente lo cree conveniente, para buscar el apoyo de los periodistas franceses e ingleses, señalando que, caso necesario, se enviará más dinero. «Yo tengo esperanzas fundadas», termina, «de que la tregua que nos da el decreto o ley citada nos producirá la completa pacificación del país y la restauración de nuestra Hacienda y de nuestro crédito, salvándonos de pronto de la anarquía y de la completa disolución de nuestra sociedad. En esta convicción hemos adoptado la medida expresada, y estamos resueltos a llevarla a efecto afrontando con ánimo firme los riesgos y peligros que puedan sobrevenir, que siempre serán menos desastrosos que el suicidio que de pronto nos amagaba».

De la Fuente transmitió estas explicaciones a Thouvenel, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, junto con una queja relacionada con la protección dispensada por Saligny a los rebeldes al gobierno mexicano, pero el mensaje fue rechazado. El gobierno español apoyó también a Saligny en sus protestas. De modo característico, los ingleses dejaron la puerta abierta a las negociaciones, sin rechazar por ello la idea de usar la fuerza si así conviniera a sus intereses.

Por este tiempo la Confederación se había convertido en un verdadero estorbo. Su agente, Pickett, amenazó con la toma de Monterrey; habló (en un claro intento de soborno) de devolver California y Nuevo México, e incluso hizo algunas veladas propuestas a los reaccionarios y a los españoles. No es necesario decir que su único objeto era el de estropear las amistosas relaciones entre México y la Unión, o, en otras palabras, arruinar a México, en provecho, naturalmente, de la Confederación.

Estas intrigas, así como las repetidas amenazas de enviar expediciones de filibusteros desde la Confederación hacia México, sirvieron sólo para reforzar la simpatía de Lincoln y Seward respecto al gobierno liberal y constitucional de Juárez, enfrentado ahora con la amenaza de una probable intervención europea que, además de ensangrentar México, echaría a un lado la Doctrina Monroe y causaría a los Estados Unidos grandes molestias y perjuicios tanto en el presente como en el futuro. Inmediatamente Seward hizo constar muy claramente que no quería ni un palmo de terreno de México ni deseaba ganar nuevos enemigos, sino que, muy al contrario, estaba dispuesto a llegar a cualquier arreglo con Juárez que evitara la alianza e intervención de la Confederación y Europa.

Seward, Corwin y Romero trataron de entablar negociaciones conducentes a la concesión de un préstamo americano a México, por cinco años y al 3 % de interés, desde 17 de julio de 1861, y por el importe de la deuda exterior mexicana, entonces de unos 65.000.000 de pesos. En garantía, México debería establecer una hipoteca en favor de los Estados Unidos sobre las tierras del Estado y las minas de la Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa. Antes de comenzar las negociaciones, Seward trató de que el Senado aprobara el plan en líneas generales, y quiso obtener de los gobiernos francés e inglés la promesa de aplazar su intervención, pero falló en ambos intentos. Posteriormente Juárez rechazó el proyecto. Este episodio ha sido presentado como uno más de los siniestros planes, al estilo Buchanan, para apoderarse de México y como una horrible tentación para Juárez, cuando lo cierto es que no fue así en absoluto. Para los Estados Unidos era importantísimo mantener a

las potencias europeas lejos de México, si es que ello era posible, y ayudar a la independencia y fortaleza del gobierno mexicano. Por otra parte, los Estados Unidos estaban obligados a ofrecer a sus contribuyentes, en medio de una guerra que había empezado bajo los peores auspicios y sin haber sido creadas aún las leyes de préstamos y arriendos y de ayuda exterior, unas garantías y seguridades para su dinero. Una vez más creyó el Senado americano que la cosa era demasiado difícil y complicada, mientras Juárez, ocupadísimo en los asuntos internos, debió de tener sus dudas respecto a la posibilidad de devolver el préstamo a tiempo de evitar un juicio hipotecario una vez terminada la guerra civil americana. No puede asegurarse categóricamente que fueran éstas las motivaciones de Juárez, ya que don Benito no hace mención alguna de este episodio ni en su *Diario* ni en sus cartas. Con gran riesgo comunicó a Inglaterra, Francia y España que en caso de conflicto no saldrían en modo alguno indemnes; pero, si se desencadenaba la guerra, ¿de dónde sacaría México el dinero para restituir el préstamo estadounidense? Seward no era Buchanan; Juárez no era Micawber.

Mientras el panorama se oscurecía, en medio de una calma ominosa, al otro lado del mar, Juárez y sus ministros continuaban teniendo grandes problemas en México. El 13 de agosto Ortega derrotó a Márquez en Jalatlaco, cerca de Lerma. En esta acción volvió a destacar el coronel Porfirio Díaz que, como premio, fue promovido a general por Ortega quien le dio su propia insignia. Juárez ratificó el ascenso. Esta victoria supuso un respiro para los liberales; pero Márquez y Mejía tenían aún tropas dispuestas a combatir, por lo que Ortega solicitó más dinero y provisiones de todas clases para proseguir la campaña. El 3 de septiembre se desarrolló una tormentosa entrevista entre Ortega, Juárez y los componentes del gabinete, al final de la cual, dice Juárez, «demostré al señor Ortega que lo que se necesitaba era obrar y obrar con actividad sin necesidad de un gran ejército y sin grandes trenes y gastos que hacen las naciones que son opulentas». Ortega, todavía recalcitrante, dimitió de su cargo como general en jefe el 10 de septiembre, siendo reemplazado dos días más tarde nada menos que por Manuel

Doblado. El 2 de octubre, no obstante, Ortega volvió como segundo de Doblado. Cuando sus deberes militares se lo permitieron, volvió a su empleo en el Tribunal Supremo. Finalmente, en octubre, cerca de Pachuca, los generales Tapia, Díaz y otros derrotaron de forma contundente a Márquez y Zuloaga. Los dos cabecillas lograron escapar y, como Tomás Mejía, se unieron más tarde a los invasores de su país; pero al menos Lindoro Cajiga, el asesino de Ocampo, fue capturado y ejecutado. La guerra de la Reforma, ¡por fin!, había terminado.

Los problemas financieros y políticos continuaban siendo gravísimos. La reorganización de las aduanas según un nuevo patrón se demoraba, los gastos militares continuaban, Núñez había tenido que solicitar préstamos a un interés usurario y había tenido que recurrir a préstamos forzosos, con lo que el gobierno se ganó la indiferencia o, peor aún, la enemiga de incluso los propietarios más adictos a la causa liberal. Además, en aquellos momentos tan difíciles, el Congreso, jacobino y juvenil, no se privaba del lujo de acosar al presidente. El 3 de septiembre, en el momento en que Ortega creaba mayores dificultades, un comité del Congreso sugirió a Juárez la disolución del gabinete a fin de apaciguar a una parte de los miembros de la Cámara. Juárez, esta vez al menos, se negó en redondo. Cuatro días más tarde, sin embargo, cincuenta y un diputados firmaron un documento por el que se conminaba a Juárez a dimitir. De haberlo hecho, Ortega habría sido su sucesor en la presidencia. Afortunadamente, otros cincuenta y dos diputados firmaron en seguida un documento por el que concedían un voto de confianza a don Benito. Ya hemos visto cómo el 10 de septiembre se produjo la dimisión de Ortega como general en jefe, fue reemplazado por Doblado, y se convirtió en el segundo de a bordo dentro del ejército. No es descabellado suponer —muchos lo han hecho— que Ortega y probablemente el tortuoso Doblado tuvieron algo que ver con esta maniobra tan ilegal como peligrosa. En general, fue apoyada por los advenedizos hambrientos de poder, y frustrada por hombres que, de paisano o de uniforme, lucharon detrás de Juárez en la guerra. Los críticos señalaron a Juárez como único culpable de la

crisis, aunque todo el mundo sabe en nuestros días que la crisis fue el resultado inevitable de un México carente de una economía moderna y rentable; de una nación en la cual la idea de una democracia unida y vigorosa no se había introducido todavía en la mente y el corazón ni del pueblo ni de los políticos. Las grandes potencias, por su parte, no habían aprendido todavía, aunque más tarde tuvieron acerba experiencia en este sentido, que el imperialismo tiene un alto precio, diferido, sí, pero amargo, y que las jóvenes y verdaderas democracias pueden y deben ser ayudadas, en beneficio mutuo. Dos hechos curiosos relacionados con este asunto: Primero, que Sebastián Lerdo de Tejada, una figura en alza dentro del Congreso, permaneció al margen; y segundo, que Juárez no hizo mención alguna del desagradable episodio hasta tres semanas más tarde. El 16 de septiembre, en su discurso al Congreso, se refirió al mismo de forma velada y suave: una de las grandes cualidades de Juárez era la de no ser rencoroso. Además, no le gustaba crear dificultades innecesariamente. En el citado discurso expresó también la esperanza de llegar a un acuerdo razonable con las potencias europeas.

El 9 y 10 de octubre Juárez tuvo que rechazar otro ataque del Congreso contra su administración, y, al hacerlo, llamó la atención sobre el hábito de la oposición de favorecer la entrada de ruidosos vagabundos en las galerías, interrumpiendo así las sesiones, con lo que se desacreditaba no sólo a la administración, sino a las instituciones democráticas todas. El 24 de octubre Juárez demostró su confianza en el porvenir comprando una casa. Los días 25 y 26 logró poner fin a un problema constitucional que había sido la causa de algunas de sus dificultades con los diputados, incluyendo el asunto de la claque en las galerías. Procedió, ni más ni menos, a la suspensión de las garantías de derechos civiles, al efecto de asegurar la máxima rapidez en el castigo de rebeldes y bandidos. Fue una solución a la vez constitucional y efectiva.

Durante todo este tiempo nada se había sabido de Europa, y es por ello que debió de constituir casi un alivio para Juárez el saber que en Londres, el 31 de octubre, Inglaterra, Francia

y España acordaron proceder a una intervención armada conjunta. En esta Convención se manifestó, gracias principalmente a Inglaterra, cuyo gobierno sentía aún ciertos escrúpulos y que deseaba únicamente recuperar el dinero de sus tenedores de bonos, que: «Las partes se comprometen a no buscar por sí mismas, en el empleo de medidas coercitivas previstas por esta Convención, cualquier adquisición de territorio o ventaja peculiar, y a no ejercer en los subsiguientes asuntos de México cualquier influencia que impida el derecho de la nación mexicana a escoger y constituir libremente la forma de su propio gobierno». Parece ser que Gran Bretaña firmó de buena fe este documento, y su único interés, aparte la decisión de recuperar su dinero por todos los medios, parece que deseaba estar al corriente de cualquier maniobra de Francia y España. España estaba regida por un gobierno decadente, pero aún con el buen tono que conservaba de su época imperial; su retirada posterior la redime en buena parte de su culpa en este asunto. Por otra parte, Napoleón III había entrado ya en tratos con los monárquicos mexicanos y con Maximiliano, por lo que la adhesión de Francia al documento suscrito en la Convención fue, como se demostró muy pronto, completamente mendaz y cínica. Al principio había solamente tres lobos; pero al no saberlo Juárez en aquellos momentos, y sin que Palmerston conociera (así lo creemos) la naturaleza exacta de una operación que hubiera podido emprenderse sin su apoyo inicial, el lobo verdaderamente temible, la fiera que intentaría hincar su diente en la vena yugular de México, era el Emperador de los franceses.

En la Convención se incluía una invitación a los Estados Unidos, que también tenía reclamaciones pendientes contra México, para unirse a las tres potencias europeas en la intervención. Es preciso recordar que la Unión tenía ya algunas dificultades con Gran Bretaña relacionadas con el bloqueo de los puertos del Sur. Con este bloqueo impedía el embarque de algodón con destino a las fábricas inglesas. Por otra parte, el 8 de noviembre el capitán Wilkes de la marina de la Unión capturó a los agentes de la Confederación, Mason y Slidell, de la dotación del vapor correo británico *Trent*. Debe recordarse

también que Napoleón III simpatizaba con la Confederación. En plena guerra civil, la rotura de hostilidades con Inglaterra y Francia habría sido desastrosa para la Unión. El 4 de diciembre de 1861 Seward replicó a las tres potencias, en nombre del presidente Lincoln, que les concedía el derecho a hacer la guerra contra México; que le alegraba saber que no intentaban dictar a México cuál debía ser su forma de gobierno, y que los Estados Unidos no se unirían a la intervención, dijo, porque no deseaban realizar alianza alguna, y porque «dado que México es vecino de los Estados Unidos en este Continente, y puesto que posee un sistema de gobierno similar al nuestro en muchos aspectos principales, los Estados Unidos alimentan una decidida buena voluntad hacia la república, y un vivo interés en lo que concierne a su seguridad, prosperidad y bienestar».

Durante algún tiempo, Juárez y sus ministros creyeron que los intereses de Inglaterra y Francia eran «puramente pecuniaros». El 5 de noviembre anotó en su *Diario* que el gabinete acordó que «se concluyan cuanto antes los arreglos con los Ministros Americano e Inglés», y que «se recomiende a la Cámara la necesidad de una contribución para que al derogarse la ley de 17 de julio haya recursos con que hacer frente a las necesidades del Erario». No obstante, se avisó a todos los gobernadores y se estudiaron y tomaron medidas para la defensa del país. En noviembre Juárez escribió en términos muy parecidos a Vidaurri y a Arteaga, en Monterrey y Querétaro respectivamente, dándoles cuenta de la resolución adoptada por la Convención y expresando la esperanza de que se llegaría a un arreglo pacífico con Inglaterra y Francia. Además, añadía: «Es un mal grave, ciertamente, tener que sostener la guerra con una nación extranjera; pero el grado de ese mal disminuye, siendo la España la que nos ataque, porque sostiene una causa injusta, y porque la lucha a que nos provoca servirá para unir estrechamente el partido liberal, y para extirpar de una vez por todas los abusos del sistema colonial, afianzando para siempre en nuestro país la Independencia, la Libertad y la Reforma». Más tarde, Juárez vio claramente que aquellos que ayudaron a la intervención no podían en modo alguno pretender haberlo

hecho por puro patriotismo. Serían considerados como traidores, y fue con este objeto que Juárez firmó un decreto con fecha 17 de enero de 1862, y otro más fuerte el día 25 del mismo mes. Cinco años después, el decreto del 25 de enero no había sido olvidado.

Mientras, en noviembre, Zamacona estaba negociando con Wyke un nuevo tratado, el cual restableció el *statu quo* anterior entre México y Gran Bretaña, si bien concedía a los ingleses algunas ventajas adicionales. A pesar de las dudas que sentía, el 21 de noviembre Juárez autorizó la firma de este tratado. Al cabo de algunos días la Cámara se negó a ratificarlo, gracias principalmente a que Sebastián Lerdo de Tejada, entonces presidente de un comité parlamentario encargado de asuntos exteriores, sostuvo con muy buen criterio que en dicho tratado se hacían demasiadas concesiones. Por ello, lo único que se hizo fue renovar los acuerdos en vigor antes del 17 de julio. Como resultado de la negativa del Congreso, Zamacona dimitió, y Wyke partió hacia Londres, sólo para enterarse, al llegar a Veracruz, que había sido nombrado representante de Inglaterra en la intervención. Como solía ocurrir en aquellos tiempos, Inglaterra logró prácticamente cuanto quiso; ahora no tenía ya pretexto alguno para tomar parte en la intervención. Éste es un caso en el que, de haber existido medios de comunicación más rápidos entre los gobiernos, se habrían evitado quizás muchos problemas; pero, por desgracia, Juárez se hallaba en medio de una absoluta oscuridad en lo que respecta a la situación entre su país y Francia.

La dimisión de Zamacona precipitó una nueva crisis ministerial. En sus esfuerzos por solucionarla, Juárez ofreció la cartera de Relaciones a diversas personas, entre ellas a Lerdo, con resultado negativo. Acudió después a Doblado, quien aceptó a condición de que se le concediera el derecho de nombrar y dirigir a sus compañeros de gabinete. Así, Doblado se convertiría de hecho en Primer Ministro, mientras que Juárez no sería más que Jefe del Estado. Juárez arguyó que según la Constitución era el presidente quien debía escoger a los ministros, asumiendo a la vez responsabilidades ejecutivas; pero los

dos políticos llegaron a una especie de acuerdo cuyos términos no se especifican en el *Diario* de don Benito, y procedieron a organizar un equipo ministerial y a procurarse poderes adicionales para mejor hacer frente a la crisis. Al considerar que sus nuevos poderes no eran suficientes, Doblado trató de dimitir; pero Juárez logró convencerle de que no lo hiciera. Fue en estos críticos momentos que llegó la noticia de que las fuerzas españolas se hallaban frente a Veracruz.

En relación con la última sesión del Congreso (el 15 de diciembre, en palacio), en la que se concedieron al presidente poderes extraordinarios, Lempriere, el curioso y condescendiente viajero inglés, dice: «A eso de las tres, el presidente, Juárez, entró en medio de un ensordecedor ruido de cañones y trompetas. Es moreno, de baja estatura, tranquilo y aplomado. En México se le da el apelativo cariñoso de «el indiecito». Juárez es muy respetable, honrado y listo. Al sentarse se inclinó con gracia hacia todos lados, e inmediatamente pronunció el siguiente discurso con voz clara y singularmente atractiva». En su parlamento, Juárez dijo que las circunstancias por las que atravesaba el país eran las más difíciles desde la consecución de la independencia, dio las gracias al Congreso por el aumento de poderes —con el consiguiente aumento en las responsabilidades—, y expresó su esperanza de que las naciones extranjeras serían lo suficientemente razonables como para comprender que las dificultades financieras eran el resultado de una revolución interna que, al final, beneficiaría a todos. En el manifiesto a la nación pronunciado tres días más tarde, Juárez dio cuenta de la ocupación de Veracruz por las tropas españolas, pasó revista a las relaciones entre México y España, exhortó a todos los mexicanos a resistir firmemente y se pronunció por la justicia y seguridad para los españoles desarmados que residían en México.

Por aquellos días, Lempriere tuvo otro afortunado e interesante encuentro en Guadalupe: «Mientras estábamos sentados en la sala de espera de la estación, llegó la familia del presidente y tomó asiento. No hubo alboroto alguno ni se les prestó excesiva atención, excepto por lo que se refiere a que

eran impertinentes y fijamente observados. La madre es una dama de agradable aspecto, de unos cuarenta años de edad, elegante y de digno porte. Sus tres hijas, cuya edad va de los trece a los veinte años, eran más bien altas, de aspecto fuerte y agradable presencia». En realidad, doña Margarita contaba treinta y cuatro años de edad, y su hija mayor, Manuela, unos diecisiete.

El 29 de diciembre, Juárez escribió a Vidaurri en Monterrey para comunicarle que el español Gasset había llegado a Veracruz con 6.000 hombres que, «hasta ahora han permanecido inactivos»; que Gasset no había tenido la hidalguía de lanzar un ultimátum ni de dar explicación alguna; que dado que México no tenía marina, lo que privaba que la ciudad pudiera ser defendida de un ataque por mar, el general Llave, cumpliendo órdenes, se había retirado con sus hombres y material a Cerro Gordo y Chicuihuite; que el enemigo carecía de víveres frescos, mientras que el ejército mexicano estaba animado «del más vivo entusiasmo y pendiente de que los enemigos se atrevan a salir de la Plaza para lanzarse sobre ellos». Juárez decía también a Vidaurri que a pesar de todo confiaba en llegar a un arreglo razonable.

Los días 6 y 7 de enero de 1862, los ingleses desembarcaron 700 hombres y los franceses, 2.500. Los delegados eran Sir Charles Wyke y el comodoro Hugh Dunlop por los británicos, el conde Dubois de Saligny y el almirante E. Jurien de la Gravière por los franceses, y el general Juan Prim, conde de Reus, por los españoles. Prim había conseguido grandes victorias en las guerras entre España y Marruecos, y no era muy apreciado por Napoleón III. Al principio fue Prim el principal intervencionista. Ello fue una suerte para México, porque estaba casado con una sobrina de Echeverría, entonces ministro de Hacienda de Juárez. Por consiguiente, no es de extrañar que sus simpatías se inclinaran por los mexicanos; pero lo que sí debe destacarse es la audacia de que hizo gala al expresarse y actuar de acuerdo con su manera de sentir. Ha sido tildado de vanidoso, ignorante e imprudente, y quizás lo fuera, pero en el caso que nos ocupa probó ser un verdadero estadista.

Prim sabía lo que los franceses realmente deseaban, y con el apoyo de Wyke, se enfrentó resueltamente con ellos tan pronto como empezaron las divergencias respecto a las pretensiones de cada una de las tres potencias, cosa que fue casi inmediatamente. Después de varios manifiestos, y en vista de que las negociaciones efectuadas hasta el momento eran completamente infructuosas, los aliados pidieron permiso para trasladar sus tropas a lugares más saludables del interior del país. Juárez replicó que no concedería su autorización en tanto no se lograra algún progreso en las negociaciones, y propuso la celebración de una entrevista entre un delegado del gobierno mexicano y los de los aliados, en Orizaba.

Una vez los aliados hubieron dado su conformidad, Juárez nombró a Doblado delegado suyo. «Las instrucciones que se dieron al señor Doblado son que si los aliados no reconocen al gobierno constitucional y no ofrecen respetar la independencia y soberanía de la nación en todas sus consecuencias, no convenga en dar permiso para que las tropas de los aliados tomen cuarteles en Jalapa y Tehuacán». La entrevista tuvo lugar en La Soledad, cerca de Veracruz, y el acuerdo que se firmó el 19 de febrero por Doblado y los delegados de las potencias europeas, firmado a su vez por Juárez cuatro días más tarde, incluía: la aceptación, por parte de los aliados, de las estipulaciones de Juárez; la autorización para que los aliados trasladaran sus tropas desde las ciénagas a Córdoba, Orizaba y Tehuacán; la conformidad por parte de todos a celebrar una futura conferencia en Orizaba, y el acuerdo de retirada de las tropas aliadas «atrás de Paso Ancho y Paso de Ovejas, en caso de no llegar a un arreglo satisfactorio». Juárez informó a los gobernadores de cuanto antecede, por medio de una carta-circular. También tuvo la precaución de guardarse un «As» debajo de la manga. Esta carta consistía en prepararse, a pesar de todos los acuerdos, para la defensa del país por medio de las armas.

«Los preliminares de La Soledad», nombre dado a este acuerdo, pueden parecer quijotesco, pues no es corriente facilitar a los invasores el modo de escapar de una enfermedad o

epidemia, en este caso la fiebre amarilla. Lo lógico era dejarles que se pudrieran en la costa o atacarles en Cerro Gordo o en otro lugar estratégico de la carretera que se dirige hacia el interior. Sin embargo, y por los resultados obtenidos, los cuales suponemos que Juárez presumía (en parte al menos), fue un rotundo éxito diplomático. Antes de tratar de nuevo con el gobierno mexicano, un gobierno al que habían reconocido y jurado respetar como soberano, los aliados europeos tuvieron que poner sus cartas boca arriba. Como consecuencia de ello, y en vista de los planes de Francia, Inglaterra y España se retiraron —lo que evidentemente beneficiaba a los mexicanos—, y cuando los franceses se quitaron la máscara ante los mexicanos y el mundo todo, su perfidia quedó más claramente definida. Actuando bajo órdenes directas de Juárez, Doblado prestó a su país el mayor y más valioso servicio de toda su turbia carrera.

Los marinos británicos permanecieron en Veracruz, las tropas españolas se fueron para Córdoba y Orizaba, y los franceses ocuparon Tehuacán. Durante las semanas siguientes, el gobierno mexicano, todavía hostilizado por los reaccionarios y fatigado por los frecuentes cambios producidos en el gabinete, negoció con los ingleses la devolución del control de la aduana de Veracruz a México, y con el almirante de la Gravière se discutió vivamente sobre lo que debía hacerse con Almonte y otros reaccionarios que regresaban de Europa para sacar partido de la difícil situación en que se hallaba México, y que hacían causa común con los franceses. (Miramón al regresar fue arrestado por los ingleses, y pese a las protestas francesas, deportado a La Habana como ladrón). México negoció también, pero en privado, con un nuevo amigo, el general Prim, sobre los movimientos y pretensiones de los franceses e ingleses, y con el embajador Corwin se iniciaron conversaciones acerca de un posible préstamo por parte de los Estados Unidos. Al igual que muchos presidentes de diversos países, Juárez logró manejar con mayor facilidad a las otras naciones que al Congreso de su propio país.

En una carta fechada simplemente «marzo», Juárez escribió a Vidaurri:

En materia de cuestiones extranjeras, nada nuevo hay que comunicar a U., pues aun cuando corren rumores de que los franceses están a punto de romper las hostilidades, retirándose a sus antiguas posiciones, esto no me parece verosímil, porque aunque el Gral. Lorencez que ha venido con la última expedición traiga de su gobierno tales instrucciones, se encuentra con el obstáculo de que los Comisarios de las Potencias aliadas están solemnemente comprometidos, en virtud de los preliminares celebrados el 19 del próximo pasado, a entrar en conferencias y a esperar para este objeto el 15 del entrante abril. No sé hasta qué punto puedan ser ciertos estos rumores; pero entiendo que los representantes de las Naciones Coaligadas no han de querer cubrirse de infamia, hollando de una manera tan salvaje sus compromisos.

El 9 de abril, los comisionados aliados se reunieron en Orizaba. Saligny, sabedor de los verdaderos designios del emperador, y exasperado por los escrúpulos y censuras de Prim y Wyke, así como por su misma impaciencia y arrogancia personales, reafirmó sus fantásticas reclamaciones financieras e hizo constar que estaba firmemente decidido a violar lo mismo la Convención de 31 de octubre de 1861 que los Preliminares de Soledad. El 11 de abril Juárez anotó lo que sigue: «Se recibió la comunicación de los aliados avisando que queda disuelta la convención de Londres; que los ingleses y españoles se reembarcarán y que los franceses irán a Paso del Macho para obrar con la libertad de acción que les convenga. Se dispuso dar un manifiesto a la nación dándole a conocer este suceso y convocándola a la defensa». En este manifiesto, publicado el día siguiente, y en su discurso al Congreso en su sesión inaugural, el 15 de abril, Juárez pasó revista a estos acontecimientos con claridad, y con seco vigor exhortó a la nación a la defensa de su independencia. El 11 de abril el gabinete decidió que «se diga a los comisarios ingleses y españoles que el gobierno está dispuesto a entrar en arreglos», que se informe a Fuente y que se le ordene regrese de París, y que «se participe este acuerdo a los demás ministros extranjeros residentes

en la capital». El mismo día llegó la noticia de que Márquez y Zuloaga, en una de sus incursiones por el Estado de Puebla, habían derrotado al general Alatríste. El 14 de abril se dictaron una serie de disposiciones de orden militar, con la doble finalidad de extirpar a los reaccionarios y de prepararse para combatir a los franceses.

Mientras, aunque la terrible batalla de Shiloh (EE. UU.) tuvo lugar los días 6 y 7 de abril, es decir, al tiempo de producirse los acontecimientos reseñados, los Estados Unidos no permanecieron indiferentes a los mismos. Corwin y Romero, desde México y Washington respectivamente, avisaron repetidas veces a Seward acerca de los designios monárquicos de los franceses, y aquél insistía una y otra vez en que el presidente Lincoln se opondría a todo intento de imponer un régimen monárquico en cualquier república americana. Incluso protestó directamente ante Thouvenel y su sucesor, Drouyn de Lhuys, quienes, en tanto pudieron, negaron en redondo cualquier intento de este tipo. Por fin, después de mucha insistencia por parte de Romero ante Seward y de Juárez ante Corwin, éste firmó el 15 de abril de 1862 un tratado con el gobierno de México por el que los Estados Unidos concedían un préstamo «suficientemente garantizado» y por un importe de 2.000.000 \$ a la República de México. Sin embargo, el presidente Lincoln rehusó incluso someter este tratado a un Senado todavía hostil, convencido como estaba de que no merecería siquiera la más mínima consideración, «en unos momentos en que las fuerzas francesas ocupaban parte del territorio de México». Los sentimientos de la Unión estaban fuertemente unidos en favor de Juárez y de la República mexicana, pero los peligros de conceder una ayuda masiva eran por entonces evidentes. En tales condiciones era inevitable que Lincoln y Seward fueran acerbamente criticados, lo mismo por haber ido demasiado lejos que por no haber llegado hasta el final. El destino de este tratado fue predibujado de forma bastante divertida en México. Mr. Edward Lee Plumb, el agregado de la legación americana, iba camino de Veracruz, en compañía de Lempriere, y llevando «la correspondencia americana y el nuevo tra-

tado que estaba pendiente de firma, que debían embarcar para Washington». En realidad iba al archivo y no a la firma. Estos documentos viajaban metidos en unas alforjas; pero la mula que las llevaba se metió en un río o arroyo para beber, y fue arrastrada por la corriente, consiguiendo sacarla del agua sólo después de grandes esfuerzos.

Los días 23 y 24 de abril, Juárez dio instrucciones a Doblado, que se hallaba aún en Orizaba y que recibió proposiciones de Wyke para volver a negociar el Tratado Wyke-Zamacona, con unas modificaciones que permitirían pagar a los franceses y a los españoles, así como los gastos del gobierno mexicano. Se eliminaría a los inspectores de aduanas ingleses. Sin embargo, Doblado no pudo persuadir a Wyke ni a Dunlop para que aceptaran estos cambios. En resumen, el nuevo tratado, firmado por Juárez el 29 de abril, era todavía más desventajoso para México que el anterior. Prim no se quedó para negociar tratado alguno por cuenta de su país, aunque más tarde se firmó uno, y las fuerzas inglesas y españolas abandonaron México. Prim fue al principio muy censurado en España; pero finalmente el gobierno español aprobó en un todo su actitud, igual que el gobierno inglés se solidarizó con la conducta de Wyke.

Juárez, en su manifiesto del 12 de abril, y Doblado en una carta a Montluc escrita en ese mismo mes, expresaban la esperanza de que Napoleón III, que había sido erróneamente informado, vería cuán improcedente era su forma de actuar, pero no fue así. Las fuerzas francesas continuaron reforzándose, y el 16 de abril lanzaron una proclama en Córdoba, por la que se titulaban a sí mismos liberales y pacificadores, pero exponiendo con meridiana claridad que la bandera francesa había venido a México para quedarse y que estaban dispuestos a defenderla por todos los medios. El día siguiente, el reaccionario Almonte hizo un llamamiento al pueblo mexicano instándole a apoyar un gobierno que «conviene a nuestra naturaleza, necesidades y creencias religiosas», y el 19 de abril, en Córdoba, se proclamó presidente. El general reaccionario Manuel Robles Pezuela intentó pasarse al bando francés, pero fue capturado y ejecutado. Las tropas francesas empezaron

a retirarse; pero no hasta el punto acordado, y, aprovechando un burdo pretexto, volvieron a Orizaba. Tuvo lugar una escaramuza en la que participaron fuerzas del general Porfirio Díaz, y el 27 de abril una fuerza francesa compuesta de unos 6.000 hombres partió con destino a Puebla. El día siguiente, en Acultzingo, estas tropas atacaron a una pequeña fuerza mexicana, la cual, al cabo de cinco horas de lucha, se retiró ordenadamente.

Juárez y el pueblo mexicano se hallaban ahora enfrentados no sólo a sus viejos enemigos, es decir, a los reaccionarios, sino al formidable ejército francés, que no era sino un instrumento al servicio de sueños imperialistas. «En estos momentos necesitamos probar a Francia y al mundo entero», escribió Juárez, «que somos dignos de ser libres», y «Es llegado el momento de actuar con la rapidez del rayo. Redoble U. esfuerzos y exhorté usted a los pueblos a la defensa».

¿Por qué millares de mexicanos y franceses morían en las selvas, desiertos y viejas calles de México, pudriéndose sus cuerpos al sol, y siendo pasto de los buitres? Porque la República mexicana era muy joven, porque ni Inglaterra ni España dieron muestras de humildad, paciencia ni buen sentido, porque los americanos estaban ocupados matándose entre sí, y sobre todo, porque el pueblo francés, los pobres mexicanos dispuestos a morir por su religión (eso creían), y un cándido principillo de la casa de Hausburgo confiaron su destino al ambicioso y soñador sobrino del Corso, a quien había sido incapaz de emular en Europa.

LA VICTORIA SUELE SONREIR A LOS PROFESIONALES

La afirmación que da título a este capítulo es cierta, pero no siempre. Los mexicanos, mandados por el general Ignacio Zaragoza y por otros generales de rango inferior, tales como Ignacio Mejía como intendente, Miguel Negrete, Antonio Álvarez, Francisco Lamadrid, Felipe Berriozábal y Porfirio Díaz, con el teniente coronel Félix Díaz al mando de los Lanceros de Oaxaca, se retiraron hacia Puebla. Esta ciudad era tradicionalmente uno de los feudos de la reacción, y estaba protegida por sus partes septentrional y oriental por algunas colinas de poca altitud, dos de las cuales, Loreto y Guadalupe, estaban fortificadas. Durante la noche del 3 de mayo, Zaragoza informó a sus oficiales que los franceses se estaban quedando sin provisiones y que, por lo tanto, se verían obligados a intentar la toma de la ciudad. Aunque sus fuerzas eran inferiores en número —unos 4.850 mexicanos contra más de 6.000 franceses— y más inferiores aún en cuanto a artillería y pertrechos en general, sintió que había llegado ya la hora de que una nación de ocho a diez millones de habitantes pusiera fin a tanta lucha y diera al gobierno la oportunidad de organizar la defensa del país. «Como es natural», escribió Díaz más tarde, «todos estuvimos de acuerdo... como lo demostró nuestra acción de dos días después». Las fortificaciones, hasta entonces semiabandonadas, fueron reforzadas precipitadamente, y Zaragoza situó a sus fuerzas: 1.200 hombres del general Negrete, en los dos

fuertes del Nordeste de la ciudad; 3.100 soldados de Berriozábal, Díaz y Lamadrid, en la carretera del Este, precisamente el camino por el que debían de pasar los franceses en su avance; una pequeña fuerza de artillería al mando del general Santiago Tapía fue situada dentro de la ciudad.

Los mexicanos quedaron asombrados cuando en la madrugada del 5 de mayo el general Charles Ferdinand Latrille de Lorencez, en su previsto avance desde el Este, separó a sus tropas, enviando al grupo más numeroso a través del áspero paisaje para bombardear y atacar los dos fuertes. La superior potencia de fuego de los franceses y la protección que les dispensaban las lomas situadas en su línea de ataque, les permitieron llegar muy cerca de los fuertes; pero Zaragoza los reforzó rápidamente con tropas de Berriozábal y otras, y encubrió su caballería e infantería en trincheras y detrás de hileras de magüey en los flancos de los dos fuertes, de modo que cuando los franceses se hicieron visibles, los mexicanos descendieron precipitadamente sobre ellos desde tres ángulos diferentes y les hicieron retroceder. Los franceses atacaron enérgicamente por tres veces, y en una de ellas estuvieron muy cerca de tomar el fuerte Guadalupe. Fue cuando algunos reclutas mexicanos perdieron momentáneamente la serenidad y se refugiaron en la iglesia del fuerte, hasta que su oficial, el coronel Arratia, con su espada mató a tres de ellos y dijo a los demás que los franceses habían ya huido. Después de este aliento, informó Díaz, los novatos volvieron a sus puestos y lucharon de forma tal que lograron cambiar el signo de la batalla. Mientras, el resto de las fuerzas francesas atacaba sin tregua a las tropas al mando de Díaz, quien logró rechazar a sus enemigos con sólo dos morteros. Cuando los dos grupos franceses antes separados se encontraron en su retirada, Zaragoza, al darse cuenta que las tropas a su mando eran numéricamente superiores a las francesas, no creyó oportuno emprender su persecución. En este punto, Díaz, temiendo que a menos que prosiguiera su «simulacro de ataque» con su pequeña tropa, los franceses se reorganizarían y volverían a la carga, desobedeció las órdenes de Zaragoza y continuó su labor

de hostigamiento hasta que cayó la noche. Cuando tuvo ocasión de justificar su desobediencia ante Zaragoza, éste aprobó su proceder.

Los franceses se retiraron a Orizaba en espera de recibir refuerzos desde Francia. Habían sufrido unas quinientas bajas entre muertos y heridos, mientras que las pérdidas mexicanas se elevaban sólo a la mitad. No se hicieron apenas prisioneros, ni por parte francesa ni por parte mexicana. Siguiendo órdenes de Juárez, singulares por demás, los soldados franceses heridos sobre el campo de batalla eran curados y devueltos al mando francés en Orizaba. Quizás creyó Juárez que el ataque a México era sólo un juego. En su informe al ministro de la Guerra, Miguel Blanco, Zaragoza decía modestamente que si las brigadas de O'Horán y Carvajal no hubiesen estado en Atlixco e Izúcar luchando contra los reaccionarios su ejército del Este «podría haber derrotado al enemigo de modo tan completo que la victoria habría inmortalizado su nombre». En su informe a Juárez, más personal, dio cuenta de algunas defeciones, pidió a Juárez no concediera más amnistías, y le dio a entender que las medallas eran más baratas que los ascensos.

Juárez, después de haber recibido el 3 de mayo una solicitud de Zaragoza para dos mil soldados más —para el día siguiente—, los envió al mando del general Antillón, pero llegaron demasiado tarde para ayudar a conseguir una victoria más decisiva. Con fecha 5 de mayo, Juárez anotó simplemente: «Se recibió por telégrafo el parte de haber sido rechazados los franceses»; pero en cartas y discursos posteriores expresó su profundo entusiasmo y gratitud. Al saberse la noticia, el entusiasmo en la capital y en el resto del país fue desbordante. El ejército mexicano, menospreciado durante tanto tiempo, había derrotado a una parte del por entonces considerado como más poderoso y famoso ejército del mundo. Todavía hoy se siente en México este orgullo. Al considerar el pequeño número de las fuerzas combatientes, en comparación con el de las que lucharon en la guerra de Secesión, y al considerar también la incertidumbre de la victoria, es muy posible que muchos americanos se sientan algo sorprendidos; pero me atre-

vería a aconsejarles que se paren a considerar también el poco conocido pero muy importante efecto de esta batalla en la historia de su propia patria, los Estados Unidos. Si en la ocasión relatada los franceses hubiesen tomado Puebla, habrían tomado también, a la luz de los acontecimientos posteriores, Ciudad de México. Los planes de Napoleón es indudable que se habrían realizado más rápida y completamente; Francia probablemente habría reconocido y apoyado abiertamente a la Confederación, y lo mismo habría hecho quizás Inglaterra. En resumen, la batalla de «Cinco de Mayo» fue una importante victoria no sólo para la República de México, sino también para los Estados Unidos.

Cuando la noticia de la derrota llegó a París, en la Asamblea los liberales clamaron contra la guerra; pero se votó la concesión de nuevos fondos, y cuatro meses más tarde, se enviaron treinta mil nuevos soldados al mando de otro general, Élie Frédéric Forey. La substitución de Lorencez no podía considerarse como sorprendente después de su fracasado ataque contra los fuertes. Zaragoza dijo al ministro de la Guerra: «Las tropas francesas lucharon valerosamente, pero su comandante en jefe obró estúpidamente en su ataque».

Por entonces tuvieron lugar una larga serie de tentativas de obtener armas y municiones de los Estados Unidos. El 28 de mayo de 1862, el coronel Juan Bustamante, diputado en el Congreso mexicano por San Luis Potosí, llegó a Washington. Él y Romero tuvieron que ir de un organismo a otro, pues todos se los sacaban de encima como podían; pero, gracias a la tenacidad desplegada durante todo el verano, lograron entrevistarse con el presidente Lincoln y con todos los jefes del gabinete. Resultado de sus gestiones fue la posibilidad de adquirir municiones de un tal Mr. James Whiting y otros. Luego trataron de obtener autorización para embarcar su compra; pero les fue denegada. Durante los años que siguieron, y desde la costa del Atlántico como desde la del Pacífico de los Estados Unidos y a través de la frontera, se hicieron frecuentes embarques sin permiso alguno. No obstante, como veremos, en los Estados Unidos había demasiados mexicanos que actua-

ban sin permiso alguno de su gobierno. Existían demasiados formulismos burocráticos que cumplir, se producían muchos retrasos y pérdidas, y el 13 de abril de 1866, Juárez manifestó claramente sentirse fatigado de tanto esfuerzo casi inútil.

El 11 de junio, Juárez escribió a Montluc con su optimismo proverbial: «La semana próxima nuestro ejército comenzará sus operaciones sobre Orizaba. El triunfo de nuestras armas no es dudoso. La nación entera está llena de entusiasmo. El gobierno constitucional es cada día más fuerte y respetado. La intervención francesa, con la alianza de Almonte y de Márquez, está perdida en la opinión».

Pero ahora, como durante todo el transcurso de la guerra, no obstante hallarse apoyado Juárez por la mayor parte del pueblo mexicano, y a pesar de que los soldados rasos luchaban bravamente y conseguían incluso algún éxito ocasional, las energías de Juárez se quebrantaban y la causa se veía amenazada de continuo debido a las extravagancias, a la ambición personal y a los caprichos de algunos de sus importantes colaboradores, tanto políticos como militares.

El 10 de junio, por ejemplo, en el momento en que las operaciones contra Orizaba se encontraban en su punto más delicado, Ortega escribió una carta a Saligny informándole que en México el gobierno republicano era ampliamente apoyado, y que de ningún modo se toleraría un régimen monárquico. Le decía también que puesto que la expedición francesa era muy costosa e inútil, creía que lo más conveniente para ambos bandos era un armisticio con el arreglo subsiguiente. Ortega envió a Juárez una copia de esta singular carta, acompañada de una nota en la que explicaba los motivos que le indujeron a dar este paso que, por otra parte, había sido aprobado por su inmediato superior el general Zaragoza. En su carta a Saligny, Ortega no menciona en absoluto tal aprobación. Con fecha 13 de junio, Juárez contestó a Ortega, reconociendo sus buenas intenciones, pero recordándole la mendacidad de los franceses y ordenándole limitarse a sus deberes militares y a dejar la diplomacia en manos del gobierno. El 14 de junio una parte de las fuerzas de Ortega sufrieron una

derrota, y el 17 del mismo mes Ortega escribió a Juárez una carta de cuyo contenido se desprende una total aceptación del suave rapapolvo y de las órdenes recibidas. En dicha carta, Ortega adjuntaba copia de la respuesta de Saligny, en la que éste manifestaba no aceptar la propuesta hecha por el general mexicano. El escrito de Ortega señalaba que, «como este negocio ha tenido un carácter puramente confidencial, ni aumenta ni disminuye el estado de nuestra cuestión», y prometía que sus fuerzas recobrarían el terreno perdido.

Veamos otro ejemplo. El 25 de julio Juárez apeló a Vidaurri en Monterrey, instándole a enviar víveres y dinero para el ejército, al efecto de estar mejor preparados para cuando los franceses recibieran refuerzos. Como de costumbre, Vidaurri no respondió. El gobernador estaba demasiado ocupado en el cobro de impuestos a las mercancías que desde Texas llegaban a Matamoros. Posteriormente, Juárez escribió a Santacilia: «Estoy de acuerdo con U. en que a Vidaurri es necesario atraérselo o eliminarlo. Estoy por el primer extremo. Sólo que no baste esto para utilizarlo en bien de la nación debe recurrirse al último. Trabaje, pues, en lo primero».

La vida privada no se detiene ni para aquellos que se hallan ocupados en los asuntos de mayor trascendencia. En julio, Juárez y su esposa perdieron a su hija Amada, y en una carta fechada el 25 del mismo mes, Justo Benítez, desde Oaxaca, les informó de la muerte del padre de doña Margarita, don Antonio Maza. Es posible que Juárez sintiera tanto o más que la muerte de su hija, la del hombre que había dado un hogar y una familia al harapiento muchacho de las montañas oaxaqueñas.

El 13 de agosto Doblado persuadió a Juárez para que aceptara su dimisión como ministro de Relaciones, basándose en que «en los Estados lejanos» no se le quería como ministro, y que «si seguía a pesar de esa grita nos exponíamos a que llegara a estallar un motín en algún punto pidiendo la remoción del gabinete». Zarco negó que existiera oposición alguna a Doblado; pero, sea como fuere, salió a relucir debido únicamente al deseo de Doblado de vencer a los odiados conserva-

dores Márquez y J. M. Cobos. Se le dio el mando de un ejército, y se nombró al hábil Fuente como ministro de Relaciones, mientras que a Núñez se le puso de nuevo al frente del ministerio de Hacienda.

El 28 de agosto Juárez escribió a Montluc en París para darle las gracias por sus esfuerzos al tratar de presentar el asunto de México ante el gobierno francés; pero expresando al mismo tiempo con toda franqueza que consideraba inútil cualquier esfuerzo que al respecto se realizara. Un mes más tarde escribió una nueva misiva a Montluc, una carta alegre, en la que afirmaba que Puebla estaba perfectamente fortificada y que ciudad de México lo estaría muy pronto. Señalaba también que la moral del ejército, así como la del pueblo, eran excelentes.

Durante los últimos meses de 1862 y los primeros de 1863, el gobierno, a despecho de la actividad política de signo reaccionario por parte de la clerecía, y a pesar de las exigencias de los radicales, continuó la reforma de la Iglesia. Redujo el número de conventos, se hizo cargo de los hospitales, prohibió las prédicas contra el gobierno y las leyes, privó a los religiosos del uso de la sotana fuera de los templos, y la celebración de ceremonias religiosas fuera de los recintos sagrados. Es importante recordar que los republicanos realizaban actos de violencia contra la clerecía y las iglesias.

En otoño, Romero en Washington, descorazonado ya por los esfuerzos suyos y de Bustamante para conseguir embarcar armas con destino a México, quedó moralmente abatido al leer en los periódicos projuaristas de la Unión la noticia de que desde los Estados Unidos se embarcaban mulas y otro material con destino a las tropas de Forey situadas en Veracruz y en el interior de México, sin dificultad alguna. Cuando Romero protestó, Seward le replicó que los Estados Unidos no habían reconocido que existiera el estado de guerra en México. (Seward pudo haber dicho, como el alcalde de Nueva York, La Guardia, mucho después: «Cuando cometo una equivocación, *es una*».) El 20 de noviembre Lincoln ordenó el cese de todos los envíos de armas, pero a menudo esta orden era ignorada. Ro-

mero poseía una tremenda capacidad de trabajo y hacía uso de ella. Como consecuencia, su salud, nunca muy buena, empeoró. Trató de dimitir, a fin de regresar a México y enrolarse en el ejército; pero no le fue aceptada la dimisión.

Por desgracia para la República, el general Zaragoza murió de fiebre tifoidea en Puebla el 8 de septiembre, a la edad de treinta y tres años. Fue substituido por Ortega, y los dos empleos militares inmediatamente inferiores se encomendaron a Doblado y Comonfort. En relación con la rehabilitación de Comonfort, el viejo Juan Álvarez escribió una carta a Juárez el 8 de diciembre, en la que de forma cortés pero firme mostraba su disconformidad, a la par que comunicaba a Juárez su negativa a servir bajo las órdenes de Comonfort. Era más fácil criticar estos nombramientos que mejorarlos. Ortega, a pesar de tener más fuste de héroe que de soldado, había al menos aprendido para siempre los peligros que encerraba el meterse a diplomático. Cuando recibió del general Forey una carta ofensiva para Juárez, la envió a don Benito y luego, siguiendo sus instrucciones, la devolvió a Forey con el comentario de que si bien la misma no afectaba personalmente a Juárez, sí era un ataque a la dignidad y soberanía de la nación.

En su discurso al Congreso en sesión inaugural del 20 de octubre, Juárez, entre otras cosas, dijo: «Sólo tendríamos motivos de congratularnos al recordar la gloria del 5 de mayo, sin la muerte del esforzado y virtuoso caudillo que tan alto levantó el nombre de su patria. Mas el dolor que ocupó todos los ánimos a la noticia de esta pérdida funesta, no abatió la esperanza ni debilitó el esforzado impulso de la nación... El espíritu que reina en todas nuestras tropas es inmejorable: la revolución de cuatro años y los encuentros con el enemigo extranjero han hecho el valor tan general en nuestro ejército..., la disciplina ha mejorado en proporción; la abnegación y sufrimiento de nuestros soldados son, como siempre, incomparables, y liga una confianza recíproca y profunda a las tropas y sus jefes». Si bien es cierto que México se hallaba debilitado por la pobreza y el desorden, Francia tenía muchos problemas en Europa, y México había realizado ya verdaderas maravillas

para superar su condición. «Proclamar, como lo hacen nuestros agresores, que no hacen la guerra al país sino a su actual gobierno, es repetir la vana declaración de cuantos emprenden una guerra ofensiva y atentatoria; y por otra parte, bien claro está que se ultraja a un pueblo cuando se ataca al poder que él mismo ha elevado y quiere sostener... Yo estoy profundamente convencido de que, cimentándose la unión del Congreso y del poder ejecutivo, y buscando ambos la regla de su conducta en la dignidad y energía que está desplegando la República, salvaremos su independencia y todas sus prerrogativas y atraeremos sobre ella el respeto de todos los gobiernos y la simpatía de todos los hombres amigos de la libertad».

Forey había llegado a Veracruz el día 21 de septiembre; pero no llegó a Orizaba hasta el 24 de octubre, y no le fue mejor con los reaccionarios mexicanos, tales como Almonte, a quien desposeyó de la «Presidencia», que con los mosquitos «anofeles» de la costa. Al mismo tiempo se dedicó a gozar de la buena vida en Orizaba, y fueron sus demoras las que permitieron a Ortega proseguir con la fortificación de Puebla. Mientras, Juárez, como siempre, trataba de conseguir dinero y material, de entendérselas con el Congreso, de suprimir el bandidaje, de mantener la sujeción de los gobernadores al gobierno nacional, e incluso, aunque sin éxito, de derrotar a acérrimos enemigos tales como el general indio Tomás Mejía, que por entonces se había establecido en las montañas orientales del Estado de San Luis Potosí. A principios de febrero Juárez fue a Puebla para inspeccionar las fortificaciones y revistar y condecorar a las tropas. Comonfort marchaba con sus hombres hacia el norte de Puebla para disuadir por la fuerza de las armas cualquier posible intento de asedio a la ciudad. Mientras, las fuerzas navales francesas habían bombardeado Acapulco, y otras tropas de la misma nacionalidad habían sido rechazadas en Tampico, al mismo tiempo que los mexicanos reconquistaban Jalapa; pero era evidente que la acción decisiva en esta fase de la guerra se desarrollaría de nuevo en Puebla.

Vamos a relatar un hecho curioso: Un vidente escribió a

Juárez para comunicarle sus predicciones acerca de cómo los franceses planeaban tomar la ciudad y cortar la retirada al ejército mexicano. Juárez le dio las gracias por su carta y le pidió más detalles; pero no acusó recibo de las otras cuatro cartas que le envió el adivino, aunque las tomó en cuenta. En una de sus cartas anuncia que un corneta de las fuerzas republicanas se ha vendido al enemigo y que en un momento determinado tocará «a dispersión». Sin explicar el porqué, Juárez ordenó a Ortega que tomara precauciones al respecto. Ortega así lo hizo, y es muy posible, aunque no puede afirmarse, que tal decisión fuera una valiosa demostración de inteligencia.

El 16 de marzo de 1863 los franceses aparecieron de nuevo a las puertas de la ciudad, y en cinco días completaron su cerco. Inmediatamente, con ocho morteros y quince piezas de artillería pesada, empezaron a bombardear Puebla. Las fuerzas de Ortega comprendían unos 22.000 hombres, entre ellos muchos de los mejores oficiales de la nación, mientras que los franceses contaban con 26.300 soldados, de los cuales 2.000 eran reaccionarios mexicanos.

El bombardeo comenzó el día del cumpleaños de Juárez, y aunque éste, preocupado como estaba con la inminente batalla de Puebla, trató de evitar festejo alguno, no pudo evitarlo, ya que el pueblo, de forma espontánea, le tributó un cálido homenaje. Recibió a un grupo de familias pobres, y en la cena que se celebró horas más tarde, Jesús Terán, ministro de Justicia y Desarrollo, ofreció un brindis tan elegante y acertado, que no podemos sustraernos a transcribirlo: «Entre los grandes hombres de la tierra, conozco sólo uno que haya conseguido la gloria de reformar su país y de asegurar su independencia triunfando sobre las más poderosas naciones. Ese hombre, cuyo mérito es engrandecido por su modestia, ocupa un lugar distinguido en el mundo, y sin ninguna duda el primer lugar en los corazones de sus compatriotas. Brindemos por ese patriota, el ciudadano Benito Juárez, y para que sus días sean tan largos y felices como los que él ha dado a los mexicanos». Es de esperar que tales palabras fortalecieran el ánimo de

Juárez: lo necesitaba. Fue por aquellos días que Víctor Hugo, entonces en el exilio, hizo una cosa que sirvió para redimir en parte a su país, y quizás confortó a Juárez: declaró con pasión y energía que el imperio, no Francia, luchaba contra México, y que él personalmente estaba de corazón al lado de los mexicanos.

Antes de que los franceses hubieran podido solidificar el cerco de Puebla, el general Díaz propuso al general Ortega un plan para atacar unidades aisladas del enemigo, que de este modo sería fácil poner fuera de combate; pero no le fue aceptado. Cuando los franceses atacaron las fortificaciones y luego los suburbios de la ciudad, la resistencia mexicana se mostró vigorosa y eficaz. Cuando los disparos de los franceses destruyeron parte de los muros, y la infantería se precipitó dentro, fueron repelidos hacia el exterior, y fueron reconstruidas las paredes y las barricadas, mientras el fuego continuaba desde lo alto de las azoteas, y ambos bandos intentaban excavar túneles por debajo de los muros. Las calles y los patios, poco antes acariciados por el sol, las flores y los niños, estaban ahora llenos de polvo, cascotes y cuerpos destrozados.

Cuando los defensores empezaron a comerse a los perros y gatos de la ciudad e incluso las hojas de los naranjos, Forey, que había pensado en abandonar el asedio para avanzar hacia Ciudad de México, se entrevistó con el teniente coronel Togno, uno de los ayudantes de Ortega, y le ofreció colocar a su jefe en la presidencia de la República, caso que se rindiera, naturalmente. Al saberlo, Ortega, ahora un verdadero soldado y patriota, despreció con firmeza esta invitación a traicionar a su patria.

Comonfort estaba reuniendo tropas en la carretera entre Puebla y México, y Juárez, en la capital, organizaba las fuerzas que deberían repeler a Tomás Mejía y a Butrón que, procedentes de Toluca, la atacaban por su parte occidental. Antes de ser rechazados consiguieron acercarse mucho; concretamente, hasta la histórica Montaña de las Cruces.

El 8 de mayo, mientras trataba de hacer llegar un tren de suministros a Puebla, Comonfort fue sorprendido e inexcusa-

blemente derrotado por Márquez y el general Achille François Bazaine, jefe de las fuerzas francesas. Entre muertos y heridos, las bajas sufridas por Comonfort se elevaron a mil, debiendo añadirse a esta cantidad un número igual de prisioneros. Asimismo, los mexicanos dejaron en poder del enemigo gran cantidad del valioso material. Esta derrota, ocurrida en San Lorenzo, parece haber sido motivada por la pésima cooperación mutua entre Ortega y Comonfort, y por los fallos tácticos de este último. En Puebla, Ortega y sus hombres estuvieron oyendo el ruido de la lucha durante treinta y seis horas antes de que les llegara la noticia que significó también su propia derrota.

El día 17 de mayo, después de haber agotado por completo las municiones y de haberse comido todo lo que era más o menos comestible, Ortega y sus hombres, después de destruir sus armas, se vieron obligados a rendirse. Este desastre no desmerece en absoluto el coraje y habilidad de que hicieron gala durante dos meses, en lucha no sólo contra los franceses, sino contra dificultades e imponderables de todo género. Como sea que temía a los mexicanos como guerrilleros, y ante su negativa a deponer las armas indefinidamente, Forey ordenó que los generales mexicanos fueran enviados a Veracruz bajo escolta y desde allí a Francia. No obstante, algunos en Puebla y otros camino de Veracruz, la mayoría lograron escapar para lanzarse de nuevo a la lucha.

El general Díaz escapó en Veracruz el día 21 de mayo, gracias a haber cambiado su uniforme por una capa a cuadros, saliendo después entre los familiares y amigos de los prisioneros que habían ido a la prisión a despedirlos. Para dar más naturalidad a su acción tuvo la intención de cambiar algunas palabras con el capitán de la guardia, un tal Galland; pero al pronto reconoció a este oficial como a un antiguo prisionero suyo con quien había intimado algo. Después de saludarle salió a la calle. Momentos después, el capitán Galland recapacitó y corrió escaleras arriba para localizar a Díaz, pero ya era demasiado tarde. Los generales mexicanos enviados a Francia sufrieron bastantes penalidades antes de conseguir, de una

u otra forma, regresar a México. Entre estos militares se hallaba el general Ignacio Mejía, de Oaxaca, que fue enviado a Tolón y Evreux. Cuando al fin Napoleón les permitió —con increíble candidez— trasladarse al país que desearan, excepto México, Mejía, haciendo escala en Londres, Nueva York, Kansas City, Santa Fe y El Paso, se fue a Chihuahua.

Aunque hicieron derroche de valor, los aficionados improvisadores, entre ellos Juárez, no pudieron evitar la aplastante derrota. En el primer momento, Juárez decidió luchar por Ciudad de México; pero cuando se supo que había solamente unos 14.000 hombres que dedicar a la defensa de la capital, y que los recursos eran prácticamente inexistentes, el presidente y el Congreso decidieron que era más oportuno reservar a los soldados disponibles para, posteriormente, añadirles nuevas unidades y proporcionarles mejor material. Se acordó también que el gobierno se trasladara a San Luis Potosí, desde donde, naturalmente, se dirigirían las operaciones militares. A Juárez se le concedieron todos los poderes excepto el de negociar con el enemigo acuerdo alguno que pudiera redundar en la intervención extranjera en los asuntos de México. Estos poderes iban a subsistir sólo hasta treinta días después de la nueva reunión del Congreso.

Después de haber sido capturados en Puebla, Berriozábal y Díaz lograron escapar. De acuerdo con las manifestaciones de Díaz, Juárez les propuso que aceptaran el nombramiento de ministro de la Guerra y de comandante en jefe. El cargo a ocupar por cada uno de ellos era cosa que don Benito consideraba que debían decidirla los dos interesados. Díaz dijo que él prefería el cargo de comandante en jefe, pero que en vista de su juventud en comparación con otros expertos oficiales, no consideraba prudente aceptar el empleo; y al día siguiente, después de haber meditado el asunto, Juárez coincidió con Díaz. Berriozábal se convirtió en ministro de la Guerra, y Juan José de la Garza, que había sido batido por los franceses en Tampico, comandante en jefe. Durante algún tiempo, la jefatura de los dos altos cargos iba a ser desempeñada por bastantes, demasiadas, personas.

En la clausura del Congreso, que tuvo lugar en la tarde del 31 de mayo de 1863, Juárez dio las gracias a los diputados por haberle sido concedidos los poderes extraordinarios. También se refirió a la caída de Puebla, considerándola «un glorioso desastre». Estas fueron sus palabras: «La adversidad, ciudadanos diputados, no desalienta más que a los pueblos despreciables; la nuestra está ennoblecida por grandes hechos, y dista mucho de habernos arrebatado los inmensos obstáculos materiales y morales que opondrá el país contra sus injustos invasores». Cuatro días antes, había escrito: «Grande ha sido el revés que hemos sufrido; pero es más grande nuestra constancia y decisión y seguiremos la lucha con más ardor, con la seguridad de que la victoria será nuestra, sean cuales fueren los elementos con que cuente el enemigo, porque la nación tiene vida y tiene hijos esforzados que la defienden».

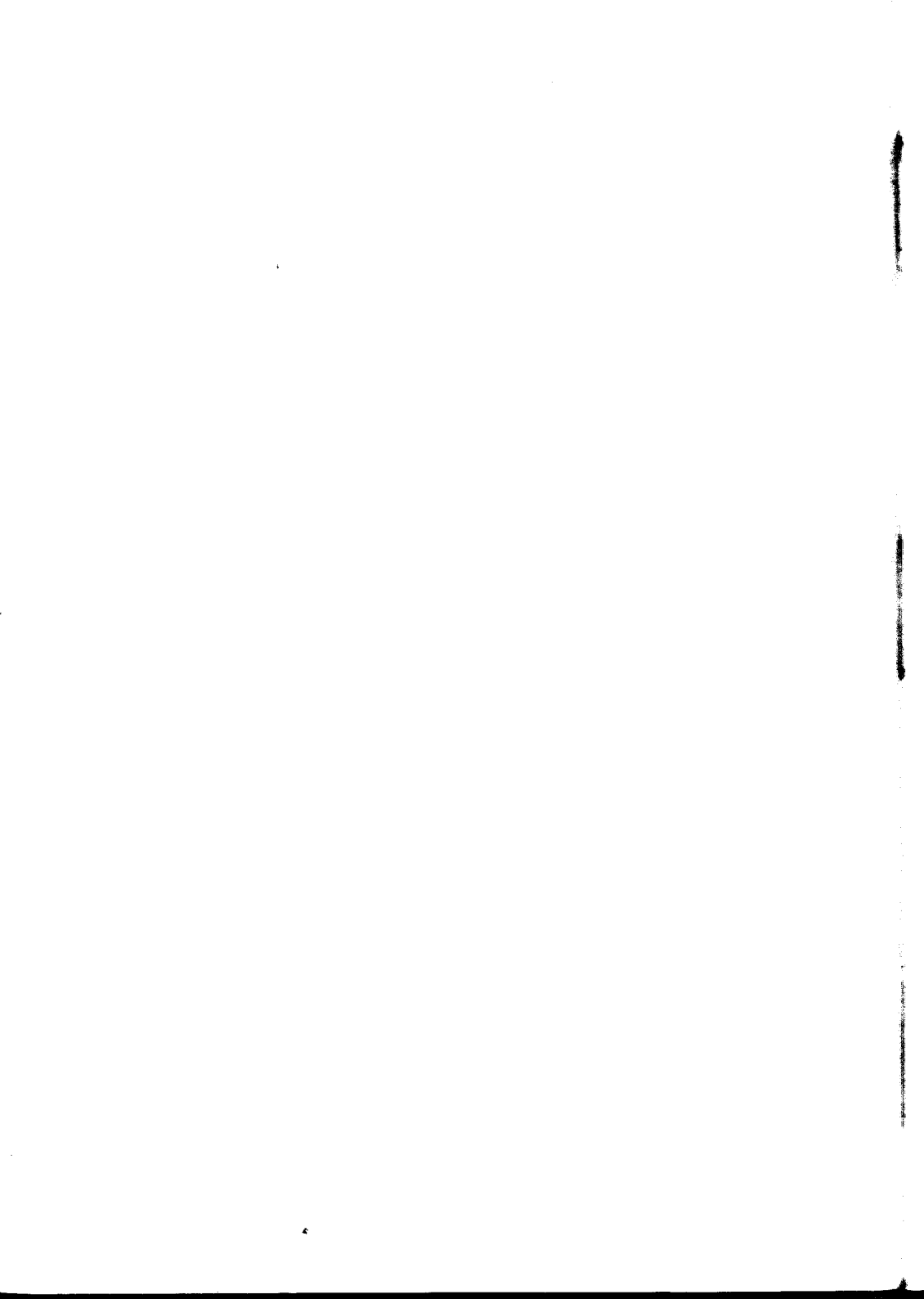
Se levantó la sesión del Congreso a las tres de la tarde. Como sea que se habían recibido noticias de la proximidad de los franceses, se decidió que tanto el gobierno como las tropas estacionadas dentro de la ciudad saldrían la misma noche. A la caída de la tarde, como de costumbre, en el palacio nacional tuvo lugar el rito de arriar la bandera, mientras las tropas presentaban armas y la banda tocaba el himno nacional.

Cuando le fue entregada la bandera, Juárez, de pie en el balcón con los miembros del gabinete, llevó la bandera a sus labios, y luego gritó: «¡Viva México!». La multitud, formando una sola y atronadora voz, gritó a su vez: «¡Viva!», mientras las mujeres elevaban en brazos a sus pequeños para que vieran y recordaran el adiós provisional de la República, una vez más personificada en aquel indio pequeño y moreno de sempiterno traje negro. Aquella noche, acompañado de algunos oficiales que sólo podían contar con sus propios recursos, y después de tomar el escaso dinero que estaba a mano, y de empaquetar los documentos importantes de los archivos nacionales, Juárez abandonó la capital dirigiéndose hacia el Norte.

Mientras, las diversas brigadas y divisiones que no habían sido capturadas en Puebla fueron reorganizadas por los generales que habían conseguido escapar, y colocadas en lugares

estratégicos alrededor de la capital, al efecto de cubrir la retirada del gobierno y, a la vez, hostigar a los franceses en su avance. Por fin, a través de Acapulco, empezaban a llegar nuevas armas y material de guerra procedentes de los Estados Unidos.

El 10 de junio, Forey, Almonte y Saligny cabalgaban hacia Ciudad de México al frente del ejército francés. En un mensaje al ministro francés de la Guerra informaban que el pueblo entero tributó una entusiástica bienvenida a los invasores; pero un capitán francés escribió a sus familiares que los mexicanos de la capital demostraron únicamente curiosidad y que lanzaron flores al paso de los soldados, aunque estas flores, añadía, habían sido pagadas por los mismos franceses.



Es curioso a la vez que deprimente el hecho de constatar que la mayoría de los americanos que han oído hablar de Benito Juárez, basen su opinión del hombre en una película cinematográfica o en una novelesca biografía de Maximiliano y Carlota. Los que se hallan en este caso consideran a Juárez como al indio implacable obsesionado sólo por la idea de destruir a la pobre, simpática y romántica pareja. Este irrazonable romanticismo deforma la historia de México y la vida toda de Juárez, falsifica los hechos y disminuye su grandeza. En realidad, Maximiliano y Carlota fueron las víctimas de una estafa gigantesca, y aunque eran jóvenes, idealistas y soñadores, eran asimismo ignorantes, toscamente presuntuosos, y estaban animados de una ambición que mejor podría llamarse codicia. Napoleón III y la formidable Eugenia eran también soñadores e idealistas, a su modo. Aunque el emperador francés hizo algunas cosas buenas y maniobró en gran escala, en este caso quedan claramente al descubierto su sed desmedida de obtener de México un provecho muy grande e inmediato y su péfido abandono de Maximiliano y Carlota cuando las cosas se pusieron difíciles. En conjunto, estos cuatro personajes, y otros tipos que destacaron en este armazón mexicano-europeo, y cuyo único interés consistía en sacar el máximo provecho, presentan unos ciertos rasgos de dignidad y nobleza; pero el motivo por el que figuran en los anales de la Historia en lugar

de hacerlo en los del crimen hay que buscarlo únicamente en los hombres y fuerzas que trataron de derribar y que, paradójicamente, les derribaron y arruinaron a ellos. La primera y principal de estas fuerzas era el ansia de libertad e independencia del pueblo mexicano, personificada en un hombre: Benito Juárez. Las otras fuerzas eran la aversión del pueblo americano, cansado de tanto guerrear, pero todavía armado; el siniestro imperio de oropel existente en el vecino país del Sur, y el Imperio alemán, en estado embrionario todavía, pero ya personificado por Bismarck. Inevitablemente Maximiliano, la víctima de la estafa, y finalmente, muchos años más tarde, la tenacísima Eugenia y la pobre Carlota, entraron todos en la parte sombría y sucia de la Historia, en la caja de basura, donde tarde o temprano van a parar algunos personajes.

La idea de una monarquía mexicana había sido largamente alimentada por algunos mexicanos reaccionarios y por diversos y cínicos extranjeros. Ya en 1783 propuso el conde de Aranda poner en el trono de México, Perú y Costa Firme a tres infantes españoles. Luego, más tarde, en 1805-1807, hubo el sueño no completamente disparatado de Aaron Burr. El lector puede recordar cómo en 1821, en Córdoba, cuando el último virrey, don Juan O'Donojú, del condado andaluz de los O'Donojú, llegó a un entendimiento con Iturbide y concedió la independencia a México, tenía la loca idea de colocar en el trono mexicano a un príncipe de la Casa de Borbón. En el mismo año, durante los desórdenes que siguieron, y antes de que España rechazara el acuerdo y de que Iturbide se nombrara a sí mismo Agustín I, emperador de México, una delegación de monárquicos mexicanos fue a Europa y ofreció la corona al archiduque Carlos Luis de Austria, el vencedor de Aspern y vencido de Wagram, quien cortésmente declinó este honor.

En esta delegación ilegal había un «Joven Conservador» de veintiún años de edad llamado José María Gutiérrez de Estrada, quien de este modo inició su larga y siniestra carrera como monárquico profesional. En 1840, durante el corto período liberal, había vuelto a México, quedándose en el país el tiempo suficiente como para escribir un ensayo monárquico que fue

prohibido por las autoridades. Luego tuvo que emprender el camino del exilio. Se casó con una rica condesa austríaca y vivió lujosamente en Roma, dedicándose a escribir grandilocuentes cartas a todos los políticos destacados de Europa, sobre las virtudes de la sangre real, sobre las ventajas que reportaría a Europa la existencia de una monarquía en México, y sobre el inminente peligro de que México fuera ocupado por los Estados Unidos. En 1854, Santa Anna, desesperado, comisionó a Gutiérrez de Estrada para la labor de encontrar un príncipe europeo que quisiera ocupar el trono de México —naturalmente, Santa Anna, detrás del trono, sería el verdadero rey—. Sierra admira sinceramente a Gutiérrez de Estrada, a quien considera como el único *puro* y desinteresado de entre los conspiradores.

El segundo de Gutiérrez de Estrada era un tal José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, un petulante que fue certeramente dibujado por Sierra, con las siguientes palabras: «Su evolución había sido la de la mayoría de los burgueses mexicanos de buena familia en igualdad de circunstancias: hombre de más urbanidad que cultura, no educado, sino *bien educado*, someramente al tanto del movimiento literario y político europeo, de inteligencia mediana, excesivamente inferior a su presunción, Hidalgo Esnaurrizar, como todos los de su clase, tenía un patriotismo que se componía de estos dos elementos: aborrecimiento a los *yankees*, amor a nuestro pasado español. Podemos reunir estos dos factores en uno solo: apego absoluto a la religión de los padres: *ubi crux ibi patria*, tal pudo ser su divisa». Con otro elegante joven, se presume que luchó bien contra los americanos de 1846 a 1848, sirvió como segundo secretario en las Legaciones mexicanas en Londres, Washington y Madrid, y recibió la bendición de Pío IX cuando ese Pontífice sufría destierro en Gaeta. «Se sintió armado caballero de las ideas rancias y el nuevo cruzado penetró en los salones y *boudoirs* con arrestos de conquistador de corazones para su causa y para su alcoba; así lo santo y lo dulce se confundían en delicioso consorcio».

Otra de las figuras del reparto, más siniestra e importante

que Hidalgo desde luego, fue Juan Nepomuceno Almonte, supuesto hijo ilegítimo del gran Morelos, y considerado así porque cuando se acercaba el momento de una batalla, Morelos ordenaba que, al efecto de proteger su vida, el muchacho fuera llevado al monte. Educado en los Estados Unidos, empezó su vida política como ardiente liberal y fue uno de los que en 1840 condenaron en redondo el folleto promonárquico de Gutiérrez de Estrada. Durante mucho tiempo estuvo íntimamente asociado con un personaje de su misma calaña, que fue, igual que Almonte, capturado en San Jacinto: estamos hablando de Santa Anna. Juan Nepomuceno Almonte logró escalar puestos importantes, entre ellos el ministerio de la Guerra, y fue ministro en Washington y París en varias ocasiones. Cayó con Santa Anna, y en 1856 fue enviado a Londres por Comonfort. En la capital inglesa, después de haberse arrimado decididamente hacia la derecha, por convicción o por creer que era el medio más rápido y seguro de ascender en su carrera política, unió su hediondo carro a la artificial caravana monárquica. Muy pronto fue destituido por Juárez, convirtiéndose en uno de sus más decididos y rencorosos adversarios, su regreso a México, agarrado a los faldones del ejército francés, con la pretensión de ser nombrado presidente, lo hemos comentado ya.

En esta conspiración, la Iglesia estaba representada por dos clérigos de carácter completamente opuesto: el arzobispo de Puebla, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos y el padre Francisco Javier Miranda. El primero, procedente de Zamora y Morelia, era un hombre culto, ilustrado, de carácter superior, que trató de mantener el juramento prestado al gobierno; pero, por otra parte, opuesto completamente a cualquier acto de la Reforma que afectara a la Iglesia. Debido a la resistencia armada contra la Reforma en Puebla, en 1856 fue desterrado por Comonfort, y se asentó en Roma, donde actuó como representante de posteriores gobiernos reaccionarios ante la Santa Sede. A su modo, Labastida era un verdadero patriota mexicano. Desconfiaba de Napoleón III, y llamaba a Maximiliano y Carlota «las palomas de Miramar». Era también escéptico en

relación con el proyecto imperial, y si al final lo apoyó fue sólo porque consideró que era un medio para derrotar a la Reforma y para restaurar el poder de la Iglesia.

Por contra, el padre Francisco Javier Miranda era un político intrigante —de hecho fue ministro de Justicia en el gabinete ilegal de Zuloaga— que fue clérigo como podía haber sido otra cosa. Normalmente solía viajar mucho por México, y más tarde por Europa. También normalmente, los lugares por donde pasaba se convertían en foco de preocupaciones para el gobierno de Juárez. «Era un político», dice Sierra, «que creía en las virtudes del agua bendita un poco teñida de rojo... Era un implacable, era un fanático imperturbable y frío».

Ya en 1858, Hidalgo, que había trabado conocimiento con la condesa Montijo y su hija Eugenia, fue invitado por Eugenia y Napoleón a Compiègne, y allí Hidalgo mencionó por vez primera la idea de un Imperio mexicano. Esta idea no era nueva para Napoleón, pues la había ya discutido con Palmers-ton, quien en principio la acogió con cierta simpatía. Según Sierra: «Luego que se entrevió la posibilidad de una intervención francesa, por los informes de Saligny, agentes de M. de Morny, Hidalgo maniobró con tanto celo, que Eugenia, quien, según decían, tenía sangre de Moctezuma en las venas, no acarició, al mediar el sesenta y uno, otra idea que aquistar a México, el pueblo relapso, y ponerle el sambenito de una monarquía paternalmente dura, aunque para ello fuese necesario derramar un poco de sangre francesa, aun cuando fuese necesaria una pequeña guerra: "Mi guerra de México", decía la emperatriz, como Chateaubriand había dicho cuarenta años antes: "Mi guerra de España". ¡Jamás la trama de una comedia cortesana se había tejido tan apretadamente en la urdimbre de una tragedia histórica!»

Pero si fue Hidalgo el más efectivo con Eugenia, «Almonte», dice Sierra, «logró la predilección personal del emperador Napoleón, a quien llamó la atención su cultura, su juicio; porque era hombre de inteligencia que conocía mucho a su país, pero que, a fuer de mestizo capcioso, sabía presentar con extraordinaria seriedad las cosas bajo el ángulo que le convenía».

Obviamente estas influencias personales nada habrían conseguido si Napoleón no hubiera entrevisto, por entre las brumas de la conspiración, la riqueza de las montañas de México. Pudo muy bien haber sido Almonte quien le imbuyera la descabellada idea de que los ingresos aduaneros —en su mayor parte en manos de financieros de la City más realistas que Napoleón y Almonte— podrían amortizar el coste de la intervención. Además, fulguraban todavía los fantasmas de los millones de los bonos Jecker, la riqueza mineral de Sonora, en la cual hacía ya tiempo que el emperador tenía puestos los ojos, y sobre todo, existía la posibilidad de crear en el Nuevo Mundo un imperio satélite, latino y católico, que podría convertir al sobrino del hombre que había sido dueño de la Europa occidental, exceptuando Inglaterra, en el dueño de un imperio en América. Este hombre extraño, mientras estaba encarcelado en Ham soñaba que el sol de las nieves de Orizaba podría todavía igualar al sol de Austerlitz. Esto era en 1841, no mucho después de que Juárez, encarcelado más breve e inconfortablemente en Loxicha, soñara en algo muy diferente: en una sociedad mexicana más libre y justa. William Bolitho sintetizó a Napoleón III, al hablar del momento de su ruina en Sedán: «Pobre diablo, nunca tuvo mucho estilo». Cuando los acontecimientos tuvieron lugar, los hombres no podían ser tan benévolos como lo fue Bolitho sesenta años más tarde. Para alimentar o destruir los sueños de este hombre, acariciados mientras jugaba con los botones de su uniforme y se retocaba las puntas de su largo bigote, muchos millares de hombres de muchas naciones vertían su sangre y se sacaban las entrañas en Crimea, en Italia y sobre los campos y caminos rocosos y polvorientos de México.

La más notable de estas víctimas, Maximiliano, nació en el vasto palacio imperial de Schönbrunn, en Viena, el año 1832, cuando Juárez contaba veintiséis años y luchaba por ganar su vida como abogado recién estrenado y maestro en Oaxaca. Después de haber estado al cuidado de tutores reales y de efectuar muchos viajes —durante uno de los cuales, en 1856, se entrevistó con el emperador francés, un simple Bonaparte—, Maxi-

miliano se casó en 1857 con la princesa Carlota de Bélgica, nacida en 1840. En los retratos de Maximiliano se aprecian su innata vanidad y su benevolencia —o debilidad— y en los de Carlota una ambición herida y ceñuda, latente dentro de la figurilla de fina porcelana. Como gobernador de la Lombardía y el Véneto, durante breve tiempo y antes de la intervención francesa en Italia, evidentemente Maximiliano fue excesivamente liberal para el gusto de su hermano, el emperador Francisco José, como lo fue más tarde como comandante en jefe de los cuatro o cinco barcos de la marina austríaca estacionados en Trieste, aunque debió de sentirse relativamente feliz en tales empleos, no por eso podía dejar de pensar que era el suyo un precario destino, pues no debe olvidarse que era vástago de una de las más augustas y poderosas familias reales de Europa. El palacio de Maximiliano y Carlota, llamado Miramar, estaba asentado sobre una peña, y como su nombre indica, miraba al mar, al Adriático. Situado cerca de Trieste, era una joya original y caprichosa; pero para sus dos moradores debía de ser como una jaula dorada. Quizás su romántico apetito se despertó al leer la *Verdadera Historia de la conquista de México*, por Bernal Díaz, quien había entrado en los salones de Moctezuma. ¿No podrían ser recibidos como salvadores, y no podrían llegar a convertirse ellos, Maximiliano y Carlota, en amantes y amados padres de aquellos millones de indios pobres, devotos y amantes de las flores? Una vez el pueblo de México se hubiese levantado y regenerado, y con su vasta riqueza explotada y asequible, ¿no podría México finalmente alzarse, conducido por su emperador, hasta un nivel parecido al de Francia y Austria?

Gutiérrez de Estrada, Hidalgo, Almonte y otros mexicanos que se encontraban en Europa soñaban y conspiraban sin descanso, adulando y tratando de seducir a todas las personas de sangre real y a los políticos poderosos de las diferentes capitales con quienes lograban ponerse en contacto. No obstante, no iban unidos, sino que se sentían mutuamente celosos y estaban siempre dispuestos a asestarse una puñalada en la espalda. Lentamente, el complot iba madurando y, más len-

tamente aún, se iba haciendo público, mientras la actividad se hacía más compleja e intensa. Por ejemplo: Miramón, durante su estancia en París, intentó avisar a Napoleón de que el partido monárquico no era muy fuerte en México; pero, por razones que saltan a la vista, los otros mexicanos evitaron la entrevista. Mientras, el viejo Santa Anna, entonces en la isla de Santo Tomás, trataba de inmiscuirse en el asunto para lo cual escribió a Napoleón con su característica hipocresía que «la inmensa mayoría de la nación ansiaba el restablecimiento del Imperio de Moctezuma». Quizás pensaba ya en hacerse diseñar un nuevo árbol familiar: Hausburgo injertado sobre Azteca.

Hidalgo pretendió que el primer candidato en quien pensó para ocupar el trono fue Maximiliano, pero el mérito, si es que puede emplearse esta palabra, es seguramente de Gutiérrez de Estrada, pues siempre había sido un admirador del archiduque austríaco. Napoleón escogió a Maximiliano al efecto de apaciguar a los Hausburgo, a cuyos ejércitos había derrotado en la campaña de Italia y cuya ayuda necesitaría tal vez para ir contra Bismarck. Pronto se demostraría la falsedad de este cálculo: el emperador Francisco José desde el principio no veía ya con muy buenos ojos el proyecto. El resultado final no contribuiría a estrechar los lazos entre su promotor, Napoleón III, y la casa real de Austria. Por otra parte el ejército de Francisco José muy pronto demostraría ser bastante débil.

En octubre de 1861 Maximiliano conoció el plan de Napoleón, un plan en el que el archiduque debía de soñar desde mucho tiempo antes, y concedió una entrevista a Gutiérrez de Estrada, respaldada por Napoleón, en la que le fue ofrecido el trono de México. Maximiliano replicó que aceptaría si su hermano le concedía permiso para ello, si disponía del apoyo militar de Francia e Inglaterra, y si el pueblo mexicano, en un plebiscito, le ofrecía el trono. En marzo de 1862, Almonte embarcó para Veracruz con la sana idea de preparar el camino que debía llevarle a la presidencia. Miranda ya había regresado; Miramón cuando lo estaba haciendo fue, como ya

Lo que sí es cierto es que la tensión de los nervios de Juárez no solamente continuaba, sino que iba en aumento. Cinco días después de su llegada a Saltillo tuvo que hacer frente a un grave problema planteado por varios personajes de su propio partido. En un memorándum hizo la siguiente anotación:

En la noche del 14 de enero de 1864 se me presentaron los señores don Juan Ortiz Careaga y general Nicolás Medina, comisionados del señor general don Manuel Doblado, don Martín W. Chávez, comisionado del señor don José M.^a Chávez, gobernador que ha sido de Aguascalientes, don Trinidad García de la Cadena y don Manuel Cabezut, comisionados del señor general don Jesús González Ortega, y me manifestaron que venían a nombre de los señores Doblado, Chávez y Ortega a pedirme que renunciara a la presidencia de la República, para que se quitara al enemigo el pretexto que alegaba diciendo que mientras yo estuviera en el poder no había de entrar en tratados: que dichos señores se habían resuelto a dar este paso porque el señor Cabezut, a su regreso de S. Luis Potosí, les había manifestado que yo estaba decidido a dejar el puesto, lo que consideraban como cosa muy natural porque me juzgaban agobiado y debilitado por lo difícil de la situación; que esta petición no la hacían de un modo oficial, sino confidencialmente, por lo que no traían una comunicación que expresase este objeto y que la contestación que yo diese ya fuese afirmativa o negativa sería acatada y obedecida, pues de ninguna manera se pretendía ejercer presión alguna sobre mis resoluciones, lo que hacían presente por encargo expreso de los señores Doblado, Ortega y Chávez. El señor García de la Cadena, en apoyo de su petición expuso que hablando con franqueza manifestaba que podía asegurar en conciencia que en el Estado de Zacatecas desde el primero hasta el último de sus ciudadanos era uniforme y expresa la opinión de que era conveniente que yo abandonase el puesto.

En vista de todo esto les contesté que antes de llegar a esta ciudad el día 9, había yo recibido en el camino carta del señor Ortega en que me anunciaba que venía una comisión a tratar conmigo de asuntos de la mayor importancia; que el mismo día se recibieron aquí comunicaciones y cartas de los señores Ortega y Doblado de fecha 8 y en las cartas del señor Doblado a los señores Prieto y Núñez les decía que se le había asegurado que yo estaba resuelto a dejar el puesto y que ya me escribía sobre el particular.

Como no recibí la carta a que se refería el señor Doblado creí conveniente escribirle diciéndole «que no había recibido su carta

y que no era exacto que yo quisiera renunciar, porque en las presentes circunstancias en que el poder nada tiene de halagüeño, ni mi honor, ni mi deber me permitían abandonar el poder que la nación me había confiado. Sólo cuando ésta por los conductos legítimos me retire su confianza entonces me separaré, pues no he de ser yo el que dispute el puesto contra la voluntad de mi patria...»; que esta contestación que di ya al señor Doblado era la misma que daba ahora a los señores de la comisión; agregándoles que si, como me habían expuesto, se creía que yo, tal vez por lo difícil de la situación estaba cansado y debilitado y por eso quería separarme, esto no era cierto y que podían asegurar a sus comitentes de mi parte, que lejos de cansarme y debilitarme por los sucesos, estaba tan alentado y decidido como hace seis años en que comencé esta lucha; que entonces al encargarme del mando preví todas sus consecuencias, y por esto no me arredraban los reveses y las desgracias, que son consecuencias naturales de una guerra como la que sostiene nuestra patria; que mi conciencia y mi honor me aconsejaban como un deber mío imprescindible, conservar el poder que el voto de la nación me ha confiado, y que si en estos momentos de común peligro lo abandonaba cobardemente, echaría un borrón sobre mi conducta, cubriría mi nombre con las maldiciones de mis conciudadanos y arrojaría un baldón sobre mi memoria que quiero dejar ilesa a mis hijos.

Con esto terminó la conferencia, repitiéndome los señores comisionados que mi resolución la transmitirían a los señores Doblado, Chávez y Ortega y sería obedecida. *Benito Juárez.*

En cartas a Chávez y Ortega, Juárez, aunque de forma más breve, ratificó su posición, y en una misiva a Doblado la razonó, alegando además que su dimisión sería peligrosa y ridícula a la vez, y que precipitaría al país en la anarquía; que los franceses quizás no querrían tratar ni con Ortega ni con cualquier otro mexicano que no aceptara la intervención; que su propósito (el de los franceses) era establecer un gobierno útil sólo a Francia; y que algunas naciones tal vez no se avendrían a tratar con Ortega, lo que serviría sólo para fortalecer a los franceses. «Mientras, continuaré haciendo cuanto esté en mi poder para ayudar a mi país en la defensa de su independencia, sus instituciones y su dignidad». Luego agradece una vez más las buenas intenciones de Doblado, y le pide su cooperación. En una carta a Romero, Juárez repite todo esto, a la vez que

le pide que procure que la prensa no se entere de lo sucedido, al efecto de evitar el escándalo. Le comunica también haber recibido de Doblado un escrito por el que acepta la decisión del presidente. Da por terminado el asunto en su estilo característico: «Queda por terminado este mitote».

A Doblado no le quedaba apenas otro recurso que cooperar con Juárez, dentro de su limitado talento y mediana capacidad militar. Fue trasladado fuera de Guanajuato, y en sus negociaciones, independientes y no autorizadas por el gobierno, con Bazaine, descubrió que los franceses se sentían muy poco inclinados a llegar a un compromiso. Era, ni más ni menos, lo que le había dicho Juárez. La posición de Ortega no era muy sólida, pues el 7 de febrero estuvo con un pie fuera de Zacatecas. Poco después, Chávez fue capturado y muerto. Tres destacados militares, los generales Luis Terrazas, José María Patoni e Ignacio Pesqueira, los dos primeros en Chihuahua y Durango, respectivamente, y el último, en Sonora, donde luchaba contra los indios salvajes del Estado, repudiaron vigorosamente este intento de conseguir la dimisión de Juárez.

«Queda por terminado este mitote»; pero las pruebas por las que este hombre, Benito Juárez, tuvo que pasar, no habían, ni con mucho, terminado.

TRAICIONES, DERROTAS Y UNA PENOSA
DESPEDIDA

La clemencia mostrada por Juárez respecto a Doblado tuvo su premio, pues el militar pudo unirse al presidente con una fuerza de 1.500 hombres y cuatro piezas de artillería, mientras que el general Florencio Antillón estaba en las cercanías con 2.000 hombres. Este apoyo fue casi providencial, porque la independencia y arrogancia de Vidaurri se habían hecho intolerables. El gobierno federal se hallaba como siempre apurado para conseguir el dinero con el que mantener al ejército. Núñez, como ministro de Hacienda, había perdido todos sus ánimos e incluso parecía como si quisiera pasarse al enemigo; destituido, fue confinado por breves días en su domicilio, siendo substituido en su cargo por Iglesias. Vidaurri había estado comerciando en gran escala con la Confederación, cuando Juárez e Iglesias le pidieron el porcentaje correspondiente al gobierno federal procedente de los ingresos aduaneros y de las contribuciones e impuestos, Vidaurri se negó en redondo, so pretexto de que necesitaba todo el dinero para dedicarlo a mantener la paz en el Estado que gobernaba, es decir, el de Coahuila-Nuevo León.

Juárez decidió actuar contra Vidaurri. El día 10 de febrero, Doblado y sus fuerzas partieron hacia Monterrey por la ruta estrecha y azotada por los vientos, flanqueada por precipicios, y que en un recorrido de unos 95 kilómetros desciende más de mil metros. En Santa Catarina, Antillón y sus fuerzas se

unieron a Doblado quien recibió un mensaje de Vidaurri en el que se le comunicaba que permaneciera donde estaba, «pues la ciudad estaba dispuesta a recibir al presidente con todos los honores de su alto rango». Doblado cometió entonces la inexplicable locura de enviar sus cuatro piezas de artillería a la ciudad para que sirvieran para disparar las salvas en honor del presidente. A Vidaurri le faltó tiempo para mandar arrestar a los artilleros y hacer conducir las piezas a la Ciudadela, aprestándose al combate. La noche del 11 de febrero, fecha en que llegaron a Monterrey, Juárez y sus ministros la pasaron en un rancho llamado El Mirador, cerca de la falda de la colina en que estaba el palacio episcopal, el cual había sido en todas las guerras escenario de importantes batallas. A la mañana siguiente, Juárez escribió a su esposa en Saltillo, la siguiente carta:

«Mi estimada Margarita: A las diez de hoy hago mi entrada a la Ciudad. No lo hice ayer porque este señor Gobernador que es aficionadísimo a llevarse de los chismes ha estado creyendo que lo veníamos a atacar, y en consecuencia había tomado sus medidas de defensa, yéndose a la Ciudadela a apoderarse de la artillería y esparciendo la voz de que no había de auxiliar al Gobierno. Como todo no pasa de ser borrego y de fanfarronada, yo no me he dado por entendido y he seguido mi marcha. Pude haber entrado anoche; pero he querido, contra mi costumbre y mi carácter, hacer mi entrada solemne. Como en lo general de la población hay buen sentido, ya se están preparando las gentes con cortinas para el recibimiento. Veremos ahora con qué otro pito sale este señor.

No dispongan todavía su viaje hasta que yo les avise.

Dile a Santa que tenga ésta por suya y que no tenga cuidado.

Recógeme unos cepillitos de ropa que dejé en la mesa en que me afeitaba.

Memorias a nuestros amigos y muchísimos abrazos a nuestros hijos.

Soy tu esposo que te ama. *Juárez.*»

Como de costumbre, Juárez era optimista. No obstante, este optimismo era algo peligroso, porque «este señor», Vidaurri, aún tenía una o dos jugarretas por emplear. Juárez entró en Monterrey hacia mediodía, y, cosa extraña, apenas había gente

esperándole. No se sabe si Vidaurri estaba o no entre los que le dieron la bienvenida. De todos modos, se cuenta que Vidaurri, al encontrarse con Juárez, le saludó con estas palabras: «¿Cómo está usted, don Benito?» Juárez se cruzó de brazos y respondió: «¿Es que no puede usted llamarme señor presidente?» Al no obtener respuesta, Juárez le volvió la espalda, y regresó a su coche. Los hombres de Vidaurri le siguieron por la ciudad, pero no se atrevieron a atacarle. «A toda velocidad», dijo al cochero uno de los ayudantes de Juárez; pero éste replicó: «Sólo al trote. El presidente de la República no debe correr». Juárez se instaló en el palacio gubernamental, y mandó llamar a Vidaurri; pero éste permaneció en la Ciudadela y estipuló, junto con efusivas protestas de lealtad a Juárez, que ante todo las fuerzas de Doblado debían retirarse de la ciudad. El mismo Doblado había sugerido ya antes la conveniencia de retirar sus tropas; pero Juárez no lo permitió. Ni el presidente ni el gobernador quisieron transigir, por lo cual, ni el uno fue a la Ciudadela ni el otro al palacio.

«Había un medio, propuesto por Doblado», dice Sierra, «el cual resueltamente tuvo que confesarse menos listo, ¡él, no engañado hasta entonces por alma viviente! (Esta vez le había engañado Vidaurri el día anterior). El medio era que Doblado pasase como rehén a la Ciudadela ocupada por Vidaurri, mientras éste salía para conferenciar con Juárez. “Pero, señor Doblado”, dijo Vidaurri, “¿es usted tan candoroso para proponerme la ruina de los dos?” Mi mujer, que no es diplomática como usted, pero que tiene la prudencia natural, me dice que esto es absurdo, porque si me fusila el presidente y los míos fusilan a usted, Juárez saldrá ganando, pues se libra de los dos».

Vidaurri, apoyado a última hora por su amigo el general Pedro Hinojosa, amenazó con atacar. Juárez creyó conveniente ordenar a Doblado y sus hombres, carentes de artillería, que abandonaran la ciudad. Doblado se retiró el 14 de febrero, y entonces Vidaurri fue a entrevistarse con Juárez en el palacio del Estado, seguido por un enjambre de partidarios que le vitorearon durante todo el camino. Según Prieto, tan ameno

e indigno de crédito como siempre, Vidaurri abrumó a Juárez con sus exigencias, y pocos minutos después su hijo sacó una pistola. Tan dignamente como les fue posible, Juárez, Lerdo y Suárez Navarro salieron hacia la calle y, con Prieto, escaparon en un coche que Lerdo, previsor, había hecho estacionar allí previamente. Defendidos del populacho por unos pocos soldados, el grupo huyó.

Una vez en el Saltillo, incluso Juárez debió de sentirse deprimido por este fracaso. Lo mismo él que Doblado habían sufrido peligrosos errores de juicio; pero fue Juárez solo quien salió con el prestigio disminuido, a pesar de que Lerdo y Suárez Navarro hicieron un papel tan triste como don Benito. Aunque su salud era de hierro, aquel disgusto le hizo caer seriamente enfermo.

Al menos ahora la rebelión de Vidaurri era abierta. Juárez declaró la independencia de Nuevo León y Coahuila, poniendo ambos territorios en estado de sitio, y ordenó —por puro formulismo— a Vidaurri que se presentara en Saltillo para ser juzgado. Para dar mayor fuerza a esta medida hizo concentrar a sus generales y tropas en Saltillo, para impedir que Mejía y los franceses, en San Luis e incluso en Matehuala, acudieran en ayuda de Vidaurri. Mientras, Vidaurri reveló que había estado en negociaciones con Bazaine, quien, con amenazas e intentos de soborno, intentó que se pasara al bando francés. (Bazaine había realizado intentos similares e inútiles cerca de Lerdo y Díaz). No deseando tomar decisiones supremas sin el apoyo de los habitantes de su vasto feudo, Vidaurri tuvo la malhadada idea de celebrar un plebiscito por el que el pueblo debería escoger entre la paz y la guerra, en el bien entendido de que la primera solución significaba rendirse a los franceses, mientras que la segunda —la guerra—, significaba el apoyo de Juárez. Juárez declaró traidor a Vidaurri y a todos los que votaran. Los votantes fueron escasos, y al efectuar el recuento fueron mayoría las papeletas en las que figuraba la palabra guerra. Juárez disponía ahora de 7.000 hombres, y por ello, al pretender Vidaurri retirarse a la vida privada, Juárez se dispuso a hacerle prisionero; pero Vidaurri logró huir a Texas.

La única amenaza la constituía ahora el general Julián Quiroga, amigo del exgobernador, que disponía de una fuerza de caballería más o menos numerosa. Así, Vidaurri, la perenne preocupación y posible amenaza, quedó fuera de la escena; pero la concentración de tropas que ello supuso debilitó las defensas republicanas contra los franceses en el resto del país. Juárez atribuyó esta victoria a la fuerza moral de la posición legal adoptada por el pueblo de Coahuilla y Nuevo León, lo cual es cierto en parte; pues no debe despreciarse tampoco la fuerza material representada por 7.000 hombres armados.

El 27 de febrero tuvo lugar un curioso intermedio en Veracruz. Santa Anna llegó a la mencionada ciudad procedente de Santo Tomás y de La Habana, con la esperanza de hacerse con el control de las partes del país ocupadas por los franceses. Tenía prisa, pues deseaba que sus proyectos se realizaran antes de la llegada de Maximiliano, de modo que pudiera convertirse en la segunda figura de México, después del emperador, y quizás en la primera en lo que a poder se refiere. Desgraciadamente para el exdictador, Hidalgo y Almonte, velando por sus propios intereses, intentaron y lograron sembrar la semilla de la sospecha en el ánimo de Napoleón, quien desde entonces desconfió de Santa Anna. Además, Bazaine, que le había dado permiso para regresar a México «como simple ciudadano», y que le había obligado, a través de las autoridades de Veracruz, a jurar que se abstendría por completo de toda actividad política, se enfureció cuando Santa Anna lanzó una de sus grandilocuentes y engañosas proclamas al pueblo mexicano, en la cual, si bien adulaba a los franceses, hacía demostración patente de que nunca pasó por su mente de viejo conspirador profesional la idea de mantenerse al margen de la política. Sin embargo, no tardó en ser deportado.

Los días 2 y 3 de abril, como resultado de la huida de Vidaurri, Monterrey fue ocupado, y aunque el gobierno se estableció allí, Juárez dejó a su familia en Saltillo. Fue en esta ciudad que el 13 de junio, «a las nueve y cuarto nació Antonio Juárez y Maza», el último hijo de Juárez. En julio, la familia se trasladó a Monterrey, donde, el 12 de julio, Manuela Juárez

y Maza de Santacilia dio a luz a una niña; la primera nieta de Juárez. En el *Diario* figura la siguiente anotación: «A las tres y 35 minutos de la mañana tuvo efecto el alumbramiento de Nelita».

A medida que su familia aumentaba, sus colaboradores disminuían: los desalientos, disensiones, deslealtades, deserciones y traiciones continuaban. Zamacona no fue ni pudo en modo alguno ser un traidor; pero el desánimo hizo presa en él. El 16 de junio de 1864, desde Saltillo, escribió a Juárez una carta larga y pesimista, en la que le decía que el Imperio lograba de hecho establecer la paz y el orden, y que la moral del pueblo estaba más baja que nunca. Como sea que Zamacona continuó escribiendo a menudo otras cartas parecidas, Juárez se irritó. Enterado de la reacción de Juárez, Zamacona replicó que le gustaría poder retirarse a Puebla o Tlaxcala para dedicarse a granjero.

Juárez tuvo un serio choque con Luis Terrazas, hombre de carácter fuerte quien a sus treinta y cuatro años era gobernador de Chihuahua, como años antes había logrado con su propio esfuerzo convertirse en acaudalado ranchero. Las dificultades entre este Estado y el gobierno federal eran las normales: la disposición de las propiedades eclesiásticas, la transferencia del porcentaje establecido en favor del gobierno sobre los derechos aduaneros y las contribuciones, y el reclutamiento de hombres y provisión de armas para el ejército. En el caso de Chihuahua, a estas dificultades debían añadirse las surgidas con los americanos y con los indios salvajes. En este caso concreto podemos aceptar la interpretación de Fuentes Mares, quien considera que Juárez se convirtió en un hombre irritable y muy desconfiado debido a las dificultades que le creó Vidaurri; que su reacción ante las decisiones de Terrazas fue completamente legalista; y que se dejó influir por los enemigos de Terrazas. No obstante, es evidente que si Juárez se hubiese mostrado excesivamente comprensivo con las dificultades de cada gobernador, si se hubiese compenetrado completamente con los problemas de cada uno de los Estados de México, la República no habría sobrevivido. Juárez envió a Chihuahua

al general Patoni para hacerse cargo del mismo y para dar posesión de su cargo al nuevo gobernador, Jesús José Casavantes. Patoni se dedicaba a estas tareas «con el mayor tacto», según palabras de Fuentes Mares. Es muy posible que Terrazas fuera víctima de calumnias, pues hizo grandes protestas de lealtad, e incluso llegó a ofrecer el cargo de gobernador a Patoni, para así evitar que Casavantes fuera su sucesor. Luego con una escolta de caballería abandonó la ciudad dirigiéndose a Paso del Norte, ahora Ciudad Juárez. Casavantes un chambón belicoso, fue pronto reemplazado por Angel Trías, quien trató de reparar los errores de su fugaz antecesor. Mientras Patoni, después de alistar un batallón, y contrariando las órdenes de Juárez de volver a Saltillo, se dirigió a su Estado de Durango, lo que le valió una severa reprimenda. Por lo que se desprende de su Diario, Juárez no quedó muy satisfecho de su propia actuación en este incidente.

Aunque se producían motines y deserciones en varias unidades del ejército, el peor acontecimiento de esta naturaleza fue, sin duda alguna, la traición del general José López Uraga, comandante supremo del ejército del Centro. Fueron los generales Corona y Arteaga quienes denunciaron la inteligencia existente entre su colega y el enemigo. Cuando llegaron las pruebas de la traición del general Uraga, el 1.º de julio, el gobierno transfirió el mando del ejército del Centro al general Arteaga, ordenando al mismo tiempo a Uraga que se presentara en Monterrey. Naturalmente, no se presentó; al contrario, se pasó declaradamente al enemigo. Luego trató de sobornar sin conseguirlo a otros generales, entre ellos Díaz. Mientras, los franceses y los imperialistas mexicanos continuaban su lento avance hacia el Norte.

Como es lógico a Juárez le era difícil obtener informes exactos no sólo de cuanto ocurría en el extranjero, sino también de los acontecimientos de México. Generalmente, las noticias eran malas, pero procuraba mantenerse tan optimista como las circunstancias lo permitían. Prueba de ello la tenemos en los siguientes informes, destinados a Romero. 20 de abril: «Las cosas siguen bien: de México nos dicen con fecha 10 de este

mes que el emperador Napoleón ha aprobado todos los actos del general Bazaine contra el clero. ¿Qué hará el señor Labastida? Veremos». 15 de mayo: «Hoy hemos visto periódicos de N. Orleáns que alcanzan hasta el 5 del actual. Anuncian que el archiduque aceptó por fin la corona de México el 10 del pasado, manifestando (parece mentira) que la aceptaba porque ya la gran mayoría de los mexicanos había confirmado con su voto el acuerdo de los notables. O todo esto es falso o debe estar loco el hermano de Francisco José». 8 de junio: «Hoy hemos tenido cartas de México que alcanzan hasta el 28 del pasado. Anuncian ya la llegada de Maximiliano a Veracruz. Yo celebro sinceramente la llegada del archiduque, porque tengo el convencimiento de que la creación práctica del trono facilitará el triunfo de nuestras instituciones republicanas». 6 de julio: «Hoy he visto una carta de México de fecha 23 del pasado; el que escribe dice, refiriéndose a una persona que acaba de llegar de Oaxaca, que Porfirio tiene ya 14.000 hombres, mucho parque y 30 piezas de artillería y que sólo esperaba para salir a campaña que sus soldados estuviesen diestros y perfectamente disciplinados».

Naturalmente, las cartas de Juárez a Romero estaban dominadas por un tema central: el de procurarse el apoyo de la República del Norte. Algunos miembros de la Cámara y del Senado continuaron con sus presiones para que fueran condenados tanto el Imperio Mexicano como la intervención. De hecho, lograron incluso la aprobación de algunos proyectos de ley en este sentido, e iguales resultados se obtuvieron en las convenciones políticas de 1864. Romero prestó su pleno apoyo a estas resoluciones, pero, sin embargo, ni Lincoln ni Seward podían entonces correr el riesgo de enemistarse seriamente con Francia. Con fecha 13 de abril, Juárez escribió a Romero que Corwin regresaba a los Estados Unidos. Este hecho no es muy importante en sí mismo, pero quizás fue una suerte para el gobierno republicano, porque si bien Corwin no había reconocido a la Regencia, pues, como no conocía el suficiente español como para leerlo, sus informes podrían haber sido contraproducentes, teniendo en cuenta su grado de desmorali-

zación. Juárez insistía en todas sus cartas que Romero hiciera cuanto estuviera en su mano para contrarrestar los perniciosos efectos de aquellos artículos que, procedentes de publicaciones francesas en México, eran reproducidos en los periódicos americanos. Pedía también a Romero que le enviara, vía Matamoros, la edición semanal del *New York Herald*. El 29 de marzo de 1864, treinta y un simpatizantes con el gobierno republicano de México dieron un banquete a Romero. Entre los comensales se hallaban William Cullen Bryant, Hamilton Fish, John Jacob Astor, Jr. y George Bancroft. A Juárez le alegró esta demostración de simpatía, según se desprende de su carta a Romero de fecha 20 de abril; pero añadía: «Hasta ahora sólo hemos tenido brindis y discursos, es decir, simpatías estériles que ningún provecho positivo nos han reportado para el éxito de la campaña». En 15 de mayo, Juárez expresó su agradecimiento por los esfuerzos del Congreso americano; su creencia de que Seward se acobardó ante la posible reacción de los franceses; y su esperanza de que las mutuas simpatías existentes entre Vidaurri, los franceses y la Confederación lograrían que se estrecharan los lazos entre la Unión y la República de México. En realidad, los sentimientos de los confederados estaban divididos. Su objetivo primordial era lograr que Francia reconociera a la Confederación, lo cual quedó sólo en eso, en objetivo. El 29 de junio, enterado de que se había producido la intervención por parte de Europa en Santo Domingo y Perú, Juárez manifestó su confianza en que los Estados Unidos no permanecerían indiferentes a estas violaciones de la Doctrina Monroe, y asimismo en que Grant derrotaría a Lee en las batallas que se desarrollaban en los alrededores de Richmond.

El optimismo de Juárez levantó el ánimo de los republicanos, pero a simple vista carecía de todo fundamento. Durante este período, la derrota más importante sufrida por los republicanos fue la que tuvo a Doblado como protagonista, en una batalla que se desarrolló en Matehuala el 17 de mayo. El 22 de abril Juárez había escrito a Doblado aconsejándole evitara tomar parte en ninguna batalla importante, a la vez que le

ordenaba defender una determinada línea entre los Estados de San Luis Potosí, Nuevo León y Coahuila. El 13 de mayo, desde Durango, Patoni escribió a Juárez que según informes recibidos de Ortega, Doblado corría el riesgo de verse envuelto por las fuerzas de Mejía. Pero Doblado atacó Matehuala y la mina Catorce, sólo cuando ya Mejía tenía noticias de sus propósitos, con lo que el general reaccionario tuvo tiempo de recibir refuerzos franceses de San Luis Potosí. Doblado perdió 1.200 hombres y toda su artillería. Al principio Juárez recibió informes alentadores, pero pronto supo la verdad. En consecuencia, se decidió a enviar al general Ortega y sus fuerzas para detener el avance de los vencedores. Afortunadamente para Juárez y su gobierno, los franceses y los imperialistas no atacaron inmediatamente Saltillo y Monterrey.

Después de informar acerca de su derrota en Matehuala, Doblado fue relevado, y se le concedió el pasaporte que había solicitado para entrar en los Estados Unidos. Desde Matamoros llegaron noticias de que cuando Doblado pasó por esa ciudad, él y sus amigos celebraron una orgía en un burdel y dieron a cada una de las «princesas austro-rusas» que en él se hallaban la suma de diez pesos y una de las medallas capturadas a los franceses. Quizá esto no sea sino una calumnia, pero de todos modos creemos es interesante dejar constancia del episodio. Durante el año siguiente, Doblado, desde los Estados Unidos, causó una última y grave preocupación a Juárez al tratar, sin autoridad alguna, de negociar con oficiales americanos, asegurándoles que el gobierno mexicano estaba dispuesto a ceder parte del territorio nacional a cambio de una mayor ayuda. El 19 de junio de 1865, murió en Nueva York, en su domicilio situado en el número 39 de la East 15th Street.

Cuando sus críticos tratan de presentar a Juárez como dictador, no estaría de más recordarles que en 16 y 17 de julio de 1864, con el enemigo pisando casi los talones de los republicanos, el presidente ordenó se convocaran elecciones de diputados al efecto de que los elegidos pudieran reunirse en septiembre.

El 14 de julio Juárez escribió a Romero: «Ultimamente ha

aparecido el bandido Quiroga con unos 200 hombres reclutados en Texas, por el rumbo de Sabinas, y esta circunstancia ha paralizado completamente el comercio de Piedras Negras». Así quedó cortada una de las escasas fuentes de ingresos del gobierno. En medio de las preocupaciones usuales, es decir, las financieras, las estratégicas, las relacionadas con el elemento humano, etc., venían a sumarse ahora las proporcionadas por el coronel Quiroga y su caballería. El problema creado por este antiguo aliado de Vidaurri —quizás actual, también— era muy serio y peligroso. Indicó que quería ponerse al lado de Juárez y que ello tenía un precio. Aunque Ortega y su caballería llegaron a Saltillo y Monterrey, el gobierno evidentemente no se sentía lo bastante fuerte como para prescindir de Quiroga. Se confiaron las negociaciones al general Hinojosa, quien el 25 de julio «volvió, diciendo que Quiroga exige el mando militar y político y todas las fuerzas y materiales de guerra y dinero». Naturalmente, estas fantásticas exigencias fueron rechazadas de plano.

Tres días más tarde, el 28 de julio, Ortega se presentó ante Juárez en un estado de ánimo deplorable, con la cantinela de siempre, o sea, con la pretensión de que debían hacerse cambios en el gabinete. Ortega dijo «que había gran desaliento porque se creía que el gobierno iba a desaparecer yéndome yo (Juárez) para Matamoros y de allí para fuera de la República... Le contesté que no era cierto que yo me fuera del país, que yo estaba resuelto a morir en mi patria aunque fuera en la sierra».

Ortega y otros varios emprendieron las negociaciones con Quiroga; pero fue únicamente después de que Juárez recibiera refuerzos que el rebelde se rindió incondicionalmente, prometiendo obedecer y luchar contra el invasor extranjero. Como sea que Ortega se sentía desmoralizado, Juárez tuvo que planear personalmente la defensa de Saltillo contra los franceses y las fuerzas imperiales, dando luego sus instrucciones a Ortega y a los otros generales republicanos que tenía a mano. El general Hinojosa debía permanecer en Monterrey como gobernador y comandante militar de Nuevo León, con Quiroga como segundo. En esta área, el gobierno echaba mano a sus últimos

recursos; tocaba ya el fondo del saco, un saco casi vacío.

El rumor que llegó a oídos de Ortega relacionado con el abandono de México por parte de Juárez, fue tal vez propalado por los criados del presidente que estaban haciendo preparativos para la partida hacia los Estados Unidos de la familia de don Benito, vía Matamoros. Quiroga ofreció al presidente una escolta de caballería para su familia, pero Juárez, que le conocía, declinó cortésmente la oferta. Inmediatamente antes de que su familia, con Santacilia como cabeza, saliera de Monterrey, protegida durante un trecho por un destacamento de caballería que proporcionó Ortega, Juárez compró un vestido para su Margarita, y fue con ellos hasta el pueblo de Cadereyta. Allí vio cómo sus seres queridos desaparecían entre una nube de polvo. Lo que el destino les depararía en aquel inmenso y poderoso país por el que sentía respeto pero no amor; en aquella nación cuyo lenguaje les era prácticamente desconocido, y en la que quizás pasarían largas temporadas sin recibir cartas ni dinero, era cosa que Juárez no podía saber, como no sabía tampoco cuándo llegaría el día de volver a reunirse con ellos, si es que llegaba. El 12 de agosto anotó lacónicamente en su *Diario*: «Se fue la familia a Matamoros».

Con fecha 14 de agosto anotó que una sirvienta llamada Luz «se fue a alcanzar a la familia». Indiscutiblemente debió de ser una mujer muy valiente. Existen unas cartas escritas a doña Margarita meses más tarde por un criado muy leal llamado Manuel Ochoa, en las que explica a la esposa de Juárez las dificultades en que se halla para hacerse cargo de los muebles dejados en Monterrey, debido a que alguien pretendía ser el verdadero dueño de algunas de las piezas, y porque el resto había sido confiscado por decreto imperial. Ochoa, sin embargo, hace constar orgullosamente que le extendieron un recibo. Añade: «Tiene usted un nuevo criado», significando con ello que había sido padre otra vez. Dos años más tarde Santacilia escribió a Juárez desde New Rochele (Nueva York) una carta en la que exponía una serie de argumentos en contra de un pretendido regreso de la familia, vía Chihuahua: «Recuerdo con horror los peligros de todas clases que corri-

Lo que sí es cierto es que la tensión de los nervios de Juárez no solamente continuaba, sino que iba en aumento. Cinco días después de su llegada a Saltillo tuvo que hacer frente a un grave problema planteado por varios personajes de su propio partido. En un memorándum hizo la siguiente anotación:

En la noche del 14 de enero de 1864 se me presentaron los señores don Juan Ortiz Careaga y general Nicolás Medina, comisionados del señor general don Manuel Doblado, don Martín W. Chávez, comisionado del señor don José M.^a Chávez, gobernador que ha sido de Aguascalientes, don Trinidad García de la Cadena y don Manuel Cabezut, comisionados del señor general don Jesús González Ortega, y me manifestaron que venían a nombre de los señores Doblado, Chávez y Ortega a pedirme que renunciara a la presidencia de la República, para que se quitara al enemigo el pretexto que alegaba diciendo que mientras yo estuviera en el poder no había de entrar en tratados: que dichos señores se habían resuelto a dar este paso porque el señor Cabezut, a su regreso de S. Luis Potosí, les había manifestado que yo estaba decidido a dejar el puesto, lo que consideraban como cosa muy natural porque me juzgaban agobiado y debilitado por lo difícil de la situación; que esta petición no la hacían de un modo oficial, sino confidencialmente, por lo que no traían una comunicación que expresase este objeto y que la contestación que yo diese ya fuese afirmativa o negativa sería acatada y obedecida, pues de ninguna manera se pretendía ejercer presión alguna sobre mis resoluciones, lo que hacían presente por encargo expreso de los señores Doblado, Ortega y Chávez. El señor García de la Cadena, en apoyo de su petición expuso que hablando con franqueza manifestaba que podía asegurar en conciencia que en el Estado de Zacatecas desde el primero hasta el último de sus ciudadanos era uniforme y expresa la opinión de que era conveniente que yo abandonase el puesto.

En vista de todo esto les contesté que antes de llegar a esta ciudad el día 9, había yo recibido en el camino carta del señor Ortega en que me anunciaba que venía una comisión a tratar conmigo de asuntos de la mayor importancia; que el mismo día se recibieron aquí comunicaciones y cartas de los señores Ortega y Doblado de fecha 8 y en las cartas del señor Doblado a los señores Prieto y Núñez les decía que se le había asegurado que yo estaba resuelto a dejar el puesto y que ya me escribía sobre el particular.

Como no recibí la carta a que se refería el señor Doblado creí conveniente escribirle diciéndole «que no había recibido su carta

y que no era exacto que yo quisiera renunciar, porque en las presentes circunstancias en que el poder nada tiene de halagüeño, ni mi honor, ni mi deber me permitían abandonar el poder que la nación me había confiado. Sólo cuando ésta por los conductos legítimos me retire su confianza entonces me separaré, pues no he de ser yo el que dispute el puesto contra la voluntad de mi patria...»; que esta contestación que di ya al señor Doblado era la misma que daba ahora a los señores de la comisión; agregándoles que si, como me habían expuesto, se creía que yo, tal vez por lo difícil de la situación estaba cansado y debilitado y por eso quería separarme, esto no era cierto y que podían asegurar a sus comitentes de mi parte, que lejos de cansarme y debilitarme por los sucesos, estaba tan alentado y decidido como hace seis años en que comenzó esta lucha; que entonces al encargarme del mando preví todas sus consecuencias, y por esto no me arredraban los reveses y las desgracias, que son consecuencias naturales de una guerra como la que sostiene nuestra patria; que mi conciencia y mi honor me aconsejaban como un deber mío imprescindible, conservar el poder que el voto de la nación me ha confiado, y que si en estos momentos de común peligro lo abandonaba cobardemente, echaría un borrrón sobre mi conducta, cubriría mi nombre con las maldiciones de mis conciudadanos y arrojaría un baldón sobre mi memoria que quiero dejar ilesa a mis hijos.

Con esto terminó la conferencia, repitiéndome los señores comisionados que mi resolución la transmitirían a los señores Doblado, Chávez y Ortega y sería obedecida. *Benito Juárez.*

En cartas a Chávez y Ortega, Juárez, aunque de forma más breve, ratificó su posición, y en una misiva a Doblado la razonó, alegando además que su dimisión sería peligrosa y ridícula a la vez, y que precipitaría al país en la anarquía; que los franceses quizás no querrían tratar ni con Ortega ni con cualquier otro mexicano que no aceptara la intervención; que su propósito (el de los franceses) era establecer un gobierno útil sólo a Francia; y que algunas naciones tal vez no se avendrían a tratar con Ortega, lo que serviría sólo para fortalecer a los franceses. «Mientras, continuaré haciendo cuanto esté en mi poder para ayudar a mi país en la defensa de su independencia, sus instituciones y su dignidad». Luego agradece una vez más las buenas intenciones de Doblado, y le pide su cooperación. En una carta a Romero, Juárez repite todo esto, a la vez que

le pide que procure que la prensa no se entere de lo sucedido, al efecto de evitar el escándalo. Le comunica también haber recibido de Doblado un escrito por el que acepta la decisión del presidente. Da por terminado el asunto en su estilo característico: «Queda por terminado este mitote».

A Doblado no le quedaba apenas otro recurso que cooperar con Juárez, dentro de su limitado talento y mediana capacidad militar. Fue trasladado fuera de Guanajuato, y en sus negociaciones, independientes y no autorizadas por el gobierno, con Bazaine, descubrió que los franceses se sentían muy poco inclinados a llegar a un compromiso. Era, ni más ni menos, lo que le había dicho Juárez. La posición de Ortega no era muy sólida, pues el 7 de febrero estuvo con un pie fuera de Zacatecas. Poco después, Chávez fue capturado y muerto. Tres destacados militares, los generales Luis Terrazas, José María Patoni e Ignacio Pesqueira, los dos primeros en Chihuahua y Durango, respectivamente, y el último, en Sonora, donde luchaba contra los indios salvajes del Estado, repudiaron vigorosamente este intento de conseguir la dimisión de Juárez.

«Queda por terminado este mitote»; pero las pruebas por las que este hombre, Benito Juárez, tuvo que pasar, no habían, ni con mucho, terminado.



TRAICIONES, DERROTAS Y UNA PENOSA
DESPEDIDA

La clemencia mostrada por Juárez respecto a Doblado tuvo su premio, pues el militar pudo unirse al presidente con una fuerza de 1.500 hombres y cuatro piezas de artillería, mientras que el general Florencio Antillón estaba en las cercanías con 2.000 hombres. Este apoyo fue casi providencial, porque la independencia y arrogancia de Vidaurri se habían hecho intolerables. El gobierno federal se hallaba como siempre apurado para conseguir el dinero con el que mantener al ejército. Núñez, como ministro de Hacienda, había perdido todos sus ánimos e incluso parecía como si quisiera pasarse al enemigo; destituido, fue confinado por breves días en su domicilio, siendo substituido en su cargo por Iglesias. Vidaurri había estado comerciando en gran escala con la Confederación, cuando Juárez e Iglesias le pidieron el porcentaje correspondiente al gobierno federal procedente de los ingresos aduaneros y de las contribuciones e impuestos, Vidaurri se negó en redondo, so pretexto de que necesitaba todo el dinero para dedicarlo a mantener la paz en el Estado que gobernaba, es decir, el de Coahuila-Nuevo León.

Juárez decidió actuar contra Vidaurri. El día 10 de febrero, Doblado y sus fuerzas partieron hacia Monterrey por la ruta estrecha y azotada por los vientos, flanqueada por precipicios, y que en un recorrido de unos 95 kilómetros desciende más de mil metros. En Santa Catarina, Antillón y sus fuerzas se

unieron a Doblado quien recibió un mensaje de Vidaurri en el que se le comunicaba que permaneciera donde estaba, «pues la ciudad estaba dispuesta a recibir al presidente con todos los honores de su alto rango». Doblado cometió entonces la inexplicable locura de enviar sus cuatro piezas de artillería a la ciudad para que sirvieran para disparar las salvas en honor del presidente. A Vidaurri le faltó tiempo para mandar arrestar a los artilleros y hacer conducir las piezas a la Ciudadela, aprestándose al combate. La noche del 11 de febrero, fecha en que llegaron a Monterrey, Juárez y sus ministros la pasaron en un rancho llamado El Mirador, cerca de la falda de la colina en que estaba el palacio episcopal, el cual había sido en todas las guerras escenario de importantes batallas. A la mañana siguiente, Juárez escribió a su esposa en Saltillo, la siguiente carta:

«Mi estimada Margarita: A las diez de hoy hago mi entrada a la Ciudad. No lo hice ayer porque este señor Gobernador que es aficionadísimo a llevarse de los chismes ha estado creyendo que lo veníamos a atacar, y en consecuencia había tomado sus medidas de defensa, yéndose a la Ciudadela a apoderarse de la artillería y esparciendo la voz de que no había de auxiliar al Gobierno. Como todo no pasa de ser borrego y de fanfarronada, yo no me he dado por entendido y he seguido mi marcha. Pude haber entrado anoche; pero he querido, contra mi costumbre y mi carácter, hacer mi entrada solemne. Como en lo general de la población hay buen sentido, ya se están preparando las gentes con cortinas para el recibimiento. Veremos ahora con qué otro pito sale este señor.

No dispongan todavía su viaje hasta que yo les avise.

Dile a Santa que tenga ésta por suya y que no tenga cuidado.

Recógeme unos cepillitos de ropa que dejé en la mesa en que me afeitaba.

Memorias a nuestros amigos y muchísimos abrazos a nuestros hijos.

Soy tu esposo que te ama. *Juárez.*»

Como de costumbre, Juárez era optimista. No obstante, este optimismo era algo peligroso, porque «este señor», Vidaurri, aún tenía una o dos jugarretas por emplear. Juárez entró en Monterrey hacia mediodía, y, cosa extraña, apenas había gente

esperándole. No se sabe si Vidaurri estaba o no entre los que le dieron la bienvenida. De todos modos, se cuenta que Vidaurri, al encontrarse con Juárez, le saludó con estas palabras: «¿Cómo está usted, don Benito?» Juárez se cruzó de brazos y respondió: «¿Es que no puede usted llamarme señor presidente?» Al no obtener respuesta, Juárez le volvió la espalda, y regresó a su coche. Los hombres de Vidaurri le siguieron por la ciudad, pero no se atrevieron a atacarle. «A toda velocidad», dijo al cochero uno de los ayudantes de Juárez; pero éste replicó: «Sólo al trote. El presidente de la República no debe correr». Juárez se instaló en el palacio gubernamental, y mandó llamar a Vidaurri; pero éste permaneció en la Ciudadela y estipuló, junto con efusivas protestas de lealtad a Juárez, que ante todo las fuerzas de Doblado debían retirarse de la ciudad. El mismo Doblado había sugerido ya antes la conveniencia de retirar sus tropas; pero Juárez no lo permitió. Ni el presidente ni el gobernador quisieron transigir, por lo cual, ni el uno fue a la Ciudadela ni el otro al palacio.

«Había un medio, propuesto por Doblado», dice Sierra, «el cual resueltamente tuvo que confesarse menos listo, ¡él, no engañado hasta entonces por alma viviente! (Esta vez le había engañado Vidaurri el día anterior). El medio era que Doblado pasase como rehén a la Ciudadela ocupada por Vidaurri, mientras éste salía para conferenciar con Juárez. “Pero, señor Doblado”, dijo Vidaurri, “¿es usted tan candoroso para proponerme la ruina de los dos?” Mi mujer, que no es diplomática como usted, pero que tiene la prudencia natural, me dice que esto es absurdo, porque si me fusila el presidente y los míos fusilan a usted, Juárez saldrá ganando, pues se libra de los dos».

Vidaurri, apoyado a última hora por su amigo el general Pedro Hinojosa, amenazó con atacar. Juárez creyó conveniente ordenar a Doblado y sus hombres, carentes de artillería, que abandonaran la ciudad. Doblado se retiró el 14 de febrero, y entonces Vidaurri fue a entrevistarse con Juárez en el palacio del Estado, seguido por un enjambre de partidarios que le vitorearon durante todo el camino. Según Prieto, tan ameno

e indigno de crédito como siempre, Vidaurri abrumó a Juárez con sus exigencias, y pocos minutos después su hijo sacó una pistola. Tan dignamente como les fue posible, Juárez, Lerdo y Suárez Navarro salieron hacia la calle y, con Prieto, escaparon en un coche que Lerdo, previsor, había hecho estacionar allí previamente. Defendidos del populacho por unos pocos soldados, el grupo huyó.

Una vez en el Saltillo, incluso Juárez debió de sentirse deprimido por este fracaso. Lo mismo él que Doblado habían sufrido peligrosos errores de juicio; pero fue Juárez solo quien salió con el prestigio disminuido, a pesar de que Lerdo y Suárez Navarro hicieron un papel tan triste como don Benito. Aunque su salud era de hierro, aquel disgusto le hizo caer seriamente enfermo.

Al menos ahora la rebelión de Vidaurri era abierta. Juárez declaró la independencia de Nuevo León y Coahuila, poniendo ambos territorios en estado de sitio, y ordenó —por puro formulismo— a Vidaurri que se presentara en Saltillo para ser juzgado. Para dar mayor fuerza a esta medida hizo concentrar a sus generales y tropas en Saltillo, para impedir que Mejía y los franceses, en San Luis e incluso en Matehuala, acudieran en ayuda de Vidaurri. Mientras, Vidaurri reveló que había estado en negociaciones con Bazaine, quien, con amenazas e intentos de soborno, intentó que se pasara al bando francés. (Bazaine había realizado intentos similares e inútiles cerca de Lerdo y Díaz). No deseando tomar decisiones supremas sin el apoyo de los habitantes de su vasto feudo, Vidaurri tuvo la malhadada idea de celebrar un plebiscito por el que el pueblo debería escoger entre la paz y la guerra, en el bien entendido de que la primera solución significaba rendirse a los franceses, mientras que la segunda —la guerra—, significaba el apoyo de Juárez. Juárez declaró traidor a Vidaurri y a todos los que votaran. Los votantes fueron escasos, y al efectuar el recuento fueron mayoría las papeletas en las que figuraba la palabra guerra. Juárez disponía ahora de 7.000 hombres, y por ello, al pretender Vidaurri retirarse a la vida privada, Juárez se dispuso a hacerle prisionero; pero Vidaurri logró huir a Texas.

La única amenaza la constituía ahora el general Julián Quiroga, amigo del exgobernador, que disponía de una fuerza de caballería más o menos numerosa. Así, Vidaurri, la perenne preocupación y posible amenaza, quedó fuera de la escena; pero la concentración de tropas que ello supuso debilitó las defensas republicanas contra los franceses en el resto del país. Juárez atribuyó esta victoria a la fuerza moral de la posición legal adoptada por el pueblo de Coahuilla y Nuevo León, lo cual es cierto en parte; pues no debe despreciarse tampoco la fuerza material representada por 7.000 hombres armados.

El 27 de febrero tuvo lugar un curioso intermedio en Veracruz. Santa Anna llegó a la mencionada ciudad procedente de Santo Tomás y de La Habana, con la esperanza de hacerse con el control de las partes del país ocupadas por los franceses. Tenía prisa, pues deseaba que sus proyectos se realizasen antes de la llegada de Maximiliano, de modo que pudiera convertirse en la segunda figura de México, después del emperador, y quizás en la primera en lo que a poder se refiere. Desgraciadamente para el exdictador, Hidalgo y Almonte, velando por sus propios intereses, intentaron y lograron sembrar la semilla de la sospecha en el ánimo de Napoleón, quien desde entonces desconfió de Santa Anna. Además, Bazaine, que le había dado permiso para regresar a México «como simple ciudadano», y que le había obligado, a través de las autoridades de Veracruz, a jurar que se abstendría por completo de toda actividad política, se enfureció cuando Santa Anna lanzó una de sus grandilocuentes y engañosas proclamas al pueblo mexicano, en la cual, si bien adulaba a los franceses, hacía demostración patente de que nunca pasó por su mente de viejo conspirador profesional la idea de mantenerse al margen de la política. Sin embargo, no tardó en ser deportado.

Los días 2 y 3 de abril, como resultado de la huida de Vidaurri, Monterrey fue ocupado, y aunque el gobierno se estableció allí, Juárez dejó a su familia en Saltillo. Fue en esta ciudad que el 13 de junio, «a las nueve y cuarto nació Antonio Juárez y Maza», el último hijo de Juárez. En julio, la familia se trasladó a Monterrey, donde, el 12 de julio, Manuela Juárez

y Maza de Santacilia dio a luz a una niña; la primera nieta de Juárez. En el *Diario* figura la siguiente anotación: «A las tres y 35 minutos de la mañana tuvo efecto el alumbramiento de Nelita».

A medida que su familia aumentaba, sus colaboradores disminuían: los desalientos, disensiones, deslealtades, deserciones y traiciones continuaban. Zamacona no fue ni pudo en modo alguno ser un traidor; pero el desánimo hizo presa en él. El 16 de junio de 1864, desde Saltillo, escribió a Juárez una carta larga y pesimista, en la que le decía que el Imperio lograba de hecho establecer la paz y el orden, y que la moral del pueblo estaba más baja que nunca. Como sea que Zamacona continuó escribiendo a menudo otras cartas parecidas, Juárez se irritó. Enterado de la reacción de Juárez, Zamacona replicó que le gustaría poder retirarse a Puebla o Tlaxcala para dedicarse a granjero.

Juárez tuvo un serio choque con Luis Terrazas, hombre de carácter fuerte quien a sus treinta y cuatro años era gobernador de Chihuahua, como años antes había logrado con su propio esfuerzo convertirse en acaudalado ranchero. Las dificultades entre este Estado y el gobierno federal eran las normales: la disposición de las propiedades eclesiásticas, la transferencia del porcentaje establecido en favor del gobierno sobre los derechos aduaneros y las contribuciones, y el reclutamiento de hombres y provisión de armas para el ejército. En el caso de Chihuahua, a estas dificultades debían añadirse las surgidas con los americanos y con los indios salvajes. En este caso concreto podemos aceptar la interpretación de Fuentes Mares, quien considera que Juárez se convirtió en un hombre irritable y muy desconfiado debido a las dificultades que le creó Vidaurri; que su reacción ante las decisiones de Terrazas fue completamente legalista; y que se dejó influir por los enemigos de Terrazas. No obstante, es evidente que si Juárez se hubiese mostrado excesivamente comprensivo con las dificultades de cada gobernador, si se hubiese compenetrado completamente con los problemas de cada uno de los Estados de México, la República no habría sobrevivido. Juárez envió a Chihuahua

al general Patoni para hacerse cargo del mismo y para dar posesión de su cargo al nuevo gobernador, Jesús José Casavantes. Patoni se dedicaba a estas tareas «con el mayor tacto», según palabras de Fuentes Mares. Es muy posible que Terrazas fuera víctima de calumnias, pues hizo grandes protestas de lealtad, e incluso llegó a ofrecer el cargo de gobernador a Patoni, para así evitar que Casavantes fuera su sucesor. Luego con una escolta de caballería abandonó la ciudad dirigiéndose a Paso del Norte, ahora Ciudad Juárez. Casavantes un chambón belicoso, fue pronto reemplazado por Angel Trías, quien trató de reparar los errores de su fugaz antecesor. Mientras Patoni, después de alistar un batallón, y contrariando las órdenes de Juárez de volver a Saltillo, se dirigió a su Estado de Durango, lo que le valió una severa reprimenda. Por lo que se desprende de su Diario, Juárez no quedó muy satisfecho de su propia actuación en este incidente.

Aunque se producían motines y desercciones en varias unidades del ejército, el peor acontecimiento de esta naturaleza fue, sin duda alguna, la traición del general José López Uruga, comandante supremo del ejército del Centro. Fueron los generales Corona y Arteaga quienes denunciaron la inteligencia existente entre su colega y el enemigo. Cuando llegaron las pruebas de la traición del general Uruga, el 1.º de julio, el gobierno transfirió el mando del ejército del Centro al general Arteaga, ordenando al mismo tiempo a Uruga que se presentara en Monterrey. Naturalmente, no se presentó; al contrario, se pasó declaradamente al enemigo. Luego trató de sobornar sin conseguirlo a otros generales, entre ellos Díaz. Mientras, los franceses y los imperialistas mexicanos continuaban su lento avance hacia el Norte.

Como es lógico a Juárez le era difícil obtener informes exactos no sólo de cuanto ocurría en el extranjero, sino también de los acontecimientos de México. Generalmente, las noticias eran malas, pero procuraba mantenerse tan optimista como las circunstancias lo permitían. Prueba de ello la tenemos en los siguientes informes, destinados a Romero. 20 de abril: «Las cosas siguen bien: de México nos dicen con fecha 10 de este

mes que el emperador Napoleón ha aprobado todos los actos del general Bazaine contra el clero. ¿Qué hará el señor Labastida? Veremos». 15 de mayo: «Hoy hemos visto periódicos de N. Orleáns que alcanzan hasta el 5 del actual. Anuncian que el archiduque aceptó por fin la corona de México el 10 del pasado, manifestando (parece mentira) que la aceptaba porque ya la gran mayoría de los mexicanos había confirmado con su voto el acuerdo de los notables. O todo esto es falso o debe estar loco el hermano de Francisco José». 8 de junio: «Hoy hemos tenido cartas de México que alcanzan hasta el 28 del pasado. Anuncian ya la llegada de Maximiliano a Veracruz. Yo celebro sinceramente la llegada del archiduque, porque tengo el convencimiento de que la creación práctica del trono facilitará el triunfo de nuestras instituciones republicanas». 6 de julio: «Hoy he visto una carta de México de fecha 23 del pasado; el que escribe dice, refiriéndose a una persona que acaba de llegar de Oaxaca, que Porfirio tiene ya 14.000 hombres, mucho parque y 30 piezas de artillería y que sólo esperaba para salir a campaña que sus soldados estuviesen diestros y perfectamente disciplinados».

Naturalmente, las cartas de Juárez a Romero estaban dominadas por un tema central: el de procurarse el apoyo de la República del Norte. Algunos miembros de la Cámara y del Senado continuaron con sus presiones para que fueran condenados tanto el Imperio Mexicano como la intervención. De hecho, lograron incluso la aprobación de algunos proyectos de ley en este sentido, e iguales resultados se obtuvieron en las convenciones políticas de 1864. Romero prestó su pleno apoyo a estas resoluciones, pero, sin embargo, ni Lincoln ni Seward podían entonces correr el riesgo de enemistarse seriamente con Francia. Con fecha 13 de abril, Juárez escribió a Romero que Corwin regresaba a los Estados Unidos. Este hecho no es muy importante en sí mismo, pero quizás fue una suerte para el gobierno republicano, porque si bien Corwin no había reconocido a la Regencia, pues, como no conocía el suficiente español como para leerlo, sus informes podrían haber sido contraproducentes, teniendo en cuenta su grado de desmorali-

zación. Juárez insistía en todas sus cartas que Romero hiciera cuanto estuviera en su mano para contrarrestar los perniciosos efectos de aquellos artículos que, procedentes de publicaciones francesas en México, eran reproducidos en los periódicos americanos. Pedía también a Romero que le enviara, vía Matamoras, la edición semanal del *New York Herald*. El 29 de marzo de 1864, treinta y un simpatizantes con el gobierno republicano de México dieron un banquete a Romero. Entre los comensales se hallaban William Cullen Bryant, Hamilton Fish, John Jacob Astor, Jr. y George Bancroft. A Juárez le alegró esta demostración de simpatía, según se desprende de su carta a Romero de fecha 20 de abril; pero añadía: «Hasta ahora sólo hemos tenido brindis y discursos, es decir, simpatías estériles que ningún provecho positivo nos han reportado para el éxito de la campaña». En 15 de mayo, Juárez expresó su agradecimiento por los esfuerzos del Congreso americano; su creencia de que Seward se acobardó ante la posible reacción de los franceses; y su esperanza de que las mutuas simpatías existentes entre Vidaurri, los franceses y la Confederación lograrían que se estrecharan los lazos entre la Unión y la República de México. En realidad, los sentimientos de los confederados estaban divididos. Su objetivo primordial era lograr que Francia reconociera a la Confederación, lo cual quedó sólo en eso, en objetivo. El 29 de junio, enterado de que se había producido la intervención por parte de Europa en Santo Domingo y Perú, Juárez manifestó su confianza en que los Estados Unidos no permanecerían indiferentes a estas violaciones de la Doctrina Monroe, y asimismo en que Grant derrotaría a Lee en las batallas que se desarrollaban en los alrededores de Richmond.

El optimismo de Juárez levantó el ánimo de los republicanos, pero a simple vista carecía de todo fundamento. Durante este período, la derrota más importante sufrida por los republicanos fue la que tuvo a Doblado como protagonista, en una batalla que se desarrolló en Matehuala el 17 de mayo. El 22 de abril Juárez había escrito a Doblado aconsejándole evitara tomar parte en ninguna batalla importante, a la vez que le

ordenaba defender una determinada línea entre los Estados de San Luis Potosí, Nuevo León y Coahuila. El 13 de mayo, desde Durango, Patoni escribió a Juárez que según informes recibidos de Ortega, Doblado corría el riesgo de verse envuelto por las fuerzas de Mejía. Pero Doblado atacó Matehuala y la mina Catorce, sólo cuando ya Mejía tenía noticias de sus propósitos, con lo que el general reaccionario tuvo tiempo de recibir refuerzos franceses de San Luis Potosí. Doblado perdió 1.200 hombres y toda su artillería. Al principio Juárez recibió informes alentadores, pero pronto supo la verdad. En consecuencia, se decidió a enviar al general Ortega y sus fuerzas para detener el avance de los vencedores. Afortunadamente para Juárez y su gobierno, los franceses y los imperialistas no atacaron inmediatamente Saltillo y Monterrey.

Después de informar acerca de su derrota en Matehuala, Doblado fue relevado, y se le concedió el pasaporte que había solicitado para entrar en los Estados Unidos. Desde Matamoros llegaron noticias de que cuando Doblado pasó por esa ciudad, él y sus amigos celebraron una orgía en un burdel y dieron a cada una de las «princesas austro-rusas» que en él se hallaban la suma de diez pesos y una de las medallas capturadas a los franceses. Quizá esto no sea sino una calumnia, pero de todos modos creemos es interesante dejar constancia del episodio. Durante el año siguiente, Doblado, desde los Estados Unidos, causó una última y grave preocupación a Juárez al tratar, sin autoridad alguna, de negociar con oficiales americanos, asegurándoles que el gobierno mexicano estaba dispuesto a ceder parte del territorio nacional a cambio de una mayor ayuda. El 19 de junio de 1865, murió en Nueva York, en su domicilio situado en el número 39 de la East 15th Street.

Cuando sus críticos tratan de presentar a Juárez como dictador, no estaría de más recordarles que en 16 y 17 de julio de 1864, con el enemigo pisando casi los talones de los republicanos, el presidente ordenó se convocaran elecciones de diputados al efecto de que los elegidos pudieran reunirse en septiembre.

El 14 de julio Juárez escribió a Romero: «Ultimamente ha

aparecido el bandido Quiroga con unos 200 hombres reclutados en Texas, por el rumbo de Sabinas, y esta circunstancia ha paralizado completamente el comercio de Piedras Negras». Así quedó cortada una de las escasas fuentes de ingresos del gobierno. En medio de las preocupaciones usuales, es decir, las financieras, las estratégicas, las relacionadas con el elemento humano, etc., venían a sumarse ahora las proporcionadas por el coronel Quiroga y su caballería. El problema creado por este antiguo aliado de Vidaurri —quizás actual, también— era muy serio y peligroso. Indicó que quería ponerse al lado de Juárez y que ello tenía un precio. Aunque Ortega y su caballería llegaron a Saltillo y Monterrey, el gobierno evidentemente no se sentía lo bastante fuerte como para prescindir de Quiroga. Se confiaron las negociaciones al general Hinojosa, quien el 25 de julio «volvió, diciendo que Quiroga exige el mando militar y político y todas las fuerzas y materiales de guerra y dinero». Naturalmente, estas fantásticas exigencias fueron rechazadas de plano.

Tres días más tarde, el 28 de julio, Ortega se presentó ante Juárez en un estado de ánimo deplorable, con la cantinela de siempre, o sea, con la pretensión de que debían hacerse cambios en el gabinete. Ortega dijo «que había gran desaliento porque se creía que el gobierno iba a desaparecer yéndome yo (Juárez) para Matamoros y de allí para fuera de la República... Le contesté que no era cierto que yo me fuera del país, que yo estaba resuelto a morir en mi patria aunque fuera en la sierra».

Ortega y otros varios emprendieron las negociaciones con Quiroga; pero fue únicamente después de que Juárez recibiera refuerzos que el rebelde se rindió incondicionalmente, prometiendo obedecer y luchar contra el invasor extranjero. Como sea que Ortega se sentía desmoralizado, Juárez tuvo que planear personalmente la defensa de Saltillo contra los franceses y las fuerzas imperiales, dando luego sus instrucciones a Ortega y a los otros generales republicanos que tenía a mano. El general Hinojosa debía permanecer en Monterrey como gobernador y comandante militar de Nuevo León, con Quiroga como segundo. En esta área, el gobierno echaba mano a sus últimos

recursos; tocaba ya el fondo del saco, un saco casi vacío.

El rumor que llegó a oídos de Ortega relacionado con el abandono de México por parte de Juárez, fue tal vez propalado por los criados del presidente que estaban haciendo preparativos para la partida hacia los Estados Unidos de la familia de don Benito, vía Matamoros. Quiroga ofreció al presidente una escolta de caballería para su familia, pero Juárez, que le conocía, declinó cortésmente la oferta. Inmediatamente antes de que su familia, con Santacilia como cabeza, saliera de Monterrey, protegida durante un trecho por un destacamento de caballería que proporcionó Ortega, Juárez compró un vestido para su Margarita, y fue con ellos hasta el pueblo de Cadereyta. Allí vio cómo sus seres queridos desaparecían entre una nube de polvo. Lo que el destino les depararía en aquel inmenso y poderoso país por el que sentía respeto pero no amor; en aquella nación cuyo lenguaje les era prácticamente desconocido, y en la que quizás pasarían largas temporadas sin recibir cartas ni dinero, era cosa que Juárez no podía saber, como no sabía tampoco cuándo llegaría el día de volver a reunirse con ellos, si es que llegaba. El 12 de agosto anotó lacónicamente en su *Diario*: «Se fue la familia a Matamoros».

Con fecha 14 de agosto anotó que una sirvienta llamada Luz «se fue a alcanzar a la familia». Indiscutiblemente debió de ser una mujer muy valiente. Existen unas cartas escritas a doña Margarita meses más tarde por un criado muy leal llamado Manuel Ochoa, en las que explica a la esposa de Juárez las dificultades en que se halla para hacerse cargo de los muebles dejados en Monterrey, debido a que alguien pretendía ser el verdadero dueño de algunas de las piezas, y porque el resto había sido confiscado por decreto imperial. Ochoa, sin embargo, hace constar orgullosamente que le extendieron un recibo. Añade: «Tiene usted un nuevo criado», significando con ello que había sido padre otra vez. Dos años más tarde Santacilia escribió a Juárez desde New Rochele (Nueva York) una carta en la que exponía una serie de argumentos en contra de un pretendido regreso de la familia, vía Chihuahua: «Recuerdo con horror los peligros de todas clases que corri-

mos con Quiroga, cuando no teníamos otra garantía de seguridad que la vigilancia de los Quesada. Eso (viajar así) no sería vivir, y yo prefiero cualquier cosa a la terrible ansiedad que sentí entonces». Mucho más tarde, Juárez y Ochoa supieron que cuando la familia se hallaba en Nueva Orleans, en su camino hacia el Norte, el pequeño Benito se perdió en las calles de aquella ciudad, provocando gran inquietud en el pequeño grupo. Afortunadamente lo encontraron pronto.

Dos días antes de su partida, y con la aprobación del gabinete, Juárez se sintió obligado a proclamar un decreto que da la medida exacta de la desesperación que le embargaba. Se ofrecía, además de la paga normal, tierras por valor de mil, mil quinientos y dos mil pesos a todo voluntario extranjero que se alistara en el ejército republicano para luchar por la independencia de México. El valor de los terrenos ofrecidos dependía del grado del soldado. Uno de los requisitos exigidos era que cada voluntario debía alistarse estando ya provisto de arma. El decreto especificaba que la superficie de las tierras ofrecidas no podría exceder de 1.084'50 acres. Anteriormente Juárez había rehusado siempre admitir voluntarios extranjeros a menos que adoptaran la nacionalidad mexicana, y había manifestado su escepticismo en relación con los voluntarios americanos, quienes, decía, no querrían aguantar por mucho tiempo las penalidades y la corta paga de los soldados mexicanos y tampoco la disciplina indispensable. No obstante, durante los tres años siguientes, algunas unidades reducidas de voluntarios americanos se trasladaron a México para luchar por la República y en algunas ocasiones demostraron su valía y utilidad.

Los franceses se dirigían hacia el Norte. Ya el 4 de agosto las fuerzas republicanas comenzaron a abandonar Monterrey en dirección a Saltillo y a diversos puntos del Norte y Oeste, continuando esta retirada de forma paulatina y gradual. El 14 de agosto el gobierno anunció que el día siguiente abandonaría Monterrey por Saltillo, precedido por la infantería restante y protegido por una escolta de caballería, «y que oportunamente se avisará cuál es el lugar en que se fije para seguir

sosteniendo los derechos de la nación». Fue una valiente declaración si se considera que en el camino entre Monterrey y Saltillo el grupo gubernamental fue atacado a traición por Quiroga y su hijo. La escolta repelió victoriosamente el ataque; pero en el encuentro murió un soldado y resultó herido otro. Además, el coche en que viajaba Juárez fue acribillado a balazos. Después del ataque, pasaron la noche en Santa Catarina y no pudieron llegar a Saltillo, pues esta ciudad había caído en poder del enemigo, como cayó también, al cabo de pocas semanas, todo el Nordeste de México, Matamoros incluido. El pequeño indio moreno de raído traje negro, que viajaba en un viejo carruaje en compañía de unos pocos amigos, seguido por un carromato en el que eran conducidos los archivos de la nación, y escoltado por unos cuantos hombres a caballo, desapareció en la inmensidad de los desiertos del Norte.

a-
l-
i-
e;
o.
a-
ia
lo
as
o.
en
lo
de
o,

V

EL IMPERIO DE OROPEL
Y UN MEXICANO

LA RED DE ACERO

Las dificultades de Juárez eran claramente evidentes. El Imperio, presuntuoso y extranjero, estaba apoyado por el dinero y el prestigio de Francia y por unos treinta y cinco mil soldados del ejército napoleónico. Estos hombres eran duros y valientes, estaban relativamente bien entrenados y equipados, y sus mandos eran lo suficientemente hábiles como para permitirles derrotar casi siempre a las fuerzas republicanas y extender así la jurisdicción imperial sobre la mayor parte de las zonas habitadas de México. Unos por sentirse desalentados y otros por su ambición y falta de escrúpulos, lo cierto es que muchos de los jefes republicanos, militares y políticos, e incluso bastantes soldados rasos, desertaban o se pasaban abiertamente al enemigo. Aunque Juárez solía ser bien recibido dondequiera que se presentara, y a pesar de que las guerrillas republicanas continuaban siendo numerosas y activas, había todavía varios millares de mexicanos que luchaban salvajemente por el Imperio, por lo que el aumento de un sólido apoyo popular a la República era cosa discutible. Los ingresos, armas y municiones procedentes de los Estados y aduanas no ocupados y del vecino del Norte, eran escasos. La guerra civil americana se prolongaba, y las dificultades de Napoleón en Francia y en el resto de Europa no eran aún lo bastante grandes como para envalentonar a Lincoln y Seward y al mismo Juárez. Mientras el presidente y su reducido gabinete, lo mis-

mo que sus más acérrimos partidarios, tenían que huir de un sitio a otro en dirección a las desérticas tierras del Norte para salvar su propia vida, Maximiliano había creado una corte y organizado algo que se asemejaba realmente a un verdadero gobierno, en la capital de México. Es posible que la democracia fuera «el destino futuro de la humanidad», pero en el México de aquella época era sólo unos pocos hombres que escribían cartas que a menudo eran completamente ignoradas, un vago sueño o esperanza en la mente de unos miles de soldados y de otros tantos civiles dispersos; pero era también la clara visión y la indomable voluntad de un mexicano. Cada deserción, cada batalla perdida, cada huida a otra nueva ciudad, cada día que pasaba demostraban sin lugar a dudas que, después de cincuenta años de lucha, el pueblo mexicano no estaba preparado para la democracia ni para la independencia, y que Juárez, como todos los heroicos liberales mexicanos que le precedieron, estaba sentenciado. Juárez sabía que es tan factible el hecho de convertirse en víctima del idealismo como de la codicia. El principillo austríaco podía estar «loco», tal y como Juárez había sugerido; pero tenía el ejército, ya que no los votos; y en aquellos largos viajes, cuando Juárez asomaba su cabeza fuera del carruaje, y veía trabajar y sufrir a los indios, ignorantes como siempre, es posible que en algunos momentos se preguntara si él mismo no sería víctima de una demencia no por más sutil menos dañina.

De todos modos, no hay evidencia alguna de que tales pensamientos anidaran alguna vez en su cerebro, ya que los mismos suelen ser característicos de mentes más complejas e introspectivas que la de Juárez. En su niñez había sido pastor en una vieja comunidad india regida seguramente por un hombre viejo y sabio, y él, Juárez, se parecía notablemente a aquellos viejos jefes indios, pues, como ellos, era paternalista en grado sumo. En todo cuanto dijo e hizo como político, dejó entrever que consideraba a su país como una gran familia o comunidad que podía y debía vivir en paz y que debía ser rico y libre, pero siempre bajo las normas de la democracia, y con unos jefes que elegidos por la voluntad popular, fueran a la

vez firmes, benévolo y sabios. Había y hay todavía tales comunidades y jefes en México, y Juárez debe haberlos visto —con los ojos de la mente, al menos—, como debe de haber visto también a los peones ignorantes, aislados y explotados. En cualquier caso, como cualquier buen padre o ranchero, iba a realizar su sueño, iba a salvar a la República, aunque ésta le matara.

Además, existen pruebas incontrovertibles de que lo que daba fortaleza a Juárez no era sólo su sueño, sino también la evidencia de las disensiones y debilidades que minaban el Imperio, y de las dificultades y problemas con los que tenía que enfrentarse el estafador que lo había ideado, y que, si lo apoyaba, no lo haría hasta el punto de labrarse su propia ruina. A pesar de las deficiencias de los medios de comunicación, recibió, de Romero en Washington, de Terán en Europa, y de muchos republicanos que espían y trabajaban secretamente en Ciudad de México, gran cantidad de cartas y periódicos que le permitieron ver algo más que la sombra de la red de acero que poco a poco se cerraba sobre las palomas de Miramar y Chapultepec, envolviendo asimismo a los enemigos todos de la República.

El patético drama de Maximiliano y Carlota de México, que formaba parte de la tragedia misma de este país, empezó cuando la pareja desembarcó en Veracruz. Almonte no salió a recibirlos a tiempo, y la gente de la ciudad los ignoró completamente. En la difícil ruta que les condujo a Ciudad de México volcó su coche. A su paso por Puebla, lo mismo que en la capital, el recibimiento fue muy caluroso y pintoresco, aunque se sabe que el mismo fue cuidadosamente organizado por los franceses y los reaccionarios mexicanos. Ya en aquellos primeros momentos, la pobreza, ignorancia y desorganización, evidentes a pesar de todo, les hizo un efecto «aterrador». El palacio nacional se convirtió en el vasto barracón y edificio administrativo que es aún hoy, pues las reformas efectuadas no lograron darle apariencia residencial. Como si fueran dos turistas, muy pronto entraron en contacto con la disentería y con los piojos y otras sabandijas. No obstante, empezaron

a adquirir y a edificar residencias, con jardín todas ellas, en el castillo de Chapultepec, Orizaba y Cuernavaca. Desde el castillo se dominaba un magnífico panorama: la vieja ciudad, el valle y las montañas de nevadas cumbres. Es fácil imaginar cómo, viviendo en aquella altitud y habiendo oído siempre desde su nacimiento que ellos habían nacido para mandar, los dos jóvenes, que no habían encontrado país ni pueblo que mandar en Europa, pudieron creer que por fin habían encontrado un hogar y que estaban destinados a ser los salvadores de la nación y del pueblo mexicanos. Eran unos turistas cordiales, superficiales y extremadamente privilegiados que trataban de convertirse en nativos. Dada su capacidad de ilusionarse, su juventud, la extremada belleza del país, la feudal devoción de sus criados, y el alegre fatalismo de los indios, a quienes empezaron a considerar como al prototipo del pueblo mexicano, debieron pasar algunas horas muy felices. Ahora, cuando no podían desandar ya lo andado, y al escribir a sus reales parientes europeos, lo hacían en un tono optimista, feliz y esperanzado. Confiaban, decían, en resolver todos los problemas, y llegaron a manifestar incluso que si les hubiese sido ofrecido el trono de México conociendo el país como lo conocían ahora su aceptación habría sido incondicional.

En sus relaciones personales y públicas, eran ineptos y, para empeorar todavía más las cosas, desde su llegada se vieron envueltos en una maraña de intrigas y conspiraciones peores que aquellas de las cuales fueron ellos mismos las víctimas en Europa. Leopoldo de Bélgica les aconsejó utilizar principalmente a los mexicanos, mientras Napoleón les instaba a servirse de los soldados y diplomáticos franceses. Si se exceptúa el complicado ceremonial de la corte, elaborado por Maximiliano e incompendido por todos, la real pareja trataba de vestir y vivir como los mexicanos; pero los mexicanos que les eran leales no sabían apreciar su sencillez, pues consideraban que un emperador y una emperatriz debían vivir y comportarse como tales, con el fausto y boato inherentes a su alta posición. Maximiliano trataba a los liberales moderados como si no fueran sus enemigos declarados, e incluso llegó a poner las carte-

ras de Relaciones y Guerra a dos de estos llamados «liberales», lo que desde luego no gustó a los conservadores. Entre él y sus ministros permitió que se interpusiera un gabinete privado dirigido por un ingeniero de minas belga llamado Eloin, y también dependía demasiado de un tal Schertzenlechner, un exlacayo que había llegado a convertirse en secretario suyo. Los emperadores de Francia y México, al igual que sus respectivas esposas, mantuvieron constante correspondencia, en un estilo efusivo. Últimamente, el tono se había enfriado algo debido a los informes que recibía Napoleón acerca del discurrir de los asuntos mexicanos. El rey Leopoldo desde Bruselas, Hidalgo desde París, Gutiérrez de Estrada desde Roma, y Almonte desde México, todos tomaron parte activa en el drama, al menos mientras no corrió peligro alguno su propia seguridad. También, naturalmente, Maximiliano tenía que arreglárselas, en una cada día más difícil separación entre la autoridad y la responsabilidad, con el general Bazaine y con el marqués de Montholon, el ministro francés que sucedió a Saligny. Incluso existían discordias entre los generales Bazaine y Douay. Otras figuras envueltas también en el drama mexicano fueron el arzobispo Labastida y el recién llegado nuncio del Papa, un tal monseñor Meglia. Aunque en privado, dentro de lo posible, existía una creciente desavenencia entre Maximiliano y Carlota: la emperatriz tenía una voluntad más fuerte y una lengua más rápida que el emperador, y la incapacidad de producir un heredero para el frágil trono agravaba su natural tendencia a la neurastenia. Juárez debía de sospechar las intrigas y maquinaciones que se desarrollaban en el bando enemigo; pero cuando, al correr del tiempo, adquirió la certeza de las mismas, esta seguridad debió de facilitar en gran manera su actuación respecto a Vidaurri, Ortega, Uruga y los negociadores no autorizados de Washington y Nueva York.

Maximiliano escribió innumerables cartas y memorándums, redactó infinidad de planes para la reorganización y ejecución de esto y de aquello, y viajó tanto como le fue posible; pero tanta actividad estaba completamente fuera de lugar, es decir, no guardaba relación alguna con la realidad. Poco después de

su llegada a México y casi antes de que hubiera empezado a tratar de solucionar los peligrosos problemas de los impuestos, de los ingresos estatales, del nuevo ejército imperial que debería sustituir a las tropas francesas, del relacionado con las propiedades de la Iglesia, etc., ¡Maximiliano planteaba ya la forma de controlar toda la América latina, desde México al Brasil!

En la noche del 15 al 16 de septiembre de 1864, Maximiliano se encontraba en Dolores Hidalgo, la cuna de la independencia de México, y a las once pronunció un discurso, en su deficiente español, desde el balcón de la casa del padre Hidalgo. «Puedes imaginar», escribió a su hermano, «cuán cohibido me sentía ante aquella apretada muchedumbre silenciosa y atenta. Todo fue bien, gracias a Dios, y el entusiasmo fue indescriptible». Es de creer que realmente le escuchaba una masa de silenciosos indios, como es de creer también que tales indios se entusiasmaron; pero no por el discurso en sí mismo, sino por las monedas que les habían entregado o prometido con instrucciones de aplaudir, por el pulque que podrían adquirir con dicho dinero, por las armas de fuego, por los uniformes, y por el México independiente que iba a sobrevivir a aquel jefe extranjero alto y rubio como había sobrevivido y sobreviviría a tantos otros.

Más de dos años después de la llegada de Maximiliano, el ejército francés y las fuerzas imperiales mexicanas, bajo el mando de Bazaine, Douay y Mejía, habían vencido en todas las batallas campales y se habían esparcido por la mayor parte del territorio de México; pero no podían permanecer estacionadas en todas partes, y tan pronto como se retiraban de un sitio, las guerrillas republicanas ocupaban su lugar. Incluso en el castillo de Chapultepec tuvieron que poner centinelas y un sistema de alarma y defensa, de modo que la pareja imperial casi nunca pudo sentirse triunfante y segura en su semi-privado y semiseparado imperio. Durante 1864, Porfirio Díaz, que tenía su cuartel general en Oaxaca, logró mantener constantemente un ejército en campaña. Después de que las tropas francesas hubieron tomado casi todas las ciudades impor-

tantes y buena parte del terreno del Norte de México, y después de que Bazaine, utilizando al traidor Uraga como intermediario, fallara en su intento de atraerse a Díaz, era evidente que el general francés trataría de derrotar y capturar a Díaz y de ocupar Oaxaca.

Con gran cuidado y sin escatimar gastos, Bazaine organizó una fuerza expedicionaria compuesta de unos 9.000 franceses y austríacos y 1.000 «traidores», bien dotada de artillería. Para defender Oaxaca, Díaz pudo reunir sólo 2.800 hombres y una cantidad insuficiente de armas y municiones. Además, sus hombres estaban desmoralizados por la gran superioridad numérica del enemigo y por las palabras de los paisanos de la ciudad, entre ellos algunos antiguos republicanos. Díaz quería luchar fuera de la ciudad; pero carecía de los medios con que transportar todo el material y suministros necesarios para una campaña en las montañas. La baja moral de muchos de sus oficiales y soldados contribuyó también a disuadirle de su primera intención. La artillería francesa situada en Monte Albán y otras elevaciones del terreno estaba perfectamente preparada para efectuar un bombardeo constante de la ciudad, mientras que Díaz no tenía la suficiente potencia de fuego para responder adecuadamente. Durante la noche del 8 de febrero de 1865, después de haber agotado las municiones y la comida, Díaz acudió personalmente al cuartel general de Bazaine y se rindió. Con un grupo de oficiales y el licenciado Justo Benítez, fue encarcelado en Fuerte Loreto y después en el convento de Santa Catarina, ambos en Puebla, y de nuevo rehusó jurar que no volvería a empuñar las armas contra el Imperio. Cuatro meses más tarde, después de perforar inútilmente un túnel para escapar, fue trasladado al Colegio Carolino. Desde este lugar, y gracias a su audacia, ingenio y fuerza física, logró escapar (septiembre de 1865) hacia el Estado de Guerrero, y allí, partiendo de cero, reanudó su lucha de guerrillas contra el Imperio. Su actuación posterior no puede en modo alguno oscurecer el hecho de que hasta 1867 «nuestro Porfirio» fue el más brillante y notable soldado de la República.

Después de su victoria en Oaxaca, Bazaine se sintió embar-

gado por una especie de superoptimismo y envió a Francia una brigada, la cual fue desventajosamente reemplazada por 6.000 voluntarios austríacos y 1.200 belgas. Otro de los fallos de Bazaine fue el de no cooperar eficazmente en la organización y entrenamiento de un nuevo ejército imperial, tarea para la cual el emperador no estaba preparado. Las relaciones entre éste y el general francés, dueño del poder efectivo, se iban agriando paulatinamente. También después de su victoria en Oaxaca, y mientras su presa más codiciada, Díaz, preparaba la fuga, Bazaine permitió que sus ejércitos cuidaran de sí mismos, mientras él, a sus cincuenta y cuatro años, hacía la corte y se casaba con una señorita mexicana de diecisiete años. La novia fue del gusto del emperador y de la emperatriz, quienes proporcionaron a los recién casados una casa a tono con la categoría de quienes debían habitarla. Maximiliano, hablando del general, dijo irónicamente: «Esperemos que esta peligrosa felicidad conyugal le siente bien». El emperador sufría del hígado, y desesperanzado ya de que la emperatriz pudiera darle un hijo, llevó a palacio al pequeño Agustín Iturbide, nieto del primer hombre que reinó brevemente como emperador de México, y preparó su adopción legal.

Cuando el Nuncio pidió la restauración completa de las propiedades y privilegios de la Iglesia, Maximiliano, el 27 de diciembre de 1864, proclamó el que sería probablemente uno de los más desastrosos de entre sus numerosos decretos: el que confirmaba todas las leyes de la Reforma sobre este particular. «La clerecía», observó este asustado idealista, «carece de caridad cristiana y de moralidad». De un solo golpe se había privado del apoyo del clero y del de los reaccionarios, así como del de la emperatriz Eugenia. Por otra parte, esta medida no logró granjearle el sostén de los liberales, porque incluía una cláusula referente a la restitución de las propiedades adquiridas «de forma irregular» y, principalmente, porque los verdaderos liberales no concedían a Maximiliano derecho alguno a decretar nada.

El comentario de Juárez al respecto, fue el siguiente :

«El clero está ahora disgustado con Maximiliano que los ha traicionado, adoptando a medias las Leyes de Reforma, porque creía que los verdaderos liberales éramos tan cándidos que nos habíamos de convertir en partidarios suyos sólo porque adoptaba algunas de nuestras leyes de Reforma sin advertir que aun cuando las adoptara todas, jamás conseguiría nuestra sumisión porque nosotros ante todo defendemos la independencia y dignidad de nuestra Patria y mientras un extranjero intervenga con sus bayonetas en nuestros negocios y quiera imponernos su voluntad despótica como lo intenta Maximiliano, jamás consentiremos en su dominación, le haremos la guerra a muerte y rechazaremos todas sus ofertas, aun cuando haga milagros. Nosotros no necesitamos que un extranjero venga a establecer las reformas en nuestro país: nosotros las hemos establecido todas sin necesidad de nadie.»

Debido en parte a que los gastos militares —para la captura de Oaxaca y para las otras expediciones— habían sido muy grandes, y en parte debido a que todavía quedaba muy lejos la consecución de una economía floreciente y de un sistema impositivo adecuado, las finanzas mexicanas bajo Maximiliano no eran tan florecientes ni siquiera como lo habían sido con Juárez, con el triste resultado de que la mayor parte de un nuevo préstamo francés tuvo que dedicarse al pago de viejas deudas. Además, los oficiales franceses se hicieron cargo no sólo de las antiguas cabezas de playa extranjeras, es decir, las aduanas de los puertos que estaban bajo su control, sino que se apoderaron también del ministerio de Hacienda. Las tretas del imperialismo, incluso contra «imperios» sometidos, son inevitablemente vulgares, y todo lo que Napoleón y Maximiliano tenían que aprender era llamar a México una «democracia del pueblo».

El día 9 de abril de 1865, en Appomattox, Lee se rindió a Grant. Cuando la guerra tocaba ya a su fin, Chambrun, el embajador francés en Washington, alarmado por los insistentes rumores de que el ejército de la Unión se trasladaría al Sur para atacar a los franceses, se entrevistó con Lincoln para saber de labios del presidente cuál era la actitud de los Estados Unidos respecto a Francia, y Lincoln le replicó: «Ha habido ya bastante guerra. Sé lo que el pueblo americano quiere; pero,

gracias a Dios, yo cuento para algo y durante mi segundo mandato no habrá más lucha». Sin él saberlo, Lincoln había provocado un suspiro de alivio en Maximiliano, quien estaba ya enterado del contenido de la Doctrina Monroe y tenía una idea bastante precisa de cuál era el poderío militar de los Estados Unidos. Lincoln sufrió un atentado el 14 de abril, y murió a la mañana siguiente. Maximiliano, por medio de un mensajero personal, envió una carta al nuevo presidente, Andrew Johnson, quien no quiso recibir ni al mensajero ni el mensaje. Ahora sí que el viento del Norte era frío de veras. Para empeorar las cosas, Napoleón hizo oídos sordos a la petición de Maximiliano de garantías para la defensa contra los Estados Unidos.

La hostilidad del victorioso Norte era debida también a otras causas que nada tenían que ver con la violación de la Doctrina Monroe, a saber: la prolongada amenaza, ahora desaparecida, de una alianza de Francia, el Imperio mexicano y la Confederación contra los Estados Unidos, y también las naturales simpatías del pueblo y gobierno americanos por Juárez. Incluso antes de que Maximiliano aceptara el trono, Napoleón había apoyado un plan cuyo autor, el doctor W. M. Gwin, antiguo senador por California, proyectaba colonizar Sonora con sudistas y, con el tiempo, entregarla a Francia. Maximiliano, como nuevo «mexicano» se opuso a este plan, pero posteriormente se vio obligado a transigir en parte. Durante el verano de 1865, Matthew Fontaine Maury, que era ya el mejor oceanógrafo del mundo, propuso un plan para colonizar diversas partes de México, incluida una zona cercana a Orizabia con antiguos confederados, y Maximiliano le nombró delegado imperial de Inmigración y consejero de Estado. Maury escribió una serie de reportajes sombríos y realistas sobre la situación del Imperio los cuales fueron completamente ignorados por el emperador. El antiguo general confederado John B. Magruder recibió el cargo de supervisor de las tierras destinadas a ser colonizadas y luchó también por los imperialistas mexicanos. El 5 de septiembre de 1865, Maximiliano, el «liberal», firmó otro de sus fantásticos y característicos decretos, por el cual

inducía a los plantadores del Sur a emigrar a México con sus esclavos, los cuales se convertirían en peones.

Como réplica a la actitud y a los acontecimientos que se desarrollaban en los Estados Unidos, Napoleón ordenó a Bazaine que concentrara sus tropas en mejores posiciones defensivas, y una vez hecho esto, las fuerzas republicanas ocuparon las ciudades recién evacuadas. Las ratas empezaban ya a abandonar el barco que se hundía, y debió de ser muy doloroso para Maximiliano descubrir, por ejemplo, que tanto Hidalgo como Gutiérrez de Estrada estaban interesados, sobre todo, no en su gloriosa regeneración imperial de México, sino en aumentar su propia riqueza. Hidalgo estuvo brevemente en México, y como sea que quedó aterrorizado por lo que vieron sus ojos, volvió rápidamente a Europa. Gutiérrez de Estrada no se movió nunca de Roma. Éstos eran los hombres cuyas palabras fueron escuchadas en Europa cuando pretendían ser los portavoces de México.

Las defecciones hacia el bando republicano irritaron a los franceses hasta el punto que acudieron a Maximiliano para echarle en cara el haber sido demasiado indulgente con aquellas personas que habían sido convictas de desertión por las cortes marciales. Por entonces se recibió un informe procedente de un francés, el barón de Aynard, en Mazatlán, en el que se decía que Juárez había abandonado su causa y México, y que había huido a Santa Fe. Utilizando este informe como excusa, el 3 de octubre de 1865, Maximiliano promulgó el siguiente decreto: «La causa que con tanto valor y constancia sostuvo don Benito Juárez, había ya sucumbido, no sólo a la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandería en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio». A continuación se expresaba que serían ejecutadas sumarísimamente todas aquellas personas que empuñaran las armas contra el Imperio. Este decreto era todavía más severo que el de Juárez de fecha 25 de enero de 1862, por el que se consideraba como traidores a todos los que apoyaban a la intervención. Además, fue llevado a la prác-

tica de forma más sistemática y cruel. En su caballeroso principio, dictado por su temperamento, y en su brutal finalidad, dictada por otros pero aceptada por Maximiliano, este documento es tristemente característico de su autor.

Pocos días más tarde, un imperialista mexicano, el coronel Méndez, en Michoacán, derrotó y capturó a dos de los más notables generales republicanos: José María Arteaga, jefe del ejército del Centro, y Carlos Salazar, gobernador de Michoacán. Entonces, y de acuerdo con el decreto de Maximiliano, los hizo ejecutar, junto con dos coroneles y un cura. A partir de aquel momento sería mucho más difícil llegar a un arreglo, como lo sería también el mostrarse clemente. Maximiliano acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

EL ULTIMO CARTUCHO

Durante los dos años que siguieron a su salida de Monterrey el 15 de agosto de 1864, la firme esperanza de Juárez de que el Imperio estaba condenado a muerte no se vio confirmada por los hechos inmediatos. No obstante, si el ánimo del presidente hubiese decaído, la liberación de México habría sufrido un gran retraso e incidentalmente —como un simple incidente lo habría considerado— él mismo habría sido totalmente destruido.

Los viajes de Juárez, sus ministros y el pequeño grupo de partidarios acérrimos de la República a través de colosales distancias en el Norte de México, fueron extraordinariamente arduos, en calabazas y carros tirados por caballos y bueyes sobre casi inexistentes carreteras, por paisajes rocosos, áridos y montañosos, y con un tiempo más que frío, helado, por la noche, mientras que durante el día caía un sol de plomo. A menudo se encontraban escasos de comida y de agua, y es entonces cuando de corazón bendecían más que daban las gracias, a aquellos rancheros republicanos que les ofrecían alimentos y bebidas y un techo donde guarecerse. Los archivos nacionales constituían, a pesar de ser sagrados, una pesada carga, y por ello Juárez los confió, en un lugar llamado Garduño (la actual Congregación Hidalgo), al Oeste de Saltillo, a ocho devotos seguidores, «quienes lo depositaron en un sitio vecino al arroyo de El Jabalí y posteriormente en una cueva

de entrada pequeña situada en la falda de la Sierra del Tabaco, cercana a Matamoros, Coah. Celosamente supieron guardar el archivo, sufriendo crueles persecuciones de los imperialistas, hasta 1867 en que lo devolvieron al gobierno federal».

El 29 de agosto, desde San Lorenzo, cerca de Parras, Juárez envió una citación urgente a ocho generales que operaban en el Norte del país, quienes se reunieron con él en la hacienda de Santa Rosa, cerca de Torreón, el día 2 de septiembre. Allí agrupó las fuerzas disponibles en el Primer Cuerpo del Ejército del Oeste, y desgraciadamente lo puso al mando de Ortega, con Patoni como lugarteniente. Bajo la impresión, quizás correcta, de que el número de las fuerzas francesas había decrecido en aquella región, ordenó a Ortega trasladarse a Durango y Zacatecas. Mientras el ejército marchaba en dirección Sur, Juárez y su grupo se dirigieron vía Mapimí (al Noroeste de Torreón) a Nazas (situada en la orilla del río del mismo nombre), en el Estado de Durango, para aguardar el resultado de las operaciones militares. Allí, en la noche del 15 al 16 de septiembre, en una hacienda de una familia republicana, celebraron, con un no muy numeroso grupo de soldados, y embargados por Dios sabe qué tristes pensamientos, el Día de la Independencia de México.

El 22 de septiembre, desde Nazas, Juárez escribió a Santacilia y Romero sendas cartas en un tono optimista acerca de los movimientos de las tropas y de los suyos propios. En la carta dirigida al primero, decía: «En fin, la lucha comienza de nuevo y pronto comunicaré a U. buenas noticias, porque todavía tiene vida la nación y su gobierno y sus defensores lejos de desmayar se sienten cada día con más brío y más decisión». Si bien se mostraba pleno de optimismo en cuanto a los asuntos militares y políticos, sentía por su familia una dolorosa ansiedad: «En mis anteriores, dije a ustedes que desde mi salida de Monterrey hasta mi llegada a este Estado no había yo tenido novedad alguna, ni la he tenido hasta esta fecha; pero sí he tenido un tormento continuado, por no saber de la suerte de ustedes, pues desde la salida de ustedes de Cadereyta no he vuelto a saber nada de su marcha. Ya deben ustedes supo-

ner cuánta será mi aflicción, que de momento espero salir de ella, viendo una carta de U. o de Margarita... Esta carta y todas las que he escrito y escriba son para usted y para Margarita. ¡Pobre Margarita, cuánto habrá sufrido!» Termina, como siempre, enviando muchos besos y abrazos para sus hijos.

El día antes de que escribiera estas cartas, el ejército republicano mandado por Ortega fue severamente derrotado en el Cerro de Majoma, o La Estanzuela, cerca de Durango, en una acción en la que se enfrentaron unos 2.500 soldados republicanos a unos 600 franceses. Juárez, en una carta a su yerno Pedro Santacilia, explica las causas que motivaron el desastre, y su relato, transcrito a continuación, se ve apoyado por otros escritos de personas que vivieron los acontecimientos muy de cerca:

«Perdimos la acción cuando teníamos todas las ventajas que era de desearse para el triunfo y todas las probabilidades de nuestro lado, porque el señor González Ortega no metió en el combate todas las fuerzas, sino una parte pequeña, que peleó con heroísmo, y la otra, que era la mayor, quedó formada y se retiró en orden, sin haber disparado un tiro, y lo peor es que cuando esta fuerza, que era de mil quinientos infantes por lo menos, estaba ya a diez leguas del enemigo, sin que éste la persiguiera, el general en jefe, por descuido o por despecho, la dejó desbandarse. Estos hechos no se han publicado ni conviene que se publiquen por estar el enemigo al frente y sólo los refiero a usted para que esté al tanto de una de las causas de nuestras desgracias».

Desde Nazas, Juárez tuvo que trasladarse —a raíz de la derrota de Ortega— más hacia el Norte. Pasó por San Pedro del Gallo, La Zarca, Cerro Gordo, Río Florida y, posiblemente, por Allende, hasta que, el día 12 de octubre, llegó a Chihuahua. Antes o después de llegar a Chihuahua (no se sabe con seguridad), recibió de Patoni un informe de la derrota de Cerro de Majoma, con un *postscriptum* que retrata áspera y fielmente el espíritu que animaba en aquellos días a los republicanos: en una pelea originada por cuestiones de alojamiento un general abofeteó a otro, y el agredido, enfurecido, mató a su atacante.

Cuando Juárez y su comitiva llegaron a Chihuahua fueron recibidos muy cordialmente. El presidente y Luis Terrazas (destituido por Juárez de su cargo de gobernador) se reconciliaron, y su amistad ya no había de romperse más. Con fecha 15 de octubre Juárez escribió a su esposa una carta en la que expresaba su ansiedad por no haber recibido noticia alguna de ella ni de sus hijos, y comentando en un tono casi festivo la derrota sufrida en Majoma: «Aquí he fijado la residencia del Gobierno por ser el lugar en que por la distancia a que se halla el enemigo y por el buen sentido de todos sus habitantes tendré una permanencia tranquila y segura... y tú recibe el corazón de tu esposo que mucho te ama».

Juárez y sus ministros se instalaron en el edificio del Estado, «que lindaba con el de la señora Pía Rubio de Morón, cuyo marido, el doctor Roque Jacinto Morón, era diputado y les había acompañado en su peregrinar desde San Luis Potosí. La señora Rubio de Morón cuenta que llegaron por la tarde, y que desde entonces les cuidó y sirvió, convirtiéndose en un miembro de la familia. El palacio comunicaba con el domicilio de ella por una puerta falsa que daba entrada a un pasadizo para uso de la servidumbre. Al efecto de equipar el palacio, varias familias adictas a la causa republicana prestaron diversos muebles y enseres. Don Benito leía y escribía hasta muy tarde, se levantaba con el alba, y en seguida salía a disfrutar del aire fresco en el parque municipal. La mayor parte del tiempo permanecía en el interior», y nunca cerraba la puerta con llave. Años más tarde, la señora Rubio de Morón dijo a Ángel Pola, hablando de Juárez: «¡Ah, no puedo expresar cuán suaves eran sus modales!» Iglesias y Prieto a menudo salían juntos por la noche; pero Lerdo, soltero, acostumbraba a salir solo. La influencia del rector de San Ildefonso sobre Juárez aumentaba constantemente; pero a medida que don Benito, Lerdo e Iglesias se sentían más y más compenetrados, Prieto, el temperamental Prieto, se sentía celoso de la creciente amistad que unía a sus colegas. Se habían ya producido roces en Veracruz, años antes, y Chihuahua quedaba más aislada y tenía un ambiente más provinciano, lo que contribuía a agra-

var más la cuestión; pero Lerdo era al menos tan estoico como Juárez. Refiriéndose a un pesado viaje, escribió: «Por mala que sea nuestra situación, podemos decir cuando menos que ya la habíamos previsto, y todos sabemos que lo único que necesitamos es tiempo y constancia».

No fue hasta el 22 de diciembre que Juárez pudo escribir, contento, a Santacilia, que por fin, después de más de cuatro meses, había recibido varias cartas familiares, «fechadas en Nueva York y remitidas desde la casa número 210 de la East 13th St., que servía también como Consulado de México en esa ciudad». Por entonces el correo solía seguir la ruta siguiente: Franklin, Texas (el actual El Paso), Santa Fe y Kansas City, y tardaba unas cinco o seis semanas en llegar a su destino. A menudo, y para mayor seguridad, las cartas se escribían por duplicado y se efectuaba su envío por dos rutas diferentes. «Este Chihuahua», escribía Juárez en la misma carta, «es un calabozo en que se está en rigurosa incomunicación; pero no está lejos el día en que nos abramos paso a bayonetazos para el interior.

Es en esta carta que Juárez hace mención del primer trueno de una incipiente tormenta. Inmediatamente después del párrafo ya citado referente a la batalla de Majoma, dice: «Ortega vive ahora aquí retirado en su casa. Ha estado listo, sin embargo, para haber pedido que le entregara yo el mando, dizque porque ha terminado mi período. No leyó la Constitución y quedó en ridículo». Según la Constitución, el presidente debía tomar posesión de su cargo el día primero de diciembre, por un período de cuatro años. En el crítico período de 1861, Juárez necesariamente tuvo que convocar elecciones, y una vez elegido, entró en funciones el 15 de junio. La pretensión de Ortega se basaba en su creencia de que el mandato de Juárez había empezado realmente en uno de diciembre de 1860, terminando el día primero de diciembre de 1864. Cuando el derrotado y ambicioso general que era a la vez presidente del Tribunal Supremo, y primero en la línea de sucesión presidencial, preguntó a Lerdo su opinión sobre este punto, Lerdo le contestó que desde su punto de vista, «bajo la Constitución

el presidente podía servir sólo hasta el último día de noviembre del cuarto año siguiente al de su elección, lo que significaba que el mandato de Juárez no expiraría hasta 1865, interpretación que fue aceptada por Ortega».

En una carta a Juárez fechada el 28 de diciembre, Ortega solicitaba un pasaporte, «como soldado, para poderme retirar y ver en qué puedo servirle en otro punto de mi patria». Decía que no tenía intención de abandonar el país, pero que creía que era una imbecilidad dejarse capturar por el enemigo, y que sería peor aún que ambos, Juárez y él, cayeran en manos de los enemigos de la República. Es evidente que, engañado por las observaciones de Ortega, el gobierno concedió a éste el pasaporte solicitado. Inmediatamente, Ortega se marchó a Nueva York donde permaneció un año. En realidad, escogió un refugio muy distante y duradero, demasiado, si se tiene en cuenta que lo único que quería era evadirse del enemigo en un determinado momento de peligro.

Con fecha 22 de diciembre Juárez escribió también a Romero en Washington, en un escrito en el que analizaba las instrucciones previamente enviadas a Romero por Lerdo en relación con la conducta a seguir respecto al gobierno de los Estados Unidos:

«Ya se remiten a usted las instrucciones que pide. Con excepción de hipoteca o enajenación del territorio nacional, para lo cual no tiene facultades el gobierno, puede usted hacer todo lo que sea conveniente a la defensa de nuestra causa. Excuso recomendar a usted, porque usted lo sabe mejor que yo, que en el modo, forma y sustancia de un arreglo debe salvarse siempre el decoro y dignidad de nuestra nación, porque es cabalmente el objeto de nuestra actual contienda. Tenga usted presente el *fortiter in re* y (*sic*) *suaviter in modo*, de Lord Chesterfield.

«Espero me comunique U. como me ofrece, el resultado de su visita al ejército del general Grant». Durante los días 24 al 27 de octubre Romero había visitado el frente de Virginia donde fue cordialmente recibido por los generales Grant, Meade, Butler y otros, quienes expresaron la mayor

simpatía por la República mexicana. El ejército de la Unión realizaba una labor de desgaste contra el ejército de Lee y Early, pero los resultados eran todavía muy inciertos. En su carta, Juárez continúa diciendo:

«Si éste [Grant] ha logrado el triunfo ocupando a Richmond, nuestra causa aventajará alguna cosa en su fuerza moral; pero si la cuestión de armas permanece indecisa, poco o nada adelantaremos, porque es necesario convencernos de que los gobernantes en esa República, sean cuales fueren los deseos del partido a que pertenecen, han de trabajar de toda preferencia en restablecer y consolidar su paz interior y no han de querer distraer sus recursos ni su atención para ayudar a otros pueblos, por buenas que sean sus intenciones para con nosotros. Esa es la verdad de las cosas que debemos tener siempre presente para no equivocarnos. Y, sin embargo, debemos agradecer en todo caso las muestras de aprecio y simpatía que se nos prodigan por corazones generosos, que desean ayudarnos, pero que no está en posibilidad realizar sus deseos. Por eso creo que debemos intentar en esa República lo que buenamente y sin comprometer nuestra dignidad podemos obtener; pero no fiar en ello exclusivamente la esperanza de nuestro triunfo. Procuraremos obtener éste con nuestros propios y escasos elementos. Así el triunfo de nuestra causa será más gloriosa y si sucumbiéramos, lo que juzgo muy difícil, habremos salvado el honor de hombres libres que legaremos a nuestros hijos para que nos bendigan. No faltarán hombres que por un loable entusiasmo o por excesiva paciencia, porque no saben sufrir y esperar, o acaso por ambición indiquen a usted como medida de habilidad y de alta política, que acepte toda oferta, aun cuando envuelva algo de sacrificio del honor nacional.

Oígalos U. con cautela; rechace con energía sus insinuaciones y haga U. lo que estime conveniente a la dignidad e intereses de la patria.

A no haber yo procedido de esta manera cuando estuve en Veracruz, y cuando se me hicieron, repetidas veces, semejantes indicaciones, hubiera sido condenado por la representación nacional, cuando el diputado don José M. Aguirre me acusó de traidor en el año de 1861.

Mucho agradezco al señor Seward y a su familia, lo mismo que al señor ministro del Interior los deseos que han manifestado de ser presentados a mi esposa. No sé si ésta habrá podido ir a... [copia incompleta].».

Estas instrucciones son una prueba más de que las acusaciones de traición que durante un siglo se han hecho contra Juárez son absurdas y parciales en grado sumo. Los avisos e instrucciones que Juárez y Lerdo dieron a Romero eran necesarios porque hacia fines de 1864 los mexicanos residentes en los Estados Unidos se sintieron alarmados por el rumor de que después de las elecciones americanas, y a cambio de la promesa de Napoleón de no reconocer al Sur, los Estados Unidos reconocerían al Imperio mexicano. Fue a causa de este infundado rumor que Doblado sugirió a Romero la cesión de la Baja California y parte de Sonora a los Estados Unidos, a cambio de que éstos rechazaran la propuesta napoleónica y enviaran a México una expedición armada para ayudar a las tropas republicanas. Romero no era ningún insensato; pero, como Juárez sabía, su salud era siempre muy delicada, y la influencia de Doblado era siempre de temer. Mientras, los americanos simpatizantes con la República continuaban enviando buena cantidad —aunque insuficiente— de suministros a través de la frontera.

Aunque las fuerzas francesas continuaban su avance hacia las costas occidentales, y a pesar de que el Estado de Chihuahua corría un cierto peligro, la cosa no pasó a mayores. Al hablar de estas operaciones a su yerno Santacilia, Juárez aprovecha también para demostrar su gran preocupación por la familia y para recomendar a un viejo amigo que regresaba, vía Nueva York, de una cárcel francesa: «Mi compadre don Ignacio Mejía que está en ésa, es amigo a quien quiero mucho y que ha sido el amparo de la familia en mis días de desgracia. Se lo recomiendo a U. mucho».

El 12 de agosto de 1865, Juárez escribió a Santacilia: «Suplico que Pepe y Beno están yendo a la escuela. Suplico a U. no los ponga bajo la dirección de ningún jesuita ni de ningún sectario de alguna religión; que aprendan a filosofar, esto es, que aprendan a investigar el porqué o la razón de las cosas para que en su tránsito por este mundo tengan por guía la verdad y no los errores y preocupaciones que hacen infelices y degradados a los hombres y a los pueblos». Sobre este par-

ticular, vamos a transcribir unas palabras de Juárez oídas y recordadas por Sierra: «Me gustaría que el protestantismo tomara carta de naturaleza en México, y conquistara a los indios; éstos necesitan una religión que les obligue a leer, en lugar de obligarlos a gastar sus ahorros en velas para los santos».

En su preocupación y amor por sus hijos, Juárez estaba a punto de recibir un golpe más doloroso que ninguno, y que sólo podría haber sido superado por el constituido por la muerte de su esposa o por la definitiva extinción de la República. El 8 de noviembre, día de las elecciones americanas, el orden y método de las cuales le impresionaba, Romero estaba en Nueva York ocupado como siempre en los asuntos relacionados con México, y dice «fui a ver a la señora Juárez. Estuve con Santacilia un buen rato y él me informó de la gravedad del niño de la señora». El 26 de enero, dos semanas después de haber escrito a Santacilia acerca de la educación de los niños, Juárez le escribió en los siguientes términos:

«Mi querido Santa: Escribo a U. bajo la impresión del más profundo pesar que destroza mi corazón, porque Romero en su carta del día 14 de noviembre próximo pasado, que recibí anoche, me dice que mi amado hijo Pepe estaba gravemente enfermo y como me agrega que aun el facultativo temía ya por su vida, he comprendido que sólo por no darme de golpe la funesta noticia de la muerte del chiquito, me dice que está de gravedad; pero realmente mi Pepito ya no existía, ya no existe, ¿no es verdad? Ya considerará U. todo lo que sufro por esta pérdida irreparable de un hijo que era mi encanto, mi orgullo y mi esperanza.

¡Pobre Margarita!, estará inconsolable. Fortalézcala U. con sus consejos para que pueda resistir este rudo golpe que la mala suerte ha descargado sobre nosotros y cuide U. de nuestra familia. Sólo U. es su amparo y mi consuelo en esta imposibilidad en que estoy de reunirme con ustedes.

Adiós hijo mío, reciba U. el corazón de su inconsolable padre y amigo. *Benito Juárez.*

Dispense U. los borrones porque mi cabeza está perdida. *Juárez.*».

El mismo día, 26 de enero, escribió también a Romero una carta, transcrita en parte sobre una placa de bronce, situada en un lugar de honor del Museo Juárez en el palacio Nacional;

cosa muy apropiada, porque si por un lado demuestra que la voluntad de este hombre era de bronce, nos muestra también que don Benito tenía un corazón que latía y sufría por su familia y su país, y un cerebro, penetrante y culto, digno de la gran labor que le había sido encomendada. He aquí el texto completo :

«Mi querido amigo: Por su carta del 14 de Nov. ppdo. y por las comunicaciones oficiales, que remite al Ministerio, quedo impuesto de que las cosas han cambiado en ésta de un modo favorable a nuestra causa, lo que celebro mucho, pues estaba yo muy inquieto por las noticias que corrían, de que ese Gobierno estaba dispuesto a reconocer el imperio de Maximiliano. Así tendremos a lo menos una cooperación negativa de esa República, pues en cuanto a un auxilio positivo, que pudiera darnos, lo juzgo muy remoto y sumamente difícil, porque no es probable siquiera que el Sur ceda un ápice a sus pretensiones y en tal caso, ese gobierno tiene que concluir la cuestión por medio de las armas, y esto demanda mucho tiempo y muchos sacrificios.

La idea que tienen algunos, según me dice U. de que ofrezcamos parte del territorio nacional para obtener el auxilio indicado, es no sólo antinacional, sino perjudicial a nuestra causa. La Nación por el órgano legítimo de sus representantes ha manifestado de un modo expreso y terminante, que no es su voluntad que se hipoteque, o se enajene su territorio, como puede U. verlo en el decreto en que se me concedieron facultades extraordinarias para defender la Independencia, y si contrariásemos esta disposición, sublevaríamos al país contra nosotros y daríamos una arma poderosa al enemigo para que consumara su conquista. Que el enemigo nos venza y nos robe, si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar ese atentado, entregándole voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos, o cualquier otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio y por nuestra debilidad no podemos arrojarlo de él, dejemos siquiera vivo nuestro derecho para que las generaciones que nos sucedan lo recobren. Malo sería dejarnos desarmar por una fuerza superior pero sería pésimo desarmar a nuestros hijos privándolos de un buen derecho, que más valientes, más patriotas y sufridos que nosotros lo harían valer y sabrían reivindicarlo algún día.

Es tanto más perjudicial la idea de enajenar el territorio en estas circunstancias, cuanto que los Estados de Sonora y Sinaloa, que son los más codiciados, hacen hoy esfuerzos heroicos en la

defensa nacional, son los más celosos de la integridad de su territorio y prestan al gobierno un apoyo firme y decidido. Ya sea, pues, por esta consideración, ya sea por la prohibición que la ley impone al gobierno de hipotecar o enajenar el territorio nacional y ya sea en fin porque esa prohibición está enteramente conforme con la opinión que he tenido y sostenido siempre sobre este negocio, repito a U. lo que ya le he dicho en mis cartas de 22 de diciembre último y posteriores, a saber: que no sólo debe U. seguir la patriótica conducta que ha observado de no apoyar semejante idea, sino que debe U. contrariarla trabajando por disuadir a sus autores haciéndoles presente las funestas consecuencias que nos traería su realización.

Celebro que haya U. quedado satisfecho de la opinión que observó en el ejército del general Grant respecto de nuestra causa. Esa opinión y la que ha manifestado Mr. Seward son una garantía que podremos tener de que el imperio de Maximiliano no sería reconocido por ese gobierno. Es lo único positivo que podemos esperar por ahora de esa República.

No me extiendo a más porque bajo la impresión del profundísimo pesar que destroza mi corazón por la muerte del hijo a quien más amaba, apenas he podido trazar las líneas que anteceden. Digo por la muerte del hijo a quien más amaba, porque según los términos de la carta de U. que recibí anoche, he comprendido, que sólo por lo funesto de la noticia no me la ha dado U. de un golpe; pero en realidad mi amado hijo ya no existía, ya no existe. ¿No es verdad? Con toda mi alma deseo equivocarme y sería yo muy feliz si por el próximo correo que espero con verdadera ansiedad se me dijera que mi hijo estaba aliviado. ¡Remota esperanza que un funesto presentimiento desvanece, diciéndome que ya no hay remedio!»

Juárez tuvo que esperar casi un mes para tener confirmación de su terrible presentimiento, y de este intervalo existen todavía por lo menos seis cartas dirigidas a Romero y Santacilia en las cuales se mezclan los párrafos de aflicción y dolor con aquellos en que trata —para distraerse y calmarse, evidentemente— de los acontecimientos de los Estados Unidos, de la política a seguir con aquel país, de las relaciones de Maximiliano con el clero, y de los problemas financieros del gobierno republicano, cuya única fuente de ingresos está constituida por las aduanas de Guaymas. En una carta posterior habla de la forma de Oaxaca por Bazaine; pero aventura la

opinión —en este caso con cierta exactitud— de que Maximiliano deberá mantener allí una numerosa guarnición en unos momentos en que se hallaba falto de fuerzas suficientes para pacificar las ciudades ya conquistadas. El día 23 de febrero escribió a Santacilia que Romero le había confirmado el temido fallecimiento de su hijo, y en esta carta se muestra especialmente apesadumbrado por Margarita, su esposa; en un *postscriptum* añade que acaba de enterarse del fallecimiento en Cuba del padre de Santacilia, y trata de consolar a su yerno en este nuevo y doloroso trance.

El 21 de marzo, cumpleaños de Juárez, y a pesar de que, a causa de su luto, se había opuesto a cualquier clase de celebración, los principales ciudadanos de Chihuahua, entre ellos don Luis Terrazas —de nuevo gobernador del Estado—, le dieron una «suntuosa cena», en la que se efectuaron varios brindis. Cuando don Francisco Urquidi ofreció un brindis a la esposa e hijos de Juárez, éste, se cuenta, lloró, y replicó que México debía estar siempre por encima incluso de la familia. «El amigo Guillermo [Prieto] ha estado admirable con su lira y ha tenido parte muy activa en todo lo que se ha hecho para celebrar mi día». De esta carta se desprende claramente que el agasajo llegó al corazón de Juárez.

También debió de sentirse emocionado al recibir una carta, fechada el 28 de mayo desde Acapulco, cuyo remitente, Ignacio M. Altamirano, había sido uno de sus más acérrimos contrarios en 1861. En dicha carta expresaba Altamirano su sincero pesar por la muerte del hijo de don Benito, a la par que expresaba su lealtad al presidente, y decía también haber contestado a algunos que creían que Juárez abandonaría el país, lo siguiente: «Sería más fácil que la tierra se saliera de su órbita que ese hombre de la República; ese hombre no es un hombre, es la encarnación misma del deber. “Pero, ¿dónde está?”, le replicaron. “No sé el nombre del trozo de tierra donde se encuentra en estos momentos; pero está dentro del territorio de la República, trabaja por la República y morirá en la República, y si sólo queda un pedazo de terreno republicano en un rincón del país, en ese rincón estará sin duda el pre-

sidente"». En agosto se produjo otro hecho que contribuyó en más alto grado que el que acabamos de relatar a darle ánimos. Por el ministro de Colombia en Washington supo que en mayo el Congreso colombiano aprobó una resolución por la cual se declaraba que Juárez había «merecido bien de la América», o, como se expresa generalmente —con buena dosis de ironía por parte de algunos de sus críticos hostiles—, que se había hecho acreedor al título de *Benemérito de las Américas*. Juárez escribió a Santacilia que no merecía tal honor y que lo único que había hecho era cumplir con su deber.

Unos meses antes, el 27 de marzo, Juárez escribió al general Mariano Escobedo en Monterrey para darle las gracias por haber reconquistado la ciudad de Laredo y por haber empezado a destruir el imperialismo en el Norte. Escobedo, que en su mocedad había sido peón en una granja de Nuevo León, había hecho su aprendizaje militar en escuelas muy duras: la de la guerra americana, la de la guerra de la Reforma, y la de la campaña contra los franceses en Puebla y en el Sur a las órdenes de Porfirio Díaz. Es en esta carta que Juárez hace su agrio comentario, ya reseñado, sobre Maximiliano como reformista liberal. En cuanto a los imperialistas que desean ahora pasarse al bando republicano, dice que podrán hacerlo únicamente aquellos que demuestren su lealtad con su sangre, es decir, alistándose para luchar contra los invasores. Las tierras de los rancheros acaudalados que habían estado en connivencia con el enemigo serían confiscadas y vendidas, y los traidores y rebeldes tipo Vidaurri y Quiroga sufrirían «todo el rigor de la ley» del 5 de enero de 1862, lo que significaba la pena capital. Juárez, en su ya mencionada carta a Escobedo, nombra a éste gobernador y comandante militar de Nuevo León, dándole órdenes relacionadas con tales cargos.

El 6 de abril, en un escrito a Santacilia, Juárez muestra su contento por haber sabido que Nela y sus hermanos están aprendiendo inglés y también por el hecho de que la chica «ya vaya al mercado y a las tiendas a hacer sus compras sin necesidad de intérprete». En otra de sus cartas, escribió: «Pues

los niños son, como dice la autora de la *Choza de T. Tomás*,¹ rosas del Edén que Dios arroja en el camino de los desgraciados». Esta frase la escribió en realidad Lord Chesterfield a la autora de dicha obra, la señora Stowe. Volvamos otra vez a la carta del 6 de abril. En otro de sus párrafos, Juárez habla del desarrollo de la guerra civil americana. Aprueba «la inflexibilidad de Mr. Lincoln», y dice: «Con que el Norte destruya la esclavitud y no reconozca el Imperio de Maximiliano nos basta». En una carta que con la misma fecha escribió a Romero dice más o menos lo mismo, y especifica que por «inflexibilidad» entiende la decidida voluntad de Lincoln a no llegar a compromiso alguno con la Confederación. Continúa diciendo a Santacilia: «Tal vez a esta hora en vista de los últimos triunfos de Lincoln y de la explícita declaración que se ha hecho de no reconocer a Maximiliano, Napoleón esté meditando dar otro sesgo a su política interventora en México». No obstante, Juárez hace constar que cualquier ayuda del Norte, incluso después de un rápido desenlace de la guerra civil americana, tendrá que venir de «un amigo y no de un amo», y sin que signifique merma alguna del territorio o de la dignidad mexicana. En cuanto a los posibles voluntarios americanos que pudieran auxiliar al ejército republicano, Juárez se muestra muy escéptico: dice que sabe por experiencia que los americanos no están acostumbrados a la miseria «a que están sujetos nuestros soldados», y que necesitan estar bien pagados y atendidos, pues de lo contrario «se convertirían en una plaga por su insubordinación y por sus errores». No sabemos dónde pudo Juárez haber adquirido tal experiencia, ni si tenía motivos para hablar del soldado americano en la forma en que lo hizo.

En una carta fechada el 9 de mayo en Nueva York, Ortega trata del asunto de los voluntarios, y dice haber sido calurosamente recibido por toda clase de personas, como banqueros, hombres de negocios y generales. Añade que existe mucho entusiasmo para alistarse para servir en México en las condicio-

1. La cabaña del Tío Tom. (*N. del T.*)

nes señaladas por Juárez en su decreto del 11 de agosto de 1864; pero que prefiere no comprometerse con nadie sin contar antes con la aprobación del gobierno americano y de Juárez. En el margen de esta carta anota Juárez que no es conveniente relevar a la persona ya comisionada para la compra de armas y municiones, y que debe negarse a Ortega «la comisión que solicita», agradeciéndole sus buenas intenciones. La persona autorizada para este propósito, una desgraciada elección, era el general José María de Jesús Carvajal. El 27 de abril, los poderes (si es que tenían alguno) de Doblado, Berriozábal y Ortega habían sido revocados totalmente.

El 11 de mayo, Juárez pudo escribir a Santacilia acusando recibo de varias cartas y fotografías de la familia que había recibido desde Nueva York. «En fin, este correo que vino últimamente del Paso nos ha tenido a todos contentos; y a no haber recibido igualmente la fatal noticia del asesinato infame del presidente Lincoln, nuestro gusto hubiera sido completo. Yo he sentido profundamente esta desgracia porque Lincoln, que con tanta constancia trabajaba por la libertad completa de sus semejantes, era digno de mejor suerte y no del puñal [*sic*] de un cobarde asesino. Aguardo con suma ansiedad el correo inmediato para saber el giro que tomen las cosas en esa República después del triunfo definitivo que ha tenido el ejército del gobierno y de la muerte desgraciada de Lincoln. No conozco los antecedentes de Mr. Johnson ni su opinión respecto de la cuestión de México, aunque presumo que ha de ser favorable a nuestra causa, porque perteneciendo al pueblo, como él ha dicho, ha de participar de la opinión de éste que no quiere una monarquía europea en México. Veremos, y entretanto nosotros seguiremos nuestra lucha sin desmayar». Habla luego de las operaciones militares y dice estar convencido de que el enemigo no irá a Chihuahua, por miedo a ser atacado por su flanco derecho y a ver cortada su retirada. En una carta a Romero de la misma fecha, dice Juárez hablando de la muerte de Lincoln: «He sentido profundamente este desastre», y confía en que no sean muy graves las heridas de Seward, a quien, por medio de Romero, expresa sus mejores

deseos. Una semana más tarde el secretario Seward estaba ya prácticamente curado: «He leído el discurso de Mr. Seward, así como el de Mr. Johnson, y no pudo hacerse declaración más explícita en nuestro favor y contra el tirano de Francia».

En otra de sus cartas a Santacilia, escrita el 18 de mayo, Juárez dice: «Nada extraño es que a esta hora muchos de los tráfugas y de los aduladores del invasor estén ya volviendo la vista hacia Chihuahua y que Miramón y otros jefes reaccionarios brinden por el partido liberal. Éste es el mundo, y el mundo mexicano que es capaz de atarantar al mismo Luis Napoleón, si viniera a vivir unos días en México. Es singular esa gente de México; al que no la conozca y es fatuo, sus ovaciones y adulaciones lo embriagan, lo tiran y lo pierden, y si es débil, sus injurias y maldiciones, lo tiran y lo pierden también». Informa luego de la vuelta al redil de otros dos liberales que le habían hecho la guerra, y termina: «Lo cierto es que mis enemigos no tienen razón para serlo. Si algún mal causo a los traidores es por error de entendimiento y no por deliberada voluntad. No es mi fuerte la venganza».

El día 29 de junio, y en una carta a su yerno, Juárez dijo que el general Negrete, actuando de acuerdo con sus órdenes de no enzarzarse en batalla alguna a menos que tuviera muchas probabilidades de vencer, había sido forzado por el general francés Brincourt, que se había distinguido en Oaxaca sirviendo bajo el mando de Bazaine, a retirarse de Saltillo; pero Negrete había desobedecido las órdenes al dirigirse a Chihuahua en lugar de ayudar a las guerrillas republicanas del Este y del Sur. Al referirse al rumor de que numerosos grupos de voluntarios habían salido de San Francisco y Nueva York, Juárez dice:

Yo doy cuarentena a estas noticias, pero borregos como son ponen en alarma a los imperialistas por mucho que lo quieran disimular.

Lo que ha dicho Ortega respecto de partidas que hayan venido de Nuevo México para este Estado no es cierto. Sería fácil reclutar gente del otro lado del Bravo; pero la falta de dinero para mante-

nerla nos imposibilita para hacerlo. Los hijos de los ricos no se avienen con la vida miserable del pobre.

La idea de U. de que Beno estudie para ingeniero civil me parece excelente, salvo que el muchacho manifieste una decidida inclinación para algún otro ramo.

Si retrocedemos al 11 de agosto de 1864, fecha del decreto de Juárez en relación con los voluntarios, veremos que desde entonces hasta 1866 hubo mucha actividad en los Estados Unidos en relación con diversos proyectos para llevar hombres y armas a México, en ayuda del gobierno republicano. Tanta actividad, sólo en parte era legal, y como consecuencia de ella muchas armas y algunos soldados pasaron la frontera; pero muchos de los mexicanos y estadounidenses involucrados en el asunto no estaban autorizados por sus gobiernos respectivos, pues lo único que buscaban era aumentar su propio prestigio, llenar sus bolsillos, o ambas cosas a la vez. Bueno, todos no; algunos no eran sino unos ingenuos rematados. Estos contrabandistas, más que una ayuda constituían un estorbo para los Juárez, Lincoln (posteriormente, Johnson), Seward, Lerdo y Romero. El pueblo americano quería evidentemente ayudar a la República de México, y lo mismo puede decirse de su gobierno. Se comprende también que la República necesitara de toda posible ayuda razonable, pero el caos relacionado con esta «ayuda extranjera» clandestina era excesivo. Creemos que el relato de unos pocos episodios relacionados con el asunto serán suficientes.

Doblado murió en la cama, pero el general Carvajal estaba ya preparado para substituirle. Había sido educado en Virginia, hablaba inglés, y su historial en las guerras mexicanas fue, hasta que los franceses le obligaron a retirarse del Este del país en 1864, bastante brillante. Luego se trasladó a Washington y Nueva York como agente autorizado por el gobierno mexicano en la cuestión de los voluntarios. Sin embargo, su labor al respecto fue prácticamente nula, y además se convirtió en víctima cómplice de un avieso americano llamado Daniel Woodhouse, promotor de la «United States, European, and West Virginia Land and Mining Company», que intentó

adquirir inmensas áreas de terreno, minas y derechos ferroviarios en Tamaulipas y San Luis Potosí, a cambio de la venta de 30.000.000 de pesos en bonos mexicanos al 40 por ciento de su valor nominal. Romero denunció el fraude, aunque demasiado tarde para evitar que hiriera a Juárez y su familia de forma muy dolorosa dada su naturaleza tan escrupulosa: Carvajal supo que doña Margarita necesitaba dinero con urgencia, de modo que le entregó recibos por valor de 20.000 \$ contra el salario de Juárez (sueldo que percibía sólo en parte por entonces), y con la garantía de un contrato ilegal con la compañía de Woodhouse. Tan pronto lo supo, Juárez insistió vehementemente cerca de Santacilia para que los recibos fueran devueltos inmediatamente a Carvajal, a quien desautorizó. Al propio tiempo dio órdenes para que fuera enviado a su esposa el producto de los alquileres de dos casas propiedad de Juárez sitas en Oaxaca. En los proyectos de Carvajal estaba envuelto el general Lew Wallace, hombre honrado pero hambriento de gloria que había sido destituido de todo mando militar después de sus numerosos errores en Shiloh. Entonces se convirtió en un fanático y fastidioso mexicófilo, y trabajó en un descabellado plan consistente en lograr separar Texas, Arkansas y Louisiana de la Confederación, y convirtiendo a los tres Estados en fuentes de apoyo a Juárez. Algunos confederados mostraron un cierto interés por el proyecto, aunque sólo como un medio de absorber el Norte de México. Además de Carvajal y Wallace había otras personalidades comprometidas en el fraude Woodhouse, entre ellas el general Herman Sturm y Robert Dale Owen, ambos de Indiana, siendo el último de los citados hijo del gran Robert Owen, y hombre de sólido prestigio. (Debe recordarse que los bonos fueron redimidos en última instancia por Porfirio Díaz). Owen se retiró, pero Sturm logró, en 1866, asegurar la entrega de una no despreciable cantidad de armas a Carvajal en Matamoros, y a Díaz en Minatitlán, al Sudeste de Veracruz, armas que sin lugar a dudas jugaron un buen papel en la consecución de la victoria final. Matamoros se convirtió en un avispero de luchas e intrigas entre republicanos, imperialistas, franceses, soldados de la

Unión, exconfederados, etc. En resumen, puede decirse que la citada ciudad mexicana era la Argelia de la época. Un gesto que tuvo escasa trascendencia a pesar de ser muy alentador, fue la reunión celebrada el 19 de julio de 1865 en el Cooper Institute de Nueva York, cuyos organizadores, ciudadanos americanos todos ellos, querían «expresar su simpatía y respeto por los exiliados mexicanos republicanos», quienes formaban un grupo numeroso, pero heterogéneo. Los generales Grant, Sheridan y Schofield se mostraron siempre projuaristas, siendo su ayuda muy eficaz, a pesar de que algunas veces obraron por propia iniciativa, es decir, sin consultar al gobierno. El 20 de junio de 1865 Romero escribió a Juárez: «Grant no hubiera podido hacer más si hubiese sido mexicano».

En conjunto, es una historia muy compleja y humana, y Juárez la siguió tan cuidadosamente como le fue posible en aquellas circunstancias, escéptica y astutamente; su semidespego, mientras mantenía su mente ocupada en otros asuntos más trascendentes, recuerda la actitud de Lincoln. Los dos hombres estaban más cerca el uno del otro que no lo estaban de sus compatriotas exaltados e intrigantes. Lincoln había muerto, pero el nuevo presidente, lo mismo que el duradero Seward, no solía actuar de forma insensata, y además los tiempos cambiaban.

El hecho de que Juárez se diera cuenta de que el tiempo y las circunstancias trabajaban a su favor, y la fuerza moral que le proporcionó el ser declarado Benemérito de las Américas por decisión del Congreso de Colombia, no sirvieron para acabar con el ejército francés que en julio de 1865 empezó a avanzar hacia el Estado de Chihuahua. El 5 de agosto tuvieron que salir de Chihuahua en dirección a El Paso del Norte, en la frontera. Luis Terrazas no había aún tomado posesión de su cargo de gobernador, y Manuel Ojinaga fue nombrado gobernador *pro tempore*. Ojinaga tuvo que huir hacia las montañas donde fue asesinado por partidarios de los imperialistas. Los franceses entraron en la capital del Estado el día 13 de agosto. El territorio que se extiende desde Chihuahua hasta la frontera es un desierto arenoso, por lo que la retirada de

Juárez y sus colaboradores, bajo un sol de fuego, a Río Bravo, el último cartucho de la República, debió ser el más penoso de los viajes que en su vida realizaron. Llegaron allí el 14 de agosto de 1865.

El 27 de julio, Reuben W. Creel, cónsul americano en Chihuahua y probable acompañante de Juárez en su viaje a la frontera, había escrito al brigadier general James H. Carleton¹ en Santa Fe a cargo del Departamento de Nuevo México, en relación con el avance de los franceses y con los preparativos del gobierno mexicano para trasladarse a El Paso del Norte; y el 14 de agosto Carleton telegrafió esta carta al Ayudante general del ejército americano en Washington, añadiendo que era muy probable que Juárez tuviera que buscar asilo en los Estados Unidos, y recomendando elocuentemente que se le diera hospitalidad. Mientras esperaba el permiso, ordenó al comandante en jefe de la guarnición de Franklin «que tenga las habitaciones en Hast Mills a su disposición». Al dar cuenta de estas medidas a Juárez en 25 de agosto, concluye: «Espero que Su Excelencia no vacilará en pedirme cualquier favor o ayuda que esté en mi mano brindarle. Debe usted creer que en sus reveses tiene nuestra más honda simpatía; y soy de aquellos que confían que no pasarán muchos meses sin que usted alcance la Capital de la República Mexicana entre gente fiel y libre como su jefe ejecutivo, sin influencias ni bayonetas extranjeras para influirlo o amenazarlo en el libre desempeño de su deber». Con la misma cortesía y su «profunda gratitud», Juárez declinó la invitación, explicando simplemente que había establecido su gobierno en El Paso del Norte. En otras cartas a diferentes destinatarios muestra su proverbial confianza, en esta ocasión en el sentido de que los franceses no están en condiciones de proseguir su avance en dirección Norte, debido a la oposición de los guerrilleros republicanos. Es muy posible que Juárez estuviera acertado; pero no debe olvidarse que, sin que ni Carleton ni Juárez lo supieran, Napoleón había ordenado a Bazaine que no se arriesgara a acercarse demasiado al ejército de los Estados Unidos.

1. ¿No será James H. Carleton?

Cuando acababa de quemar el último cartucho, precisamente en unos momentos en que las ilegales gestiones de Carvajal constituían un motivo de preocupación que añadir al representado por el grave problema de Ortega, Juárez se sintió abrumado por un nuevo golpe: en septiembre supo que su hijo menor, Antonio, que había nacido en Saltillo quince meses antes, había muerto. El pesar del padre no debió de ser tan grande como el producido por el fallecimiento de su segundo hijo, José o Pepe, pues a éste le había conocido y, como se ha dicho ya, fue el preferido de todos sus vástagos. Esta vez, sin embargo, fue mucho mayor la preocupación que le embargó en relación con su esposa. «Yo imagino todo lo que mi pobre esposa debe estar sufriendo, y temo mucho que no podrá soportar este golpe que a mí casi me priva de pensar... Me siento tan agobiado que apenas puedo escribir estas líneas».



LA LEY Y LOS HECHOS

De todas las decisiones de Juárez, la que ha sido más criticada es su autorización para negociar el Tratado McLane-Ocampo. Le sigue la que adoptó en otoño de 1865 en relación con la presidencia de la República. Durante aquellos meses de otoño e invierno en El Paso del Norte tuvo muchos otros problemas en su mente, pero éste fue probablemente el más serio y absorbente, como se demuestra por el hecho de que Juárez lo menciona en casi todas sus cartas de aquellos meses.

Cuando Ortega planteó por primera vez la cuestión, el año anterior, a Lerdo no le fue difícil responderle. Entonces Ortega embaucó a Juárez en el asunto de la concesión del pasaporte, que sirvió sólo para que pudiera importunar impunemente al presidente Johnson y a otras destacadas personalidades de los Estados Unidos. Trató de crear y armar un cuerpo de voluntarios, sin contar con autorización alguna del gobierno mexicano, y ante la consternación de Romero, Lerdo y Juárez. La Constitución especificaba claramente que cuando la presidencia estuviera vacante al final de un mandato, y en el supuesto de que no fuera posible convocar elecciones, el presidente del Tribunal Supremo, en este caso Ortega, sería proclamado presidente interino.

Durante todo el año, nadie dudaba de que el primero de diciembre, si no antes, Ortega renovarían sus pretensiones, y se le consideraba asimismo capaz de persuadir a determinados

políticos, generales y soldados para que le apoyaran. Es evidente que de ser así la República podría verse envuelta en una nueva guerra civil que, dadas las circunstancias, provocaría casi con toda seguridad su derrumbamiento total. Juárez había sido siempre el paladín de la ley como «espada y escudo» de la libertad y el orden, y había conseguido que muchos mexicanos compartieran esta forma de pensar. Si denegaba a Ortega la presidencia, estos compatriotas suyos se sentirían en cierto modo traicionados, y él, Juárez, se consideraría desleal a su propia conciencia. Como todos los otros presidentes fuertes, de México y de todo el mundo, Juárez había sido tildado de seudodictador, pero al menos hasta 1871 esta acusación ha carecido de base. En la ocasión que nos ocupa no faltan argumentos con los que contrarrestar tal acusación, a pesar de las apariencias. Incluso en el caso de un hombre que, como Juárez, careciera casi por completo de vanidad, es comprensible que quisiera, después de tanto luchar, terminar la obra empezada. Sin embargo, don Benito debió de sentirse tremendamente agotado en algunas ocasiones, como debió de pasar por momentos en que lo que más deseaba era poder reunirse con su esposa e hijos. Estamos seguros de que si, en lugar de Ortega hubiese sido otro el pretendiente, por ejemplo, Lerdo, Juárez habría abandonado la presidencia de la República el día 1.º de diciembre de 1865.

Pero Ortega era Ortega: un hombre tremendamente vanidoso y ambicioso, ávido de dinero y de gloria. Como soldado, fue inmensamente afortunado en Calpulálpam y bizarro en Puebla, pero no llegó ni a mediocre en el resto de las acciones en que tomó parte. Como gobernador, demostró cumplidamente su supina ignorancia de las leyes y la indiferencia que le inspiraban. Era un hombre falso y sensible a la adulación, y, sobre todo, se desmoralizaba fácilmente. Ya hemos visto cómo poseía la suficiente astucia como para sacar partido incluso de sus horas bajas. Juárez ignoraba, según parece, aunque pudo muy bien haberlo sospechado, que los franceses consideraban la posibilidad de llegar a un acuerdo con Ortega para reemplazar a Juárez en condiciones claramente favorables para ellos,

y que Ortega había tomado ya sus medidas en este sentido. Una vez proclamado presidente, Ortega podría vender el país situado al sur del río Bravo. Después de los sacrificios de Ocampo, Degollado y Valle, para no mencionar a Hidalgo, Allende, Morelos y otros millares de mexicanos, ¿debía ponerse a la nación en manos de un hombre extravagante y voluble que podría, como Vidaurri había hecho, vender todo cuanto le fuera posible a cambio de un alto cargo en el Imperio de oropel? Había una cosa a la que Juárez amaba más que a la ley y a la Constitución y a su prestigio personal como defensor de ambas, más que a la paz y el orden, más incluso que a su propia familia, y mucho más que a su propia vida. Hablamos del pueblo y del futuro de México, de este pueblo que le había confiado unos poderes, inciertos pero muy grandes, para defenderlos de sus numerosos enemigos. Durante aquellos meses, Juárez pudo muy bien haber imaginado la vuelta de Ortega al Palacio Nacional, quizás en medio del aplauso de los mexicanos que no regateaban a nadie los vítores y aclamaciones, y en estos pensamientos Juárez debía de ver por anticipado lo que el mando de Ortega representaría para los habitantes de Guelatao y de otros diez mil pueblos y aldeas de México. «Soy hijo del pueblo y jamás lo olvidaré», les había dicho dieciocho años antes; no lo había olvidado, y por ello, ante esta apasionada lealtad, ¿qué valía su propia felicidad, su reputación e incluso la ley?

En mayo de 1865, Ortega, en Nueva York, pidió y no consiguió permiso para alistar voluntarios americanos, como ya hemos visto antes. Con fecha 18 de mayo, Juárez escribió a Santacilia:

Ya dije a U. en una de mis cartas anteriores que González Ortega no lleva a esa República ninguna comisión del gobierno. Después de que se le contestó que aún no era llegado el día en que se encargara de la presidencia, pidió se le permitiera ir a uno de los puntos del interior, donde se combatía contra la intervención para prestar sus servicios, y como era posible que no le fuera fácil pasar por puntos ocupados por el enemigo, se le permitiera asimismo, en caso necesario, pasar por territorio extranjero, o por mar. Se acce-

dió a su pedido, previniéndole que con las fuerzas que levantara, se pusiera a las órdenes del jefe nombrado por el gobierno en el Estado a que se dirigiera. Creí que se fuera para Sonora, Sinaloa o Coahuila, donde se peleaba por la defensa nacional y para donde el camino estaba libre de enemigos; pero él eligió el camino de Santa Fe y Nueva York; es que, como me ha dicho otra vez, está cansado y desalentado y necesita estar lejos del enemigo para reanimar su espíritu abatido. Diré a U. un chasco que le pasó a ese buen hombre, cuando estuvo en el Parral, estando yo en esta ciudad de Chihuahua a fines de octubre del año anterior. Asistió a un baile que le dieron los vecinos de aquel lugar y a la hora de los brindis tomó su copa Ortega y brindó porque pronto desapareciese del mando Benito Juárez, que tantos males había causado a la República; pero aún no acababa de pronunciar las últimas palabras, cuando se paró el doctor don Manuel Robles, vecino del mismo Parral, y lleno de indignación y con enérgica entereza brindó porque Ortega recogiera aquellas palabras injuriosas al Primer Magistrado de la República, a quien la nación juzgaba de distinta manera que Ortega, y que si el señor Juárez no había podido hacer todo el bien que deseaba, era porque los que ambicionaban el mando supremo le habían servido de rémora, haciéndole una oposición sistemática. Ortega no esperaba esta descarga que lo desconcertó y tuvo la humillación de retirar su brindis, dando miles de satisfacciones al señor Robles. ¿Qué mayor pena puede aplicarse a un tan alto personaje como Ortega? Aunque esto ha sido notorio en este Estado, conviene que nosotros lo reservemos.

Es en esta misma carta que Juárez señala con justicia que la venganza no es su fuerte, pero no nos hemos resistido a transcribir los párrafos anteriores, no sólo por el episodio entre Robles y Ortega, en el que el primero, un hombre prácticamente desconocido, hizo gala de un valor y una serenidad muy grandes, sino también por este raro y humano destello de resentimiento que se desprende de Juárez, un destello que permitió ver únicamente a su yerno.

El 13 de junio, Ignacio Mariscal, segundo de Romero en Washington, escribió a Santacilia en Nueva York acerca de sus contactos con el general Schofield, en Raleigh (Carolina del Norte), en un esfuerzo que el general Grant aconsejó mantener secreto, tendente a lograr que Schofield se dirigiera a México al mando de quince o veinte mil voluntarios. En relación

con este esfuerzo, dijo Romero a Mariscal, Ortega le propuso comprar armas a los americanos al precio de 5 \$ y venderlas luego al gobierno mexicano a 15 \$. ¡Inaudito! Cuando Juárez recibió esta carta de Santacilia, escribió al dorso de la misma: «Carta importante de I. Mariscal acerca del general González Ortega».

En un escrito a Santacilia fechado el 15 de junio, Juárez repite que sólo Carvajal tiene poderes para actuar en los Estados Unidos, «de manera que si los yanquis se fían en las promesas y arreglos de Ortega, se pegan chasco. Le diré también que Ortega ha dicho que yo tengo mucho interés en recomendarlo para que sea el futuro presidente de México, lo que no creo, aunque puede ser que Ortega por su natural ligereza lo haya dicho; pero ello no es cierto». El lenguaje empleado por Juárez es algo impreciso, pero teniendo en cuenta la gravedad del asunto, de sus palabras se deduce que las probabilidades de Ortega eran prácticamente nulas.

El 18 de agosto, escribió Juárez a su yerno desde El Paso: «Quedo impuesto de la especulación de G. Ortega, que no extraño porque hace tiempo ha dado a conocer su afición al dinero y su ningún escrúpulo en elegir los medios de conseguirlo. Esa afición es uno de los móviles que lo hacen delirar por la Presidencia de la República, la que considera como un medio de enriquecer y satisfacer todos los vicios. En esta materia Ortega es de la escuela de don Antonio López de Santa Anna». Luego repite que no se le ha confiado comisión alguna a Ortega.

Sin embargo, Ortega, prescindiendo de su carácter, no podía ser dejado de lado. El 27 de septiembre, y en un *postscriptum* confidencial, Juárez dijo a Santacilia:

Respecto del negocio de la prórroga de mis funciones como presidente de la República, medida que muchas personas me aconsejan dicte yo en bien del país, nada he resuelto, porque el punto es demasiado grave. Aunque por mis facultades amplísimas dadas por el Congreso creo que puedo hacer tal declaración, no ha de faltar quien ponga en duda la legalidad de la medida, y basta que Ortega, algún gobernador o algún jefe desconozca la autoridad prorrogada

por mí, para que se encienda la guerra civil y en tal caso sería completa la disolución de esta desgraciada sociedad. Todavía no ha llegado a hacerse tal declaración y ya, admírese U., Guillermo Prieto y Manuel Ruiz están hablando y preparándose para protestar contra la prórroga: el uno por ponerse bien con Ortega, y el otro porque cree que no encargándose éste del mando el día primero de diciembre entrará a funcionar sin otra razón que porque es ministro de la Corte de Justicia. Sin embargo, para el fin de noviembre las circunstancias, la ley y la opinión pública indicarán el camino que se debe seguir. Esperemos.

El lector recordará que la íntima asociación y amistad con Prieto y Ruiz nunca se había roto durante la tumultuosa década. Con Ruiz, la amistad venía aún de más lejos, pues, siendo dieciséis años más joven que Juárez, había asistido también al seminario de Oaxaca, y luego al Instituto para estudiar leyes, y fue protegido de Juárez quien le colocó como funcionario en el gobierno del Estado de Oaxaca, donde se introdujo también en los círculos políticos. Fue ministro de Justicia bajo Comonfort y Juárez, y en Veracruz fue uno de los autores de las Leyes de la Reforma. Durante la intervención siguió a Juárez en su peregrinar hacia el Norte y fue nombrado gobernador de Tamaulipas, empleo que conservó en tanto Cortina o Vidaurri no le destituían, hasta que llegó a juez del Tribunal Supremo. En este preciso momento se sintió atacado por la «enfermedad presidencial», es decir, se consideró a sí mismo como sucesor de Juárez. Las actitudes de Prieto y Ruiz quizás no sorprendieron demasiado a Juárez, pues los conocía muy bien; pero lo que sí es evidente es que no dejaron de causarle una cierta aflicción.

Durante los dos primeros días de octubre, en El Paso del Norte, entre Juárez y Prieto se cruzaron seis cartas, las cuales reflejan con exactitud la desunión existente entre los dos viejos amigos. En las ciudades mexicanas las cartas importantes eran y son entregadas por criados, y en esta crisis, ambos hombres debieron considerar que la exposición de sus respectivos puntos de vista por carta era un sistema más preciso y menos doloroso que el de la entrevista personal. En dichas cartas ambos hombres emplearon el familiar tuteo. Prieto escribe

primero al «antiguo y muy amado amigo de su corazón» que las dos últimas veces que se han visto, Juárez le ha hecho sentir su desagrado, aparentemente debido a que él, Prieto, aca-lorado por el vino, «en un convite cuasi público», expresó su opinión de forma algo indiscreta, aunque, según él, «tal opi-nión es conforme a la ley, y al honor tal como yo (Prieto) lo comprendo», en un asunto que había empezado a discutirse en la ciudad, y que evidentemente no podía ser otro que el de la sucesión presidencial. Recordó a Juárez su lealtad y servi-cios durante más de ocho años, y pidió a Juárez que ordenara el cierre de la Administración de Correos, de la cual era Prieto el director, y que de hecho era ya un organismo totalmente inoperante. «Esta medida desembarazará a U. de mí ha-ciéndome el bien de no ser víctima de enemistades miserables». Pide también se le excuse de toda explicación verbal. En res-puesta, Juárez dice que sólo el enemigo cerrará la Adminis-tración de Correos, si es que puede; en el incidente relativo a la indiscreción de Prieto, Juárez apela a la conciencia del hasta entonces amigo suyo; y finalmente, Juárez recuerda a Prieto que él nunca le autorizó para que en su nombre escri-biera a Ortega dándole permiso para residir en el extranjero por tiempo indefinido. Esta triste y repetida corresponden-cia continúa hasta que Juárez dice finalmente que «ya pasará tu solicitud al Ministerio respectivo», refiriéndose a la renun-cia enviada por Prieto.

En un *postscriptum* a una carta de fecha 6 de octubre, Juárez comenta irónicamente el viaje realizado por Ortega a las Cataratas del Niágara, diciendo a Santacilia: «Acaso cuando sepa que Chihuahua está ocupado por el enemigo, vacile en venir porque no ha de querer tener una vida errante en estos desiertos donde no hay goces de ninguna especie». El 13 de octubre repite más o menos las mismas palabras y luego dice: «Yo sigo impasible mirando venir los acontecimientos sin cui-darme de otra cosa que de la defensa nacional, que es mi pre-ferente deber mientras ocupo el puesto que la nación me ha señalado. Prieto y Ruiz siguen muy cuidadosos y agitándose mucho por puro amor a... la patria. La cuestión de la presi-

dencia no los deja dormir. Da lástima ver lo que estos angelitos padecen». En la misma fecha, Prieto se aventuró a escribir a Santacilia, en una carta en la que ridiculizaba al gobierno al mismo tiempo que hablaba de supuestos desacuerdos entre Juárez y los ministros. «No creo que en conjunto, deba yo a Juárez más de lo que él me debe a mí». La respuesta de Juárez a sus dos viejos amigos, dignos de lástima por otra parte, fue más bien distante y fría.

Al mismo tiempo Luis Terrazas rechazó el nombramiento de Prefecto del Departamento de Chihuahua, bajo el Imperio, e inconcebiblemente, Maximiliano propuso al Consejo Imperial la idea de nombrar a Juárez para el cargo de presidente del Tribunal Supremo del Imperio. El 26 de octubre Juárez escribió a su familia para decirles que estaba seguro que los franceses no se atreverían —y que no tenían el dinero necesario— a cruzar el desierto que se extiende entre Chihuahua y El Paso. Habla de la defección de los generales Miguel Negrete y Rafael Quesada en favor de Ortega, y de la pretensión de éste de sucederle en la presidencia de la nación; pero, añade, «no siento, sino que celebro, la separación de Negrete que ninguna falta me hace. No me he quedado solo porque sobran hombres de patriotismo y de buena fe que trabajan por la independencia nacional, pero aun cuando me quedara solo no sería un mal. Más vale solo que mal acompañado».

A su debido tiempo, Juárez se decidió. El 3 de noviembre, evidentemente como puro formulismo legal, ordenó el arresto de todos los oficiales que estuvieran fuera del país sin permiso, y a todos aquellos que teniendo permiso hubieran estado ausentes más tiempo del necesario para realizar la comisión o servicio que motivó su salida del país. El día 8 de noviembre, Juárez, asistido por Lerdo, firmó dos decretos más específicos e importantes que el anterior. En el primero, actuando bajo los poderes extraordinarios que le habían sido conferidos por el último Congreso, Juárez amplió la duración del mandato del presidente de la República y el del presidente del Tribunal Supremo hasta el fin de la guerra, pues sería sólo entonces cuando podrían celebrarse las elecciones. La prolongación de

ambos mandatos era una necesidad legal; pero era evidente que Juárez no podía dejar que Ortega continuara ocupando su cargo y permaneciera como posible heredero suyo para la suprema magistratura de la nación, cargo que, por otra parte, ya una vez le había sido negado. En consecuencia, Juárez, en el segundo de sus decretos del 8 de noviembre, declaró que Ortega había abandonado su cargo de presidente del Tribunal Supremo al aceptar la gobernación del Estado de Zacatecas, lo que no pasaba de ser una argucia legal si se tiene en cuenta la frecuencia con que un mismo hombre desempeñaba, anticonstitucionalmente si se quiere, varios cargos gubernativos a la vez. En dicho decreto se declaraba también —con mayor base que en el caso anterior— que Ortega había abandonado no sólo su cargo judicial, sino su comisión militar también, cuando permaneció fuera de México durante largo tiempo sin permiso. Por «abandono del ejército, sus banderas y la causa de la República» en tiempo de guerra, se ordenó a Ortega regresar a México para ser juzgado por los tribunales adecuados. Presumimos que nadie esperaba que se produjera la vuelta de Ortega, y que esta medida se tomó solamente para tener una base para actuar dentro de la ley en el caso de que Ortega fuera capturado si algún día regresaba, bien furtivamente, bien al frente de una fuerza armada. Al enviar los decretos a Santacilia, Juárez decía que esperaba ser muy censurado; pero que confiaba haber adoptado la decisión correcta, y que la nación le apoyaría.

Juárez se encontraba casi cogido en la trampa de su optimismo. El 29 de octubre los franceses abandonaron Chihuahua, y entonces Juárez, actuando evidentemente de acuerdo con una información militar falsa o al menos insuficiente, preparó el regreso a aquella ciudad. El día antes de la partida, 12 de noviembre, con toda calma informó de sus planes a Santacilia, a la par que le comunicaba haber dado una fiesta a los americanos de Franklin, quienes correspondieron dando un baile en honor de Juárez en una casa de El Paso. Las dos fiestas se celebraron respectivamente los días 16 de septiembre y 11 de noviembre. «Estuvieron muy finos conmigo y con todos

los que me acompañan. Por supuesto, se bailó, se bebió y se brindó por el triunfo de la República y por mi regreso a Chihuahua». Los americanos habían traído consigo una banda militar. Es de creer que tales agasajos debieron de causarle satisfacción; pero existe una fotografía sin fecha en la que se ve a Juárez jugando a las cartas con algunos alegres americanos en El Paso del Norte, foto en la que don Benito aparece con el ceño fruncido, lo cual puede ser debido a que tuviera su mente ocupada en asuntos como el de Ortega, aunque lo más probable es que fuera a causa de las cartas que tenía en la mano. Su gozo, si es que realmente lo tuvo, fue breve. Llegó a Chihuahua el 20 de noviembre, y los franceses, desde Durango, pronto volvieron a enfilar la dirección Norte. El 4 de noviembre y 1.º de diciembre escribió alegremente que si los franceses se acercaban a Chihuahua se iría a otro sitio; pero que de todos modos los intervencionistas e imperialistas estaban desmoralizados y condenados al fracaso, debido tanto a la creciente oposición de los republicanos mexicanos como a la reciente advertencia de Mr. Seward. Comenta también en un tono jocoso la inútil reunión de los partidarios de Ortega, es decir, Prieto, Ruiz, Negrete, Quesada y Aranda en Piedras Negras. Habla de las extravagancias de Carvajal, y hace algunas observaciones referentes a sus casas de Oaxaca y Ciudad de México y a la disposición de los muebles en las mismas. Señala también que no es conveniente arrimarse demasiado a la chimenea, pues el excesivo calor puede ser causa de diversas enfermedades, y que lo más natural y saludable es que el frío y el calor se alternen, tal y como viene dispuesto por las leyes de la naturaleza. Como sea que el panorama tan pronto se ensancha como se encoge, el día 9 de diciembre, con el general y gobernador Terrazas al mando de la escolta, Juárez, los ministros y otros tuvieron que partir una vez más para El Paso del Norte, donde llegaron el 18 del mismo mes. «Probablemente Maximiliano volverá a decir ahora con su aplomo genial que ya me pasé a los Estados Unidos y qué sé yo qué otras cosas, pero no le hagan caso; pues ya saben que él es así: citocredente». Y después de citar una serie de ocasiones

en las cuales muy bien hubiera podido haber caído en manos de los franceses: «Pero ahora podremos decirles lo que el gachupín al pollo que se tragó vivo y que le gritaba al pasar por el gañote: *tarde piachi amigo pollo*».

En los asuntos vitales, el optimismo de Juárez se demostró muy pronto que estaba bien fundado: todos los gobernadores y generales excepto Patoni y un tal Huerta apoyaron sus decisiones de alargar su mandato y de condenar a Ortega. Este apoyo era más importante que cualquier otro, y es de creer que constituyó un verdadero alivio para Juárez. Otra cosa que contribuyó a alegrarle fue una carta recibida de Giuseppe Mazzini, desde Londres, en la cual le recomendaba a un oficial de artillería italiano que quería servir en el bando jurista y que aplaudía la lucha de Juárez contra los franceses, comparándola a la sostenida por Garibaldi en Roma en 1847. Mazzini sugirió la idea de una Legión republicana compuesta de europeos, estadounidenses y sudamericanos. El 5 de enero de 1866, desde Nueva York, Zarco escribió a Juárez en el sentido de que aprobaba completamente la legalidad y necesidad del primero de los decretos del 8 de noviembre, pero deplorando el segundo por considerarlo tan ilegal como innecesario. Decía que su desfavorable impresión del segundo decreto se la había guardado para sí, y expresaba su satisfacción por el hecho de que la prensa neoyorquina había publicado sólo el primero. En una cuidadosa respuesta, Juárez decía, entre otras cosas, que si Ortega no hubiese sido destituido de su cargo de presidente del Tribunal Supremo, cualquier rebelión acaudillada por él habría tenido más apoyo y fuerza que no la tendría ahora. Seis meses más tarde, Zarco confesó haberse dado cuenta de la conveniencia del segundo decreto de Juárez: en su opinión, la conducta de Ortega en Nueva York justificaba por entero la medida de Juárez. Aunque el problema había sido solucionado satisfactoriamente, durante meses, y aun años, quedó grabado en la mente de Juárez, y la prueba de ello está en que, a pesar de los numerosos y graves asuntos que se fueron presentando, en muchas de las cartas de don Benito se hace mención del mismo. Clavado en un extremo

de la República, Juárez tenía que asegurarse el apoyo del interior y seguir en lo posible los movimientos y actividades de Ortega y sus partidarios.

El pobre Ruiz fue a El Parral y allí lanzó una protesta contra los decretos de Juárez, en la que decía que se retiraba a la vida privada. Esto era lo que solían ambicionar los republicanos e imperialistas que se habían metido en un callejón de difícil salida, aunque lo cierto es que rara vez lo conseguían. Cuando los franceses hicieron prisionero a Ruiz, éste apeló al general Patoni, quien aún no se había pasado al bando de Ortega, para que dejara en libertad a algunos franceses que había capturado, al efecto de que éstos le libertaran a él; pero el general Patoni apenas si dio importancia a esta «impertinente petición», como la tituló Juárez, pues se limitó a trasladarla al gobierno, que por entonces estaba a punto de salir de Chihuahua. Juárez no supo más de Ruiz, por lo cual presumió que su protesta había sido aceptada por los franceses y que ahora debía de hallarse en Ciudad de México. «Así ha terminado su carrera política», escribió Juárez, «un hombre a quien quise hacer un buen ciudadano, porque él se empeñó en ser lo contrario. Con su pan se lo coma». Tres años más tarde, en Ciudad de México, Ruiz publicó una defensa de sus bizarras pretensiones a la presidencia. Murió el día 26 de octubre de 1871, y a causa de su historial, el Congreso asignó una determinada suma de dinero para pagar parte de sus deudas.

«En cuanto a Guillermo Prieto», continuaba la carta de Juárez a Santicilia de fecha 21 de diciembre, «poco antes de que yo me retirara de Chihuahua, fue a verme con pretexto de empeñarse a que se accediera a la solicitud de Ruiz. Me dijo que me quería mucho, que era mi cantor y mi biógrafo y que si yo quería que él seguiría escribiendo lo que yo quisiera; ¿qué tal? Yo le di las gracias compadeciendo tanta debilidad y no haciendo caso de sus falsedades» en sus disputas con Lerdo y Doblado acerca de la administración del servicio postal. «Parece que se ha ido para el Presidio [hoy Ojinaga] o a algún otro punto de ese Estado. He leído la carta que le

escribió a U. y que me adjuntó U. No dice palabra de verdad... En fin, este pobre diablo, lo mismo que Ruiz y Negrete están ya fuera de combate. Ellos han valido algo porque el gobierno los ha hecho valer. Ya veremos lo que pueden hacer con sus propios elementos. En cuanto a G. Ortega supongo que ya habrá visto mi resolución sobre prórroga y sobre su enjuiciamiento. Si le queda algún resto de juicio y buen sentido, lo mejor que puede hacer es someterse o callarse». El solo relato de esta escena es ligeramente embarazoso. Prieto estuvo en Bronswille y San Antonio hasta diciembre de 1867. Luego regresó a Ciudad de México y se reconcilió con Juárez. Volvió al Congreso, escribió muchísimo, se convirtió en poeta laureado y en anciano majestuoso, bajo el porfiriato, y murió en 1897.

Naturalmente, Ortega no supo estarse quieto. El 26 de diciembre suscribió un documento por el que discutía la validez legal de los decretos, a la vez que pretendía que sus gestiones en los Estados Unidos por cuenta del gobierno mexicano no podían ser consideradas como desertión. Pero después de esto, el declive de Ortega, originado por su propio carácter más que por los decretos de Juárez, fue muy rápido. En Nueva York, durante el verano de 1865, se asoció con un coronel llamado William H. Allen, que había pertenecido al I y CVL Regimientos de Infantería de Voluntarios de Ohio, en un fracasado intento de crear un cuerpo de voluntarios americanos. Este esfuerzo fue entusiásticamente acogido; pero la mayor parte de los posibles voluntarios eran antiguos oficiales que lo único que deseaban era cobrar. El 14 de octubre, Allen demandó a Ortega ante la Corte Suprema de Nueva York en un intento de recuperar ciertos fondos. Romero relató varias conversaciones sostenidas con Ortega, en las cuales el general demostró no tener ideas muy claras en relación con la presidencia de la República. En noviembre, con 1.300 \$ que, aunque parezca raro, le prestó Romero, abandonó Nueva York, y su abogado, que le buscó Romero, se quedó sin cobrar. Por el honor de México, Romero y el cónsul en Nueva York, Navarro, pagaron la minuta.

Ortega apareció luego por Texas; y en Matamoros (en el

otoño de 1866), en unos momentos en que ya Maximiliano empezaba a considerar la conveniencia de abdicar, y los franceses por su parte estudiaban la posibilidad de reemplazarle por Ortega en su calidad de figura republicana que favorecería sus intenciones, algunos mexicanos se rebelaron en favor de Ortega. Esto no era muy peligroso; pero el general americano Sedgwick decidió invadir Matamoros, arrestar a Ortega, y enviarle a Nueva Orleáns. El general Philip H. Sheridan, superior de Sedgwick, le reprendió por esta intervención que, aunque por breve tiempo, había logrado reducir a Ortega. Pronto volvió a México donde se le unió Patoni, pero ambos fueron hechos prisioneros en Monterrey. Cuando fueron puestos en libertad, en 1868, Patoni fue asesinado y Ortega lanzó un manifiesto por el que trataba de justificar su conducta en los años 1864 y 1865, pero aceptando también a Juárez como presidente y ofreciendo exiliarse voluntariamente. Juárez le aseguró que tal cosa no era necesaria, y ordenó que el ministerio de Hacienda le pagara una cierta suma de dinero que se le adeudaba. Jesús González Ortega, aquel eje de tempestades, murió en 1881.

A finales de 1865, con casi la sola compañía de Lerdo e Iglesias, en aquella pobre ciudad del extremo Norte de la República, Juárez se mantenía todavía firme como una roca. ¿A quién puede extrañar que su pelo se hubiera vuelto algo más canoso?

DOS HOMBRES, DOS MUJERES Y EL DESTINO

Al observar y comparar las figuras de Juárez y Maximiliano, de doña Margarita y Carlota, etc., y fijarse en la forma en que han entrado en la Historia, no debemos cometer el error, por otra parte tan común, de creer que las grandes fuerzas con las que se vieron enfrentados estaban más allá del control del ser humano. Millones de personas ignoradas de Norteamérica y Europa se fijaron una meta, y fueron sus propias decisiones y actos, y no ninguna fuerza sobrenatural, los que determinaron los resultados que, en su conjunto, constituyen lo que se llama el destino de una vida.

Una de las corrientes de la Historia vino desde el Norte. Incluso antes de la victoria de la Unión y de la muerte de Lincoln, había en el Norte los suficientes americanos irritados y humillados por la presencia en el continente de un imperio apoyado por el ejército francés, como para obligar a actuar a los miembros de su Congreso, y así, aunque indirectamente, hacer posible la actuación de los generales Grant, Sheridan y John M. Schofield dentro de los límites de su autoridad, es decir, en la frontera mexicana. En mayo de 1865, después de varios planes que no prosperaron para enviar una fuerza auxiliar americana en ayuda de la República de México, debido principalmente a la prudente reserva de Lincoln y Juárez, el general Sheridan fue enviado a la frontera por el presidente

Johnson, con una fuerza que llegó a sumar la formidable cifra de 100.000 hombres. Aunque Gwin, Maury, Magruder y otros exconfederados trabajaban por el Imperio, es evidente que la desazón que este ejército situado al otro lado del río Bravo provocaba en Bazaine y Maximiliano era mucho mayor que el alivio proveniente de los antiguos confederados. Cuanto mayores eran los rumores de avances franceses hacia el Norte más soldados americanos llegaban a El Paso, y aunque reprendió al general Sedgwick por entrometerse en la caldera de Matamoros, Sheridan contribuyó a la buena causa haciendo demostraciones de fuerza a lo largo de la frontera, y «condenando como inservibles» grandes cantidades de armas y municiones, las cuales cuidaba de dejar a la orilla del río, asegurándose de que los republicanos mexicanos se habían dado cuenta de su acción.

Seward, que tenía una más amplia visión que los serios generales cuyo proceder empezaba a crear problemas al gobierno civil, ideó el truco de enviar a Francia al general Schofield para una misión de poca importancia. Luego, en una larga serie de comunicaciones de varias clases, entre las cuales merecen citarse las del 6 de septiembre y 16 de diciembre de 1865 y la del 12 de febrero de 1866, lentamente empezó a despojarse de su guante de terciopelo. En la última de las comunicaciones mencionadas declaró, como réplica a los embustes y evasiones de los franceses, «que la conducta por ellos observada en México, y en opinión de los Estados Unidos, había sido iniciada y proseguida sin el permiso y contra la voluntad y deseos del pueblo mexicano; que los Estados Unidos no habían tenido pruebas satisfactorias de que el pueblo de México hubiese deseado o aceptara el llamado imperio, y que la retirada de las tropas francesas era condición indispensable para que los mexicanos pudieran decidir si lo aceptaban o no. Concluía su comunicación con este virtual ultimátum: “Nos sentiremos complacidos cuando el emperador nos dé... información concreta de la fecha en que puede esperarse que cesen las operaciones militares francesas en México”».

El presidente Johnson hizo una declaración el 4 de diciem-

bre de 1865. Los comentarios de Juárez en relación con la misma creemos son dignos de ser anotados:

Ya dije a U. en mi anterior que estábamos enteramente de acuerdo respecto del modo como debe juzgarse el mensaje de Mr. Johnson con relación a la causa de México. Dijo lo que debía decir y su dicho en nada nos perjudica. Por el contrario, a mí me sorprendió agradablemente lo que dijo porque yo muy poco o nada me esperaba. Yo nunca me he hecho ilusiones respecto del auxilio abierto que pueda darnos esa Nación. Yo sé que los ricos y los poderosos ni sienten ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres. Aquéllos se temen y se respetan y no son capaces de romper lanzas por las querellas de los débiles ni por las injusticias que sobre ellos se ejerzan. Éste es y éste ha sido el mundo. Sólo los que no quieren conocerlo se chasquean. Los mexicanos en vez de quejarse, deben redoblar sus esfuerzos para librarse de sus tiranos. Así serán dignos de ser libres y respetables porque así deberán su gloria a sus propios esfuerzos y no estarán atenidos como miserables esclavos a que otro piense, hable y trabaje por ellos. Podrá suceder que alguna vez los poderosos se convengan en levantar la mano sobre un pueblo pobre, oprimido, pero eso lo harán por su interés y conveniencia. Eso será una eventualidad que nunca debe servir de esperanza segura al débil. Eso será lo que pueda haber en nuestra presente contienda, y sólo por eso podrá Napoleón retirar sus fuerzas, y entonces nada importa que haya mandado y siga mandando más tropas que al fin debe retirar si así le aconseja su temor a los Estados Unidos, o a su interés, o a ambas cosas que es lo más probable. Tal vez su plan sea reforzar sus tropas para poder sacar ventaja en un arreglo que haga con el poderoso a quien teme y respeta porque es fuerte. Veremos. Nosotros seguiremos la defensa como si nos bastáramos a nosotros mismos.

Descorazonado por la acción de los guerrilleros mexicanos y por la negativa de Juárez y su gobierno a desaparecer absolutamente, inquieto por las amenazas de Seward y por el siniestro auge de Prusia, y fallándole la salud y la fuerza de voluntad, Napoleón, en abril de 1866, decidió curarse en salud y abandonar la gran «empresa» intercontinental... y a su víctima. Decidió que su ejército partiera de México en tres destacamentos, en noviembre de 1866, marzo de 1867 y noviembre del mismo año. En su amenazadora comunicación del 12 de febrero, Seward permitió astutamente que Napoleón pudiera

salvar la faz gracias a asegurarle que los Estados Unidos no entrarían en México después de la retirada francesa. ¿No había el mismo Seward oído pronosticar a Lincoln que una vez retirados los franceses serían los mismos mexicanos los que cuidarían de Maximiliano? Mientras, se desarrollaba entre Austria y Prusia una lucha sorda por la hegemonía dentro de la Confederación germánica. Inmediatamente antes de estallar la guerra entre los dos países centroeuropeos, y gracias a las insistentes presiones de Seward, Austria abandonó la idea de enviar un nuevo contingente de voluntarios en ayuda de Maximiliano. El 3 de julio de 1866, en Sadowa, y después de sólo siete semanas de guerra, Bismarck infligió una severa derrota a los austríacos. En las negociaciones de paz, y al tratar del futuro de Luxemburgo, se hizo evidente que el imperio de Francia se vería, más pronto o más tarde, enfrentado seriamente a Prusia, lo que sirvió para que los franceses hicieran más concesiones de las que cabía esperar. «Bismarck», escribió Juárez, «ha logrado poner en alarma y en movimiento a los demás lobos de Europa».

Durante estos importantes acontecimientos, en los Estados Unidos se desarrollaba una triste e insignificante farsa que, a pesar de eso, no dejó de constituir un motivo de preocupación para Juárez y algunos otros. En enero de 1866, Seward realizaba un crucero por las Islas Vírgenes al efecto de estudiar la conveniencia de su compra, y al mismo tiempo para fortalecer su salud. En Santo Tomás se encontró casualmente con el viejo payaso de Santa Anna, quien inmediatamente concibió la peregrina idea de ir a los Estados Unidos a ofrecer sus servicios, cosa que (eso pensaba él) satisfaría tanto a los Estados Unidos como a Francia, en calidad de sustituto de Juárez y Maximiliano a la vez. Trató de obtener un préstamo—con la garantía de sus propios bienes— para equipar un cuerpo de voluntarios americanos, nominalmente por cuenta de Ortega o de Juárez, pero realmente, por cuenta propia. Seward no quiso ni oírlo y Juárez ordenó a Romero, a quien ya había anticipado algo, que le recusara como traidor despreciado por todo el pueblo mexicano. Incluso esta pequeña far-

sa tuvo un asombroso y en cierto modo deplorable resultado. Mientras el viejo Santa Anna vivía en Elizabethport (New Jersey), localidad muy alejada de El Álamo, donde trataba de ver a Seward, y era estafado por sus propios seguidores, un joven americano llamado James Adams le vio mascando chicle, le pidió detalles sobre la planta que mascaba, y luego inventó la goma de mascar, convirtiéndose en fabricante de este producto tan en boga en nuestros días.

Lenta pero constantemente, mientras Juárez esperaba en El Paso del Norte, y más tarde de nuevo en Chihuahua, oyendo sólo retazos de las cada vez mejores noticias, la red de acero se iba cerrando en torno de Maximiliano y Carlota.

Jesús Terán, emisario de Juárez en Europa, trabajaba inteligente e infatigablemente por la República, y en el otoño de 1865, visitó al barón De Pont, un viejo amigo y agente diplomático de Maximiliano, al efecto de avisarle de la apurada situación en que se encontraba Maximiliano y de aconsejarle la retirada. Impresionado, De Pont transmitió el aviso al emperador de México, quien, con fecha 8 de diciembre de 1865, escribió acerca de Juárez: «Si, como creo, desea realmente el bien de México, debe darse cuenta muy pronto que no hay mexicano alguno que sienta por su país y su progreso los calurosos sentimientos que siento yo, y que estoy trabajando con la mayor buena voluntad y honestidad; así que deje que venga a ayudarme con toda lealtad y sinceridad, pues yo le recibiré con los brazos abiertos, igual que haría con cualquier buen mexicano». ¡Qué nube de ingenuas ilusiones, y qué inmensa e inconsciente impertinencia! Mientras Maximiliano se entretenía en tales fantasías, otros eran más realistas. Los interesados en los bonos Jecker, por ejemplo, estaban aún acosando a la apurada Hacienda mexicana para conseguir los pretendidos millones. La deuda inglesa, cien veces más real que la de los bonos del banquero suizo, no podía pagarse, pero en cambio sí podían gastarse millones y más millones para la guerra y el imperio.

En 1865 perdió Maximiliano a dos de sus buenos amigos y partidarios: Lord Palmerston murió en octubre, y el padre de

Carlota, el rey Leopoldo I de Bélgica, en diciembre. Mientras Bazaine conducía a las tropas francesas hacia el centro de México, los republicanos se lanzaron en su persecución, ávidos de vengarse de los imperialistas mexicanos, y Maximiliano protestó inútilmente ante Bazaine, Napoleón, etc. La decisión de Napoleón de retirar todas sus tropas fue muy dolorosa para Maximiliano, quien hasta entonces tenía toda su confianza en el emperador de Francia. Carlota también sufrió, naturalmente, como lo hicieron también Napoleón y Eugenia, pues veían deshacerse su sueño dorado. La pareja francesa no carecía totalmente de escrúpulos, y por ello no es de extrañar que se sintiera responsable de lo que había hecho y también del inmediato futuro de México; pero en 1866, y especialmente después de Sadowa, se dieron cuenta de que a menos que abandonaran a Maximiliano y Carlota, su propio trono, y posiblemente Francia incluso, estarían en peligro. Ellos fueron los grandes culpables, pues eran los más inteligentes y poderosos de cuantos intentaron convertir en realidad el sueño del imperio mexicano; pero no podemos estar completamente de acuerdo con la opinión de Juárez al decir que dado que Napoleón «tiene un interés más grande que asegurar, que es la permanencia de su dinastía, poco importa que se lleve el diablo a Maximiliano».

En su deseo de evitar el desastre para Maximiliano y el deshonor para sí mismo, Napoleón ordenó a Bazaine la imposible tarea de exterminar completamente a las fuerzas republicanas, antes de retirarse de México. Bajo la dirección y control de Juárez e Ignacio Mejía, nuevamente en activo como ministro de la Guerra, el general Mariano Escobedo en el Nordeste, los generales Vicente Riva Palacio y Nicolás Régules en el Centro, el general Ramón Corona en el Oeste, y los generales Juan y Diego Álvarez y Porfirio Díaz en el Sur, revigorizados y con mayor experiencia, apretaban el cerco en torno al tambaleante imperio. Un punto decisivo lo constituyó la derrota del general imperialista Tomás Mejía ante el general Escobedo ocurrida el 22 de junio en Matamoros. Inmediatamente empezaron a producirse frecuentes motines entre las tropas impe-

rialistas mexicanas y también entre los voluntarios belgas y austríacos que todavía permanecían en el país, debido a que no se les pagaba con regularidad. Si nuestras simpatías están con el pueblo mexicano principalmente, no por eso debemos olvidar a los soldados franceses que sobrevivieron a esta larga y dura campaña para regresar a Sedán.

En aquel mes de julio de 1866, Maximiliano estaba decidido a abdicar, y si no lo hizo fue porque Carlota, siempre más ambiciosa y decidida que su marido, le disuadió, apelando a su sentido del honor como soberano. Poco después acordaron que la emperatriz regresara a Europa, para actuar como embaajadora cerca de Napoleón, a quien debería solicitar más ayuda. El día 9 de julio partió de Ciudad de México, y su marido la acompañó durante parte del viaje hacia la costa. La separación de la real pareja debió de ser, a su manera, tan dolorosa como la de Juárez dos años antes, cuando en Cadereyta se despidió de su esposa e hijos. Los republicanos entonaban una canción satírica compuesta por el general Riva Palacio, una de cuyas estrofas decía así: «Adiós, mamá Carlota, adiós, mi tierno amor».

Monterrey y Tampico fueron abandonadas a los republicanos, mientras Maximiliano rabiosamente se plegaba a casi todas las exigencias de los reaccionarios y de los oficiales franceses, sin que éstos, en compensación, opusieran una más vigorosa resistencia a los republicanos. Poco después cayeron Guaymas y Mazatlán, y luego Maximiliano se enteró de la humillación que Bismarck infligió a su hermano Francisco José y a su país natal en Sadowa, y también de la victoria de las fuerzas navales de Austria en Lissa.

Las gestiones de Carlota en Europa fueron un absoluto y patético fracaso. Cuando llegó a París, Napoleón se hallaba enfermo y humillado por el triunfante Bismarck. La elocuencia y tenacidad de Carlota fueron muy grandes; pero Napoleón, Eugenia y los ministros, ante los cuales desplegó el abanico de su oratoria, estaban demasiado preocupados con la situación europea, y con sus propios temores y ambiciones, de modo que no quisieron o no pudieron hacer nada por la joven em-

peratriz y su marido. Al escribir a Maximiliano las infaustas noticias, Carlota aún fue capaz de añadir: «Me llega dinero de todos lados, los adornos son muy bellos, el Toisón de Oro que tengo para ti, magnífico».

El dinero, las joyas y la condecoración no pasaban de ser juguetes para chiquillos que se encaminaban a la perdición. Cuando en agosto Napoleón rehusó prestar nueva ayuda al imperio mexicano, la ira, la desazón y el temor de Carlota fueron tan inmensos que en su mente empezó a anidar la paranoia: Napoleón era el diablo que había tratado de envenenarla con un jugo de naranja en St. Cloud. Después de un período de descanso en el Norte de Italia, continuó viaje a Miramar, donde recibió otras malas noticias procedentes de México —derrotas, retiradas y concesiones a los franceses—, sin que por ello se parara a reconsiderar su punto de vista sobre la abdicación de su esposo. Seguidamente se fue a Roma a suplicar al Papa Pío IX, quien desde luego no podía en modo alguno tolerar la actitud de Maximiliano en relación con la Iglesia en México, y que, al igual que el emperador de México, dependía de las armas francesas. Cuando el Papa, a pesar de recibirla con toda pompa, se negó a interceder cerca de Napoleón, Carlota perdió completamente la razón. Pretendía que sus servidores eran todos una pandilla de asesinos, y se negó a abandonar el Vaticano. Fue, se dice, la única mujer que durmió allí. Su hermano, desde Bruselas, fue a buscarla y se la llevó a Miramar; pero, debido a haberse agravado su enfermedad mental, la trasladó posteriormente a Bélgica, donde vivió, siempre enferma, hasta 1927.

En octubre recibió Maximiliano, generalmente enfermo también, la negativa de Napoleón a prestarle más ayuda, junto con el consejo de que abdicara. Por si esto fuera poco, se enteró también del estado de su esposa. Con la ayuda de dos amigos leales, Stefan Herzfeld y el conde Ollivier Rességuier, Maximiliano se trasladó desde Ciudad de México a Orizaba, y preparó su abdicación y regresó a Europa. Los desastres militares, las disensiones entre el Alto Mando francés, y las desavenencias entre éste y Maximiliano, continuaban; pero la belleza semi-

tropical de Orizaba, donde Maximiliano pasaba los días dedicado al estudio de la botánica y de las mariposas, le permitieron demorar el momento de tomar la gran decisión. Mientras sopesaba los pros y los contras, escuchaba los halagos, reproches y argumentos de aquéllos cuya única esperanza residía en la continuación de Maximiliano como emperador. Entre tales personas merecen citarse las siguientes: Gutiérrez de Estrada, haciendo reproches al emperador desde su residencia de Roma; los reaccionarios mexicanos acaudillados por Teodosio Lares, a la sazón primer ministro del imperio; los generales Márquez y Miramón, de nuevo en México después de su viaje a Europa; y también, no se sabe por qué, el ministro británico, Peter Campbell-Scarlett. Había otro factor; después de Sadowa y de la victoria naval austríaca, la popularidad de Maximiliano en Austria había resurgido, y fue entonces que llegó a Orizaba el rumor de que Francisco José, temeroso quizás de que Maximiliano ocupara su puesto, decretó que su hermano no podría regresar a Austria si no renunciaba a todo derecho sobre el trono austríaco.

El 28 de noviembre, Maximiliano, después de deshojar la margarita durante seis semanas, decidió quedarse (si la Asamblea Nacional no se oponía). Regresó a Ciudad de México, rechazó la idea de abdicar que le propuso Bazaine, y trató de organizar sus fuerzas bajo el mando de los generales Tomás Mejía, Márquez y Miramón, mientras un solo voto, obtenido en un simulacro de asamblea compuesta de treinta y tres personas, decidió su permanencia. Gracias a las intrigas de los reaccionarios, las relaciones entre Maximiliano y Bazaine empeoraron aún más. Cuando el último destacamento francés abandonó Ciudad de México el día 5 de febrero de 1867, con Bazaine al frente, Maximiliano, que se había negado a conceder la audiencia de despedida a Bazaine, contemplaba la marcha de los franceses detrás de las cortinas de una ventana, y dijo: «Por fin soy libre».

El destino de la esposa de Juárez no era desastroso como el de la emperatriz; pero sufría mucho, naturalmente. La mayor parte de sus cartas a Juárez han desaparecido; sin embar-

go, tenemos una veintena de ellas, escritas en un tono atormentado desde los Estados Unidos entre noviembre de 1865 y julio de 1866. Estos escritos son a menudo incoherentes y adolecen de muchos errores gramaticales; pero su tono, expresivo y atormentado, es mucho más íntimo que el de las cartas de Juárez. En tales cartas se ve cómo la valerosa mujer que con sus hijos cruzó las montañas que se alzan entre Oaxaca y Veracruz, siete años antes, se hallaba abocada casi a la demencia, debido a la muerte de sus dos hijos mientras se encontraba en un país extraño falta del apoyo de su marido. En ellas se comprueba que la preocupación de Juárez en relación con doña Margarita no era exagerada, y es indudable que más que aliviarle le causaron constantes motivos de inquietud, especialmente en aquellos momentos en que luchaba contra sus enemigos y contra sus «amigos» en El Paso, en el último reducto de la República. Ello debió de ser así, a pesar de que las cartas escritas por Juárez no permiten penetrar demasiado en sus más íntimos sentimientos.

Con fecha 10 de noviembre de 1865, desde Nueva York, doña Margarita escribió a Juárez: «Te pongo ésta para desirte que todos estamos buenos y por tu ultima carta de 29 emos visto con gusto que tu estas sin ninguna enfermedad pero la tristesa que tengo es tan grande que me ase sufrir mucho la falta de mis hijos me mata desde que me lebanto los tengo presentes recordando sus padecimientos y culpandome siempre y crellendo que yo tengo la culpa que se hayan muerto este remordimiento me ase sufrir mucho y creo que este me mata no encuentro remedio y solo me tranquilisa por algunos momentos que me e de morir y prefiero mil veses la muerte a la vida q. tengo me es insoportable sin tí y sin mis hijos tu te acuerdas del miedo que yo le tenía a la muerte pues aora és la unica q.e me dara consuelo. No culpo de muchas personas se maten cuando pierden la esperanza de bolber a tener tranquilidad si yo fuera de mas balor ya lo hubiera echo ase un año ese tiempo llebo de llorar de dia y de noche y de aber perdido la esperanza de bolber á tener no digo gusto tranquilidad de espiritu siquiera de manera q.e si Dios no me remedia esta

que no me lo remediara por q. no me á de bolber a mis hijos que seria lo unico que daria la vida. Me queda otra esperanza y és q.e tu te vengas con nosotros sera para mi un gran consuelo.» Y cinco días más tarde : «Nuestros hijos estos pobres que no hasen mas q.e sufrir conmigo por q.e cuando me ven yorar no pueden menos q.e aserlo ellos tambien... No es fasil conformarse sobre todo con tu separación». La desesperada tristeza de la pobre mujer, así como los reproches a ella misma dirigidos, quedan reflejados de forma simple, directa, sin asomo de autocompasión. «No quisiera aflijirte», dice, «pero ciento un grande consuelo con desirte mis sufrimientos que á otra persona estraña le enfadarian y tu no te enfadaras sino me consideraras». Se desconoce la causa de la muerte de los niños, pero muy bien pudo ser debida a una de las epidemias de cólera que, posteriormente, obligaron a la familia a salir de la ciudad. Desde luego, los reproches que se hacía doña Margarita debieron de ser de origen puramente neurótico.

No obstante, a pesar de que su aflicción era obsesiva, siempre escribía algunas frases sobre asuntos concernientes a ella y a su marido. Naturalmente, la prematura vuelta de Juárez a Chihuahua y el regreso subsiguiente a El Paso del Norte constituyeron un nuevo motivo de preocupación para ella, aunque el optimismo y la amabilidad epistolar de don Benito contribuyeron a mitigar sin duda sus temores. Se sentía molesta con su ama de llaves y su forma de vivir un tanto ligera; temía que su marido carecía de trajes adecuados, y le dijo que si le enviaba la medida de su cuello, le mandaría algunas camisas por medio de algún amigo que regresara a México. Le envió fotografías de ella y los niños, y le pedía que él a su vez le mandara una suya. Decía estar envejeciendo muy aprisa, y temía que su aspecto físico estaba muy desmejorado, así como que su ánimo estaba muy decaído; pero terminaba una de sus cartas con esta broma inocente: «...y tu biejo recibe el corazon de la jobencita que ba á cumplir cuarenta años en Marzo». A menudo envía saludos para «Lerdo, Iglesias, Goytía, Sánchez, Contreras y demás personas que están contigo». También ella se sentía preocupada por el asunto Ortega; pero, de una mane-

ra típicamente femenina y no muy equivocada, estaba convencida de que todo se reducía a una pugna de personalidades. «Todos saben lo mula que es Ortega», «Tío Ruicito» es un loco, Prieto sólo quiere ser ministro y no es la primera vez que ha estado urdiendo intrigas, y todos ellos no cesan de ponerse en ridículo.

Muy a menudo, en las cartas de doña Margarita figuran unas líneas mucho más alegres escritas por la hija mayor, Manuela, que quiere contar a su «querido papacito» cuán traviesa es su nieta, quien, al decir de Manuela, habla mejor el inglés que el español. Algunas veces, Felicitas y su hermana menor, Margarita, añaden también algunas líneas, aunque otras veces le escriben cartas completas, contando a su padre los progresos que hacen en la escuela, y especialmente en el idioma inglés y en las lecciones de piano. Parece ser que Juárez se interesaba de modo especial en los estudios de las muchachas, y les recomendaba estudiaran cuidadosamente los verbos ingleses. Felicitas y Margarita se sienten orgullosas de poder comunicar a su padre que se dedican a ayudar a Benito y a los otros pequeños en sus lecciones. Las alegres cartas de las chicas y el buen sentido de Santa y Manuela debieron de contribuir en alto grado a aliviar la ansiedad que sentía por su esposa. Cuando Juárez estaba a punto de volver a Chihuahua con mayores garantías de seguridad y permanencia, su hija Soledad le escribió alegremente: «Ellos (amigos de El Paso del Norte) han escrito a Santa que piensan darle a usted un baile (en Chihuahua). Espero que disfrutará usted y que bailará con una señorita chihuaheña». Es de esperar que en su forma cortés y reservada así lo hiciera.

Romero invitó repetidas veces a doña Margarita a que le visitara en Washington, pero a causa del pésimo estado de ánimo en que se hallaba no aceptó hasta el 13 de marzo de 1866. En esta fecha se trasladó a la capital de los Estados Unidos, debido a que creyó poder ser útil a Romero, pues éste tenía consigo a su hermana y a su anciana madre; ésta, además, se encontraba enferma, no conocía el inglés, y acababa de perder a su hermana, cosa de la que aún no tenía noticia. La primera

semana todo fue bien, escribió doña Margarita a su esposo, porque nadie sabía que estaba en Washington, pero cuando empezó a correr la voz, llovieron las invitaciones, viéndose obligada a ir constantemente de un sitio a otro, a pesar de hallarse fatigada y con el obstáculo que representaba para ella su desconocimiento del idioma. Afortunadamente, pudo hacerse acompañar por su hija Margarita, cuyo inglés era bastante correcto. No obstante, prefería estar sola. Cada noche veía a sus hijos en sueños y los llamaba por sus nombres. En medio de la tensión a que se encontraba mentalmente sometida cuando estaba en público y de la angustia que la dominaba al hallarse a solas, se convirtió brevemente en el centro de la atención de un amplio círculo washingtoniano. Con fecha 28 de marzo escribió a su marido:

Mi Estimado Juárez

Mañana es el día terrible en que cumplire 40 años y tendria mucho gusto en pasarlo á tu lado pero no és posible y no hay mas que conformarse como se conforma con la muerte por q.e no hay otro remedio todos estamos buenos yo todavía estoy aqui pero la semana entrante me voy para Nueva York hantes de anoche me yebo Romero a la recepcion del Precidente y como veras en el Heraldo dicen q. estaba yo elegantemente vestida y con muchos brillantes eso no es cierto toda mi elegancia consistia en un vestido q. me compraste en Monte Rey poco antes de salir y con tantos cuidados y pesares no me lo habia puesto es el unico vestido q. tengo regular y lo guardo para cuando tengo q. haser alguna bisita de etiqueta nomas respeto de brillantes no tenia mas q. mis aretas q. tu me regalaste un dia de mi santo por q. mis demas cositas las tengo en Nueva York. Te digo todo esto por q. no bayas á desir estando tu en el Paso con tantas miserias yo este aqui gastando lujo todo esto lo ha hecho [*ilegible*] nobedad y que a ti te quieren y tienen angustias por ti aqui me han visitado muchas personas y la nche de la Recepción me precentaron á muchas personas y el Sor. *Hamerly* que desde q.e yegamos á Nueva York nos ha visitado como usan aqui toda la enfermedad de mi hijo pepillo. Los mas dias yebaba su tarjeta el y su Sra. me estuvo paseando por los salones en fin lo q. si es cierto es que las personas á quienes me han precentado y que me conocen me concideran bastante toda mi mortificacion es no saber ablar pero afortunadamente Margarita q. esta aqui conmigo abla ya regular.

Mucho me alegro que los franceses se ayan retirado para que Ust. se puedan hir a Chihuahua hay tendran mas recursos Dios quiera que tengan un feliz biaje yo temo mucho por el invierno por que tiene q. pasar algunas noches en el desierto cuidense cuanto les sea posible saluda a [*cita a diez personas*] a Salome dile q.e le agradecere mucho q. te acompañe y te cuide no se parece á Secun que se manejo tan mal y tube q.e echarlo.

Doña Margarita critica luego severamente a varios emisarios mexicanos, oficiales y clandestinos, en los Estados Unidos. «Con esa percha de inutiles que esperanza quieres q. yo tenga en que agamos algo? Solo Dios nos puede sacar de este atolladero ya te he quitado bastante tiempo con mis sandeses q.e te entraran por un oido y te saldrán por el otro». Esta crítica está plenamente confirmada por todos los demás relatos e informes sobre el particular.

Además de la recepción presidencial, tuvo lugar una cena en casa del secretario de Estado. De esta fiesta dijo Lerdo que fue «la más suntuosa de este invierno». Seguidamente, doña Margarita asistió a un baile dado por el general Grant. Al comentar estas recepciones, Santacilia escribe a Juárez que Seward es un viejo zorro, añadiendo que en lugar de ellas habría preferido fusiles y balas. «Cuando Margarita cenó en casa de Mr. Seward, éste le dijo: “Espero que dentro de un año veré en México a mis dos amigos, Juárez y Santa Anna”. Margarita dijo al intérprete, el ministro de Colombia: “Diga a Mr. Seward que verá al uno o al otro, pero no a los dos”». Parece ser que ni los grandes secretarios de Estado pueden librarse de meter la pata, y que la depresión de doña Margarita no privó a ésta ni de su ingenio ni de su dignidad, si bien hay que reconocer que Juárez le ayudó a conseguir ambas cosas en sus años de vida en común. Romero escribió que la visita de doña Margarita a Washington hizo que aumentara la cordialidad de mister Seward. Todos los periódicos liberales que aún se publicaban en México hablaron de la recepción de la Casa Blanca, como lo hicieron también los imperialistas, aunque el tono de éstos fue indudablemente muy diferente del de aquéllos. Un par de meses más tarde, Felicitas y Soledad visitaron a Rome-

ro en Washington y fueron llevadas a otra recepción por el mismo don Matías, y luego los hijos del general Grant las llevaron a la ópera. Aunque la visita de doña Margarita a Washington fue un claro éxito, y aunque sus cartas desde aquella capital son más animadas que las otras, lo cierto es que ella no disfrutó mucho de la visita. «Anoche estuvimos en baile del General Grant estuvo muy bueno si alguna vez me hubieran dicho que abia de yegar el dia en q.e todas las dilercciones me abian de atormentar no lo hubiera creido y mucho menos un baile pues haora estoy en ese estado todo y en todas partes me recuerdan mis hijos con un tormento como si llo los hubiera matado ya no volvere a tener gusto nunca soy muy desgraciada y solo tendre tranquilidad cuando llegue a estar contigo». Su tranquilidad hubiera sido todavía menor si hubiese sabido lo que Santacilia escribió desde Washington a Juárez el día 23 de marzo: había recibido informes procedentes de Ciudad de México, según los cuales los franceses y los traidores planeaban enviar un grupo de hombres a Juárez para que, haciéndose pasar por republicanos, ofrecieran sus servicios a don Benito y luego le asesinaran. Naturalmente, Santacilia le aconsejó tomar las mayores precauciones. Cuando Juárez estaba a punto de volver al fin a Chihuahua, su esposa le avisó también «Que te conosco q. eres tu confiado y no te han de faltar enemigos que tu no conoscas por tu buen corazón y por que nunca crea á nadie capas de aser mal». Otro de los motivos que le impidieron gozar de su visita a Washington fue el fanatismo religioso de la esposa y de la hermana de Romero, quienes, escribió a su esposo, siempre están dispuestas al ayuno y a acudir al confesionario, y creen asimismo que sólo los católicos fanáticos como ellas irán al cielo. Todo esto no podía dejar de irritar a doña Margarita, pero, decía: «yo las enbidio por q. ci yo pudiera tener la fé q. ellas tienen seria felis... porque si yo crellera y mis hijos eran felices y q.e estaban en el cielo no sufriria tanto como sufro».

El cólera había llegado a Nueva York desde Europa. Para evitar la epidemia, la familia de Juárez se trasladó de Manhattan a New Rochelle (Estado de Nueva York), lo que signi-

ficó un cambio favorable para ellos. Santacilia escribió con fecha 28 de junio: «Llegamos a este delicioso lugar hace cuatro días, y todos, gracias a Dios, estamos bien. Vivimos en una casa perfectamente situada sobre una pintoresca colina rodeada de grandes árboles, y estamos a tres millas de la aldea que da nombre a este lugar... Desde aquí se oye sólo el cantar de los pájaros y el rumor del viento». El 26 de julio la esposa de Juárez escribió a su marido una carta mucho más alegre que las demás, en la que, no obstante, mostraba su ansiedad por no tener noticias de la llegada de don Benito a Chihuahua. Manifestaba en cambio su alegría por las favorables noticias que llegaban de México, entre otras la referente a la salida de Carlota para Europa. Dice que ello significa que probablemente la real pareja está dispuesta a abandonar México; pero que esto, por otra parte, parece imposible, y que aunque lo viera no podría creerlo. Dice a su esposo que está dispuesta a reunirse con él en cualquier lugar y en cualquier circunstancia, y señala que el mal estado de las carreteras no debe ser motivo de preocupación porque «no pueden ser peores que las de Cualimulco». Se refiere a la ruta que siguió para salir de México acompañada de todos sus hijos. A pesar de que la carretera que conduce a Chihuahua parece ser tan mala como la otra, dice que el viaje no sería tan penoso pues ya tendría cuidado de llevar consigo suficientes provisiones, cosa que no pudo hacer en aquella ocasión. Se lamenta de que el eventual viaje tendría que hacerlo sin la compañía de pequeñuelos, pues unos habían crecido y otros habían muerto, y añade que Nelita (Manuela) y Santa, a causa de su pequeño, no podrían ir con ella. El 28 de agosto, y en relación con el proyecto de editar una publicación en español, en Nueva York, Santacilia escribió: «Sería una verdadera locura gastar un millar de pesos en papel cuando tenemos que proveer a las necesidades de una familia tan numerosa compuesta en su mayor parte de mujeres, quienes necesitan alternar con la buena sociedad, y que deben, por consiguiente, gastar lo que es necesario para aparecer como es debido entre gentes de categoría. Afortunadamente, no creo que necesitemos publicar nada ahora, porque Santa

Anna y Ortega están no sólo muertos, sino en un verdadero estado de putrefacción». Algún día, alguien levantará quizás en Ciudad de México un monumento a Pedro Santacilia, sobre un bajorrelieve en el que figuren todas las mujeres y niños a quienes cuidó tan bien durante tanto tiempo. Al revés que alguno de sus compatriotas entonces en los Estados Unidos, su vida hubiera sido seguramente más fácil en el ejército.

En abril y mayo las relaciones entre Juárez y Romero se pusieron algo tirantes, debido tal vez al agotamiento e impaciencia de don Matías. Juárez le dijo que sus relaciones con los Estados Unidos debían basarse únicamente en las instrucciones que le pasara Lerdo. Romero replicó que estaba tratando de llevar un registro histórico completo, al efecto de justificar a la República, y que deseaba instrucciones más completas. En respuesta, Juárez anotó en el dorso de la carta de Romero: «...al gobierno americano no le atañe lo que es cosa estrictamente nuestra, y aunque a los poderosos tiene que tratárseles con tacto, no debemos hacer nada que sugiera en el menor grado una humillación por nuestra parte». Si Romero se nos aparece como un hombre de excesivo celo, bien es cierto que algunas veces Juárez se muestra tal vez demasiado sensible en todo cuanto se refiere al honor de México. Romero replicó en tono displicente que los Estados Unidos nunca hacían preguntas, que sus informes a los funcionarios americanos habían sido efectivos, y que estaba convencido de no haber hecho nada contrario al «decoro y dignidad de nuestro país, del cual soy tan celoso como pueda serlo usted». Luego añadía que durante los últimos catorce meses no había percibido su paga, que durante todo el último año no había podido organizar ninguna cena, que tuvo que gastar mil pesos cada mes, además de cuatro mil al año en concepto de alquiler, y que las obligadas economías que tenía que hacer podrían causar un efecto adverso en la opinión norteamericana respecto de México. Parece ser que la mayoría de los gobiernos, incluido el de los Estados Unidos, y sus representantes en el extranjero, están muy familiarizados con tales dificultades, aunque rara vez en el grado de Romero. Sin embargo, y por los informes

que tenemos, las dificultades monetarias de Juárez y sus ministros fueron mayores aún que las de los emisarios de la República.

Gracias a una serie de atrevidas maniobras, el general Luis Terrazas y el coronel Joaquín Terrazas reconquistaron la ciudad de Chihuahua el 25 de marzo de 1866, y uno de ellos, seguramente el primero, fue herido. Doña Margarita, en una de sus cartas a su marido, hizo saber cuánto sentía el percance a la vez que manifestaba su alegría por la toma de la ciudad, cosas ambas que deseaba que don Benito transmitiera al general. Desgraciadamente, esta victoria fue precedida y seguida por las brutalidades y represiones que eran la norma de conducta de uno y otro bando. La caballería francesa permanecía, no obstante, en las cercanías, por lo cual, Juárez, que en modo alguno deseaba tener que volver a huir rápidamente, permaneció en El Paso del Norte hasta el 10 de junio, llegando a Chihuahua una semana más tarde. La acogida fue espléndida. Se organizó un desfile, se pronunciaron discursos, un niño, con sentidas palabras, les dio la bienvenida (costumbre en boga aún hoy en México), se celebró un banquete regado con champaña durante el cual hubo profusión de brindis, y también un baile —para celebrar el cumpleaños del general Luis Terrazas—. Según se desprende de sendas cartas a Santacilia y Romero, Juárez no pudo menos que sentirse emocionado y agradecido por el recibimiento tributado a él y a su gobierno.

Durante todo el tiempo que duró su estancia en el Norte, tanto Juárez como los miembros de su gobierno se vieron agobiados por la más negra miseria. En más de una ocasión se preguntó don Benito cómo se las arreglaba su familia para vivir en Nueva York, Santacilia, el ángel guardián, pudo ayudarles en varias ocasiones, afortunadamente. En una carta de fecha 8 de junio de 1866 Juárez hacía constar que desde enero de 1865 en que había recibido la suma de 1.250 pesos, no había percibido ni un solo peso de los 30.000 anuales que le correspondían como presidente; pero que, a cuenta del mismo, había autorizado a Romero a entregar a su familia la cantidad de 4.000 pesos. En julio, un patriota llamado Luis Carranza, padre

de un chiquillo de siete años llamado Venustiano que con el tiempo sería presidente de México, prestó a Juárez 1.000 pesos libres de interés para cubrir sus pequeños gastos personales. En septiembre, don Benito devolvió la mencionada suma. En agosto, los soldados del ejército del Norte, mandados por el general Escobedo, enviaron a Juárez 5.000 pesos como regalo, testimoniándole al mismo tiempo su gratitud y lealtad. Juárez, agradecido y emocionado, les devolvió el dinero diciendo que bajo aquellas circunstancias, ellos, los soldados, lo necesitaban más que él. Juárez sabía, sin embargo, que también el imperio luchaba con dificultades financieras, y pudo recrearse en la idea de que si Napoleón quería continuar despojando al país tendría que disputar el botín a los mexicanos, quienes, agobiados por la falta de recursos, defenderían su patrimonio y el de la nación con uñas y dientes. Además, la cosa no era demasiado fácil para el emperador de Francia, pues existía la promesa efectuada a los Estados Unidos de que retiraría de México todas sus tropas.

En agosto los generales Hinojosa y Canales «encabezaron un motín en Matamoros contra Carbajal no por la capitulación que éste celebró con Mejía, sino por otros motivos enteramente infundados», dijo Juárez a su yerno en una carta fechada el 17 de septiembre, añadiendo que ha ordenado a los generales Escobedo y Tapía que se encarguen de manejar la situación. Parece ser que Sheridan intervino también en la restauración de la paz y el orden en el territorio republicano, naturalmente, en la frontera septentrional. No obstante, Juárez se mostró escéptico al enterarse de que Plácido Vega, con 600 hombres alistados sin autorización alguna en California, y con armas y municiones, había llegado a Sinaloa. Hasta donde las comunicaciones lo permitían, Juárez e Ignacio Mejía dirigían todas las operaciones en el Norte y en el Centro. La campaña se desarrollaba con éxito, pero la mayor victoria de aquellos meses fue sin duda la conseguida por los hermanos Porfirio y Félix Díaz en las batallas que tuvieron lugar los días 3 y 18 de octubre en las cercanías de Miahuatlán (Sur de Oaxaca) y en La Carbonera, las cuales permitieron la reconquista de la ciudad

de Oaxaca por las fuerzas republicanas el día 31 de octubre. En esta campaña, Díaz capturó gran cantidad de armas y suministros que permitieron la obtención de victorias posteriores. «Me parece excelente. Díaz es un buen muchacho», dijo Juárez. A finales de octubre de 1866 únicamente Ciudad de México, Veracruz, la constantemente amenazada carretera que une estas dos ciudades, y algunas áreas aisladas se hallaban en poder del Imperio. El resto del país estaba controlado por los republicanos.

De nuevo, como en 1861, se planteó la espinosa cuestión del trato a dar a los imperialistas hallados en las zonas recobradas por la República. Entre los prisioneros había algunos hombres que habían sido republicanos y habían desertado, pero que ahora querían volver al redil. En una carta al general Escobedo en Monterrey, de fecha 3 de noviembre de 1866, Juárez le ordena que encarcele a los desertores y los mande a Chihuahua para ser sometidos a juicio. «El triunfo de la causa nacional es seguro, pronto e indefectible y para su realización no necesitamos ni de fuerzas extranjeras ni de transacciones con los traidores». Cuando aquella larga y salvaje guerra en la que se mezclaron traiciones, ultrajes y represalias tocaba a su fin, y debido en parte a que los oficiales gozaban de amplísimos poderes, se perpetraron terribles injusticias, tanto en uno como en otro lado. Al escribir al gobernador de Sinaloa, Domingo Rubí, hombre capaz y que había sido minero en su juventud, para felicitarle a él y al gobernador Ramón Corona de Jalisco, por sus victorias en el Oeste, y también por la excelente selección que había hecho Rubí de los hombres que pasarían a ocupar los cargos públicos, Juárez dijo: «Vamos a entrar en una era de reparación y de moralidad y para ello necesitamos de hombres probos, fieles y patriotas».

Ya en mayo Seward había designado a L. D. Campbell y al general William T. Sherman como representantes de los Estados Unidos ante el gobierno juarista. La misión de Sherman era la de prestar orientación y consejo en asuntos militares y, al mismo tiempo, añadir prestigio a la representación americana. Romero informó al coronel Ascensión Gómez, de Tampi-

co, del nombramiento de los dos representantes de los Estados Unidos, pues era muy probable que aquéllos pasaran por dicha ciudad. Decía a Gómez que los Estados Unidos reconocerían únicamente al gobierno republicano, que no deseaban territorio alguno, que no reconocerían la pretendida deuda mexicana a Francia, y que si fuera preciso enviaría tropas para restaurar la paz y el orden, pero que en modo alguno se mezclarían en los asuntos internos de México. Campbell y Sherman no se pusieron en camino hasta noviembre, y al llegar se vieron imposibilitados de desembarcar en Monterrey, ya que dicho puerto se hallaba todavía en poder del ya sentenciado imperio. Continuaron viaje hasta Tampico, donde conferenciaron con Gómez y con el general Escobedo y trataron infructuosamente de ponerse en contacto con Juárez. Luego regresaron a Nueva Orleans, después de la fracasada misión que, extrañamente, tanto se había demorado. Creemos que una entrevista entre Juárez y Sherman habría sido algo muy interesante.

Entre los días 3 y 9 de diciembre, Juárez escribió una serie de notas apresuradas acerca de sus planes. Saldría de Durango el día 10, esperando llegar a Ciudad de México en marzo. Aprobaba el plan de Santacilia de traer a la familia a Veracruz por barco, aunque previniéndole que quizás tendría que demorarse el viaje, a causa de que los franceses ocuparían todavía dicho puerto tal vez, como les había ocurrido a Campbell y Sherman. Acababa de enterarse de la liberación de Oaxaca. A partir del 8 de junio, en casi todas las cartas de Juárez a Santacilia aparecen unas líneas dedicadas a discutir las posibles rutas a emplear por la familia para regresar a México, aunque, decía Juárez, confiaba plenamente en el criterio de Santacilia sobre este punto.

El gobernador Luis Terrazas escoltó a Juárez y su grupo, formado por Lerdo, Iglesias, Ignacio Mejía, Manuel E. Goytía, un ingeniero americano llamado George E. Church, etc., hasta Arroyo de la Parida, en la frontera entre el Estado de Chihuahua y el de Durango. Llegaron a este último Estado el día 17 de diciembre. Aunque Juárez y Terrazas, cuyas relaciones habían comenzado tan mal, permanecieron amigos durante el

resto de sus vidas, ya no se verían nunca más. Cuando el grupo llegó a la ciudad de Durango, el 26 de diciembre, le fue tributada una magnífica recepción. Hablando de ella, dijo irónicamente Juárez a Santacilia, citando un viejo refrán: «Esto es natural, por aquello de que no es lo mismo virrey que te vas que virrey que te vienes». Mientras, Guadalajara y San Luis Potosí habían sido liberadas. Todo esto estaba muy bien, pero lo cierto es que la guerra aún no había terminado ni mucho menos. Quince días más tarde, Juárez, una vez más, tuvo que huir por piernas.

Hacia finales de diciembre Miramón salió de Ciudad de México en dirección al Norte con cuatrocientos o quinientos hombres y dos piezas de artillería. Juárez se dio cuenta de este movimiento, pero fiaba en que Escobedo y otros se encargarían de detener el avance. En su ruta, Miramón absorbió otras fuerzas imperialistas, y con una rápida maniobra distrajo a Escobedo, con el resultado de que el 27 de enero de 1867 cayó sobre Zacatecas. Juárez, en carta de fecha 2 de febrero, contó a Santacilia lo que ocurrió. Veamos la versión de don Benito:

El día 22 de Diciembre [quiso decir enero] último llegué a esta ciudad [Zacatecas], donde se hizo al gobierno un recibimiento espléndido: fuegos artificiales, bailes y un bastón valioso en dos mil pesos fueron los obsequios que me hicieron. A los tres días se anunció ya la marcha de Miramón con dos mil quinientos hombres y catorce piezas de artillería para esta ciudad. Se hicieron de pronto los preparativos de defensa. Hasta el 25 llegó el general Aranda con quinientos infantes, doscientos caballos y diez piezas de artillería que sacó de Durango. El 26 se presentó el enemigo e hizo un reconocimiento.

Aunque muchos opinaron por que el gobierno se retirara de esta ciudad, y para ello había razones muy poderosas de conveniencia política; sin embargo, yo no creí conveniente seguir esta opinión y me resolví a correr la suerte de nuestras tropas. El entusiasmo casi frenético con que este pueblo me recibió, y la idea tremenda de que mi anticipada retirada de esta ciudad introdujese el desaliento en las tropas y en el pueblo, me afirmaron más en mi resolución. En fin, mi opinión era que si la plaza se perdía, esta desgracia no fuera efecto de la retirada del gobierno, sino la causa. El día 26, acompañado del Sr. Auza que era el general en

jefe, recorrí dos veces la línea de defensa. El entusiasmo de la tropa y del pueblo era grande, y grande la fe que teníamos en el triunfo; pero en la guerra difícilmente se puede acertar en el resultado y cualquier circunstancia, aun la más insignificante, desbarata las mejores combinaciones. El no haber llegado oportunamente el aviso que daba al general en jefe el comandante del punto de la Bufa de que el enemigo antes de amanecer se dirigía a dicho punto, fue causa de que no hubiera podido mandar el auxilio correspondiente, y entre seis y siete de la mañana del día 27 fue ocupado el punto, penetrando inmediatamente el enemigo a la ciudad. El señor Auza me mandó decir que me pusiera yo en salvo. Entonces monté a caballo acompañándome los señores Lerdo e Iglesias, lo mismo que Goytía.

Mejía estaba enfermo hacía ocho días y ya lo había yo mandado fuera de la ciudad en la noche anterior.

Al salir de Palacio ya mi escolta hacía fuego a los franceses, que en las bocas se presentaban. Mi objeto era dirigirme para el Fresnillo; pero ya el enemigo dirigía sus avanzadas y sus tiros por el camino que conduce a aquel punto, por lo que me dirigí para Jerez o sea Ciudad García, distante catorce leguas de Zacatecas. La fuerza tomó la misma dirección. Miramón con el grueso de las suyas la persiguió por cerca de tres leguas; pero cuantas veces intentó destruirla, otras tantas fue rechazado, hasta que se vio obligado a abandonar la empresa retirándose a Zacatecas. En el mismo día llegué a Jerez y en el siguiente entró la fuerza en número de mil quinientos hombres.

El día 30 marchó la fuerza a reunirse a la de Escobedo que venía en auxilio de Zacatecas y yo me dirigí para el Fresnillo, donde llegué el día 31. En el mismo me participó el general Auza que al medio día había evacuado Miramón la plaza de Zacatecas tomando el rumbo de Aguacalientes. El señor Auza avanzó a ocupar la ciudad para picar la retaguardia del enemigo, según la orden que recibió del general Escobedo. El día 1.º de este mes de febrero regresé a esta capital y en la madrugada de hoy recibí el parte de la completa derrota de Miramón. Ya le he dicho a V. en globo y a la carrera todo lo que por aquí ha pasado en ocho días. En lo personal no he tenido ninguna novedad. En los momentos de mi salida el día 27, Salomé llevó mi equipaje a una casa inmediata al Palacio, la que después catearon Joaquín Miramón y otros esbirros. Sólo se salvó mi petaca y el bastón que me acababan de regalar. A un mozo que habíamos traído de Chihuahua lo asesinaron los franceses cuando salía de Palacio. El populacho y los traidores se ocuparon de saquear y destruir las oficinas públicas. En el Palacio

lo destrozaron todo, y yo he tenido que alojarme en una casa particular.

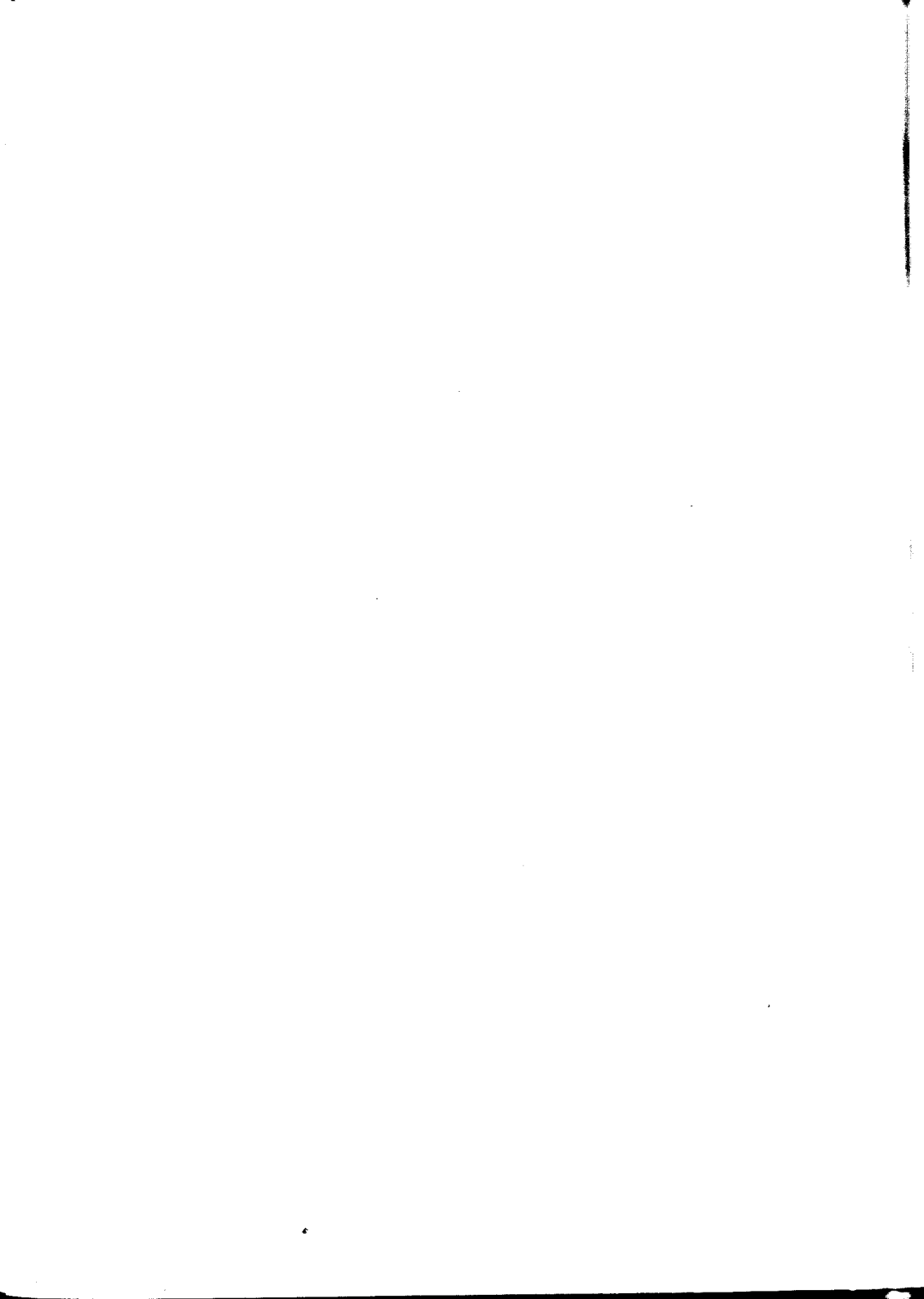
Con la derrota de Miramón se abrevia nuestro triunfo, pues ya no quedan más fuerzas medio organizadas del enemigo que las de Castillo y Méndez que pronto serán destruidas. Tal vez dentro de ocho o diez días me dirigiré ya a Guanajuato o a San Luis.

Más tarde Juárez añadió este comentario: «Un cuarto de hora más que nos hubiéramos dilatado en salir de palacio hubiéramos dado un rato de gusto a Miramón, pero escapamos porque no ha llegado la hora». Se dice también que el general Diódoro Corella realizó prodigios de valor en Jerez para proteger al presidente y a su gabinete. Sería interesante saber qué fue del ama de llaves de Juárez, la leal Salomé (a quien uno imagina como mujer de media edad, india, asexual y fuerte), y del americano Church. George W. Blasdell, miembro de «La Legión de Honor», fuerza americana que luchó con los republicanos, dijo más tarde: «Muchos de los oficiales de Juárez nos concedieron el mérito de haberles salvado la vida en la batalla de Zacatecas. Mientras los soldados mexicanos se retiraban, nos precipitamos hacia la ciudad y atacamos a las tropas franco-austríacas mandadas por el hermano del general Miramón y las mantuvimos a raya, de modo que Juárez pudo salir sin riesgo alguno, cuando de otro modo habría sido capturado». El mismo Blasdell cayó prisionero durante el asedio de Querétaro, y dijo haber sido salvado de una muerte cierta gracias a la intervención personal de Maximiliano. El relato de Blasdell acerca de la lucha de Zacatecas fue apoyado por otros americanos que estaban presentes, lo cual inclina a creer que las cosas sucedieron tal y como las relató, a menos que su versión estuviera deformada por las frecuentes fantasías y exageraciones propias de los veteranos. Se cuenta también que los republicanos enviaron un carruaje vacío en una dirección falsa, lo que engañó a Miramón y le retrasó lo bastante como para dar tiempo a que llegaran refuerzos. Asimismo, se cuenta que cuando Maximiliano supo de la toma de Zacatecas, escribió a Miramón ordenándole que capturara a Juárez y le hiciera juzgar por una corte marcial, pero que no le

fusilara sin su permiso, y que dicha carta cayó en poder de los republicanos. Los episodios más vívidos de la vida de todos los grandes hombres están siempre vinculados a la leyenda, por lo que se hace difícil saber dónde termina la realidad y dónde empieza la ficción.

Las fuerzas imperiales no pudieron reagruparse con la rapidez suficiente como para resistir a Escobedo, quien, según escribió Juárez, el día 1 de febrero aplastó al ejército de Miramón en San Jacinto, pero no consiguió capturar a su jefe. El brillo de esta victoria quedó muy deslucido por el fusilamiento, por parte de Escobedo, de 109 prisioneros franceses. En su defensa, Escobedo alegó que dichos hombres no eran más que filibusteros, basando este calificativo en el hecho de que Bazaine había ordenado que regresasen a sus banderas y se repatriasen con el ejército expedicionario, bajo la pena de ser tratados como desertores los que se quedaran. Escobedo sostuvo también que los franceses ejecutados habían cometido muchos «excesos» en Zacatecas. Esto no pasaba de ser un eufemismo, usado incluso por Juárez, para justificar Dios sabe qué atrocidades. No obstante, esta ejecución masiva ha sido generalmente condenada. Esta guerra, como todas, se hizo más salvaje cada día, y ninguno de los dos bandos contendientes se libró de cometer las peores atrocidades.

Afortunadamente, el fin de la lucha se aproximaba.



QUERETARO Y LA VICTORIA

Por los días en que recibió la noticia de la breve y poco significativa victoria de Miramón en Zacatecas, Maximiliano recibió correspondencia de su madre y de su hermana menor, aconsejándole que, para preservar el honor real y familiar, permaneciera en México y defendiera la corona imperial; pero estos consejos eran más bien dictados por la ignorancia que por el quijotismo, ya que Maximiliano nunca había dicho a su familia la verdad sobre su situación en México. Al fin había empezado a darse cuenta de lo desesperado de su posición. Miramón, con los soldados que le quedaban, emprendió la retirada hacia Querétaro, mientras Márquez era derrotado en el monte de las Cruces.

El 9 de febrero de 1867 Maximiliano escribió una carta a su primer ministro, Teodosio Lares, en la cual decía darse perfecta cuenta de que el imperio se derrumbaba tanto material como moralmente, mientras que los republicanos eran más fuertes cada día, y le pedía consejo. Ello no es de extrañar si se tiene en cuenta que Maximiliano nunca había sido capaz de tomar por sí mismo ninguna decisión trascendental. Lares y el resto de los reaccionarios sabían que el imperio estaba herido de muerte, y no ignoraban que su futuro personal dependía considerablemente de la fortaleza, real o aparente, que mostrara Maximiliano al final. Si el emperador permanecía en Ciudad de México, bajo la influencia de los embajadores, po-

dría muy bien abdicar y abandonar el país, con lo cual la ruina de Lares y compañía sería inevitable. En cabeza del ejército imperial, Maximiliano tenía la posibilidad de negociar la rendición en términos no demasiado humillantes, con Díaz o con el mismo Juárez. A través de un tal Carlos Bournouf, Maximiliano intentó ponerse en contacto con Díaz en Acatlán; pero el general no quiso saber nada de las proposiciones del emisario. No obstante, antes de enviar a Bournouf a Ciudad de México, Díaz hizo desfilar varias veces a su pequeña fuerza de modo que el emisario pudiera verla al otro lado de las cortinas de la ventana de la habitación en la que fue recibido, al efecto de que diera a quienes le enviaron un informe exagerado de las fuerzas con que contaba el general Díaz. El 13 de febrero, Bazaine, antes de embarcar para Europa quiso hacer saber a Maximiliano que aún era posible salir para el Viejo Continente, pero que pronto se cerraría el camino. Maximiliano no llegó a recibir nunca el mensaje: él y Márquez se habían reunido nada menos que con Vidaurri —ahora ministro de Hacienda y de la Guerra—, y con los 1.500 hombres que habían podido reclutar, se dirigían todos hacia Querétaro.

Esta hermosa y vieja ciudad de cúpulas y campanarios tenía 40.000 habitantes y estaba situada en una llanura alta y fértil rodeada de pequeñas colinas. Lares y Maximiliano la prefirieron a otras por dos razones, a saber: Porque las fuerzas imperiales se estaban concentrando allí, mandadas por Miramón, Tomás Mejía, Márquez y Méndez, quienes, junto con Maximiliano, formaban «las cinco M», y porque los ciudadanos de Querétaro habían sido siempre religiosos, reaccionarios e imperialistas en sus sentimientos. Desgraciadamente, estos sentimientos no bastaban para substituir a una posición estratégica o a un soldado-emperador. Si Maximiliano lo hubiese sido, la situación no habría sido quizás tan desesperada. Al principio tenía 9.000 hombres, y aunque las fuerzas republicanas eran superiores en número —Escobedo se aproximaba con 12.000 hombres, Corona con 8.000 y Riva Palacio con 7.000—, su marcha, como siempre, era lenta, por lo que de haber atacado vigorosamente, los imperialistas habrían po-

dido derrotarlas por separado, como Miramón tenía planeado. No obstante, Márquez fue nombrado general en jefe e insistió en esperar, mientras el emperador, como siempre, no tenía opinión alguna: todo lo que podía y se le ocurría hacer era pasearse por sitios peligrosos y expuestos al fuego del enemigo.

Cuando ya el fin estaba muy cercano le dijeron que Carlota había muerto, cosa que creyó; pero poco después la noticia fue desmentida. Por desgracia para él, no se enteró hasta más tarde de que no podría volver a Europa. En lugar de dominar a sus generales y de dirigir las operaciones militares, las cuales en modo alguno podrían haber terminado más desastrosamente, cayó enfermo de fiebres y disentería, quedando al cuidado de su médico, el doctor Samuel Basch. Sus colaboradores más íntimos eran un aventurero llamado príncipe de Salm-Salm y un refinado y bellaco coronel llamado Miguel López, a cuyo hijo había apadrinado. En medio de esta campaña final Maximiliano envió a un agente, Antonio García, para que entablara negociaciones con Juárez, quien se negó a recibirle. En resumen, el corazón del imperio estaba a punto de dejar de latir.

Juárez llegó a San Luis Potosí el 21 de febrero, y fue desde allí que procuró mantener constante contacto con las tropas, sin dejar de especular —en sus cartas a Santacilia— sobre la fecha en que su familia podría reunirse con él y acerca de la ruta a seguir para este soñado regreso. Del cumpleaños de Juárez nadie hizo comentario alguno excepto Maximiliano, quien dijo, al escribir a un amigo en Ciudad de México: «Mientras estoy dictando esta carta, nuestros adversarios están celebrando el cumpleaños de su jefe enviándonos una lluvia de granadas que caen como moscas en las cercanías». Juárez no hubiera podido desear mejores fuegos artificiales. Quizás pensando en los posibles prisioneros futuros, escribió a Díaz: «Olvidé decir a U. en mi carta de ayer... que me parece bien que siga U. la regla que ha usado de no fusilar a la clase de tropa que caiga prisionera, ya se componga de mexicanos o de extranjeros, salvo que entre ellos haya alguno o algunos que por hechos notables sea digno de la pena de muerte, en cuyo caso no debe dejársele impune. En cuanto a los cabecillas promi-

nentes y a los jefes, oficiales y sitiados en quienes concurren circunstancias agravantes, debe usarse con ellos de todo el rigor de la ley. Los soldados, jefes y oficiales que no fueren ejecutados, deben estar a lo que el gobierno disponga, como se hizo con los de Puebla». Evidentemente, Santacilia, su mujer, o ambos a la vez, debieron de recriminarle por su proceder en Zacatecas, ya que Juárez replicó: «Quedo impuesto del sermón por lo que parece que fue calaverada del día 27 de enero en Zacatecas. Hay circunstancias en la vida en que es preciso aventurarlo todo, si se quiere seguir viviendo física y moralmente y en esas me vi el día 27 citado. Salí bien y estoy contento y satisfecho con lo que hice». El día 3 de mayo, dice: «El pueblo todo de Querétaro nos es hostil: no sale siquiera un hombre o una mujer a dar algún aviso a nuestros jefes, de lo que hace el enemigo». Más que la actitud de las gentes de Querétaro le preocupaba la falta de informes de Díaz. Sin embargo, parece reprenderse a sí mismo por su propia impaciencia: «De Porfirio no he tenido noticia hace algunos días. Seguramente sigue el sistema que observó en Oaxaca y Puebla de no escribirme hasta no fechar su carta en la capital conquistada. Los impacientes están dados a Satanás, porque quisieran que en un instante quedara todo terminado, aunque los grandes criminales quedaran impunes y sin garantías la paz futura de la nación; pero el gobierno, sin hacerles caso, sigue corriendo despacio con el firme propósito de hacer lo que mejor convenga al país, sin que influyan en sus determinaciones la venganza personal, la compasión mal entendida ni amago alguno extranjero, sean cuales fueren los términos con que se quiera disfrazar: hemos luchado por la independencia y autonomía de México y es preciso que esto sea una realidad». Esto lo escribió el día 15 de mayo, y antes de poner la carta en el sobre le llegó la gran noticia de la reconquista de Querétaro. Por ello, debajo de la firma pudo añadir: «Viva México. Querétaro está en nuestro poder».

El 6 de marzo los republicanos habían rodeado Querétaro y empezado a cortar los suministros de comida y de agua. Al principio el cerco no era muy estrecho, y las salidas de los im-

perialistas y los ataques de los republicanos distaban mucho de ser decisivos. La única escapada importante fue la que Márquez realizó de noche al salir de la ciudad con Vidaurri y 1.200 hombres a caballo. Tenía órdenes de Maximiliano de reunirse con el gobierno en Ciudad de México, volver a Querétaro con refuerzos y atacar a los republicanos desde la retaguardia. Debía también llevar a la capital algunos libros y borgoña. Cuando llegó a Ciudad de México, Márquez incrementó el número de sus tropas en unos 4.000 hombres, y luego, en vez de volver a Querétaro, cosa que le debió de parecer —en su aguda visión— como meterse en la boca del lobo, partió para Puebla, en un intento de aliviar la situación imperialista en aquella ciudad, la cual era objeto de un fuerte asedio por parte de Díaz. Cuando el general republicano supo del camino emprendido por Márquez, atacó Puebla el día 2 de abril y la tomó el día 4. Seis días más tarde sus tropas atacaron y derrotaron a Márquez, quien se las compuso para huir a Ciudad de México con 400 soldados de caballería austríacos y belgas.

El 22 de abril, al enterarse de estas malas noticias, Maximiliano recibió la oferta de su libertad personal a cambio de la rendición de la ciudad y de todas las tropas; pero con su invariable y caballerosa lealtad a sus propios partisanos, rechazó el ofrecimiento. Cuando Miramón insinuó llegar a un arreglo a base de concesiones de los republicanos, el enviado del gobierno de Juárez se retiró.

En la noche del 14 al 15 de mayo, en el preciso instante en que los imperialistas iban a tratar de romper el cerco, el coronel López permitió traidoramente que las tropas republicanas penetraran en la ciudad, hasta los mismos cuarteles del mando imperialista. El general Méndez, ejecutor de los generales Arteaga y Salazar, se había ocultado; pero fue hallado y fusilado. El general Miramón resultó herido. Hubo un momento en que Maximiliano tuvo una clara oportunidad de escapar, oportunidad concedida por los republicanos, desde luego. Esto sugiere que Escobedo debió de considerar que el prisionero imperial sería una fuente de problemas para Juárez, o que la escapatoria formaba parte del acuerdo con el coronel López.

El general Mejía y el emperador emprendieron camino hacia el cerro de la Campana, situado en el lado Oeste de la ciudad, pero fuera de sus límites. Allí fueron cercados y obligados a rendirse. Se dice que Maximiliano se dirigió primero al coronel americano George M. Green, quien le envió al general Corona. En aquella época había un considerable número de americanos, canadienses y europeos en las filas republicanas.

Pocos días después, Maximiliano pidió permiso al general Escobedo para volver a Europa junto con todos los mercenarios europeos, después de abdicar y jurar «no volver a interferirse nunca en la política de México». Escobedo replicó muy acertadamente que trasladaría su petición al presidente Juárez, cosa que en efecto hizo; pero Juárez ordenó que Maximiliano, Miramón y Mejía fueran juzgados por una corte marcial de acuerdo con la ley del 25 de enero de 1862, en la que se especificaba que serían condenados a muerte los extranjeros que conspiraran contra la independencia de México, y que se aplicaría la misma pena a los mexicanos que les ayudaran. Hagamos un inciso para reseñar cuál fue el destino del coronel-traidor López: su mujer le abandonó, se vio despreciado por todos los mexicanos, y pocos años más tarde fue mordido por un perro rabioso, muriendo de hidrofobia. Maximiliano pidió una entrevista a Juárez, pero por mediación de Escobedo se le contestó que ante los jueces podría decir todo lo que considerase necesario. Cuando empezó el juicio, el 12 de junio, en un teatro, se hizo un nuevo cargo contra Maximiliano: el de que su decreto del 3 de octubre de 1865 había causado la muerte de muchos mexicanos, como la había causado también su decisión de prolongar la guerra después de la retirada de las tropas francesas. Maximiliano, al que proporcionaron buenos defensores, rehusó asistir al juicio. Tres de los oficiales que formaban el tribunal votaron por el destierro a perpetuidad, y cuatro por la pena capital. Miramón y Mejía fueron también condenados a muerte.

Desde el momento de la rendición de Maximiliano, sus amigos empezaron a forjar diversos planes para ayudarle a escapar; pero él siempre dudaba, pues le repugnaba la idea de

dejar solos a Miramón y Mejía, a la vez que consideraba que la huida era contraria a su honor y dignidad. No obstante, permitió que los príncipes de Salm-Salm sobornaran a algunos guardianes. Una noche la princesa, americana y examazona circense, pidió a uno de los jefes de estos guardianes, un coronel llamado Palacio, que le escoltara hasta su casa. Una vez allí, le hizo pasar a su habitación y le ofreció la suma de 100.000 pesos. Al ver que Palacio dudaba, ella empezó a desnudarse, ofreciéndole por así decirlo, un sabroso anticipo. El honrado coronel declaró, consternado, que su honor estaba doblemente en juego, y que «si ella no abría la puerta inmediatamente, se precipitaría por la ventana a la calle». Mientras, los ministros de Austria, Italia y Bélgica, llamados por Maximiliano, acudieron desde Ciudad de México para firmar los documentos de garantía del pago de los sobornos —aunque tal vez todo fue un truco de los republicanos para comprobar su complicidad en el asunto—, y entonces el coronel Palacio enteró al general Escobedo de las proposiciones de la princesa. Lo mismo los ministros de los países citados que la princesa de Salm-Salm recibieron la orden de salir en seguida de Querétaro. El emperador mantuvo una postura digna hasta el fin, pero lo que infunde tristeza en su historia no son precisamente estos rasgos y escenas propias de una farsa teatral.

Los rebatos y salidas no se limitaban a Querétaro. Ya el 5 de marzo el príncipe de Metternich, embajador de Austria en París, había recibido órdenes de hablar al emperador Napoleón acerca de la seguridad de Maximiliano. Napoleón contestó que puesto que Maximiliano no había querido regresar con las tropas francesas, ya nada podía hacerse. En abril el ministro de Austria en Washington, barón Wydenbruck, temió por la seguridad de Maximiliano, y, a solicitud de aquél, Seward ordenó a L. D. Campbell —todavía en Nueva Orleáns— que pidiera a Juárez que Maximiliano fuera tratado como prisionero de guerra, caso de que fuera capturado. Cuando el mensajero de Campbell llegó junto a Lerdo en San Luis Potosí, la solicitud, mezclada con una referencia insolente al fusilamiento por Escobedo de los prisioneros imperialistas en San Jacinto

(quizás esto fue la causa que provocó el que Juárez dijera aquello de «no dejarse influir por amago alguno extranjero, prescindiendo de los términos con que se quiera disfrazar»), fue cortésmente denegada. El 1.º de junio, Seward telegrafió a Campbell para decirle que fuera en seguida a México a ver a Juárez para pedirle clemencia. Campbell demoró su partida, hasta que Seward le envió otro telegrama en el que le instaba a presentar la dimisión y luego «pidió a Romero que notificara urgentemente a su gobierno que los Estados Unidos, dado que no pretendían obtener ventajas ilícitas y puesto que creían que no se produciría ninguna nueva intervención europea, recomendaban firmemente clemencia hacia Maximiliano, quien se había convertido en caudillo de partisanos mexicanos». Esto último, casualmente, fue uno de los argumentos esgrimidos por la defensa durante el juicio. Esta recomendación llegó demasiado tarde, si bien es dudoso que hubiese alterado la decisión final de Juárez.

En San Luis Potosí los que querían pedir clemencia para el emperador, y los que consiguieron solicitarla del mismo Juárez, eran numerosos. Escuchar las palabras de algunos recurrentes debió de ser irritante, aunque las de otros debieron de ser conmovedoras. El barón Magnus, hablando no sólo por cuenta de su señor, el rey de Prusia, sino también, según sus palabras, por cuenta de las demás casas reales de Europa e incluso por boca de los Estados Unidos, no consiguió nada. Los telegramas apasionados de Giuseppe Garibaldi y Víctor Hugo, liberales ambos y amigos de la República de México, debieron de conmover e interesar a Juárez en mucho mayor grado que no lo hicieron los demás. A las peticiones de Manuel Lozada de Nayarit y Plácido Vega, dirigidas a los generales Escobedo y Corona, quienes las pasaron a Juárez, éste contestó que había considerado profundamente y a conciencia todos sus argumentos, teniendo como puntos de mira la más estricta justicia y la conveniencia de la nación.

La princesa de Salm-Salm, según sus propias palabras, pidió clemencia de rodillas ante Juárez, quien dijo: «Me duele infinito, señora, verla de rodillas ante mí; pero, aunque viese

en su lugar a todos los reyes y reinas de Europa, no podría otorgaros su vida. No soy yo quien se la quita, son mi pueblo y la ley, y si yo no cumpliera su voluntad, el pueblo arrancaría su vida y la mía por añadidura». Esta escena ha sido inmortalizada en una pintura que se guarda en San Luis Potosí; pero no existe una seguridad razonable de que tuviera lugar con las palabras que acabamos de transcribir.

Juárez retrasó la ejecución desde el 16 al 19 de junio, lo cual parece significar que su decisión no era irrevocable; pero después se supo que este aplazamiento no fue inspirado en absoluto por un sentimiento de clemencia. El 18 de junio Maximiliano telegrafió a Juárez para pedirle perdonara la vida a Miramón y Mejía, en la esperanza de ser sólo él quien muriera. Tiempo atrás, Escobedo cayó en poder de Mejía, quien le perdonó la vida. Por ello se ofreció para intentar salvarle la suya; pero Mejía dijo que no aceptaría el perdón a menos que fuera revocada también la pena de muerte al emperador y a Miramón.

La ejecución de los tres condenados tuvo lugar en la soleada mañana del 19 de junio de 1867, en el cerro de la Campana, donde Maximiliano se había rendido. Fueron colocados de espaldas a una pared que era, por así decirlo, uno de los cuatro lados de un cuadrado; los otros tres los formaban 4.000 hombres armados. Maximiliano concedió a Miramón el honor de figurar en el centro, perdonó a los miembros del pelotón de ejecución y les dio monedas de oro para que se las repartieran entre ellos, y finalmente dijo que tenía la esperanza de que el derramamiento de su sangre sería para el bien de México. Al caer sobre el polvo, murmuró: «¡Hombre!». Como sea que pudo apreciarse un ligero temblor de su cuerpo, lo que indicaba que aún le quedaba vida, le fue disparado un tiro de gracia que le atravesó el corazón.

La noticia llegó a París el 30 de junio, en el momento en que Napoleón y Eugenia, el príncipe imperial, el sultán de Turquía y el príncipe de Gales asistían a la ceremonia de concesión de unos premios en la Exposición Universal. «Apenas la orquesta compuesta de mil doscientos profesores había ter-

minado de interpretar un himno de Rossini», escribió Guérard, «cuando un ayudante entregó un telegrama a Napoleón. El soberano permaneció impasible, y pronunció unas palabras de paz, progreso y buena voluntad. No obstante, el embajador de Austria y los miembros de su séquito se retiraron discretamente». Napoleón y Eugenia parece ser que sintieron de veras el mal fin de la víctima de sus sueños y mala fe; pero seguramente sintieron más profundamente el peligro que el desenlace de la bastarda empresa representaba para ellos, para su dinastía y para Francia. Por razones políticas, el emperador Francisco José se reconcilió con Napoleón, y en noviembre envió a un almirante a bordo del *Novara* a buscar el cuerpo de Maximiliano. Fue enterrado en Viena. Posteriormente, los Habsburgo hicieron construir una pequeña y fea capilla en el cerro de la Campana, que en modo alguno puede considerarse como una extravagante expresión de devoción familiar. Cerca de la capilla se construyó mucho después algo que habría interesado a Juárez bastante más: un cercado en cuyos terrenos los mexicanos pueden divertirse sin homicidios y a cultivar las tierras según los procedimientos más modernos. Largo tiempo después de la muerte de Maximiliano, en Bélgica, la pobre Carlota hablaba de él como «Señor de la Tierra y Soberano del Universo».

Durante el asedio de Querétaro y el crítico período que siguió, las cartas escritas por Juárez son breves e impersonales, y en ellas registra los grandes acontecimientos que se sucedieron como si no fuera más que un simple observador. En su discurso al Congreso en la sesión de apertura que se celebró el 8 de diciembre de 1867, Juárez dijo: «Fue necesaria la ejecución de Querétaro, por los más graves motivos de justicia unidos a la exigencia imperiosa de afianzar la paz en el porvenir, para poner un término a las convulsiones intestinas y a todas las calamidades con que la guerra ha afligido a nuestra sociedad. El ejemplo necesario de la aplicación de la ley a los que ocuparon el primer grado entre los más culpables, ha permitido usar de grande clemencia con todos los demás». A causa de la ejecución de los tres hombres, y especialmente por

la de Maximiliano, Juárez ha sido condenado desde entonces por muchísimas personas de toda condición. En nuestra opinión, las ejecuciones de Querétaro fueron justas y necesarias por las razones claramente especificadas por Juárez. Creemos también que Maximiliano fue «un desdichado, un temerario y un intruso» que tuvo el honor de ser fusilado al lado de dos valientes mexicanos que murieron por considerar que su Iglesia y los viejos sistemas importaban más que el gobierno escogido por el pueblo de la nación mexicana.

Después de derrotar a Márquez, Díaz le hizo retroceder hasta dentro de Ciudad de México, junto con la guarnición imperial, Vidaurri y otros oficiales del imperio. La defensa se mantuvo por la única razón de que los informes llegados de Querétaro eran optimistas y falsos. Algunas personas pudieron huir de la ciudad, dirigiéndose a los cuarteles de Díaz en Tacubaya, pero los que no tuvieron la suerte de poder escapar pasaron grandes penalidades. Incluso después de la rendición en Querétaro, Márquez no podía creerlo; pero entonces los ejércitos republicanos se trasladaron a Ciudad de México, estrechando así el cerco a la capital. Márquez realizó una salida; mas fue obligado a retroceder por una fuerza acaudillada por Díaz en persona, según su costumbre. Los soldados austríacos y algunos franceses que habían permanecido en el ejército imperial pidieron y obtuvieron de Díaz condiciones aparte. Fueron conducidos al palacio nacional y de allí a un convento hasta el fin de las hostilidades, siendo luego autorizados a marcharse a Europa, vía Veracruz. El 19 de junio Márquez, Vidaurri y otros, a raíz de haberse enterado de las ejecuciones del cerro de la Campana, se ocultaron. Díaz fue objeto de diversos intentos de soborno, así como de ofertas tendentes a llegar a un compromiso; pero los rechazó todos. El 21 de junio se rindió sin condiciones el general Ramón Tavera. Díaz pidió la rendición de los principales imperialistas, sin embargo no le hicieron mucho caso hasta que capturó y ejecutó a Vidaurri, después de lo cual los imperialistas fueron congregados en tres cárceles distintas. Unos cuantos fueron fusilados, pero la mayoría sólo desterrados, condenados a pagar fuertes multas o

puestos en libertad. Después de estar oculto durante seis meses, Márquez se disfrazó de indio vendedor de carbón, y con su burrito logró llegar hasta Veracruz primero y hasta La Habana después. En la capital de Cuba pasó el resto de sus tristes días dedicado a la usura y a glorificarse a sí mismo.

A primeros de julio Juárez abandonó San Luis Potosí para dirigirse a Ciudad de México. El día 13, desde Chapultepec, escribió a Santacilia:

Aunque me había propuesto llegar a México el día 9 del corriente, no me fue posible por que con las lluvias el camino se ha puesto intransitable y fue necesario hacer jornadas cortas y detenerse en algunos lugares para dar lugar a que se compusieran los carruajes de la comitiva que casi todos los días se rompía uno o dos. El carruaje de Iglesias quedó en Tepeji hecho pedazos. Por fin llegamos aquí ayer tarde sin novedad. No pasé directamente a México porque el Ayuntamiento y los amigos se han empeñado en que la entrada sea el lunes, porque no es posible que antes concluyan los preparativos para la recepción, que quieren que sea lo mejor posible.

Excuso en decirle que mi camino ha sido una constante ovación que los pueblos han tributado al gobierno hasta mi llegada a este punto. Lo del lunes será una cosa extraordinaria, según los preparativos que se hacen.

Supongo que estará U. ya en marcha por Veracruz, para donde mando a U. ésta para que se la entreguen a su llegada. Avíseme U. por el telégrafo luego que llegue. (Veracruz había caído en poder de los republicanos el día 27 de junio).

Díaz salió de la ciudad en dirección Norte, hasta más allá de Tlalnepantla, al efecto de recibir al presidente y a sus acompañantes. Se encontraron después del desayuno. Inmediatamente Juárez le dijo que la escolta presidencial, compuesta de un regimiento, dos batallones y media batería, hacía varios días que no había percibido su paga, y pidió a Díaz si tenía los fondos suficientes para cubrir esta urgente necesidad. Díaz contestó afirmativamente, añadiendo que aún sobrarían fondos para hacerles efectivo el sueldo de la quincena siguiente. Animado por las palabras de Díaz, Juárez reveló que los ministros tampoco habían cobrado. Díaz pudo avanzar 10.000 pesos pro-

cedentes de los fondos de su ejército. La caja del ejército de Díaz era más fuerte que la del gobierno, debido a que el general cuidaba de cobrar los impuestos y contribuciones correspondientes a los Estados que caían temporalmente bajo su control. Asimismo, había confiscado los bienes de los imperialistas de dichos Estados, y había obtenido préstamos de varios hombres de negocios extranjeros, incluyendo 200.000 pesos de ciudadanos americanos, con la ayuda de Marcus Otterbourg, cónsul general americano en Ciudad de México. Había capturado también gran cantidad de suministros abandonados por Bazaine. Después de pagar todas sus deudas, de prestar dinero al gobierno, de pagar a sus soldados y de hacerse cargo de los gastos de la recepción al gobierno y de su alojamiento en Ciudad de México, aún pudo entregar al gobierno la suma de 87.232'91 pesos. Esto fue, naturalmente, un gran motivo de orgullo para Díaz. El gobierno le debía entonces 21.000 pesos de sueldos atrasados, presumiendo que había recibido un tercio de su paga, cuando la realidad es que Díaz estaba íntimamente convencido de haber recibido sólo un cuarto. Quería dedicarse a los negocios, pero Juárez le rogó que se quedara en el ejército. Empleó 18.000 pesos en financiar un periódico para Justo Benítez, y luego perdió la mitad de los que le quedaban en un robo efectuado en el domicilio de un tal José de Teresa. Es necesario mencionar estos hechos porque ya entonces parece que empezaba a existir una cierta frialdad entre Juárez y Díaz, motivada por creer Díaz, aunque no hace mención explícita de ello en sus Memorias, que había hecho más por el gobierno y por Juárez que éstos por él.

Había otros motivos de enojo por ambos lados. Díaz dice que desde el día de la caída de Ciudad de México trató de abandonar el ejército; pero que Juárez, no sólo no designó a otro general para substituirle, sino que ni tan siquiera se molestó en darle una respuesta. Díaz admite que no obedeció la orden de Juárez de encarcelar al general Dano, ministro del imperio francés, y de confiscar los archivos de la legación francesa; pero añade que cuando vio a Lerdo en la mañana de la llegada del gobierno, aquél opinó que había obrado bien al desobedecer

esta orden, «la cual habría puesto al gobierno en un compromiso». También, cuando Juárez ordenó a Díaz que no nombrara a nadie para el cargo de gobernador del Distrito Federal, porque Díaz tenía intención de nombrar para este puesto a Juan José Baz, el memorable excéntrico comprometido en el golpe de Estado de Comonfort, Díaz obedeció la orden pero nombró a Baz jefe político de la capital y localidades próximas.

De nuevo nos vemos obligados a hablar de las sutiles relaciones (véase el capítulo 14) entre Juárez, como hombre y como jefe, y sus colegas civiles y militares. Las relaciones entre Juárez y Díaz fueron especialmente dramáticas e importantes. La niñez de ambos, en Oaxaca, fue mísera. Juárez, veinticuatro años mayor que Díaz, fue, por breve tiempo, profesor de éste, y en su forma paternal de actuar y de ver las cosas, olvidó, como muchos lo han hecho y lo harán, que los chicos crecen y pueden igualar o superar a sus maestros. Díaz, como jefe civil y militar, había realizado innumerables hazañas personales, había llevado casi sobre sus solas espaldas la guerra en el Sur, y se había erigido, más aún que Escobedo, como el más grande e invicto general mexicano. Además, había sido siempre obediente a la voluntad de Juárez, cuando supo cuáles eran los deseos e intenciones del presidente, y al revés de Doblado, Ortega y muchos otros republicanos destacados, nunca había aspirado abiertamente a la presidencia ni había entrado en ninguna conspiración con ella relacionada. Sin embargo, al final de la guerra un oaxaqueño, Ignacio Mejía, hombre que en opinión de Díaz no pasaba de ser un soldado mediocre y que en cierta ocasión le traicionó en una pequeña pero peligrosa acción militar desarrollada dentro de la ciudad de Oaxaca, era ahora, como ministro de la Guerra, su superior, y un personaje cuya influencia ante Juárez era mayor que la suya propia. El Díaz de aquel entonces no puede ser considerado como hombre anormalmente ambicioso, ni parece que adoleciera en grado superlativo de defectos tales como la envidia, la vanidad, etcétera, aunque tal vez poseyera, en potencia al menos, dichas características, las cuales, por el contrario, se hallaban totalmente ausentes de la idiosincrasia de Juárez, anormal e inhu-

manamente ausentes. Era imposible que estos dos hombres, colocados en dos planos distintos de poder, y con caracteres tan opuestos en lo personal, pudieran evitar el sentirse recelosos el uno del otro, y a pesar de ambos se debían mutuamente buena parte de su prestigio, no pudieron tampoco evitar el criticarse el uno al otro.

Díaz debió de considerar a Juárez como a un viejo político legalista, paternal pero autoritario, frío, andrajoso, y sobre todo, intolerablemente duradero. Quizás le consideraba también un héroe. Para Juárez, el joven Díaz debió de ser un soldado valiente y capacitado, pero indigno de depositar en él toda la confianza, efusivo pero de corazón duro, un hombre cuya verdadera vocación era la de matar, un personaje sin cultura que carecía de amor a la democracia porque no comprendía lo que esta palabra significaba. Es muy posible que como contrapartida le considerara también, como Díaz le consideraba a él, un héroe. En Tlalnepantla, Díaz hizo la siguiente observación: «El señor Juárez me hizo varias observaciones obvias acerca de lo difícil que para mí sería dedicarme a alguna otra carrera». Se cuenta que poco después Juárez dijo de Díaz: «Es un hombre que mata mientras llora». Creemos a Juárez incapaz de haber pronunciado tales palabras.

No obstante, por el momento —el glorioso e increíble momento— Juárez era para Díaz el gran presidente de la República, del mismo modo que Díaz era para Juárez el leal y victorioso general. «El presidente permaneció en Chapultepec», recordó Díaz, «mientras se preparaba su adecuada recepción y alojamiento en la capital. Esto me dio tiempo a ordenar que se confeccionara una bandera de gran tamaño que debería izarse en el Palacio Nacional el día de la solemne entrada del presidente; debido a que en una de sus cartas durante la guerra, cuando parecía muy difícil la reconquista de la capital, me dijo que volveríamos para izar la bandera mexicana en el Palacio Nacional, y recordando su expresión entusiasmada, prohibí a todos que izaran la bandera en aquel edificio hasta que el señor Juárez lo hiciera personalmente; y eso es lo que hizo el día 15 de julio de 1867, el día de su entrada».

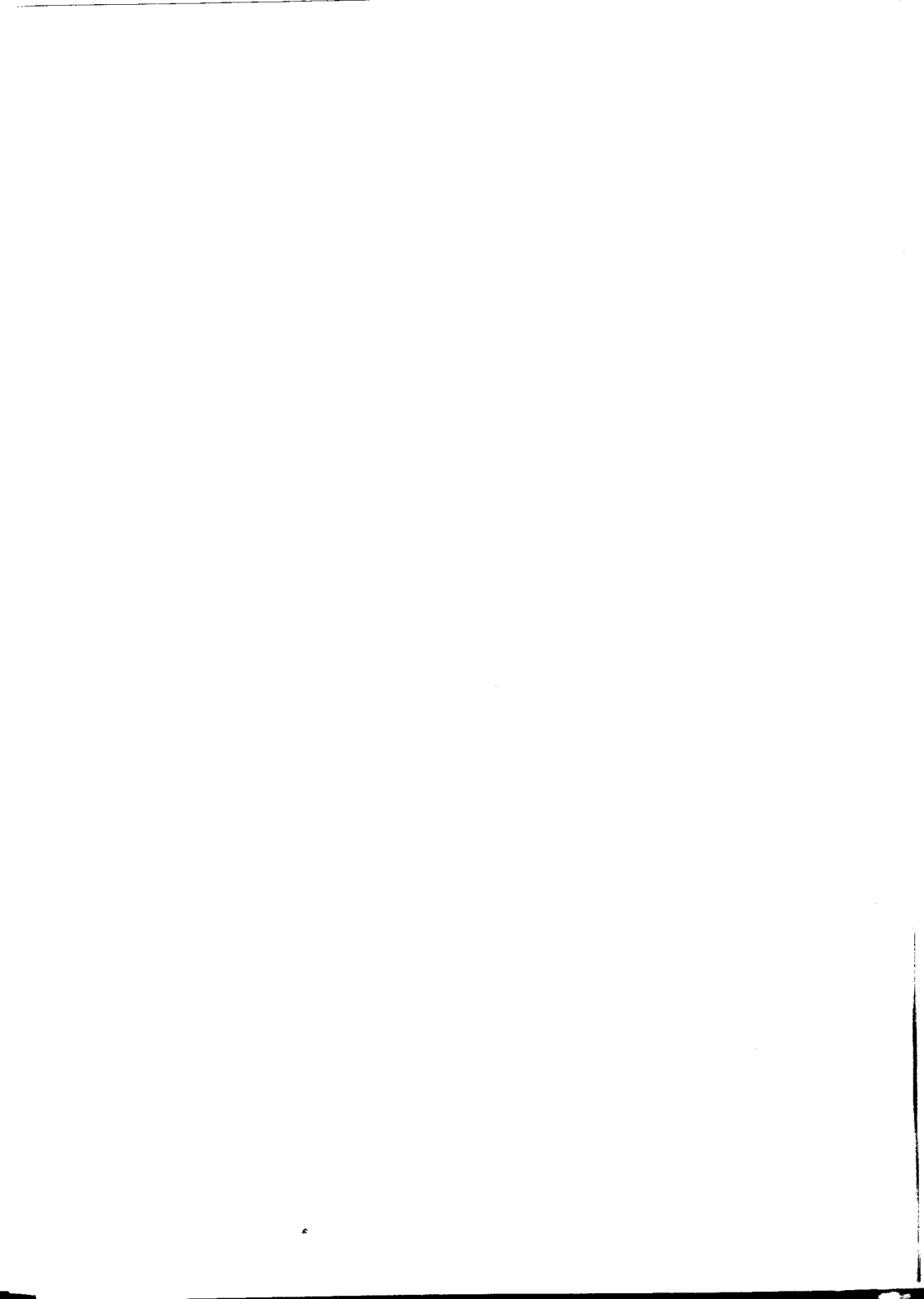
Las calles de la vieja ciudad, entonces mucho más pequeñas que ahora, estaban atestadas de mexicanos, algunos de los cuales, al menos, sabían no sólo el coste de lo que se había logrado, sino también quién lo había conseguido. Juárez desconfiaba de sus vítores y aplausos; pero gozaba de ellos. Mientras tronaba el cañón, repicaban las campanas, los cohetes surcaban el aire claro, las bandas de música tocaban, y el confeti caía sobre el estoico indio de las montañas de Oaxaca, la procesión avanzaba hacia la vasta plaza donde se hallaba situado el Palacio Nacional. El presidente izó de nuevo la bandera, quedando así borrado aquel triste 31 de mayo de 1863, el aciago día en que el gobierno de Juárez tuvo que salir de Ciudad de México. Setenta años más tarde, una anciana dama recordaba la fecha del regreso: «Había sido una de las tres chiquillas escogidas para ofrecer una corona de flores al presidente Juárez cuando éste se dirigía a Ciudad de México... y siendo la más alta, se le dijo que se la colocara sobre su cabeza. Pero debido al nerviosismo de ella, o a la fealdad del presidente, a la chiquilla se le escapó la corona, de modo que la sarta de flores quedó colgando de la cara de Juárez, haciéndole parecer más feo que nunca, y extremadamente cómico». El mismo Juárez, con humor irónico, disfrutó quizás del incidente, aliviándole de la sobrecargada recepción, alejando de su memoria la tristeza provocada por el recuerdo de los que murieron en la lucha, y de sus familiares, para quienes tan cara resultó la victoria. Ocho días después escribió a una viuda de guerra: «Es para mí un placer doloroso y triste recibir las felicitaciones que me hacen la honra de dirigirme personas a quienes el triunfo de la República les cuesta la vida, tal vez, del más querido de sus deudos. Cada mexicano muerto por su patria es para mí un hermano... Esté U. segura de que siempre tendré presente la memoria de su buen esposo y demás deudos, muertos por la independencia y libertad de mi patria».

El mismo día del triunfo, Juárez publicó un manifiesto a la nación, en el que rindió tributo a «los buenos hijos de México» que, solos, salvaron a la República y a sus libertades, prometiendo moderar en lo posible el rigor de la justicia, así como

salvaguardar la Constitución y las leyes. «Que el pueblo y el gobierno», dijo, «respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz».

Gracias a Seward y a Hugh McCulloch (secretario del Tesoro), quienes actuaron a través de W. P. Kellogg, recaudador del puerto de Nueva Orleáns, y del capitán Freeman del guardacostas americano *Wilderness*, este navío, con destino a México, permaneció anclado en Nueva Orleáns desde el 6 de julio, fecha prevista para hacerse a la mar, hasta que «la señora Juárez y su grupo, catorce personas en total», subieron a bordo en la mañana del 10 de julio. El *Wilderness* levó anclas en seguida, y después de una travesía parcialmente desapacible, llegó al puerto de Veracruz durante la noche del 14 de julio. Doña Margarita y sus acompañantes bajaron a tierra a la mañana siguiente. El grupo estaba formado por cinco hijas solteras, el único hijo varón vivo, Benito, Simón Pedro Santacilia y su esposa Manuela, tres caballeros y dos criados. El pequeño Benito había escrito a su padre que quería permanecer en los Estados Unidos, pero don Benito creyó oportuno que regresara a México con su madre. Jorge L. Tamayo dice que doña Margarita llevó consigo en el viaje los cuerpos de sus dos hijos, José y Antonio, para que recibieran sepultura en México, pero en el cuaderno de bitácora del buque no se hace mención de ello, como tampoco se habla en ningún documento ni carta. Cuando la familia llegó a Ciudad de México el 25 de julio, Juárez les instaló, durante agosto y septiembre, no en el inmenso y feo Palacio Nacional, donde Juárez tenía habitaciones, sino en el Hotel Iturbide. No existe información exacta acerca de cuál podía ser el estado de ánimo de doña Margarita después de regresar a la patria, pero por lo que se sabe, o mejor aún, por lo que no se sabe, puede deducirse que recobró su salud mental sino la física, y que fue, como antes, un fuerte apoyo para su marido, a la vez que su mejor y bienintencionado crítico.

Para Juárez, como para México, a pesar de todos los recuerdos tristes, la vida volvía a empezar.



VI
UNA TRAGEDIA DEMOCRATICA

MEXICO A SOLAS

Después de cincuenta y siete años de caos infernal y de dos guerras muy serias, es decir, la de la Reforma —diez años— y la de la Intervención, México tenía buenas razones para sentirse contento. Gracias principalmente a Juárez, continuador de la obra de sus predecesores liberales y triunfador donde aquéllos habían fallado, y merced a que supo despertar de su letargo al pueblo mexicano, México era ahora por primera vez una nación independiente y democrática. No estaba ocupada ni amenazada por potencias extranjeras. La Iglesia, el ejército y las clases privilegiadas ya no formaban parte del Estado, sino que se encontraban subordinados al poder secular, civil y constitucional. México era gobernado —no por el pueblo, pero sí para el pueblo— por un grupo de políticos que, cada uno a su modo, luchaban para crear, bajo el imperio de la ley, una sociedad justa, libre y en orden. Durante casi otros diez años lucharon para, al fin, fracasar. Luego se instauró una dictadura.

Debido a que tanto este pueblo como su causa eran grandes, y a causa de que su fatal debilidad, su feroz individualismo, estaba íntimamente relacionado con su fuerza, es decir, su pasión por la libertad, el advenimiento de la dictadura fue una verdadera tragedia, y no de las menores en las luchas que registra la historia de la democracia. Juárez murió en el transcurso de esta década de transición entre la victoria y la derrota; pero fue su gran figura, como lo fue del decenio ante-

rior. En su carácter se reflejaban las mejores virtudes del pueblo mexicano, y su grande y trágico error no fue de naturaleza muy diferente al que cometieron aquellos mexicanos que en la época de Díaz sacrificaron la libertad en aras de un mayor progreso material. Juárez se había gastado, como se había gastado México. Especialmente en nuestros días, una tragedia de este tipo suele traer consecuencias.

De ello se desprende que incluso gozando de la independencia nacional, y con una Constitución muy respetada por todos, una democracia no puede sobrevivir si los ciudadanos no pueden aumentar su nivel de vida, si no tienen un grado de cultura y educación más o menos elevado, y si no gozan de parecidas oportunidades. Por otra parte, para que pueda lograrse todo ello es necesario contar con una economía más o menos desarrollada, liberalizada hasta cierto punto, y dirigida y regulada en interés del pueblo; pero como sea que una economía de estas características es peculiar de países en los cuales sus habitantes poseen los rasgos señalados y ventajas señaladas al principio de este párrafo, resulta que nos movemos dentro de un círculo vicioso. Por esta razón, México, recién salido de una larga guerra precedida por un período de opresivo colonialismo, no podía conseguir una economía progresiva, unos ciudadanos del tipo de los descritos, ni una democracia fuerte, sin ayuda del exterior.

Después de sólo cincuenta y siete años de lucha, comparados con los varios siglos de otras democracias, y después de «la gran década» de la guerra civil y de la defensiva, México se hallaba exhausto, su economía era todavía rudimentaria, sus habitantes eran aún analfabetos en su mayoría y carecían casi de toda oportunidad, y su gobierno era democrático sólo en lo que se refería a su secularidad y a la letra de su Constitución. Los Estados Unidos, en contraste, contaron con la experiencia liberal de los ingleses y con el pensamiento, liberal también, de los franceses. Se asentaron en un rico continente con sólo unos pocos habitantes salvajes, y durante varias décadas fueron protegidos por la escuadra británica. Nuestra gran desgracia fue la esclavitud de los negros. Al mirar hacia

atrás y examinar los acontecimientos y la forma cómo sucedieron, creemos sinceramente que nuestro trágico desliz fue debido a dos causas principales: nuestra buena suerte y nuestro sentido colectivo de la propia conveniencia.

Al volver la vista a la «restaurada República» mexicana entre 1867 y 1876, no nos es difícil imaginar que la dictadura —en este caso, afortunadamente, mexicana— pudo haber sido evitada con una ayuda exterior bien canalizada: préstamos internacionales, inversiones extranjeras reguladas por la ley mexicana, comercio con las demás naciones, convenios de asistencia técnica y educacional, intercambios personales, una Alianza para el Progreso, etc. Es obvio, no obstante, que los capitalistas ingleses y americanos estaban ocupados plenamente con sus asuntos en sus países respectivos y en otros que ofrecían mayores garantías, para arriesgar su dinero y su vida en aquel inestable México; que, excepto en las colonias, el comercio exterior y la actividad económica estaba relativamente subdesarrollado, con tarifas altas y siempre en aumento; y que el fortalecimiento y unión de todas las democracias no se había conseguido todavía, por faltar quizás la amenaza del fascismo y del comunismo. En 1867 la república mexicana debía seguir sola su camino y tenía muy buenas razones para querer hacerlo así. No obstante, esta forma de proceder tuvo un precio: la dictadura (1876-1910) y la subsiguiente revolución (1910-1920). El aislacionismo mexicano ya no tenía ninguna razón de ser, y su continuación podía significar la pérdida de la libertad conseguida y un gran derramamiento de sangre. Es necesario decir esto para comprender lo que sucedió a México y a Juárez una vez terminada la guerra contra el Imperio.

«Si por aquel entonces», dice Cosío Villegas, «hubieran existido perspectivas económicas satisfactorias, un comercio interior y exterior floreciente, por ejemplo, los más ambiciosos y competentes de entre los desheredados habrían tratado de adquirir riquezas en la actividad privada antes que en la pública; pero tal como estaban las cosas, la forma más fácil, por no decir la única, de enriquecerse estaba en la política, pues el po-

der político era un trampolín para adquirir las propiedades de los demás». Tales personas, entre ellas una serie de generales y gobernadores cesantes e inquietos, además de otros más desinteresados pero igualmente violentos, tales como algunos abogados y periodistas ególatras, pronto llevaron la marmita de la política mexicana hasta su punto de ebullición. Juárez y sus colegas, políticos también, aunque pobres y contentos de su situación la mayoría de ellos, tenían que dedicar casi todas sus energías a la simple tarea de hacer funcionar al gobierno en su aspecto político, y mantener su solvencia, así como sofocar las rebeliones que se producían. También deseaban, naturalmente, mantenerse en sus cargos, es decir, querían continuar trabajando por una causa a la que tantas cosas habían sacrificado. Sin embargo, Juárez continuó su esfuerzo de toda la vida para promover y financiar la construcción de carreteras, y el gobierno realizó grandes sacrificios en otros campos para completar la vía férrea entre Ciudad de México y Veracruz.

Pero Juárez no había sido nunca ni hombre de negocios ni economista, sino profesor y director de un instituto. Sabía lo que su educación, una costosa educación, había hecho para él, y sabía mejor que nadie que los problemas sociales, económicos y políticos de México sólo podían solucionarse definitivamente con la educación del pueblo. Sabía perfectamente también que un pueblo hambriento no podía interesarse por las cosas del espíritu y del intelecto, ni en lo que a ellos se refiere ni en lo concerniente a sus propios hijos; pero Juárez no había sido nunca una de aquellas personas que no hacen nada en las situaciones en las que aparentemente nada puede hacerse. Durante el otoño de 1867, junto con su ministro de Justicia e Instrucción Pública, Antonio Martínez de Castro, nombró un comité, con Gabino Barreda como presidente, para reorganizar la educación pública. Barreda se había licenciado en medicina en Francia y, como muchos de sus colaboradores en el citado comité, se había hecho adepto de la filosofía positivista de Augusto Comte. Ello dio como resultado que la comisión educacional concentrara todos sus esfuerzos en se-

parar la enseñanza de la religión, basando la educación de la juventud en la ciencia y el humanitarismo. Hoy, incluso los simpatizantes con este enfoque del problema de la instrucción se verían obligados a admitir que el sistema era científicamente superficial y completamente extraño a la mentalidad mexicana. Lo que es más importante todavía, su tono autoritario y casi hegeliano fue parcialmente responsable de los llamados aspectos «científicos» y antidemocráticos de la inminente dictadura. Las obras de Compté no figuraban entre los libros adquiridos por Juárez en los últimos años, y es una lástima que estuviera tan ocupado en dominar los desórdenes y rebeliones. Además, quizás no poseía la suficiente talla intelectual como para desviar la atención de aquellos serios pedagogos hacia la doctrina de Pierre Joseph Proudhon, la cual, si bien era más trivial quizás que la de Compté, era también más liberal, espiritual y verdaderamente humana, y con la que don Benito se había familiarizado gracias a Melchor Ocampo. De todos modos, sería absurdo negar que, a pesar de todos los defectos de la filosofía adoptada y de los malos resultados obtenidos, se trataba de un noble esfuerzo para dar más luz y realismo a la mente de los mexicanos, y que Barreda y su equipo y Juárez, así como aquellos maestros religiosos de tiempos pretéritos, tales como Bartolomé de Las Casas y Vasco de Quiroga, fueron los progenitores de los valientes y mal pagados maestros del México de nuestros días. Desgraciadamente, el aislamiento y los desórdenes no permitieron al gobierno desarrollar y gravar una economía que habría permitido un más vigoroso programa educacional. No obstante, empezó a florecer una literatura nacional mexicana.

Un problema más inmediato y acuciante lo constituía la conducta a seguir respecto a los traidores, colaboracionistas e imperialistas, pues su grado de culpa y el peligro que representaban para la República no podían en modo alguno medirse con la misma vara. Además, existían los que se habían rebelado abiertamente contra la República después de julio de 1867. Al principio, Juárez y su gabinete intentaron seguir la vieja política de castigar severamente a los cabecillas, im-

poniendo penas menores, o concediendo la amnistía, a los seguidores, pero este sistema fue severamente criticado por el periodista Zarco y otros por falta de uniformidad y justicia, y como las rebeliones continuaban y el gobierno sintió la necesidad de emplear mano dura, fue acusado de confundir la oposición con la rebeldía.

Más importante aún era la cuestión de la reorganización del ejército, cosa que bajo la dirección de Ignacio Mejía como ministro de la Guerra, se realizó satisfactoriamente en conjunto. Durante los cuatro años precedentes, según una obra cuyo autor fue felicitado por Juárez, murieron unos 40.000 mexicanos de ambos lados y unos 10.000 resultaron heridos. Al obtener la victoria, el ejército republicano estaba compuesto de más de 60.000 hombres. En modo alguno era necesario un ejército tan numeroso y tan difícil de mantener, por lo que, por los decretos de 20 y 23 de julio, fue reducido a cuatro divisiones compuestas de 4.000 hombres cada una. Estas divisiones eran las del Centro, Este, Norte y Oeste, mandadas respectivamente por los generales Régules, Díaz, Escobedo y Corona, con una quinta división estacionada en Acapulco y puesta bajo el mando del general Juan Álvarez. Aunque había manifestado su intención de dedicarse a los negocios, Díaz permaneció en el ejército, primero por patriotismo y lealtad a Juárez y después por su propia conveniencia. El ejército fue reducido paulatinamente hasta la cifra de 18.853 hombres en diciembre de 1867. Incluso entonces, el presupuesto militar representaba más de la mitad del presupuesto nacional, siendo causa de un permanente y siempre creciente déficit. El ministro de Hacienda, Iglesias, opinaba que debía reducirse aún más el número de las fuerzas armadas. Los veteranos fueron compensados mediante las propiedades confiscadas a los imperialistas, y muchos fueron asentados en colonias. En el nuevo ejército, nuevos oficiales, tales como los generales Sóstenes Rocha e Ignacio R. Alatorre, y un nuevo espíritu profesional reemplazaron el viejo sistema de la improvisación e independencia con respecto al gobierno civil. De no haber sido así, la nueva República habría durado menos de lo que duró.

En cualquier caso, existían más de 40.000 veteranos en México, y de ellos, muchos jamás habían vivido ni trabajado como civiles, muchos no deseaban regresar a la vida penosa y sin alicientes que les esperaba como paisanos, y otros temían hallar a su familia desperdigada, sus hogares y pueblos arruinados, sus anteriores empleos ocupados por otros. Cuando los oficiales buscaron colocarse en puestos gubernamentales, muchos notaron que existía una especie de discriminación en favor de los no militares. Como resultado de todo ello, muchos veteranos se convirtieron en bandidos, entre ellos el ex general Miguel Negrete, y otros se decidieron a apoyar a los generales y políticos descontentos en su larga serie de revoluciones menores contra el gobierno. Además, la victoria no había eliminado la teoría mexicana del federalismo o alterado los puntos de vista, hábitos y arrogancia de los gobernadores y políticos que todavía mandaban en extensas áreas del país como nuevos señores feudales; estos «señores» eran hombres incultos e irrazonables que habían encontrado más cómodo y natural luchar por la República que ayudar a consolidarla y reconstruirla, pues entonces peligrarían sus propios intereses y privilegios. Los políticos y periodistas de Ciudad de México eran más cultos y mejor educados, pero quizás demasiado apegados a la letra de las leyes, es decir, pecaban de teóricos. Como consecuencia, en 1861, pensaron que la Constitución en combinación con una mayor libertad, puramente política, lo solucionaría todo. Ciudad de México se convirtió en una vasta colmena de hombres irritados, vociferantes y atormentados que, consciente o inconscientemente, apoyaban la revolución en todo el país y hacían difícil para el gobierno el controlar y manejar la situación. Durante diez años la República había sido sólo una esperanza, una bandera, una inadecuada pero sagrada Constitución, y Juárez; y ahora, cuando Juárez quería ante todo crear una nación pacífica y progresiva que sobrepasara estos símbolos, la mayoría de los mexicanos responsables y capacitados estaban cansados de Juárez y querían algo de poder y de gloria para sí mismos.

Fue en esta situación que Juárez, entonces de sesenta y un

años de edad solamente y tan lleno de tranquila energía y vigor como siempre, cometió la mayor equivocación de su carrera. El 14 de agosto de 1867 convocó elecciones para la Presidencia, el Tribunal Supremo y el Congreso. Nadie ha reprochado jamás a Juárez el haberse presentado a estas elecciones. Después de todo, había sido elegido sólo una vez, durante el amargo 1861, y si salía reelegido tendría la primera oportunidad de gobernar en medio de una paz relativa, pero paz al fin. Con el pueblo, el ejército y unos pocos funcionarios civiles leales, Juárez había salvado la República, y si la mayoría de políticos y generales estaban cansados de él, su prestigio entre la gente de menos categoría era todavía enorme.

No obstante, la convocatoria no se limitaba a ser una llamada a las elecciones. Se pidió a los ciudadanos que votaran al mismo tiempo sobre si estaban dispuestos a permitir o a no permitir que el próximo Congreso hiciera *por sí solo* cinco enmiendas a la Constitución. Este método era inconstitucional porque la Constitución especificaba que podía ser enmendada sólo por una mayoría de dos tercios del Congreso, aprobada por una mayoría de las legislaturas del Estado, como la Constitución estadounidense. Las modificaciones propuestas eran: establecer un Congreso con dos cámaras para dar al presidente el derecho al veto, el cual podría ser ejercido por una mayoría de dos tercios en el Congreso, en lugar de por simple mayoría; permitir que los informes al Congreso pudieran efectuarse por escrito, en vez de sólo oralmente; restringir el derecho de la comisión permanente del Congreso a convocar sesiones especiales de todo el cuerpo; y determinar todo lo referente a la sucesión presidencial en el supuesto de que en un momento dado el país se quedara sin los presidentes de la nación y del Tribunal Supremo. Además, la convocatoria declaraba que los clérigos tenían derecho al voto sin restricción alguna, que los ministros y los curas podían ser elegidos para ocupar escaños en el Congreso, que los miembros del Congreso no estaban obligados a residir en el distrito por el cual habían sido elegidos, y que se suavizaran los decretos contra los «traidores» de modo que los menos culpables tuvieran derecho al voto.

Su redacción se debe probablemente a Lerdo, pero cuando dicho documento fue atacado, y más tarde ante el Congreso, Juárez asumió toda la responsabilidad en relación con el mismo. Defendió el intento de soslayar el método autorizado de enmendar la Constitución, basándose en dos puntos: que se necesitaba una mayor rapidez de decisión, y que en cualquier caso el pueblo era soberano. El problema de la sucesión presidencial había ya surgido en 1866 con las pretensiones de Ortega y Ruiz. El resto de las enmiendas propuestas tenían el objeto de fortalecer al poder ejecutivo en su lucha paralizante contra un Congreso jacobino tal y como había ocurrido en 1861. No creemos necesario detallar aquí los argumentos empleados en su defensa. Aunque varias de las enmiendas fueron aprobadas mucho más tarde, es evidente que esta convocatoria retrasó su adopción. Los cambios en la ley electoral fueron proyectados para contribuir a la pacificación del país y para ayudar a elegir para sentarse en el Congreso a los hombres más capacitados. En varias cartas mostró Juárez su sorpresa —bastante ingenua— por la oposición desencadenada al socaire de estas medidas y propuestas. Repetidamente insistió en que el gobierno no trataba de imponer nada al pueblo, cuya voluntad era soberana. En un pasaje especialmente interesante explica Juárez su actitud en relación con los votos de la clerecía: «Nosotros queremos la libertad completa de cultos: no queremos religión de Estado y debemos por lo mismo considerar a los clérigos (sea cual fuese su credo religioso) como simples ciudadanos, con los derechos que tienen los demás». No puede apenas dudarse que Juárez estaba legal e incluso moralmente autorizado para lanzar esta convocatoria, de acuerdo con los poderes extraordinarios que le fueron conferidos en junio de 1861, poderes que hubiera podido conservar hasta treinta días después de reunirse el Congreso el 8 de diciembre de 1867, pero los cuales abandonó voluntariamente al llegar esa fecha.

No podemos desviarnos de la defensa de este documento sin llamar la atención sobre una posibilidad que apenas ha sido considerada, excepto por Valadés, y es la de que consciente o

inconscientemente, Juárez encaminaba sus pasos hacia una forma de gobierno que puede ser llamada presidencialismo. En este tipo de gobierno el presidente asume amplios poderes, los cuales usa paternalísticamente y siempre de acuerdo con la voluntad del pueblo, manteniéndose en lo posible dentro de los límites señalados por la Constitución. En Juárez, esta tendencia ya se manifestó durante sus dos períodos como gobernador de Oaxaca; y después de gozar durante largo tiempo de poderes ejecutivos casi ilimitados, debió de ir tomando cuerpo en su mente la idea de un gobierno presidencialista, hasta que en agosto de 1867 tal idea le hizo olvidar que, gracias principalmente a él mismo, la Constitución se había convertido en algo sagrado. Debido al carácter sacrosanto de la Constitución, Juárez debería haber considerado que la convocatoria sería con toda seguridad considerada por muchos como una traición y un ultraje. Un norteamericano puede argüir que este presidencialismo, o algo parecido, que a él, ciudadano del Norte, puede parecerle algo vago y peligroso, fue la forma de gobierno, eficaz además, de México hasta 1934. Existe empero una diferencia muy importante, y es que los presidentes mexicanos de este siglo crecieron en el seno de una oligarquía que los había seleccionado, protegido, y en cierto modo controlado. En resumen, el gran error de Juárez en 1867, como el de Ocampo en 1859 y el de Woodrow Wilson en 1919, fue el de adelantarse a su época y el de no asegurarse el apoyo suficiente.

La oposición a la convocatoria fue inmediata, violenta y prolongada. Su jefe era Manuel María de Zamacona, hombre honesto y capaz pero irritable y ególatra que, sintiéndose postergado, se apartó de Juárez en 1864. Ahora se convirtió en «la más penetrante piqueta que minaba la reputación, la fama e incluso la gloria de Juárez». Cada una de las enmiendas propuestas, los cambios decretados en la ley electoral, tan sagrada casi como la Constitución, y sobre todo, el método irregular de efectuar las enmiendas, y la dudosa base de los poderes extraordinarios de Juárez, concedidos sólo para el tiempo que durara la guerra, fueron cosas todas ellas severamente criti-

cadás. Los gobernadores León Guzmán y Juan N. Méndez, de Guanajuato y Puebla respectivamente, rehusaron publicar la convocatoria y fueron, algo imprudentemente, reemplazados. Los generales Corona y Escobedo declararon correctamente que su deber era el de apoyar al gobierno civil y permanecer al margen de la política. Díaz se negó a hacer ninguna declaración pública, pero en su correspondencia privada atacó la convocatoria, y especialmente la concesión del derecho al voto a la clerecía. Se celebró un banquete público al efecto de conseguir una cierta unión entre Juárez y Díaz, pero no tuvo éxito. Las crecientes críticas a Juárez estimularon a los partidarios de Díaz y la ambición de «nuestro Porfirio», quien, en relación con la presidencia, estaba por entonces apoyado por un considerable número de antiguos generales y políticos, entre ellos el mismo José María Mata e Ignacio Ramírez.

En las votaciones más o menos populares del 22 de septiembre, muchos se abstuvieron de manifestarse en las cuestiones constitucionales y algunos escribieron sobre sus propias ideas: por ejemplo, la reforma del servicio postal y el pavimentado de las calles, y «que don Benito se reforme a sí mismo». En estas elecciones y en su confirmación posterior en el cuerpo electoral y en el Congreso (19 de diciembre), el pueblo mexicano, al mismo tiempo que expresaba su voluntad, hizo gala no sólo de su buen humor, sino también de su buen sentido: Juárez fue entusiásticamente elegido para la presidencia y Lerdo —algo menos calurosamente— para la presidencia del Tribunal Supremo. La administración decidió no hacer siquiera el recuento de los votos referentes a las enmiendas constitucionales. Para Juárez, para Lerdo y para el pueblo mexicano, estos acontecimientos fueron cualquier cosa menos el final feliz que cierra un episodio de poca importancia. Juárez había perdido a muchos de sus partidarios más capaces e influyentes, en unos momentos en que tenía tanto trabajo que hacer y sólo un grupo —no una organización—, detrás de sí; Lerdo, aunque vilipendiado y denigrado como «intrigante jesuita», había surgido, en su defensa de la convocatoria, como un brillante centralista en unos momentos en que el centralismo era evidentemente

necesario. Díaz se había convertido en un abierto aspirante a la presidencia, con vasto prestigio, un formidable grupo de partidarios y ningún programa.

En relación con la pasión que sintió siempre Juárez por la educación laica, y con su reciente declaración sobre la libertad de cultos, debe señalarse que por la época de la convocatoria o poco después, el apoyo de Juárez al protestantismo, no porque fuera protestante, que no lo era, sino por el bien del pueblo mexicano, se hizo más abierto. Un pastor episcopaliano ha dicho que su secta era más fuerte en el México de entonces que en el de hoy. El día 15 de enero de 1868, Juárez llamó a Romero, que se hallaba en Washington como ministro de México, y le nombró ministro de Hacienda, decisión que se demostró fue muy acertada. Treinta años más tarde recordó Romero que a pesar de ser personalmente católico, creía que el protestantismo podría hacer mucho bien al pueblo mexicano, y cuando un pastor protestante, Henry C. Riley, quiso comprar «el convento franciscano, el cual había sido construido por los españoles, situado en el mejor sector de Ciudad de México, y que costaría ahora una gran suma de dinero; y con el caluroso apoyo del presidente Juárez, quien compartió mis puntos de vista, y que era tal vez aún más radical que yo mismo en tales cuestiones, vendí el edificio, el cual formaba parte del patrimonio nacional desde la confiscación de las propiedades de la Iglesia, por una bagatela, unos 4.000 pesos si mal no recuerdo, pagados en su mayor parte con bonos del gobierno, los cuales estaban entonces a su valor nominal. El magnífico edificio vendido a la comunidad del doctor Riley fue comprado recientemente por la iglesia católica para restaurarlo como templo dedicado al culto, por la suma de 100.000 pesos, según creo». Pero, se pregunta uno, ¿puede la libertad religiosa ser aprovechada para la realización de pingües negocios, y no puede ser confiscada la actividad protestante en México, realizada por extranjeros, como insolente?

Pero, naturalmente, tales transacciones eran triviales en comparación con los valientes esfuerzos de Romero para restaurar la economía y establecer un orden fiscal. Las obras del

ferrocarril entre Ciudad de México y Veracruz continuaban y otras dos fueron comenzadas. Romero trató también de vivificar la minería y la agricultura derribando las barreras de numerosos impuestos internos y externos, con la esperanza de que el comercio así reavivado aumentaría los ingresos estatales, y substituyendo los impuestos abolidos por otros nuevos en forma de sellos, etc. Abogó también por la emisión de bonos del tesoro para el pago regular de las cuentas del gobierno mientras los ingresos aduaneros continuaran siendo irregulares. Éstos fueron sólo unos pocos de los inteligentes esfuerzos realizados por Romero, respaldados por Juárez; pero, en conjunto, no se hicieron grandes progresos en este sentido, debido a que el Congreso se mostró siempre recalcitrante y dispuesto a buscar «los tres pies al gato». Todos menos los liberales habían desaparecido de la escena política, pero no existía un verdadero y disciplinado partido liberal, de modo que el Congreso se componía solamente de facciones e individuos, a menudo con talento, y que amaban a su país menos que a sus propias ideas. Si el método de esta convocatoria se demostró completamente equivocado, su propósito, el fortalecimiento de la rama ejecutiva, fue ahora vindicado. Incluso en el caso de que Juárez y sus gabinetes hubieran podido dominar al Congreso, es dudoso que se hubiese podido conseguir algo más que un principio de reconstrucción económica sin la ayuda de capitales y técnicos extranjeros, a reemplazar tan pronto como hubiera sido posible por el dinero y el talento de una nueva clase media mexicana, entonces inexistente.

Una de las razones principales por las cuales los extranjeros —ni los mexicanos— no se sentían atraídos en aplicar su dinero y su esfuerzo en la industria y el comercio de México era la constituida por las rebeliones y el bandidaje, cosas ambas extendidas por todo el país. En diciembre de 1857 estalló en Yucatán una revolución reaccionaria, y en los años siguientes hubo otras en diversos puntos del país. El gobierno y el nuevo ejército se esforzaron en sofocarlas, pero a un coste tal que hacía prácticamente imposible dedicar ni tiempo ni dinero a las obras públicas, a la educación, etc. Igualmente

seria era la ola de delincuencia: asesinatos, robos a mano armada, raptos y toda clase de delitos eran moneda tan corriente que toda persona que no fuera vestida con harapos tenía que viajar armada y, a poder ser, escoltada. Los miembros más destacados del pueblo pedían a gritos paz y orden, y el gobierno estaba firmemente decidido a conseguir ambas cosas, pero cada vez que pedía al Congreso unas leyes adecuadas para estos fines y, como es lógico, dinero, se veía obligado a sostener violentas discusiones durante semanas y meses para conseguir rara vez alguna ayuda efectiva. La culpa no debe achacarse enteramente a un Congreso compuesto en su mayor parte por legalistas y ególatras, ya que Juárez y los ministros se sentían inclinados a pedir bastante a la ligera poderes extraconstitucionales, tales como los que habían disfrutado durante la guerra, y a solicitar el restablecimiento de las rigurosas leyes del mismo período y de otras más antiguas aún. Es muy posible que hubiera sido más fructífero para el país que el gobierno encabezado por Juárez hubiese desplegado una mayor ingeniosidad en tomar medidas adecuadas a la nueva situación y dentro siempre de la Constitución existente. Tanto los diputados como los periodistas se preguntaban el porqué el gobierno parecía incapaz de funcionar dentro de las normas de la Constitución, y acusaban al gobierno de solicitar unas leyes tan vagas que según la interpretación que se les diera podrían ser usadas contra los oponentes políticos a la vez que contra los bandidos. No obstante, también existía oposición respecto a la promulgación de leyes más precisas dentro de la Constitución. No se había olvidado todavía la era de Santa Anna, y después de haber luchado durante tanto tiempo por su Constitución y su libertad, los mexicanos pedían ahora ambas cosas, aparentemente sin comprenderlas del todo.

La incertidumbre general acerca de cómo podría y debería funcionar el gobierno dentro de la Constitución se dejó sentir también, naturalmente, en las actividades del Tribunal Supremo. Después de la derrota de la convocatoria, el Supremo rehusó conceder la excedencia a Lerdo (su presidente) para hacerse cargo del ministerio de Relaciones, pero más tarde le

fue concedido el permiso. (Al mismo tiempo, Lerdo tenía un asiento en el Congreso). En 1869 el Supremo hizo uso del derecho que le concedía el Artículo 101 de la Constitución para actuar directamente en casos de *amparo*, defendió con éxito su independencia del Congreso, y logró establecer, por el momento al menos, para declarar inconstitucionales determinados actos del Congreso. Esto fue beneficioso sin duda, aunque en su decisión del 12 de abril de 1869, en la que se declaraba inconstitucional un acto del Congreso «suspendiendo las garantías individuales durante un año en punto a raptos y bandidos», perjudicó seguramente los esfuerzos del gobierno para restablecer el orden. A este respecto, puede ser interesante señalar que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos no estableció este derecho hasta la opinión o dictamen de John Marshall en *Marbury vs. Madison*, en 1803, catorce años después de ser ratificada la Constitución, y que este derecho es objeto de disputa aún hoy en día en el Sur.

El aislamiento de México en aquel entonces era el resultado inevitable no sólo de sus desórdenes internos, sino en mayor grado aún de las difíciles relaciones que México había sostenido con la mayoría de las grandes potencias mundiales durante casi cincuenta años. La actitud de Juárez y Lerdo en asuntos exteriores era la de que puesto que casi todas las naciones europeas habían reconocido un Imperio ilegal y agresivamente impuesto, las relaciones sólo podían reanudarse en el caso de que los gobiernos de Europa así lo solicitasen, y sobre la base de acuerdos completamente satisfactorios para México en relación con cualquier reclamación pendiente de tipo financiero. Las relaciones con los Estados Unidos habían continuado normalmente, y en estos momentos eran mutuamente cordiales. En Washington, una comisión mixta logró saldar todas las reclamaciones americanas y mexicanas desde el Tratado de Guadalupe Hidalgo. Con la ayuda de los Estados Unidos, se reanudaron las relaciones de México con la Confederación Germánica e Italia. En verano de 1869, Juárez tuvo la alegría de saber que el general Prim, quien acababa de derrocar a la reina Isabel II de España, en favor de una monar-

quía liberal y constitucional, con un soberano aún no designado, deseaba reanudar las relaciones entre los dos países. Prim había sido siempre un amigo verdadero de México.

Durante el otoño de aquel año, Seward, retirado ya, visitó México en compañía de su esposa, de su hijo y de varios amigos, y fue calurosamente recibido por Juárez y especialmente por Lerdo, aunque, naturalmente, muchos mexicanos se apresuraron a expresar el temor de que Seward, para ellos un siniestro expansionista americano, y Juárez, el perpetrador del Tratado McLane-Ocampo, se reunirían en cualquier rincón oscuro para acordar el robo de otra gran parte del suelo mexicano. Seward se apresuró a declarar que los americanos se hallaban mucho más interesados en obtener dólares que dominio: una observación que durante la penetración económica americana en México bajo la presidencia de Díaz y posteriormente también, ha sido recordada siempre con amargura por el considerable número de mexicanos, principalmente intelectuales, que temen y odian a los Estados Unidos. En un discurso en Puebla, Seward, quien había no sólo conocido y servido a Abraham Lincoln, sino que había conocido también a muchos de los hombres más notables de su tiempo, declaró que Juárez era el más grande hombre con quien había tenido el honor de encontrarse en toda su vida. Romero señala que Thomas H. Nelson, entonces ministro de los Estados Unidos en México, quien se hallaba presente, quedó asombrado por las palabras de Seward, a quien preguntó más tarde si realmente creía en lo que había dicho. Seward le replicó: «Lo que dije acerca de Juárez fue previamente considerado, y quiero sostenerme en mi opinión».

Más interesante que tales tributos verbales debieron de ser para Juárez las noticias que llegaron de Francia el año siguiente. El día 19 de julio de 1870, después de haber utilizado la búsqueda por parte de Prim de un soberano para el trono de España como parte de su complot, Bismarck embarcó a Napoleón III, enfermo de gravedad, en una guerra para la cual, como resultado en parte de su aventura mexicana, Napoleón no estaba preparado. El 1.º de septiembre, él y 100.000 de sus

soldados fueron capturados en Sedan, siendo autorizado Napoleón a trasladarse a Inglaterra donde ya se hallaban exiliados su esposa e hijo. El mariscal Bazaine, quien hubo un tiempo en que pensó haber conquistado y pacificado México, fue obligado a rendirse con otro ejército francés en Metz, y posteriormente fue declarado convicto de traición. Los diversos gobiernos regionales franceses, la Comuna de París entre ellos, pasaron por alto sus diferencias y reunieron sus fuerzas, por lo que París resistió hasta el 28 de enero de 1871.

El 17 de junio de 1870, Juárez había avisado a su vehementemente viejo colega Armando Montluc, en París, que el gobierno mexicano no tenía ninguna intención de entrar en ninguna clase de relaciones con el Imperio francés. Con fecha 10 de octubre volvió a escribir a Montluc para darle las gracias por el envío de un recorte de un periódico francés en el cual se elogiaba a Juárez, manifestando al mismo tiempo su complacencia por la formación de una nueva República francesa: «Tengo esperanzas, no infundadas, de que los franceses, bajo la misma forma de gobierno que acaban de adoptar, podrán reparar los males de toda especie que les causaron las locuras del imperio; y deseo ardientemente que el resultado de la guerra entre los reyes sea la conquista de la libertad para los pueblos».

Juárez sabía desde mucho tiempo atrás que la democracia era un edificio, dañado o fortalecido por las derrotas o victorias cosechadas en cualquier rincón del mundo. Aunque la venganza, como en verdad había dicho, no era su fuerte, era un ser humano, y por ello no pudo menos que sentir un ligero e íntimo placer al enterarse del colapso de un imperio y de unos hombres que casi habían logrado destruir la República a la que él había consagrado toda su vida, y que habían, en cierto sentido, quitado la vida a sus dos hijos y la salud a su fuerte y amada esposa, en la época de su exilio en Nueva York. La esposa estaba todavía muy enferma, como lo estaba también la República.



JUAREZ A SOLAS

Como la mayor parte de los indios que logran superar la infancia y adolescencia, Juárez era físicamente muy fuerte. Sus únicas enfermedades conocidas fueron unas fiebres en Nueva Orleáns durante su exilio allí en 1854 y otra enfermedad sufrida en Saltillo diez años más tarde. No obstante, sus largos viajes en condiciones penosísimas, su constante preocupación por sus familiares, las ocasiones en que escapó de la muerte por los pelos, y sobre todo, la extremada dureza de su trabajo y el peso de la enorme responsabilidad que recayó sobre él durante tantos años habrían bastado para derrumbar a cualquier hombre. En octubre de 1870 sufrió una especie de ataque después del cual, durante algunos días, se temió por su vida. Se recobró, sólo para enfrentarse un par de meses más tarde con el peor golpe que pudiera haber imaginado. Su esposa había sufrido una larga y dolorosa dolencia de naturaleza desconocida, y en la tarde del 2 de enero de 1871, en su pequeña casa situada cerca de la iglesia de San Cosme (calle de San Cosme, 4, hoy calle Serapio Rendón), doña Margarita murió.

La esposa de don Benito contaba sólo cuarenta y cuatro años de edad; pero en sus veintisiete años de vida conyugal dio a luz a doce hijos, perdiendo a cinco de ellos; tuvo que improvisar hogares en muchas poblaciones de México y, sin hablar inglés, en Nueva York y en New Rochelle; tuvo que enfrentarse a menudo con dificultades monetarias; varias veces

ella y los niños tuvieron que pasar largo tiempo sin la compañía del esposo y padre, y sin que tuvieran seguridad alguna de volver a reunirse. Por lo que se sabe de doña Margarita, durante toda su vida, cuando regentaba una tienda en Etla (Oaxaca) mientras su marido estaba en el exilio, o cuando conducía a sus hijos a través de las montañas y de la jungla para reunirse con su marido en Veracruz, o era el invitado de honor en las recepciones de la Casa Blanca y de otras moradas importantes de Washington, o era la primera dama de México en el Palacio Nacional, se condujo siempre con una total ausencia de egoísmo, con incomparable dignidad, valor y donaire. Su carácter, el cual no estaba desprovisto de astucia, y su devoción, debió de fortalecer el coraje y el vigor de Juárez, y es evidente que él supo apreciarla en todo su valer. Los mexicanos admiran de ella su abnegación y modestia, lo mismo que el hecho de no haberse mezclado abiertamente en cuestiones políticas, que es precisamente la actitud que se espera de una mexicana; pero la esposa de Juárez, seguramente igual que las de otros políticos mexicanos, poseía sus propias ideas, las cuales es evidente que muy bien pudieron influir en las de su marido y por ende en los asuntos públicos. Durante el angustioso período que siguió a la muerte de sus dos hijos, el cuasi colapso mental sufrido por doña Margarita en los Estados Unidos, su larga enfermedad postrera, y después de su muerte, Juárez debió de preguntarse más de una vez si su tremendo trabajo, por bueno que fuera para el pueblo en general, compensaba los grandes sufrimientos de su esposa y su temprana muerte. Esta cuestión se cernía sobre él en su soledad como los cuervos de Veracruz, y el dolor que le causó fue de seguro más fuerte que las defecciones y ataques de sus viejos amigos y colegas de los años de lucha, y mucho más sufrimiento que la vista de los cuerpos de los hombres —sus hermanos, como muy en verdad había dicho— que habían muerto por una República que no mostraba ahora mucha vitalidad, ni prometía ser la grande y bendita herencia que soñaron legar a sus hijos.

Rehuyendo toda demostración, Juárez no invitó a nadie al

funeral laico que se celebraría el día siguiente; pero mientras el cortejo pasaba a través de las calles camino del cementerio, en todas ellas aparecía una muchedumbre silenciosa. En uno de los periódicos pudo leerse: «Jamás hemos visto una unanimidad similar de sentimientos o una expresión igual de dolor en todas las clases de la población, sin distinción de partido, opinión o nacionalidad». En relación con este funeral secular, creemos conveniente señalar que Sierra, hablando del funeral (no religioso también) de Ocampo, escribió que se celebraban muchos similares en aquellos días. Ello inquietaba profundamente a los católicos mexicanos, pero servía para plantar en sus mentes la semilla de la libertad religiosa. Si esto era cierto, Juárez no debía saberlo o al menos no le preocupaba: durante más de un mes se sintió casi incapaz de dedicarse a su trabajo.

Fue después de la enfermedad y muerte de su esposa, y después del ataque sufrido por él mismo en el precedente mes de octubre, que Juárez tuvo que tomar una de las decisiones más difíciles e importantes de toda su carrera. Se trataba, ni más ni menos, de determinar si se presentaría de nuevo a las elecciones presidenciales en 1871 contra Lerdo y Díaz, quienes eran los restantes posibles candidatos. A la vista de los resultados, su decisión de presentarse ha sido calificada de error trágico, más serio todavía que el de la convocatoria; pero ello supone presumir que sin Juárez las cosas se habrían desarrollado mejor para la nación, hipótesis ésta que la conducta posterior de Lerdo y Díaz no apoya en absoluto. Juárez conocía muy bien tanto a Lerdo como a Díaz, y es posible que temiera que de apoyar a Lerdo, su preferido, y suponiendo que fuera éste el elegido, Díaz no aceptara la decisión del electorado. El ilustre intelectual del antiguo rector de San Ildefonso no habría en modo alguno conseguido anular al encantador y ahora claramente ambicioso general de Oaxaca. Si, por otra parte, apoyaba a Díaz, cuya falta de fe democrática y de principios seguramente conocía Juárez, éste se habría hecho en gran parte responsable de la trágica vuelta al autoritarismo más férreo. En otras palabras, ya en 1871 o antes, Juárez, que

no dejó escrito alguno en relación con sus pensamientos sobre el particular, pudo muy bien haber previsto el futuro y desastroso triunfo de Díaz y decidido retrasarlo tanto tiempo como le fuera posible.

Con razón se ha dicho que «Juárez creía que era indispensable; mientras Lerdo se consideraba infalible y Díaz inevitable». Permítasenos, sin embargo, analizar esta frase. La inevitabilidad de Díaz quizás no la había percibido nadie; la infalibilidad de Lerdo, si así puede llamarse, era propicia a ser expresada con arrogancia y con triquiñuelas legales, y ser finalmente ineficaz y falsa. La opinión que Juárez tenía de sí mismo de ser indispensable, en cambio, en modo alguno se fundaba en la ambición de continuar siendo presidente.

Volvamos ahora a la acusación tan común de que Juárez, prescindiendo de sus méritos anteriores, se había convertido en un adicto al poder. Una vez más nos sentimos algo frustrados por la extraordinaria confianza propia y reticencia de Juárez. Dado que nunca se aprovechó de su alto cargo para su lucro personal, que vistió y vivió siempre con gran sencillez, que siempre consideró el aplauso de las masas desde un punto de vista bastante escéptico, que siempre se rodeó de los colaboradores a quienes consideraba como los más aptos para servir a la República, aunque hubieran tratado de humillarle y de substituirle, y que le habían traicionado incluso, y que se encontraba por vez primera realmente cansado, creemos que tal acusación carece apenas de base firme. Lo máximo que puede decirse es que, como cualquier figura, Juárez estaba absolutamente dedicado a su trabajo, cosa muy diferente de la ambición desmedida de poder. No puede esperarse que ningún hombre que durante muchos años haya corrido grandes riesgos, cargado con tremendas responsabilidades y realizado su trabajo a conciencia no se muestre algo reacio a entregar ligeramente el mando a otros hombres que, en su opinión, pueden muy bien labrar la ruina del país, deshaciendo así el trabajo realizado. En 1871 Juárez quizás comprendía mejor que sus críticos la historia presente y futura de México, y es por ello que tal vez decidió continuar la lucha.

México carecía de partidos políticos organizados, por lo que no podía celebrar convenciones para nombrar candidatos. Tampoco tenía, naturalmente, radio, televisión, aviones para los candidatos ni para los periodistas, ni incluso los vagones con plataforma trasera desde donde pudieran los candidatos pronunciar sus discursos y tampoco los desfiles a la luz de las antorchas de que disponían los americanos del Norte en las campañas presidenciales inmediatamente posteriores a la guerra de Secesión. Los posibles futuros presidentes eran nombrados por peticiones publicadas en los periódicos, y entonces los candidatos y sus amigos y protectores iban a los clubs, cafés, oficinas gubernamentales, etc., en busca de apoyo. El voto popular, en las ocasiones y lugares donde se permitía, era muy reducido. La victoria de uno u otro candidato la decidían probablemente los políticos locales, que eran electores también, y que volcaban su fuerza e influencia en favor del candidato que mejor conviniera a sus intereses particulares. Los votos de los electores debían ser contados y confirmados por el Congreso. Juárez dio a la prensa absoluta libertad, la cual fue utilizada de forma muy virulenta. Los dos partidos de la oposición acusaron a Juárez y a sus partidarios de toda clase de presiones y maniobras ilegales. Lo curioso del caso es que se criticaba especialmente a Juárez por permitir la influencia del ejército, el cual en realidad se hallaba totalmente bajo el control del ministro de la Guerra, Ignacio Mejía, quien era un sincero partidario de Juárez.

Durante los cuatro años precedentes, Lerdo se había aplicado disimuladamente a formar su propio partido. «El partido Lerdistas asumió el carácter de su jefe, y estaba compuesto por propietarios, algunos capitalistas, la intelectualidad, la flor y nata de la sociedad y una minoría de elementos burocráticos a los cuales Lerdo había colocado en puestos gubernamentales durante su largo período como jefe del gabinete.» En diciembre de 1870, se desencadenó la lucha entre los elementos lerdistas y juaristas para hacerse cargo del control del consejo municipal de Ciudad de México, y también para conseguir los escaños del Congreso reservados a la capital. Cuando Lerdo

vio que Juárez no estaba dispuesto a retirarse y a brindarle su apoyo, se consideró obligado a presentar su dimisión como ministro de Relaciones, aunque para sus propósitos de cara a las elecciones presidenciales hubiera preferido seguir deteniendo su alto cargo. Su carta de dimisión, fechada el 14 de enero de 1871, no era ya la primera, y se hace eco de los ataques recibidos de la prensa. La respuesta de Juárez aceptando la dimisión fue escrita en tono cariñoso, agradecido y apesadumbrado a la vez. Lerdo volvió luego a su cargo de presidente del Tribunal Supremo.

El partido porfirista englobaba a una serie muy variada de hombres que en el transcurso de los años se habían apartado de Juárez, viejos radicales de la oposición de 1861, veteranos descontentos, constitucionalistas estrictos que se habían decepcionado a raíz de la convocatoria de 1867, y un grupo de intelectuales tales como Zamacona, Ramírez y Mata. El cerebro de este partido era Justo Benítez, y el «hombre del sable», Félix Díaz, hermano menor y camarada de armas durante largo tiempo de Porfirio, que era a la sazón gobernador de Oaxaca. Juárez debía ya sospechar de Porfirio Díaz, pero nunca mostró hostilidad alguna hacia él. De hecho, cuando el general se retiró en 1868, Juárez insistió en que recibiera los dos tercios legales de su paga como soldado. Por su parte, hasta las elecciones de 1871, Díaz tuvo buen cuidado en no criticar al presidente en público, aunque sí lo hizo en su correspondencia particular. La queja de que sus victorias militares no fueron suficientemente valoradas por el gobierno carece de todo fundamento, pues en muchas cartas de Juárez y de Mejía se demuestra que sí se concedía todo su valor a cada una de las batallas ganadas por Díaz. Aunque las pequeñas rebeliones de estos años no eran abiertamente apoyadas por Díaz, muchos de los rebeldes eran porfiristas no desautorizados por su jefe. En tanto, los porfiristas criticaban al gobierno por no sofocar con presteza y eficacia estos levantamientos.

Los juaristas contaban en sus filas con mayor número de burócratas de alto rango que los que Lerdo tenía en su campo, y además con los jefes normales del ejército. Estos hom-

bres, con acceso a los fondos federales y beneficiándose del aparato gubernamental, mantenían sólidas posiciones; pero tal vez no habrían logrado el triunfo de no haber contado con el firme apoyo de muchos políticos desconocidos, desparramados por todos los puntos del país, y que persistían en «querer» a don Benito. Carecían de botones con la frase «Me gusta don Benito», pero tal y como se demostró, tenían los votos.

El programa de cada uno de los tres partidos era vago y apenas distinguible del de los otros dos; los lerdistas hacían hincapié en la cuestión de la solvencia económica de la nación; los juaristas, en el historial de don Benito, y los porfiristas, en el respeto a la Constitución, a pesar de que don Porfirio nunca mostró interés alguno por respetarla ni por conocerla. Los lerdistas y los porfiristas acostumbraban a unirse a menudo en el Congreso, y pronto los primeros propusieron un cambio en la votación que para la presidencia de la nación debía realizarse en el Congreso en el caso de que ninguno de los candidatos obtuviera mayoría. La propuesta lerdista consistía en modificar el sistema de votación de los diputados en el sentido de que en lugar de hacerlo por Estados se hiciera individualmente, de modo que dos diputados del mismo Estado pudieran dar sus votos a dos candidatos diferentes, por ejemplo. Por su parte, los porfiristas insistieron en que se mantuviera al ejército alejado de las urnas. Los partidos de la oposición reunieron muy pronto al Congreso, y sus sesiones se convirtieron en una lucha que se extendió a varias legislaturas estatales.

Un lector norteamericano, por ejemplo, puede que no vea nada alarmante en todo esto, pues es bastante parecido a las campañas electorales de su país, pero cambiará de opinión si medita acerca de las importantes diferencias entre una y otra nación. En el México de aquel entonces el significado real de la Constitución, el equilibrio de poderes y las acciones del gobierno eran cosas vagas e inciertas, mientras que la rebelión armada era el epílogo más probable a las elecciones en cuanto se conocieran los resultados.

En julio se realizaron las elecciones, y el recuento de los

votos se hizo en agosto. Los resultados fueron: 5.837 votos para Juárez, 3.555 para Díaz y 2.847 para Lerdo. Esto constituía la prueba más evidente de que Juárez no era un dictador en el sentido que en nuestros días damos a esta palabra. Ahora ya «todo había terminado menos los tiros». Mientras se realizaba el recuento, seguido por la decisiva batalla en el Congreso, tuvieron lugar levantamientos armados en todo el país, aunque Juárez escribió con fecha 9 de agosto de 1871 una carta muy optimista a Armando Montluc en París en relación con las elecciones, y a pesar de que en su discurso al Congreso en su sesión de apertura del 16 de septiembre dijo que con muy pocas excepciones, «la paz, ese elemento indispensable de felicidad y progreso, reina de un extremo al otro de la República». El tono es mucho más sombrío en la carta que con fecha 3 de octubre dirigió al gobernador de Sonora, Ignacio Pesqueira: «Antayer hemos tenido en esta misma capital uno de esos vergonzosos escándalos que por fortuna van siendo ya poco frecuentes entre nosotros. Lograron los revoltosos seducir la fuerza que guarnecía la Ciudadela y se pronunciaron en aquel lugar dando antes libertad a más de ochocientos forajidos que se hallaban encerrados en la cárcel de esta ciudad. Grandes eran los elementos de guerra y los medios de resistencia de que pudieron disponer los sublevados en la Ciudadela; pero el escándalo no duró sin embargo mucho tiempo, pues a las ocho horas ocupaban aquel punto de viva fuerza las dignas tropas de la federación, quedando todo en paz, aunque no sin haber perdido algunos buenos y leales servidores de la nación. No cabe la menor duda de que se conspira en diferentes puntos de la República con la mira de encender nuevamente la guerra civil, pero es un hecho que no cuentan los revoltosos en ninguna parte con el apoyo de los pueblos y ésta es la mejor garantía que podemos tener para conservar en lo futuro el orden y la tranquilidad». Este levantamiento, acaudillado por el general Negrete, fue aplastado por el general Rocha. Una vez que lograron escapar los jefes rebeldes, Rocha hizo fusilar a todos los rebeldes que habían sido hechos prisioneros. Se dice que el macabro espectáculo de los muertos arrastrados

por las calles creó una profunda y dolorosa impresión en los habitantes de la ciudad, y creemos que en Juárez también. ¿Se había convertido el nuevo ejército, con hombres tan duros como el general Rocha, en la institución indispensable?

El 12 de octubre, después de dar 108 votos a Juárez, 5 a Lerdo y 3 a Díaz, el Congreso declaró a Juárez presidente electo de México. Su nuevo mandato debía empezar el día 1.º de diciembre. No obstante, el gobernador Félix Díaz, de Oaxaca, llevaba ya algún tiempo reclutando secretamente material bélico, incluyéndose en el mismo una partida de rifles importados de Nueva York y llegados a México vía Puerto Angel. El 8 de noviembre Porfirio Díaz redactó un plan de rebeldía, el Plan de La Noria, apodado así por poseer Díaz una hacienda con este nombre en las cercanías de Oaxaca. Este plan, redactado a buen seguro por Justo Benítez, quien, como dice Iturrubarría, fue para Díaz la bruja de Macbeth, acusaba al gobierno de Juárez de dictador y también de amañar las elecciones. Pedía menos gobierno y más libertad, y proponía varias medidas para reprimir el poder de la rama ejecutiva. Abogaba por un retorno a la Constitución de 1857 y dejaba de lado al mismo Lerdo (sucesor legítimo de Juárez), pues exigía la proclamación de un «presidente provisional», el cual no podía ser otro que nuestro Porfirio, sin duda. Proponía también el citado plan una convención constitucional completamente nueva, consistente en tres delegados de cada Estado, escogidos libremente por el pueblo. Este plan fue apoyado por la Legislatura de Oaxaca, por 3.500 hombres bien armados y por doce piezas de artillería. La excusa que por este ultraje dio Porfirio Díaz, fue la siguiente: «La única compensación que puedo ofrecer a mi país por el inmenso daño que le hago al abocarlo a una guerra civil es dejarlo algún día en condiciones que hagan que la guerra civil sea definitivamente imposible». En resumen, una nueva rebelión, pero esta vez con un líder apropiado y lo bastante hipócrita y cínico como para decir: «Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré a la paz de mi hogar, prefiriendo en cualquier caso la vida frugal y tranquila del oscuro peón a las ostentaciones del poder».

El 18 de noviembre, Edward Lee Plumb, antiguo encargado de negocios americano en México, escribió desde Ciudad de México:

Parece que ha sido la deliberada intención del partido de Porfirio Díaz, caso de no triunfar en las elecciones, acudir a las armas, y a despecho de la alta opinión que nos habíamos formado de esa persona, ha demostrado carecer absolutamente de capacidad política, carácter o patriotismo. Durante varios meses han corrido constantes rumores de que se preparaba una revolución de la que él sería el jefe, pero es tan grande la estimación que se le tiene que ha existido mucha resistencia a creer que esto podía ser cierto...

El 13 de noviembre llegó aquí una proclama emitida (el 8 del mismo mes) en La Noria. Ha causado profunda sensación, y puedo decir también, casi universal disgusto, tan grande, que incluso muchos rehusaban al principio creer en su autenticidad. Sólo un periódico ha salido en su defensa. En el manifiesto, Díaz, a pesar de que pretende sostener la Constitución, la deja completamente de lado. Y retrocediendo aún más allá de los tiempos de Santa Anna, propone nada menos que una pura dictadura militar.

El resultado de La Noria ha sido el de forzar la unión de los partidos de Lerdo y Juárez y el unir a todos los que se oponen a la anarquía y a la vuelta a la era de los pronunciamientos militares. Todos éstos apoyan ahora al gobierno, y esto ha hecho imposible el triunfo permanente de la revolución.

El 1.º de diciembre, al tomar juramento como presidente, Juárez recibió del Congreso poderes extraordinarios para suprimir la rebelión, y en su discurso inaugural expresó su repulsa por este ataque al principio de la libertad bajo un orden, principio por el cual la nación había luchado durante catorce años, e hizo constar también su confianza en que el pueblo apoyaría al gobierno. En Oaxaca el general Ignacio R. Alatorre derrotó en diciembre y enero a los rebeldes y tomó la capital del Estado. Poco después el general Félix Díaz fue capturado por las fuerzas de Juchitán, y debido a que en 1871 había incendiado una iglesia que contenía una imagen de su patrón, San Vicente, fue fusilado inmediatamente. Como gobernador de Oaxaca, Félix Díaz fue reemplazado por un viejo amigo de Juárez, Miguel Castro. Como es natural, estos acontecimientos,

desarrollados en su Estado natal, tuvieron para Juárez un especial interés. El 16 de enero de 1872 escribió una carta en la que instaba «a todos los pueblos de la Sierra» a unir sus esfuerzos para completar el puente sobre el Río Grande en la carretera entre la ciudad de Oaxaca y las de Guelatao e Ixtlán. Tuvo también que reprimir una nueva tentativa de los habitantes del Istmo de Tehuantepec para separarse del Estado de Oaxaca. En el Norte, el general Rocha derrotó al general porfirista Jacinto Treviño en marzo. Se produjeron otras victorias de las fuerzas federales, y Porfirio Díaz se vio obligado a escapar hacia las montañas desérticas de Tepic. Luego estalló una rebelión por motivos locales en el perenne foco de disturbios que era Yucatán, y el país no quedó realmente pacificado por completo hasta bien entrado el verano.

Cuando Juárez solicitó una prórroga en sus poderes extraordinarios, a efectos de completar la pacificación, la obtuvo, pero sólo después de largos debates en los cuales la oposición estaba encabezada con gran acritud por Zamacona, quien dirigió sus tiros principalmente a Juárez, Mejía y Romero, a la par que pronunció una severísima filípica en relación, entre otras cosas, con la carnicería efectuada por Rocha en la Ciudadela. La oposición se alzó también contra las repetidas propuestas de Juárez de crear un Senado y de aclarar conceptos de la ley de sucesión presidencial. El 8 de junio, tres miembros del gabinete, Romero entre ellos, dimitieron, por lo que tuvo que reorganizarse el gabinete, como siempre, entre severas críticas. Romero había trabajado catorce horas diarias durante cinco años, como ministro de Hacienda. En el Congreso sólo había encontrado oposición, y su salud, nunca muy robusta, parecía estar completamente arruinada. Se retiró a Chiapas, donde introdujo métodos científicos en el cultivo y tratado del café, los cuales fueron utilizados también en Oaxaca con éxito. Su salud mejoró mucho; pero a medida que recobraba la salud, su carácter perdía el liberalismo que había sido siempre una de sus más acusadas características, porque más tarde sirvió como ministro de Hacienda en el gobierno de Díaz, y de nuevo como ministro en Washington, donde murió en 1898.

Durante el último año, después de la muerte de su esposa, y especialmente en los primeros días del verano de 1872, después de la separación de aquel hombre en quien tanto había confiado, Romero, es posible que Juárez mirara a veces hacia atrás, hacia los años tumultuosos, y se sintiera solo, muy solo, un viejo de sesenta y seis años. Cuatro años antes, había vendido todas sus propiedades de Oaxaca excepto una, y debió de sentir sus dudas sobre si alguna vez podría ir allí para descansar y vivir en paz. Sus hijas le cuidaban tan bien como podían y sabían, pero por mucho que le amaran, jamás hubieran podido entenderle del modo que lo había hecho su esposa, a través de tantas penalidades y separaciones, durante tan largos años. Se cuenta —seguramente es verdad— que cuando don Delfín Sánchez, el nuevo marido de Felicitas Juárez, intentó sustraerse al cumplimiento de una pena que le fue impuesta en una acción legal, y fue por ello arrestado, Juárez tuvo que explicar a su hija que él, aun siendo presidente, no podía intervenir. Desde luego, debió de causarle mucha pena el darse cuenta de que ni siquiera su propia hija entendía aquello que él había tratado de explicar y demostrar al pueblo mexicano durante cuarenta años.

Juárez no había tenido nunca, debido a que nunca lo necesitó, ningún amigo íntimo de carácter e intelecto semejantes a los suyos, aunque quizás Melchor Ocampo fue quien más se adentró en la intimidad de don Benito; pero el cuerpo de Ocampo había sido descolgado de un árbol once años antes. Tal vez Juárez pensaba en él a menudo a sus sesenta y seis años. Es cierto que Juárez recorrió su camino casi solo, pero también es cierto que conoció y trabajó con y contra un grupo de hombres realmente extraordinario. Álvarez... Comonfort... Ocampo... Doblado... Degollado... Valle... Miguel Lerdo... Zaragoza, aquel extraño español, Prim, y muchos más... Todos habían muerto, aunque pocos de ellos en la cama. Otros viejos colegas, Prieto... Zarco... Zamacona... Ramírez... el Mata de aquellos tiempos en Nueva Orleans... habían seguido otros caminos, algunos de ellos en oposición abierta a Juárez como hombre y como político. Manuel Ruiz se había hundido, como

también lo había hecho al fin aquel peligroso actor llamado González Ortega. Maximiliano, Miramón y Tomás Mejía terminaron sus días en el cerro de la Campana, y Vidaurri murió poco después. Napoleón III, proclamado asimismo como emperador de los franceses, y su Eugenia, y la pobre mamá Carlota, y todo lo que esperaban y representaban se había derrumbado. Incluso aquel intolerable muñeco, Antonio López de Santa Anna, no era ya sino una ruina permanentemente desacreditada, en exilio en Nassau. En el cuarto de siglo transcurrido desde que fue nombrado por primera vez gobernador del Estado de Oaxaca, en los cincuenta y tres increíbles años que se sucedieron desde que aquel muchacho indio bajó de las montañas oaxaqueñas, ¡cómo habían entrado y salido de la escena todos aquellos constructores y destructores, aquellos intrigantes, aquellos charlatanes, aquellos hombres de acción! A lo largo de las interminables galerías del Palacio Nacional el Presidente, el pequeño indio moreno de ojos sombríos, paseaba solo, como una reliquia de un pasado heroico, de un pasado ya ido para siempre.

Cuando paseaba por las calles de la vieja ciudad, solo o con algún gesticulante general o político, y quizás con algún guardaespaldas siguiéndole a unos pocos pasos de distancia, quizás se sentía más a gusto, pues entonces se encontraba en medio de gente de toda clase y condición, en medio de aquel pueblo por cuya libertad y dignidad él había dado la vida. Allí, algunas viejas que estaban en cucullas sobre las piedras detrás de su pobre muestrario de hierbas que vendían a quien quisiera comprarlas, o algunos muchachos jugando a toros y toreros, o un hojalatero que asomaba su rostro fuera de su oscura tienda, etc., podían cualquiera de ellos reconocer a don Benito y dirigirle una sonrisa preñada de gratitud. Pero Juárez tal vez se preguntaba si toda aquella gente, incluyendo a los hombres que estaban detrás de un arado tirado por una yunta de bueyes, y que trabajaban el duro suelo allí en las montañas, a las mujeres que lavaban la ropa y cuidaban a sus hijos mientras charlaban al lado de la corriente del río, y a los muchachos que guardaban las ovejas y cabras de sus padres en las laderas

de las colinas, a solas con sus pensamientos bajo el vasto cielo, vivía mejor que veinte, cincuenta o cien años atrás. Debía de preguntarse también si llegaría el día en que toda aquella gente se sentiría compenetrada con el gobierno, en que se consideraría como parte integrante de la gran familia mexicana, confiando, no en los santos de yeso, no en los ricos y poderosos, incluso no completamente en su presidente, quienquiera que fuera, sino en Dios y en sí mismos, como únicos arquitectos del destino. ¿Quién sabe si este día llegaría? ¿Quién sabe?

Mientras tanto, el cortés e ilustrado don Sebastián Lerdo de Tejada, el primero en la línea de sucesión para la presidencia, pensaba que lo sabía todo, pero, ¿era realmente así? En todo caso, ¿cómo podría hacer todo lo que debía hacerse? En las montañas esperaba y hacía planes aquel Porfirio Díaz que había escapado en cuantas ocasiones fue capturado para vencer en batalla tras batalla, antes para la República, pero ahora por cuenta propia, como un maestro infalible, sin reparar en la sangre ni en el sufrimiento del pueblo mexicano. El futuro de este pueblo era, como siempre, lo único que importaba a Juárez, pero durante la primavera de 1872 tuvo que pensar en sí mismo, pues a ello le obligaron dos breves pero reales ataques cardíacos. El segundo de estos ataques le sobrevino en el Palacio Nacional, adonde sus guardias habían llevado, para darle las gracias, a veinte de los huérfanos que tenía bajo su cuidado. Juárez proveía personalmente al sustento de todos, después que las arcas estatales se vieron muy disminuidas a causa de la rebelión de La Noria. Después de media hora de alegre charla, cada uno de los niños fue hacia el presidente para despedirse, y don Benito entregó a todos una moneda de un peso para que se compraran fruta. Cuando el último, un muchacho de seis años, se agarró a sus rodillas, Juárez palideció, apretó el corazón con una de sus manos, y se inclinó sobre la mesa, pero luego se recobró rápidamente y quitó importancia a la cosa. Era verdaderamente un indio zapoteca de las montañas de México. Si bien no hablaba de la muerte y del «momento de la verdad», no cabe duda de que más de una vez se encontró con ella cara a cara. Casi puede asegurarse, a

causa de su modestia y de su racionalismo, que no tenía esperanza alguna de vivir después de la muerte física excepto en la vida de sus hijos, quienes eran no sólo los suyos propios, sino todos los niños de México, pues buena parte de su trabajo había estado dedicado a ellos, a los jóvenes, y cuanto más pudiera hacer por ayudarles más hijos suyos los consideraría. Cuando la muerte, implacable fue en su busca, él lo supo y la esperó serenamente, de pie, mientras seguía su trabajo.

Entre sus últimos actos figuran los siguientes: ordenar la entrega al cónsul americano en La Paz (Baja California) de un bote perdido por un barco americano en una tormenta, y luego encontrado por unos marineros, quienes se lo vendieron; ordenar al Tesoro que pagara «dotes» a las monjas que no la tenían; ordenar la amnistía para los rebeldes que depusieran las armas y regresaran a sus casas; decretar la capacidad de un joven para administrar sus propios bienes; y poner en libertad vigilada a un hombre que había sido condenado a muerte por atraco y robo, por no existir pruebas suficientes del delito. El libro que leía durante sus últimos días era *Cours d'histoire des législations comparées*, de Lerminier.

El día 18 de julio de 1872, un dolor fuerte e intermitente le hizo regresar a casa desde la oficina más pronto de lo acostumbrado. Creyó que, como otras veces, encontraría alivio en la mañana siguiente caminando rápidamente hasta lo alto de la colina de Chapultepec, para así entrar en sudor, y yéndose luego a casa para tomar un baño. No obstante, los dolores se hicieron más agudos, tuvo que acostarse, y tuvieron que ir en busca del doctor Ignacio Alvarado. En determinado momento, cuando Juárez parecía estar a las puertas de la muerte, el médico vertió agua hirviendo sobre el pecho del enfermo sobre la región del corazón, la primera vez con buenos y esperanzadores resultados. La angina de pecho era con toda seguridad un síntoma de oclusión coronaria, y aunque en nuestros días los tratamientos para esta enfermedad son menos brutales, tienen el mismo propósito: estimular la marcha del corazón. Cuando la familia se hubo retirado hacia el comedor, don Benito contó

al doctor diferentes episodios de su niñez en Oaxaca ocurridos durante su estancia en casa de su protector, don Antonio Salanueva. De repente se interrumpió para preguntar:

«¿Es mortal mi enfermedad?»

Cuando el doctor le contestó tan suavemente como le fue posible, pero honradamente también a este paciente, que probablemente lo era, Juárez continuó serenamente desgranando recuerdos de su infancia. Al sobrevenir otro ataque le fue aplicado el mismo tratamiento. Esta vez Juárez permaneció completamente impassible, sin hacer ni un pequeño movimiento. La noticia de que el presidente se encontraba enfermo se esparció por toda la ciudad, pero se mantuvo en secreto la gravedad de su enfermedad, con el resultado de que José María Lafragua, entonces ministro de Relaciones, y después un general, ambos en la creencia de que se trataba de un ataque de reumatismo en la rodilla, insistieron en ser recibidos por el presidente al efecto de ser aconsejados sobre diversos problemas inherentes a sus cargos. Juárez arregló sus ropas, se sentó en una silla, y dio los consejos solicitados, sin insinuar siquiera a los dos hombres la verdad de su situación. Momentos antes de las once de aquella noche del 18 de julio del año 1872, Juárez pidió a su criado, un muchacho de Ixtlán, llamado Camilo, que le pusiera la mano en su pecho en el sitio donde sentía mayor dolor. El muchacho, llorando, obedeció. A las once y media, Juárez, tranquilamente, expiró.

NOTAS

La adición de una bibliografía me ha parecido innecesaria, porque en varias de las obras citadas pueden hallarse buenas bibliografías. Estas notas deben considerarse, por consiguiente, como un suplemento, indicativo de mi deuda a diversos libros y manuscritos. Las siglas que a continuación se detallan son indicativas de las obras más importantes o de las citadas con mayor frecuencia. Al hacer referencia a otras fuentes, después de la primera anotación, utilizo sólo el nombre del autor. Los números que aparecen a la izquierda se refieren a las páginas de JUÁREZ. Las fechas de los libros que van entre paréntesis son las de la primera edición; las que van sin paréntesis, indican la fecha de la edición que he utilizado.

- AJ — Archivo Juárez, en la Biblioteca Nacional de México.
- AP — Juárez, Benito, y Santacilia, Pedro: *Archivos Privados...*, México, 1928.
- AR — Archivo Romero, en el Banco de México.
- B — Bancroft, H. H.: *History of Mexico*, San Francisco, 1883-1888.
- CV — Cosío Villegas, Daniel: *Historia Moderna de México: La república restaurada: La vida política*, México, (1955) 1959.
- D — Doblado, Manuel: *La Guerra de Reforma...*, San Antonio, 1930.
- FM — Fuentes Mares, José: *Juárez y los Estados Unidos*, México, 1960.
- IG — Iturribarria, Jorge Fernando: *La generación oaxaqueña del 57*, Oaxaca, sin fecha.
- IO — Iturribarria, Jorge Fernando: *Oaxaca en la historia*, México, 1955.
- INAH — Archivo histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- JD — Juárez, Benito: *Discursos y manifiestos*, México, 1905.
- JEP — Juárez, Benito: *Epistolario*, ed. Jorge L. Tamayo, México, 1957.
- JE — Juárez, Benito: *Exposiciones*, México, 1902.
- JM — Juárez, Benito: *Miscelánea*, México, 1906.
- NA — National Archives, Washington, D. C.
- PRO — Public Record Office, Londres, Inglaterra.
- PS — Prida Santacilia, Pablo: *Siguiendo la vida de Juárez*, México, 1945.
- PV — Prieto, Guillermo: *Viaje...*, México, 1877-1878.
- RD — Romero, Matías: *Diario personal, 1855-1865*, ed. Emma Cosío Villegas, México, 1960.
- RJ — Roeder, Ralph: *Juárez and His Mexico*, New York, 1947.
- SE — Sierra, Justo: *Evolución política del pueblo mexicano*, México (1900-1902) 1950.
- SJ — Sierra, Justo: *Juárez, su obra y su tiempo*, México, (1905-1906) 1956.
- SMM — Simpson, Lesley Byrd: *Many Mexicos*, Berkeley y los Angeles, (1941) 1960.

VO — Valadés, José C.: *Don Melchor Ocampo, reformador de México*, México, 1954.

VP — Valadés, José C.: *El pensamiento político de Benito Juárez*, México, sin fecha.

Cap. 1

Los pasajes de los *Apuntes* de Juárez proceden de AP (págs. 227-231).

- 31 Humboldt, Alejandro, *Ensayo político...*, México, (1807) 1953, página 59 / «biografía breve»: JE, págs. 5-119.
- 32 «fortaleza de cuerpo» etc.: VP, págs. 23, 29.
- 33 «era de carácter...»: JE, pág. 12.
- 34 La casa de Salanueva: calle Manuel García Vigil.
- 35 fotografía: Museo Juárez.
- 36 biblioteca privada: en la Biblioteca del Estado, Oaxaca.
- 38 población: Humboldt, págs. 58, 64, 80, 85 / SJ, págs. 35 y 37.
- 43 «la facultad natural»: VP, pág. 44. / «incomprensible»: VP, pág. 40.
- 44 «puritano»: SMM, pág. 248.

Cap. 2

Este sumario histórico se basa en las obras de Sierra, Riva Palacio, Simpson, Parkes, Bancroft, Priestley, etc.

- 50 SJ, pág. 38.
- 52-53 y 57-58 *Apuntes*: AP, págs. 231-234.
- 54 Sobre Santa Anna: Fuentes Mares, José, *Santa Anna...*, México, 1956; Hanighen, Frank C., *Santa Anna...*, Nueva York, 1934.
- 55 Juárez como masón: IO, pág. 143; Velasco Pérez, Carlos, *El Coloso de Guelatao*, México, 1957, pág. 43.
- 56 federalismo: SMM, pág. 206; Molina Enríquez, Andrés, *Juárez y la Reforma*, México, (1905) 1958, págs. c9-78.
- 58 disturbios: IO, págs. 143-146 / cursillo de educación cívica: IG, pág. 44 / juventud inquieta: CV, pág. 55.

Cap. 3

- 61 Aparicio: SJ, pág. 49, e IO, pág. 142 / profesores: SJ, pág. 48, y Velasco Pérez, págs. 33-35.
- 61-62, 66 y 69-75 *Apuntes*: AP, págs. 234-239.
- 62 «esta situación»: VP, pág. 37, y SJ, pág. 47.
- 63 «esta esperanza»: JM, págs. 1-11 / «defendió publicamente»: SJ, páginas 49 y 52, y Velasco Pérez, págs. 33 y 34.
- 64 «condiscípulos»: PS, pág. 57.
- 65 discurso en Oaxaca: JM, págs. 1-11.
- 66 historia colonial: IG, págs. 13-14.
- 67 confrontación: Santa Anna, *Mi historia...*, México (1905) 1952, página 94 / aceptado por Fuentes Mares: *Santa Anna*, pág. 295 / puesto en duda en IO, pág. 156.
- 68 «En una reunión»: PS, págs. 371-372; Sánchez, C. Juan, *Vida literaria de Benito Juárez*, Oaxaca, 1902.

- 70 prueba y certificado: Sánchez, obra citada, y PS, pág. 75.
- 72 Lorchia es el nombre antiguo de Loxicha.
- 75 dos hijos: JEP, págs. 426 y 572.
- 76 en el registro parroquial figura el apellido Masa.
- 77 «muy sencillo»: RJ, pág. 67. / doce hijos: JEP, pág. 19.

Cap. 4

- 80-82 Madame Calderón, Everyman edition, págs. 32-34, 124-125, 226-254, 310-432. En breve aparecerá una edición mejorada publicada por H. T. y M. H. Fisher.
- 82 florecimiento cultural: SE, pág. 163.
- 84 «resentimiento y resistencia»: carta de Zamacona a Juárez de fecha 16 de junio 1864: AJ, 11 / 30.
- 86 los distintivos del arma y cuerpo: Lemprière, Charles, *Notes on Mexico in 1861*; Londres, 1862, pág. 48 / la asistencia médica: JE, página 162, y Díaz, Porfirio, *Memorias, 1830-1867*, México (1892) 1922, Vol. I, pág. 103.
- 87 el proyecto americano: FM, pág. 19.
- 90 Vasconcelos, José, *Breve historia de México*, México (1936) 1944, páginas 179-380.
- 92-96 *Apuntes*: AP, págs. 239-242.
- 92 «esta crítica»: SJ, págs. 63-65; pero véase VP, pág. 99 / «como secretario»: Iturribarria, *History of Oachaca, 1821-1854*, Oaxaca, 1935, páginas 304-305 / «dimitiera de su cargo»: JD, pág. X, e IG, pág. 159.
- 93 coalición: IO, pág. 154.
- 94 Pola: JE, pág. 31, y VP, pág. 104.
- 95 «un legalista»: SMM, pág. 240.

Cap. 5

- 97 *Apuntes*: AP, pág. 242.
- 98 Prieto: PV, Vol. II, pág. 197.
- 99 «paternalista»: VP, Incluso Bulnes está de acuerdo con Valadés.
- 100 «Vuelo humano»: JEP, pág. 449.
- 101-102 discurso inaugural: JM, págs. 11-15.
- 103 Pola JM, pág. IX / un peso: ver RJ, pág. 76, aunque el tono empleado me parece algo irónico.
- 104 corta autobiografía: por Anastasio Zerecero, JE, págs. E19-137; el original se halla en AR, con una transcripción en AJ, 15 / 56. Véase también JE, págs. 151-154.
- 105 debidos a su odio: Fuentes Mares, *Santa Anna*, pág. 295 / casa amplia: esquina de Hidalgo y 20 noviembre, actualmente Hotel Alameda / «al sonar las nueve campanadas»: JEP, pág. 24 / «una administración»: JEP, págs. 23-26, basado en Iturribarria, *Historia*, páginas 359ff. / sobre la cuestión de la educación existe profundo desacuerdo, pero me he basado en Viramontes, Leonardo S., *Biografía popular*, México, 1906, pág. 61.
- 106 «Los niños no van a la escuela»: JE, pág. XXV / reducción de la deuda: IO, pág. 159.
- 107 bastón: JE, pág. 115 / Marcucci: JEP, págs. 30-34, y JE, págs. 153-154.
- 108 hija: AP, pág. 242. / cortejo: IO, pág. 157.

- 109 istmo: JD, págs. 9-11, FM, págs. 22-26, B Vol. V, pág. 589 / «Mientras...»: SE, págs. 185-195.

Cap. 6

- 113-116 *Apuntes*: AP, págs. 242-244.
 113 director: JEP, pág. 35, y Sánchez, C. Juan, *op. cit.*
 114 el asunto Ortiz: IO, págs. 161-164.
 115 otra versión: IO, pág. 166.
 118-124 la primera parte de la vida de Ocampo se basa principalmente en VO, pero véanse también las obras de Salvador Pinada, Jesús Romero Flores y Tomás Contreras Estrada (para las Constituciones de 1857 y 1917), y las propias *Obras* de Ocampo, México, 1900.
 123 Dueñas: RJ, pág. 83.
 124 Palabras de Josefa acerca de Mata: VO, pág. 311 / Arriaga: Ramírez Arriaga, Manuel, *Ponciano Arriaga*, México, 1937.
 125 piratería: INAH, 50 / o3 / 16-19, y VO, págs. 272-273 / viaje de Comonfort: INAH, 50 / J / 17.1.1855, y VO, págs. 287-288.
 126 Cabañas: PS, págs. 107-109.
 127 Iturribarría: IO, pág. 168.
 128 Esclavas: PV, Vol. II, pág. 40.
 129 periódicos: *El Rayo Federal* en Nueva York y *Noticioso del Bravo* en Brownsville.
 130 Orden de Guadalupe: Parkes, Henry Bamford, *A History of Mexico*, Boston (1938) 1950, pág. 227.
 131 paquete de cartas: INAH, 50 / J / 1-20.
 133 Mata y Ocampo a Juárez: PS, pág. 104.
 133-134 *Apuntes*: AP, pág. 244.

Cap. 7

- 135 llegada de Acapulco: Velasco Pérez, pág. 59; PS, pág. 109, e IO, página 169.
 137-153 *Apuntes*: AP, págs. 244-250.
 138 Juárez a Ocampo: INAH, 50 / J / 19, 20 / llegada de Ocampo: VO, página 294 / los diversos Planes: Molina Enríquez, págs. 95-114, y SE, página 199.
 139 Ocampo: VO, pág. 296-299, y «Mis Quince Días», de las *Obras* de Ocampo.
 140-142 McLean, Malcolm D.: *Vida y obra de Guillermo Prieto*, México, 1960; pero los comentarios son míos.
 143 Sierra sobre Comonfort: SJ, pág. 99.
 145 réplica de Degollado: INAH, 50 / D / 14, 15; también Muñoz y Pérez, Daniel, *Ensayos biográficos* (Ocampo, Degollado y Valle), México, 1961.
 148 «Juárez escribió»: AJ 15 / 56 y AR.
 149 Mariscal: IG, págs. 211-215 / Pola: JE, pág. 46 / Sierra: SJ, pág. 103.
 150 Doblado: D, introducción de Castañeda.
 151 Sierra acerca de Doblado: SJ, pág. 370.
 152 Romero y Juárez: RD, págs. X, 6, 7 y 12.
 154 la situación en Oaxaca: IO, págs. 173-180, e IG, págs. 141-156.

Cap. 8

- 155 Te Deum: IO, pág. y EJP, pág. 42.
 155-172 *Apuntes*: AP, págs. 250-254.
 156 militares: IO, pág. 181; JEP, pág. 42, y SJ, pág. 108.
 157 Díaz: IG, págs. 67-123, etc / Werfel Franz, *Juárez and Maximilian*, Nueva York, 1926, pág. 71 / «nuestro Porfirio»: JEP, pág. 266, etc.
 158 periódico: IO, pág. 182.
 160 Sierra: SE, pág. 201, y SJ, pág. 207 / Instituto: IG, pág. 132, y JD, pág. 15 / Juárez como gobernador: JEP, pág. 44, e IO, págs. 182-183.
 161 Ley Lerdo: Molina Enríquez, págs. 115-136; SMM, págs. 242-243, y Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México (1950) 1959, páginas 127-130.
 162 Los hermanos Lerdo: Knapp, Frank Averill, Jr., *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada*, Austin, 1951; Sierra, Carlos J., *Miguel Lerdo de Tejada*, México, 1961.
 163 descripción de Sebastián: Knapp, págs. 31-32.
 165 la Constitución de 1857: SE, págs. 209-211.
 167 Mejía y Miramón: B, Vol. V, págs. 754-755, y Vol. VI, pág. 275.
 168 Juárez acerca de la Constitución: JD, págs. 300-302.
 169 elección: JE, pág. 49 / Carvajal: IO, pág. 190 / Juárez al obispo: IO, pág. 189, y JM, págs. 144-145.
 172 Ixcapa: Díaz, Vol. I, págs. 97-105.
 173 correspondencia con Romero: JEP, págs. 64-69.
 174 «para derrocar a Comonfort»: B, Vol. V, pág. 719 / Comonfort a Juárez: JEP, pág. 70.

Cap. 9

Este capítulo se basa principalmente en el *Diario* de Juárez, AP, páginas 254-263; RD, págs. 126-144; D, págs. XII y 1-64; Baz, Juan José: *Manifiesto...*, Morelia, 1858; Payno, Manuel: *Memoria...*, México, 1860, y *Defensa...*, México, 1861; Portilla, Anselmo de la, *México en 1856 y 1857*, Nueva York, 1858, la cual incluye *Política del General Comonfort*, del propio Comonfort, previamente publicada en Nueva York en julio de 1858. Véase también la áspera interpretación que consta en RJ, pág. 154

- 185 la elección: B, Vol. V, pág. 721, Vol. VI, pág. 225.
 186 las cartas acusadoras: Riva Palacio, Vicente: *México a través de los siglos*, México, 1887-1889, Vol. V, págs. 265ff, por Vigil, José María.
 190 Bulnes, Francisco: *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, México, 1905, págs. 269-275 (hasta Fuentes Mares, Bulnes era el más severo crítico de Juárez).
 190-191 Sierra: SJ, pág. 118.
 191 Oaxaca: IO, págs. 192-193.
 192 Parrodi: D, pág. 63, y JEP, pág. 74.
 194 huida de los liberales: PV, Vol. II, pág. 201; VO, pág. 327; Ramírez, Ignacio, *Obras*, México (1889) 1960, pág. XIV; Sierra, C. J., págs. 28-29; Knapp, págs. 45, 50; Viramontes, págs. 118-119; FM, págs. 89, 106-107.

Cap. 10

Este capítulo se basa principalmente en RD, págs. 144-173; PV, Vol. II, págs. 202-210; VO, págs. 334-338.

- 198 manifiesto: JD, pág. 206.
- 199 Prieto: PS, págs. 94-97 (poema de Prieto en relación con esta aventura).
- 203 *Diario de Juárez*: AP, pág. 263 / manifiesto: JD, pág. 208 / Valle y Collin: Teja Zabre, Alfonso, *Leandro Valle...*, México, 1956, páginas 62-67.
- 204 relato de Juárez: JE, págs. 119-137; AJ, 15 / 56.
- 205 relato de Prieto: mencionado por Prida Santacilia en *Excelsior*, México, 18.3.1962.
- 207 palabras de Prieto sobre el Manzanillo: PV, Vol. I, pág. 2
- 208 *Diario de Juárez*: AP, págs. 264-265

Cap. 11

- 209 la criada: PV, Vol. II, págs. 198-199 / Benítez: JEP, pág. B8 / viaje de doña Margarita: JEP, pág. 76, y AJ, 15 / 199.
- 213 Oaxaca: IO, págs. 195-200, y JEP, págs. 94-95.
- 215 la banda de Márquez: B, Vol. V, pág. 764.
- 215-218 las leyes de Reforma: JD, págs. 217-245; VP, págs. 165-167; JEP, págs. 97-99; IG, págs. 23, 165-179; FM, pág. 5.
- 217 «La Epístola»: *Obras*, de Ocampo, Vol. II, págs. 229-239.
- 218 carta de Juárez: JEP, pág. 99 / pobres: McLean, pág. 131.

Cap. 12

Este capítulo se basa principalmente en FM, un libro bien documentado, aunque tal vez no esté yo de acuerdo con las opiniones en él expresadas. Para una discusión más amplia del tratado, véanse las obras citadas en la bibliografía de FM y Bulnes, *Ayutla*, págs. 413-485; Iglesias Calderón, Fernando, *Las supuestas traiciones de Juárez*, México, 1907, págs. 580-604; Salmerón, Celerino, *Las Grandes traiciones de Juárez*, México, 1960; Junco, Alfonso, *Juárez, intervencionista*, México, 1961.

- 228 nombramiento de Lerdo: AP, pág. 265.
- 229 propuesta de Ocampo: FM, pág. 146, y fotocopias 10 y 11; también, VO, pág. 372.
- 230 Degollado y Miramón: B, Vol. V, pág. 771.
- 231 texto del tratado: FM, anexos A y B, fotocopias 12 y 13.
- 232 Romero: RD, págs. 271, 313 y 345 / *Diario de Juárez*: AP, pág. 273.
- 233 McLane, Robert Milligan: *Reminiscencias, 1827-1897*, editado privadamente en 1903 (Rare Book Room, Library of Congress), páginas 141-145.
- 235 defensores de Juárez: RJ, pág. 214.
- 237 Sierra: SJ, págs. 193-203, y SE, págs. 222-223.
- 237-238 Valadés: VO, págs. 372-373.

Cap. 13

- 241 Turner y Juárez: JEP, págs. 93-94, y NA, 45 / 12 / ingresos aduaneros: SJ, pág. 151.
- 242 Aldham a Russell: PRO, F. O., 50 / 347.
- 243 Black: FM, págs. 209-211 / Mathew a Russell: PRO, F. O., 50 / 343 / Jarvis debía de tener más de sesenta años de edad, y Turner cerca de cincuenta: Hamersley, L. R., *Records of Living Officers...*, Filadelfia, 1870 y 1890 / «última disposición»: NA, 45 / carta de SecNav al Presidente, 29 de marzo de 1860 / conspiración: PRO, F. O., 50 / 343 y 347.
- 244 Elgee: FM, pág. 212 / Alvarado: AP, pág. 266 / entrevista: FM, página 213.
- 245 Turner y Miramón: NA, 45 / 4 y 11 de marzo de 1860; relato de cuatro miembros de la tripulación: NA, 45 / con el relato de Jarvis del 11 de marzo.
- 246 relato de la acción: NA, 45 / Captains' Letters, Vol. I, 8.3. 1860 / «protestas»: Iglesias Calderón, págs. 340-346, 367-368.
- 250 leyendas: SJ, pág. 210 / Fuentes Mares: FM, pág. 217.

Cap. 14

- 256 Mathew en relación con los reaccionarios: PRO, F. O., 50 / 343 / Degollado a Aldham: PRO, F. O., 50 / 347.
- 257 «sembrado de espinos»: ver *Diario de Juárez*, AP, pág. 266-273, y *Continuación del expediente instruido en el Ministerio de Relaciones...*, Veracruz, 14.6.1860. En AJ existen veinticinco documentos sobre las negociaciones entre 22 de marzo y 10 de junio de 1860.
- 258 el cargamento: B, Vol. V, pág. 799.
- 261 dimisión de Lerdo: JEP, págs. 111-112 / Juárez y Pacheco: JEP, páginas 109-111 / Mata y Romero: RD, pág. 345.
- 263 Sierra: SJ, págs. 225-232.
- 264 Degollado a Ocampo: INAH, 50 / D / 5 / 65 / Degollado a Juárez: JEP, pág. 115 / arreglo: AJ / 18 / sin numerar, y B, Vol. V, pág. 788.
- 264-266 Degollado, Juárez y Ocampo: JEP, págs. 112, 113 y 116; INAH, 50 / D / 5 / 65-67: AJ 2 / 36-37.
- 267 Lerdo y Juárez: JEP, págs. 118-120.
- 270 Degollado a Ocampo: INAH, 50 / D / 5 / 68.
- 271 rendición de México: B, Vol. 5, pág. 794; pero véase McLean, páginas 29-30: Prieto pretendía haber conducido las negociaciones por cuenta de Ortega / I Puritani: PS, págs. 343-345 (En PS se cita la versión de Zayas. Según otros, la ópera fue *Los Hugonotes*, de Meyerbeer) / Ortega triunfal: SJ, pág. 292.

Cap. 15

Primeras dificultades: *Diario de Juárez*: AP, págs. 275-277; y Scholes, Walter V., *Mexican Politics during Juárez Regime*, Columbia, Mo., 1957, págs. 58-60.

- 275 Ocampo: VO, págs. 396-400, e INAH, 50 / 0 / 3 / 31.
- 276 finanzas: Romero, Matías: *Mexico and the United States*, Nueva

- York y Londres, 1898, pág. 139; B, Vol. VI, pág. 9; Scholes, pág. 63.
- 277 Prieto: McLean, págs. 30-31 / Aldham: Lemprière, pág. 55, y AP, pág. 291 / Wyke: B, Vol. VI, pág. 12, y AP, pág. 285.
- 278 Montluc: *Correspondence de Juárez et Montluc*, Paris, 1885, y México, 1905.
- 279 Hermanas de la Caridad: SJ, págs. 249-250.
- 280 Lincoln: RD, pág. 378.
- 281 saludo a Corwin: JD, págs. 38-39.
- 282 Vidaurri: B, Vol. VI, pág. 12 / discurso de Juárez: JD, págs. 25-38.
- 284 Ocampo a Juárez: JEP, págs. 136-138.
- 285 muerte de Ocampo: VO, págs. 404-410; Márquez, Leonardo, *Manifestos...*, México, 1904, págs. 281-279; VO, láminas XV y XVI; INAH, 50/0/3/33.
- 288 Sierra acerca de Vaile: SJ, págs. 281-282
- 289 funeral por Ocampo: SJ, págs. 283-284.
- 290 discurso inaugural: JD, págs. 40-45 / muerte de Degollado: Teja Zabre, págs. 117-126.
- 291 muerte de Valle: Teja Zabre, págs. 127-143.

Cap. 16

- Diario de Juárez*: AP, págs. 298-321.
- 295 amnistía de Comonfort: JEP, pág. 175
- 296 Juárez a Fuentes: JEP, págs. 140-142.
- 297 Thouvenel y España: B, Vol. VI, págs. 18 y 21, y Scholes, pág. 78.
- 298 Pickett: Callahan, James Morton, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, 1932, págs. 283-284 / el tratado: SJ, página 253, y Callahan, págs. 282-285.
- 299 ascenso de Díaz: IG, pág. 80.
- 300 imputaciones: Scholes, pág. 82; Knapp, pág. 69; JD, págs. 68-55.
- 302 la Convención de Londres: JEP, págs. 147-149, y Latané, John Holladay, *A History of American Foreign Policy*, Garden City, 1927, páginas 402-403; pero existe una cierta confusión en cuanto a la fecha.
- 304 decretos: Fuentes Mares, José, *Y México se refugió...*, México, 1954, pág. 53; B, Vol. VI, pág. 30; SJ, pág. 232; Scholes, pág. 87 / Wyke-Zamacona: Scholes, pág. 80, y Knapp, págs. 71-73.
- 305 última sesión: Lemprière, págs. 91-93 y 120, y JD, págs. 55-58 y 257-262.
- 306 Juárez a Vidaurri: JEP, págs. 151-153.
- 309 Juárez a Vidaurri: JEP, pág. 160 / manifiesto y discurso: JD, páginas 58-64 y 262-266.
- 310 el tratado malogrado: Callahan, pág. 287; Latané, págs. 404, 406-407; Lemprière, pág. 305.
- 311 Juárez a Doblado: JEP, pág. 159 (esta carta y su pie están fechadas erróneamente) proclama francesa: B, Vol. VI, pág. 44.
- 312 Acultzingo: JEP, pág. 186 / exhortaciones de Juárez: JEP, páginas 164 y 166.

Cap. 17

- 313 Díaz: Vol. I, págs. 248-267, en el que se incluye el redato de Zaragoza, y B, Vol. VI, págs. 47-50, con un mapa.
- 315 informe de Zaragoza a Juárez: AJ 5/37 / *Diario de Juárez*: AP, páginas 323-324.

- 316 Bustamante y Romero: Brown, Robert B., *Guns over the Border...*, disertación no publicada, Ann Arbor, 1951, págs. 11 ff.; RD, páginas 460-490; JEP, págs. 354-356.
- 317 Juárez a Montluc: JEP, pág. 172 / Ortega y Saligny: JEP, págs. 168-172.
- 318 Vidaurri: JEP, págs. 172-173, 227-229 / Amada y Maza: AJ 4 / 10 / Doblado: AP, págs. 324-325; Scholes, págs. 89-90; B, Vol. VI, pág. 52.
- 319 Montluc: JEP, págs. 174-176 / Romero: RD, págs. XVI y 490-515, y Romero, Matías: *Correspondencia de la Legación Mexicana...*, México, 1870.
- 320 Alvarez: SJ, pág. 406 / Forey: JEP, págs. 176-177 / discurso: JD, páginas 70-75.
- 321 T. Mejía: JEP, págs. 191-192 / vidente: JEP, págs. 191-192.
- 322 asedio de Puebla: Díaz, Vol. I, págs. 275-321; B, Vol. VI, págs. 62-69; Prida Santacilia en *Excelsior*, 18.3.1962.
- 325 Ignacio Mejía: IG, pág. 190-192 / retirada: Iglesias, J. M., *Revistas históricas...*, México, 1867-1869, Vol. II, págs. 3 ff.; SJ, págs. 413-414.
- 326 discurso: JD, págs. 80-82; JEP, págs. 204-207; PS, pág. 140.
- 327 capitán francés: RJ, págs. 512-513.

Cap. 18

Este capítulo se basa considerablemente en Corti, Egon Cesar, Count, *Maximilian and Charlotte of Mexico*, Nueva York y Londres, 1928.

- 330 monarquía mexicana: Hidalgo, J., *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México...*, París, 1868 / Sierra acerca de Gutiérrez: SJ, págs. 316-362.
- 331 Sierra acerca de Hidalgo: SJ, pág. 363.
- 333 Sierra acerca de Miranda: SJ, págs. 364-365.
- 334 Napoleón: Guérard, Albert, *Napoleón III*, Nueva York, 1955, puede considerarse como un antídoto conveniente a mi opinión de Napoleón; Bolitho, William, *Twelve against the Gods*, Nueva York, 1929, pág. 303.
- 336 Fuentes Mares, en su obra *Santa Anna*, relata ampliamente las últimas cabriolas de Santa Anna.
- 337 Sandburg, Carl: *Abraham Lincoln: The War Years*, Nueva York, 1939, Vol. II, pág. 395.
- 339 el Congreso y Seward: Callahan, págs. 291-298.
- 341 el aviso de Terán: JEP, pág. 187 / el asunto Zerman-Howell: AJ, 11 / 33 y 34, y JEP, pág. 208.

Cap. 19

Este capítulo se basa en JEP, págs. 207-247.

- 344 correspondencia entre Juárez y Santacilia: AP y también, parcialmente, en JEP / exigua tregua: Knapp, págs. 80-81, incluyendo un «Itinerario de la república nómada» y un mapa / Romero: RD, páginas 512-557, y Díaz, Vol. I, págs. 328-330.
- 345 Mariscal: IG, págs. 211-215 / Doblado, Zarco y Zamacona: *Diario de Juárez*: Ap, págs. 325-329 (las únicas anotaciones correspondientes a 1863).

- 348 Prieto: *Lecciones de historia patria*, México, 1891, pág. 415 / «relato de primera mano»: AJ 6 / 126.
 352 Sierra: SJ, pág. 419 / carta de Refugio Alvarez: AJ 16 / 90.
 353 memorándum: JEP, págs. 240-241.
 355 consecuencias de «este mitote»: Scholes, pág. 202; B, Vol. VI, páginas 124-125, y AJ 9 / 97, 10 / 2 y 10 / 78.

Cap. 20

- 357 Núñez: AJ 9 / 125 y 9 / 126, y JEP, págs. 247-249 / Vidaurri: AJ 10 / 84 / «partieron hacia Monterrey»: JEP, págs. 234-236 y 329.
 359 «señor presidente»: Reyes, Rodolfo, *Benito Juárez...*, Madrid, sin fecha, págs. 198-199 / esposa de Vidaurri: SJ, pág. 421 / Prieto, *Lec-ciones*, pág. 503.
 360 Bazaine: Knapp, págs. 83-85, e IG, pág. 83.
 361 «fuerza moral»: JEP, págs. 264-267 / Santa Anna: Corti, pág. 314, y Fuentes Mares, *Santa Anna*, págs. 344-350 / 2 y 3 de abril: estas fechas ponen sobre el tapete la cuestión de la famosa carta (JEP, páginas 258-260, RJ, pág. 565, etc.) supuestamente escritas por Juárez en Monterrey el día 28 de marzo de 1864 a Maximiliano, en respuesta a otra supuesta carta dirigida a Juárez por Maximiliano a bordo del *Novara* en 22 de febrero. Esta última carta no ha aparecido jamás, lo cual, unido a diversas circunstancias que no es del caso discutir aquí, me han inclinado a creer que la carta de Juárez no es sino una falsificación. Aun es más dudosa la carta del 18 de diciembre de 1870 (JEP, págs. 492-497), que trata de Francia / hijo y nieto: *Diario* de Juárez, AP, págs. 337 y 341, y JEP, págs. 274-275.
 362 Zamacona: AJ 11 / 30 y 31, y JEP, pág. 271 / Terrazas: Fuentes Ma-res, *Y México...*, págs. 61-71 y 81-90, y AP, pág. 341.
 363 Uruga: AP, pág. 339, y Scholes, págs. 105-106 / informes a Romero: JEP, págs. 255-271.
 365 banquete en Nueva York: Romero, *México*, págs. 382-387, y JEP, págs. 262-263 / derrota de Doblado: AJ 8 / 12; B, Vol. VI, pág. 125; AP, págs. 331-335.
 366 relevo de Doblado: AJ 8 / 72; JEP, págs. 285, 294 y 300-301; D, pági-na XVI / elecciones: AP, pág. 342.
 367 Quiroga y Ortega: *Diario* de Juárez, AP, págs. 342-348, y JEP, pá-ginas 274-275.
 368 salida de la familia: JEP, págs. 276-277 y 350; AJ 9 / 13 y 15 / 190.
 369 «pérdida» del pequeño Benito: JE, pág. 117 / decreto: AP, AP, pá-gina 348, y Brown, págs. 29, 44 y 52 / retirada: *Diario* de Juárez, AP, págs. 346-349, y B, Vol. VI, pág. 165.

Cap. 21

Este capítulo se basa también en gran parte en Corti.

- 378 hermano de Maximiliano: el archiduque Karl Ludwig, no el empe-rador Francisco José / Bazaine; Uruga y Díaz, Vol. I, págs. 360-366.
 379 asedio de Oaxaca: Díaz, Vol. I, págs. 369-412, y B, Vol. VI, pági-nas 188-190
 381 comentario de Juárez: JEP, págs. 304-308 / Lincoln: Sandburg, Vol. IV, pág. 189 / confederados: Latané, págs. 409-410; en 1868 regresó

Maury a los Estados Unidos, donde ejerció como profesor en el Instituto Militar de Virginia.

382 Decreto de Maximiliano: JEP, pág. 289, y JD, pág. 288.

384 Arteaga: JEP, pág. 349.

Cap. 22

385 archivos: JEP, págs. 237-238.

386 traslado: AJ 10/26-27, 10/33 y 10/35; JEP, págs. 276-278; Iglesias, Vol. III, págs. 25-26 / a Santacilia y Romero: JEP, págs. 276-279.

387 derrota en Cerro de Majoma: AJ 10/47-48 y 10/88; B, Vol. VI, página 167; JEP, págs. 283-285 / nuevo traslado: AJ 10/128, 10/47; Fuentes Mares, *Y México*, pág. 94.

388 Juárez a su esposa: JEP, págs. 279-280 / Sra. Morón: JEP, página 108 / Prieto: Knapp, pág. 95.

389 Lerdo: Knapp, pág. 90 / familia: JEP, págs. 237, 283-285; Knapp, pág. 97 / «primer trueno»: JEP, págs. 285-286, y Scholes, págs. 111-116.

390 instrucciones a Romero: JEP, págs. 281-283; RD, págs. 635-637; SJ, págs. 432-436.

392 I. Mejía: AP, pág. 32 / jesuitas y protestantismo: JEP, pág. 293, y SE, pág. 275.

393 muerte de José: RD, págs. 639-640; JEP, págs. 294-298.

396 cumpleaños: JEP, págs. 302-304; Fuentes Mares, *Y México*, pág. 98; PS, págs. 204-210 / Altamirano: AJ 12/1.

397 Colombia: JEP, págs. 317-320 / Escobedo: JEP, págs. 304-308.

397-398 los hijos de Juárez, y Lincoln: JEP, págs. 298-302 y 308-310.

398 Ortega y otros: JEP, págs. 310-311, y Ap, pág. 56.

399 muerte de Lincoln: JEP, págs. 311-313, y AR.

400 tráfugas y mexicanos: JEP, págs. 313-315, y AR / Negrete: JEP, págs. 315-317.

401 el escándalo Carvajal: JEP, págs. 322-326; JEP, págs. 322-326; Callahan, págs. 307-309; SJ, págs. 478-479; Brown, págs. 87, 131 y 156.

403 Grant: AJ 12/112.

404 Creel y Carleton: AJ 12/14-16, y JEP, págs. 320-322 / Bazaine y el ejército de los Estados Unidos: JEP, págs. 337-340; Corti, pág. 442; Fuentes Mares, *Y México*, pág. 116; B, Vol. VI, pág. 202.

405 muerte de Antonio: JEP, págs. 322-325.

Cap. 23

408 los franceses y Ortega: Corti, pág. 743, y B, Vol. VI, págs. 233-235.

409 Juárez a Santacilia: JEP, págs. 313-315.

410-411 Mariscal acerca de Ortega: AJ 12/37 / Juárez a Santacilia: AP, págs. 68, y JEP, págs. 317-320 y 325-327.

412 Ruiz: IG, págs. 159-163 / Juárez y Prieto: JEP, págs. 327-330.

413 Juárez a Santacilia: AP, págs. 93 y 95-96.

414 Prieto a Santacilia: AJ 12/99 / Terrazas: Fuentes Mares, *Y México*, págs. 104-106 / defecciones: AP, págs. 98-99 / decretos: AP, pág. 100; JEP, págs. 333-334; Knapp, pág. 101.

415 Chihuahua; ida y vuelta: AP, págs. 103-104, 112-113; JEP, páginas 335-337; Fuentes Mares, *Y México*, pág. 100.

417 Mazzini: AJ 12/74; Zarco: JEP, págs. 345-347, y AJ 15/267, 15/272.

- 418 Ruiz y Prieto: JEP, págs. 337-340; IG, págs. 159-163; Scholes, página 114; McLean, págs. 32-45.
 420 Ortega y Patoni: JEP, págs. 347-349, 377-379, 385-386, 473-475 y 582; AJ 12/160-162 y 12/166; Scholes, pág. 114; Brown, págs. 65-69; SJ, páginas 451-455.

Cap. 24

- 421 Sheridan en la frontera: Brown, págs. 220-222 y 231.
 422 Seward: Latané, págs. 412 y 413.
 423 Juárez sobre una declaración de Johnson: JEP, págs. 347-349.
 424 Napoleón: Latané, pág. 415 / «lobos de Europa»: JEP, págs. 366-367 / triste farsa: JEP, págs. 363-364; Fuentes Mares, *Santa Anna*, páginas 354-368; Callahan, págs. 326-327; Hanighen, págs. 295-299.
 425 Terán: JEP, págs. 331-333; Corti, págs. 548 y 562; SJ, págs. 484-487 y 490.
 426 Juárez respecto a Napoleón: JEP, págs. 356-357.
 427 Carlota: Corti, pág. 687.
 428 Maximiliano: Corti, pág. 747.
 430-438- doña Margarita y familia en Nueva York, Washington y New Rochelle: AJ 12/35, 39, 42, 44, 48, 49, 52, 56, 57; AJ 15/30, 36, 37, 39, 40, 50, 115-210, 215; JEP, págs. 337-340, 342; AP, pág. 157; AR, 30 de julio 1866; Brown, págs. 247-254.
 437 Juárez y Romero: AJ 15/30, 31.
 438 vuelta a Chihuahua: AJ 12/51; Fuentes Mares, *Y México*, págs. 117-124; AR, 10 junio 1866; JEP, págs. 362-363 / miseria: JEP, págs. 342, 354-356, 358-362, 364-365, 368-369; AP, págs. 180, 188.
 439 operaciones militares: AP, págs. 177 y 193; JEP, pág. 379; IO, páginas 212-213; B, Vol. VI, págs. 260-261; Díaz, Vol. II, págs. 31-44.
 440 prisioneros: JEP, págs. 373-379 / Campbell y Sherman: AJ 15/81, 89, 258; JEP, págs. 358-360, 379; Callahan, págs. 325-329.
 441 Juárez a Santacilia: AP, págs. 194-196 / Church: AR; en 29 de marzo de 1867, Juárez escribió para «Mr. Church» una carta de presentación a Romero, alabando grandemente a Church y diciendo que éste le había acompañado desde San Luis Potosí. Probablemente, se trata de George E. Church, autor de *Mexico, Its Revolutions*, Nueva York, 1866, revisado del *Herald* de Nueva York de fecha 25 de mayo 1866 / hacia el Sur: JEP, págs. 344, 380, 384-386; AP, página 199.
 442-444 Zacatecas: AP, págs. 200-203, 208; SJ, 519-521; IG, pág. 192; Brown, pág. 75; B, Vol. VI, pág. 246, y también en Velasco Pérez, pág. 132, y Pérez Martínez, H.: *Juárez el imposible*, Buenos Aires, 1956, pág. 141.

Cap. 25

- 447 Maximiliano a Lares: Corti, pág. 773; SJ, pág. 521.
 448 Díaz y Bournouf: Díaz, Vol. II, págs. 95-97.
 449 Maximiliano sobre el cumpleaños de Juárez: Prida Santacilia en *Excelsior*, 18.3.1862 / Juárez a Díaz: JEP, pág. 391.
 450 Juárez a Santacilia: AP, págs. 210, 213, 216.
 451 Díaz en Puebla: Díaz, Vol. II, págs. 103-152 / muerte de Méndez: JEP, págs. 395-396.

- 452 Green: Brown, pág. 80 / «buenos defensores» —Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre— Díaz, Vol. II, pág. 159.
- 453 la princesa Salm-Salm y el coronel Palacio: Corti, pág. 812 / Campbell: Callahan, págs. 329-330.
- 454 Lozada y Vega: AJ 17 / 256-259 / princesa Salm-Salm: Corti, pág. 815.
- 456 Guérard, págs. 170-171 / discurso al Congreso: JD, pág. 87. El *Manifiesto Justificativo* que figura en las págs. 307-366 de JD no es sino una falsificación. Un medium pretendió que tal *Manifiesto* se lo había dictado el espíritu de Juárez.
- 458 Juárez a Santacilia: JEP, pág. 400 / Juárez y Díaz en Tlalnepantla: Díaz, Vol. II, págs. 193-201; véase también CV.
- 461 Juárez acerca de Díaz: Lerdo de Tejada, Sebastián, *Memorias...*, México, 1911, pág. 8; Pero CV, pág. 931, considera, no sin fundamento, que este libro es apócrifo.
- 462 «setenta años más tarde»: Trend, J. B., *Mexico...*, Nueva York y Cambridge, Inglaterra, 1940, pág. 170 / Juárez a una viuda de guerra: JEP, pág. 402 / manifiesto: JD, págs. 286-290.
- 463 Seward, McCulloch, etc.: NA, Record Group No. 26, y JEP, páginas 406-407 / Benito: AR, 22. 10. 1866 / los cuerpos: JEP, pág. 383.

Cap. 26

- 467 Cosío Villegas: CV, pág. 55.
- 468 educación pública: Scholes, págs. 138-141, y Parkes, págs. 279-280.
- 469 «una literatura nacional»: SE, pág. 275 / traidores: Scholes, páginas 129-131.
- 470 reorganización del ejército: CV, págs. 74, 79-81, 84, 132-135; JEP, pág. 403, a Basilio Gallardo, autor de *Martirologio...*, México, 1875; B, Vol. VI, pág. 348; Scholes, pág. 137; Knapp, pág. 119.
- 471 Negrete: JEP, pág. 480 / «estaban cansados de Juárez»: difícil de asegurar, pero evidente, según se deduce de diversas cartas, discursos y artículos de la época.
- 472 convocatoria: CV, págs. 141-172; Knapp, págs. 122-128; JEP, páginas 407-410; AJ 17 / 27, 112 / 113; JD, pág. 92; VP, pág. 175.
- 474 oposición: JEP, pág. 271; CV, págs. 75-76, 166-172, 175-176.
- 475 las elecciones: CV, págs. 183, 187.
- 476 Romero en la venta del convento: Romero, México, pág. 96; la parte económica y financiera: Scholes, págs. 143-146. Ver también JD, pág. 110.
- 477 rebeliones: JEP, págs. 453-454; CV, págs. 230-282.
- 478 el Tribunal Supremo: Scholes, págs. 127-129, y Knapp, págs. 129-135.
- 479 Prim: JEP, págs. 482-483.
- 480 Seward en México: Knapp, pág. 135; JEP, pág. 438; Romero, *México*, pág. 361.
- 481 Montluc: JEP, págs. 489 y 491-492; pero, como ya he señalado, considero que la carta No. 355, págs. 492-497 de JEP, es una falsificación.

Cap. 27

- 482 «su pequeña casa»: JEP, pág. 498. Como sea que gran parte de aquella zona fue derribada y reconstruida, no he podido encontrar la casa.
- 484 funeral por doña Margarita: véase *Le señora Margarita Maza de*

- Juárez...*, México, enero de 1871, una colección de artículos, incluyendo el emotivo discurso pronunciado por Prieto, quien había sido perdonado. Para la reconciliación, ver Reyes, pág. 198 / Sierra: SJ, págs. 283-284.
- 485 «Con razón se ha dicho»: por Knapp, pág. 20 / el dinero de Juárez: puede encontrarse su testamento en PS, págs. 378-379. El valor total de sus bienes era de \$151.233,81.
- 486 el partido Lerdistas: Knapp, pág. 153.
- 487 dimisión de Lerdo: JEP, pág. 501 / Juárez y Díaz: JEP, pág. 465, y CV, págs. 212-216.
- 487-488 la oposición: para el relato de ataques satíricos contra Juárez, Mejía y otros juaristas, véase Ramírez, Ignacio, *Obras*, México, 1960, Vol. II, págs. 391-550.
- 489 las elecciones: B, Vol. VI, pág. 378; Montluc: JEP, pág. 512 / discurso al Congreso: JD, págs. 150-156 / carta a Pesqueira: JEP, páginas 512-513 / el espectáculo de los muertos: Pérez Martínez, páginas 160-161.
- 490 la rebelión: IG, págs. 95, 293; SE, pág. 279; Knapp, pág. 157.
- 491 Plumb: citado por Scholes, págs. 164-165 / discurso inaugural: JD, págs. 156-162 / muerte de Félix Díaz: IO, págs. 224-225.
- 492 Carta relacionada con el puente: JEP, pág. 540 / Zamacona: CV, páginas 276-278 / Romero: IG, págs. 221-227.
- 493 propiedades: JEP, 440 / Delfín Sánchez: Pérez Martínez, págs. 156-157; se permitió a Santa Anna regresar a México en 1874, donde fue ignorado o ridiculizado, y murió en 1876.
- 495 huérfanos: PS, págs. 348-353.
- 496 últimos actos: PS, págs. 354-356 / Dr. Alvarado: Ps, págs. 357-365 (relato del Dr. Ignacio Alvarado en relación con los últimos momentos de Juárez).

INDICE ONOMASTICO

- Adams, Charles Francis, 341
 Adams, James, 425
 Adams, John Quincy, 87
 Aguirre, Eugenio, 349
 Aguirre, José María, 391
 Alamán, Lucas, 57, 110, 124
 Alatorre, Ignacio R., 472, 494
 Alberto, príncipe consorte, 337
 Alcalde, general, 251
 Aldama, Juan, 50
 Aldham, William Cornwallis, 241, 242,
 244, 250, 256, 259, 265, 270, 275, 277
 Allen, William H., 419
 Allende, Ignacio, 49, 50, 409
 Almonte, Juan Nepomuceno, 264, 279,
 308, 311, 317, 321, 327, 332, 334-336,
 338, 339, 361, 376, 377
 Aloisi, Bernardo, 60
 Altomirano, Ignacio M., 396
 Alvarado, doctor Ignacio, 499
 Alvarez, Antonio, 313
 Alvarez, Diego, 135, 137, 147, 426
 Alvarez, Juan, 126, 130, 132, 133, 136,
 139, 140, 142, 143, 146, 148, 149, 150,
 180, 192, 212, 283, 320, 426, 472, 496
 Alvarez, Refugio, 352
 Antillón, Florencio, 315, 357
 Aparicio, Fray Francisco, 60, 62
 Apodaca, Juan Ruiz de, 51
 Aranda, conde de, 330
 Aranda, Silvestre, 416
 Arias, capitán, 245, 246
 Arista, Mariano, 71, 109, 123
 Arrangoiz, Francisco, 125
 Arratia, coronel, 314
 Arriaga, Ponciano, 124, 125, 126, 133,
 134, 138, 165, 346, 353
 Arriola, Miguel María, 125, 152
 Arteaga, José María, 192, 291, 303, 363,
 384, 451
 Arteaga, José Simón, 93, 104
 Astor, John Jacob, jr., 365
 Augspurg, William, 203
 Agustín I, véase Iturbide
 Austin, Stephen F., 88
 Auza, Miguel, 442, 443
 Aynard, barón de, 383
 Balcárcel, Blas, 295
 Balzac, Honoré de, 119
 Bancroft, George, 365
 Banuet, Francisco, 94
 Barrera, Gabino, 470
 Basch, Dr. Samuel, 449
 Baz, Juan José, 180, 181, 182, 183, 184,
 186, 189, 460
 Bazaine, Achille Francis, 324, 339, 348,
 350, 360, 364, 377-380, 383, 395, 400,
 404, 422, 426, 429, 445, 448, 459, 483
 Beauregard, Pierre Gustave Toutant,
 90, 281
 Benítez, Francisco, 117, 124
 Benítez (José) Justo, 157, 169, 209, 318,
 379, 459, 493
 Bergés, Bernardo, 117
 Berriozábal, Felipe, 270, 313, 314, 325,
 482
 Bismarck, Otto, Fürst von, 330, 336,
 424, 427, 482
 Black, John, 243
 Blanco, Miguel, 315
 Blasdel, George W., 444
 Bolitho, William, 334
 Bolívar, Simón, 46
 Bonaparte, José, 49
 Borrega, "Doctor", 128
 Bournouf, Carlos, 448
 Bravo, Nicolás, 52, 56
 Bryant, William Cullen, 365
 Buchanan, James, 221-225, 228, 231-234,
 238, 250, 251, 281, 298
 Bulnes, Francisco, 190

- Burr, Aaron, 87, 237, 330
 Bustamante, Anastasio, 52, 69, 80, 82, 141
 Bustamante, Juan, 316, 319
 Butler, Benjamín Flanglin, 390
- Cabañas, Rafael, 126, 127
 Cabezut, Manuel, 353
 Cajiga, Lindoro, 285, 287, 300
 Calderon de la Barca, Angel, 82
 Calderón de la Barca, Frances Inglis de, 80-81
 Calderón, Esteban, 134, 172
 Calleja del Rey, Félix María, 50, 51
 Callot, Jacques, 254
 Camerana, Jesús, 201, 202
 Camilo, 500
 Campbell, L. D., 440, 441, 453, 4545
 Campbell-Scarlett, Peter, 429
 Campos, Clara, 285, 286
 Campos, Esteban, 123, 285
 Campuzano, Ignacio, 137, 138
 Canales, Servando, 49
 Canalizo, Valentín, 70, 71
 Cañas, Tiburcio, 68, 94
 Carleton, James H., 404
 Carlos III, 49
 Carlos IV, 49
 Carlota, emperatriz, 329-342, 375, 421, 425, 426, 427, 428, 449, 456, 497
 Carranza, Jesús, 438
 Carranza, Venustiano, 439
 Carrera, Martín, 137, 138, 139, 146, 153
 Carvajal, Bernardino, 169
 Carvajal, oJsé Maria de Jesús, 129, 315, 399, 401, 402, 405, 439
 Casavantes, Jesús Jos, 363
 Cass, Lewis, 198, 221, 223, 231
 Castillo, general, 267, 444
 Castro, Miguel, 64, 75, 213, 494
 Ceballos, Juan Bautista, 110, 123, 125, 180
 Cepeda Peraza, Manupel, 125, 134
 Cervantes, Miguel de, 64
 Chambrun
 Chapman, teniente, 248
 Chávez, José María, 353, 354, 355
 Chávez, Martín W., 353
 Chesterfield, 4.º conde de, 390, 398
 Church, George, E., 441, 444
 Churchill, sir Winston, 249
 Churchwell, William, M., 225-229, 233
 Clifford, Nathan, 109
 Cobos, José María, 191, 213, 319
 Cobos, Mardelino, 191, 213
 Collin, Aquiles, 203, 204, 291
 Comonfort, Ignacio, 84, 126, 129, 131, 133, 139, 140, 142-144, 146-151, 153, 156, 159-161, 164, 167, 172, 173, 174, 181-193, 215, 259, 282, 283, 295, 296, 320, 321, 323, 324, 332, 345, 346, 347, 348, 350, 496
- Comte, Auguste, 470, 471
 Constant, Benjamin, 65, 149
 Corella, Diódoro, 444
 Corona, Ramón, 363, 426, 440, 448, 452, 454, 472, 477
 Cortés, Hernán, 28, 46, 90
 Cortona, Ramón, 426
 Corwin, Thomas, 281, 298, 308, 310, 339, 364
 Cos, José María, 50
 Cosío Villegas, Daniel, 58
 Cosío Villegas, Emma, 152, 469
 Creel, Reuben, W., 404
 Croix, Marqués de, 49
 Cuevas, Luis, G., 222
- Dano, M., 459
 Davis, Jefferson, 89
 Degollado, Santos, 122, 131, 144, 146, 180, 192, 194, 214, 216, 244, 254, 256, 257, 258, 259, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 270, 271, 274, 284, 288, 290, 291, 409, 496
 Díaz, Bernal, 64, 154, 158, 172, 335
 Díaz, Félix, 313, 439, 490, 493, 494
 Díaz, Isidro, 258, 274, 275
 Díaz, Juan Bautista, 93
 Díaz, Porfirio, 46, 154, 156, 192, 213, 268, 299, 312, 13, 314, 323, 324, 325, 345, 347, 360, 363, 364, 378, 379, 380, 397, 402, 426, 439, 440, 448, 449, 450, 457, 458, 459, 460, 461, 468, 472, 477, 478, 482, 487, 488, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 498
 Díaz Ordaz, José María, 154, 175, 192, 213
 Doblado, Manuel, 131, 139, 143, 144, 150, 151, 182, 186, 192, 262, 263, 265, 266, 268, 291, 300, 304, 305, 307, 308, 311, 318, 320, 344, 345, 346, 353, 354, 355, 357, 358, 359, 60, 365, 366, 392, 399, 418, 460, 496
 Domínguez, José Agustín, 155, 157
 Douay, Félix Charles, 377, 378
 Drouyn de Lhys, Eduoard, 310
 Dublán, Manuel, 149
 Dueñas, Agustín, 123
 Dunlop, Hugh, 306, 311
 Dupont, barón, 341, 425
- Early, Jubal Anderson, 391
 Echeagaray, Ignacio, 263
 Echeagaray, Miguel, M., 186
 Echeverría, 306
 Elgee, Charles LeDoux, 244
 Emparán, José, 258, 259
 Escobar, Ana María, 120, 286, 451
 Escobedo, Mariano, 397, 426, 439, 441, 443, 445, 448, 452, 453, 454, 460, 472, 477

- Eugenia Maria de Montijo de Guzmán, emperatriz, 329, 330, 380, 426, 427, 442, 455, 456, 497
- Fagoaga, Manuel, 152
- Farragut, David Glasgow, 234, 235
- Feijoo y Montenegro, Benito Jerónimo, 34, 36, 37
- Fernando VII, 51
- Fernández del Campo, Luis, 93
- Fernández, Félix, *véase* Guadalupe Victoria
- Fernández y Muedra, Nicolás, 169
- Fish, Hamilton, 65
- Flandrue, Charles, 74
- Flores, Bernardo, 180, 186
- Forey, Elie Frédéric, 316, 319, 320, 321, 323, 324, 327, 338, 339
- Forsyth, John, 194, 198, 222, 223, 224, 229, 234
- Francisco José, emperador, 335, 336, 337, 342, 364, 427, 456
- Fuente, Juan Antonio de la, 180, 185, 189, 230, 296, 97, 309, 319, 345
- Fuentes Mares, José, 236, 237, 250, 362, 363
- Gálvez, José, 49
- Garay, José de, 109
- García, Antonio, 449
- García, Felipe, 103
- García, José María, 154
- García Conde, José, 180, 181, 193
- García de la Cadena, Trinidad, 353
- Garibaldi, Giuseppe, 417, 454
- Garza, Juan José de la, 325
- Garza, Lorenzo, 169, 218
- Gasset, 306
- Godoy, Manuel de, 49
- Gómez, Ascensión, 440, 441
- Gómez Fariás, Benito, 274
- Gómez Fariás, Valentín, 57, 69, 71, 80, 88, 94, 95, 167
- Gómez Pedraza, Manuel, 67, 109
- González, José Domingo, 40
- González Ortega, Jesús, *véase* Ortega
- Goya y Lucientes, Francisco José de, 254
- Goytía, Manuel E., 285, 431, 441, 443
- Grant, Ulysses Simpson, 87, 90, 365, 381, 390, 391, 395, 403, 410, 421, 434, 435
- Green, George, M., 452
- Guadalupe Victoria (Félix Fernández), 56
- Guérard, Albert, 456
- Guerrero, Vicente, 51, 52, 67, 69
- Gutiérrez de Estrada, José María, 82, 330, 331, 332, 335, 336, 339, 377, 383, 429
- Gutiérrez Zamora, Manuel, 192, 206, 270, 275
- Guzmán, León, 197, 288, 477
- Gwin, Dr. W., 382, 422
- Hamerly, Mr. 433
- Haro y Tamariz, Antonio, 138, 139, 143
- Herrera, José Joaquín de, 89, 93, 109, 122, 138, 180
- Herzfeld, Stefan, 428
- Hidalgo y Costilla, Miguel 45, 48, 49, 50, 52, 62, 65
- Hidalgo y Esnaurrizar, José Manuel, 331, 333, 335, 336, 339, 361, 377, 383, 409
- Hinojosa, Pedro, 359, 367
- Howell, Mr., 341
- Huerta, Epitacio, 186, 222, 266, 417
- Hugo, Víctor, 119, 323, 454
- Humboldt, Alexander, F. von, 31, 37
- Iglesias, José María, 277, 346, 367, 388, 420, 431, 441, 458, 472
- Isabel II, 481
- Isasi, José, 116
- Iturbide, Agustín de (Agustín I), 51, 52, 54, 130, 330
- Iturbide, Agustín de (nieto de Agustín I), 380
- Iturribarria, Jorge Fernando, 65, 66, 113, 115, 127
- Jarvis, José R., 243, 244, 245, 249, 250, 251, 281
- Jecker, Jean Baptiste, 279, 334, 425
- Jefferson, Thomas, 87
- Jiménez, José, 30
- Johnson, Andrew, 169, 170, 281, 382, 399, 400, 401, 407, 422, 423
- Juana Inés de la Cruz, sor, 48
- Juárez, Bernardino, 30, 31
- Juárez, Bonifacio, 30
- Juárez, Brígida García de, 30
- Juárez Justa, 30
- Juárez, Marcelino, 30
- Juárez, Margarita Maza y Parada de, 287, 306, 318, 343, 349, 352, 357, 368, 387, 393, 396, 402, 405, 421, 427, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 438, 463, 482, 485
- Juárez, María Josefa, *véase* López, María Josefa Juárez de
- Juárez, María Longinos, 30
- Juárez, Mariano, 30, 31
- Juárez, Pablo, 30

- Juárez, Pedro, 30
 Juárez, Rosa, 30
 Juárez, Susana, 352
 Juárez, Tereso, 352
 Juárez y Maza, Amada, 318
 Juárez y Maza, Antonio, 352, 361, 405, 463
 Juárez y Maza, Benito, 352, 369, 392, 432, 463
 Juárez y Maza, Felicitas, *véase* Sánchez, Felicitas Juárez y Maza de,
 Juárez y Maza, José, 349, 352, 392, 393, 463
 Juárez y Maza, Soledad, 432, 434
- Kellogg, W. P., 463
- Labastida y Dávalos, Palagio Antonio, 159, 332, 337, 338, 364, 377
 Lacunza, José María, 185
 Lafragua, José María, 500
 Lamadrid, Francisco, 313, 314
 Landa, Antonio, 201, 203, 204
 Landberg, general, 182
 Lares, Teodosio, 447, 448
 Larraga, padre, 42
 Las Casas, Bartolomé de, 471
 Lee, Robert E., 90, 310, 365, 381, 391
 Lempriere, Charles, 305, 310
 León Antonio, 92
 Leopoldo I, 337, 376, 426
 Lerdo de Tejada, Miguel, 130, 161, 162, 163, 173, 180, 186, 194, 216, 222, 226-229, 231, 236, 237, 254, 256, 259, 260, 267, 268, 269, 275, 290, 496
 Lerdo de Tejada, Sebastián, 161-163, 269, 301, 304, 345-348, 360, 388, 389, 390, 392, 401, 07, 408, 414, 418, 420, 431, 437, 441, 443, 453, 459, 477, 480, 481, 482, 487, 488, 489, 493, 494, 498
 Lermnier, Jean Louis Eugène, 499
 Letcher, John, 109
 Lincoln, Abraham, 87, 280, 281, 298, 303, 310, 319, 337, 338, 364, 373, 381, 382, 398, 399, 401, 421, 482
 Lizardo, Antón, 257, 241-251, 264, 344
 Llave, Ignacio de la, 249, 258, 260, 306, 344
 López, María Josefa Juárez de, 30, 31, 34
 López, Miguel, 449, 451, 452
 López, Portillo, 110
 López, Tiburcio, 30
 López de Santa Anna, Antonio, *véase* Santa, Anna
 López Uruga, *véase* Uruga
 Lorencez, Charles Fernidand Latrille de, 309, 314
 Luis Napoleón, *véase* Napoleón III
- McCabed, juez, 250
 McCulloch, Hugh, 463
 McLane, Robert Milligan, 226, 228, 229-234, 236-238, 243, 244, 250, 251, 283, 407, 482
 Magnus, barón, 454
 Magruder, John B., 382, 422
 Manero Embides, Vicente, 63, 64
 Marcucci, Salvador, 101
 María Amelia, reina, 340
 Marín, Tomás, 244-248, 250
 Mariscal, Ignacio, 149, 345, 410, 411
 Márquez, Leonardo, 212, 214, 215, 261, 269, 270, 85, 287, 289, 291, 299, 300, 319, 324, 351, 429, 447, 448, 449, 451, 457, 458
 Martínez de Castro, Antonio, 470
 Martínez Pinollos, Ignacio, 114, 117, 158
 Mata, José María, 117, 118, 124, 126, 128, 133, 134, 138, 180, 222, 223, 224, 225, 232, 238, 275, 277, 477, 490, 496
 Matamoros, Mariano, 50
 Mathew, George W., 243, 255, 256, 258, 259, 264, 265, 267, 277
 Maury, Matthew Fontaine, 382, 422
 Maximiliano, emperador, 27, 302, 329-342, 361, 364, 374, 375, 376, 377, 378, 380, 381, 382, 383, 394, 395, 396, 398, 414, 416, 420, 421-430, 444, 447, 448, 451, 452, 455, 457, 497
 Maza, Antonio, 34, 35, 76, 318
 Maza, José María, 117, 118, 127, 128
 Mazzini, Giuseppe, 417
 Meade, George Gordon, 89, 390
 Medellín, Contreras, 202
 Medina, Nicolás, 353
 Meglia, monseñor, 377
 Mejía, Ignacio, 97, 114, 152, 154, 174, 192, 285, 313, 325, 392, 426, 439, 441, 472, 489
 Mejía, Tomás, 167, 184, 194, 195, 199, 212, 261, 299, 321, 323, 351, 360, 365, 378, 426, 439, 448, 452, 453, 455, 460, 489, 490, 495, 497
 Méndez, Juan N., 477
 Méndez, Miguel, 60, 64
 Méndez, Ramón, 384, 448, 451
 Mendoza, Antonio de, 46
 Metternich, príncipe Ricardo, 340, 453
 Mier y Terán, Manuel, 67
 Miñón, Vicente, 140
 Miramón, Miguel, 167, 199, 212, 214, 228, 229, 232, 233, 241, 242, 244, 245, 249, 255-60, 261, 262, 265, 267, 269, 270, 274, 277, 279, 288, 308, 336, 400, 429, 442, 443, 444, 445, 447, 448, 449, 451, 452, 453, 455, 497
 Miranda, Francisco Javier, 168, 218, 332, 333, 336
 Montenegro, Guadalupe, 134
 Montes, Ezequiel, 152

- Monthlon, marqués de, 377, 483
 Montluc, Armando, 311, 317, 319, 492
 Mora, José Luis, 57, 69
 Morales, Angel Mariano, 119
 Morales, Canón Luis, 58
 Morelos y Pavón, José María, 45, 48, 50, 51, 54, 62, 92, 130, 332, 409
 Morett, Pantaleón, 186, 192, 289
 Morny, Charles, duque de, 279, 333
 Morón, Pía Rubio de, 388
 Dr. Roque Jacinto, 388
 Muguía, Clemente, 122
 Muñoz Ledo, Octaviano, 256, 260
- Napoleón III, 125, 260, 279, 281, 297, 302, 303, 306, 311, 316, 325, 329-342, 351, 361, 364, 373, 376, 377, 381, 382, 392, 398, 400, 404, 426, 427, 428, 439, 455, 456, 482, 496
 Negrete, Miguel, 313, 350, 351, 352, 400, 414, 416, 419, 473, 492
 Neira, Vicente, 117
 Nelson, Thoma s H., 482
 Núñez, José Higinio, 295, 296, 300, 319, 345, 346, 348, 353, 357
 Núñez, José Silverio, 192, 200-203
- Ocampo, Josefa, *véase* Mata, Josefa Ocampo de
 Ocampo, Melchor, 57, 98, 110, 117-127, 129, 132, 133, 134, 136, 138-141, 143-146, 148, 151, 163, 180, 94, 197, 200-204, 216, 217, 219, 221, 225, 228-232, 236-239, 241, 244, 251, 264, 266, 268, 269, 270, 273, 283, 284, 285, 286, 287, 289, 291, 300, 407, 409, 471, 482, 487, 496
 Ochoa, Manuel, 368, 369
 O'Donohú, Juan, 51, 330
 O'Horán, coronel, 291, 315
 Ojinaga, Manuel, 403
 Olvera, Isidro, 138
 Orozco, José Clemente, 254
 Ortega, Jesús González, 213, 262, 265, 266, 268, 269, 270, 271, 274, 275, 283, 288, 290, 295, 299, 300, 317, 318, 321, 322, 323, 324, 344, 346, 353, 354, 365, 367, 368, 377, 386, 387, 389, 390, 398, 399, 400, 405, 407-420, 424, 431, 432, 460, 475, 497
 Ortiz Careaga, Juan, 353
 Ortiz, Máximo, 114, 154
 Ortiz, Tadeo, 65
 Osollo, General, 199, 200
 Otterbourg, Marcus, 459
 Owen, Robert Dale, 402
- vizconde de, 242, 255, 302, 333, 425
 Paredes, general, 93, 121
 Parrodi, Anastasio, 186, 192, 197, 200, 203, 206
 Partearroyo, 260
 Pastor, ministro del Ecuador, 289
 Patoni, José María, 355, 363, 386, 417, 418, 420
 Payno, Manuel, 180, 181, 182, 183, 186-189, 191
 Peña y Peña, Manuel de la, 91, 103
 Pérez, Manuel Isidro, 69
 Pérez, Marcos, 64, 96, 157, 158, 160, 213
 Pesqueira, Ignacio, 355, 492
 Pickett, 282, 298
 Poinsett, Joel R., 54, 57, 88
 Pola, Angel, 103, 388
 Polk, James K., 89, 102, 109, 243, 281
 Prieto, Guillermo, 98, 132, 139-144, 181, 189, 192, 194, 195, 197, 199, 200, 201, 202, 203, 274, 275, 277, 287, 348, 353, 359, 388, 396, 412, 413, 414, 416, 418, 432, 496
 Prim, Juan, conde de Reus, 306-307, 308, 309, 311, 481, 482, 496
 Proudhon, Pierre Joseph, 119, 275, 471
- Quesada, Rafael, 369, 414, 416
 Quesada, Rafael, 369, 414, 416
 Quintana, Roo, Andrés, 50
 Quintero, 282
 Quiroga, Vasco de, 46, 471
 Quiroga, Julián, 361, 367, 369, 397
- Ramírez, Ignacio, 141, 163, 194, 274, 275, 477, 490, 496
 Rechberg, conde de, 340
 Régules, Nicolás, 426, 472
 Rességuier, Ollivier, conde de, 428
 Reyes, Isidro, 70
 Riley, Henry C., 478
 Rincón, Francisco, 68, 115
 Ripalda, padre, 40
 Riva Palacio, Vicente, 426, 427, 448
 Rivera, Aureliano, 287
 Robles, Manuel, 410
 Robles Pezuela, Manuel, 214, 243, 245, 258, 311
 Rocha, Sóstenes, 472, 492, 493, 495
 Rodal, Joaquín, 116
 Roeder, Ralph, 190
 Romero, Félix, 115, 152
 Romero, Matías, 152, 157, 172, 173, 180, 193, 194, 197, 199, 200, 201, 203, 205, 206, 232, 233, 261, 279, 280, 281, 298, 310, 316, 319, 339, 344, 345, 347, 351-352, 354, 363, 364, 366, 375, 386, 390, 393, 395, 398, 399, 401, 402, 403, 407,
- Pacheco, Joaquín F., 261, 274
 Palacio, coronel, 453
 Palmerston, Henry John Temple, 3er

- 410, 411, 419, 424, 432, 433, 434, 437,
438, 440, 454, 478, 479, 495
Rousseau, Jean Jacques, 65, 119
Rudolph de Mayerling, 342
Ruiz, Joaquín, 295
Ruiz, Manuel, 64, 93, 115, 174, 180,
185, 186, 189, 194, 197, 203, 214, 216,
258, 260, 285, 344, 351, 412, 413, 415,
418, 419, 475, 496
Russell, lord John, 3er conde de, 242,
243, 255, 257, 259, 337
- Saggianti, Juan, 117
Salado, José María, 172
Salanueva, Antonio, 35, 36, 37, 43, 67,
76, 500
Salas, Mariano, 93, 121, 339
Salazar, Carlos, 384, 451
Saligny, conde Dubois de, 279, 296,
297, 306, 309, 317, 318, 327, 333, 338,
339, 377
Salm-Salm, Félix zu, príncipe, 449,
453
Salm-Salm, princesa, 449, 453, 454
Salomé, 444
Sánchez, Dr. Delfín, 431, 496
Sánchez, Felicitas Juárez y Maza de,
432, 434, 496
Sandburg, Carl, 337
Sandoval, José Inés, 74, 115
San Martín, José de, 49
Santa Anna, Antonio López de, 54-
67-69, 71, 80, 88-90, 104, 105, 110, 114,
121, 124, 125, 126, 129-133, 137-146, 150,
153, 155, 157, 159, 163, 169, 190, 192,
281, 331, 332, 336, 339, 361, 411, 425,
434, 437, 480, 497
Santa Anna, José López de, 116
Santacilia, Manuela Juárez y Maza
de, 343, 349, 397, 463
Santacilia, Pedro, 125, 269, 318, 343,
344, 349, 350, 351, 368, 386, 387, 392,
395, 396, 397, 398, 399, 400, 402, 409,
410, 411, 413, 414, 415, 418, 434, 435,
436, 437, 438, 441, 442, 449, 450, 458,
463, 494
Santicilia y Juárez, Manuela, 362,
432, 436
Schiafino, Francisco, 287
Schofield, John McAllister, 403, 410
421, 422
Scott, Winfield, 89, 90, 91, 102, 121
Sedgwick, general, 420, 422
Seward, William H., 280, 281, 290, 298
299, 303, 310, 319, 337, 339, 364, 365,
373, 391, 395, 399, 400, 415, 422, 423,
424, 425, 434, 440, 453, 454, 482
Sheridan, Philip Henry, 403, 420, 421,
422, 439
Sheman, William T., 440, 441
- Sierra, Eligio, 187
Sierra, Justo, 38, 43, 50, 62, 82, 92, 149,
151, 160, 190, 237, 263, 288, 289, 331,
333, 352, 359, 393, 487
Stowe, Harriet Beecher, 398
Sturm, Herman, 402
Suárez Navarro, 360
Suárez Pizarro, Nicolás, 194
Sucre, Antonio José de, 49
- Taboada, general, 286
Tamayo, Jorge L., 75, 463
Tapia, Francisca Xaviera, 118
Tapia, Santiago, 300, 314, 439
Tavera, Ramón, 457
Taylor, Zachary, 89, 90
Terán, Jesús, 341, 375, 425
Terrazas, Luis, 355, 362, 388, 396, 403,
414, 415, 438, 441
Thayer, John, M., 337
Thouvenel, Edouard Antoine, 297, 310
Toucey, Isaac, 249
Treviño, Jacinto, 495
Trist, Nicholas B., 91, 102, 103
Turner, Thomas, 241, 245, 246, 249,
250, 251, 258, 259, 281
- Uraga, José López, 346, 347, 350, 351,
363, 377, 379
Urquidi, Francisco, 396
Urrea, general, 80
- Valdés, José c., 43, 120, 123, 237, 475
Valle, Leandro, 203, 213, 267, 274, 279,
287, 288, 289, 291, 292, 409, 496
Vasconcelos, José, 90
Vega, Plácido, 439, 454
Victoria, reina, 297, 337
Vidarri, Santiago, 129, 131, 212, 230,
282, 295, 303, 306, 309, 318, 341, 344,
350, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 365,
366, 377, 397, 409, 412, 448, 451, 457,
497
Villareal, Florencio, 131, 140
Viramontes, Leonardo S., 195
Voltaire, François Marie Arouet, 65,
119
- Wallace, Lew, 402
Whiting, James, 316
Wilson, Woodrow, 476
Woodhouse, Daniel, 401, 402
Wydenbruck, barón de, 453
Wyke, sir Charles Lennox, 277, 296,
304, 306, 307, 309, 311

- Zamacona, Manuel M., 275, 295, 296,
304, 311, 345, 346, 362, 476, 490, 495,
496
Zambrano, 285
Zamora, Victoriano, 192
Zaragoza, Ignacio, 193, 213, 262, 267,
269, 275, 288, 295, 313, 314, 315, 316,
317, 320, 496
Zarco, Francisco, 138, 158, 163, 274,
275, 277, 279, 283, 318, 345, 346, 350,
417, 496, 472
Zavala, Lorenzo de, 57, 69, 237
Zerman, J. W., 341, 342
Zetina, José Dolores, 134
Zuloaga, Félix, 181, 187, 189, 190, 191,
193, 198, 199, 214, 222, 255, 270, 285,
287, 289, 300, 310, 333
Zumárraga, Juan de, 45

Esta obra, publicada por
EDICIONES GRIJALBO, S. A.
terminóse de imprimir en los talleres
de Gráficas Diamante, de Barcelona,
el día 15 de febrero
de 1967



(viene de la primera solapa)

separación cuando los peligros de la guerra civil les obligan a refugiarse en Nueva York... La correspondencia entre Juárez y su familia, hasta ahora inédita, proporciona a este libro páginas de gran intensidad emocional.

Pero por encima de la lealtad a sus amigos, el respeto a sus adversarios y su devoción a la familia, está el grandioso amor de Juárez por su patria, el ardiente deseo de dar a su pueblo la libertad de escoger sus gobernantes, de poderse instruir, pensar y vivir como hombres libres en una sociedad libre.



Charles Allen Smart

Pasó la mayor parte de estos diez últimos años en México. Por sus grandes conocimientos eruditos y su familiaridad con la historia, la lengua, las costumbres y la geografía de México, está considerado uno de los más eminentes biógrafos de Benito Juárez.

Nacido en Cleveland, Ohio, estudió en la escuela de su pueblo natal y en Queensborough, Nueva York. En 1926 se graduó con la calificación de **cum Laude** en el Harvard College. Entre su graduación y los tres años que sirvió en la Marina durante la segunda guerra mundial, Smart trabaja para una editorial de Nueva York, hace de editor y escritor, enseña en la Choate School y trabaja en una granja de Chillicothe, Ohio. De 1946 a 1953 enseña literatura en la Universidad de Ohio, y desde entonces comparte su tiempo entre Chillicothe y San Miguel de Allende, Guanajuato, México. En esta época visitó casi todos los lugares en que se desarrollaron los acontecimientos más descollantes de la historia del México moderno.

Las últimas obras de Charles Allen Smart son: **At Home in Mexico**; R. F. D., recuerdos de su vida de granjero; **Wild Geese and how to chase them**, libro de ensayos, y varias novelas.

Sobrecubierta original de C. Mari Josa

BIOGRAFÍAS GANDESA

VOLUMENES PUBLICADOS

ALEJANDRO EL GRANDE, por **León Homo**

ANÍBAL, por **Mary Dolan**

BACH, por **Philipp Spitta**

BERNARD SHAW, por **Eric Bentley**

BERNARD SPILSBURY (El escarpelo de Scotland Yard), por **Browne y Tullet**

BUDA, por **A. Foucher**

CARLOMAGNO, por **Harold Lamb**

CARLOS MARX, por **Franz Mehring**

CASALS, por **Lillian Littlehales**

CHAPLIN, por **Francisco Pina**

CHURCHILL, por **Edgar Black**

DICKENS, por **Hesketh Pearson**

DISRAELI, por **Hesketh Pearson**

DUMAS, por **Henri Clouard**

EISENHOWER, por **Robert J. Donovan**

EMILIO ZOLA, por **Alexandre Zévaès**

FRANKLIN, Autobiografía

FRAY JUNÍPERO SERRA, por **Omer Englebert**

FORJADORES DEL MUNDO MODERNO (7 tomos)

GARCÍA LORCA, por **F. Vázquez Ocaña**

GOEBBELS, por **Curt Riess**

GOETHE, por **Herman Grimm**

GRANDES FIGURAS DE LA HISTORIA, por **Leopold von Ranke**

GREGORIO Y YO, por **María Martínez Sierra**

HITLER (2 tomos), por **Alan Bullock**

HUMBOLDT, por **Helmut de Terra**

JUANA DE ARCO, por **J. Cordier**

JUÁREZ, por **Ch. Allen Smart**

JULIO CÉSAR, por **Gérard Walter**

LA FUNDACIÓN ROCKEFELLER, por **Raymond B. Fosdick**

LA VIDA DE UN REY, Memorias del Duque de Windsor

LÁZARO CÁRDENAS, por **William C. Townsend**

LENIN, por **Gérard Walter**

LEONARDO DE VINCI, por **Fred Bérance**

LINCOLN, por **Lord Charnwood**

MADERO, por **Stanley R. Ross**

MAO TSE-TUNG, por **Robert Payne**

MAQUIAVELO, por **Pasquale Villari**

MARGARITA y TOWNSEND, por **F. Vázquez Ocaña**

MARIA ANTONIETA, por **Gérard Walter**

MARIA ESTUARDO, por **Paule Henry-Bordeaux**

MAXIMILIANO Y CARLOTA, por **Bertita Harding**

MIGUEL ÁNGEL, por **John Addington Symonds**

MORELOS, por **Rubén Hermesdorf**

MUSSOLINI, por **Laura Fermi**

NAPOLEÓN, por **E. Tarlé**

NAPOLEÓN Y TALLEYRAND, por **Emile Dard**

NEHRU, por **Frank Moraes**

NELSON, por **Renalt Capes**

NERÓN, por **Gérard Walter**

OSCAR WILDE, por **Hesketh Pearson**

PARACELSO, por **Henry M. Patcher**

PASTEUR, por **René J. Dubos**

PERICLES, por **León Homo**

RAMÓN Y CAJAL, por **Dorothy F. Cannon**

RAQUEL JACKSON, por **Irving Stone**

ROOSEVELT, por **James Mac Gregor Burns**

RUBÉN DARÍO, por **Edelberto Torres**

RUIZ CORTINES, por **Bernardo Ponce**

SIMÓN BOLÍVAR, por **G. Masur**

SOLIMÁN EL MAGNÍFICO, por **Harold Lamb**

TCHAIKOVSKI, por **H. Weinstock**

TEODORA Y EL EMPERADOR (El drama de Justiniano), por **Harold Lamb**

VASCO DE QUIROGA, por **Rubén Landa**

VIDA DE UN TRABAJADOR AMERICANO, por **W. P. Chrysler y B. Sparkes**

VIDAS DE SANTOS

VOLTAIRE, por **David F. Strauss**

WALTER SCOTT, por **H. Pearson**